Un siglo de cuentos rusos

De Pushkin a Chéjov

Traducción de
Amaia Lacasa, Víctor Gallego Ballestero,
Jesús García Gabaldón, Fernando Otero Macías

ALBA

Índice

Cubierta
Introducción
Aleksandr S. Pushkin
- El disparo
- El sepulturero
- El maestro de postas
- Róslavlev

Nikolái V. Gógol
- Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich

Iván S. Turguénev
- Diario de un hombre superfluo
- El hombre de las lentes grises

Fiódor M. Dostoievski
- El marido de Akulka
- Bobok
- El sueño de un hombre ridículo

Lev N. Tolstói
- Tres muertes
- Dios ve la verdad pero tarda en decirla
- El prisionero del Cáucaso
- Después del baile
- El lobo

Nikolái S. Leskov
- El artista del tupé
- A propósito de la Sonata a Kreutzer

Antón P. Chéjov
- Agafia
- Tristeza
- Enemigos
- La apuesta
- Gúsiev
- Campesinas
- La nueva dacha
- La dama del perrito

Notas
Créditos
Alba Editorial

Un siglo de cuentos rusos

De Pushkin a Chéjov

Traducción:
Amaya Lacasa, Víctor Gallego Ballestero,
Jesús García Gabaldón y Fernando Otero Macías

ALBA

Introducción

Desde que en 1997 publicamos en la colección Alba Clásica *Rudin*, la primera novela de Turguénev, nuestro catálogo de clásicos ha ido reuniendo un número importante de obras de literatura rusa del siglo XIX. Hoy, catorce años después, gracias a esta iniciativa y a la capacidad e inspiración de nuestros traductores, nos gusta decir en la editorial, si se nos permite la expresión, que hemos acumulado todo un tesoro. Un tesoro que está en buena parte constituido por piezas de narrativa breve, una forma de contar que los escritores rusos cultivaron con entrega, rigor y asiduidad. Volviendo la vista sobre nuestras publicaciones, surge un panorama, si no exhaustivo, lo suficientemente representativo para autorizarnos ahora a proponer una antología que no sólo puede admirarse como un vistoso muestrario de joyas sino leerse como un volumen de historia del gran siglo de la literatura rusa.

Viéndolos así, uno al lado del otro, desfilando por fecha de nacimiento, no resulta difícil establecer una línea entre los autores que componen esta selección: detectamos antecedentes y estelas, afinidades y divergencias, caminos que se prolongan y bifurcaciones que no estaban previstas. Los autores se encuentran en el mismo libro y, sin forzarlos, parecen dialogar entre ellos. No hay que olvidar que la mayoría fueron ya no contemporáneos, sino coetáneos: se conocieron, se trataron, se leyeron, fueron amigos, se enemistaron; algunos, como Tolstói y Turguénev, llegaron a retarse a duelo. En su obra se refieren unos a otros. En «Róslavlev» (1831) Pushkin se dispone a enmendarle la plana a su colega Mijaíl N. Zagoskin, que acababa de publicar una novela, *Róslavlev, o los rusos en 1812*, cuya heroína le había parecido insulsa y merecedora de un mejor tratamiento. Pushkin había escrito en 1821 un poema byroniano titulado *El prisionero del Cáucaso*; Tolstói incluiría en su *Cuarto libro ruso de lectura* (1874-1875) un cuento épico titulado «El prisionero del Cáucaso». El «hombre superfluo» de Turguénev lee con su amada precisamente ese poema de Pushkin –sin duda un comentario sobre su falta de heroísmo–, y a veces se siente como el protagonista del *Diario de un loco* de Gógol. En otro relato de Turguénev aquí incluido, «El hombre de las lentes grises» (1879), aparece, en un divertido *cameo*, el eterno exiliado ruso Aleksandr Herzen. Chéjov nombra personajes de Gógol y Dostoievski para caracterizar a los suyos. Y Leskov, después de la polémica difusión de la *Sonata a Kreutzer* de Tolstói, que agitó las conciencias con su discurso misógino y su condena no sólo de la infidelidad y las relaciones sexuales sino del mismo matrimonio, escribió una réplica que no era exactamente –ni mucho menos– un canto a las virtudes conyugales pero que ofrecía otra visión del adulterio, quizá más trágica en sus consecuencias que el crimen pasional con el que Tolstói había redondeado la suya. El relato se tituló «A propósito de la *Sonata a Kreutzer*» (1890)… si bien lo más curioso es que el título que en principio iba a darle su autor era «Una dama procedente del entierro de Dostoievski», pues su heroína es, en efecto, una señora que acaba de asistir al funeral de Dostoievski. A este escritor dice haber visitado, en vida, en dos ocasiones para pedirle consejo: «una vez –recuerda–, estuvo grosero conmigo; la otra, se mostró cariñoso como un amigo».

Las prácticas intertextuales no se reducen, en nuestros autores, a las citas y a los nombres propios. A lo largo de estas páginas podemos ver también cómo van pasando, de mano en mano, temas, motivaciones, atmósferas, tipos: forman un fondo común sobre el que cada escritor deja la huella de su estilo y de su pensamiento. Veamos un ejemplo. El cuento de Pushkin que abre la antología, «El disparo» (1830), gira alrededor de un duelo, ese lance imperioso tanto de la vida galante como de la literatura rusa del XIX, que causó precisamente

la muerte de Pushkin (y también de Lérmontov) y que, nunca consumado, tuvo en vilo a Tolstói y a Turguénev durante casi dos décadas. El tratamiento de Pushkin es sutil pero aún romántico: la deuda de honor no se salda viendo morir al adversario, sino conociendo su miedo, su desesperación. Paradójicamente, en el pensamiento romántico, el duelo es, en una sociedad regulada, un instrumento humanizador: una forma de poder ver al hombre, al fin, sin máscaras, sin leyes, reducido a instinto y emoción. En el cuento que cierra el volumen, «La dama del perrito» (1899) de Chéjov, los duelos ni siquiera se nombran, pero la necesidad de liberación, de poner al descubierto la humanidad oculta, sigue intacta. El héroe de este cuento, Gúrov, se siente agobiado por el peso de una doble vida: «una que se desarrollaba a la luz del día, […] llena de verdades y mentiras convencionales, semejante en todo a la existencia de sus conocidos y amigos; y otra que fluía en secreto». Esta vida secreta, sepultada bajo las convenciones, y que tanto juego dará en las páginas de nuestro volumen, ya no está caracterizada por los valores primarios de Pushkin, pero sigue siendo la vida de la emoción, sin la cual no parecen concebirse ni la verdad ni la humanidad.

Da la impresión de que los escritores del gran siglo ruso siempre nos empujan a pronunciar grandes palabras, a dar el salto –tantas veces mortal– a la universalidad. Esto no deja de resultar curioso –aunque tal vez no sea más que su consecuencia– si uno piensa en la decidida predilección de los autores, bien documentada en nuestra antología, por el caso anecdótico, por la circunstancia mínima, por los personajes pequeños: el sepulturero, el maestro de postas, el siervo peluquero, el cochero, el posadero, el cuidador de huertos, el soldado que muere anónimamente en un barco… por no hablar, en otros estamentos, de los terratenientes ociosos, de los funcionarios anodinos, de los profesionales (médicos, ingenieros) no respetados, y hasta de los mismos escritores, que sólo con la pluma indignada y ruidosa de Dostoievski son capaces de dibujarse como grandes figuras. Cuando, veinte años después que Pushkin, Turguénev introduce un duelo en la insignificante vida del personaje de «Diario de un hombre superfluo» (1850), del romanticismo y de las grandes experiencias universales ya no queda más que su parodia. Al retar al príncipe N., el pequeño protagonista del relato reconoce que «la idea de que un oscuro provinciano como yo hubiera obligado a un personaje tan importante a batirse me causaba una gran satisfacción», y el duelo sólo refrenda una aspiración mezquina. Luego, todo el episodio es humillante de una forma que el romanticismo, en su búsqueda de la humanidad sin máscaras, no podía ni imaginar: el «hombre superfluo» dispara primero, pero apenas le hace al príncipe un rasguño; el príncipe, en respuesta, dispara al aire: «Ese hombre, con su generosidad, me había hundido definitivamente en el barro, me había aniquilado». El valor o la cobardía, en tanto que signos *verdaderamente* humanos, desaparecen para dejar paso a un rasgo que los propios hombres de letras consideran subhumano: el desprecio.

El desprecio y la humillación son un *leit motiv* en esta larga serie de relatos: están en Pushkin, en la ofensa que se narra en «El sepulturero» (1830) y en el viaje humillante que emprende un padre en pos de su hija deshonrada y prófuga en «El maestro de postas» (1830); están en Gógol y en el origen de la eterna disputa y del grotesco mundo de «Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich» (1835); están en la brutalidad de los presidiarios contra las mujeres de «El marido de Akulka» (1862) de Dostoievski, y en la brutalidad de los señores contra los siervos en «El artista del tupé» (1883) de Leskov; están en todo el ambiente que describe Chéjov en «Campesinas» (1891) y en el cochero de «Tristeza» (1886), no lo suficiente humano para que alguien quiera escuchar su pena por la muerte de su hijo…

El desprecio es también una característica íntima, interiorizada, del «hombre superfluo», ese gran tipo de la historia literaria rusa ya adelantado por Pushkin en *Evgueni Oneguin* (1825-1832) y por Lérmontov en *Un héroe de nuestro tiempo* (1839) y cuyo ejemplo más conspicuo quizá sea –más de 600 páginas sin levantarse apenas del sofá– el *Oblómov* (1856) de Goncharov. Fue, sin embargo, Turguénev quien le dio nombre en 1850, en el relato que aquí

incluimos y que desarrolla por extenso un prototipo de inoperancia complaciente que a menudo se asocia tanto con el terrateniente absentista como con el intelectual occidentalizado. Dostoievski, entre otros, no tardaría en denunciarlo como uno de los grandes males de Rusia. El «hombre superfluo» es el hombre que observa sin incidir en lo observado; el hombre que reflexiona pero no interviene. Es el hombre que, consciente –como Gúrov en «La dama del perrito»– de que por debajo de las convenciones hay otra vida, más plena pero también más arriesgada, se deja llevar no obstante por la inercia, y se acomoda –al contrario que Gúrov– a un papel rutinario que ha decidido representar ante sí mismo. Se engaña, no atreviéndose a ser lo que podría ser; se convierte, como el héroe de Turguénev, en una «criatura recelosa, susceptible y afectada», inútil y desconocida para sí misma: inútil y desconocida, por tanto, para los demás. Su conciencia, que siempre es lúcida y delicada, lo lleva a despreciarse, porque no ignora su inefectividad social. De ahí el escándalo regeneracionista de Dostoievski; pero de ahí también la locura –la inaptitud biológica para lo social– a la que Chéjov conducirá inexorablemente a su personaje de *La sala número seis* (1892).

Un prototipo puede, sin embargo, dar muchas vueltas y revelar dialécticamente sentidos para los que en un principio no fue creado. En 1903 Tolstói descubre en el «hombre superfluo» un insospechado valor ético. El héroe de «Después del baile» cuenta cómo, después de presenciar casualmente un episodio de violencia –un castigo dirigido por el padre de su amada, un coronel–, fue incapaz de comprender qué razón podía ocultarse detrás de la crueldad de semejante acto: «Esa incomprensión –concluye– me impidió ingresar en el ejército, como había sido mi deseo, y no sólo no he hecho carrera como militar, sino que, como ven, no he desempeñado ningún cargo público ni he valido para nada». Después de tantas acusaciones e impugnaciones contra el «hombre superfluo», Tolstói lo radicaliza despojándolo hasta de cargo y de profesión: la insignificancia se convierte en una elección, en una toma de partido. La exclusión deliberada de la sociedad supone una contestación a toda la podredumbre que la sociedad esconde. Al fin, no valer para nada ya no es algo por lo que uno deba despreciarse, sino una meta de la que puede sentirse orgulloso.

Volviendo a Turguénev, hay una derivación muy significativa e intencionada de la condición de «hombre superfluo» que parece oportuno reseñar aquí. Cuando el héroe de su relato sale indemne del duelo con el príncipe N., que le perdona desdeñosamente la vida, se pregunta con rabia por qué éste no le ha disparado. Su padrino de armas, el capitán Koloberdiáiev, le responde: «¡Ah, no hay quien entienda a estos escritores!», a lo que nuestro héroe reacciona con perplejidad («No sé por qué se le ocurriría concederme ese título») porque, en efecto, él no es un escritor. Pero es evidente que, con esta alusión bien ajena a la trama, Turguénev quería plantear una preocupación no sólo personal sino de toda la *intelligentsia* de su siglo: si ser un «hombre superfluo» no será uno de los rasgos distintivos de un escritor. En principio, uno diría que Turguénev no tenía por qué inquietarse, pues una de las razones a las que debió su fama fue que la lectura de sus *Memorias de un cazador* (1852) pesó mucho en la decisión del zar Alejandro II de abolir la servidumbre en 1861. Pero, por otro lado, esta inquietud cuadra perfectamente con su innovadora inclinación por un tipo de narrador avergonzado y autolesivo, desvirilizado, que se erige contra el narrador hiperactivo y laborioso, viril, del siglo XIX y que cuenta no lo que ha hecho, sino lo que *no* ha hecho, embargado de culpa e inhibición.

El dilema, sin embargo, no es sólo suyo. La cuestión de si el escritor es, al fin y al cabo, un «hombre superfluo» recorre de hecho todo el gran siglo de la literatura rusa, y uno acaba por pensar que el único capaz de responder a ella con un rotundo no sería Dostoievski, cuyo «hombre ridículo», pese al título autodenigrante, no deja de ser un místico que concluye su relato convencido de haber visto «la verdad» y de haber contraído el deber mesiánico de vagar por el mundo y predicarla. No es tampoco un «hombre superfluo» el narrador de su hilarante cuento «Bobok» (1873), un escritor –con todas las letrasdesencantado, cínico y sin fortuna,

con un «rostro enfermo, a un paso de la locura», pero definitivamente preparado para levantar acta de la ruina y la sinrazón de sus contemporáneos… que él, si le escucharan, sabría cómo remediar. O al menos ésa es la impresión que da: la exclusión social se vive aquí con resentimiento, pues ¿cómo se puede hacer esto a un escritor? ¿Cómo se puede no escucharlo? ¿A él, que es capaz hasta de oír, como bien manifiesta en su relato, lo que dicen los muertos? Esta actitud del escritor no escuchado, aunque siempre dispuesto a dar voces, será decisiva en todo el siglo XIX, y define un modelo de relevancia social y política que aún hoy es plenamente vigente.

Basta, sin embargo, comparar el narrador de «Bobok» con los narradores de Gógol y de Tolstói, igualmente comprometidos, cada uno a su modo, con la causa regeneracionista, para percibir la diferencia. Como «Bobok», «Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich» es una sátira con un narrador bastante histriónico, pero la palmaria indignación de Gógol viene mediada por un sofisticado ejercicio de ironía, que remeda el entusiasmo y el embelesamiento de la escuela costumbrista para pintar, en vez de una estampa pintoresca, una pieza precoz de teatro del absurdo; por lo demás, ningún narrador dostoievskiano se atrevería jamás a hacer burla de sus propias limitaciones y de escribir unas líneas como éstas: «¡No…! ¡No puedo…! ¡Dadme otra pluma! ¡La mía es demasiado lánguida, mortecina y roma para describir semejante cuadro!». En cuanto a Tolstói, ¡qué difícil es, en su escritura temerariamente moralizante, encontrar una salida de tono, una mueca de santurronería, un gesto de arrogancia! Tolstói confía todo su poder de convicción a un narrador prácticamente invisible, estricto y certero, sin interés por la retórica, y casi se diría que imposiblemente neutral. Recupera con una habilidad inimitable el papel tradicional del narrador como transmisor y consigue, anulando la voz, que sólo se oigan las palabras. Leemos el final de «Tres muertes» (1858) sin molestarnos por que el narrador no nos haya dicho hasta ese momento que nos estaba contando una fábula: no sólo le perdonamos el truco, sino que además sentimos que lleva razón. Leemos las tremendas aventuras de «El prisionero del Cáucaso» como si no fueran épicas, como si fuera su protagonista, recién llegado, quien acabara de contárnoslas. Leemos «Dios ve la verdad pero tarda en decirla» (1874-1875), el cuento favorito de Tolstói, junto con el anterior, confiando plenamente en su narrador sencillo y elemental y, cuando al final nos damos cuenta de que exige de nosotros una virtud sobrehumana, por un momento creemos de verdad que estamos capacitados para alcanzarla.

Leskov es otro maestro del narrador-transmisor y también inspira una gran confianza. Al menos una lectora suya, la que protagoniza «A propósito de la *Sonata a Kreutzer*», está convencida de que es un hombre sabio –de que no es, en otras palabras, un «hombre superfluo»– porque la vemos acudiendo a él en busca de consejo. Él se lo da, qué remedio. Pero que luego el consejo sea acertado es ya otro cantar: no queremos anticipar el final del relato, pero el lector verá, cuando llegue a él, que el dilema de la utilidad del escritor, más que resolverse, se complica. En todo caso, si bien fidedigno, el narrador de Leskov es siempre un narrador complejo, al que su oficio no deja ileso. En «El artista del tupé» se desdobla en un narrador que oye y una narradora que cuenta, y, por debajo de la historia de los terribles amores de un peluquero, descubrimos motivos, casi más terribles, para contarla.

El narrador que oye o es testigo será un personaje frecuente en esta antología: puede ser viajero, intrépido e impaciente como el de Pushkin en «El maestro de postas»; receloso y confuso, desbordado por los acontecimientos, como Turguénev en «El hombre de las lentes grises», donde debe someterse al siempre arduo papel de testigo de la Historia; casi accidental como el de Chéjov en «Agafia» (1886), que parece aterrizar, sin asombrarse, en un escenario conocido donde se repite, como en otros, la historia de la extraña resignación o indiferencia con que algunas personas se encaminan directamente al infortunio; o puede, también, envolverse en el silencio, un silencio elocuente y superior a cualquier comentario, como –por una vez– Dostoievski en la espeluznante historia criminal que escucha a unos compañeros

presos en Siberia en «El marido de Akulka». La reacción del narrador no es, en ninguno de estos casos, intrusiva, ni siquiera activa: no quiere esto decir que se retraiga (si realmente se retrajera, no narraría), ni que actúe como un diletante, pero sí que contar la historia no incluye la posibilidad de modificarla. Es interesante destacar que, de todos los oyentes y testigos que pululan por esta multitud de relatos, sólo dos mujeres piensen por un momento que la historia que acaban de escuchar, de labios de un hombre cruel, es un estímulo para cambiar su vida; una de ellas acaricia la idea de matar a su marido y a su suegro. Pero ninguna de estas dos mujeres es la narradora de «Campesinas» de Chéjov. Son sólo los personajes del título.

Quisiera terminar con una breve referencia a dos cuentos que ocupan su lugar, separado por casi setenta años, en los dos extremos de este libro. Uno es inacabado, pero merecía figurar aquí por su planteamiento modernísimo (la narradora se dispone a impugnar una novela en boga argumentando que conoce mejor que el novelista el «acontecimiento verídico» que la inspiró), por su insólita y fanática heroína stendhaliana, y por su romántico patriotismo: aparte del amor a Rusia, la mayoría de los elementos que caracterizan el relato –el más europeo de todos– no volveremos a encontrarlos en esta selección. Se titula «Róslavlev», fue escrito en 1831 y no sabemos por qué Pushkin no lo terminó. Sí sabemos, en cambio, por qué Chéjov, a quien aquí veremos perfectamente capaz de sujetarse a una historia *con* trama y *con* final (véase especialmente «La apuesta»), llegaría a pensar que el efecto «inacabado» era el que mejor reproducía el curso de la vida, esa cosa esquiva que todo escritor, superfluo o no, siempre ha tratado de atrapar. «La dama del perrito» es seguramente uno de los pocos relatos de la historia que termina con la palabra «empezar».

LUIS MAGRINYÀ

Aleksandr S. Pushkin

Aleksandr Serguéievich Pushkin nació en Moscú en 1799. Su padre pertenecía a una de las familias más antiguas de la nobleza, por entonces empobrecida y alejada de la corte; la madre −*la belle créole*− era nieta de Abraham Hannibal, un abisinio que fue regalado de niño a Pedro el Grande. En 1811 ingresó en el Liceo de Tsárskoie Seló, creado por Alejandro I para los hijos de la aristocracia, y en 1817 fue adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores. Se instaló en San Petersburgo, donde escribió algunos poemas de tipo político por los que fue desterrado a Kishinev, en el Cáucaso. Allí creó un nuevo género en la literatura rusa: el poema narrativo byroniano. Trasladado a Odessa en 1823, sus difíciles relaciones con el gobernador motivaron su expulsión del servicio civil y un nuevo destierro, esta vez a Mijáilovskoie, la aldea de su madre, donde compuso el drama shakespeareano *Borís Godunov*, capítulos de *Evgueni Oneguin* −su gran novela en verso−, y su primera colección de poemas, publicada en 1825 y agotada en dos meses. En 1826 el nuevo zar Nicolás I, consciente de la popularidad del poeta, le nombró censor personal. En 1830, retenido en la aldea de Bóldino por una epidemia de cólera, terminó *Evgueni Oneguin*, escribió los *Cuentos de Belkin*, algunos dramas e importantes piezas líricas. En 1831 se casó con Natalia Goncharova y solicitó la reincorporación al Ministerio y el acceso a los archivos del Estado; de sus estudios históricos salieron obras como la *Historia de Pugachov, Dubrovsky* y *La hija del capitán*. En 1836 fundó la revista *El Contemporáneo*, cuyo prestigio no decayó en todo el siglo XIX. En enero de 1837, Pushkin retó a duelo a su cuñado, un oficial francés del que sospechaba que le engañaba con su mujer, y murió a raíz del lance.

«El disparo», «El sepulturero» y «El maestro de postas» pertenecen a *Cuentos del difunto Iván Petrróvich Belkin* (1830). «Róslavlev» fue escrito en 1831.

El disparo

Nos batimos en duelo.

BARATINSKI[*]

Juré matarle por derecho de duelo. (Todavía me debía mi disparo.)

Tarde en el vivac[**]

I

Estábamos acampados en el pueblo de ***. La vida de un oficial del ejército es de sobra conocida. Por la mañana, prácticas y picadero; la comida, en casa del comandante del regimiento o en una taberna judía; y por la noche, ponche y cartas. En *** no había ni una casa donde nos pudieran invitar, ni una sola joven casadera; nos reuníamos los unos en las casas de los otros, donde no veíamos otra cosa que nuestros propios uniformes.

Solamente una persona pertenecía a nuestro círculo sin ser militar. Tenía unos treinta y cinco años y ya por eso le considerábamos un viejo. Gracias a su mayor experiencia nos aventajaba en mucho; además, su carácter habitualmente sombrío, su violencia y su lengua viperina ejercían sobre nuestras jóvenes mentes una gran influencia. Una especie de misterio rodeaba su vida; parecía ruso, pero tenía nombre extranjero. En tiempos había servido en los húsares, e incluso con éxito; nadie conocía la razón que le obligó a retirarse y a instalarse en un lugar pobre, donde vivía en una mezcla de austeridad y derroche: iba a todas partes a pie y vestía una levita negra gastada, pero al mismo tiempo tenía la casa abierta a todos los oficiales de nuestro regimiento. Es verdad que la comida consistía sólo en dos o tres platos, preparados por un soldado retirado, pero siempre iban acompañados por ríos de champaña. Nadie sabía nada de su fortuna ni de sus ingresos, pero ninguno se atrevía a preguntárselo. Tenía libros, la mayor parte de ellos militares, aunque también había novelas. Siempre estaba dispuesto a prestarlos y nunca exigía su devolución; por otra parte, él nunca devolvía un libro que le hubieran prestado. Su ejercicio principal consistía en disparar con pistola. Las paredes de su casa estaban carcomidas por las balas, llenas de hendiduras, como un panal de abejas. El único lujo de la humilde casa de barro donde vivía era una buena colección de pistolas. El arte que había logrado era tan extraordinario que, si él se hubiera ofrecido a derribar con una bala una pera colocada en la gorra de alguien, nadie de nuestro regimiento habría dudado en prestar su cabeza de soporte. A menudo nuestra conversación versaba sobre los duelos; Silvio (le daré este nombre) nunca intervenía. Si se le preguntaba si había tenido ocasión de batirse en duelo, contestaba secamente que sí, pero no entraba en detalles, y era evidente que estas preguntas le resultaban desagradables. Suponíamos que tenía sobre su conciencia alguna víctima desdichada de su macabro arte. Sin embargo, a nadie se le pasaba por la imaginación sospechar en él algo semejante a la timidez. Hay personas cuyo solo aspecto físico deshace cualquier duda de este tipo. Un acontecimiento inesperado vino a sorprendernos a todos.

Un día estábamos comiendo en casa de Silvio unos diez oficiales del regimiento. Se bebió como de costumbre, es decir, mucho; después de comer intentamos persuadir a nuestro anfitrión para que nos hiciera de banca en las cartas. Él se negaba insistentemente, ya que casi nunca jugaba; al fin, mandó que trajeran las cartas, colocó sobre la mesa medio centenar de monedas de oro e inició el juego. Lo rodeamos y nos pusimos a jugar. Silvio tenía la costumbre de guardar un silencio total

mientras jugaba, nunca discutía ni daba explicaciones. Si se daba el caso de que un jugador se equivocara en la cuenta, Silvio inmediatamente completaba la suma o apuntaba lo que sobraba. Conocíamos esa costumbre y no nos oponíamos a que actuara a su manera; pero ese día se encontraba entre nosotros un oficial que había sido desterrado a nuestro regimiento recientemente. Este hombre, que jugaba con nosotros, dobló por distracción una esquina de más. Silvio cogió la tiza y niveló la cuenta según tenía por costumbre. El oficial, pensando que Silvio se había equivocado, se puso a dar explicaciones. Silvio siguió jugando sin decir palabra. El oficial perdió la paciencia, agarró el cepillo y borró lo que creía un error. Silvio cogió la tiza y lo apuntó de nuevo. El oficial, acalorado por el vino, el juego y las risas de sus compañeros, se sintió cruelmente ofendido y, en un ataque de ira, empuñó un candelabro de cobre de la mesa y se lo tiró a Silvio, que apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe. Nos quedamos perplejos. Silvio se levantó, pálido de indignación, y con los ojos brillantes dijo:

–Señor, tenga la bondad de salir y dé gracias a Dios de que esto haya ocurrido en mi casa.

No dudamos de las consecuencias y consideramos a nuestro nuevo compañero un hombre muerto. El oficial salió de la casa diciendo que estaba dispuesto a responder al insulto como tuviera a bien el señor de la banca. El juego duró unos minutos más; pero, dándonos cuenta de que el anfitrión estaba pensando en otra cosa, fuimos apartándonos de la mesa uno a uno y marchándonos a nuestras casas hablando de las próximas vacaciones.

Al día siguiente, cuando estábamos en el picadero preguntándonos si estaría todavía vivo el pobre teniente, éste apareció entre nosotros; le hicimos la misma pregunta. Nos contestó que aún no había tenido noticias de Silvio. Esto nos sorprendió. Fuimos a casa de Silvio y le encontramos en el patio, clavando una bala detrás de otra a un as que había pegado a la puerta. Nos recibió como siempre, sin mencionar para nada el suceso del día anterior. Pasaron tres días, el teniente seguía vivo. Nos preguntábamos extrañados ¿acaso Silvio no piensa desafiarle? Y no le desafió. Se contentó con una breve explicación e hicieron las paces.

Al principio esto le perjudicó extraordinariamente en la estimación de los jóvenes: lo que menos perdonan éstos es la falta de valentía, porque la valentía se considera el súmmum de las cualidades humanas y la justificación de muchos defectos. Sin embargo, el incidente se fue olvidando poco a poco y Silvio volvió a tener el ascendiente de siempre.

Solamente a mí me resultaba imposible tratarlo como antes. Dotado por naturaleza de una imaginación romántica, yo era el que más devoción había sentido por aquel hombre de vida misteriosa y le consideraba el héroe de una novela fascinante. Él también me quería; al menos, yo era el único con quien Silvio abandonaba su amarga maledicencia habitual y hablaba de diversos temas con sencillez de espíritu y un tono extraordinariamente agradable. Pero después de aquella tarde desafortunada no me abandonaba la idea de que su honor estaba manchado y de que él mismo era el culpable de no haberlo reparado; y eso me impedía comportarme con él como antes; me daba vergüenza mirarle. Silvio era demasiado inteligente y tenía suficiente experiencia para dejar de darse cuenta de ello y de adivinar la causa. Mi actitud parecía disgustarle; un par de veces al menos noté que quería tener una explicación conmigo; pero yo evitaba cualquier ocasión y Silvio se apartó de mí. Desde entonces nos vimos solamente en presencia de otros compañeros y nuestras francas conversaciones se acabaron.

Los dispersos habitantes de la capital no tienen ni idea de una gran cantidad de impresiones que, sin embargo, son tan familiares para los habitantes de los pueblos o de las ciudades pequeñas, como, por ejemplo, la espera del día del correo: los martes y viernes la oficina de nuestro regimiento se llenaba de oficiales: unos esperaban dinero, otros carta, otros periódicos. Los paquetes solían abrirse allí mismo, se comunicaban las noticias y con todo ello la oficina presentaba un cuadro bien animado. Como Silvio recibía su correspondencia en las señas del regimiento, también solía acudir allí. Una vez le entregaron un paquete del que quitó el sello con aire de suma impaciencia. Al hojear la carta sus ojos brillaban. Los demás oficiales, ocupados en sus cartas, no se fijaron en ello.

–Señores –les dijo Silvio–, las circunstancias requieren mi ausencia inmediata; me marcho esta misma noche; espero que acepten cenar en mi casa por última vez. A usted también le espero –continuó dirigiéndose a mí–, le espero sin falta.

Con estas palabras salió apresuradamente; y nosotros, todos de acuerdo en reunirnos en casa de Silvio, nos fuimos cada uno por nuestro lado.

Llegué a casa de Silvio a la hora convenida y encontré a casi todo el regimiento. Todos sus enseres estaban ya empaquetados; sólo quedaban las paredes desnudas, llenas de balazos. Nos sentamos a la mesa; el anfitrión estaba de muy buen humor y pronto su animación se hizo general; los corchos salían disparados a cada instante, los vasos se llenaban una y otra vez de espuma chispeante, y entre todos no cesábamos de desear al que se marchaba un feliz viaje y toda clase de parabienes. Cuando nos levantamos de la mesa era ya tarde. Mientras todos recogían ya sus gorras, Silvio, que estaba despidiéndose de ellos, me tomó de la mano y me detuvo en el momento justo en que yo pensaba marcharme.

–Tengo que hablar con usted –me dijo en voz baja. Me quedé.

Los invitados se marcharon y nos quedamos solos; nos sentamos el uno frente al otro y encendimos nuestras pipas en silencio. Silvio parecía preocupado; de su alegría febril no quedaba ni rastro. Una palidez sombría, sus ojos brillantes y el humo espeso que exhalaba su boca le daban el aspecto de un verdadero demonio. Después de varios minutos Silvio rompió el silencio.

–Es posible que no nos volvamos a ver nunca más –me dijo–, antes de despedirnos quería darle una explicación. Usted ya habrá notado que tengo poco respeto por la opinión de los demás; pero le tengo aprecio y me preocupa dejar en su memoria una impresión injusta.

Se interrumpió y se puso a llenar su pipa, ya vacía; yo callaba, mirando al suelo.

–Le habrá parecido extraño –continuó– que no le haya pedido una satisfacción a ese borracho disparatado de R. Estará usted de acuerdo en que, teniendo yo el derecho de elegir el arma, su vida estaba en mis manos y la mía casi totalmente segura; podría achacar mi moderación a mi sola magnanimidad, pero no quiero mentirle. Si hubiera podido castigar a R. sin poner en peligro mi vida, no lo habría perdonado.

Yo miraba a Silvio sorprendido. Esta confesión me confundió por completo. Silvio continuó:

–Así es: no tengo derecho a ponerme en peligro de muerte. Hace diez años recibí una bofetada y mi enemigo aún está vivo.

Mi curiosidad se había excitado.

–¿Y no se batió usted con él? –le pregunté–. Supongo que las circunstancias les separaron.

–Me batí con él –contestó Silvio–, y aquí está el recuerdo de nuestro duelo.

Silvio se puso en pie y sacó de una caja de cartón un gorro rojo con una borla dorada y un galón (lo que los franceses llaman *bonnet de police)*; se lo puso y vi que estaba agujereado por una bala a unos dedos de la frente.

–Usted sabe –siguió Silvio– que estuve sirviendo en el regimiento *** de húsares. Ya conoce mi carácter, estoy acostumbrado a ser el primero, pero cuando era joven esto constituía una verdadera pasión. En aquel tiempo la violencia estaba de moda y yo era el más vehemente del ejército. Presumíamos de bebedores; yo conseguí ganar al bueno de Burtsov, el hombre que fue cantado por Denis Davydov[*]. En nuestro regimiento los duelos tenían lugar a cada momento: en todos fui testigo o protagonista. Los compañeros me adoraban y los comandantes, que continuamente eran sustituidos, me consideraban un mal inevitable.

»Disfrutaba de mi fama tranquilamente (más bien intranquilamente), cuando destinaron a nuestro regimiento a un joven de una famosa familia adinerada (que no quiero nombrar). ¡Nunca había visto a un ser tan afortunado y brillante! Imagínese una mezcla de juventud, inteligencia y belleza, con una alegría de lo más alocada y una osadía de lo más despreocupada, además de un nombre conocido y tanto dinero que nunca lo contaba y nunca se le acababa; figúrese qué efecto causó entre nosotros. Mi primacía se vio amenazada. Seducido por mi fama, intentó buscar mi amistad, pero yo le recibí fríamente y se apartó de mí sin ningún pesar. Empecé a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y con las

mujeres me llevaban a la desesperación. Intenté buscar un conflicto: a mis epigramas contestó con otros, siempre más sorprendentes y más agudos que los míos y naturalmente, mucho más graciosos; él se divertía pero yo me consumía de rabia. Hasta que por fin un día, en la fiesta de un terrateniente polaco, al verle como centro de atención de todas las damas y especialmente de la anfitriona, que mantenía una relación conmigo, le dije al oído una grosería banal. Se indignó y me dio una bofetada. Nos lanzamos a nuestros sables; las damas se desmayaron; nos separaron y aquella misma noche nos batimos en duelo.

»Fue al amanecer. Yo estaba en el lugar convenido con mis tres testigos. Esperaba a mi adversario con una impaciencia indecible. Apuntaba un sol primaveral que predecía la proximidad del calor. Le vi a lo lejos. Venía a pie, con la guerrera colgada del sable, acompañado de un solo testigo. Nos dirigimos a su encuentro. Se acercó con la gorra en la mano, llena de cerezas. Los testigos midieron doce pasos. Me correspondía disparar el primero; pero la emoción de mi ira era tal que no confiaba en la firmeza de mi mano y, para darme tiempo a calmarme, le cedí el primer disparo; mi adversario no quería aceptarlo. Se decidió echarlo a suertes: el número uno le tocó a él, el eterno favorito de la fortuna. Apuntó y me atravesó la gorra. Había llegado mi turno. Por fin su vida estaba en mis manos; le miré ávidamente, intentando descubrir aunque fuese la más leve sombra de inquietud... Mientras yo le apuntaba, él escogía las cerezas más maduras de la gorra y escupía las pipas, que llegaban hasta mí. Su indiferencia me sacó de quicio. ¿Qué sentido tiene, pensé, privarle de la vida si no le tiene ningún apego? Una idea macabra me atravesó la cabeza. Bajé la pistola.

»–Tengo la impresión de que no es su momento de enfrentarse a la muerte –le dije–, está usted desayunando; no quisiera molestarle...

»–No me molesta en absoluto –repuso–, tenga la bondad de disparar; aunque puede usted hacer lo que quiera, dispone de un disparo y siempre estaré a su disposición.

»Me dirigí a los testigos, diciéndoles que no tenía intención de disparar y así acabó el duelo.

»Dejé el servicio y me retiré a este lugar. Desde entonces no ha pasado un día en el que no haya pensado en la venganza. Por fin ha llegado mi hora...

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido por la mañana y me la dio a leer. Alguien (que parecía ser su apoderado) le escribía desde Moscú que la *persona señalada* iba a contraer matrimonio en breve con una bella y encantadora joven.

–Ya habrá adivinado –dijo Silvio– quién es esa *persona señalada*. Marcho para Moscú. Veremos si ahora recibe a la muerte con la misma indiferencia de la otra vez, cuando estaba tan ocupado con las cerezas.

Con estas palabras Silvio se levantó, tiró la gorra al suelo y empezó a recorrer la habitación de arriba abajo, como un tigre enjaulado. Lo había escuchado sin moverme; me asaltaban sentimientos extraños y contradictorios.

Apareció el criado para anunciar que los caballos estaban preparados. Silvio me estrechó la mano con fuerza, nos dimos un beso. Subió a un carro donde había dos maletas, una con las pistolas, la otra con sus enseres. Nos despedimos otra vez y los caballos salieron al galope.

II

Pasados varios años, las circunstancias familiares me obligaron a instalarme en una pequeña aldea del distrito de N. Dedicado a la administración de mi hacienda no dejaba de añorar en secreto mi antigua vida ruidosa y exenta de preocupaciones. Lo que más trabajo me costaba era acostumbrarme a pasar las tardes de otoño y de invierno en la soledad más completa. Antes de comer el tiempo se me pasaba hablando con el *stárosta*,* yendo a ver las faenas del campo o visitando las nuevas instalaciones; pero, cuando empezaba a anochecer temprano, no sabía qué hacer conmigo mismo.

Los pocos libros que encontré dentro de los armarios y en el desván, me los aprendí de memoria. Todos los cuentos que podía recordar el ama de llaves Kirílovna, me los contó, las canciones de las campesinas me sumían en la melancolía. Intenté entregarme a la bebida, pero me producía dolor de cabeza y además, tengo que confesar que temía convertirme en un *borracho por desdicha*, el tipo de borracho más empedernido que abunda en nuestro distrito. No tenía vecinos cercanos, salvo dos o tres *empedernidos*, cuya conversación constaba fundamentalmente de hipos y de suspiros. La soledad era más llevadera.

A cuatro verstas de mi casa había una gran hacienda, que pertenecía a la condesa B., pero allí solamente vivía el administrador; la condesa había visitado sus tierras una sola vez, durante el primer año de su matrimonio, y no estuvo más de un mes. Sin embargo, durante la segunda primavera de mi retiro, corrió el rumor de que la condesa pensaba venir con su marido a pasar el verano y efectivamente, llegaron a principios del mes de junio.

La llegada de un vecino rico supone un gran acontecimiento para los habitantes de un pueblo. Tanto los terratenientes como sus siervos hablan de ello con dos meses de antelación y durante los tres años siguientes. Por lo que a mí se refiere, tengo que confesar que la llegada de una vecina joven y hermosa me produjo un gran efecto; ardía en deseos de verla, así que al primer domingo de su llegada me dirigí después de comer al pueblo de ***, con el objeto de presentarme a sus excelencias como su vecino más cercano y seguro servidor.

El lacayo me acompañó hasta el despacho del conde y se adelantó para anunciar mi visita. El amplio despacho estaba decorado con toda clase de lujos; junto a las paredes había armarios llenos de libros y con un busto de bronce encima de cada uno; sobre la chimenea de mármol colgaba un gran espejo; el suelo estaba forrado de paño verde y cubierto de alfombras. Yo, que en mi pobre rincón había perdido la costumbre del lujo y que llevaba mucho tiempo sin ver la riqueza de otros, me azoré; esperaba al conde con una especie de ansiedad, como un pedigüeño de provincias espera la salida de un ministro. Se abrieron las puertas y entró un hombre de unos treinta y dos años extraordinariamente bien parecido. El conde se acercó a mí con un ademán abierto y amistoso; yo intenté rehacerme y comencé a presentarme, pero él se adelantó. Tomamos asiento. Su conversación, fácil y amable, pronto disipó mi huraña timidez; empezaba a recobrar mi compostura acostumbrada cuando de pronto entró la condesa, y la timidez volvió a apoderarse de mí con más fuerza. Efectivamente era una belleza. El conde me presentó; quise mostrar desenvoltura, pero cuanto más intentaba adoptar un aire suelto, más incómodo me sentía. Los condes, para darme tiempo a que me recuperara y me hiciera a la nueva situación, se pusieron a hablar entre ellos, tratándome sin ceremonias como a un buen vecino. Me entretuve en recorrer la habitación, mirando los libros y los cuadros. No soy muy entendido en pintura; sin embargo uno de los cuadros atrajo mi atención. Representaba una vista de Suiza, pero lo que me impresionó no fue la pintura, sino el hecho de que el cuadro estuviera atravesado por dos balas, ambas disparadas en el mismo punto.

–He aquí un buen disparo –dije dirigiéndome al conde.

–Sí –contestó–, es un disparo verdaderamente excepcional. ¿Es usted buen tirador? –continuó.

–No soy malo –contesté, contento de que la conversación se refiriera por fin a un tema de mi dominio–. No fallaría un naipe a treinta pasos, naturalmente con una pistola que conociera.

–¿De veras? –preguntó la condesa con aire muy atento–. Y tú, querido, ¿darías en un naipe a treinta pasos de distancia?

–Algún día lo intentaremos –contestó el conde–. En tiempos no era mal tirador, pero llevo cuatro años sin tocar una pistola.

–En ese caso –repuse– apuesto a que su excelencia fallaría el tiro incluso a veinte pasos: la pistola exige ejercicio diario. Lo sé por experiencia. En mi regimiento estaba considerado uno de los mejores tiradores. Una vez pasé un mes entero sin coger la pistola: estaban arreglando las mías, y ¿qué cree que pasó, excelencia? En la primera ocasión que tuve que volver a disparar, fallé cuatro tiros seguidos sobre una botella a veinticinco pasos. Teníamos un capitán que era un bromista; aquel día andaba por allí y me dijo: amigo, hay que ver la devoción que despierta una botella. No, excelencia,

no se puede descuidar este ejercicio, de lo contrario se pierde el hábito. El mejor tirador que he conocido disparaba todos los días, antes de comer y tres veces por lo menos. Lo tenía por costumbre, como quien se toma una copa de vodka.

El conde y la condesa estaban contentos de que me hubiera soltado a hablar.

–¿Y qué tal tiraba? –preguntó el conde.

–Verá usted, excelencia: divisaba de repente una mosca en la pared, ¿se ríe usted, condesa? Le juro que es verdad. En cuanto veía la mosca gritaba: Kuzka, la pistola. Kuzka le traía la pistola cargada. Entonces, ¡pam!, hundía la mosca en la pared.

–¡Increíble! –dijo el conde–. ¿Y cómo se llamaba?

–Silvio, excelencia.

–¡Silvio! –exclamó el conde, levantándose de un salto–. ¿Conoció usted a Silvio?

–Cómo no, excelencia; éramos amigos, estaba aceptado en nuestro regimiento como un verdadero amigo y compañero; hace cinco años que no tengo noticias de él. Pero entonces, ¿su excelencia también lo conoció?

–Sí, lo conocí, ¿no le contaría nunca...? Pero no, no creo... ¿Nunca le contó un extraño incidente?

–¿No será lo de la bofetada que le dio un bribón en una fiesta?

–¿Y le dijo el nombre de ese bribón?

–No, excelencia, no me lo dijo... ¡Ay, excelencia! –continué, empezando a adivinar la verdad–, usted perdone... no sabía... ¿no sería usted?

–Yo mismo –contestó el conde con una expresión de profundo disgusto–, y ese cuadro agujereado es el recuerdo de nuestro último encuentro...

–Por favor, querido –dijo la condesa–, te pido por Dios que no lo cuentes; me daría pavor escucharlo.

–No –contestó el conde–, voy a contarlo todo. Usted sabe cómo ofendí a su amigo, quiero que sepa cómo se vengó Silvio.

El conde me acercó una butaca, y con enorme curiosidad escuché el siguiente relato:

–Hace cinco años me casé. El primer mes, *the honeymoon*, lo pasamos aquí, en este pueblo. A esta casa le debo los mejores momentos de mi vida y uno de los recuerdos más penosos.

»Una tarde estábamos montando juntos a caballo; el caballo de mi mujer se puso algo terco; ella se asustó, me dio las riendas y regresó a casa a pie; yo iba delante. Al llegar al patio vi un carro de viaje; me dijeron que había una persona en mi despacho que no había querido revelar su nombre y que tan sólo había hecho saber que tenía que tratar de un asunto conmigo. Entré en esta habitación y vi en la oscuridad a un hombre polvoriento y con la barba crecida; estaba de pie junto a esa chimenea. Me acerqué a él intentando recordar sus rasgos.

»–¿No me conoces, conde? –dijo con voz temblorosa.

»–¡Silvio! –grité, y he de confesar que sentí cómo se me erizaban los cabellos.

»–Así es –continuó–, me debes mi disparo; he venido a descargar mi pistola; ¿estás preparado?

»La pistola asomaba de su bolsillo lateral. Medí doce pasos y me coloqué en aquella esquina, pidiéndole que disparara cuanto antes, mientras mi mujer estaba fuera. Él no parecía darse prisa; pidió luz. Trajeron las velas. Cerré las puertas con llave, dije que no entrara nadie y le pedí de nuevo que disparara. Sacó la pistola y apuntó...

»Yo contaba los segundos... pensaba en ella... ¡Aquel minuto que pasó fue terrible! Silvio bajó la mano.

»–Siento mucho –dijo– que la pistola no esté cargada con pipas de cereza... la bala es pesada. Tengo la impresión de que esto no es un duelo, sino un asesinato; no estoy acostumbrado a apuntar a alguien que está desarmado. Empecemos de nuevo, echemos a suertes quién tiene que disparar el primero.

»La cabeza me daba vueltas... Creo que me negué a aceptarlo... Por fin cargamos otra pistola; doblamos dos papeles; él los metió en la gorra que yo había atravesado tiempo atrás; de nuevo saqué el número uno.

»–Tienes una suerte diabólica, conde –dijo con una sonrisa que nunca olvidaré. No comprendo qué fue lo que me ocurrió entonces y cómo consiguió obligarme a ello... pero disparé y di en aquel cuadro. (El conde señaló con el dedo el cuadro atravesado; su cara ardía como el fuego; la condesa estaba más blanca que su pañuelo: yo no pude contener una exclamación.)

»Disparé –continuó el conde– y, gracias a Dios, fallé; entonces Silvio *** (en aquel momento tenía un aspecto realmente terrible), Silvio comenzó a apuntarme. De pronto se abrieron las puertas y Masha entró corriendo, echándoseme al cuello con un grito. Su presencia me devolvió la serenidad.

»–Querida –le dije–, ¿no te das cuenta de que esto es una broma? ¡Qué susto te has llevado! Anda, ve a beber un vaso de agua y vuelve aquí, te presentaré a mi viejo amigo y compañero.

»Masha no acababa de creérselo.

»–Dígame, ¿está diciendo la verdad mi marido? –preguntó, dirigiéndose al terrible Silvio–. ¿Es verdad que todo esto es una broma?

»–Su marido siempre está de broma, condesa –le contestó Silvio–. Una vez me dio en broma una bofetada, en broma me atravesó esta gorra, en broma acaba de fallar; ahora soy yo quien tiene ganas de gastar una broma...

»Con estas palabras empezó a apuntarme... ¡delante de ella! Masha se echó a sus pies.

»–¡Levántate, Masha, qué vergüenza! –grité fuera de mí–, y usted, caballero, ¿quiere dejar de burlarse de esta pobre mujer? ¿Va a disparar o no?

»–No lo haré –contestó Silvio–, ya estoy satisfecho, he visto tu desesperación, tu miedo; te he obligado a que me dispararas, tengo suficiente. Te acordarás de mí. Te dejo en manos de tu conciencia.

»Se dirigió a la salida, pero se detuvo en la puerta; miró al cuadro que yo había atravesado; casi sin apuntar disparó en el mismo lugar y desapareció. Mi mujer se había desmayado; los criados no se atrevían a detenerle, le miraban con horror; salió a la calle, llamó al cochero y se marchó antes de que yo pudiera reaccionar.

El conde guardó silencio. De esta manera conocí el final de la historia, cuyo comienzo tanto me había impresionado. A su héroe no le volví a ver. Dicen que Silvio, durante la sublevación de Aleksandr Ypsilanti, dirigió un destacamento de hetairistas, y fue muerto en la batalla de Skulyany*–.

El sepulturero

¿Acaso no vemos ataúdes cada día,
canas de un universo en decrepitud?

DERZHAVIN*

Cargaron los últimos enseres del sepulturero Adrián Prójorov en un coche fúnebre y por cuarta vez la escuálida pareja de caballos se arrastró desde la calle de Basmánnaia a la de Nikítskaia, donde el sepulturero se trasladaba con toda la casa. Tras cerrar la tienda con llave, clavó en la puerta un anuncio en el que se ofrecía el local en venta o en alquiler, y se dirigió a pie a su nueva casa. Al acercarse a la casita amarilla que desde hacía mucho tiempo había alimentado sus sueños y que al fin había podido comprar por una considerable cantidad de dinero, el viejo sepulturero sintió con sorpresa que su corazón no se alegraba. Cuando traspasó la puerta desconocida y encontró en su nueva vivienda un gran alboroto, suspiró por su decrépita choza, en la que durante dieciocho años todo había seguido el orden más estricto; riñó a sus dos hijas y a la sirvienta por su lentitud y se puso él mismo a ayudarlas. Pronto se estableció el orden: el altar con los iconos, el armario con la vajilla, la mesa, el diván y la cama ocuparon rincones especiales en la habitación del fondo; en la cocina y en la sala se colocaron los artículos del dueño: los ataúdes de todos los colores y tamaños, así como los armarios con sombreros y capas de luto y las antorchas. Sobre la puerta se alzó un letrero que mostraba a un Cupido corpulento con una antorcha invertida y una inscripción que decía: «Aquí se venden y se forran ataúdes sencillos y pintados; también se alquilan y se arreglan los viejos». Las muchachas se marcharon a su habitación. Adrián recorrió su vivienda, se sentó junto a la ventana y mandó preparar el samovar.

Mis ilustrados lectores sabrán que Shakespeare y Walter Scott presentaron a sus sepultureros como hombres alegres y dicharacheros, con el fin de que el contraste impresionara aún más nuestra imaginación. Por respeto a la verdad no podemos seguir su ejemplo y debemos reconocer que el carácter de nuestro sepulturero correspondía totalmente a su siniestro oficio. Habitualmente Adrián Prójorov estaba sombrío y meditabundo. Solamente interrumpía su silencio para regañar a sus hijas si las encontraba ociosas mirando por la ventana a los transeúntes, o para pedir por sus obras un precio desorbitado a aquellos que habían tenido la desgracia (o a veces la satisfacción) de necesitarlas. Así estaba, pues, Adrián, sentado a la ventana, bebiendo la séptima taza de té y sumido como de costumbre en una triste meditación. Pensaba en la lluvia torrencial que hacía una semana había sorprendido junto al mismo cementerio el entierro de un brigadier retirado. Muchas capas habían encogido, muchos sombreros se habían deformado. Preveía gastos inevitables, ya que su vieja colección de trajes fúnebres se encontraba en un estado lamentable. Esperaba compensar las pérdidas a costa de la vieja comerciante Triújina, que llevaba casi un año al borde de la muerte. Pero Triújina estaba muriéndose en Razgulay, y Prójorov temía que a sus herederos les diera pereza mandar a buscarle tan lejos y que, a pesar de su promesa, llegaran a un acuerdo con un sepulturero más cercano.

Estos pensamientos fueron de pronto interrumpidos por tres golpes masones en la puerta.

–¿Quién es? –preguntó el sepulturero. Se abrió la puerta y un hombre, en el que a primera vista se reconocía a un artesano alemán, entró en la habitación y se acercó con aire afable.

–Perdone, respetable vecino –dijo en aquella jerga rusa que hasta hoy en día nos produce accesos de risa–, perdone que le moleste... quería conocerle cuanto antes. Soy zapatero, mi nombre es Gottlieb Schultz y vivo al otro lado de la calle, en la casita que está enfrente de sus ventanas. Mañana

celebro mis bodas de plata y le pido a usted y a sus hijas que vengan a comer a mi casa como buenos amigos.

La invitación fue aceptada condescendientemente. El sepulturero rogó al zapatero que se sentara y tomara una taza de té, y al poco, gracias al carácter abierto de Gottlieb Schultz, estaban hablando como amigos.

–¿Qué tal va su negocio? –preguntó Adrián.

–¡Ejem! –contestó Schultz–, así, así. No me puedo quejar. Aunque, claro está, mi mercancía no es como la suya: el vivo puede pasarse sin botas, pero el muerto no vive sin ataúd.

–Es la pura verdad –dijo Adrián–, pero si el vivo no tiene con qué comprarse unas botas, perdóneme, pues anda descalzo; y un muerto pobre se lleva el ataúd de balde.

De este modo la conversación continuó durante un rato; por fin el zapatero se levantó y se despidió del sepulturero reiterando la invitación.

Al día siguiente a las doce en punto, el sepulturero y sus hijas salieron por la puerta de su casa recién comprada y se dirigieron a la casa del vecino. No voy a describir el caftán ruso de Adrián Prójorov ni los trajes europeos de Akulina y Daria, apartándome en este caso de la costumbre común a los novelistas de ahora. No obstante, considero necesario hacer constar que ambas jóvenes se pusieron sombreros amarillos y zapatos rojos, cosa reservada exclusivamente para las grandes ocasiones.

La pequeña casa del zapatero estaba llena de invitados, de los cuales la mayoría eran artesanos alemanes con sus mujeres y aprendices. El único funcionario ruso que había era un guardia, el finés Yurkó, que, a pesar de su modesta condición, había sabido ganarse la especial benevolencia del dueño de la casa. Llevaba unos veinticinco años sirviendo en el puesto con plena abnegación, como el cartero de Pogorelski–*. El incendio de 1812 que asoló la capital también destruyó su garita amarilla. Pero inmediatamente después de que el enemigo fuera expulsado, se levantó en su lugar otra nueva, de color gris y con columnas dóricas blancas, y Yurkó volvió a pasear junto a ella con *su alabarda y su coraza de paño tosco*–*. Casi todos los alemanes que vivían junto a la Puerta Nikítskaia le conocían; algunos de ellos habían tenido incluso la ocasión de pasar la noche del domingo en su garita. Adrián procuró entablar conversación con él, como persona que tarde o temprano puede resultar necesaria, y los dos se sentaron juntos, cuando los demás invitados pasaron a la mesa. El señor y la señora Schultz y su hija Lotchen de diecisiete años comían con los invitados, les convidaban insistentemente y al mismo tiempo ayudaban a la cocinera a servir. Corrían ríos de cerveza. Yurkó devoraba por un regimiento; Adrián no tenía nada que envidiarle; sus hijas estaban muy comedidas; la conversación, en alemán, se hacía cada vez más ruidosa. De pronto el anfitrión pidió la atención de todos y, abriendo una botella embreada, dijo en ruso con voz fuerte:

–¡A la salud de mi buena Luisa!

Chorreó el vino espumoso. El anfitrión besó tiernamente la fresca mejilla de su compañera de cuarenta años y los invitados bebieron ruidosamente a la salud de la buena Luisa.

–¡A la salud de mis queridos invitados! –proclamó el anfitrión abriendo la segunda botella, y los invitados se lo agradecieron vaciando sus copas. A partir de ese momento las rondas por la salud de unos y de otros empezaron a sucederse sin tregua: brindaron a la salud de cada uno de los invitados por separado, brindaron por Moscú y una docena de ciudades germanas, brindaron por todas las corporaciones en general y cada una en particular, brindaron por los artesanos y sus aprendices. Adrián bebía concienzudamente, y se animó tanto que llegó a proponer un brindis en broma. De pronto uno de los invitados, un panadero gordo, levantó su copa y exclamó:

–¡A la salud de todos aquellos para quienes trabajamos, *unserer Kundleute*–**!

La sugerencia, al igual que todas las demás, fue recibida con unanimidad y alegría. Los invitados empezaron a saludarse unos a otros: el zapatero al sastre, el sastre al zapatero, el panadero a los dos, todos al panadero, y así sucesivamente. Yurkó, entre tantas reverencias mutuas, se volvió hacia su vecino y gritó:

–¿Qué te pasa, amigo? Bebe a la salud de tus muertos.

Todos se rieron a carcajadas, pero el sepulturero se sintió ofendido y se enfurruñó. Nadie reparó en ello y los comensales siguieron bebiendo; cuando se levantaron de la mesa estaban ya tocando a vísperas.

Los invitados se marcharon a sus casas tarde, la mayor parte de ellos beodos. El panadero gordo y el encuadernador, cuya cara *parecía encuadernada en tafilete rojo*–*, llevaron del brazo a Yurkó a su garita, procurándose así el cumplimiento del proverbio ruso que dice: quien paga deuda, hace caudal. El sepulturero llegó a su casa borracho y malhumorado.

–Entonces, ¿qué pasa? –pensaba en voz alta–. ¿Es que mi oficio es menos honrado que el de los otros? ¿Acaso el sepulturero es hermano del verdugo? ¿De qué se ríen esos musulmanes? ¡Como si un sepulturero fuese un payaso de feria! Pensaba invitarlos para celebrar la nueva casa, darles un verdadero banquete, ¡ni hablar! Llamaré a aquellos para quienes trabajo: a mis muertos ortodoxos.

–Pero ¿qué dice usted, señor? –dijo la criada, que le estaba descalzando en aquel momento–. ¿Qué está diciendo? ¡Santígüese! ¡Invitar a los muertos a casa! ¡Qué horror!

–Te juro que los voy a llamar –continuó Adrián–, y además, mañana mismo: por favor, mis queridos benefactores, les espero mañana en mi casa, les daré un festín, todo lo que tenga.

Con estas palabras el sepulturero se fue a la cama y pronto se puso a roncar.

Todavía era de noche cuando despertaron a Adrián. Triújina, la comerciante, había muerto aquella misma noche; uno de sus dependientes había mandado a un recadero que vino a caballo a darle la noticia a Adrián. El sepulturero le dio diez kópeks de propina, se vistió a toda prisa, tomó un coche de alquiler y marchó a Razgulay. Junto a la puerta de la difunta estaba ya la policía, y un grupo de comerciantes merodeaba como cuervos al olor de un cadáver. La muerta yacía en la mesa, amarilla como la cera, pero sin estar desfigurada todavía por la descomposición. Junto a ella se agolpaban parientes, vecinos y criados. Todas las ventanas estaban abiertas; ardían las velas; los sacerdotes leían las oraciones. Adrián se acercó al sobrino de Triújina, un joven comerciante vestido con una levita a la última moda, para anunciarle que el ataúd, las velas, el sudario y demás artículos fúnebres le serían suministrados a plena conformidad. El sobrino le dio las gracias distraídamente y le dijo que no pensaba discutir el precio, que confiaba en su honradez. El sepulturero, siguiendo su costumbre, le juró por Dios que no pediría de más, echó una mirada significativa al dependiente y se marchó a organizarlo todo. Pasó todo el día yendo desde Razgulay a la Puerta de Nikítskaia; para la noche todo quedó arreglado y se dirigió a su casa a pie, despidiendo al cochero. Era una noche de luna. El sepulturero llegó tranquilamente hasta la Puerta de Nikítskaia. Junto a la iglesia de la Ascensión le dio el alto nuestro amigo Yurkó, que al reconocerlo le deseó las buenas noches. Era tarde. Ya estaba el sepulturero cerca de su casa cuando, de pronto, le pareció que alguien se había aproximado a su puerta, la había abierto y desaparecía detrás de ella. «¿Quién podría ser? –pensó Adrián–. ¿Quién me necesita a estas horas? ¿Será un ladrón? ¿Será el amante de alguna de las idiotas de mis hijas? ¡Lo que faltaba!» El sepulturero estaba ya a punto de pedir auxilio a su amigo Yurkó. En aquel momento alguien más se acercó a la puerta y se dispuso a entrar pero, al ver correr al dueño de la casa, se detuvo y se quitó el tricornio. La cara le pareció familiar a Adrián, pero con las prisas no tuvo tiempo de verla como es debido.

–Ha venido usted a verme –dijo Adrián jadeando–, pase, haga el favor.

–Déjate de cumplidos, amigo –dijo el otro con voz ronca–, pasa primero y muestra el camino a tus invitados.

Adrián no tuvo tiempo para cumplidos. La puerta estaba abierta y subió la escalera seguido del otro. Le pareció que había gente andando por sus habitaciones. «¿Quién demonios será?», pensó, se apresuró a entrar... y se le doblaron las piernas. La habitación estaba llena de muertos. La luna, que penetraba a través de la ventana, iluminaba sus rostros amarillos y azules, las bocas hundidas, los ojos turbios y semicerrados, las narices abiertas... Adrián reconoció con horror a las personas que habían sido enterradas gracias a sus esfuerzos y, en el hombre que había entrado con él, al brigadier que fue sepultado el día de la lluvia torrencial. Todos ellos, damas y caballeros, rodearon al

sepulturero con saludos y reverencias, menos un pobre que había sido enterrado de balde hacía poco y que, azorado y avergonzado por sus harapos, no se atrevía a cercarse y permanecía humildemente en un rincón. Todos los demás iban vestidos con decoro: las difuntas llevaban cofias con cintas, los funcionarios muertos aunque estaban sin afeitar, iban de uniforme, los comerciantes vestían caftanes de fiesta.

–Como verás, Prójorov –dijo el brigadier en nombre de los demás–, todos nos hemos levantado al oír tu invitación; se han quedado en casa únicamente aquellos que ya no pueden más, los que ya están desintegrados y a los que solamente les quedan los huesos, sin nada de piel; pero uno de éstos no se ha podido aguantar, tantas ganas tenía de venir a verte a tu casa...

Entonces un pequeño esqueleto atravesó la multitud y se acercó a Adrián. Su calavera le sonreía cariñosamente. Como de un palo, colgaban del esqueleto trozos de paño rojo y verde, y jirones de hilo carcomido; los huesos de sus piernas se batían en las anchas botas como la maza en un mortero.

–No me has reconocido, Prójorov –dijo el esqueleto–. ¿Recuerdas a Piotr Petrróvich Kurilkin, sargento de la guardia retirado, a quien en 1799 vendiste tu primer ataúd haciendo pasar uno de pino por uno de roble?

Con estas palabras el muerto le estrechó en su abrazo de huesos, pero Adrián, reuniendo todas sus fuerzas, dio un grito y le pegó un empujón. Piotr Petrróvich se tambaleó, cayó y se deshizo completamente. Entre los muertos se levantó un murmullo de indignación; todos quisieron defender el honor de su compañero, rodearon a Adrián profiriendo insultos y amenazas, y el pobre anfitrión, ensordecido por sus gritos y casi aplastado, perdió la presencia de ánimo y se derrumbó sin sentido sobre los huesos del sargento retirado.

El sol llevaba largo rato iluminando la cama sobre la que yacía el sepulturero. Por fin abrió los ojos y vio a la criada que estaba soplando las brasas del samovar. Adrián recordó con horror todos los acontecimientos del día anterior: Triújina, el brigadier y el sargento Kurilkin aparecieron vagamente en su imaginación. Aguardaba en silencio que la criada iniciara la conversación y le contara las consecuencias de las aventuras nocturnas.

–Qué manera de dormir, Adrián Prójorovich –dijo Aksinia dándole la bata–. Han venido a verle el sastre y el guardia para decirle que hoy era el santo del comisario de policía, pero como estaba durmiendo no quisimos despertarlo.

–¿Y no han venido de parte de la difunta Triújina?

–¿Difunta? Pero ¿acaso ha muerto?

–¡Qué tonta eres! ¿No me ayudaste tú misma a arreglar su entierro?

–¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco o todavía no se le ha pasado la borrachera? ¿De qué entierro habla? Ayer pasó todo el día en casa del alemán, comiendo y bebiendo, volvió borracho, se echó a dormir y ha estado durmiendo hasta ahora, hasta que tocaron a misa.

–¿Es verdad eso? –preguntó el sepulturero, aliviado.

–¡Pues no se lo estoy diciendo! –contestó la criada.

–Bueno, si es así, trae el té en seguida y llama a mis hijas.

El maestro de postas

Registrador colegiado,
dictador de la estación de correo.

PRÍNCIPE VIÁZEMSKI*

¿Quién no habrá maldecido a los maestros de postas, quién no habrá batallado con ellos? ¿Quién, en un momento de ira, no habrá exigido el libro fatídico para inscribir en él una queja inútil acerca de la arbitrariedad, la grosería y la desorganización? ¿Quién no los considera los monstruos del género humano, semejantes a los empleados de juzgado de antaño o, por lo menos, a los bandidos de los bosques de Múrom? Sin embargo, tratemos de ser justos e intentemos colocarnos en su situación y entonces, quizá, podremos juzgarlos más benévolamente. ¿Qué es un maestro de postas? Un verdadero mártir del rango catorce**, cuyo grado lo defiende únicamente de los malos tratos, y eso, no siempre (me remito a la conciencia de mis lectores). ¿Cuál es la misión de este dictador, como lo llama irónicamente el príncipe Viázemski? ¿No es un verdadero castigo? No tiene un momento de paz ni de día ni de noche. Toda la irritación, acumulada durante un viaje aburrido, el viajero la vuelca sobre el maestro de postas. El tiempo es insufrible, el camino deplorable, el cochero terco, los caballos no avanzan, y la culpa es del maestro de postas. Al entrar en su humilde vivienda el transeúnte lo mira como a un enemigo; el maestro es afortunado si puede librarse del inesperado huésped en breve, pero ¿y si no hay caballos...? ¡Dios mío! ¡Qué insultos, qué amenazas caerán sobre su cabeza! Los días de lluvia y barro se ve obligado a correr de una casa a otra; cuando hay tormenta o una helada navideña, se marcha al pasillo frío para descansar, aunque sea por un minuto, de los gritos y empujones de un inquilino irritado. Llega un general: el maestro tembloroso le da sus dos últimas troikas, entre ellas, la del correo. El general se marcha sin darle las gracias. A los cinco minutos una campanilla... y el inspector de correo le tira sobre la mesa su carta de viaje... Intentemos comprenderlo, y en nuestro corazón la conmiseración ocupará el lugar de la cólera. Unas palabras más: a lo largo de veinte años he estado recorriendo Rusia en todas las direcciones; conozco casi todas las líneas de correo; he podido observar varias generaciones de cocheros; habrá pocos maestros de postas cuyas caras no me resulten familiares y he tenido que tratar con la mayoría de ellos; tengo la esperanza de publicar en breve una curiosa colección de mis observaciones de los viajes; por ahora quiero decir solamente que la clase de los maestros de postas ha sido presentada a la opinión pública de la manera más falsa. Los tan calumniados maestros de postas son, por lo general, personas pacíficas, serviciales por naturaleza, con inclinación sociable, modestas en sus pretensiones de honores y poco codiciosas. Su conversación (que los señores pasajeros tratan de evitar tan incorrectamente) puede proporcionar muchas cosas curiosas y aleccionadoras. En lo que a mí respecta, tengo que confesar que prefiero su conversación a la charla de algún funcionario de sexto rango que viaja en comisión de servicio.

Es fácil adivinar que tengo amigos entre el respetable rango de maestros de postas. Efectivamente, el recuerdo de uno de ellos me resulta especialmente grato. Una vez nos acercaron las circunstancias, y de él precisamente tengo la intención de conversar con mis amables lectores.

En el año 1816, en el mes de mayo, tuve que pasar por la provincia de ***, por un trayecto que ya está suprimido. Tenía un rango bajo, viajaba en posta y podía pagar por dos caballos. Como consecuencia de ello los maestros de postas gastaban pocos cumplidos conmigo, y muchas veces tuve que librar una batalla por algo que, según pensaba, me pertenecía por derecho. Siendo joven e impulsivo, me indignaba por la bajeza y cobardía del maestro de postas cuando destinaba al carruaje

de un alto funcionario la troika que estaba preparada para mí. Me costó el mismo trabajo acostumbrarme a que en las comidas de los gobernadores los selectivos criados pasaran por delante de mí sin servirme. Ahora ambas cosas me parecen normales. En realidad, ¿qué sería de nosotros si en lugar de la regla comúnmente aceptada: *las jerarquías deben respetarse*, se introdujera otra, por ejemplo: *la inteligencia debe respetarse*? ¡Qué discusiones surgirían entonces! ¿Y a quién empezarían a servir los criados? Pero volvamos a nuestra historia.

Era un día de calor. A tres verstas de la posta de *** empezó a chispear, y al minuto una lluvia torrencial me caló hasta los huesos. Cuando llegué a la posta mi primera preocupación fue cambiarme de ropa cuanto antes, y la segunda, pedir una taza de té.

–¡Dunia! –gritó el maestro de postas–. Enciende el samovar y ve a buscar crema.

Al oír estas palabras, de detrás de un tabique apareció una muchacha de unos catorce años, que corrió al pasillo. Su belleza me impresionó profundamente.

–¿Es hija tuya? –pregunté al maestro de postas.

–Sí, es mi hija –contestó con aire de amor propio satisfecho–, y es lista y rápida como su difunta madre.

Seguidamente se puso a copiar mi carta de viaje, y yo me dediqué a estudiar las estampas que decoraban su humilde, pero bien cuidada, vivienda. Representaban la historia del hijo pródigo: en la primera un venerable anciano, con gorro y bata, despide al joven inquieto, que apresuradamente recibe su bendición y un saco con dinero. La segunda representa con vivos colores la conducta licenciosa del joven: está sentado a la mesa, rodeado de falsos amigos y mujeres desvergonzadas. A continuación el joven, arruinado, vestido con harapos y un tricornio, está paciendo cerdos y comparte con ellos su ágape; su cara tiene una expresión de profunda pena y arrepentimiento. Finalmente se ve su regreso a casa: el buen viejo, vistiendo el mismo gorro y la misma bata, corre a su encuentro; el hijo pródigo está de rodillas; en segundo término el cocinero mata a un carnoso ternero y el hermano mayor pregunta a los criados por la causa de tanta alegría. Debajo de cada estampa leí unos oportunos versos en alemán. Sigo conservando todo esto en la memoria, igual que los tiestos con balsamina, la cama con una cortina de vivos colores y los demás objetos que me rodeaban por aquel entonces. Veo ante mis ojos al propio dueño de la casa, un hombre de unos cincuenta años, fuerte y vivaz, su larga levita verde con tres medallas colgadas de unas cintas descoloridas.

Cuando estaba pagando a mi viejo cochero apareció Dunia con el samovar. La pequeña coqueta notó al momento la impresión que me había causado; bajó sus grandes ojos azules; yo empecé a hablar con ella y Dunia me contestaba sin timidez alguna, como una joven que conoce el mundo. Ofrecí al padre un vaso de ponche, a Dunia le di una taza de té y los tres nos pusimos a conversar, como si nos conociéramos de toda la vida.

Hacía rato que los caballos estaban preparados, pero yo no tenía ganas de separarme del maestro de postas y de su hija. Por fin me despedí de ellos; el padre me deseó buen viaje y la hija me acompañó hasta el carro. En la puerta me detuve y le pedí permiso para darle un beso; Dunia accedió... Puedo contar muchos besos

Desde que me dedico a ello*–

pero ninguno me ha dejado un recuerdo tan duradero y agradable.

Pasaron varios años, y las circunstancias me llevaron al mismo trayecto y al mismo lugar. Recordé a la hija del viejo maestro de postas y me alegré al pensar que volvería a verla. Aunque, pensé, el viejo maestro de postas ya habrá sido sustituido por otro y Dunia estará casada. La idea de que alguno de los dos podía haber muerto también pasó por mi imaginación, y me acerqué a la posta de *** con un triste presentimiento.

Los caballos pararon junto a la casa de posta. Al entrar en la habitación reconocí en seguida las estampas que representaban la historia del hijo pródigo; la cama y la mesa ocupaban el lugar de antes, pero en las ventanas ya no había flores y todo a mi alrededor respiraba miseria y abandono. El

maestro de postas dormía cubierto con un abrigo de piel; mi llegada lo despertó y el viejo se incorporó... Efectivamente, era Samsón Vyrin, pero ¡cómo había envejecido! Mientras el hombre se preparaba para copiar mi carta de viaje, yo me quedé mirando sus canas, las profundas arrugas de la cara sin afeitar, la espalda encorvada, y no podía salir de mi asombro de cómo tres o cuatro años habían convertido a un hombre fuerte en un viejo decrépito.

–¿No me conoces? –le pregunté–. Somos viejos amigos.

–Puede ser –dijo con aire sombrío–; el camino es importante, por aquí pasa mucha gente.

–¿Cómo está tu Dunia? –continué. El viejo frunció el ceño.

–Dios sabe –contestó.

–¿Se habrá casado? –dije. El viejo hizo como si no oyera mi pregunta y siguió leyendo mi carta de viaje susurrando por lo bajo. Abandoné mi interrogatorio y pedí té. La curiosidad empezaba a inquietarme, y tenía esperanzas de que el ponche desataría la lengua de mi viejo conocido.

No me equivoqué: el viejo aceptó el vaso que le ofrecí. Me fijé en que el ron despejaba su mal humor. Con el segundo vaso se volvió hablador: me recordó o hizo como que me recordaba, pero conocí la historia que tanto me emocionó y me ocupó en aquellos días.

–¿Entonces, conoció usted a mi Dunia? –comenzó–. ¿Y quién no la conocía? ¡Ay, Dunia, Dunia! ¡Qué muchacha! Todos los que pasaban por aquí la alababan, nadie podía decir nada malo. Las señoras le regalaban cosas, pañuelitos o pendientes. Y los señores se quedaban, como si fuera para comer o cenar, pero en realidad era para verla más tiempo. Me acuerdo de que cuando venía algún señor muy malhumorado, en cuanto la veía se calmaba, y ya se ponía amable conmigo. No sé si me va a creer usted, pero hasta los mensajeros y los inspectores de correo se quedaban hablando con ella media hora. La casa se mantenía gracias a ella, tenía tiempo para todo, para guisar y limpiar. Y yo, viejo imbécil, no podía quitarle ojo y estaba loco de alegría; cómo la quería, cómo mimaba a mi niña; ¿acaso le faltaba algo? Pero no hay quien escape de la desgracia, el destino es el destino.

Aquí empezó a contarme con detalle su desdicha. Hacía tres años, una tarde de invierno en la que el maestro de postas estaba trazando las rayas en su nuevo libro de cuentas y su hija se estaba haciendo un vestido detrás del tabique, se acercó una troika, y un viajero con gorro circasiano, abrigo militar y con un chal alrededor del cuello entró en la habitación exigiendo caballos. Todos los caballos estaban fuera. Al conocer esta noticia el viajero alzó la voz y la fusta, pero Dunia, acostumbrada a semejantes escenas, salió corriendo de su cuarto y se dirigió dulcemente al pasajero preguntándole si no desearía comer algo. La aparición de Dunia produjo el efecto habitual. La ira del pasajero se pasó, accedió a esperar los caballos y encargó la cena. Al quitarse el gorro peludo y mojado, al desenrollar el chal y despojarse del abrigo, el pasajero apareció como un joven y esbelto húsar con bigotito negro. Se acomodó en la habitación del maestro de postas y se puso a hablar alegremente con él y con su hija. Sirvieron la cena. Mientras tanto llegaron los caballos y el maestro de postas ordenó que los engancharan inmediatamente, sin haberles dado de comer, en la *kibitka*[*] del viajero; pero al regresar de la calle se encontró al joven tumbado en el banco, casi sin sentido: se había sentido mal, tenía un terrible dolor de cabeza y no podía continuar el viaje... ¡Qué iba a hacer! El maestro de postas le cedió su cama y se decidió que, si el enfermo no se encontraba mejor, al día siguiente mandarían a S. por un médico.

Al día siguiente el húsar se sintió todavía peor. Su criado marchó a caballo a la ciudad a buscar a un médico. Dunia le vendó la cabeza con un pañuelo empapado en vinagre y se sentó con su labor junto a su cama. En presencia del maestro de postas el húsar no hacía más que quejarse y no decía ni una palabra; sin embargo, tomó dos tazas de café y entre quejas encargó la comida. Dunia no se separaba de él. Pedía de beber a cada momento, y Dunia le llevaba una taza con limonada hecha por ella. El enfermo humedecía sus labios y, cada vez que le devolvía la taza a Dunia, le estrechaba la mano como señal de agradecimiento. A la hora de comer llegó el médico. Le tomó el pulso al enfermo, le habló en alemán, y anunció en ruso que necesitaba mucho reposo y que, pasados dos días, podría emprender el camino. El húsar le entregó veinticinco rublos y lo invitó a comer; el

médico aceptó; ambos comieron con mucho apetito, se bebieron una botella de vino y se despidieron, muy satisfechos el uno con el otro.

Pasó otro día y el húsar se restableció completamente. Estaba extraordinariamente animado, bromeaba sin parar con Dunia o el maestro de postas, silbaba canciones, hablaba con los viajeros y anotaba sus cartas de viaje en el libro de postas, y el buen maestro se encariñó tanto con su amable inquilino que al tercer día le dio pena separarse de él. Era domingo; Dunia se disponía a ir a misa. Prepararon la *kibitka* del húsar. Se despidió del maestro de postas, pagándole generosamente por la estancia y la comida; se despidió de Dunia y le ofreció llevarla a la iglesia que estaba al final del pueblo. Dunia no sabía qué hacer...

–¿De qué tienes miedo? –le dijo el padre–. Su señoría no es un lobo y no te va a comer; date un paseo hasta la iglesia.

Dunia subió a la *kibitka* y se sentó junto al húsar, el criado se montó en el pescante, el cochero silbó y los caballos se pusieron en marcha.

El pobre maestro de postas no lograba comprender cómo había permitido que su Dunia se marchara con el húsar, cómo le había atacado semejante ceguera y qué le había ocurrido a su razón. Al cabo de media hora el corazón le empezó a doler, y la intranquilidad se apoderó de él hasta tal punto que, sin poder aguantarlo más, fue a misa. Al acercarse a la iglesia vio que la gente ya estaba marchándose, pero Dunia no estaba ni en la plaza ni en el atrio de la iglesia. Entró precipitadamente dentro de la iglesia: el pope salía del altar, el diácono apagaba las velas, dos viejas rezaban en un rincón, pero Dunia no estaba allí. El desdichado padre se decidió a duras penas a preguntarle al diácono si Dunia había estado en misa. El diácono contestó que no había estado. El maestro de postas volvió a su casa medio muerto. La única esperanza que tenía era que Dunia, con la ligereza propia de su edad, hubiera decidido darse un paseo hasta la posta siguiente, donde vivía su madrina. Con angustiosa impaciencia esperó el regreso del carruaje. El cochero no volvía. Por fin, hacia la noche, llegó solo con la terrible noticia: «Dunia ha seguido desde la posta siguiente con el húsar».

El viejo no pudo soportar su desgracia; cayó en la misma cama donde había estado la víspera el joven mentiroso. Ahora, pensando en todo lo ocurrido, el maestro de postas empezó a comprender que la enfermedad había sido fingida. El pobre hombre cayó con una fuerte calentura; lo llevaron a S. y pusieron en su lugar a otro. El mismo médico que había atendido al húsar trató al maestro de postas. Le aseguró que el joven estaba completamente sano, y que él ya entonces había adivinado sus malas intenciones, pero que se había callado por temor a la fusta. No se sabía si era verdad lo que decía el alemán, o si estaba presumiendo de perspicacia, pero no consoló al pobre enfermo lo más mínimo. En cuanto el maestro de postas hubo mejorado, pidió al inspector de correos de S. dos meses de permiso, y sin comunicarle a nadie su intención, se dirigió a pie en busca de su hija. Sabía por la carta de viaje que el capitán de caballería Minski viajaba de Smolensk a San Petersburgo. El cochero que le había llevado contaba que Dunia había pasado todo el camino llorando, aunque iba por su propia voluntad. «A lo mejor –pensaba el maestro de postas–, me traigo a casa a mi ovejita descarriada.» Con este pensamiento llegó a San Petersburgo, se hospedó en el regimiento Izmáilovski, en casa de un sargento retirado que había sido compañero suyo, y emprendió la búsqueda. Pronto se enteró de que el capitán Minski estaba en San Petersburgo y vivía en la posada Demutovski. El maestro de postas se decidió a ir a verlo.

Una mañana, muy temprano, entró en su antesala y pidió que anunciaran a su señoría que un viejo soldado quería verle. Un lacayo militar le dijo, mientras limpiaba una bota puesta en una horma, que el señor estaba durmiendo y que antes de las once no recibía a nadie. El maestro de postas se marchó y volvió a la hora indicada. El propio Minski salió a recibirlo, con bata y gorrito rojo.

–¿Qué quieres, amigo? –le preguntó.

Al viejo le hirvió la sangre en las venas, los ojos se le llenaron de lágrimas y con voz temblorosa le dijo:

–¡Señoría!... hágame este favor, ¡por Dios!

Minski le echó una mirada rápida, se puso colorado, lo agarró de la mano, lo llevó al despacho y cerró la puerta con llave.

–¡Señoría! –seguía el viejo–, lo que se ha perdido, perdido está; por lo menos, devuélvame a mi pobre Dunia. Usted ya se habrá divertido bastante, no la eche a perder para siempre.

–Lo hecho ya no se puede cambiar –dijo el joven tremendamente azorado–; tengo la culpa y estoy dispuesto a pedirte perdón; pero no creas que puedo abandonar a Dunia: será feliz, te doy mi palabra de honor. ¿Para qué la quieres? Ella me ama y ha perdido la costumbre de vivir como antes. Ni tú ni ella vais a poder olvidar lo ocurrido.

Al decir esto le metió algo en la manga, abrió la puerta, y el maestro de postas, sin saber cómo, se encontró en la calle.

Estuvo largo rato inmóvil, por fin vio en la vuelta de su manga un fajo de papeles; lo sacó y se encontró con varios billetes arrugados de cinco y diez rublos. De nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas, pero ¡eran lágrimas de indignación! Apretó los billetes en el puño, los tiró al suelo, los pisó con el tacón y echó a andar... Al cabo de unos pasos se detuvo, pensó un instante... y regresó... pero los billetes habían desaparecido. Al verlo un joven bien vestido corrió hacia un coche, se subió en él apresuradamente y gritó:

–¡En marcha!

El maestro de postas no lo persiguió. Decidió regresar a casa, a la posta, pero antes quería volver a ver a su pobre Dunia. Para ello volvió a casa de Minski al cabo de tres días; pero el lacayo militar le dijo secamente que el señor no recibía, lo empujó con el pecho fuera de la antesala y le cerró la puerta en las narices. El maestro de postas se quedó un rato parado y luego se marchó.

Aquel mismo día, por la tarde, iba por la Litéinaia, después de haber ofrecido una misa en la iglesia de Todos los Afligidos. De pronto pasó a su lado un coche elegantísimo y reconoció a Minski. El coche se detuvo delante de una casa de tres pisos, junto a la misma puerta, y Minski subió corriendo las escaleras. Una idea feliz cruzó por la cabeza del maestro de postas. Volvió hacia atrás y, al encontrarse junto al cochero, le preguntó:

–¿De quién es este caballo? ¿No será de Minski?

–Así es –contestó el cochero–, ¿y por qué lo preguntas?

–Verás, tu amo me ha dado una nota para que la llevara a su Dunia, pero me he olvidado de dónde vive.

–Aquí mismo, en el segundo piso. Pero llegas tarde con tu nota, está allí él mismo.

–No importa –repuso el maestro de postas con una emoción indescriptible–, gracias por habérmelo dicho, pero voy a hacer lo que se me ha mandado –y con estas palabras subió las escaleras.

Las puertas estaban cerradas; llamó y transcurrieron varios segundos de penosa espera. Sonaron las llaves y la puerta se abrió.

–¿Vive aquí Avdotia Samsónovna? –preguntó.

–Sí –contestó una criada joven–, ¿qué quieres?

El maestro de postas, sin contestar nada, entró en la sala.

–¡No puedes pasar! –gritó la criada–. Avdotia Samsónovna tiene visita.

Pero el maestro de postas siguió adelante sin hacerle caso.

Las dos primeras habitaciones estaban oscuras, en la tercera había luz. Se acercó a la puerta entreabierta y se detuvo. En la habitación, lujosamente amueblada, estaba sentado Minski en actitud pensativa. Dunia, vestida con todo el lujo de la moda, se sentaba en el brazo de su sillón, como una amazona en su silla inglesa. Miraba a Minski con ternura, enrollando sus negros rizos en sus dedos resplandecientes. ¡Pobre maestro de postas! Nunca su hija le había parecido tan hermosa; sin quererlo, la miraba con admiración.

–¿Quién es? –preguntó Dunia sin levantar la cabeza.

El padre callaba. Al no recibir contestación Dunia levantó la cabeza... y con un grito cayó sobre la alfombra. Minski, asustado, se agachó para levantarla pero, viendo de pronto al viejo maestro de

postas en la puerta, dejó a Dunia y se le acercó, temblando de ira.

–¿Qué quieres? –le dijo apretando los dientes–. ¿Por qué me persigues a todas partes como un bandido? ¿Me quieres matar? ¡Fuera de aquí! –y cogiendo al viejo con mano vigorosa por el cuello, lo empujó a la escalera.

El viejo volvió a casa. Su amigo le aconsejó que se quejara; el viejo lo pensó y decidió desistir. Al cabo de dos días se dirigió a su posta y volvió a trabajar en el lugar de siempre.

–Llevo tres años –concluyó– viviendo sin Dunia y sin saber nada de ella. Estará viva o muerta, Dios sabe. Ocurre de todo. No es la primera ni la última seducida por un pasajero juerguista, que la mantiene un tiempo y luego la abandona. Hay muchas en San Petersburgo, jovencitas tontas, que hoy llevan raso y terciopelo y mañana están barriendo las calles con sus faldas junto a todo lo peor. Cuando pienso que a lo mejor Dunia está así, no puedo evitarlo, y, aunque es pecado, le deseo la tumba...

Así fue el relato de mi amigo, el viejo maestro de postas, un relato a menudo interrumpido por las lágrimas, que secaba pintorescamente con el faldón de su chaqueta, como el concienzudo Teréntich en la hermosa balada de Dmítriev*–. Estas lágrimas en parte fueron provocadas por el ponche, del que consumió cinco vasos a lo largo de su narración; sin embargo, me emocionaron profundamente. Después de haberme separado de él, tardé mucho tiempo en olvidar al viejo maestro de postas, pasé mucho tiempo pensando en la pobre Dunia...

Hace poco, pasando por el lugar de *** me acordé de mi viejo amigo; me enteré de que la posta que él dirigiera había sido suprimida. Cuando pregunté si el viejo maestro de postas estaba vivo nadie pudo darme una contestación satisfactoria. Decidí hacer una visita al lugar que conocí en tiempos, alquilé unos caballos y me dirigí al pueblo de N.

Esto ocurrió en otoño. Nubes grises cubrían el cielo; un viento frío soplaba de los campos recogidos, llevándose las hojas rojas y amarillas que se encontraba por el camino. Llegué al pueblo cuando el sol se ponía; y me detuve junto a la casa de posta. A la puerta (donde antaño me besara la pobre Dunia) salió una mujer gruesa que a mis preguntas respondió que el viejo maestro de postas había muerto hacía un año, que en su casa se había instalado el cervecero y que ella era la mujer de éste. Me arrepentí de mi viaje inútil y lamenté haber gastado siete rublos para nada.

–¿De qué murió? –le pregunté a la mujer del cervecero.

–De tanto beber, señor –contestó.

–¿Dónde le han enterrado?

–Detrás de la verja, junto a su difunta señora.

–¿No me podría acompañar alguien hasta su tumba?

–¿Por qué no? Oye, Vanka, ya está bien de jugar con el gato. Lleva al señor al cementerio y enséñale la tumba del maestro de postas.

Tras estas palabras salió corriendo un muchacho harapiento, pelirrojo y tuerto, que inmediatamente me condujo a las afueras del pueblo.

–¿Conocías al difunto? –le pregunté por el camino.

–¡Cómo no! Me enseñó a recortar caramillos. Cuando salía de la taberna corríamos detrás de él (que en paz descanse). «¡Abuelo, abuelo!, ¿tienes nueces?» Siempre estaba con nosotros.

–¿Y los viajeros se acuerdan de él?

–Ahora hay pocos viajeros; a veces pasa un asesor, pero ése no está para pensar en los muertos. En verano vino una señora, ella sí que preguntó por el viejo maestro de postas y hasta fue a su tumba.

–¿Qué señora? –pregunté interesado.

–Una señora guapísima –contestó el chico–; vino en un coche de seis caballos, con tres señoritos pequeños, y además con la nodriza, y con un perro negro, se echó a llorar y les dijo a los niños: «Estaos quietos, que yo voy al cementerio». Yo le dije que la acompañaba. Y la señora dijo: «Conozco el camino». Y me dio cinco kópeks de plata, ¡una señora buenísima!...

Llegamos al cementerio, un lugar desnudo, sin vallado, sembrado de cruces de madera, sin la sombra de un solo árbol. Nunca había visto un cementerio tan triste.

–Ésta es la tumba del maestro de postas –dijo el muchacho, saltando sobre un montón de arena, donde había clavada una cruz negra con una imagen de cobre.

–¿Es aquí donde vino la señora? –pregunté.

–Sí –contestó Vanka–, yo la miraba desde lejos. Se tumbó aquí y se quedó así mucho rato. Luego fue al pueblo y llamó al pope, le dio dinero y se fue, y a mí me dio cinco kópeks de plata, ¡una señora buenísima!

Yo también le di cinco kópeks al chico y ya no me arrepentía ni del viaje ni de los siete rublos que había gastado.

Róslavlev

Leyendo *Róslavlev*[*] descubrí asombrada que su intriga está basada en un acontecimiento verídico demasiado familiar para mí. En tiempos fui amiga de la desdichada mujer elegida por el señor Zagoskin como heroína de su novela. Ha vuelto a fijar la atención del público en un suceso olvidado, ha despertado sentimientos de indignación aletargados por el paso del tiempo y ha turbado la quietud de la tumba. Seré defensora de una sombra, y espero que el lector perdone la debilidad de mi pluma tomando en consideración la sinceridad de mi impulso. Me veré obligada a hablar de mí misma, ya que mi destino estuvo unido durante largos años a la suerte de mi desafortunada amiga.

Fui presentada en sociedad en el invierno del año 1811. Me abstendré de describir mis primeras impresiones. Es fácil imaginar los sentimientos de una joven de dieciséis años que ha sustituido su cuarto y a sus profesores por continuos bailes. Me entregué al torbellino de las diversiones con la viveza propia de mis años sin pararme a pensar en nada... Lástima: aquella época merecía atención.

Entre las jóvenes que aparecieron en sociedad aquel año se distinguía la princesa *** (el señor Zagoskin le ha dado el nombre de Polina, dejémoslo así). Pronto nos hicimos amigas gracias a un incidente.

Mi hermano, un joven de veintidós años, pertenecía a la clase de los dandis de aquella época; estaba adscrito al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero vivía en Moscú, dedicado a bailar y a divertirse. Se enamoró de Polina y me pidió que propiciara un acercamiento entre las dos casas. Mi hermano era el ídolo de toda nuestra familia y conseguía de mí cualquier cosa que se propusiera.

Después de haberme hecho amiga de Polina para complacerle, le tomé un sincero cariño. Tenía muchas cualidades extrañas y grandes atractivos. Todavía no la comprendía, pero ya la quería. Sin darme cuenta empecé a ver el mundo a través de sus ojos y pensamientos.

El padre de Polina era un hombre notable, es decir, llevaba la llave de chambelán y una estrella[*] y sus coches siempre iban tirados por varios caballos; pese a ello, frívolo y sencillo. Su madre, por el contrario, era una mujer circunspecta y se distinguía por su seriedad y sentido común.

Polina aparecía en todas partes; estaba rodeada por admiradores que le hacían la corte, pero ella se aburría y el aburrimiento le daba un aire de frialdad y arrogancia que favorecían extraordinariamente su rostro griego y sus cejas oscuras. Me sentía feliz cuando mis observaciones satíricas despertaban una sonrisa en esa cara de rasgos correctos que expresaban tedio.

Polina leía mucho y sin discriminación alguna. Tenía la llave de la biblioteca de su padre. La biblioteca consistía principalmente en obras de los autores del siglo XVIII. Conocía la literatura francesa desde Montesquieu hasta las novelas de Crébillon. A Rousseau se lo sabía de memoria. En la biblioteca no había ni un libro ruso a excepción de las obras de Sumarókov[**], que Polina nunca había abierto. Me dijo que le costaba trabajo desentrañar la escritura rusa y seguramente nunca leía en nuestro idioma, ni siquiera los versos que le regalaban los poetas moscovitas.

Me voy a permitir una pequeña digresión. Llevan más de treinta años acusándonos de que no leemos en ruso y de que no sabemos (según dicen) expresarnos en nuestro idioma. (N. B. El autor de *Yuri Miloslavski*[***] no debería repetir estas banales acusaciones. Todas hemos leído su obra y creo que debe a una de nosotras la traducción de su novela al francés.) Lo que ocurre es que pese a que nada nos agradaría más que leer en ruso, nuestra literatura no parece tener más años que Lomonósov[*] y todavía es sumamente limitada. Es indudable que nos ofrece varios poetas excelentes, pero no se puede exigir a todo el mundo que tenga gran afición a la poesía. En prosa solamente

tenemos la *Historia*[**] de Karamzín; las primeras dos o tres novelas han aparecido hace un par de años, mientras que en Francia, Inglaterra y Alemania los libros, a cual mejor, se suceden constantemente. Ni siquiera encontramos traducciones y, si las encontramos, espero que nadie me pueda reprochar que prefiera los originales. Nuestras revistas resultan entretenidas para nuestros literatos. Nos vemos obligados a aprenderlo todo, noticias y conceptos, de libros extranjeros; con lo cual también pensamos en un idioma extranjero (al menos todos aquellos que piensan y siguen los pensamientos del género humano). Esto me lo han confesado nuestros literatos más famosos. Las eternas quejas de nuestros escritores por el desprecio que mostramos hacia los libros rusos se parecen a las quejas de las comerciantes rusas que se indignan porque compramos nuestros sombreros a Sichler y no nos conformamos con las creaciones de las modistas de Kostromá. Volvamos al objeto de nuestra historia.

Los recuerdos de la vida mundana suelen ser banales e insignificantes incluso en una época histórica. Sin embargo, la aparición en Moscú de una viajera me causó una profunda impresión. Esta viajera era madame de Staël. Llegó en verano, cuando la gran parte de los moscovitas estaba en el campo. Causó un revuelo entre los anfitriones rusos; no sabían cómo agasajar a la notable forastera. Como era de esperar, se dieron varias cenas en su honor. Los caballeros y las damas se congregaban para verla, y la mayoría quedaba insatisfecha. Veían en ella a una gorda de cincuenta años cuyo atuendo no correspondía a su edad. Su tono no gustó, sus discursos parecieron demasiado largos y sus mangas demasiado cortas. El padre de Polina, que había conocido a madame de Staël en París, dio una cena a la que invitó a todos los moscovitas más avispados. Allí conocí a la autora de *Corinne*. Estaba sentada en el lugar de honor, apoyada en la mesa, enrollando y desenrollando con sus hermosos dedos un trocito de papel. No parecía de buen humor; iniciaba la conversación, pero se interrumpía en seguida. Nuestros listos comían y bebían muy a gusto, y parecían mucho más satisfechos con la sopa de pescado del príncipe que con la conversación de madame de Staël. Las damas estaban cohibidas. Tanto los unos como los otros rompían el silencio muy de tarde en tarde, convencidos de la pobreza de sus ideas e intimidados en presencia de una mujer de fama europea. Durante toda la cena Polina estuvo sobre ascuas. La atención de los invitados se repartía entre el esturión y madame de Staël. Esperaban a cada momento un *bon mot*; por fin dijo algo ambiguo y bastante osado. Todos lo repitieron, se echaron a reír y se oyó un rumor de asombro; el príncipe estaba loco de alegría. Miré a Polina. Tenía el rostro encendido y lágrimas en los ojos. Los invitados se levantaron de la mesa totalmente reconciliados con madame de Staël: había dicho un *calembour* que se precipitaron a difundir por la ciudad.

–¿Qué te ha pasado, *ma chère*? –pregunté a Polina–. ¿Es posible que una broma algo atrevida te haya turbado hasta tal punto?

–Querida –contestó Polina–, estoy desesperada. ¡Qué insignificante habrá parecido nuestra mejor sociedad a esta mujer extraordinaria! Una mujer acostumbrada a estar rodeada de personas que la comprenden, que saben apreciar una observación brillante, el ímpetu de su corazón, las palabras inspiradas; está acostumbrada a la fascinante conversación de los espíritus más cultivados. Pero aquí... ¡Dios mío! Ni una idea, ni una sola palabra interesante en tres horas. Caras obtusas, arrogancia obtusa, ¡y nada más! ¡Cómo se habrá aburrido! ¡Qué cansada parecía! Comprendió qué necesitaban, qué podían entender estos simios de la ilustración y les soltó un *calembour*. ¡Se lanzaron como perros! Me moría de vergüenza, estuve a punto de echarme a llorar... No importa –continuó Polina en tono acalorado–, es preferible que tenga de nuestra plebe aristocrática la opinión que ésta se merece. Al menos ha conocido a nuestro pueblo humilde y lo comprende. ¿Te diste cuenta de lo que dijo a ese viejo e insoportable bufón que para complacer a la extranjera intentó burlarse de las barbas de los rusos? «Un pueblo que hace cien años supo defender su barba sabrá defender su cabeza en estos tiempos.»[*] ¡Qué mujer más encantadora! ¡Cómo la quiero! ¡Cómo odio a su opresor!

No fui la única en fijarme en la turbación de Polina. Otros ojos penetrantes se detuvieron en su rostro en aquel instante: los negros ojos de la propia madame de Staël. No sé qué pensaría, pero

después de la cena se acercó a mi amiga y se pusieron a hablar. A los pocos días madame de Staël le escribió la siguiente nota:

> *Ma chère enfant, je suis toute malade. Il serait bien aimable à vous de venir me ranimer. Tâchez de l'obtenir de Mme votre mère et veuillez lui présenter les respects de votre amie*[**]
> *de S.*

Todavía guardo esta nota. Polina nunca me explicó su relación con madame de Staël, pese a mi curiosidad. Estaba loca por esa gran mujer, tan bondadosa como genial.

¡Qué consecuencias tiene el afán de maledicencia! Hace poco estuve contando todo esto entre gente muy *comme il faut*.

–Posiblemente –observó alguien– madame de Staël no era más que una espía de Napoleón y la princesa *** le proporcionaba los informes necesarios.

–Por Dios –dije yo–, madame de Staël, perseguida por Napoleón durante diez años, la buena, la noble madame de Staël que a duras penas consiguió escapar bajo la protección del emperador ruso, madame de Staël, amiga de Chateaubriand y de Byron, madame de Staël ¡espía de Napoleón!...

–Todo puede ocurrir –repuso la condesa B. con su nariz afilada–. Napoleón era muy pillo y madame de Staël tenía muchas vueltas.

Todos hablaban de la próxima guerra y, si no recuerdo mal, de una manera bastante frívola. Estaba de moda la imitación del tono francés de la época de Luis XV. El amor a la patria parecía una pedantería. Los ingeniosos del momento elogiaban a Napoleón con fanático servilismo y se burlaban de nuestros fracasos. Desgraciadamente, los defensores de la patria eran algo simplones; se los parodiaba con bastante gracia y no tenían influencia alguna. Su patriotismo se limitaba a censurar violentamente el uso del francés en sociedad y la introducción de palabras extranjeras y al ataque furibundo contra Kuznetski Most[*] y cosas por el estilo. Los jóvenes hablaban de todo lo ruso con desprecio o indiferencia y auguraban en broma que Rusia tendría el mismo destino que la confederación del Rin. En una palabra, el ambiente era bastante repugnante.

De pronto la noticia de la invasión y el llamamiento del soberano nos impresionaron profundamente. En Moscú reinó la consternación. Aparecieron las proclamas populares del conde Rostopchin[**]; el pueblo estaba enfurecido. Los graciosos mundanos se aplacaron, las damas se llevaron un susto. Los perseguidores de la lengua francesa y de Kuznetski Most dominaron decididamente las reuniones y los salones se llenaron de patriotas: unos sacaron de sus tabaqueras el tabaco francés y lo sustituyeron por el ruso, otros renunciaron al Château Lafite y se dedicaron a comer sopa de col. Todos juraron no volver a usar el francés; se hablaba a gritos de Minin y Pozharski[***] y empezaron a predicar la guerra popular, preparándose a viajar a sus aldeas de la provincia de Sarátov.

Polina no podía disimular su desprecio, al igual que antes no disimulaba su indignación. Este cambio tan rápido y la cobardía la sacaban de quicio. En el bulevar, en los Estanques de Presnia[****] hablaba francés adrede; en la mesa, en presencia de los criados se empeñaba en atacar la fanfarronería patriótica, hablaba de lo numeroso que era el ejército de Napoleón y de su genio militar. Los comensales palidecían temiendo una denuncia y se precipitaban en acusarla de ser partidaria del enemigo de la patria. Polina sonreía con desdén. «Quiera Dios –decía– que todos los rusos amen a su patria como la amo yo.» Me sorprendía. Siempre había visto a Polina comedida y silenciosa y no podía comprender de dónde provenía tanta audacia.

–Escucha –le dije un día–, ¿por qué este afán de inmiscuirte en algo que no nos concierne? Que los hombres se peleen y hablen de política; pero las mujeres no van a la guerra y poco les importa Bonaparte.

Los ojos de Polina se encendieron.

–Vergüenza debería darte –dijo–. ¿Crees que las mujeres no tienen patria? ¿Crees que no tienen padres, hermanos y maridos? ¿Es que nos es ajena la sangre rusa? ¿O te parece que hemos nacido solamente para que nos den vueltas bailando el *écossaise* y para bordar en casa perritos en un bastidor? ¡No sé cómo una mujer puede influir en la opinión pública o incluso en el corazón de una persona! No acepto la humillante posición a la que nos condenan. Fíjate en madame de Staël. Napoleón luchó con ella como con una fuerza enemiga... Y mi tío se atreve a burlarse de su preocupación por la proximidad del ejército francés: «No se inquiete, señora, Napoleón lucha contra Rusia y no contra usted»... Si mi tío cayera en manos de los franceses, le dejarían pasearse por Palais Royal; en cambio madame de Staël moriría en prisión. ¿Y Charlotte Corday? ¿Y qué me dices de nuestra Marfa Posádnitsa?[*] ¿Y la princesa Dashkova?[**] ¿Te parece que soy inferior a ellas? No será por mi valor o el arranque de mi corazón.

Escuché a Polina con verdadero asombro. Nunca pensé que pudiera albergar tanto apasionamiento, tanta ambición. Pero ¡Dios mío, qué consecuencias tuvieron para ella las extraordinarias cualidades de su alma y el valor de su mente! Qué razón tenía mi escritor favorito cuando dijo: *«Il n'est de bonheur que dans les voies communes»*[*1].

La llegada del soberano aumentó la inquietud general. Por fin el entusiasmo del patriotismo se apoderó de la alta sociedad. Los salones se convirtieron en cámaras de debate. Todos hablaban de donaciones patrióticas. Repetían el discurso inmortal del joven conde Mamonov, que había donado todas sus propiedades. Algunas mamás observaron en seguida que con ello dejaba de ser un buen partido, pero todas nosotras le admirábamos profundamente. Polina deliraba.

–¿Qué piensa donar usted? –preguntó a mi hermano.

–Todavía no soy dueño de mis tierras –contestó mi juerguista–. Debo 30.000 rublos, ni más ni menos: pienso sacrificarlos en el altar de la patria.

Polina se enfadó.

–Para algunas personas –dijo– el honor y la patria son naderías. Sus hermanos mueren en el campo de batalla y ellos hacen el tonto en los salones. No sé si habrá mujeres suficientemente viles para permitir que estos bufones finjan amor por ellas.

Mi hermano contestó acalorado:

–Es usted demasiado exigente, princesa. Quiere que todos la vean como a una madame de Staël y le reciten discursos de *Corinne*. Sepa usted que quien bromea con una mujer es capaz de no tomarse a broma la patria y sus enemigos.

Con estas palabras le dio la espalda. Pensé que habían roto para siempre, pero me equivoqué: a Polina le gustó la insolencia de mi hermano, le perdonó la broma inoportuna por su noble arrebato de indignación y, al enterarse al cabo de una semana de que había ingresado en el regimiento de Mamonov, me pidió que mediara en la reconciliación. Mi hermano estaba feliz. Inmediatamente le ofreció su mano. Ella aceptó, aunque aplazó la boda hasta el final de la guerra. Al día siguiente mi hermano partió para reunirse con su regimiento.

Napoleón se acercaba a Moscú; nuestro ejército se replegaba; en Moscú había gran inquietud. Sus habitantes abandonaban la ciudad uno tras otro. El príncipe y la princesa convencieron a mi madre de que viajáramos juntos a su aldea de ***.

Llegamos a ***, un pueblo enorme a veinte verstas de la capital de la provincia. Estábamos rodeados por una multitud de vecinos, la mayoría de ellos moscovitas. Todos se reunían a diario; nuestra vida rural se parecía a la de Moscú. Casi todos los días llegaban cartas del frente, las viejecitas buscaban en el mapa un lugar llamado Vivac y se enfadaban al no encontrarlo. Polina estaba dedicada totalmente a la política, solamente leía periódicos, las proclamas de Rastopchin y no abría ni un libro. Rodeada de personas cuyas nociones eran muy limitadas, oyendo constantemente juicios absurdos y noticias sin base alguna, cayó en el más profundo desánimo; su alma se llenó de desasosiego. Desesperaba de la salvación de la patria, le parecía que Rusia se acercaba rápidamente a su ruina, cualquier comunicado agravaba su desaliento y los boletines policiales del conde Rastopchin le hacían perder la paciencia. Su tono jocoso le parecía totalmente impropio y las

medidas que tomaba, de una barbarie intolerable. No llegaba a comprender la idea de aquel momento, tan grande como terrible, la idea cuya ejecución audaz salvaría a Rusia y liberaría Europa–*. Pasaba largas horas apoyada en el mapa de Rusia, contando verstas y siguiendo el rápido avance de las tropas. Extrañas ideas le venían a la cabeza. Una vez me comunicó que tenía el propósito de marcharse de la aldea, aparecer en el campo francés, llegar hasta Napoleón y matarlo con sus propias manos. No me fue excesivamente difícil hacerle ver hasta qué punto la empresa era insensata, pero Polina no lograba dejar de pensar en Charlotte Corday.

Ya saben ustedes que su padre era un hombre bastante frívolo; su único empeño consistía en que la vida en el pueblo se asemejara lo más posible a la moscovita. Daba cenas, organizó un *théâtre de société* donde se representaban *proverbes* franceses y hacía todo lo posible por multiplicar nuestras diversiones. Varios oficiales prisioneros llegaron a la ciudad. El príncipe se alegró al ver caras nuevas y consiguió la autorización del gobernador para albergarlos en su casa.

Eran cuatro, tres de ellos bastante insignificantes, fanáticamente fieles a Napoleón, insoportablemente ruidosos, pero que compensaban su fanfarronería con sus heridas honorables. El cuarto, sin embargo, era un hombre muy notable.

Tenía entonces veintiséis años. Pertenecía a una buena familia. Tenía un rostro agradable. Sus maneras eran impecables. Nos fijamos en él inmediatamente. Recibía nuestras atenciones con noble sencillez. Hablaba poco, pero lo que decía siempre tenía fundamento. A Polina le gustó porque fue el primero en explicarle claramente las acciones militares y el movimiento de tropas. La tranquilizó asegurando que la retirada de las fuerzas rusas no era una huida sin sentido, y que preocupaba a los franceses en la misma medida que endurecía a los rusos.

–Pero ¿usted no está convencido de que su emperador sea invencible? –le preguntó Polina. Sénicour (le llamaré con el nombre que le dio el señor Zagoskin), Sénicour, después de un silencio, contestó que dada su situación la sinceridad podría ser embarazosa. Polina exigía una respuesta. Sénicour confesó que la entrada del ejército francés en el mismo corazón de Rusia podría representar un peligro para ellos, que la campaña de 1812 parecía estar terminada pero que no significaba nada decisivo.

–¿Terminada? –repuso Polina–. Sin embargo, Napoleón sigue avanzando y nosotros seguimos retrocediendo.

–Peor para nosotros –contestó Sénicour y cambió de conversación.

Polina, tan harta de los vaticinios cobardes como de la estúpida presunción de los vecinos, escuchaba con avidez unos juicios que estaban basados en el conocimiento de la materia y en la imparcialidad. Yo recibía cartas de mi hermano, de las cuales no se podía sacar nada en limpio. Estaban llenas de bromas, buenas y malas, de preguntas sobre Polina, de banales promesas de amor, etc. Al leerlas Polina se impacientaba y se encogía de hombros.

–Confiesa que tu Alekséi es un hombre totalmente vacío –comentaba–. Si en estas circunstancias desde el campo de batalla consigue escribir unas cartas insignificantes, ¿cómo será su conversación en tiempos de una vida familiar tranquila?

Se equivocaba. El vacío de las cartas de mi hermano no provenía de su pobreza interna, sino de un prejuicio, el más insultante para nosotras: suponía que con las mujeres había que utilizar un lenguaje adaptado a la debilidad de su entendimiento, y que las materias importantes no nos concernían. Semejante opinión sería poco correcta en cualquier lugar del mundo, pero en nuestro país es, además, estúpida. No hay duda de que las mujeres rusas son más cultas y piensan más que los hombres, ocupados Dios sabe con qué.

Llegó la noticia de la batalla de Borodinó. Todos hablaban de la batalla; cada cual conocía la noticia más fidedigna, cada cual tenía las listas de vivos y muertos. Mi hermano no escribía. Estábamos sumamente inquietos. Por fin llegó un correveidile para anunciarnos que lo habían hecho prisionero, pero a Polina le dijo en secreto que lo habían matado. Polina se llevó un gran disgusto. No estaba enamorada de mi hermano, a menudo se enfadaba con él, pero en aquel momento lo vio como a un mártir, un héroe, y lloró su muerte ocultándose de mí. La encontré varias veces llorando. No me

sorprendió, ya que conocía su enfermiza preocupación por la muerte de nuestra patria. Todavía no sospechaba de la verdadera causa de su dolor.

Una mañana estaba yo paseando en el jardín; Sénicour se hallaba conmigo, hablábamos de Polina. Me daba cuenta de que Sénicour era muy sensible a las extraordinarias cualidades de mi amiga y de que su belleza le había causado gran impresión. Le hice ver, riéndome, que su situación era profundamente romántica: un guerrero herido, prisionero en el campo enemigo, se enamora de la noble dueña del castillo, ablanda su corazón y, al fin, recibe su mano.

–No –me contestó Sénicour–, la princesa me ve como enemigo de Rusia y nunca accederá a abandonar su país.

En ese momento vimos a Polina que iba hacia nosotros por el paseo; fuimos a su encuentro. Polina se acercaba a paso ligero. Su palidez me impresionó.

–Moscú está tomada –me dijo sin responder al saludo de Sénicour; se me encogió el corazón, las lágrimas corrieron por mi cara. Sénicour callaba con la vista baja–. Los nobles e ilustrados franceses –continuó Polina con una voz que temblaba de indignación– han celebrado su victoria de una manera digna. Han incendiado Moscú, lleva dos días en llamas.

–¿Qué dice usted? –exclamó Sénicour–. Es imposible.

–Espere a la noche –contestó Polina secamente–, quizá vea el resplandor.

–Dios mío, ¡ésta es su perdición! –dijo Sénicour–. Pero ¿no ven ustedes que el incendio de Moscú supone el fin del ejército francés, que Napoleón no tendrá dónde ni cómo mantenerse, que se verá obligado a retroceder en seguida por un país arrasado, con el invierno encima, y un ejército disminuido y descontento? ¿Cómo han podido pensar que los franceses se han cavado su propia tumba? No, son los rusos quienes han incendiado Moscú. ¡Qué grandeza más terrible y bárbara! La suerte está echada; su país está fuera de peligro; pero ¿qué será de nosotros, qué será de nuestro emperador?

Nos dejó solas. Polina y yo no lográbamos salir de nuestro asombro.

–¿Será posible –decía Polina– que Sénicour tenga razón y que el incendio de Moscú sea obra nuestra? Si es así... ¡Oh, puedo estar orgullosa de ser rusa! ¡La humanidad admirará el enorme sacrificio! Ya no me asusta nuestra ruina, nuestro honor está salvado; Europa nunca se atreverá a luchar con un pueblo que se corta sus propias manos y quema su capital.

Le brillaban los ojos, su voz resonaba en el jardín. Nos abrazamos y mezclamos lágrimas de noble alegría con apasionadas oraciones por la patria.

–¿Sabes? –dijo Polina con aire inspirado–. Tu hermano... es feliz, no está prisionero, alégrate: ha muerto por la salvación de Rusia.

Di un grito y caí en sus brazos sin sentido...

Nikolái V. Gógol

Nikolái Vasílievich Gógol «el más extraño poeta en prosa que jamás produjo Rusia» según Nabokov, nació en 1809 en Sorochintzy (Ucrania), hijo de un terrateniente con aficiones literarias. A los diecinueve años se trasladó a San Petersburgo, decidido a convertirse en escritor. Publica una novela en verso, *Hanz Kuechelgarten*, de la que renegará en seguida, e ingresa en la administración imperial. Entre 1831 y 1835 publica los volúmenes de relatos *Las veladas de Dikanka* y *Mírgorod* (ALBA CLÁSICA núm. LXXIV). La fama le llega en 1836, con el estreno de *El inspector*, aunque su éxito no deja de ponerle, por el carácter satírico de la obra, en una posición comprometida (algo que tampoco será ajeno a sus otras piezas teatrales, *El casamiento* y *Los jugadores*, las tres publicadas en nuestra colección ARTES ESCÉNICAS/OBRAS). Viaja por Europa y reside en Roma, donde termina «El capote», que junto con «La nariz», «El retrato», «La avenida Nevski» y «Diario de un loco» conforman las *Historias de San Petersburgo*. Al mismo tiempo escribe los primeros capítulos de la que será su obra maestra, *Almas muertas*, que aparecerá en 1842. Consumido por una profunda crisis religiosa, quemará la segunda y la tercera parte, que nunca vieron la luz. Murió en Moscú, al parecer a consecuencia de una desnutrición voluntaria, en 1852.

«Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich» es un cuento perteneciente al volumen *Mírgorod*, publicado en 1835 y revisado por el autor en 1842.

Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich

Considero mi deber advertir al lector de que la historia que se narra en este relato se refiere a un tiempo muy antiguo. Además, es completamente inventada. En la actualidad Mírgorod es muy diferente. Los edificios son distintos. El charco del centro de la ciudad se ha secado hace tiempo y todos los dignatarios, el juez, el alguacil y el alcalde, son personas honradas y respetables.

CAPÍTULO I

IVÁN IVÁNOVICH E IVÁN NIKÍFOROVICH

¡Magnífica casaca la de Iván Ivánovich! ¡Una maravilla! ¡Qué piel tiene! ¡Ah, menuda piel! ¡Apuesto lo que sea a que no se encuentra otra igual en ningún sitio! Mírenla, por el amor de Dios, mírenla de costado, sobre todo cuando se detiene a hablar con alguien. ¡Se queda uno boquiabierto! Imposible describirla: es terciopelo, plata, fuego. ¡Dios nuestro Señor! ¡San Nicolás Taumaturgo! ¿Por qué no tengo yo una casaca así? Se la hizo antes de que Agafia Fedoséievna se marchara a Kiev. ¿Conocen ustedes a Agafia Fedoséievna? Es la misma que le mordió la oreja al asesor.

¡Iván Ivánovich es un hombre magnífico! ¡Y qué casa tiene en Mírgorod! La rodea un tejadillo levantado sobre columnas de roble, con bancos por todas partes. Cuando el calor se vuelve insoportable, Iván Ivánovich se quita la casaca y el pantalón, se queda en mangas de camisa, reposa bajo el tejadillo y contempla lo que sucede en el patio y en la calle. ¡Qué manzanos y perales crecen bajo las mismas ventanas! Basta abrir una de ellas para que las ramas entren en la habitación. Y eso sólo es lo que está delante de la casa. Pero ¡fíjense en el jardín que hay detrás! ¡Qué no habrá allí! Ciruelos, cerezos, guindos, verduras de toda clase, girasoles, pepinos, melones, judías y hasta una era y una fragua.

¡Iván Ivánovich es un hombre excelente! Le gustan mucho los melones. Es su bocado favorito. En cuanto termina de comer y se sienta en mangas de camisa bajo el tejadillo, le pide a Gapka que le lleve dos melones. Tras cortarlos él mismo y recoger las pepitas en un papel preparado para tal efecto, empieza a degustarlos. Luego ordena a Gapka que le traiga el tintero y de su puño y letra anota en el papel de las pepitas: «Este melón fue comido el día tal». Y si tiene algún invitado, añade: «Con el concurso de Fulano».

El difunto juez de Mírgorod se entusiasmaba con la casa de Iván Ivánovich cada vez que la veía: «Sí, la casita no está nada mal. Me gustan esos pabellones y dependencias que tiene por los cuatro costados porque, al mirarla desde lejos, sólo se ven tejados superpuestos, como una pila de tortas en un plato o, aún mejor, como esos hongos que crecen en los troncos de los árboles». Por otro lado, todas las techumbres son de juncos; un sauce, un roble y dos manzanos apoyan en ellas sus frondosas ramas, entre las que se asoman a la calle unas pequeñas ventanas con postigos tallados y pintados de blanco.

¡Qué gran persona es Iván Ivánovich! ¡Lo conoce hasta el comisario de Poltava! Cada vez que Dorosh Tarásovich Pujívochka viene de Jorol, le hace una visita. Y el padre Piotr, arcipreste de Koliberda, cuando reúne en su casa a cuatro o cinco amigos, siempre comenta que nadie sabe vivir ni cumple sus deberes de cristiano como Iván Ivánovich.

¡Dios mío, cómo vuela el tiempo! Por aquel entonces hacía diez años que se había quedado viudo. No tenía hijos. Los que corretean por el patio son de Gapka. Iván Ivánovich suele darles una rosquilla, un trozo de pera o una rodaja de melón. Gapka se encarga de las llaves de las despensas y de las bodegas; pero la del baúl de su dormitorio y la de la alacena mediana las custodia siempre Iván Ivánovich, pues no le gusta que nadie meta la nariz en esos lugares. Gapka es una muchacha sana, lleva una falda de confección casera y tiene mejillas frescas y pantorrillas fuertes.

¡Y qué devoto es Iván Ivánovich! Todos los domingos se pone su casaca y se va a la iglesia. Nada más entrar, se inclina a uno y otro lado y se sitúa cerca del coro, al que acompaña con su voz de bajo. Cuando concluye el oficio, Iván Ivánovich nunca deja de pasar revista a los mendigos. Si no le empujara a ello su bondad natural, es posible que no se ocupara de una actividad tan aburrida.

–Buenos días, pobre mujer –solía decir, dirigiéndose a la mendiga más tullida, cubierta de un andrajoso vestido lleno de remiendos–. ¿De dónde vienes?

–De la aldea, señor. Llevo tres días sin comer ni beber. Mis propios hijos me han echado de casa.

–Pobre palomita, ¿y por qué has venido aquí?

–Para pedir limosna, señor; quizá alguien tenga la bondad de darme al menos un pedazo de pan.

–¡Hum! ¿Es pan lo que quieres? –solía preguntar Iván Ivánovich.

–¿Cómo no voy a quererlo? Tengo tanta hambre como un perro.

–¡Hum! –acostumbraba a responder Iván Ivánovich–. A lo mejor también quieres carne.

–Todo lo que me dé Su Excelencia será bien recibido.

–¡Hum! ¿Te parece mejor la carne que el pan?

–Cuando uno tiene hambre lo mismo da una cosa que otra. Aceptaré de buena gana todo lo que me dé.

Y al pronunciar esas palabras, la vieja tendía la mano.

–Bueno, que Dios te bendiga –decía Iván Ivánovich–. ¿Qué haces ahí parada? ¡Ni que te estuviera pegando!

Y tras someter al mismo interrogatorio a un segundo y luego a un tercer mendigo, regresaba a su hogar o pasaba a tomar una copa de vodka a casa de su vecino Iván Nikíforovich, a la del juez o a la del alcalde.

A Iván Ivánovich le gustan mucho los regalos y los ofrecimientos. Cuando alguien le hace algún presente, se muestra muy satisfecho.

Iván Nikíforovich también es una excelente persona. Su patio da al de Iván Ivánovich. Ambos se profesan una amistad como no se ha visto igual en el mundo. Antón Prokófevich Pupopuz, que sigue llevando hasta la fecha una levita marrón con mangas azules y almuerza todos los domingos en casa del juez, solía decir que el mismo diablo había atado con una cuerda a Iván Nikíforovich y a Iván Ivánovich. Adonde iba uno, le seguía el otro.

Iván Nikíforovich no había estado nunca casado. Corrían rumores que afirmaban lo contrario, pero no eran ciertos. Conozco muy bien a Iván Nikíforovich y puedo asegurar que ni siquiera ha tenido intención de casarse. ¿De dónde habrán salido todos esos chismorreos? También decían que Iván Nikíforovich había nacido con un rabo al final de la espalda. Pero esa ocurrencia es tan absurda, infame e indecorosa que no considero necesario desmentirla: seguro que mis ilustrados lectores saben que sólo las brujas, y no todas, tienen un rabo en la espalda; por lo demás, las brujas pertenecen más al género femenino que al masculino.

A pesar del gran afecto que se profesaban, estos raros amigos tenían algunas diferencias. Para revelar su carácter, lo mejor será establecer ciertas comparaciones. Iván Ivánovich tiene el don poco común de expresarse con elegancia. ¡Dios mío, qué bien habla! La sensación que se tiene al oírle sólo es comparable a la que se siente cuando alguien os rasca la cabeza u os pasa una pluma por la planta del pie. Escuchándole pierde uno la noción del tiempo. ¡Qué placer! ¡Un placer tan extraordinario como el sueño después del baño! Iván Nikíforovich, por el contrario, guarda silencio la mayor parte del tiempo, pero cuando se decide a tomar la palabra, hay que tener cuidado: su discurso es tan cortante como una cuchilla de afeitar. Iván Ivánovich es delgado y de elevada estatura; Iván

Nikíforovich, algo más bajo y bastante grueso. La cabeza de Iván Ivánovich recuerda un rábano con las hojas hacia abajo; la de Iván Nikíforovich, un rábano con las hojas hacia arriba. Iván Ivánovich sólo se tumba en mangas de camisa bajo el tejadillo después de la comida; por la tarde se pone la casaca y se va a alguna parte, bien al almacén municipal a depositar su harina, bien al campo a cazar codornices. Iván Nikíforovich se pasa el día entero tumbado en el porche –si la jornada no es demasiado calurosa, con la espalda al sol–, y no quiere ir a ninguna parte. Por la mañana, si le apetece, da una vuelta por el patio, comprueba cómo van las tareas de la hacienda y de nuevo se tumba a descansar. Antaño, a veces iba a casa de Iván Ivánovich. Iván Ivánovich, que es hombre de una extremada delicadeza, nunca se permite introducir palabras inconvenientes en la conversación y se ofende cuando a alguien se le escapa alguna. Iván Nikíforovich a veces comete algún desliz; entonces, Iván Ivánovich se levanta y dice: «Basta, basta, Iván Nikíforovich; más vale tumbarse al sol que pronunciar esas palabras impías». Iván Ivánovich se enfada mucho si encuentra una mosca en la sopa; en tales ocasiones se sale de sus casillas, arroja el plato y reprende a su anfitrión. A Iván Nikíforovich le gusta mucho bañarse; cuando se instala en la orilla con el agua hasta el cuello, ordena que le lleven allí una mesa con el samovar, pues le agrada disfrutar del té en un ambiente tan fresco. Iván Ivánovich se afeita dos veces por semana; Iván Nikíforovich, sólo una. Iván Ivánovich es extraordinariamente curioso. ¡Dios os libre de empezar a contarle una historia y dejarla a medias! Si alguna cosa le disgusta, no tarda en manifestarlo. En cambio, por el aspecto de Iván Nikíforovich es extremadamente difícil discernir si está contento o enfadado; y jamás deja entrever si algo le causa placer. Iván Ivánovich es más bien medroso. Iván Nikíforovich, por el contrario, lleva unos pantalones tan anchos que, si se hincharan, podrían albergar toda la hacienda, con sus cobertizos y pabellones. Iván Ivánovich tiene ojos grandes y expresivos de color tabaco y su boca guarda cierto parecido con la letra V; los ojos de Iván Nikíforovich, pequeños y amarillentos, desaparecen por completo entre las espesas cejas y las rollizas mejillas; en cuanto a su nariz, parece una ciruela madura. Cuando Iván Ivánovich os ofrece tabaco, pasa primero la lengua por la tapa de la tabaquera, luego le da un papirotazo y os la tiende, añadiendo, si sois conocido: «¿Puedo pedirle, señor, que acepte una pulgarada?». Si no os conoce, dice: «¿Puedo pedirle, señor, que acepte una pulgarada, aunque no conoczco su rango ni su nombre?». Iván Nikíforovich, por su parte, os pone directamente su cuerno en la mano y se contenta con decir: «Sírvase». Tanto a Iván Ivánovich como a Iván Nikíforovich les desagradan mucho las pulgas; por ello, ninguno de los dos deja que pase un buhonero judío sin comprarle diversos elixires contra los insectos, no sin antes reprenderle duramente por profesar la fe hebrea.

En cualquier caso, a pesar de esas diferencias, tanto Iván Ivánovich como Iván Nikíforovich son unas personas excelentes.

CAPÍTULO II

EN EL QUE SE DA A CONOCER LO QUE QUERÍA IVÁN IVÁNOVICH, LA CONVERSACIÓN QUE TUVO AL RESPECTO CON IVÁN NIKÍFOROVICH Y CÓMO TERMINÓ ÉSTA

Una mañana del mes de julio, Iván Ivánovich estaba tumbado debajo del tejadillo. El día era caluroso, soplaban ráfagas de viento seco. Iván Ivánovich ya había tenido tiempo de dar una vuelta por los campos y la hacienda, de hablar con los segadores, de preguntar a los mujiks y a las campesinas con los que se topaba de dónde venían, adónde se dirigían, de qué se ocupaban; muerto de cansancio, había decidido echarse a descansar. Una vez tumbado, pasó un buen rato contemplando el patio, los cobertizos, las bodegas, las gallinas que correteaban por el corral, al tiempo que pensaba:

«¡Dios mío, qué buen amo soy! ¿De qué carezco? Tengo aves, una casa, graneros, toda clase de caprichos, un vodka de primera, peras y ciruelas en el jardín, amapolas, coles y guisantes en el huerto… ¿Qué me falta…? Quisiera saber lo que me falta».

Tras plantearse una cuestión tan profunda, Iván Ivánovich se quedó pensativo; entre tanto, sus ojos, buscando nuevos objetos, atravesaron la cerca y pasaron al patio de Iván Nikíforovich, donde contemplaron un espectáculo asaz curioso. Una mujer enjuta sacaba unas prendas apolilladas y las tendía en una cuerda para que se orearan. Pronto un viejo uniforme militar con los puños gastados extendió sus mangas en el aire, abrazando una blusa de brocado; a continuación apareció un uniforme de noble con botones blasonados y el cuello raído, un pantalón blanco de cachemir lleno de manchas, que antaño cubría las piernas de Iván Nikíforovich y que ahora acaso podría cubrir sus dedos. Al lado de ese pantalón pronto apareció otro en forma de V invertida. Luego una túnica cosaca azul, que Iván Nikíforovich había encargado haría cosa de veinte años, cuando se disponía a ingresar en la milicia y se dejaba crecer el bigote. Por último, para completar el cuadro, una espada asomó su punta como la aguja de un edificio destacando en el aire. Luego aparecieron los faldones de una prenda semejante a un caftán de color verde hierba, con botones de cobre del tamaño de una moneda de cinco kópeks. Por debajo de los faldones se insinuaba un chaleco muy abierto, adornado de galones de oro, que pronto desapareció bajo una vieja falda de la difunta abuela, con bolsillos en los que cabía una sandía. A juicio de Iván Ivánovich, todo aquel batiburrillo componía un espectáculo muy interesante, al que los rayos del sol que incidían en una manga azul o verde, en un puño rojo, en un trozo de brocado de oro o en el filo de la espada, conferían un aire insólito, muy parecido al escenario que esos cómicos ambulantes pasean por las aldeas, especialmente cuando la muchedumbre, apretujándose, contempla al rey Herodes con su corona de oro o a Antón llevando la cabra. Detrás del teatro chirría un violín; un gitano, a falta de tambor, tamborilea con los dedos en los labios; el sol se pone y el aire fresco de la noche meridional se desliza imperceptiblemente entre los prietos hombros y los bustos de las aldeanas.

Al poco rato la anciana salió carraspeando de la bodega; llevaba sobre los hombros una vieja silla de montar con las correas de los estribos rotos, unas gastadas pistoleras de cuero y una gualdrapa antaño de color púrpura, bordada de oro y con incrustaciones de cobre.

«¡Qué mujer más tonta! –pensó Iván Ivánovich–. ¡Acabará sacando al propio Iván Nikíforovich para que se airee!»

Y, en efecto, Iván Ivánovich no iba del todo desencaminado. Al cabo de unos cinco minutos apareció el amplio pantalón de nanquín de Iván Nikíforovich, que ocupaba casi la mitad del patio. A continuación la vieja sacó también un gorro y una escopeta.

«¿Qué significa esto? –pensó Iván Ivánovich–. No sabía que Iván Nikíforovich tuviera una escopeta. ¿Qué raro! ¡No sabe disparar y sin embargo tiene una escopeta! ¿Para qué la querrá? ¡Qué pieza tan extraordinaria! Hace tiempo que quería comprarme una así. Me gustaría mucho tener esa escopeta. Con una escopeta puede pasar uno un buen rato.»

–¡Eh, mujer, mujer! –gritó Iván Ivánovich, haciéndole una señal con el dedo.

La vieja se aproximó a la cerca.

–¿Qué es eso que tienes ahí, abuela?

–Ya lo ve usted, una escopeta.

–¿Qué escopeta?

–¡Y quién lo sabe! Si fuera mía, probablemente sabría de qué está hecha. Pero es del señor.

Iván Ivánovich se levantó y se puso a examinar la escopeta por todos los lados, olvidándose de reñir a la vieja por haberla colgado con una espada para que se aireara.

–Parece que es de hierro –prosiguió la anciana.

–¡Hum! De hierro. ¿Y por qué de hierro? –se preguntaba Iván Ivánovich–. ¿Hace mucho que la tiene el señor?

–Creo que sí.

–¡Qué pieza tan bonita! –continuó Iván Ivánovich–. Voy a pedírsela. ¿Para qué la quiere? O se la cambiaré por algo. Oye, abuela, ¿está el señor en casa?

–Sí.

–¿Y qué? ¿Está tumbado?

–Pues claro.

–Muy bien. Iré a verlo.

Iván Ivánovich se vistió, cogió un nudoso bastón para ahuyentar a los perros, mucho más numerosos en las calles de Mírgorod que las personas, y salió.

Aunque el patio de Iván Nikíforovich lindaba con el de Iván Ivánovich y podía pasarse de uno a otro a través de la cerca, Iván Ivánovich fue por la calle. Desde esa calle había que pasar a un callejón tan angosto que cuando se encontraban dos carros con sus caballos no podían avanzar y se quedaban inmovilizados hasta que, cogiéndolos por las ruedas traseras, los sacaban en direcciones opuestas. En cuanto a los transeúntes, salían de allí con la ropa llena de ramitas de bardana, que formaba un seto a lo largo de las cercas. A ese callejón daban, por un lado, el cobertizo de Iván Ivánovich y, por el otro, el granero, el portón y el palomar de Iván Nikíforovich.

Iván Ivánovich se acercó a la cancela y descorrió con ruido el cerrojo; en el interior los perros se pusieron a ladrar; pero en cuanto vieron una cara conocida, la jauría abigarrada se alejó moviendo la cola. Iván Ivánovich atravesó el patio, por donde correteaban varios pavos de plumaje tornasolado, a los que el propio Iván Nikíforovich daba de comer. También había cáscaras de sandía y de melón, aquí una mancha de verdura, allá una rueda rota o un fleje de tonel o un muchacho revolcándose por el suelo con la camisa sucia; en definitiva, uno de esos cuadros que tanto gustan a los pintores. La sombra de las prendas tendidas cubría casi todo el patio, comunicándole cierto frescor. La vieja lo recibió con una inclinación y se quedó parada con la boca abierta. Delante de la casa había un pequeño porche con un tejadillo levantado sobre dos columnas de roble, precario reparo contra el sol, que en esa época, en Ucrania, no se anda con bromas y empapa de ardiente sudor al transeúnte de los pies a la cabeza. A partir de ese detalle puede colegirse cuánto anhelaba Iván Ivánovich adquirir ese objeto indispensable, pues se había aventurado a salir de casa a una hora como aquélla, contraviniendo su inveterada costumbre de pasear sólo por la tarde.

La habitación en la que entró Iván Ivánovich tenía los postigos cerrados y estaba completamente a oscuras; a través de un agujero de la madera un rayo de sol filtraba una luz irisada que, al incidir en la pared de enfrente, dibujaba un paisaje abigarrado de techumbres de juncos, árboles y prendas tendidas en el patio, sólo que a la inversa. Toda la pieza estaba bañada de una semipenumbra maravillosa.

–¡Dios le guarde! –dijo Iván Ivánovich.

–¡Ah! ¡Buenos días, Iván Ivánovich! –respondió una voz desde un rincón de la habitación. Sólo entonces Iván Ivánovich reparó en Iván Nikíforovich, que estaba tumbado en el suelo sobre una alfombra–. Perdone que me muestre ante usted al natural.

Iván Nikíforovich estaba completamente desnudo, ni siquiera llevaba la camisa.

–No se preocupe. ¿Ha dormido bien hoy, Iván Nikíforovich?

–Sí. ¿Y usted, Iván Ivánovich?

–Yo también.

–Entonces, ¿acaba de levantarse?

–¿Que si acabo de levantarme? ¡Dios le bendiga, Iván Nikíforovich! ¿Cómo voy a estar durmiendo hasta ahora? Acabo de volver del caserío. ¡El trigo que crece junto al camino tiene un aspecto estupendo, maravilloso! ¡Y qué heno tan alto, jugoso y abundante!

–¡Gorpina! –gritó Iván Nikíforovich–. Tráele a Iván Ivánovich vodka y empanadillas de nata agria.

–Hace un tiempo excelente.

–¡No diga eso, Iván Ivánovich! ¡Ojalá se lo lleve el diablo! No sabe uno dónde meterse con este calor.

–Siempre tiene que estar usted invocando al diablo. ¡Ay, Iván Nikíforovich! Un día se acordará de mis advertencias, pero será demasiado tarde: en el otro mundo lo castigarán por decir esas palabras impías.

–¿En qué le he ofendido, Iván Ivánovich? No he mencionado a su padre ni a su madre. No sé en qué he podido ofenderle.

–¡Basta, basta, Iván Nikíforovich!

–¡Dios es testigo de que no le he ofendido, Iván Ivánovich!

–Es raro que las codornices no hayan acudido todavía al reclamo.

–Piense lo que quiera, pero no he dicho nada que pueda ofenderle.

–No sé por qué no acuden –decía Iván Ivánovich, haciendo como si no hubiera escuchado a Iván Nikíforovich–. Si no hubiera llegado la época..., pero me parece que estamos en plena temporada.

–¿Dice que el trigo tiene un aspecto excelente?

–¡Un trigo admirable, admirable!

A continuación se produjo una pausa.

–¿Por qué ha tendido usted esa ropa, Iván Nikíforovich? –preguntó por fin Iván Ivánovich.

–Figúrese que esa maldita mujer casi ha dejado que se pudra; y es una ropa excelente, casi nueva. La estoy oreando; un paño fino, de primera calidad. Basta darle la vuelta y se la puede uno poner.

–Me ha gustado mucho una de esas cosas, Iván Nikíforovich.

–¿Cuál?

–Dígame, por favor, ¿para que necesita esa escopeta que ha puesto a airear con la ropa? –Y en ese punto sacó la tabaquera y añadió–: ¿Puedo pedirle que acepte una pulgarada?

–¡No, no, sírvase! ¡Tomaré del mío! –Y a continuación Iván Nikíforovich tanteó a su alrededor y cogió su cuerno–. Y esa estúpida mujer, ¿por qué ha colgado una escopeta? Ese judío de Soróchintsi prepara un tabaco excelente. No sé lo que le pone, pero ¡qué aroma tiene! Se parece al tanaceto. Coja usted un poco y mastíquelo. ¿No es verdad que se parece al tanaceto? ¡Tome, sírvase!

–Y, dígame, Iván Nikíforovich, ¿qué piensa hacer con esa escopeta? No la necesita para nada.

–¿Cómo que no la necesito? ¿Y si me entran ganas de disparar?

–Pero, por Dios, Iván Nikíforovich, ¿cuándo va a disparar usted? ¿Acaso el día del Juicio Final? Por lo que yo sé y por lo que otros recuerdan, no ha cobrado usted ni un solo pato; además, la complexión que Dios le ha dado no es la más idónea para disparar. Tiene usted prestancia y una figura grave. Si ya ahora tiene que sacar a airear esa prenda cuyo nombre no siempre resulta decoroso pronunciar, ¿qué pasaría si se arrastrara por los pantanos? No, lo que usted necesita es reposo, descanso –Iván Ivánovich, como se ha señalado más arriba, empleaba expresiones de lo más pintorescas cuando se trataba de convencer a alguien. ¡Cómo hablaba! ¡Dios mío, cómo hablaba!–. Sí, lo que le conviene a usted es una vida serena. ¡Escuche, démela a mí!

–Pero ¡qué dice! Es una escopeta cara. Ya no se encuentran escopetas así en ninguna parte. Se la compré a un turco cuando me proponía unirme a la milicia. ¡Y quiere que se la dé así, sin más! ¿Cómo es posible? La necesito.

–¿Para qué?

–¿Cómo que para qué? ¿Y si entran ladrones en la casa…? ¿Cómo no voy a necesitarla? Gracias a Dios ahora estoy tranquilo y no temo a nadie. ¿Y por qué? Porque sé que tengo una escopeta en el desván.

–¡Una escopeta estupenda! Pero tiene la llave estropeada, Iván Nikíforovich.

–¿Y qué más da? Puede arreglarse. Lo único que hay que hacer es engrasarla con aceite de cáñamo para que no se oxide.

–Por sus palabras deduzco que sus sentimientos por mí no son amistosos, Iván Nikíforovich. No quiere ofrecerme una prueba de buena voluntad.

–¿Cómo puede decir, Iván Ivánovich, que no le ofrezco ninguna prueba de buena voluntad? ¿Es que no le da vergüenza? Sus bueyes pacen en mis pastos y nunca los he echado. Y cuando va a Poltava, ¿no me pide siempre la carreta? ¿Acaso se la he negado alguna vez? Sus chiquillos saltan la

valla, se meten en mi patio y juegan con mis perros, y yo no les digo nada. ¡Que jueguen! ¡Mientras no toquen nada, que jueguen!

–Si no quiere usted regalármela, cámbiemela por algo.

–¿Qué me ofrecería por ella?

Al pronunciar esas palabras, Iván Nikíforovich se apoyó en el codo y se quedó mirando a Iván Ivánovich.

–Le daría mi cerda parda, la que he cebado en mi pocilga. ¡Es una cerda estupenda! Seguro que el año que viene le da lechones.

–No sé cómo puede decir eso, Iván Ivánovich. ¿Qué iba a hacer yo con su cerda? ¿Acaso prepararle una comida al diablo?

–¡Otra vez! ¿Es que no puede pasarse sin mentar al diablo? ¡Comete usted un pecado, Iván Nikíforovich, se lo aseguro!

–¡A quién se le ocurre, Iván Ivánovich, ofrecerme por la escopeta el diablo sabe qué: una cerda!

–¡Una cerda el diablo sabe qué! ¿Por qué dice eso, Iván Nikíforovich?

–¿Por qué? Juzgue usted mismo. Una escopeta es una cosa de sobra conocida, mientras que una cerda el diablo sabe lo que es. Si esa oferta me la hubiera hecho otra persona, podría habérmela tomado como una ofensa.

–¿Qué tiene de malo una cerda?

–Pero ¿por quién me toma? Que acepte una cerda…

–¡Siéntese, siéntese! No insistiré… Quédese con su escopeta. Que se pudra y se cubra de herrumbre en un rincón de su desván. No quiero hablar más de ella.

A continuación se produjo una pausa.

–Dicen que tres reyes han declarado la guerra a nuestro zar –comentó al cabo de un rato Iván Ivánovich.

–Sí, me lo ha dicho Piotr Fiódorovich. ¿Qué guerra es ésa? ¿Por qué se ha declarado?

–No puedo decírselo a ciencia cierta, Iván Nikíforovich. Supongo que los reyes quieren que todos nosotros nos convirtamos a la fe turca.

–¡No piden poco, los muy necios! –exclamó Iván Nikíforovich, irguiendo la cabeza.

–Por eso nuestro zar les ha declarado la guerra. No, les ha dicho, son ustedes los que tienen que adoptar la fe de Cristo.

–¿Y qué? ¡Los nuestros los zurrarán, Iván Ivánovich!

–Ya lo creo. Entonces, Iván Nikíforovich, ¿no quiere cambiarme la escopeta?

–Es extraño, Iván Ivánovich. Pasa usted por un hombre instruido y habla como un chiquillo… Por lo visto, me toma usted por tonto…

–Siéntese, siéntese. ¡Que se quede con Dios su escopeta! Que se pudra tranquilamente. No volveré a hablar de ella.

En ese momento trajeron unos entremeses.

Iván Ivánovich bebió una copa y comió una empanadilla de nata agria.

–Escuche, Iván Nikíforovich. Además de la cerda le daré dos sacos de avena. Como usted no ha sembrado este año, se verá obligado a comprarla.

–A fe mía, Iván Ivánovich, que para hablar con usted se necesita haber comido un buen plato de garbanzos. –Eso no era nada. Iván Nikíforovich soltaba a veces frases mucho peores–. ¿Dónde se ha visto que alguien cambie una escopeta por dos sacos de avena? Seguro que su casaca no la quiere trocar.

–Olvida usted, Iván Nikíforovich, que también le he ofrecido una cerda.

–¡Cómo! ¿Dos sacos de avena y una cerda por una escopeta?

–¿Es que le parece poco?

–¿Por una escopeta?

–Sí, por una escopeta.

–¿Dos sacos por una escopeta?

–Dos sacos llenos de avena. ¿Y se ha olvidado usted de la cerda?

–¡Puede darle un beso a su cerda, o, si lo prefiere, déselo al diablo!

–¡Oh! ¡Con usted no hay quien pueda! Ya verá: en el otro mundo le traspasarán la lengua con agujas ardientes por haber dicho tantas palabras impías. Después de hablar con usted, tiene uno que lavarse la cara y las manos y fumigarse de la cabeza a los pies.

–Permítame, Iván Ivánovich: una escopeta es un objeto noble, proporciona diversiones apasionantes y constituye un adorno agradable en una habitación…

–Está usted con su escopeta, Iván Nikíforovich, como un niño con zapatos nuevos –dijo Iván Ivánovich con despecho, pues en verdad empezaba a enfadarse.

–Y usted, Iván Ivánovich, es un auténtico ganso.

Si Iván Nikíforovich no hubiera pronunciado esa palabra, los dos amigos se habrían separado en buenos términos, como siempre cuando tenían alguna diferencia. Pero esta vez las cosas tomaron otro cariz. Iván Ivánovich se puso todo rojo.

–¿Qué ha dicho usted, Iván Nikíforovich? –preguntó, levantando la voz.

–¡He dicho que parece usted un ganso, Iván Ivánovich!

–¿Cómo es posible, señor, que, olvidándose del respeto debido a mi buen nombre y a mi rango, se atreva a aplicarme un calificativo tan ignominioso?

–¿Qué tiene de ignominioso? Y ¿por qué agita las manos de ese modo, Iván Ivánovich?

–Se lo repito: ¿cómo se atreve, contraviniendo todas las reglas de la decencia, a llamarme ganso?

–¡Me importa un bledo lo que diga, Iván Ivánovich! ¿Por qué cacarea usted tanto?

Iván Ivánovich no pudo contenerse más: sus labios temblaron; su boca perdió su forma habitual de V y adquirió la de una O; sus ojos parpadeaban de tan modo que daba miedo. Rara vez podía verse a Iván Ivánovich en ese estado. Era evidente que su indignación había llegado al límite.

–En ese caso le informo –exclamó Iván Ivánovich– de que no quiero saber nada más de usted.

–¡Qué pena! ¡Le aseguro que no voy a llorar mucho! –respondió Iván Nikíforovich.

¡Mentía, mentía, Dios es testigo de que mentía! Estaba muy contrariado por todo lo que había pasado.

–No volveré a poner los pies en su casa.

–¡Vaya! –dijo Iván Nikíforovich despechado y, en su desconcierto, llegó a ponerse de pie–. ¡Eh, mujer, muchacho! –Al poco rato aparecieron en el umbral la mujer escuálida y un muchacho de baja estatura, envuelto en una levita larga y ancha–. ¡Coged a Iván Ivánovich por el brazo y conducidlo a la puerta!

–¡Cómo! ¿A un hidalgo? –gritó Iván Ivánovich, con voz indignada y ofendida–. ¡Que se atrevan! ¡Que lo intenten! ¡Os reduciré a polvo, igual que al imbécil de vuestro amo! –Iván Ivánovich empleaba expresiones sumamente ofensivas cuando se alteraba.

El grupo formaba un cuadro de mucha fuerza. Iván Nikíforovich estaba de pie en medio de la habitación luciendo su belleza natural, desprovista de todo ornato; la mujer, con la boca abierta y una expresión estúpida y aterrorizada; Iván Ivánovich con el brazo levantado, como un tribuno romano. Fue un momento único, un espectáculo admirable que sólo tuvo un espectador: el muchacho de la levita interminable, que parecía bastante tranquilo y se hurgaba la nariz.

Finalmente Iván Ivánovich cogió su gorro.

–¡Se ha portado usted muy bien, Iván Nikíforovich! ¡De maravilla! Tenga por seguro que no lo olvidaré.

–¡Váyase, Iván Ivánovich, váyase! Y tenga cuidado de no tropezar conmigo o le partiré la cara.

–¡Para usted, Iván Nikíforovich! –respondió Iván Ivánovich, haciéndole la higa y dando tal portazo que la hoja volvió a abrirse con un chirrido.

Iván Nikíforovich avanzó hasta el umbral con intención de decir algo, pero Iván Ivánovich atravesaba ya el patio sin volver la vista.

CAPÍTULO III

EN EL QUE SE CUENTA LO QUE SUCEDIÓ DESPUÉS DE LA DISPUTA ENTRE IVÁN IVÁNOVICH E IVÁN NIKÍFOROVICH

Así pues, dos hombres respetables, honor y gala de Mírgorod, discutieron. ¿Por qué? Por una fruslería, por un ganso. No quisieron volver a verse, interrumpieron sus relaciones, cuando antes eran conocidos como amigos inseparables. Antaño todos los días mandaban a alguien a preguntar por la salud del otro y a menudo conversaban desde sus balcones respectivos, intercambiando palabras tan amables que al oírlas se alegraba el corazón. Los domingos, Iván Ivánovich, con su casaca de lana, e Iván Nikíforovich, con su casaca amarillo pardusca de nanquín, se dirigían casi del brazo a la iglesia. Y, si Iván Ivánovich, que tenía una vista muy aguda, descubría algún charco o alguna inmundicia en medio de la calle, algo que a veces sucede en Mírgorod, le decía a Iván Nikíforovich:

–Tenga cuidado: si pone allí el pie, se ensuciará.

Iván Nikíforovich, por su parte, también daba muestras conmovedoras de amistad y, en cualquier sitio que se encontraba a Iván Ivánovich, le tendía su cuerno y le decía:

–¡Sírvase!

¡Y qué haciendas tan estupendas tenían ambos…! Y esos dos amigos… ¡Cuando me enteré de lo que había pasado, me quedé como si me hubiera alcanzado un rayo! Durante mucho tiempo no quise creerlo. ¡Dios misericordioso! ¡Que Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich se habían enfadado! ¡Dos personas tan respetables! Después de eso, ¿queda algo sólido en este mundo?

Iván Ivánovich llegó a su casa en un estado de gran agitación. Habitualmente lo primero que hacía era pasar por la cuadra para comprobar si la yegua comía bien el heno (Iván Ivánovich tenía una yegua ruana, con una mancha blanca en la frente. ¡Una yegua muy bonita!); luego daba de comer con sus propias manos a los pavos y los lechones y sólo entonces se dirigía a sus aposentos, donde pasaba el rato tallando cacharros de madera (sabía dar forma a la madera con tanto arte como un ebanista) o leía un libro editado por Lubi, Gari y Popov (cuyo título Iván Ivánovich no recordaba porque la muchacha había arrancado hacía mucho tiempo la parte superior de la primera hoja para entretener a los niños), o descansaba debajo del tejadillo. Pero ese día no se ocupó de ninguna de sus acostumbradas actividades. En su lugar, cuando se topó con Gapka, la riñó por ir de un sitio para otro sin hacer nada, aunque en ese momento llevaba un saco de grano a la cocina. Le arrojó un palo al gallo que se acercaba al porche en busca de su ración de pienso. Y cuando un muchacho sucio y con una camisa desgarrada llegó corriendo y gritó: «Padrecito, padrecito, dame un bollo», pataleó y lo amenazó con palabras tan terribles que el muchacho fue a esconderse Dios sabe dónde.

No obstante, acabó calmándose y ocupándose de sus tareas habituales. Comió tarde y no se tumbó bajo el tejadillo hasta la caída de la tarde. Una sabrosa sopa de verdura y unos pichones, que le había preparado Gapka, hicieron que se olvidara por completo del incidente de la mañana. Iván Ivánovich se puso de nuevo a contemplar su hacienda con evidente satisfacción. Por último, sus ojos se detuvieron en el patio del vecino y se dijo para sí: «Hoy no he visitado a Iván Nikíforovich. Voy a ir a verlo». A continuación, Iván Ivánovich cogió su bastón y su gorro y salió a la calle; pero apenas había atravesado la cancela, cuando recordó la discusión, escupió y dio media vuelta. En el patio de Iván Nikíforovich se produjo una escena casi idéntica. Iván Ivánovich vio que la mujer se aprestaba ya a traspasar la cerca, cuando de pronto se oyó la voz de Iván Nikíforovich: «¡Atrás! ¡Atrás! ¡No es necesario!». A Iván Ivánovich no tardó en ganarle el aburrimiento. Es muy posible que esos respetables señores se hubieran reconciliado al día siguiente, si un suceso singular, acaecido en casa de Iván Nikíforovich, no hubiera desbaratado cualquier esperanza, echando más leña al fuego de la enemistad, ya presto a apagarse.

Esa misma tarde Agafia Fedoséievna llegó a casa de Iván Nikíforovich. Esa mujer no era pariente, ni cuñada, ni siquiera comadre de Iván Nikíforovich. En un principio no había razón alguna que justificara sus visitas, y él mismo no parecía alegrarse mucho de verla. Sin embargo, la mujer se

quedaba en su casa semanas enteras, y a veces más. En esas ocasiones se hacía cargo de las llaves y se ocupaba de la administración de la hacienda. Aunque esa situación desagradaba mucho a Iván Nikíforovich, le obedecía como un niño, por extraño que parezca, y, a pesar de que algunas veces trataba de discutir, Agafia Fedoséievna siempre decía la última palabra.

Reconozco que no entiendo cómo se las ingenian las mujeres para agarrarnos de la nariz con tanta facilidad como cogen el asa de la tetera. ¿Son sus manos las que han sido creadas para tal fin o nuestras narices las que no sirven para otra cosa? Aunque la nariz de Iván Nikíforovich se parecía no poco a una ciruela, la mujer se la cogía y lo llevaba como un perrito. Cuando ella estaba presente, Iván Nikíforovich cambiaba sin darse cuenta su régimen de vida habitual: no pasaba tanto tiempo tumbado al sol y no lo hacía al natural, sino con una camisa y unos pantalones bombachos, aunque Agafia Fedoséievna no se lo exigía en absoluto. Poco partidaria de las ceremonias, cuando Iván Nikíforovich tenía fiebre, ella misma le daba friegas de vinagre y trementina de la cabeza a los pies. Agafia Fedoséievna iba tocada con una cofia, tenía tres verrugas en la nariz y una bata color café con flores amarillas. Su cuerpo tenía forma de tonel, de manera que encontrarle la cintura resultaba tan difícil como ver la nariz propia sin la ayuda de un espejo. Tenía las piernas cortas, en forma de almohadón. Chismorreaba, comía remolacha cocida por las mañanas y blasfemaba con mucho arte. Realizaba todas esas actividades sin que su rostro cambiara nunca de expresión, algo que por lo común sólo está al alcance de las mujeres.

En cuanto llegó ella, todo se torció.

–No hagas las paces con él, Iván Nikíforovich, y no le pidas perdón. Quiere perderte. Él es así; todavía no lo conoces.

La maldita mujer no dejaba de murmurar y, al final, consiguió que Iván Nikíforovich no quisiera ni oír hablar de Iván Ivánovich.

Todo adquirió otro aspecto: si el perro del vecino se colaba en el patio, lo zurraban con lo primero que encontraban; los chicuelos que atravesaban la cerca se retiraban aullando, con la camisa levantada y marcas de azotes en la espalda. En una ocasión, hasta la propia vieja respondió con un gesto tan grosero a una pregunta de Iván Ivánovich que éste, hombre de una extraordinaria delicadeza, escupió y se limitó a decir:

–¡Qué mujer tan asquerosa! ¡Es peor que su amo!

Por último, como coronación de todos los ultrajes, el odiado vecino levantó justo enfrente de su casa, en el lugar donde solían atravesar la cerca, un corral para los gansos, que parecía hecho a propósito para agravar la ofensa. Ese corral, que Iván Ivánovich aborrecía con toda su alma, se construyó con una rapidez diabólica: en un solo día.

Semejante proceder despertó la ira de Iván Ivánovich y un deseo imperioso de venganza. No obstante, se cuidó de no manifestar su despecho, a pesar de que el corral había ocupado una parte de sus tierras; pero el corazón le latía con tanta fuerza que le resultaba difícil conservar esa fingida serenidad.

Así pasó el día. Llegó la noche… ¡Ah, si fuera pintor, describiría en toda su magnificencia el encanto de esa noche! Representaría cómo duerme la ciudad de Mírgorod bajo la mirada de inmóviles e incontables estrellas; cómo en el silencio aparente resuenan los ladridos cercanos y lejanos de los perros; cómo el sacristán enamorado pasa junto a ellos y trepa a una cerca con intrepidez caballeresca; cómo los blancos muros de las casas, bañados por la luz de la luna, se vuelven más blancos, más oscuros los árboles que los protegen, más negra la sombra que esos árboles proyectan, más aromáticas las flores y las hierbas dormidas, en tanto los grillos, infatigables caballeros de la noche, entonan a coro, desde todos los rincones, su chirriante canto. Representaría cómo en una de esas casitas bajas de adobe, tendida en su cama solitaria, una muchacha de negras cejas, con el pecho palpitante, sueña con un bigote y unas espuelas de húsar, mientras la luz de la luna baña sus mejillas. Representaría cómo por una carretera blanca pasa la fulgurante sombra negra de un murciélago que va a posarse en la chimenea de una casa… Pero difícilmente podría representar a Iván Ivánovich saliendo esa noche con una sierra en la mano, ¡tantos sentimientos encontrados se

reflejaban en su rostro! Con pasos furtivos y recelosos salió de su casa y se deslizó bajo el corral de los gansos. Los perros de Iván Nikíforovich, que aún no se habían enterado de la disputa, dejaron que ese viejo amigo se aproximara a la construcción, levantada sobre cuatro postes de roble. Se acercó al primero, cogió la sierra y se puso manos a la obra. El ruido de la sierra lo obligaba a volver la vista a cada instante, pero el recuerdo de la ofensa le comunicaba ánimos. En cuanto cayó el primer poste, se ocupó del segundo. Sus ojos ardían, el miedo le impedía ver nada. De pronto Iván Ivánovich lanzó un grito y se quedó petrificado: le había parecido ver un fantasma; pero pronto reaccionó, pues se dio cuenta de que se trataba de un ganso que extendía el cuello hacia él. Iván Ivánovich escupió de rabia y prosiguió su labor. El segundo poste también cayó: el corral se tambaleó. Cuando pasó a ocuparse del tercer poste, el corazón de Iván Ivánovich empezó a latir con tanta fuerza que tuvo que interrumpir varias veces su tarea; ya había serrado más de la mitad, cuando de pronto la inestable construcción se tambaleó… Iván Ivánovich apenas tuvo tiempo de apartarse cuando el corral se desplomó con estrépito. Cogió la sierra y, presa de un miedo indescriptible, corrió hasta su casa y se metió en la cama, sin atreverse siquiera a contemplar por la ventana las huellas de su terrible acción. Tenía la impresión de que toda la gente de Iván Nikíforovich se había reunido en el patio: el propio amo, la mujer vieja, el muchacho de la levita interminable, y se imaginaba que todos, conducidos por Agafia Fedoséievna, se aprestaban a asaltar su casa con el propósito de demolerla.

Iván Ivánovich pasó todo el día siguiente en un estado de fiebre. A cada momento se imaginaba que lo menos que haría su odiado vecino para vengarse sería prender fuego a su casa. Por eso ordenó a Gapka que inspeccionara toda la hacienda y se cerciorara de que no habían echado paja seca en ningún sitio. Finalmente, tratando de adelantarse a Iván Nikíforovich, se dirigió al Tribunal de Primera Instancia de Mírgorod, donde presentó una demanda de cuyo contenido se informará en el próximo capítulo.

CAPÍTULO IV

EN EL QUE SE CUENTA LO QUE SUCEDIÓ EN LA SALA DE AUDIENCIAS DEL TRIBUNAL DE MÍRGOROD

¡Qué maravillosa es la ciudad de Mírgorod! ¡Cuántas edificaciones hay en ella! Unas tienen la techumbre de paja, otras de juncos y algunas incluso de madera. A la derecha una calle, a la izquierda otra, y por todas partes hermosas cercas en las que serpentea el lúpulo y de las que cuelgan macetas; al otro lado descuellan las resplandecientes cabezas de los girasoles, destacan las rojas corolas de las amapolas, asoman las gruesas calabazas… ¡Cuánta abundancia! Las cercas siempre están adornadas de prendas que las hacen aún más pintorescas: una falda muy estirada, una camisa, unos pantalones bombachos. En Mírgorod se desconocen las sustracciones y los robos, por lo que cada cual puede tender la ropa donde mejor le parezca. Cuando se acerque usted a la plaza, deténgase un momento para contemplar el panorama: el centro lo ocupa un charco, un charco extraordinario. ¡En ninguna parte verá usted otro igual! Ocupa casi todo el espacio. ¡Qué charco tan hermoso! Las casas grandes y pequeñas que lo rodean, semejantes de lejos a almiares de heno, se asombran de su belleza.

Soy de la opinión de que no hay edificio más cumplido que el Tribunal de Primera Instancia. Poco me importa que esté construido con madera de roble o de abedul; lo importante, estimados señores, es que tiene ocho ventanas. ¡Ocho ventanas en fila que dan directamente a la plaza y a esa superfcie de agua de la que acabo de hablar, a la que el alcalde llama lago! Es el único edificio que está pintado de color granito; las restantes casas de Mírgorod están cubiertas de una capa de cal. La techumbre es de madera y ya habría sido pintada de rojo si los escribientes no se hubieran comido con cebolla el aceite preparado para tal fin, dándose además la circunstancia de que estaban en cuaresma; en

definitiva, que el tejado quedó sin pintar. A la plaza da una escalinata por la que a menudo corretean las gallinas porque en sus peldaños suele haber granos y desperdicios que los descuidados solicitantes dejan a su paso. El edificio se divide en dos partes, una destinada a oficinas y otra a prisión. La parte dedicada a oficinas se compone de dos habitaciones limpias y blanqueadas: la primera es una sala de espera para los solicitantes; la segunda dispone de una mesa cubierta de manchas de tinta sobre la que destaca el *zertsalo*[*], cuatro sillas de roble de alto respaldo y, a lo largo de las paredes, varios cofres remachados de hierro en los que se conservan rimeros con los pleitos del distrito. En uno de esos cofres había ese día una bota recién lustrada. La sala abría sus puertas por la mañana. El juez, un hombre bastante gordo, aunque no tanto como Iván Nikíforovich, con una expresión bondadosa y una bata grasienta, una pipa entre los dientes y una taza de té en la mano, charlaba con su ayudante. El labio superior del juez le llegaba casi hasta la nariz, que podía olisquearlo a su gusto. Ese labio le servía de tabaquera, pues allí solía quedar acumulado el rapé. Así pues, el juez conversaba con su ayudante. A un lado una muchacha descalza sostenía una bandeja con tazas.

En el borde de la mesa el secretario leía una sentencia con una voz tan monótona y desganada que el propio encausado se quedó dormido mientras la escuchaba. Es evidente que el juez habría sido el primero en dar una cabezada de no haber entablado una animada conversación.

–Me gustaría saber a toda costa –decía el juez, bebiendo un sorbo de té, que se había quedado frío– qué hay que hacer para que canten tan bien. Hace un par de años tuve un mirlo estupendo. Pero, figúrese, de pronto se echó a perder. Empezó a cantar Dios sabe qué. Y cuanto más tiempo pasaba, peor; su canto acabó convirtiéndose en un graznido, en un ronquido. ¡Daban ganas de soltarlo! ¡Y todo se debía a una tontería! Figúrese que le había salido un bulto en la garganta más pequeño que un guisante. Lo único que hay que hacer es pinchar ese bulto con una aguja. Me lo enseñó Zajar Prokófievich; si quiere, le contaré cómo me enteré. Un día llegué a su casa…

–¿Ordena que lea otra, Demián Demiánovich? –le interrumpió el secretario, que hacía ya unos minutos que había concluido su lectura.

–¿Ya ha terminado usted? ¡Qué rapidez! ¡Pues yo no he oído ni una palabra! ¿Dónde está el papel? Démelo para que lo firme. ¿Qué más tiene?

–El asunto del cosaco Bokitko y la vaca robada.

–¡Muy bien, lea! Como le iba diciendo, llegué un día a su casa… Hasta puedo contarle con detalle cómo me recibió. ¡Con el vodka sirvieron un esturión ahumado excelente! Sí, muy distinto del que nos tiene acostumbrados nuestro tendero de Mírgorod (en ese momento el juez chasqueó la lengua y sonrió, lo que permitió a su nariz aspirar un poco de rapé de su tabaquera habitual). No probé los arenques porque, como usted sabe, me dan ardor de estómago. Pero me resarcí con el caviar. ¡Un caviar admirable! ¡Extraordinario, debo reconocerlo! Luego bebí licor de melocotón con aroma de centaura. También lo había de azafrán, pero, como usted sabe, no lo tomo. Lo mejor es despertar el apetito y luego saciarlo… ¡Vaya! Pero ¿a quién tenemos aquí? –gritó de pronto el juez, viendo entrar a Iván Ivánovich.

–¡Dios los guarde! ¡Muy buenos días! –exclamó Iván Ivánovich, prodigando saludos a diestro y siniestro con su cortesía habitual.

¡Dios mío, cómo sabía ganarse todas las voluntades! Nunca he visto semejante galanura. Por lo demás, era plenamente consciente de su dignidad y, en consecuencia, consideraba merecida la estima que todos le profesaban. El propio juez le ofreció una silla, mientras su nariz aspiraba todo el tabaco del labio superior, lo que en su caso era una señal de enorme satisfacción.

–¿Con qué podría agasajarle, Iván Ivánovich? –preguntó–. ¿No le apetecerá una taza de té?

–No, muchas gracias –respondió Iván Ivánovich, saludando y tomando asiento.

–¡Hágame el favor, sólo una tacita! –repitió el juez.

–No, gracias. Le agradezco mucho su hospitalidad –respondió Iván Ivánovich incorporándose, haciendo una reverencia y volviendo a sentarse.

–Una tacita –repitió el juez.

–¡No, no se moleste, Demián Demiánovich! –dijo Iván Ivánovich, incorporándose, saludando y volviendo a sentarse.

–¿Una tacita?

–¡De acuerdo, una tacita! –exclamó Iván Ivánovich, tendiendo la mano hacia la bandeja.

¡Dios nuestro Señor! ¡Qué inefable delicadeza la de ese hombre! ¡Imposible describir la grata impresión que producen tan finos modales!

–¿Le apetece otra tacita?

–Se lo agradezco mucho –respondió Iván Ivánovich depositando en la bandeja la taza boca abajo e inclinándose.

–¡Hágame el favor, Iván Ivánovich!

–No puedo. Se lo agradezco en el alma –e Iván Ivánovich se incorporó, saludó y volvió a sentarse.

–¡Iván Ivánovich! ¡Tómese otra taza como prueba de amistad!

–No, muchísimas gracias –e Iván Ivánovich se incorporó, saludó y volvió a sentarse.

–¡Sólo una tacita! ¡Una sola!

Iván Ivánovich alargó la mano a la bandeja y cogió una taza.

¡Madre mía! ¡Cómo sabía conservar ese hombre su dignidad!

–Yo, Demián Demiánovich –dijo Iván Ivánovich, una vez que bebió el último sorbo–, he venido a verle por un asunto urgente: quiero presentar una demanda –añadió, depositando la taza en la bandeja y sacando del bolsillo una hoja de papel timbrado escrita de arriba abajo–. Una demanda contra un enemigo, un enemigo mortal.

–¿De quién se trata?

–De Iván Nikíforovich Dovgochjún.

Al oír esas palabras, el juez casi se cayó de la silla.

–¿Qué dice? –exclamó, llevándose las manos a la cabeza–. ¡Iván Ivánovich! ¿Es usted quien habla?

–Ya ve que sí.

–¡Que el Señor y todos lo santos le protejan! ¡Cómo! ¿Que usted, Iván Ivánovich, se ha enemistado con Iván Nikíforovich? ¿Es posible que hayan dicho eso sus labios? ¡Repítalo! ¿No se habrá ocultado alguien detrás de usted y está hablando en su lugar…?

–No sé por qué le parece tan increíble. No puedo verlo. Me ha causado una ofensa mortal, ha ultrajado mi honor.

–¡Por la Santísima Trinidad! ¿Cómo voy a decírselo a mi madre? Todos los días, cuando mi hermana y yo discutimos, la pobre anciana nos dice: «Hijos míos, os lleváis como el perro y el gato. Ya podíais tomar ejemplo de Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich. ¡Ésos sí que son amigos! ¡Qué magníficos compañeros! ¡Qué personas tan respetables!». ¡Vaya con los buenos amigos! Cuénteme, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha sido?

–¡Es un asunto delicado, Demián Demiánovich! No puede contarse de palabra. Será mejor que mande leer mi demanda. Cójala por este lado, es más conveniente.

–¡Léala, Tarás Tijónovich! –dijo el juez, dirigiéndose al secretario.

Tarás Tijónovich cogió la demanda, se sonó como hacen todos los secretarios de los tribunales provinciales, es decir, con ayuda de dos dedos, y empezó a leer:

–Demanda presentada por el hidalgo Iván Ivánovich Pererepenko, hacendado de Mírgorod, en la que se tratan los siguientes puntos. «1) El 7 de julio de este año de 1810, el hidalgo Iván Nikíforovich Dovgochjún, cuyos hechos contrarios a la ley de Dios y a la justicia de los hombres sobrepasan toda medida y despiertan el rechazo general, me ha causado una afrenta mortal, que no sólo afecta a mi honor personal, sino que constituye también un menosprecio y un ataque a mi rango y a mi buen nombre. El mentado noble, de repugnate aspecto y carácter irascible, se expresa con toda clase de palabras impías y soeces…»

En ese punto el secretario hizo un alto para volver a sonarse, momento que aprovechó el juez para cruzar los brazos en actitud deferente y comentar para sus adentros: «¡Qué pluma tan ágil! ¡Dios mío,

cómo escribe este hombre!».

Iván Ivánovich solicitó que continuara la lectura y Tarás Tijónovich prosiguió:

–«En una ocasión en que fui a verlo para hacerle una proposición amistosa, el citado hidalgo, Iván Nikíforovich Dovgochjún, me dirigió públicamente un calificativo tan ignominioso como ultrajante para el honor de mi buen nombre, nada menos que *ganso*, cuando todo el mundo sabe en el distrito de Mírgorod que nunca he utilizado ni he tenido intención de utilizar el nombre de ese animal inmundo. El registro bautismal conservado en la parroquia de los Tres Santos, donde figura el día de mi nacimiento e igualmente el de mi bautismo, testimonian la nobleza de mis orígenes. Ahora bien, un ganso, como corroborará cualquier persona con algún conocimiento de ciencias, no puede inscribirse en un registro bautismal, ya que no es un hombre, sino un ave, como sabe perfectamente todo el mundo, hasta los que no han acudido al seminario. No obstante, ese abominable hidalgo, a pesar de estar al tanto de todas esas circunstancias, me agravió con esa palabra infame, sin otra intención que causar una ofensa mortal a mi rango y a mi dignidad.

»2) Ese mismo hidalgo indecente y descortés ha cometido un grave atentado contra los bienes heredados de mi padre, Iván Onísievich Pererepenko, eclesiástico de profesión y hombre recordado por todos. Contraviniendo la ley, ha levantado un corral de gansos justo enfrente de mi escalinata, con intención evidente de agravar la ofensa inferida, pues el antiguo corral era bastante sólido y ocupaba un emplazamiento muy conveniente. Pero la repugnante medida del citado hidalgo no tenía otro objeto que hacerme testigo de actos abominables, pues todo el mundo sabe que nadie va a un corral, y mucho menos de gansos, para ningún asunto decoroso. En el transcurso de esa operación ilegal, asentaron los dos postes delanteros en las tierras que me transmitió en herencia mi padre, Iván Onísievich Pererepenko, de feliz memoria, que se extienden en línea recta desde el granero hasta el lugar donde las mujeres friegan sus pucheros.

»3) El citado hidalgo, cuyo solo nombre y apellido despiertan una invencible repulsión, alberga la perversa intención de prender fuego a mi casa, como demostrarán sin ningún genero de dudas los hechos que a continuación se exponen: en primer lugar, desde hace algún tiempo, ese pérfido hidalgo ha empezado a salir con cierta frecuencia de sus aposentos, algo que hasta ahora le impedían su pereza y su repugnante gordura; en segundo, las dependencias de la servidumbre, que lindan con la cerca que delimita las propiedades que me dejó en herencia mi difunto padre, Iván Onísievich Pererepenko, de feliz memoria, están iluminadas todos los días hasta altas horas de la noche, lo que constituye una prueba evidente, ya que hasta este momento, movido por su cicatera avaricia, no dejaba que se encendieran velas de sebo ni ninguna clase de candil.

»En consecuencia, solicito que el dicho hidalgo Iván Nikíforovich Dovgochjún, culpable de tentativa de incendio, de ofensas a mi rango, nombre y apellido, de apropiación indebida de tierras y, por encima de todo, del infame y reprensible añadido del calificativo de ganso a mi apellido, sea condenado a una multa, así como al pago de los gastos y costas correspondientes, y que, como perturbardor del orden público, sea esposado y encerrado en la prisión municipal. Solicito que se atienda y se resuelva cuanto antes esta petición, que ha sido escrita y redactada por el hidalgo Iván Ivánovich Pererepenko, hacendado de Mírgorod.»

Una vez terminada la lectura de la demanda, el juez se acercó a Iván Ivánovich, le cogió por un botón y empezó a hablarle más o menos con las siguientes palabras:

–¿Qué hace usted, Iván Ivánovich? ¡No se atraiga la cólera divina! ¡Olvídese de esa demanda, mándela a paseo! ¡Que se vaya al diablo! Lo mejor es que le tienda la mano a Iván Nikíforovich y se abrace con él. Compre una botella de vino de Santorin o de Nikopol, o, simplemente, prepare un ponche y mándeme llamar. ¡Beberemos juntos y nos olvidaremos de todo!

–¡No, Demián Demiánovich! –exclamó con ese aire de gravedad que tan bien le iba–. Este asunto no puede arreglarse de manera amistosa. ¡Adiós! ¡Adiós también a ustedes, señores! –prosiguió con la misma gravedad, dirigiéndose a los demás–. Espero que mi petición sea atendida como corresponde.

Y se marchó, dejando atónitos a todos los presentes.

El juez seguía sentado, sin pronunciar palabra; el secretario aspiraba rapé; los escribientes habían volcado el casco de botella que hacía las veces de tintero y el propio juez, moviendo un dedo con aire distraído, esparcía el charco de tinta por la mesa.

–¿Qué dice usted, Doroféi Trofímovich? –preguntó el juez al cabo de un rato, dirigiéndose a su ayudante.

–Yo no digo nada –respondió éste.

–¡Qué cosas pasan en el mundo! –prosiguió el juez.

Apenas había tenido tiempo de pronunciar esas palabras, cuando la puerta chirrió y la mitad delantera de Iván Nikíforovich irrumpió en la sala, mientras el resto del cuerpo seguía en el vestíbulo. La aparición de Iván Nikíforovich, y encima en el juzgado, pareció a todo el mundo tan extraordinaria que el juez lanzó un grito y el secretario interrumpió su lectura. Un escribiente, vestido con una especie de medio frac de frisa, se llevó la pluma a los labios; otro se tragó una mosca. Hasta el inválido que desempeñaba las funciones de correo y vigilante, y que hasta entonces no se había movido de la puerta, rascándose la sucia camisa con un galón en el hombro, se quedó boquiabierto y le dio un pisotón a alguien.

–¿Qué ven mis ojos, Iván Nikíforovich? ¿Qué viento le trae por aquí? ¿Cómo va su salud?

Pero Iván Nikíforovich estaba más muerto que vivo, porque se había quedado atascado en la puerta y no podía dar un paso hacia delante ni hacia atrás. En vano gritaba el juez, pidiendo a las personas que se encontraran en el vestíbulo que lo empujaran por detrás, pues allí sólo había una vieja solicitante que, a pesar de que puso en tensión todas las fuerzas de sus huesudos brazos, no pudo hacer nada. Entonces uno de los escribientes, hombre de gruesos labios, anchos hombros, gran nariz, mirada torcida de borracho y chaqueta de codos desgastados, se acercó a la parte delantera de Iván Nikíforovich, le cruzó los brazos como si fuera una criatura y le hizo un guiño al viejo inválido, quien apoyó la rodilla en la panza de Iván Nikíforovich y, a pesar de los lastimeros gemidos de éste, siguió apretando hasta que salió a la antesala. A continuación levantaron la falleba y abrieron la segunda hoja de la puerta. Los resoplidos que el escribiente y el inválido emitieron mientras realizaban su labor llenaron la habitación de un olor tan fuerte que por un momento la sala de audiencias pareció transformarse en una taberna.

–¿Se ha hecho usted daño, Iván Nikíforovich? Le diré a mi madre que le envíe una tintura: no tiene más que frotarse con ella los costados y la espalda, y el dolor desaparecerá.

Pero Iván Nikíforovich se había desplomado en una silla y de su boca sólo salían prolongados gemidos. Por fin, con voz apenas audible, debilitada por el cansancio, exclamó:

–¿Quiere? –y, sacando del bolsillo su cuerno, añadió–: ¡Por favor, sírvase!

–Me alegro mucho de verle –replicó el juez–. Pero no consigo entender por qué se ha tomado la molestia de venir hasta aquí. ¿A qué se debe tan agradable sorpresa?

–Quiero presentar una demanda… –fue lo único que acertó a pronunciar Iván Nikíforovich.

–¿Una demanda? ¿Qué demanda?

–Una demanda… –En ese momento una sensación de ahogo le obligó a hacer una larga pausa–. ¡Ay…! Una demanda contra el granuja… de Iván Ivánovich Pererepenko.

–¡Señor! ¡También usted! ¡Unos amigos tan entrañables! ¡Una demanda contra un hombre tan virtuoso…!

–¡Es el mismo demonio! –exclamó Iván Nikíforovich con voz entrecortada.

El juez se santiguó.

–Tenga la demanda, léala.

–No hay nada que hacer, Tarás Tijónovich, léala –dijo el juez, dirigiéndose al secretario con evidente disgusto, aunque su nariz olisqueó involuntariamente el labio superior, algo que por lo común sólo sucedía cuando experimentaba un gran placer. Ese rasgo de independencia de la nariz aumentó su enfado. Decidido a castigar tal impertinencia, sacó el pañuelo y retiró todo el tabaco del labio superior.

El secretario, tras el gesto habitual que precedía su actuación, efectuado sin ayuda del pañuelo, inició con su tono acostumbrado la lectura del siguiente documento:

–Demanda presentada por el hidalgo del distrito de Mírgorod, Iván Nikíforovich Dovgochjún, en la que se tratan los siguientes puntos: «1) Llevado por su aborrecible maldad y su evidente rencor, el presunto hidalgo Iván Ivánovich Pererepenko comete contra mí toda clase de vilezas, villanías e injusticias tan mortificantes como espantosas. Ayer por la noche, armado de hachas, sierras, escoplos y otros instrumentos de carpintería, se introdujo en mi patio, como un ladrón o un bandido, y, cuando llegó al corral de mi propiedad, lo serró con sus propias manos y de la manera más vil, sin que por mi parte le hubiera dado ningún motivo para tal acto delictivo, contrario a todas las leyes.

»2) El citado hidalgo Pererepenko tiene intención de atentar contra mi vida y el 7 del mes pasado, guardando en secreto esa intención, fue a verme y empezó a pedirme de manera amistosa y artera una escopeta que se encontraba en mi habitación, ofreciéndome a cambio, con la avaricia que le caracteriza, varios objetos desprovistos de valor, a saber, una cerda parda y dos sacos de avena. No obstante, adivinando sus intenciones criminales, traté por todos los medios de quitármelo de encima; pero el mentado granuja y canalla, Iván Ivánovich Pererepenko, me insultó de la forma más grosera; desde entonces me profesa un odio despiadado. Además, los orígenes de ese indigno hidalgo y bandolero, Iván Ivánovich Pererepenko, son bastante ignominiosos: su hermana, mujer conocida en todo el distrito por su conducta indecorosa, se marchó con la compañía de cazadores que estaba acantonada en Mírgorod hace unos cinco años, dejando inscrito a su marido como campesino. Su padre y su madre también eran personas de malas costumbres, ambos borrachos empedernidos. Pero el hidalgo y bandido Pererepenko, con sus actos bestiales y dignos de reprensión, ha sobrepasado todas las indignidades de su familia. En realidad, bajo la máscara de la devoción, comete las acciones más escandalosas: no observa la vigilia, pues la víspera del día de san Felipe ese apóstata compró un cordero y al día siguiente ordenó a su concubina Gapka que lo degollara, so pretexto de que necesitaba sin falta sebo para velas y candiles.

»Por todo ello pido que ese hidalgo, como bandido, apóstata y granuja, sorprendido en pleno acto de robo y pillaje, sea esposado y llevado a la cárcel o a un presidio estatal. Igualmente solicito que se le prive de su rango y de su título, se le aplique una buena dosis de latigazos, se le deporte a cualquier penal de Siberia y se le obligue a pagar los gastos y las costas correspondientes. Ruego al tribunal que ofrezca una resolución rápida a mi demanda. Firmado de su puño y letra por Iván Nikíforovich Dovgochjún, hidalgo del distrito de Mírgorod».

En cuanto el secretario acabó la lectura, Iván Nikíforovich cogió su gorro, saludó y se dispuso a marcharse.

–¿Adónde va usted, Iván Nikíforovich? –le dijo el juez–. ¡Quédese un rato! ¡Tómese una taza de té! ¡Orishko! ¿Qué haces ahí parada como una tonta, haciéndoles guiños a los escribientes? ¡Vete a por té!

Pero Iván Nikíforovich, asustado de haberse alejado tanto de su casa y de haber soportado una cuarentena tan rigurosa, franqueó la puerta y se limitó a comentar:

–No se preocupe, con mucho gusto… –Y desapareció, dejando estupefactos a todos los presentes.

No se podía hacer nada. Ambas demandas fueron aceptadas; el asunto había adquirido ya un cariz bastante serio cuando una circunstancia inesperada le dio aún mayor interés. Mientras el juez salía de la sala de audiencias acompañado del ayudante y del secretario, y los escribientes metían en un saco las gallinas, los huevos, las hogazas de pan, las empanadillas, las tortas y las demás chucherías llevadas por los solicitantes, una cerda parda irrumpió en la sala y, para gran sorpresa de los presentes, en lugar de coger una empanadilla o un currusco de pan, se llevó la solicitud de Iván Nikíforovich, que se encontraba en un extremo de la mesa, con las hojas vueltas hacia abajo. A continuación, la cerda salió corriendo tan deprisa que ninguno de los funcionarios pudo atraparla, a pesar de las reglas y los tinteros que le arrojaron.

Ese suceso extraordinario produjo una terrible conmoción, pues aún no habían tenido tiempo de sacar una copia. El juez, o mejor dicho el secretario, pasó un buen rato comentando con el ayudante

aquel inaudito acontecimiento; finalmente decidieron informar del caso al alcalde, ya que la instrucción del caso atañía más bien a la policía municipal. Esa relación, que llevaba el número 389, fue enviada ese mismo día y motivó una entrevista bastante curiosa, de la que el lector tendrá noticia en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

EN EL QUE SE RELATA LA REUNIÓN DE DOS CIUDADANOS PRINCIPALES DE MÍRGOROD

En cuanto Iván Ivánovich acabó sus diversas tareas y, siguiendo su costumbre, salió a descansar bajo el tejadillo, vio con indecible asombro una mancha de color rojo junto a la cancela. Eran los puños y el cuello del alcalde, tan lustrosos que los bordes brillaban como cuero charolado. Iván Ivánovich se dijo: «No está mal que Piotr Fiódorovich haya venido a charlar un rato», pero se sorprendió mucho al ver que el alcalde andaba muy deprisa y agitaba los brazos, algo que sólo hacía en contadas ocasiones. El uniforme del alcalde tenía ocho botones, pues el noveno había saltado dos años antes durante la procesión de la consagración de la iglesia. Desde entonces los guardias no habían podido encontrarlo, a pesar de que el alcalde preguntaba por él todos los días a los vigilantes de barrio cuando le presentaban su informe. Esos ocho botones estaban colocados de la misma manera que las campesinas plantan las habas: unos a la derecha y otros a la izquierda. Durante la última campaña una bala le había atravesado la pierna izquierda y le había dejado cojo; cuando caminaba, la arrastraba tan lejos hacia un lado que destruía casi todo el trabajo de la derecha. Cuanto más deprisa se movía su infantería, más lenta era su marcha. Por ello, hasta que llegó al tejadillo, Iván Ivánovich tuvo tiempo suficiente para perderse en conjeturas sobre el sentido de los ademanes del alcalde. Su interés aumentó de manera considerable cuando reparó en que llevaba su espada nueva, señal de que el asunto era de especial relevancia.

–¡Buenas tardes, Piotr Fiódorovich! –gritó Iván Ivánovich que, como ya se ha dicho, era muy curioso y apenas podía dominar su impaciencia, pues, aunque el alcalde había tomado por asalto la escalera, no se decidía a levantar la vista y seguía discutiendo con su infantería, que no lograba ponerse de acuerdo para subir cada peldaño al primer intento.

–¡Buenos tardes le deseo a mi buen amigo y bienhechor Iván Ivánovich! –respondió el alcalde.

–Tenga la bondad de sentarse. Veo que está usted cansado, pues su pierna herida le impide…

–¡Mi pierna! –gritó el alcalde, dirigiendo a Iván Ivánovich una de esas miradas con las que un gigante fulmina a un pigmeo o un erudito pedante a un profesor de baile. A continuación extendió la pierna y golpeó con ella el suelo. No obstante, esa audacia le costó cara, pues todo su cuerpo se tambaleó y se dio de bruces contra la barandilla; pero ese sabio guardián del orden no tardó en recobrar el equilibrio y, para disimular, metió la mano en el bolsillo como con intención de sacar la tabaquera–. Le aseguro, mi querido amigo y benefactor Iván Ivánovich, que a lo largo de mi vida he hecho marchas más complicadas que ésta. Por ejemplo, en la campaña de 1807… Ah, tengo que contarle cómo salté un muro para encontrarme con una bella alemana.

En ese punto el alcalde guiñó un ojo y esbozó una sonrisa endiabladamente maliciosa.

–¿Dónde ha estado usted hoy? –preguntó Iván Ivánovich, tratando de interrumpir su discurso para que le revelara cuanto antes el objeto de su visita. Le habría gustado preguntárselo sin más, pero su fino conocimiento del mundo le hacía sentir la inconveniencia de semejante proceder, por lo que tuvo que dominarse y esperar pacientemente la resolución del enigma, mientras su corazón latía con una fuerza inusitada.

–Ya que me lo pregunta, se lo contaré –respondió el alcalde–. En primer lugar, le diré que hoy hace un tiempo magnífico… –al oír esas últimas palabras, Iván Ivánovich estuvo a punto de desmayarse–. Pero permítame –prosiguió el alcalde–. He venido a verle por un asunto muy importante.

En ese punto el rostro y el porte del alcalde adquirieron ese aire de preocupación que tenían cuando tomó por asalto el peldaño.

Iván Ivánovich se recuperó y, temblando como en un ataque de fiebre, se aprestó a formular algunas preguntas, como era su costumbre:

–¿Qué asunto? ¿Es verdaderamente importante?

–Ya lo verá usted. Ante todo permítame que le comente, querido amigo y benefactor Iván Ivánovich, que usted… Le aseguro que yo no tengo nada que ver, pero las disposiciones del gobierno lo exigen: ¡ha alterado usted el orden público!

–¿Qué dice usted, Piotr Fiódorovich? No entiendo nada.

–¡Por Dios, Iván Ivánovich? ¿Cómo que no entiende nada? Un animal de su propiedad se ha llevado un documento oficial muy importante y usted pretende que no entiende nada.

–¿Qué animal?

–Con el debido respeto, su cerda parda.

–¿Y qué culpa tengo yo? ¿Por qué el ujier del juzgado deja la puerta abierta?

–Pero, Iván Ivánovich, dado que el animal le pertenece, la culpa es suya.

–Le agradezco mucho que me compare con una cerda.

–¡Yo no he dicho eso, Iván Ivánovich! ¡A fe mía que no lo he dicho! Tenga la bondad de juzgar en conciencia: usted sabe sin duda que, según las disposiciones gubernamentales, está prohibido que los animales inmundos se paseen por la ciudad, y mucho menos por las calles principales. Convendrá usted conmigo en que eso está prohibido.

–¡Dios sabe lo que dice usted! ¿Qué importancia tiene que una cerda salga a la calle?

–Perdóneme, Iván Ivánovich, pero debo decirle que eso es completamente imposible. ¡Qué le vamos a hacer! Las autoridades lo quieren y a nosotros no nos queda más que obedecer. No le discuto que a veces corretean gansos y gallinas por la calle e incluso por la plaza, pero fíjese: se trata de gallinas y gansos; en cuanto a los cerdos y las cabras, el año pasado promulgué un decreto que prohibía su entrada en los lugares públicos. Además, ordené que ese decreto se leyera en voz alta delante de todos los vecinos.

–No, Piotr Fiódorovich, lo único que veo en todo esto es su deseo de ofenderme.

–¡Que yo trato de ofenderle! ¿Cómo puede decir eso, mi querido amigo y benefactor? Acuérdese de que el año pasado no le dije ni una palabra cuando construyó un tejado un *arshín*[*]– más alto de lo permitido. Al contrario, hice como si no me hubiera dado cuenta. Créame, querido amigo, que también ahora, por así decir… pero es mi deber; en definitiva, mis obligaciones me exigen velar por la higiene. Juzgue usted mismo: cuando de pronto aparece en la calle principal…

–¡Están buenas sus calles principales! Cualquier mujer se permite arrojar en ellas toda clase de inmundicias.

–¡Permítame que le diga, Iván Ivánovich, que me está ofendiendo! No voy a negarle que lo que usted comenta no suceda alguna vez, pero suelen elegirse lugares tales como las inmediaciones de las cercas, de los cobertizos y de los graneros… En cambio, que una cerda retoce por la calle principal y por la plaza es un asunto…

–¿Y qué tiene eso de particular, Piotr Fiódorovich? ¡También los cerdos son criaturas de Dios!

–¡Sin duda! Todo el mundo sabe que es usted un hombre instruido, versado en ciencias y otras materias. En cuanto a mí, no he recibido ninguna instrucción: aprendí a escribir a los treinta años. Como usted sabe, soy un antiguo soldado.

–¡Hum! –exclamó Iván Ivánovich.

–Sí –prosiguió el alcalde–, en 1801 era teniente del cuadragésimo segundo regimiento de cazadores de la cuarta compañía. Nuestro comandante era, por si quiere saberlo, el capitán

Yereméiev.

En ese momento el alcalde hundió sus dedos en la tabaquera que Iván Ivánovich tenía abierta y cogió una pulgarada que empezó a desmenuzar.

Iván Ivánovich respondió:

–¡Hum!

–Pero mi deber –prosiguió el alcalde– es plegarme a las instrucciones del gobierno. ¿Sabe usted, Iván Ivánovich, que cualquier persona que sustrae un documento oficial tiene que ser juzgada por un tribunal de lo criminal como cualquier otro delicuente?

–Lo sé tan bien que si quiere puedo instruirle al respecto. Ese artículo se refiere a las personas, a usted, por ejemplo, si sustrajera un documento. Pero ¡un cerdo es un animal, una criatura de Dios!

–Así es, pero la ley dice: «El culpable de la sustracción…». Le ruego que preste atención: ¡*el culpable*! No se hace mención de la especie, ni del sexo, ni del rango; en consecuencia, un animal también puede ser culpable. Diga usted lo que quiera, pero, antes de dictar sentencia, el animal debe ser entregado a la policía en calidad de perturbador del orden público.

–¡No, Piotr Fiódorovich! –replicó Iván Ivánovich con frialdad–. ¡Eso no sucederá!

–Como usted quiera, pero tengo que seguir las instrucciones de mis superiores.

–¿Está tratando de meterme miedo? ¿Se propone enviar a su soldado manco para que detenga a mi cerda? Ordenaré a la criada que lo eche con el atizador. Le romperá el brazo que le queda.

–No quiero discutir con usted. Ya que se niega a entregarla a la policía, haga con su cerda lo que mejor le parezca. Sacrifíquela en Navidades, si se le antoja, y haga jamones o comásela sin más. Lo único que le pediría es que, si hace usted embutido, me envíe un par de esas sabrosas salchichas de sangre y tocino que prepara Gapka. A mi Agrafena Trofímovna le gustan mucho.

–Le mandaré un par con mucho gusto.

–Le quedaré muy reconocido, mi querido amigo y benefactor. Y, ahora, permítame que le diga una cosa más: tanto el juez como todos nuestros conocidos me han encargado que le reconcilie con su amigo Iván Nikíforovich.

–¡Cómo! ¿Con ese maleducado? ¿Que me reconcilie con ese grosero? ¡Nunca! ¡Imposible, imposible!

El tono de Iván Ivánovich era de absoluta firmeza.

–Como usted quiera –respondió el alcalde, aspirando tabaco por los dos agujeros de la nariz–. No me atrevo a aconsejarle; ahora están enfadados, pero si se reconciliaran ustedes…

No obstante, Iván Ivánovich ya se había puesto a hablar de la caza de la codorniz, asunto al que solía recurrir cuando quería cambiar de tema.

Así pues, el alcalde tuvo que regresar a su casa sin haber obtenido ningún resultado.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE EL LECTOR SE ENTERARÁ FÁCILMENTE DE SU CONTENIDO

A pesar de los esfuerzos del Tribunal por mantener en secreto el asunto, al día siguiente todo Mírgorod sabía que la cerda de Iván Ivánovich se había llevado la demanda de Iván Nikíforovich. El propio alcalde fue el primero en irse de la lengua en un momento de descuido. Cuando Iván Nikíforovich se enteró del caso, se limitó a preguntar:

–¿Fue la cerda parda?

Pero Agafia Fedoséievna, que se encontraba presente, volvió a la carga:

–¿Qué pasa, Iván Nikíforovich? ¡Si no haces nada, van a reírse de ti como si fueras tonto! ¿Todavía te atreves a llamarte hidalgo? ¡Tienes menos valor que la vendedora de esos dulces que

tanto te gustan!

Y, después de mucho insistir, acabó saliéndose con la suya. No se sabe dónde encontró un hombre de mediana edad, moreno, con la cara cubierta de manchas, vestido con una chaqueta azul marino con remiendos en los codos; en definitiva, el tipo perfecto de picapleitos. Se engrasaba las botas con alquitrán, lucía tres plumas detrás de la oreja y llevaba prendido de un botón un frasco de cristal a modo de tintero; se zampaba nueve empanadillas de una sentada y la décima se la guardaba en el bolsillo; en una sola hoja de papel timbrado redactaba tantas calumnias que ningún funcionario podía leerlas de un tirón, sin estornudos ni ataques de tos. Ese menudo remedo de hombre husmeó, bregó, anotó y, por último, pergeñó el siguiente documento:

> Instancia dirigida por el hidalgo Iván Nikíforovich Dovgochjún al Tribunal provincial de Mírgorod.
>
> En relación con la demanda presentada por mí, Iván Nikíforovich Dovgochjún, me permito informar que el Tribunal provincial de Mírgorod ha actuado en connivencia con el noble Iván Ivánovich Pererepenko. El descarado comportamiento de su cerda parda, que se había mantenido en secreto, ha llegado a mis oídos a través de personas ajenas al caso. Ahora bien, esa complicidad y premeditación, en tanto criminales, deben ser llevadas sin falta ante la justicia, pues una cerda es un animal privado de razón y, por tanto, incapaz de sustraer un documento. Resulta indudable, por tanto, que la citada cerda obedecía a las instigaciones de mi adversario, el pretendido hidalgo Iván Ivánovich Pererepenko, convicto ya de bandidaje, sacrilegio e intento de asesinato. No obstante, el Tribunal de Mírgorod, con su parcialidad habitual, ha llegado a un acuerdo secreto, sin el cual de ningún modo se habría permitido que la citada cerda hubiera sustraído el documento, pues el Tribunal provincial de Mírgorod dispone de numeroso personal, entre el que basta mencionar a un soldado que no se aparta del vestíbulo y que, a pesar de tener un ojo torcido y un brazo algo dañado, no carece de las fuerzas necesarias para expulsar a una cerda y darle de bastonazos. De donde se deduce claramente que el citado Tribunal ha actuado con disimulo y que se ha producido una distribución ilícita de prebendas entre sus miembros. Además, el mencionado bandido e hidalgo Iván Ivánovich Pererepenko ya ha sido encausado por bribón. Por todo ello, yo, Iván Nikíforovich Dovgochjún, hago saber al Tribunal provincial que si no emprende acciones legales contra la cerda parda o contra su cómplice, el hidalgo Pererepenko, y no atiende debidamente mi demanda, como es de justicia, yo, el noble Iván Nikíforovich Dovgochjún, denunciaré ante la Audiencia las actuaciones ilegales y torticeras del Tribunal provincial, tramitando el recurso correspondiente para el traslado del caso.
>
> El hidalgo de la ciudad de Mírgorod,
>
> IVÁN NIKÍFOROVICH DOVGOCHJÚN

Esta demanda surtió efecto, pues el juez era algo cobarde, como todas las personas bondadosas. Se dirigió al secretario, pero de los labios de éste sólo salió un rotundo «hum» y su rostro adoptó ese aire de indiferencia y diabólica ambigüedad que sólo muestra Satanás cuando ve a una víctima a sus pies. Sólo quedaba una solución: reconciliar a los dos amigos. Pero ¿cómo lograr ese objetivo cuando todas las tentativas habían fracasado? Decidieron intentarlo una vez más, pero Iván Ivánovich no quiso ni oír hablar del asunto e incluso se enfadó. En cuanto a Iván Nikíforovich, por toda respuesta se limitó a volver la espalda. Entonces el proceso siguió su curso con esa sorprendente agilidad que constituye la mayor gloria de nuestros tribunales de justicia. El documento se selló, se fechó, se numeró, se registró, se firmó, todo en el mismo día, y se depositó en un armario, donde pasó un año y otro y un tercero. Muchas prometidas tuvieron tiempo de casarse; en Mírgorod se abrió una nueva calle; el juez perdió una muela y dos dientes; por el patio de Iván Ivánovich correteaban más niños que antes (sólo Dios sabía de dónde salían); Iván Nikíforovich, con gran escándalo de Iván Ivánovich, construyó un nuevo corral para los gansos, aunque algo más lejos que el anterior, y

levantó tantas edificaciones entre su propiedad y la de su vecino que esas respetables personas apenas se veían; entre tanto, el asunto seguía durmiendo en el interior de un armario al que las manchas de tinta daban cierta apariencia de mármol.

En ese tiempo se produjo un acontecimiento de notable importancia para todo Mírgorod.

¡El alcalde ofreció una recepción! ¿Dónde encontraré los pinceles y los colores para representar la diversidad de los asistentes y la magnificencia de la celebración? ¡Cojan ustedes un reloj, ábranlo y contemplen la maquinaria! ¿No es cierto que se observa un completo desorden? Pues imagínense ahora un número casi igual, si no mayor, de ruedas en el patio del alcalde. ¡Cuántos carruajes y carricoches había allí! Uno, con la parte trasera ancha y la delantera, estrecha; otro, con la parte trasera estrecha y la delantera, ancha. Uno era carretela y calesa a la vez; otro no era carretela ni calesa; otro recordaba un enorme almiar de heno o una vendedora gorda; otro un judío desgreñado o un esqueleto que no se ha desprendido de toda su piel; uno, de perfil, era la viva imagen de una pipa; otro no se parecía a nada y conformaba una masa extraña, informe y completamente fantástica. En medio de ese caos de ruedas y pescantes, destacaba una especie de carroza con una ventana de pesado travesaño a modo de portezuela. Los cocheros, unos con levitas grises, otros con casacas y zamarras, tocados con gorros de piel de cordero o con gorras de todo tipo, paseaban por el patio, con una pipa entre los dientes, los caballos desenganchados.

¡Qué recepción ofrecía el alcalde! Permítanme que enumere a todos los asistentes: Tarás Tarásovich, Yevpl Akínfovich, Yevtiji Yevtíjievich, Iván Ivánovich –no el que conocemos, sino otro–, Savva Gravrílovich, nuestro Iván Ivánovich, Yelevferi Yelevférievich, Makar Nazárievich, Fomá Grigórievich… ¡Imposible continuar! ¡No tengo fuerzas! ¡Mi mano se cansa de escribir! ¡Y cuántas damas había! Morenas y rubias, altas y bajas; unas gordas como Iván Nikíforovich, otras tan delgadas que cabrían en la vaina de la espada del alcalde. ¡Cuántas cofias! ¡Cuántos vestidos! Rojos, amarillos, color café, verdes, azules, nuevos, transformados, acortados. ¡Cuántos pañuelos, cintas, bolsos! ¡Adiós, pobres ojos! ¡Después de haber visto este espectáculo no me serviréis para nada! ¡Y qué mesa tan larga se aparejó! ¡Y cómo hablaban los invitados! ¡Qué rumor se levantaba! ¡Ni un molino con todas sus muelas, ruedas, engranajes y tarabillas podría comparársele! No podría referir con total seguridad de qué hablaron, pero es de suponer que abordaron muchas cuestiones agradables y útiles, como el tiempo, los perros, el trigo, las cofias, los potros.

En un determinado momento, Iván Ivánovich –no el que conocemos, sino el otro, que era tuerto– comentó:

–Me resulta muy extraño que mi ojo derecho –Iván Ivánovich, el tuerto, siempre hablaba de sí mismo en términos irónicos– no vea al señor Iván Nikíforovich Dovgochjún.

–¡No ha querido venir! –dijo el alcalde.

–¿Por qué?

–Han pasado ya dos años desde que Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich discutieron; desde entonces, donde va uno el otro no pone el pie.

–¡Qué me dice usted! –En ese punto Iván Ivánovich, el tuerto, levantó el ojo y juntó las manos–. Si la gente que conserva bien la vista ya no vive en paz, ¿qué va a ser de mí con el ojo que me falta?

Al oír ese comentario, todos se rieron a mandíbula batiente. Iván Ivánovich, el tuerto, era muy apreciado por esa clase de bromas. Un hombre alto, enjuto, con una levita de bayeta y un parche en la nariz, que hasta entonces había estado sentado en un rincón sin mudar la expresión de su rostro, ni siquiera cuando una mosca se le posó en la nariz, se levantó de su asiento y se acercó al corrillo que rodeaba a Iván Ivánovich, el tuerto.

–¡Escuchen! –dijo Iván Ivánovich, el tuerto, cuando vio que un nutrido grupo de personas le prestaba atención–. ¡Escuchen! En lugar de contemplar el ojo que me falta, traten de reconciliar a nuestros dos amigos. Ahora que Iván Ivánovich está hablando con mujeres y muchachas, vamos a buscar a Iván Nikíforovich sin que se dé cuenta y hagamos que se encuentren.

Todos aprobaron la proposición de Iván Ivánovich y decidieron enviar un emisario a casa de Iván Nikíforovich para pedirle que asistiera a la comida ofrecida por el alcalde. Pero ¿a quién confiar tan

importante misión? Esa cuestión fundamental sumió en la perplejidad a todos los presentes. Después de analizar durante un buen rato las aptitudes y cualidades diplomáticas de cada cual, la elección unánime recayó en Antón Prokófevich Golopuz.

Antes de proseguir, es necesario ofrecer al lector una somera presentación de ese personaje notable. Antón Prokófevich era un hombre virtuoso en el más amplio sentido de la palabra: si un ciudadano principal de Mírgorod le regalaba un pañuelo o una prenda de ropa interior, daba las gracias; si alguien le daba un pellizco en la nariz, también lo agradecía. Si alguien le preguntaba: «Antón Prokófevich, ¿por qué lleva una levita marrón con las mangas azules?», solía responder: «¿No tiene usted ninguna así? Espere a que las mangas se desgasten y ya no se notará la diferencia». Y, en efecto, la luz del sol acababa volviendo marrón el paño azulado de las mangas y, en consecuencia, la levita adquiría un color uniforme. Pero lo más curioso es que Antón Prokófevich solía llevar un traje de paño en verano y otro de nanquín en invierno. Antón Prokófevich carecía de casa propia; antes tenía una en las afueras de la ciudad, pero la vendió y con el dinero que le dieron se compró tres caballos bayos y un carruaje en el que solía visitar a los hacendados de los alrededores. Pero, como los caballos requerían muchos cuidados y además se necesitaba dinero para la avena, Antón Prokófevich los trocó por un violín y una criada, amén de un billete de veinticinco rublos. Luego vendió el violín y cambió a la criada por una petaca de cordobán ribeteada de oro. Ahora dispone de una petaca como no hay otra, pero a cambio de ese placer ya no puede recorrer las aldeas ni salir de la ciudad y tiene que pasar la noche en casa de esos mismos nobles que se divierten pellizcándole la nariz. A Antón Prokófevich le gusta la buena mesa y es bastante diestro en el burro y otros juegos de naipes.

Acostumbrado a obedecer, Antón Prokófevich cogió su gorro y su bastón y sin más tardanza salió a la calle. Por el camino estuvo pensando en el procedimiento que emplearía para convencer a Iván Nikíforovich de que acudiera al baile. El carácter algo brusco de ese hombre, por lo demás respetable, convertía su gestión en una empresa casi desesperada. En realidad, ¿cómo iba a decidirse a partir cuando hasta levantarse de la cama le costaba un esfuerzo sobrehumano? Y, aun suponiendo que se levantara, ¿cómo llevarle hasta un lugar donde estaba seguro de encontrarse con su mortal enemigo? Cuanto más reflexionaba, más obstáculos encontraba. El día era muy caluroso; el sol quemaba. El sudor le corría a chorros. Antón Prokófevich, a pesar de que dejaba que le pellizcaran en la nariz, era un hombre bastante astuto en muchos sentidos; no tenía excesiva maña para los cambios, pero sabía perfectamente cuándo debía hacerse el tonto y a veces salía airoso de situaciones y aventuras en las que más de una persona inteligente habría fracasado.

Mientras trataba de idear un medio de convencer a Iván Nikíforovich y corría valerosamente a su encuentro, una circunstancia inesperada lo desconcertó. No estará de más comunicar al lector que uno de los pantalones de Antón Prokófevich tenía la extraña particularidad de que, cuando se lo ponía, los perros le mordían las pantorrillas. Por desgracia, ese día se había puesto precisamente ese pantalón. Por eso, en cuanto se sumió en sus reflexiones, se alzaron por todas partes unos ladridos tremendos. Antón Prokófevich lanzó tales gritos –nadie sabía gritar tan fuerte– que no sólo acudieron a recibirle la vieja a la que ya conocemos y el muchacho de la levita interminable, sino hasta los arrapiezos de Iván Ivánovich. Aunque los perros sólo tuvieron tiempo de morderle una pierna, ese incidente le privó de buena parte de su aplomo y lo llevó a afrontar la escalinata con cierta timidez.

CAPÍTULO VII

Y ÚLTIMO

–¡Ah, buenos días! ¿Por qué hace rabiar a los perros? –preguntó Iván Nikíforovich cuando vio a Antón Prokófevich, con quien todo el mundo empleaba un tono burlón.

–¡Ojalá se mueran todos! No les he hecho nada –respondió Antón Prokófevich.

–Miente usted.

–¡Palabra que no! A propósito, Piotr Fiódorovich le ruega que asista a la comida.

–¡Hum!

–¡Se lo aseguro! Y con palabras tan persuasivas que no sabría reproducirlas. «¿Por qué Iván Nikíforovich –decía– me evita como si fuera su enemigo? Nunca viene por aquí a charlar un rato.»

Iván Nikíforovich se acarició el mentón.

–«Si Iván Nikíforovich se niega a venir hoy, no sé lo que voy a pensar. Seguramente tiene algo contra mí. ¡Hágame el favor, Antón Prokófevich, de convencer a Iván Nikíforovich de que venga!» ¿Qué dice usted, Iván Nikíforovich? ¿Nos vamos? ¡Se ha reunido allí la flor y nata de la sociedad!

Iván Nikíforovich miró a un gallo que se había puesto a cacarear con todas sus fuerzas en la escalinata.

–¡Si supiera usted, Iván Nikíforovich –prosiguió el porfiado emisario–, qué esturión y qué caviar ha recibido Piotr Fiódorovich!

Al oír esas palabras Iván Nikíforovich volvió la cabeza y empezó a escuchar con mayor atención.

Este detalle dio ánimos al emisario.

–Vamos ahora mismo. ¡Allí encontrará a Fomá Grigórievich! ¿Qué dice? –añadió, viendo que Iván Nikíforovich seguía tumbado en la misma postura–. ¿Vamos o no vamos?

–No, no quiero ir.

Esas palabras dejaron estupefacto a Antón Prokófevich. Cuando creía que sus argumentos habían persuadido a aquel hombre respetable, se encontraba con una negativa categórica.

–¿Por qué no quiere? –preguntó casi con enfado, sentimiento que rara vez manifestaba, ni siquiera cuando le ponían en la cabeza un papel ardiendo, entretenimiento al que el juez y el alcalde eran especialmente aficionados.

Iván Nikíforovich aspiró rapé.

–¡Diga usted lo que quiera, Iván Nikíforovich, pero no entiendo qué le retiene!

–¿Para qué voy a ir? –comentó finalmente Iván Nikíforovich–. ¡Estará allí ese bandido! –Así es como solía llamar a Iván Ivánovich.

¡Dios misericordioso! Y pensar que hacía tan poco…

–¡Le juro que no está! ¡Pongo a Dios por testigo de que no está! ¡Que me parta un rayo aquí mismo si miento! –respondió Antón Prokófevich, que era capaz de jurar diez veces en una hora–. ¡Vamos, Iván Nikíforovich!

–¡Miente usted, Antón Prokófevich! ¡Estoy seguro de que está allí!

–¡Le juro que no! ¡Que no salga vivo de esta habitación si está allí! Juzgue usted mismo, ¿para qué iba a mentir? ¡Que se me sequen los brazos y las piernas…! ¿Ni siquiera ahora me cree? ¡Que me muera en este mismo instante! ¡Que ni mi padre ni mi madre ni yo veamos nunca el Reino de los Cielos! ¿Sigue sin creerme?

Tranquilizado por todas esas seguridades, Iván Nikíforovich pidió a su ayuda de cámara que le trajera su interminable levita, sus pantalones bombachos y su casaca de nanquín.

Considero completamente inútil describir cómo se puso el pantalón, se dejó anudar la corbata y, por último, se enfundó la casaca, que se rasgó en la axila izquierda. Baste decir que en todo ese tiempo conservó una digna serenidad y no respondió una palabra a Antón Prokófevich, que le proponía trocar su petaca turca por alguna otra cosa.

Entre tanto, la reunión esperaba con impaciencia el momento decisivo en que apareciera Iván Nikíforovich y se produjera por fin la ansiada reconciliación de esos dignos caballeros; muchos estaban casi convencidos de que Iván Nikíforovich no iría. El propio alcalde quiso apostar con Iván Ivánovich, el tuerto, a que no se movería de su casa; pero se echó atrás porque Iván Ivánovich pretendía apostar su ojo ciego contra la pierna renqueante del alcalde, comentario que ofendió mucho

a este último y motivó disimuladas risas entre la concurrencia. Nadie se había sentado aún a la mesa, aunque era más de la una y en Mírgorod no se solía comer tan tarde, ni siquiera en las ocasiones solemnes.

En cuanto Antón Prokófevich apareció en el umbral, todos lo rodearon. A cada una de las preguntas, Antón Prokófevich respondía con un enérgico: «No vendrá». Un instante más y habría caído sobre su cabeza una lluvia de reproches, insultos y hasta de capirotazos por el fracaso de la empresa, pero de pronto la puerta se abrió y entró Iván Nikíforovich.

La aparición de Satanás o de un espectro no habría producido un asombro tan extraordinario como el que causó en toda la concurrencia la irrupción inesperada de Iván Nikíforovich. Antón Prokófevich se reía a carcajadas, tanta alegría le procuraba haberles gastado aquella broma.

En cualquier caso, casi nadie comprendía cómo Iván Nikíforovich había podido ataviarse como corresponde a un hidalgo respetable en tan poco tiempo. Iván Ivánovich se había ausentado unos momentos. Una vez salieron de su asombro, los presentes se interesaron por la salud de Iván Nikíforovich y expresaron su satisfacción por que hubiera engordado un poco más. Iván Nikíforovich besaba a unos y a otros y no paraba de repetir: «Muy reconocido».

Entre tanto, el olor de la sopa de verduras se expandió por la habitación, produciendo un agradable cosquilleo en las narices de los hambrientos invitados, que se precipitaron en el comedor. Un enjambre de damas, locuaces y reservadas, gordas y delgadas, tomó la delantera, y pronto la larga mesa se cubrió de toda clase de colores. ¡No voy a describir los manjares que se sirvieron! No mencionaré las tortas de nata agria, el guiso de menudillos que acompañó la sopa de verdura, el pavo con ciruelas y pasas, ni ese plato de aspecto tan parecido a unas botas remojadas en *kvas*[*], ni esa salsa, canto del cisne del viejo cocinero, que se servía envuelta en llamas, para diversión y espanto de las damas. No diré nada de esas exquisiteces porque me gusta más degustarlas que extenderme en comentarios sobre ellas.

A Iván Ivánovich le gustó mucho el pescado con salsa de rábano. Estaba ocupado con especial fruición en ese útil y nutritivo ejercicio, retirando las espinas más finas y depositándolas en un plato, cuando dirigió una mirada distraída al otro lado de la mesa. ¡Dios mío, qué cosa más extraña! ¡Delante de él estaba sentado Iván Nikíforovich!

En ese mismo instante Iván Nikíforovich también levantó la vista… ¡No…! ¡No puedo…! ¡Dadme otra pluma! ¡La mía es demasiado lánguida, mortecina y roma para describir semejante cuadro! Sus rostros, que expresaban estupor, se quedaron como petrificados. Cada uno de ellos veía la cara de una persona conocida de antaño, de un amigo largo tiempo esperado, al que tenía ganas de acercarse y tender la tabaquera diciendo: «Sírvase» o: «¿Podría pedirle…?». Pero al mismo tiempo había en ese rostro algo terrible, una especie de mal presagio. Tanto a uno como a otro el sudor les corría a chorros.

Todas las personas sentadas a la mesa se quedaron mudas, con los ojos fijos en aquellos hombres que habían sido tan amigos. Las damas, que hasta entonces estaban ocupadas en una conversación bastante interesante sobre la manera de castrar los pollos, de pronto interrumpieron su charla. ¡Todo quedó en silencio! ¡Era un cuadro digno del pincel de un gran artista!

Finalmente Iván Ivánovich sacó un pañuelo y empezó a sonarse; en cuanto a Iván Nikíforovich, paseó la mirada por la sala y la detuvo en la puerta abierta. El alcalde, dándose cuenta de lo que tramaba, ordenó que la cerraran con llave. Entonces los dos amigos se pusieron a comer y ya no volvieron a mirarse.

En cuanto terminó la comida ambos se levantaron de la mesa y empezaron a buscar su gorro con intención de escabullirse. Entonces, a una señal del alcalde, Iván Ivánovich –no nuestro héroe, sino el tuerto– se colocó detrás de Iván Nikíforovich, mientras el alcalde se situaba a la espalda de Iván Ivánovich; los dos se pusieron a empujarlos el uno hacia el otro con el firme propósito de no dejarlos escapar hasta que se diesen la mano. Iván Ivánovich, el tuerto, empujo a Iván Nikíforovich un poco de costado, aunque en la dirección correcta; pero el alcalde se desvió demasiado, incapaz de controlar a su caprichosa infantería, que ese día no obedecía ninguna orden y parecía empeñada en alejarse

excesivamente en la dirección contraria (tal vez porque en la mesa había gran abundancia de toda clase de licores), de manera que Iván Ivánovich cayó sobre una dama vestida de rojo a la que la curiosidad había llevado al centro de la sala. Ese incidente no presagiaba nada bueno. En ese momento el juez, tratando de enderezar el asunto, ocupó el lugar del alcalde y, después de aspirar por la nariz todo el tabaco del labio superior, empujó a Iván Ivánovich hacia el otro lado. Esta manera de reconciliación, muy habitual en Mírgorod, guardaba cierta semejanza con un juego de pelota. En cuanto el juez impulsó a Iván Ivánovich, Iván Ivánovich, el tuerto, hizo acopio de todas sus fuerzas y desplazó a Iván Nikíforovich, por cuyo rostro fluía el sudor como agua de lluvia por un tejado. A pesar de la resistencia encarnizada de los dos amigos, acabaron chocando, pues ambos bandos recibieron refuerzos significativos del resto de los invitados.

Entonces formaron un estrecho círculo a su alrededor, dispuestos a no dejarlos salir hasta que se dieran la mano.

–¡En el nombre de Dios, Iván Nikíforovich e Iván Ivánovich! Digan en conciencia, ¿por qué han discutido? ¿No será por una fruslería? ¡Deberían avergonzarse ante los hombres y ante Dios!

–No sé qué le he hecho a Iván Ivánovich –dijo Iván Nikíforovich, resoplando de cansancio (era evidente que no se mostraba contrario a la reconciliación)–. ¿Por qué destruyó mi corral y se propuso matarme?

–Nunca tuve intención de causarle ningún mal –dijo Iván Ivánovich, sin mirar a Iván Nikíforovich–. Juro ante Dios y ante ustedes, respetables caballeros, que no he causado el menor perjuicio a mi enemigo. ¿Por qué me ha injuriado y ha desprestigiado mi rango y mi posición?

–¿En qué le he desprestigiado, Iván Ivánovich? –preguntó Iván Nikíforovich.

Un minuto más de explicaciones y la enquistada enemistad se habría desvanecido. Iván Nikíforovich ya se había llevado la mano al bolsillo con intención de sacar la tabaquera y decir: «Sírvase».

–¿Acaso, señor mío –respondió Iván Ivánovich, sin levantar la vista–, no constituye un desprestigio menoscabar mi rango y mi nombre con una palabra que la decencia me impide pronunciar en este lugar?

–Permítame que le diga como amigo, Iván Ivánovich –y en ese punto Iván Nikíforovich tocó con el dedo un botón de Iván Ivánovich, señal inequívoca de buena voluntad–, que el diablo sabe por qué se ofendió usted: porque le llamé *ganso*…

Iván Nikíforovich comprendió que había cometido una imprudencia al pronunciar esa palabra, pero ya era demasiado tarde.

¡Todo se fue al diablo!

Si cuando le aplicaron ese calificativo sin testigos Iván Ivánovich se salió de sus casillas y se dejó llevar por un furor como no se ha visto igual, juzguen ustedes, estimados lectores, cómo reaccionaría ahora al escuchar esa palabra fatal en una reunión en la que figuraban numerosas damas, ante las cuales a Iván Ivánovich le gustaba extremar la cortesía. Si Iván Nikíforovich hubiera dicho *ave* en lugar de *ganso*, las cosas aún habrían podido arreglarse.

Pero ahora no había nada que hacer.

Dirigió una mirada a Iván Nikíforovich, ¡y qué mirada!: si ésta hubiera tenido algún poder ejecutor, habría reducido a cenizas a Iván Nikíforovich. Los invitados comprendieron su significado y se aprestaron a separarlos. Y ese hombre, modelo de bondad, que no dejaba escapar a una mendiga sin interesarse por su suerte, abandonó la sala lleno de ira. ¡Tales son las tremendas tempestades que levantan las pasiones!

Durante un mes no se supo nada de Iván Ivánovich. En ese tiempo no salió de su casa, abrió el cofre secreto y sacó de él unos ducados, ¡los viejos ducados de sus antepasados!, que pasaron a las sucias manos de los plicapleitos. El caso fue llevado ante la Audiencia. Y, sólo cuando Iván Ivánovich recibió la feliz nueva de que el fallo se conocería el día siguiente, se resolvió a pisar la calle. ¡Ay! ¡Han pasado ya diez años y desde entonces la Audiencia no deja de informarle de que al día siguiente se resolverá el caso!

Hace cuatro o cinco años pasé por la ciudad de Mírgorod. Era una mala época para viajar. El otoño, con su humedad, su barro y su bruma, lo velaba todo de melancolía. Una hierbecilla rala y poco natural, producto de las monótonas e incesantes lluvias, cubría los campos y los prados, a los que sentaba tan bien como las travesuras a un viejo y las rosas a una vieja. En aquella época el tiempo ejercía una gran influencia en mi estado de ánimo: cuando era triste me entristecía. No obstante, a medida que me acercaba a Mírgorod, sentía que mi corazón latía con más fuerza. ¡Dios mío, cuántos recuerdos! Hacía doce años que no veía esa ciudad. Allí vivían entonces dos hombres únicos, dos amigos entrañables, que se profesaban un afecto sin par. ¡Cuántas personas célebres habían desaparecido! El juez Demián Demiánovich ya había muerto; Iván Ivánovich, el tuerto, también había pasado a mejor vida. Cuando mi coche entró en la calle principal, por todas partes surgieron postes coronados por un haz de paja: se estaba procediendo a un nuevo trazado. Se habían derribado algunas casas. Aquí y allá se alzaban siniestras ruinas de cercas y vallas.

Era una jornada festiva. Ordené que el carruaje, cubierto de una pobre estera, se detuviera delante de la iglesia y entré con pasos tan silenciosos que nadie reparó en mí. La verdad es que no había casi nadie. Era evidente que hasta los vecinos más devotos se habían asustado del barro. En ese día gris, o mejor dicho, enfermizo, la luz de los cirios adquiría un cariz extraño y desagradable; las oscuras capillas desprendían un aura de melancolía; las gotas de lluvia lloraban en los cristales redondos de las altas ventanas. Entré en una capilla y me dirigí a un respetable anciano de cabellos grises.

–Permítame que le pregunte, ¿vive aún Iván Nikíforovich?

En ese momento la lamparilla que ardía delante del icono despidió un resplandor más vivo e incidió de lleno en el rostro de mi vecino. ¡Cómo me sorprendí cuando, al cabo de un rato, reconocí unos rasgos conocidos! ¡Si era Iván Nikíforovich en persona! Pero ¡cuánto había cambiado!

–¿Qué tal está usted, Iván Nikíforovich? ¡Cómo ha envejecido!

–Sí, he envejecido. Acabo de llegar de Poltava –respondió Iván Nikíforovich.

–¡Qué me dice! ¿Ha ido usted a Poltava con este tiempo de perros?

–¡Qué le vamos a hacer! El pleito…

Al oír esta palabra se me escapó un involuntario suspiro. Iván Nikíforovich, que se dio cuenta, añadió:

–No se preocupe, sé de buena tinta que el caso se resolverá la semana que viene y que el fallo me será favorable.

Me encogí de hombros y fui a recabar alguna noticia de Iván Ivánovich.

–Iván Ivánovich está aquí –me dijo alguien–, en el coro.

Vi entonces a un hombre demacrado. ¿Era Iván Ivánovich? Su rostro estaba cubierto de arrugas, sus cabellos eran completamente blancos; no obstante, la casaca era la misma. Después de los primeros saludos, Iván Ivánovich, con esa dulce sonrisa que tan bien sentaba a su rostro en forma de embudo, dijo:

–¿Quiere que le anuncie una grata noticia?

–¿Cuál? –pregunté yo.

–Mañana sin falta se resolverá el caso. Me lo han asegurado en la Audiencia.

Tras emitir un suspiro aún más profundo, me despedí a toda prisa, pues un asunto importante me obligaba a continuar el viaje, y me monté en el coche. Los escuálidos jamelgos, conocidos en Mírgorod con el nombre de caballos de posta, se pusieron en marcha, produciendo un ruido desagradable cuando sus cascos se hundían en la masa gris del barro. La lluvia caía a chorros sobre el judío sentado en el pescante, que se cubría con una estera. La humedad me traspasaba los huesos. La deprimente barrera y su garita, en la que un inválido remendaba su uniforme gris, pasaron lentamente ante mis ojos. De nuevo se sucedieron los campos, en unos puntos labrados y negros, en otros cubiertos de hierba. Las chovas y los cuervos empapados, la monótona lluvia, el cielo lloroso y encapotado. ¡Qué triste es este mundo, señores!

Iván S. Turguénev

Iván Serguéievich Turguénev nació en Orel en 1818, hijo de un militar retirado y de una rica terrateniente. Se crió en Spásskoie, en la finca materna, educado por tutores; estudió Filosofía en Moscú, San Petersburgo y Berlín, de donde regresó a Rusia convertido en un liberal occidentalista. A partir de entonces su vida transcurrió entre su país y distintas ciudades de Europa, especialmente París, sin que llegara a establecer en ninguna parte residencia fija. En 1847 inició en la revista *El Contemporáneo* la serie de *Relatos de un cazador*, una visión realista de la vida campesina rusa que, según se dijo, influyó en la decisión del zar Alejandro II de emancipar a los siervos de la gleba. Su primera novela, *Rudin* (ALBA CLÁSICA núm. XV), se publicó en 1856, cuando el autor gozaba ya de gran notoriedad. Siguieron, entre otras, *Nido de nobles* (1859), *En vísperas* (1860), *Padres e hijos* (1862), *Humo* (1867; ALBA CLÁSICA núm. LXII) y *Tierras vírgenes* (1876). Escribió asimismo excelentes relatos y novelas cortas de tema íntimo *(Novelas cortas*, ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XLIV) y unas memorables *Páginas autobiográficas* (1869-1883; ALBA CLÁSICA núm. XXXVIII). Sobre el protagonista de *Nido de nobles* pesa una maldición que parece pensada para el mismo Turguénev: «No harás tu nido en ningún sitio, y andarás errante toda la vida». Murió en Bougival, cerca de París, en 1883.

«Diario de un hombre superfluo» se publicó en abril de 1850 en la revista *Anales de la Patria*, y en 1856 en forma de libro. «El hombre de las lentes grises» se publicó primero en francés, antes que en ruso, en diciembre de 1879 en *La Nouvelle Revue* con el título de «Monsieur François».

Diario de un hombre superfluo

Aldea de Ovéchaia Vodá, 20 de marzo de 18...

El médico acaba de marcharse. ¡Por fin he conseguido sacar algo en limpio! Por más que ha intentado echar mano de sus triquiñuelas, a lo último ha tenido que confesarme la verdad. Sí, moriré pronto, muy pronto. Los ríos se deshelarán, y yo me iré probablemente con las últimas nieves... ¿Adónde? ¡Dios sabrá! También al mar. ¡Qué le vamos a hacer! Si hay que morir, mejor que sea en primavera. Pero ¿no resulta ridículo iniciar un diario acaso dos semanas antes de morir? ¿Y qué hay de malo en ello? ¿Es que catorce días representan menos que catorce años, que catorce siglos? Frente a la eternidad, todo es vanidad, como suele decirse. Sin duda, pero en ese caos la misma eternidad es vanidad. Podría pensarse que me entrego al pensamiento abstracto: una mala señal. ¿No será que me acobardo? Será mejor que cuente algo. Fuera el ambiente es húmedo, sopla el viento. Me han prohibido salir. ¿Y qué voy a contar? Un hombre bien educado no debe hablar de sus propios achaques. Y escribir una novela no es algo que esté a mi alcance. Discurrir sobre temas elevados está por encima de mis fuerzas; en cuanto a la descripción de las cosas que me rodean, ni siquiera a mí mismo llega a interesarme. Pero no hacer nada me aburre, y me da pereza leer. ¡Ah! Voy a contarme a mí mismo mi propia vida. ¡Excelente idea! Cuando uno está con un pie en la tumba, no cabe mejor ocupación, tanto más cuanto que no ofende a nadie. Empecemos.

Nací hace treinta años en el seno de una familia de propietarios bastante acomodados. Mi padre era un jugador apasionado; mi madre, una mujer de fuerte carácter y muy virtuosa, aunque jamás he conocido a nadie cuya virtud procurara menos placer. Vivía abrumada por el peso de sus propios méritos, con los que fatigaba a todo el mundo, empezando por ella misma. En el transcurso de sus cincuenta años de vida, no descansó ni una sola vez, ni una sola vez se cruzó de brazos. Siempre estaba ocupada y atareada, lo mismo que una hormiga, y encima sin ninguna utilidad, algo que no podría decirse de una hormiga. Un gusano infatigable la roía día y noche. Sólo una vez la vi en un estado de completa serenidad; a saber, el día después de su muerte, metida en el ataúd. La verdad es que al verla tuve la impresión de que su rostro expresaba una estupefacción silenciosa. Sus labios entreabiertos, sus flácidas mejillas y sus ojos inmóviles y sumisos parecían decir: «¡Qué agradable resulta no moverse!». ¡Sí, no cabe duda, es bueno desembarazarse de una vez de la agotadora conciencia de la vida, del sentimiento obsesivo y desasosegante de la existencia! Pero dejemos eso ahora.

Mi infancia fue triste y sombría. Tanto mi padre como mi madre me querían, pero eso no me hacía la vida más agradable. Mi padre, entregado por entero a un vicio degradante y ruinoso, no ejercía ningún poder ni autoridad en su propia casa. Consciente de su abyección e incapaz de renunciar a la pasión que le dominaba, trataba al menos de merecer la indulgencia de su esposa ejemplar, haciendo gala en todo momento de una actitud afable y modesta y de una fingida humildad. En verdad, mi madre sobrellevaba su desgracia con esa indulgencia grandilocuente y ostentosa de la virtud, en la que tanto había de suficiencia y orgullo. Jamás le hacía a mi padre el menor reproche, le entregaba sin rechistar hasta el último céntimo y pagaba sus deudas. Él la ponía por las nubes en toda ocasión, ya estuviera ella presente o no, pero no le gustaba quedarse en casa, y cuando me acariciaba lo hacía con cierta prevención, como si temiese que el simple tacto de su mano pudiera contagiarme. Pero en tales ocasiones sus rasgos alterados expresaban tal bondad, la sonrisilla febril que asomaba a sus labios se volvía tan conmovedora y sus ojos castaños, rodeados de finas arrugas, centelleaban con tanto amor que yo involuntariamente apretaba mi mejilla contra la suya, húmeda y tibia de lágrimas.

Secaba esas lágrimas con mi pañuelo, pero volvían a brotar sin esfuerzo, igual que se desborda el agua de un vaso demasiado lleno. Al final yo mismo me echaba a llorar, y él me consolaba, me acariciaba la espalda y me daba besos por toda la cara con sus labios temblorosos. Incluso ahora, más de veinte años después de su muerte, cuando me acuerdo de mi pobre padre, mudos sollozos me vienen a la garganta, y mi corazón late con tanta fuerza y amargura, se embarga de una compasión tan dolorosa, que uno podría pensar que aún le quedan muchos años para seguir latiendo y compadeciéndose.

Mi madre, por el contrario, mostraba siempre conmigo el mismo comportamiento, cariñoso, pero frío. En los libros para niños se encuentra uno a menudo con madres de ese tipo, modélicas y justas. Me quería, pero yo a ella no. ¡Sí! Evitaba a mi madre virtuosa y adoraba a mi padre vicioso.

Pero basta por hoy. El comienzo ya está hecho; y en cuanto al final, cualquiera que sea, me trae sin cuidado. Eso es cosa de mi enfermedad.

21 de marzo

Hoy hace un tiempo maravilloso. Tibio, luminoso. El sol juguetea alegremente con la nieve que se funde. Todo reluce, humea, gotea. Los gorriones pían como locos al lado de las cercas oscuras y mojadas; el aire, cargado de humedad, me irrita el pecho, llenándolo de una sensación dulce y a la vez terrible. ¡La primavera! ¡Ha llegado la primavera! Estoy sentado al pie de la ventana, con la mirada perdida en los campos, más allá del río. ¡Ah, naturaleza, naturaleza! Con el cariño inmenso que te tengo y he salido de tus entrañas incapaz incluso de vivir. He aquí un gorrión macho que da saltitos, con las alas desplegadas; pía, y cada sonido de su voz, cada pluma erizada en su cuerpecillo, respiran salud y vigor...

¿Qué se deduce de todo eso? Nada. Él tiene fuerzas y por tanto está en su derecho de piar y sacudir las plumas; yo estoy enfermo y debo morir. Eso es todo. No hay nada más que decir sobre ese particular. En cuanto a esas lacrimosas invocaciones a la naturaleza, son para partirse de risa. Volvamos a nuestro relato.

Mi infancia fue triste y sombría, como ya se ha dicho. No tenía hermanas ni hermanos. Me educaron en casa. En realidad, ¿de qué se habría ocupado mi madre si me hubiesen ingresado en un internado privado o en un establecimiento del Estado? Los niños sirven para que los padres no se aburran. Pasábamos la mayor parte del tiempo en el campo, pero a veces íbamos a Moscú. Como no podía ser menos, tenía preceptores y maestros. Recuerdo sobre todo a un alemán caquéctico y lloroso llamado Rickmann, un ser sumamente triste y maltratado por el destino, consumido por una nostalgia tan abrasadora como estéril de su patria lejana. Aún me parece estar viendo, sentado cerca de la estufa, en medio del espantoso sofoco de la estrecha antecámara, impregnada del olor agrio a *kvas*, al viejo ayo, apodado el Ganso, sin afeitar, con su eterna casaca de arpillera azul, jugando a las cartas con el cochero Potap, que acaba de estrenar una zamarra de piel de cordero blanca como la leche y lleva unas botas indestructibles, untadas de grasa, mientras al otro lado del tabique Rickmann canta:

Herz, mein Herz, warum so traurig?
Was bekümmert dich so sehr?
S'ist ja schön im femden Lande
Herz, mein Herz, was willist du mehr?*

Después de la muerte de mi padre nos establecimos definitivamente en Moscú. Tenía yo entonces doce años. Mi padre murió de noche, de un ataque. Jamás olvidaré esa noche. Dormía profundamente, como es habitual en los niños, pero recuerdo haber oído a través del sueño un

ronquido trabajoso y regular. De pronto siento que alguien me pone la mano en el hombro y me sacude. Abro los ojos y veo delante de mí a Vasili. «¿Qué pasa?» «Rápido, rápido, Alekséi Mijáilich se está muriendo...» Me levanto como loco de la cama y voy corriendo a su dormitorio. Estaba acostado, la cabeza echada hacia atrás, todo colorado, presa de angustiosos estertores. Los criados, con una expresión de terror en el rostro, se apretujan en el umbral de la puerta. En el recibidor alguien pregunta con voz enronquecida: «¿Ha ido alguien en busca del médico?». Fuera están sacando el caballo de la cuadra; cruje la cancela, una vela de sebo arde en el suelo de la habitación. Mi madre está traspasada de dolor, pero conserva la compostura y no pierde de vista la conciencia de sus méritos. Me arrojo sobre el pecho de mi padre, le abrazo y balbuceo: «Papá, papá...». Inmóvil en el lecho, frunce los ojos de forma extraña. Contemplo su rostro y un terror insoportable me corta la respiración. Lanzo gritos de espanto, como un ave agarrada por una mano brutal. Me cogieron y me sacaron de allí. El mismo día anterior, como si presintiera la cercanía de su muerte, me había acariciado con la mayor ternura y tristeza. Llegó un médico adormilado y peludo, que despedía un fuerte olor a vodka de levístico. Mi padre murió bajó su lanceta. Al día siguiente, completamente anonadado por la pena, me encontré, con una vela en la mano, delante de la mesa en la que habían colocado el cadáver, escuchando, sin entender nada, la monótona salmodia del diácono, interrumpido de vez en cuando por la débil voz del sacerdote. Las lágrimas no dejaban de correr por mis mejillas, por mis labios, por mi cuello, por la pechera de mi camisa. No podía dejar de llorar, y miraba sin descanso, con implacable fijeza, el rostro inmóvil de mi padre, como esperando no se sabe qué. Entre tanto, mi madre se doblaba hasta la cintura con movimientos lentos, se incorporaba con la misma parsimonia y se santiguaba, apoyando con fuerza los dedos en la frente, los hombros y el vientre. No tenía ni un solo pensamiento en la cabeza. Estaba completamente anonadado, pero sentía que me estaba sucediendo algo terrible... Ese día la muerte me miró a la cara y reparó en mí...

Nuestra partida para Moscú, después de la muerte de mi padre, obedecía a una razón bien simple: todas nuestras propiedades se vendieron en pública subasta para pagar las deudas. Absolutamente todas, con excepción de una pequeña aldea, la misma en la que ahora consumo los últimos días de mi magnífica existencia. Aunque entonces era yo muy joven, reconozco que me dolió la venta de nuestro nido familiar. En realidad, a fuer de sincero, debo confesar que lo único que me entristecía era la pérdida del jardín. A ese jardín estaban ligados casi todos mis recuerdos luminosos. Fue allí donde, una serena tarde de primavera, había enterrado a mi mejor amigo, mi viejo perro Trisk, rabicorto y de patas torcidas; allí, oculto entre las altas hierbas, comía manzanas robadas, esas manzanas de Nóvgorod, rojas y dulces; allí, por último, había visto por primera vez, entre arbustos tachonados de frambuesas maduras, a una criada llamada Clavdia que, a pesar de su nariz chata y su costumbre de reír escondiendo la cara en el pañuelo, despertó en mí una pasión tan tierna que en su presencia apenas podía respirar, mover un músculo, pronunciar palabra. Una vez, un domingo de Pascua, cuando le llegó el turno de acercarse a mí para besar mi mano señorial, estuve a punto de caer a sus pies y cubrir de besos sus destaconados zapatos de piel de cabra. ¡Dios mío! ¿Es posible que hayan transcurrido veinte años desde entonces? ¿Tan lejanos están los días en que, montado en mi pequeño alazán de largas crines, recorría el viejo seto de nuestro jardín y me levantaba sobre los estribos para arrancar hojas de álamo de dos colores? Mientras vive, el hombre apenas es consciente de su propia vida: como un sonido, sólo se vuelve perceptible al cabo de cierto tiempo.

¡Ah, mi jardín! ¡Ah, senderos cubiertos de hierba al lado del pequeño estanque! ¡Ah, rinconcillo arenoso bajo la vetusta presa, donde pescaba tencas y gobios! ¡Y vosotros, espigados abedules, de largas ramas colgantes, a través de las cuales subía a menudo del camino vecinal la triste canción de un campesino, interrumpida por las sacudidas intermitentes de su carro! ¡Os envío un último adiós! En el momento de abandonar la vida, sois los únicos a quienes tiendo los brazos. Me habría gustado aspirar una vez más el fresco y amargo olor del absintio, el dulce aroma del trigo sarraceno segado en los campos de mi patria. Me habría gustado escuchar una vez más en lontananza el modesto tañido de la campana resquebrajada de nuestra iglesia parroquial, tumbarme una vez más a la fresca sombra de los carrascos que se alzan en la pendiente de ese barranco que tan bien conozco; seguir una vez más

con los ojos la huella mudable del viento, que recorre como una línea oscura la hierba dorada de nuestra pradera...

Ah, ¿para qué todo eso? Pero hoy ya no puedo escribir más. Hasta mañana.

22 de marzo

De nuevo el día ha amanecido frío y gris. Este tiempo me conviene mucho más. Armoniza con mi trabajo. El día de ayer despertó en mí, de manera totalmente inoportuna, un montón de sentimientos y recuerdos inútiles. No volverá a repetirse. Esas efusiones sentimentales son un poco como esas raíces de regaliz: al principio, cuando empieza uno a chupar, su sabor parece agradable; pero después dejan en la boca un regusto muy amargo. Voy a contar mi vida de una manera serena y sencilla.

Así pues, nos trasladamos a Moscú.

Pero de pronto me asalta una duda: ¿merece la pena contar mi vida?

No, definitivamente no... Mi vida no se diferencia en nada de la de muchas otras personas. La casa paterna, la universidad, el servicio civil en puestos de poca relevancia, el retiro, un reducido círculo de relaciones, una pobreza digna, placeres modestos, ocupaciones discretas, deseos moderados. Díganme, por favor, ¿a quién le resulta ajeno todo eso? En consecuencia, no voy a contar mi propia vida, tanto más cuanto que escribo para mi propio placer. Además, puesto que mi pasado no ofrece acontecimientos particularmente alegres ni tristes, ni siquiera a mis propios ojos, es de suponer que no contenga nada digno de atención. Será mejor que trate de explicarme mi propio carácter.

¿Qué clase de persona soy?... Se me podrá objetar que nadie me lo pregunta. De acuerdo. Pero me estoy muriendo, a fe que me estoy muriendo, y me parece de todo punto disculpable que, antes de morir, uno tenga ganas de preguntarse qué clase de pájaro ha sido.

Después de analizar en detalle esa importante cuestión, y habiendo llegado a la conclusión, además, de que no tengo ninguna necesidad de expresarme con demasiada amargura sobre mí mismo, como hacen las personas firmemente convencidas de sus méritos, debo reconocer una cosa: he sido un hombre, o, si se prefiere, un pájaro, completamente superfluo en este mundo. Y estoy dispuesto a demostrarlo mañana mismo, porque hoy toso como una vieja oveja y la criada que me cuida, Teréntevna, no me deja en paz: «Túmbese, señorito, y tómese su té». Sé muy bien por qué insiste tanto: a ella misma le apetece una taza. ¡Bueno! ¡Está bien! ¿Por qué impedir que esta pobre anciana obtenga todo el provecho posible de su amo?... Aún está a tiempo.

23 de marzo

Ha vuelto el invierno. La nieve cae en espesos copos.

Superfluo, superfluo... No podía encontrar una fórmula más precisa. Cuanto más escarbo en mi interior, cuanto más atentamente examino mi vida pasada, más me convenzo de la estricta verdad de esa expresión. Superfluo. Ni más ni menos. Esa fórmula no se aplica a los demás hombres... Los hombres son malos o buenos, inteligentes o estúpidos, agradables o desagradables, pero no superfluos... No quiero decir, entendedme bien, que el mundo no pueda prescindir de ellos... Ya lo creo que sí; pero su inutilidad no es su característica principal, su rasgo distintivo. Cuando habláis con ellos, el término «superfluo» no es el primero que acude a vuestros labios. En cuanto a mí, lo único que puede decirse es que soy un hombre superfluo, supernumerario. Eso es todo. Por lo visto, la naturaleza no contaba con mi aparición y, en consecuencia, me trató como a un huésped inesperado

e inoportuno. No en vano, un gran aficionado a las bromas y los juegos de naipes dijo una vez que mi madre, el día que me trajo al mundo, había hecho un renuncio. En estos momentos hablo de mí mismo con la mayor serenidad, sin rastro alguno de amargura... ¡Ya es agua pasada! A lo largo de toda mi vida siempre he encontrado mi lugar ocupado, quizá porque lo busqué donde no debía. He sido receloso, tímido e irritable, como todos los enfermos. Además, como consecuencia probablemente de un exceso de amor propio o, más en general, de la desafortunada organización de mi persona, entre mis pensamientos, mis sentimientos y la expresión de esos pensamientos y esos sentimientos siempre se ha interpuesto un obstáculo incomprensible, absurdo e insuperable. Y, cuando tomaba la resolución de vencer a cualquier precio ese obstáculo, de derribar esa barrera, mis gestos, mis ademanes y todo mi ser denotaban una tensión penosa. No sólo parecía afectado y poco natural, sino que lo era. Yo mismo me daba cuenta y me apresuraba a encerrarme de nuevo en mí mismo. En tales momentos se apoderaba de mí una terrible angustia. Analizaba hasta el último rincón de mi cerebro, me comparaba con otros, recordaba las menores miradas, las menores sonrisas, las menores palabras de aquellas personas ante las cuales me habría gustado abrir mi corazón, lo interpretaba todo en el peor sentido, me reía sarcásticamente de mi pretensión de ser «como todo el mundo»; y de pronto, en medio de esa risa, me hundía en la tristeza, caía en una especie de desesperación irracional; llegados a ese punto, retomaba mis tentativas anteriores. En resumidas cuentas, giraba en redondo como una ardilla en su rueda. Pasaba días enteros ocupado en esa tarea dolorosa e inútil. Y ahora, hagan el favor de decirme, ¿qué necesidad tiene nadie de un hombre así? ¿Por qué me sucedía eso? ¿Cuál es la causa de esa meticulosa preocupación por mi propia persona? ¿Quién lo sabe? ¿Quién podría decirlo?

Recuerdo que una vez partí de Moscú en diligencia. El camino era bueno y el cochero había agregado un caballo de refuerzo a los otros cuatro. Ese desdichado caballo, completamente inútil, atado de cualquier manera al tren delantero con una cuerda gruesa y corta que le rozaba sin piedad la grupa, le raspaba la cola y le obligaba a cabalgar de una forma muy poco natural, imponiendo a todo su cuerpo la forma de una coma, despertaba en mí la más profunda compasión. Le señalé al cochero que por esa vez había podido prescindir de un quinto caballo... Por toda respuesta sacudió la cabeza, le propinó al menos diez latigazos seguidos, atravesándole todo el lomo descarnado, hasta el vientre hinchado, y terminó diciendo con un poso de ironía: «¡Ya lo ve usted, ha acabado poniéndose al paso! ¡Qué diablos!».

También yo acabé poniéndome al paso. Por fortuna, la estación de postas no quedaba lejos.

Superfluo... He prometido demostrar lo acertado de mi definición y me dispongo a cumplir esa promesa. No considero necesario mencionar la multitud de menudencias, de acontecimientos e incidentes cotidianos que a los ojos de cualquier persona juiciosa habrían constituido pruebas irrefutables en mi favor, o mejor dicho, de mi punto de vista. Será mejor que empiece sin más preámbulos con un acontecimiento bastante importante que desterrará de una vez para siempre cualquier duda que pueda quedar sobre la exactitud del término «superfluo». Repito que no tengo la menor intención de entrar en detalles, pero no puedo pasar por alto una circunstancia bastante curiosa y relevante; a saber, la extraña actitud que adoptaban mis amigos (también yo he tenido amigos) cada vez que coincidíamos en algún sitio o los visitaba. Era como si se sintieran incómodos. Al venir a mi encuentro, sonreían con aire forzado y me miraban no a los ojos ni a los pies, como hacen ciertas personas, sino más bien a las mejillas, me apretaban la mano con premura y decían con cierta precipitación: «¡Ah, buenos días, Chulkaturin!». (El destino había tenido la deferencia de concederme semejante nombre.) O bien: «Pero mira quién está aquí, si es Chulkaturin», y a continuación se apartaban y se quedaban inmóviles unos instantes, como si se esforzaran por recordar alguna cosa. Yo me daba cuenta de todo, pues no carezco de perspicacia ni de capacidad de observación. En general, no puede decirse que sea tonto. A veces hasta se me ocurren unas ideas bastante divertidas, no carentes de originalidad; pero, como soy un hombre superfluo, encerrado en mí mismo, me da pavor expresar mis pensamientos, tanto más cuanto que estoy convencido de antemano de que lo haré espantosamente mal. A veces hasta me parece extraña la forma en que habla

la gente, esa naturalidad y desenvoltura... «¡Qué desparpajo!», se me pasa por la cabeza. En cualquier caso, debo reconocer que, a pesar de mi ensimismamiento, a veces me entraban ganas de hablar. No obstante, sólo en mi juventud he sido capaz de pronunciar las palabras que se me pasaban por la cabeza; en la edad adulta casi siempre he conseguido dominarme. Decía en voz baja: «Será mejor que nos callemos», y al punto me tranquilizaba. A la hora de guardar silencio todos nos las arreglamos bastante bien; en particular, nuestras mujeres son auténticas maestras en ese arte: cualquier señorita rusa de sentimientos elevados muestra tal dominio a la hora de callar que hasta un hombre experimentado siente estremecimientos y se empapa de un sudor frío ante semejante espectáculo. Pero no se trata de eso, y además no me corresponde a mí juzgar a los demás. Paso a ocuparme del relato prometido.

Hace algunos años, como consecuencia de un cúmulo de circunstancias bastante insignificantes, aunque muy importantes para mí, tuve que pasar unos seis meses en la capital del distrito de O. Esa ciudad ha sido levantada en un declive y presenta una disposición bastante incómoda. Cuenta con unos ochocientos habitantes, que viven en medio de una pobreza indescriptible; sus casuchas no se parecían a nada conocido; en la calle principal, surgían aquí y allá, a modo de pavimento, temibles losas calizas mal labradas, que hasta los carruajes evitaban. En medio de la plaza, de una suciedad asombrosa, se alzaba un diminuto edificio amarillento lleno de agujeros oscuros, ocupados por personas tocadas de grandes gorras que daban la impresión de dedicarse al comercio. En ese mismo lugar descollaba una pértiga abigarrada de una altura poco común; a su vera, por si fuera menester, las autoridades habían estacionado un carro de heno amarillento,* a cuyo alrededor se paseaba una gallina propiedad del municipio. En resumidas cuentas, la vida en O. no era ninguna maravilla. En los primeros días de mi estancia en la ciudad casi me vuelvo loco de aburrimiento. En ese sentido debo reconocer que, aunque sin duda soy un hombre superfluo, no es porque yo lo haya querido así. Por culpa de mi propia condición de enfermo no puedo soportar nada enfermizo... No he huido de la felicidad; al contrario, he tratado de alcanzarla tanto por la derecha como por la izquierda... Así pues, no debe sorprender que pueda aburrirme como cualquier otro mortal. Me encontraba en O. por asuntos del servicio...

Definitivamente Teréntevna ha tomado la resolución de matarme. He aquí una muestra de nuestra conversación:

Teréntevna: «¡Ah, señorito! Se pasa usted el día entero escribiendo. Tanto escribir le va a hacer mal».

Yo: «¡Es que me aburro, Teréntevna!».

Ella: «Pues beba una taza de té y acuéstese. Si lo quiere Dios, sudará usted un poco y descabezará un sueñecito».

Yo: «Pero es que no tengo sueño».

Ella: «¡Ah, señorito! ¿Por qué dice eso? ¡Que Dios nos proteja! Acuéstese, acuéstese. Será lo mejor».

Yo: «¡Por mucho que me tumbe, no dejaré de morirme, Teréntevna!».

Ella: «No lo quiera Dios... Entonces, ¿le traigo el té?».

Yo: «¡No me queda ni una semana de vida, Teréntevna!».

Ella: «¡Ay, señorito! ¿Por qué dice eso?... Voy a preparar el samovar».

¡Ah, criatura decrépita, amarillenta y desdentada! ¿Es posible que ni siquiera para ti sea un hombre?

24 de marzo. Crudísima helada

El mismo día de mi llegada a la ciudad de O., los asuntos del servicio mencionados más arriba me obligaron a visitar a un tal Kirill Matveich Ozhoguin, uno de los funcionarios más importantes del distrito. Pero no lo conocí de veras o, como suele decirse, no entablé relación con él hasta dos semanas más tarde. Su casa se encontraba en la calle principal y se distinguía de todas las demás por su tamaño, su tejado pintado y los dos leones que flanqueaban la puerta, de un gran parecido con esos malhadados perros cuya patria es Moscú. Esos dos leones bastaban para atestiguar que Ozhoguin era un hombre de posibles. Y así era: poseía unas cuatrocientas almas, recibía a la mejor sociedad de la ciudad y tenía fama de hospitalario. Hasta el alcalde, hombre de una gordura poco común y como confeccionado en un tejido ajado, iba a verlo en su amplio tílburi rojizo tirado por dos caballos. También acudían otros funcionarios: el procurador, personaje maligno y lleno de hiel; el chistoso agrimensor, de origen alemán y facciones tártaras; el oficial de puentes y caminos, alma tierna, dotado de buena voz, pero con una lengua muy afilada; el antiguo presidente del distrito, un señor de pelo teñido, pechera ahuecada, pantalones ceñidos y esa expresión nobilísima tan propia de las personas que han sido llevadas a juicio. También frecuentaban la casa dos propietarios, amigos inseparables, ambos de edad ya madura y hasta un poco cascados, el más joven de los cuales no dejaba de vejar al otro, tapándole la boca siempre con el mismo reproche: «Pero cállese usted, Serguéi Sergueich. ¿A qué dice usted nada? Escribe usted la palabra “corcho” con b. Sí, señores –añadía con el mayor convencimiento, dirigiéndose a los demás invitados–: Serguéi Sergueich escribe “borcho” en lugar de “corcho”». Y todos los presentes se reían, aunque es bastante probable que ninguno de ellos se distinguiera especialmente en el arte de la ortografía. En cuanto al desdichado Serguéi Sergueich, se callaba, inclinaba la cabeza y sonreía con aire de resignación. Pero me he olvidado de que tengo los días contados y me he lanzado a una descripción demasiado prolija. Así pues, digamos sin más rodeos que Ozhoguin estaba casado y tenía una hija, Yelizaveta Kiríllovna, y que yo me enamoré de ella.

El propio Ozhoguin era un hombre del montón, ni bueno ni malo; su mujer parecía una gallina vieja; pero la hija no había salido a los padres. Era bastante bonita, vivaracha y de carácter dulce. Sus luminosos ojos grises miraban con decisión y bondad, por debajo de las cejas siempre arqueadas, como las de los niños. Casi siempre estaba sonriendo y se reía también muy a menudo. Su voz fresca tenía un timbre muy agradable; sus movimientos eran desenvueltos y rápidos; se ruborizaba con facilidad, y entonces su cara adoptaba un aire muy alegre. Se vestía sin demasiado rebuscamiento; sólo las prendas sencillas le quedaban bien. En general, yo tardaba bastante tiempo en intimar con la gente y, si me sentía cómodo con una persona desde el primer momento –algo que, por lo demás, no sucedía casi nunca–, el mérito era siempre, debo reconocerlo, de mi nuevo conocido. No sabía cómo comportarme con las mujeres y en su presencia no se me ocurría otra cosa que fruncir el ceño y adoptar un aspecto feroz o sonreír de oreja a oreja de la manera más estúpida y mover la lengua en la boca, lleno de confusión. Con Yelizaveta Kiríllovna, en cambio, me sentí como en casa desde la primera vez que la vi. He aquí cómo sucedió todo: un día fui a la residencia de Ozhoguin antes de la hora de comer y pregunté si podía recibirme. «Sí –me respondieron–. Pero en estos momentos se está vistiendo. Tenga la bondad de pasar a la sala.» Nada más entrar, eché un vistazo y descubrí que al pie de la ventana, dándome la espalda, había una muchacha vestida de blanco, con una jaula en la mano. Como de costumbre, al principio sentí cierta preocupación; no obstante, procuré dominarme y carraspeé, como suele hacerse en tales casos. La muchacha se volvió con tanta brusquedad que sus rizos le azotaron la cara. Cuando me vio, se inclinó y me señaló con una sonrisa la jaula, llena hasta la mitad de semillas. «¿Me permite?» Como es de rigor en tales situaciones, incliné la cabeza, al tiempo que doblaba y desdoblaba las rodillas (como si hubiera recibido un golpe por detrás en la articulación de la pierna), algo que, como se sabe, constituye una marca de buena educación y de modales desenvueltos; luego sonreí, levanté una mano y la agité dos veces en el aire con gracia y delicadeza. La muchacha se apartó en seguida de mí, sacó una tablilla de la jaula, se puso a rascarla fuertemente con un cuchillo y de pronto, sin cambiar de postura, pronunció las siguientes palabras: «Es el pinzón de papá... ¿Le gustan los pinzones?». «Prefiero los pardillos», respondí, no sin cierto

esfuerzo. «A mí también me gustan los pardillos, pero mire qué bonito es este pinzón. Fíjese, no tiene miedo. –Lo que me sorprendía era que yo mismo no lo tuviera–. Acérquese. Se llama Popka.» Me acerqué y me incliné. «¿No es verdad que es bonito?» Volvió el rostro hacia mí, pero estábamos tan cerca el uno del otro que tuvo que echar un poco hacia atrás la cabeza para poder mirarme con sus brillantes ojillos. Yo la miré a mi vez: todo su rostro joven y rosado se iluminaba con una sonrisa tan afectuosa que también yo sonreí y hasta estuve a punto de echarme a reír de placer. La puerta se abrió y entró el señor Ozhoguin. Me acerqué a él en el acto y le hablé sin el menor embarazo. La verdad es que no sé cómo sucedió todo, pero el caso es que me quedé a comer y pasé allí toda la tarde. Al día siguiente, el lacayo de Ozhoguin, un individuo larguirucho y cegato, me sonreía ya como a un amigo de la casa mientras me ayudaba a quitarme el capote.

Encontrar un refugio, hacerse un nido, aunque fuera temporal, conocer el encanto de las costumbres y las relaciones cotidianas era una felicidad que yo, hombre superfluo y sin recuerdos familiares, no había conocido hasta entonces. Si mi aspecto guardara la menor semejanza con una flor y la comparación no estuviera ya tan gastada, me atrevería a decir que a partir de ese día mi alma se abrió como un pimpollo. ¡De pronto todo pareció transformarse tanto dentro de mí como a mi alrededor! El amor iluminó mi vida entera, de principio a fin, hasta los menores detalles, como una habitación oscura y abandonada en la que súbitamente se enciende una vela. Me acostaba y me levantaba, me vestía, desayunaba y fumaba mi pipa de una manera diferente a como lo hacía antes. Hasta daba saltitos al andar, como si de repente me hubieran crecido alas en la espalda. Recuerdo que no dudé ni por un instante de la clase de sentimientos que me inspiraba Yelizaveta Kiríllovna. Desde el primer día me enamoré apasionadamente de ella y desde el primer día supe que me había enamorado. En el transcurso de tres semanas la vi a diario. Esas tres semanas han sido la época más feliz de mi vida. Pero su recuerdo me llena de pesar. No me resulta posible evocar sólo ese tiempo: involuntariamente me viene a la memoria todo lo que pasó después, y una amargura venenosa va penetrando poco a poco en mi corazón, que apenas un segundo antes se embargaba de ternura.

Como se sabe, cuando un hombre es dichoso, su cerebro apenas trabaja. Un sentimiento de serenidad y alegría, así como una oleada de satisfacción, se apoderan de todo su ser, lo absorben por entero; la conciencia de su personalidad desaparece y flota en un estado de beatitud, como dicen los malos poetas. Pero, cuando ese «encantamiento» al fin se desvanece, el hombre experimenta a veces cierto remordimiento y pesar por haberse observado tan poco en medio de su felicidad, por no haber sabido recurrir a la reflexión y el recuerdo para prolongar y duplicar sus goces. ¡Como si una persona «en estado de beatitud» tuviera tiempo de meditar sobre sus propios sentimientos y como si eso valiera la pena! El hombre feliz es como una mosca al sol. Por eso, cuando rememoro esas tres semanas, apenas consigo retener alguna impresión concreta y precisa, tanto más cuanto que a lo largo de ese tiempo no se produjo entre nosotros ningún acontecimiento de especial relevancia... Esos veinte días me parecen ahora una mezcla de calor, juventud y perfume, como un rayo de luz en mi vida sombría y gris. Mi memoria sólo se vuelve implacablemente fiel y precisa a partir del momento en que, para seguir empleando las expresiones de los malos versificadores, los golpes del destino se abatieron sobre mí.

Sí, esas tres semanas... Por lo demás, sería falso afirmar que no han dejado ninguna imagen en mi memoria. A veces, cuando reflexiono largamente sobre esa época, algunos recuerdos emergen de pronto de las tinieblas del pasado, como esas estrellas que una mirada atenta y escrutadora descubre de pronto en el cielo vespertino. Me acuerdo sobre todo de un paseo por el bosque que se extiende por los alrededores de la ciudad. Éramos cuatro: la señora Ozhoguin, Liza*, yo y un funcionario de O. llamado Bizmiónkov, un hombrecillo rubio, bondadoso y pacífico. Volveré a referirme a él más adelante. El señor Ozhoguin se había quedado en casa: de tanto dormir, le había dado dolor de cabeza. El día era maravilloso, tibio y sereno. Debe señalarse que los rusos no son muy aficionados a los jardines de recreo y los paseos públicos. En los parques municipales de las ciudades de provincias apenas se encuentra uno con un alma, y eso independientemente del tiempo que haga; como mucho alguna viejecita gimoteante se sentará un momento en un banco verde calentado por el sol, a cuyo

lado se alza un arbusto desmedrado, y sólo a condición de que no haya una sucia tiendecilla en la esquina de la calle. Pero, si en las inmediaciones de la ciudad hay un miserable bosquecillo de abedules, los comerciantes, y a veces hasta los funcionarios, van por allí los domingos y los días de fiesta, cargados de samovares, empanadas y sandías, disponen todos esos manjares sobre la hierba polvorienta que bordea el camino, se sientan en círculo y se atiborran de viandas y de té hasta la caída de la tarde. Un bosquecillo de ese tipo se extendía entonces a poco más de dos kilómetros de la ciudad de O. Llegamos después de la comida, bebimos el té como Dios manda y a continuación los cuatro dimos un paseo por el bosque. Bizmiónkov ofreció su brazo a la señora Ozhoguin, yo le di el mío a Liza. El día estaba ya declinando. Me encontraba entonces en ese estado de efervescencia del primer amor (no hacía más de dos semanas que nos conocíamos), en ese estado de adoración apasionada y fervorosa en que vuestra alma sigue con la mayor inocencia, en contra incluso de vuestra voluntad, cada movimiento del ser amado, en que no se sacia uno de su presencia ni de su voz, en que miramos y sonreímos como un niño convaleciente, de suerte que cualquier persona, a poca experiencia que tenga, descubre lo que os sucede a cien pasos de distancia y a la primera mirada. Hasta ese día no había tenido oportunidad de llevar a Liza del brazo ni una sola vez. Íbamos uno al lado del otro, posando con suavidad los pies sobre la hierba verde. Una brisa ligera revoloteaba a nuestro alrededor, entre los troncos blancos de los abedules, y de vez en cuando me lanzaba sobre la cara la cinta del sombrero de Liza. Mi mirada seguía con obstinación la suya, hasta el momento en que ella se volvía alegremente hacia mí; entonces intercambiábamos una sonrisa. Los pájaros piaban por encima de nosotros, como dándonos su aprobación, y el cielo azul parecía contemplarnos con ternura a través del ralo follaje. Sentía una felicidad tan grande que la cabeza me daba vueltas. Me apresuro a precisar que Liza no estaba en absoluto enamorada de mí. Le caía bien; por lo demás, no se mostraba reservada con nadie, pero no era yo quien estaba destinado a turbar su serenidad infantil. Se cogía de mi brazo como del de un hermano. Tenía entonces diecisiete años... Y sin embargo, esa misma tarde, delante de mí, empezó esa silenciosa fermentación interior que precede la transformación de la niña en mujer... Fui testigo de ese cambio de todo su ser, de esa inocente incertidumbre, de esa inquieta meditación; fui el primero en advertir esa dulzura repentina en la mirada, ese timbre incierto en la voz... Y, ¡ah, tonto de mí!, ¡ah, hombre superfluo!, durante una semana entera fui capaz de figurarme, sin que se me subieran los colores a la cara, que yo, *yo*, era la causa de ese cambio.

Paso a exponer cómo sucedieron los hechos.

Nuestro paseo, bastante largo, se prolongó hasta el atardecer, pero apenas intercambiamos palabra. Yo guardaba silencio, como todos los enamorados sin experiencia, y ella probablemente no tenía nada que decirme; pero parecía meditar en algún asunto y sacudía la cabeza de un modo muy particular, mordisqueando con aire meditabundo una hoja que acababa de coger. De vez en cuando aceleraba el paso con gran decisión... Luego, de pronto, se detenía, me esperaba y miraba a su alrededor, arqueando las cejas y sonriendo con aire distraído. La víspera habíamos leído juntos *El prisionero del Cáucaso*.* ¡Con qué avidez me había escuchado, el rostro apoyado en ambas manos y el pecho contra el borde de la mesa! Me puse a hablarle de esa lectura; ella se ruborizó, me preguntó si antes de partir le había dado semillas de cáñamo al pinzón, empezó a cantar en voz alta una romanza y de repente se calló. El bosque limitaba por un lado con un barranco bastante profundo y escarpado; por el fondo fluía un sinuoso riachuelo y más allá, hasta donde alcanzaba la vista, tan pronto ondulando ligeramente como desplegándose lisa como un mantel, se extendía una pradera inabarcable, interrumpida aquí y allá por alguna quebrada. Liza y yo fuimos los primeros en llegar al extremo del bosque; Bizmiónkov se había quedado atrás con la señora Ozhoguin. En cuanto salimos a cielo abierto, nos detuvimos y nos vimos obligados a entornar los ojos: justo enfrente de nosotros, en medio de una nube incandescente, un enorme sol purpúreo estaba a punto de ponerse. La mitad del cielo llameaba y ardía como una brasa; los rayos rojizos y oblicuos rozaban las praderas, inundando de un resplandor bermejo hasta las laderas de los barrancos sumidas ya en sombras, distribuían por el riachuelo manchas de plomo fundido, allí donde no se ocultaban bajo los arbustos

suspendidos sobre la orilla, y daban de lleno en el barranco y el bosque. Nos quedamos inmóviles un instante, alumbrados por esa luminosidad ardiente. No soy capaz de restituir la apasionada solemnidad de ese cuadro. Dicen que los ciegos se imaginan el color rojo como el son de una trompeta. No sabría decir hasta qué punto es justa esa comparación, pero lo cierto es que se percibía una suerte de vibración en el flameante oro de ese aire vespertino, en el reflejo escarlata del cielo y de la tierra. Lancé un grito de entusiasmo e inmediatamente me volví hacia Liza. Tenía los ojos fijos en el sol. Recuerdo que el incendio del crepúsculo relumbraba en sus pupilas en forma de minúsculas chispas de fuego. Estaba anonadada, profundamente conmovida. No respondió a mi exclamación y estuvo un buen rato sin moverse; luego inclinó la cabeza... Le tendí la mano. Ella se apartó de mí y de repente se echó a llorar. Yo la miraba con una perplejidad secreta y casi alegre... La voz de Bizmiónkov se oyó a dos pasos de nosotros. Liza se enjugó las lágrimas a toda prisa y me miró con una sonrisa indecisa. La señora Ozhoguin salió del bosque, apoyada en el brazo de su rubio guía; ambos se quedaron admirando el magnífico espectáculo. La señora Ozhoguin le hizo una pregunta a su hija, y recuerdo que yo involuntariamente me estremecí cuando la vocecilla alterada de ésta, al responderle, resonó como el tintineo de un cristal roto. Entre tanto, el sol se había puesto y los fuegos del crepúsculo empezaban a apagarse. Volvimos sobre nuestros pasos. De nuevo cogí el brazo de Liza. En el bosque aún había bastante luz y yo podía distinguir con claridad sus rasgos. Estaba turbada y no levantaba la vista. El rubor, que se había extendido por todo su rostro, aún no había desaparecido; era como si aún siguiera bañada por los rayos del sol poniente... Su brazo rozaba apenas el mío. Durante un buen rato no fui capaz de pronunciar palabra, tan violento era el latido de mi corazón. A lo lejos, a través de los árboles, aparecía de vez en cuando un carruaje. El cochero iba a nuestro encuentro, al paso, por la blanda arena del camino.

–Yelizaveta Kiríllovna –dije por fin–, ¿por qué ha llorado usted?

–No lo sé –respondió ella tras una breve pausa, mirándome con sus ojos dulces, aún húmedos de lágrimas (su mirada me pareció distinta) y de nuevo guardó silencio.

–Ya veo que ama usted la naturaleza... –proseguí.

No era eso lo que quería decir; por lo demás, mi lengua a duras penas consiguió balbucir esa frase hasta el final. Ella sacudió la cabeza. Yo no lograba pronunciar una sola palabra. Esperaba algo... no una declaración, desde luego... Esperaba una mirada confiada, una pregunta... Pero Liza no despegaba la vista del suelo y callaba. Repetí una vez más en voz baja: «¿Por qué?», pero no obtuve contestación. Me daba cuenta de que se sentía incómoda, casi avergonzada.

Al cabo de un cuarto de hora estábamos sentados en el carruaje y nos aproximábamos a la ciudad. Los caballos avanzaban a trote regular. Nos desplazábamos rápidamente por el aire húmedo del atardecer. De pronto me puse a conversar, dirigiéndome tan pronto a Bizmiónkov como a la señora Ozhoguin. Evitaba mirar a Liza, pero me daba cuenta de que, desde el rincón del coche, sus ojos se posaban a menudo en mí. Una vez en casa pareció animarse, pero no quiso que prosiguiéramos nuestra lectura y se retiró en seguida a su habitación. Como ya he dicho antes, se había operado un cambio en ella. Había dejado de ser una muchacha y empezaba a esperar... algo... lo mismo que yo. No tuvo que esperar mucho tiempo.

Esa noche regresé a mi alojamiento en un estado de total fascinación. Esa especie de vago presentimiento, de vaga sospecha, que había surgido en mí, se había disipado: atribuí al pudor virginal y la timidez el repentino embarazo que Liza había mostrado en su trato conmigo... ¿Acaso no había leído cientos de veces, en multitud de obras, que la primera aparición del amor turba y asusta a las jovencitas? Me sentía sumamente feliz y me entregaba a toda clase de proyectos...

Si en ese momento alguien me hubiese dicho al oído: «¡Te equivocas, querido! No es eso lo que te aguarda, amigo, sino una muerte solitaria, en una casucha destartalada, rodeado de los refunfuños insoportables de una vieja mujeruca que aguarda con impaciencia tu muerte para vender tus botas por una perra chica»...

Sí, uno acaba repitiendo, a su pesar, aquella frase de un filósofo ruso: «¿Cómo saber lo que no se sabe?». Hasta mañana.

25 de marzo. Blanca jornada invernal

Acabo de releer lo que escribí ayer, y he estado a punto de arrancar las páginas. Tengo la impresión de que el relato es demasiado prolijo y almibarado. Por lo demás, los otros recuerdos que guardo de esa época no tienen nada de reconfortante, más allá de ese consuelo muy particular que Lérmontov tenía en mente cuando decía que resulta placentero y doloroso hurgar en las viejas heridas. ¿Por qué, pues, no concederse ciertas satisfacciones? Pero también hay que saber guardar las formas. Por eso voy a proseguir, pero sin entregarme a sensiblerías de ninguna clase.

En el transcurso de la semana que siguió a nuestro paseo por los alrededores de la ciudad, mi situación no mejoró en nada, aunque el cambio que se había operado en Liza se hacía más evidente cada día que pasaba. Como ya he dicho, interpretaba ese cambio en el sentido más favorable para mí... La desgracia de las personas solitarias y tímidas –tímidas por amor propio– consiste precisamente en que, aunque tienen ojos y los abren mucho, no ven nada o bien lo ven todo bajo una luz falsa, como a través de unos cristales de color. Sus propios pensamientos y percepciones les estorban a cada paso. En los primeros tiempos de nuestra relación, Liza se mostraba conmigo confiada y libre como una niña; puede que en la simpatía con que me distinguía no hubiese más que simple apego infantil... Pero una vez que se verificó en ella ese cambio extraño, casi repentino, al que siguió un breve período de vacilación, se sintió turbada en mi presencia. Casi sin darse cuenta se apartaba de mí, al tiempo que se mostraba triste y meditabunda. Esperaba algo... Pero ¿qué? Ni ella misma lo sabía. Y yo... yo, como ya he comentado, me alegraba de ese cambio. Puedo dar fe de que no cabía en mí de gozo, como suele decirse. Por lo demás, estoy dispuesto a admitir que cualquier otro en mi lugar también se habría engañado... ¿Quién no tiene amor propio? Ni que decir tiene que todo eso no lo comprendí con claridad hasta los últimos días, cuando me vi obligado a replegar mis alas, ya de por sí tan débiles.

El malentendido que se había producido entre Liza y yo se prolongó una semana entera, lo cual no debe sorprender: más de una vez he sido testigo de malentendidos que se prolongan años y años. ¿Y quién se atrevería a afirmar que sólo la verdad es real? La mentira es tan vivaz como la verdad, o acaso más. En realidad, recuerdo haber sentido, incluso durante esa semana, un gusano que me roía el corazón... Pero los hombres solitarios, vuelvo a repetirlo, son tan incapaces de comprender lo que sucede en su interior como de analizar lo que sucede delante de sus narices. Y además: ¿acaso es el amor un sentimiento natural? ¿Puede afirmarse que amar entra en la naturaleza del ser humano? El amor es una enfermedad, y en el caso de las enfermedades no hay leyes que valgan. A mí, por ejemplo, a veces se me encoge dolorosamente el corazón; pero es que en mi caso todo está patas arriba. ¿Cómo reconocer, entonces, lo que es normal y lo que no lo es? ¿Qué causa, qué significación atribuir a cada una de mis impresiones tomadas por separado?

Sea como fuere, todos esos malentendidos, presentimientos y esperanzas se resolvieron de la manera siguiente.

Un día –era por la mañana, a eso del mediodía–, acababa de entrar en el recibidor del señor Ozhoguin cuando oí en el salón la voz sonora de un desconocido; la puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció, al lado del dueño de la casa, un hombre alto y bien formado, de unos veinticinco años; se puso a toda prisa un capote militar que había dejado en el banco, se despidió afectuosamente de Kirill Matveich, se llevó la mano a la gorra con cierta displicencia al pasar a mi lado y desapareció, acompañado del tintineo de sus espuelas.

–¿Quién es? –le pregunté a Ozhoguin.

–El príncipe N. –me respondió éste con cara de preocupación–. Lo han enviado de San Petersburgo para que se ocupe de los reclutas. Pero ¿dónde se han metido los criados? –añadió con enfado–. Ha tenido que ponerse el capote él solo.

Entramos en el salón.

–¿Lleva aquí mucho tiempo? –pregunté.

–Llegó ayer por la tarde, según he oído. Le he ofrecido una habitación en mi casa, pero la ha rechazado. Por lo demás, parece un muchacho encantador.

–¿Ha pasado mucho tiempo en su compañía?

–Una hora. Me pidió que le presentara a Olimpiada Nikítichna.

–¿Y lo hizo usted?

–Desde luego.

–¿Y a Yelizaveta Kiríllovna...?

–Por supuesto. También la ha conocido.

Guardé silencio.

–¿Sabe usted si va a quedarse mucho tiempo?

–Creo que como mucho dos semanas.

Y Kirill Matveich corrió a vestirse.

Recorrí la sala de un lado a otro varias veces. No recuerdo que la llegada del príncipe N. me causara en ese momento una impresión particular, más allá del sentimiento desagradable que se apodera de nosotros cuando aparece en nuestro círculo familiar una cara nueva. Puede que el sentimiento se mezclara con ese vago atisbo de envidia que suscita un brillante oficial petersburgués en un moscovita tímido y oscuro. «Un príncipe –pensaba–, uno de esos tunantes de la capital: nos mirará de arriba abajo...» No lo había visto más de un minuto, pero me había bastado para reparar en que era apuesto, desenfadado y desenvuelto. Después de varias idas y venidas por la sala, me detuve por fin delante de un espejo, saqué un peine del bolsillo, di a mis cabellos un aspecto de pintoresca negligencia y, como sucede a veces en tales casos, me sumí de pronto en la consideración de mi propio rostro. Recuerdo que mi atención se concentró con especial preocupación en mi nariz, cuyo contorno blando e impreciso no me satisfacía demasiado. De pronto, en la profundidad oscura del espejo inclinado, que reflejaba casi toda la habitación, vi cómo se abría la puerta y en el umbral aparecía la esbelta figura de Liza. No sabría decir por qué, pero el caso es que no me moví ni alteré la expresión de mi rostro. Liza avanzó la cabeza, me miró con atención, arqueó las cejas, se mordió el labio y, conteniendo la respiración, como quien se alegra de que no hayan reparado en su presencia, retrocedió con precaución y cerró con suavidad la puerta tras de sí. Los goznes chirriaron un poco. Liza se estremeció y se detuvo. Yo seguía sin moverme. Volvió a tirar del picaporte y desapareció. No cabía la menor duda: la expresión del rostro de Liza cuando me vio, esa expresión en la que no se leía otra cosa que el deseo de retirarse sin contratiempos, evitando de ese modo una entrevista desagradable, el fugitivo destello de satisfacción que había tenido tiempo de observar en sus ojos, cuando pensó que realmente había conseguido escabullirse sin ser notada, todo me decía con la mayor claridad que esa muchacha no me amaba. Durante mucho tiempo no fui capaz de apartar la mirada de la puerta inmóvil y muda, que había vuelto a convertirse en una mancha blanca en el fondo del espejo. Quise sonreírle a mi rígida figura, pero acabé bajando la cabeza, volviéndome a mi casa y desplomándome en un sofá. Sentía un peso insoportable en el corazón, tan insoportable que no podía llorar... ¿y por qué habría de llorar?... «¿Es posible? –me repetía una y otra vez, tumbado de espaldas, como un muerto, con los brazos cruzados sobre el pecho–. ¿Es posible?» ¿Qué piensan ustedes de ese «es posible»?

26 de marzo. Deshielo

Al día siguiente, cuando, después de largas vacilaciones, entré con el corazón encogido en el conocido salón de los Ozhoguin, ya no era el mismo hombre que había frecuentado esa casa a lo largo de las últimas tres semanas. Todas mis antiguas manías, de las que había empezado a desembarazarme bajo la influencia de un sentimiento nuevo, reaparecieron de pronto y se apoderaron de mí como quien toma posesión de su propio hogar. En general, las personas como yo tienen menos

en cuenta los hechos positivos que las impresiones personales. Sólo la víspera había soñado con los «éxtasis de un amor compartido», y un día más tarde no albergaba la menor duda de «mi infortunio» y me sentía completamente destrozado, aunque no fuese capaz de encontrar el menor pretexto razonable para mi desesperación. Ni siquiera podía estar celoso del príncipe N. porque, cualesquiera que fuesen sus méritos, su sola aparición no habría bastado para destruir de una vez por todas la buena disposición de Liza hacia mí... Pero dejémoslo... ¿Realmente existía esa buena disposición? Me puse a rememorar los acontecimientos de las últimas jornadas. «¿Y el paseo por el bosque? –me preguntaba–. ¿Y la expresión de su rostro en el espejo? Pero me parece que el paseo por el bosque... –continuaba–. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué criatura tan insignificante soy!», exclamé finalmente en voz alta. He aquí la clase de pensamientos inconclusos y expresados a medias que me venían una y otra vez a la cabeza, girando en una especie de torbellino monótono. Repito que al regresar a casa de los Ozhoguin me había convertido de nuevo en esa criatura recelosa, susceptible y afectada que había sido desde la infancia.

Encontré a toda la familia en el salón. Bizmiónkov también estaba allí, sentado en un rincón. Todos parecían en buena disposición de ánimo. Ozhoguin, sobre todo, se mostraba radiante. Sin pérdida de tiempo me informó de que el príncipe N. había pasado en su casa toda la tarde del día anterior. Liza me saludó con la mayor tranquilidad. «Bueno –me dije–, ahora entiendo por qué están ustedes de buen humor.» Reconozco que esa segunda visita del príncipe me desconcertó. No la esperaba. Las personas como yo suelen esperar cualquier cosa menos lo que debe suceder según el orden natural de las cosas. Me enfurruñé y adopté el aire de una persona ofendida, aunque magnánima. Quería castigar a Liza por su sequedad, lo que prueba, por lo demás, que aún no había perdido del todo las esperanzas. Dicen que en algunos casos, cuando a uno le aman de veras, puede resultar útil atormentar un poco al ser adorado; pero, en mi situación, esa actitud era una soberana estupidez. Liza se desentendía de mí con la mayor inocencia del mundo. Sólo la señora reparó en mi silencio solemne y me preguntó, preocupada, por mi salud. Naturalmente, le respondí que, gracias a Dios, me encontraba perfectamente bien, pero lo hice con una sonrisa amarga. Ozhoguin seguía extendiéndose en mil detalles sobre el huésped, pero, al darse cuenta de que le respondía de mala gana, empezó a dirigirse sobre todo a Bizmiónkov, que le escuchaba con gran atención. De pronto un criado anunció al príncipe N. El dueño de la casa se puso en pie de un salto y corrió a su encuentro. Liza, en quien clavé inmediatamente una mirada de águila, se ruborizó de placer y se movió un poco en la silla. Entró el príncipe, perfumado, alegre, zalamero...

Como no estoy escribiendo una novela destinada a un lector indulgente, sino que escribo simplemente para mi propio placer, no tengo ninguna necesidad de recurrir a los habituales subterfugios de los hombres de letras. Por tanto, puedo decir sin más preámbulos que Liza se enamoró apasionadamente del príncipe desde el primer día, y que el príncipe se encaprichó de ella, en parte porque no tenía nada que hacer, en parte porque estaba acostumbrado a volver locas a las mujeres, pero también porque Liza era una criatura en verdad fascinante. No había nada sorprendente en el hecho de que se enamoraran. El príncipe probablemente no esperaba encontrar semejante joya en ese agujero de mala muerte (me refiero a la inmunda ciudad de O.) y ella no había visto hasta entonces, ni siquiera en sueños, a alguien que se pareciera, ni siquiera de lejos, a ese aristócrata brillante, inteligente y encantador.

Después de los saludos de rigor, Ozhoguin me presentó al príncipe, que se mostró conmigo muy cortés. En general, era muy amable con todo el mundo y, a pesar de la insalvable distancia que había entre él y nuestro oscuro círculo provinciano, no sólo se las arreglaba para no intimidar a nadie, sino que incluso conseguía que nos sintiéramos a su altura y pensáramos que el hecho de que viviera en San Petersburgo se debía nada más que a la casualidad.

Esa primera tarde... ¡Ah, esa primera tarde! En los días felices de la infancia, nuestros maestros nos contaban y nos citaban como ejemplo el rasgo de viril paciencia de ese joven lacedemonio que, tras robar un zorro y ocultarlo bajo su clámide, dejó que le devorara las entrañas sin lanzar un solo gemido, pues prefería la muerte antes que la vergüenza. No puedo encontrar mejor comparación para

expresar los sufrimientos indescriptibles que experimenté a lo largo de esa velada en que por primera vez vi al príncipe al lado de Liza. Mi sonrisa siempre forzada, la penosa vigilancia que ejercía, mi estúpido silencio, el angustioso y vano deseo de marcharme, constituían en conjunto un espectáculo bastante notable en su género. Varios zorros me roían las entrañas: los celos, la envidia, la conciencia de mi nulidad y un odio impotente me desgarraban. No podía dejar de reconocer que el príncipe era realmente un joven muy amable... Lo devoraba con los ojos; creo que, al mirarle, hasta me olvidaba de parpadear. No hablaba sólo con Liza, pero todo daba a entender que se dirigía exclusivamente a ella. Supongo que mi presencia le molestaba bastante. Probablemente adivinó en seguida que tenía que vérselas con un enamorado caído en desgracia, pero, por un sentimiento de compasión, y también porque era plenamente consciente de mi total inocuidad, hacía gala de una especial deferencia conmigo. ¡Ya podéis figuraros lo mucho que me ofendía esa actitud! Recuerdo que en el transcurso de esa velada traté de reparar mi falta. Me imaginaba... –no os burléis de mí, quienesquiera que seáis, vosotros a quienes el azar os ha puesto estas líneas delante de los ojos, tanto más cuanto que fue mi última ilusión–, me imaginaba, en medio de mis múltiples tormentos, que Liza deseaba castigarme por la altanera frialdad que había mostrado al comienzo de mi visita, que estaba enfadada conmigo y sólo por despecho coqueteaba con el príncipe. Aprovechando el primer momento favorable que se me presentó, me acerqué a ella con una sonrisa humilde y acariciadora y farfullé: «Basta, perdóneme... por lo demás, no es que tenga miedo», y bruscamente, sin esperar su respuesta, adopté una expresión vivaz y desenvuelta nada habitual en mí, torcí la boca en un remedo de sonrisa, levanté la mano por encima de la cabeza, en dirección al techo (recuerdo que mi primera intención había sido arreglarme los pliegues del pañuelo); hasta estuve a punto de hacer una pirueta sobre un solo pie, como queriendo decir: «Ya se me ha pasado el enfado, estoy de buen humor. Mostrémonos todos contentos». No obstante, abandoné la idea de la pirueta porque sentía un entumecimiento poco natural en las rodillas y tenía miedo de caerme... No cabe duda de que Liza no me entendió: me miró a la cara sorprendida, sonrió con premura, como si deseara apartarse de mí cuanto antes, y volvió a acercarse al príncipe. Por muy ciego y estúpido que fuera, no podía dejar de advertir que en ese momento no estaba en absoluto enfadada o irritada conmigo: simplemente no pensaba en mí. Ese golpe fue definitivo: mis últimas esperanzas se derrumbaron con estrépito, como un bloque de hielo expuesto al sol primaveral se resquebraja de pronto en trozos menudos. Había sido derrotado en toda la línea desde el primer asalto y, como los prusianos en Jena,* lo había perdido todo en un solo día. No, no estaba enfadada conmigo...

¡Ay, todo lo contrario! Estaba contentísima –me di cuenta–, como llevada por una ola. Igual que un arbolillo, arrancado a medias de la ribera, se inclinaba sobre la corriente con avidez, dispuesta a ofrendarle para siempre la primera flor de su primavera y su vida entera. Quien tiene la mala fortuna de ser testigo de semejante atracción está condenado a vivir momentos muy amargos, si él mismo ama sin ser correspondido. Recordaré siempre esa atención insaciable, esa alegría tierna, ese inocente olvido de sí misma, esa mirada, aún infantil y ya propia de una mujer, esa sonrisa feliz que, como una flor recién abierta, no abandonaba sus labios ni sus mejillas sonrosadas... Todo lo que Liza había presentido vagamente durante nuestro paseo por el bosque se cumplía ahora y, al abandonarse por entero al amor, se volvía más serena y luminosa, como un vino joven que deja de fermentar porque ya ha llegado su hora.

Tuve el coraje de soportar esa primera velada y las veladas siguientes... ¡Todas, hasta la última! No podía concebir ninguna esperanza. Liza y el príncipe se sentían más unidos cada día que pasaba... Pero había perdido por completo la noción de mi propia dignidad y no tenía las fuerzas necesarias para escapar del espectáculo de mi propio infortunio. Recuerdo que un día traté de no aparecer por allí; por la mañana me había prometido a mí mismo quedarme en casa... pero a las ocho de la tarde (por lo común salía a las siete) me levanté como loco del sillón, cogí la gorra y eché a correr en dirección al salón de Kirill Matveich, adonde llegué casi sin aliento. Mi situación no podía ser más absurda: guardaba un obstinado silencio, a veces no pronunciaba una sola palabra en días enteros. Como ya he comentado más arriba, nunca me he distinguido por mi elocuencia; pero ahora el poco

ingenio que pudiera tener parecía haberse volatilizado en presencia del príncipe, y no acertaba a abrir la boca. Además, una vez solo, exprimía de tal modo mi pobre cerebro, obligándole a repasar en detalle todo lo que había observado o sorprendido en el transcurso de la jornada precedente que, cuando regresaba a casa de los Ozhoguin, apenas me quedaban fuerzas suficientes para proseguir con mi tarea de vigilancia. Me daba cuenta de que me trataban como a un enfermo. Cada mañana adoptaba una nueva resolución definitiva, casi siempre madurada en medio de las angustias de una noche de insomnio. Tan pronto me disponía a tener una explicación con Liza, a darle un consejo amistoso (pero, cuando me quedaba a solas con ella mi lengua se paralizaba, enmudecía, y ambos nos veíamos abocados a pasar unos momentos espantosos, hasta que llegaba una tercera persona), como me entraban ganas de huir, ni que decir tiene que para siempre, dejándole al objeto de mi amor una carta llena de reproches; una vez hasta llegué a empezar esa carta, pero aún no había perdido del todo un sentimiento elemental de la justicia: comprendí que no tenía ningún derecho a hacerle reproches a nadie y arrojé el billete al fuego. En otras ocasiones me sacrificaba generosamente, daba mi bendición a Liza, le deseaba felicidad y, desde mi rincón, dirigía al príncipe una sonrisa llena de abnegación y afecto; pero esos crueles enamorados no sólo no me agradecían mi sacrificio, sino que ni siquiera reparaban en él; por lo visto, no tenían la menor necesidad de mis bendiciones ni de mis sonrisas. Entonces, el despecho me sumía en un estado de ánimo completamente opuesto. Me prometía apostarme en una esquina de la calle, envuelto en una capa española, y degollar a mi feliz rival; a continuación me representaba la desesperación de Liza con una alegría salvaje... Pero, en primer lugar, en la ciudad de O. había pocos escondrijos para preparar una emboscada, y, en segundo, esa cerca de troncos, ese farol, ese centinela a cierta distancia... No, esos rincones eran más apropiados para vender rosquillas que para verter sangre humana. Debo reconocer que entre otras soluciones de liberación –tal era una de las vagas expresiones que empleaba cuando hablaba conmigo mismo–, se me había ocurrido dirigirme a Ozhoguin en persona... llamar la atención de ese hidalgo sobre la peligrosa situación en la que se encontraba su hija y las tristes consecuencias de su atolondramiento. Una vez hasta llegué a hablar con él de ese asunto tan delicado, pero lo hice de manera tan embarullada y nebulosa que, después de haberme escuchado un rato, el hombre pareció salir de pronto de una suerte de amodorramiento, se pasó con determinación y presteza la palma de la mano por la cara, nariz incluida, emitió un gruñido y se alejó de mí. Ni que decir tiene que, al tomar esa decisión, traté de persuadirme de que estaba actuando de la forma más desinteresada, de que deseaba la felicidad de todos, de que estaba cumpliendo con mi deber de amigo de la familia... Pero tengo la sospecha de que, aun en el caso de que Kirill Matveich no hubiera interrumpido mis efusiones, me habría faltado valor para concluir mi monólogo. A veces me ponía a sopesar los méritos del príncipe con la gravedad de un sabio de la antigüedad; otras me consolaba con la esperanza de que no era una relación seria, de que Liza acabaría dándose cuenta de que su amor no era verdadero... ¡Ay de mí! En suma, creo que en esa época mi cabeza barajó todas las ideas habidas y por haber. Aunque debo reconocer con la mayor franqueza que había una solución que jamás me paré a considerar: ni una sola vez pensé en quitarme la vida. No sabría decir por qué nunca se me ocurrió tal cosa. Puede que presintiera ya entonces que en cualquier caso no iba a vivir mucho.

No debe sorprender que ante una situación tan desfavorable mi conducta y mi comportamiento con los demás se distinguieran más que nunca por su afectación y falta de naturalidad. Hasta la señora Ozhoguin, que era tonta de nacimiento, empezaba a evitarme y no sabía de qué hablar conmigo. Bizmiónkov, siempre cortés y servicial, me rehuía. Ya por aquel entonces barruntaba que éramos almas gemelas, que también él amaba a Liza. Pero no respondía nunca a mis insinuaciones y en general no mostraba el menor interés en charlar conmigo. El príncipe lo trataba con gran deferencia; podría decirse que lo estimaba. Ni Bizmiónkov ni yo estorbábamos al príncipe y a Liza; pero él no les ponía mala cara, como yo, no les miraba como un lobo ni adoptaba aires de víctima, y se aproximaba a ellos de buena gana cuando lo deseaban. La verdad es que en tales ocasiones no se distinguía por su jovialidad, pero nunca había sido un hombre demasiado alegre.

Así pasaron más o menos dos semanas. El príncipe no sólo era apuesto e inteligente, sino que también tocaba el piano, cantaba, dibujaba bastante bien y tenía talento para contar historias. Sus anécdotas, recopiladas en los círculos más selectos de la sociedad petersburguesa, causaban siempre una profunda impresión en los oyentes, tanto más cuanto que parecía no atribuirles una importancia particular.

Gracias a esa táctica, que pueden calificar de sencilla si lo estiman oportuno, el príncipe N., en el transcurso de su breve estancia en la ciudad de O., logró meterse en el bolsillo a toda la sociedad local. A un hombre de las altas esferas le resulta muy fácil deslumbrar a unos provincianos como nosotros. Naturalmente, las frecuentes visitas del príncipe a los Ozhoguin (pasaba allí todas las tardes) suscitaban la envidia de los demás nobles y funcionarios; pero el príncipe, a fuer de hombre mundano e inteligente, no descuidaba a ninguno de ellos, acudía a sus casas, tenía al menos una palabra amable para todas las señoras y señoritas, dejaba que le sirvieran platos rebuscados e indigestos y bebía unos vinos horribles con etiquetas fastuosas; en resumidas cuentas, su comportamiento era impecable, prudente, discreto. Por lo demás, era un hombre de natural alegre, sociable, amable por inclinación y, en caso necesario, también por cálculo: ¿cómo no iba a tener un éxito completo en todas partes?

Desde el día de su llegada, todo el mundo en casa de los Ozhoguin tuvo la impresión de que el tiempo pasaba con rapidez vertiginosa: todo iba a las mil maravillas. Aunque el señor Ozhoguin hacía como si no se diera cuenta de nada, lo más probable es que se frotara las manos a escondidas ante la posibilidad de ganarse semejante yerno. En cuanto al príncipe, llevó las cosas con mucha discreción y decoro hasta que de pronto se produjo un acontecimiento inesperado.

¡Hasta mañana! Hoy me caigo de cansancio. A pesar de que estoy con un pie en la tumba, esos recuerdos me soliviantan. Teréntevna ha reparado hoy en que mi nariz parece cada vez más afilada, y según dicen eso es una mala señal.

27 de marzo. Sigue el deshielo

La situación había llegado al punto descrito más arriba. El príncipe y Liza se habían enamorado; los Ozhoguin aguardaban a que se produjera el desenlace; Bizmiónkov seguía haciendo acto de presencia: eso es cuanto puede decirse de él; yo me debatía como un pez bajo el hielo y observaba sin perder detalle. Recuerdo que en esa época me había impuesto la tarea de impedir al menos que Liza cayera en las redes de ese seductor; por eso prestaba una atención especial a las doncellas y a la fatal «escalera de servicio», aunque, por otro lado, a veces pasaba noches enteras representándome la conmovedora generosidad con la que, llegado el momento, tendería mi mano a la víctima burlada y le diría: «Ese canalla te ha engañado, pero yo soy tu amigo fiel. ¡Olvidemos el pasado y seamos felices!». De pronto, por toda la ciudad se difundió una buena nueva: el mariscal de la nobleza del distrito se proponía ofrecer, en honor del distinguido visitante, un baile de gala en su propia residencia de Gornostaievka. Todos los funcionarios y todas las autoridades de la ciudad de O. recibieron una invitación, desde el alcalde hasta el boticario, un alemán de lo más pretencioso, que estaba firmemente convencido de hablar el ruso a la perfección, lo que le llevaba a emplear en cualquier circunstancia, y siempre fuera de lugar, las expresiones más vehementes, como por ejemplo: «Que el tiablo me llepe, hoy estoy fecho un primpollo...». Como era de esperar, la ciudad entera se sumió en un torbellino de preparativos. Un comerciante de cosméticos vendió dieciséis tarros azul oscuro de pomada con una etiqueta en la que ponía «*à la jesmine*»*. Las señoritas se ocupaban de la confección de vestidos ajustados, de talle muy apretado y flecos triangulares a la altura del vientre; las madres sobrecargaban sus cabezas de terribles adornos a los que daban el título de cofias; los afanados padres se caían de cansancio, como suele decirse... Por fin llegó el esperado

día. Yo figuraba entre los invitados. De la ciudad a Gornostaievka había nueve verstas. Kirill Matveich me ofreció un lugar en su carruaje, pero yo lo rechacé, como uno de esos niños que, después de sufrir un castigo, pretende vengarse de sus padres privándose en la mesa de sus platos favoritos. Además, me daba cuenta de que mi presencia habría turbado a Liza. Bizmiónkov ocupó mi puesto. El príncipe llegó en su propia calesa y yo en un tílburi de mala muerte que había alquilado para la ocasión por un precio desorbitado. No voy a describir ese baile. Todo se desarrolló de la manera acostumbrada: en los estrados, músicos con trompetas que desafinaban a cada nota, propietarios aturdidos acompañados de sus ancestrales familias, helados de color violeta, viscosa leche de almendras, criados con botas deformadas y guantes retejidos de algodón, leones de provincia con el rostro desfigurado por muecas convulsivas, etcétera. Y todo ese pequeño mundo giraba alrededor de su sol, alrededor del príncipe. Yo, perdido entre la multitud, inadvertido incluso para las señoritas de cuarenta y ocho años, con granos rojos en la frente y flores azules en las sienes, no apartaba la mirada del príncipe y de Liza. Esa noche iba muy bien vestida y estaba muy bonita. Bailaron juntos sólo dos veces (¡cierto que fue su pareja en la mazurca!), pero me pareció advertir que entre ellos existía una especie de comunicación secreta y permanente. Sin necesidad de hablarle ni de buscarla, daba la impresión de dirigirse a ella y sólo a ella. En su trato con los demás se mostraba brillante, amable, encantador, y todo lo hacía por ella. Liza se daba cuenta de que era la reina del baile y la elegida: su rostro reflejaba una alegría infantil y un orgullo inocente, y al mismo tiempo de vez en cuando transparentaba otro sentimiento más profundo. Resplandecía de felicidad. Y yo me daba cuenta de todo eso. No era la primera vez que tenía ocasión de observarlos. En un principio me sentí muy triste, luego en cierto modo conmovido y por último furioso. De pronto experimenté un sentimiento extraordinariamente malévolo y recuerdo que esa sensación nueva me produjo un goce extraordinario e incluso me hizo concebir cierto respeto por mí mismo. «Vamos a demostrarles que aún no estoy muerto», me dije. Cuando resonaron los primeros acordes que llamaban a la mazurca, miré tranquilamente a mi alrededor, me acerqué con indiferencia y desenvoltura a una señorita de cara alargada, nariz roja y brillante, boca entreabierta con tan poca gracia que parecía desabotonada y un cuello de venas tan protuberantes que recordaba el mástil de un contrabajo; me acerqué a ella y la invité entrechocando con severidad los tacones. Llevaba un vestido rosa que le daba un aspecto de enferma o convaleciente; en su cabeza temblaba una especie de mosca melancólica y desteñida que se balanceaba sobre un enorme resorte de cobre; en general, si se me permite la expresión, toda su persona parecía penetrada de una especie de aburrimiento agrio y un infortunio inveterado. Desde el comienzo de la velada no se había movido de su sitio: a nadie se le había ocurrido invitarla. Sólo un jovencito rubio de dieciséis años, a falta de otras parejas, hizo intención de sacarla a bailar, y ya había dado un paso en su dirección, pero después pareció reflexionar, se la quedó mirando unos instantes y se apresuró a perderse entre la multitud. Pueden imaginarse el regocijado asombro con que aceptó mi invitación. La conduje con aire solemne por toda la sala, busqué dos sillas y me senté a su lado en el círculo de la mazurca, donde formábamos la décima pareja, casi enfrente del príncipe, al que, naturalmente, habían reservado el primer lugar. El príncipe, como ya he dicho, bailaba con Liza. Ni a mi dama ni a mí nos solicitó nadie; por lo tanto, dispusimos de bastante tiempo para conversar. En honor a la verdad, debo confesar que mi dama no se distinguía por su capacidad para ordenar las palabras de manera que formaran un discurso coherente: se servía de su boca para esbozar una especie de extraña sonrisa, que jamás había visto antes y que sólo cabe calificar de sonrisa «hacia abajo»; al mismo tiempo, clavaba la mirada en el techo, como si una fuerza invisible le estirara la cara. Pero yo no tenía ninguna necesidad de su elocuencia. Tanto mejor, estaba de un humor de perros y mi dama no me inspiraba ninguna timidez. Me puse a criticarlo todo, a echar pestes de todo el mundo, sobre todo de los perillanes de la capital y de los currutacos de San Petersburgo, y acabé acalorándome de tal modo que mi dama poco a poco dejó de sonreír y, en lugar de elevar los ojos al techo, de repente se puso a bizquear de una forma extrañísima, sin duda por la sorpresa; parecía como si acabara de descubrir que tenía una nariz en medio de la cara. En cuanto a mi vecino, uno de esos leones a los que me he referido más arriba, me

miró de arriba abajo varias veces y hasta se volvió hacia mí con esa expresión que adoptan los actores en el escenario cuando despiertan en un paraje desconocido, como preguntándose: «¡A qué lugar he ido a parar!». En cualquier caso, mientras soltaba mi perorata, seguía observando al príncipe y a Liza. No paraban de solicitarlos; yo sufría menos cuando bailaban juntos e incluso cuando se sentaban uno al lado del otro y charlaban y sonreían con esa dulce e indeleble sonrisa de los amantes felices; no, ni siquiera entonces me sentía excesivamente desdichado; pero, cuando Liza daba vueltas por la sala con algún lechuguino fanfarrón, mientras el príncipe, con su chal de gasa azul en las rodillas, la seguía con los ojos con aire soñador, como disfrutando de su triunfo, mis tormentos se volvían insoportables, y mi despecho me sugería comentarios tan mordaces que las pupilas de mi dama se juntaban completamente a ambos lados de la nariz. Entre tanto, la mazurca se acercaba a su fin... Empezaron a ejecutar una figura conocida como la confidente. Una dama sentada en medio del círculo elegía a otra como confidente y le susurraba al oído el nombre del caballero con el que deseaba bailar; su pareja le llevaba a los danzarines uno tras otro, y la confidente los rechazaba hasta que llegaba el turno del feliz mortal designado de antemano. Liza, sentada en medio del círculo, eligió a la hija del dueño de la casa, una de esas señoritas de las que sólo puede decirse: «Que Dios la bendiga». El príncipe se puso a buscar al elegido. Después de presentarle en vano a una decena de jóvenes (la hija del anfitrión los había rechazado a todos con la sonrisa más amable del mundo), acabó por volverse hacia mí. En ese momento me sucedió algo extraordinario: me estremecí de pies a cabeza y quise negarme, pero sin embargo me levanté y me acerqué. El príncipe me condujo hasta Liza... que ni siquiera me miró. La hija del anfitrión negó con la cabeza, el príncipe se volvió hacia mí e, incitado sin duda por la estúpida expresión de mi cara, me hizo una profunda reverencia. Ese saludo irónico, ese rechazo transmitido por mi triunfante rival, su despreocupada sonrisa, la indiferencia y distracción de Liza: todo en conjunto me sacó de mis casilla. Me acerqué al príncipe y le susurré lleno de ira:

–Por lo visto, pretende usted burlarse de mí.

El príncipe me miró con despectivo asombro, me cogió del brazo como si se dispusiera a llevarme de nuevo a mi lugar y me respondió fríamente:

–¿Yo?

–¡Sí, usted! –proseguí en voz baja, aunque sometiéndome a sus indicaciones, es decir, siguiéndole hasta mi sitio–. Usted. Pero no voy a permitir que un insignificante fanfarrón de San Petersburgo...

El príncipe esbozó una sonrisa serena, casi condescendiente, me apretó el brazo y murmuró:

–Le entiendo. Pero éste no es el lugar apropiado. Ya hablaremos.

Se apartó de mí, se acercó a Bizmiónkov y lo condujo hasta Liza. Resultó que el paliducho funcionario era el elegido. Liza se levantó y fue a su encuentro.

Al sentarme al lado de mi dama, con su melancólica mosca en la cabeza, me sentía casi un héroe. Mi corazón latía con fuerza, mi pecho se elevaba noblemente bajo la camisa almidonada, mi respiración era profunda y acelerada. De pronto dirigí una mirada tan altanera al león que tenía por vecino que éste hizo un movimiento involuntario con el pie que estaba más cerca de mí. Tras desembarazarme de él, paseé la mirada por el círculo de los bailarines. Tenía la impresión de que dos o tres señores me miraban con sorpresa; en general, mi conversación con el príncipe había pasado inadvertida. Mi rival había vuelto a sentarse en su silla con total tranquilidad y había recobrado la misma sonrisa de antes. Bizmiónkov condujo a Liza a su sitio. Ella le saludó con una inclinación amistosa y acto seguido se volvió hacia el príncipe con cierta inquietud, según me pareció; pero él, por toda respuesta, se echó a reír, agitó la mano con donaire y probablemente le dijo algo muy agradable, pues ella enrojeció de placer, bajó los ojos y a continuación los fijó de nuevo en él con una expresión de tierno reproche.

La disposición heroica que de pronto se había apoderado de mí no desapareció hasta que concluyó la mazurca; pero ya no soltaba agudezas ni me dedicaba a criticar, y me contentaba con contemplar de vez en cuando, con aire sombrío y severo, a mi dama, que por lo visto empezaba a tenerme miedo, pues no hacía más que tartamudear y parpadeaba sin cesar. Por último, la llevé bajo el ala protectora

de su madre, una mujer muy gorda con una toca rojiza en la cabeza. Una vez confiada la asustada señorita a quien correspondía, me acerqué a la ventana, crucé los brazos y me dispuse a aguardar los acontecimientos. La espera se prolongó mucho. El príncipe estaba rodeado en todo momento del dueño de la casa (y digo bien rodeado, como Inglaterra lo está por el mar), por no hablar de los demás miembros de la familia del mariscal de la nobleza y de los restantes invitados; por lo demás, no podía, sin suscitar la sorpresa de todos los presentes, acercarse a un individuo tan insignificante como yo para dirigirle la palabra. Recuerdo que en ese momento me alegré de esa insignificancia. «Diviértete –pensaba, viendo cómo se volvía cortésmente tan pronto a uno como a otro de los personajes importantes que solicitaban el honor de su atención, aunque fuera por “un solo instante”, como dicen los poetas–. Diviértete, amiguito, pero tarde o temprano tendrás que acercarte a mí, porque te he ofendido.» Por último, tras conseguir desembarazarse con mucha desenvoltura de esa multitud de adoradores, el príncipe pasó a mi lado, dirigió una mirada no sé si a la ventana o a mis cabellos, hizo intención de volverse y, deteniéndose de pronto, como si se hubiera acordado de alguna cosa, dijo, dirigiéndose a mí con una sonrisa:

–¡Ah, sí! Creo que tengo un asunto pendiente con usted.

Dos propietarios de los más tenaces, que seguían con obstinación al príncipe a todas partes, pensaron que se trataba de un «asunto» del servicio y retrocedieron respetuosamente. El príncipe me cogió del brazo y me llevó a un lado. Mi corazón latía con violencia.

–Me parece que me ha dicho usted una grosería –dijo, alargando mucho la palabra usted y mirándome el mentón con una expresión despectiva que, por extraño que parezca, le sentaba muy bien a su rostro fresco y hermoso.

–He dicho lo que pensaba –repliqué, levantando la voz.

–Psssh... más bajo –me previno–, las personas bien educadas no gritan. Tal vez le apetezca a usted batirse conmigo.

–Eso es asunto suyo –respondí, irguiéndome.

–Si no retira usted sus palabras, me veré en la obligación de desafiarle –dijo con despreocupación.

–No tengo la menor intención de retirar nada –exclamé con orgullo.

–¿En serio? –observó con una sonrisa burlona–. En ese caso –prosiguió, al cabo de una pausa–, tendré el honor de enviarle a mi padrino mañana.

–Muy bien –respondí en el tono más indiferente que pude.

El príncipe se inclinó ligeramente.

–No puedo prohibirle que me considere un hombre insignificante –agregó, entornando los ojos con altanería–, pero a los príncipes N. no se les puede dar el título de perillanes. Adiós, señor... señor Shtukaturin.*–

Me volvió la espalda con brusquedad y volvió a acercarse al dueño de la casa, que ya había empezado a inquietarse.

¡Señor Shtukaturin!... Me llamo Chulkaturin... No encontré nada que replicar a esa última ofensa y me limité a seguirle con una mirada furibunda.

–Hasta mañana –murmuré, apretando los dientes, y, sin perder un instante, me puse a buscar a un oficial conocido mío, el capitán de ulanos Koloberdiáiev, juerguista empedernido y excelente muchacho, le conté en pocas palabras mi disputa con el príncipe y le pedí que fuera mi padrino. Como era de esperar, aceptó en seguida. Una vez resuelto ese trámite, decidí volver a casa.

No fui capaz de pegar ojo en toda la noche, pero no fue el miedo lo que me quitó el sueño, sino la tensión nerviosa. No soy ningún cobarde. Ni siquiera se me pasaba por la cabeza la posibilidad de perder la vida, el mayor de los bienes terrenales, según afirman los alemanes. Sólo pensaba en Liza, en mis marchitas esperanzas, en lo que debía hacer. «¿Tengo que intentar matar al príncipe? –me preguntaba. Claro que quería matarlo, pero no por venganza, sino por el bien de Liza–. Pero ella no se repondrá de ese golpe –proseguía–. No, más vale que me mate él a mí.» Reconozco que la idea de que un oscuro provinciano como yo hubiera obligado a un personaje tan importante a batirse me causaba una gran satisfacción.

La mañana me sorprendió en medio de tales reflexiones. Al poco rato apareció Koloberdiáiev.

–Bueno –me preguntó, entrando ruidosamente en mi dormitorio–, ¿dónde está el padrino del príncipe?

–Pero ¿qué dice usted? –le respondí con enfado–. No son más que las siete. Supongo que el príncipe todavía estará dormido.

–En ese caso –replicó el inquieto capitán–, ordene que me traigan un poco de té. Me duele la cabeza desde ayer por la tarde. Ni siquiera he tenido tiempo de desvestirme –añadió con un bostezo–. Por lo demás, rara vez me desvisto.

Le trajeron el té. Se sirvió seis vasos, que acompañó de un chorrito de ron, se fumó cuatro pipas, me contó que la víspera había comprado casi regalado un caballo que los cocheros no querían, que tenía intención de adiestrarlo, trabándole una de las patas delanteras, y terminó quedándose dormido en el sofá, vestido y con la pipa en la boca. Me levanté y puse en orden mis papeles. Encontré una invitación de Liza, el único billete que había recibido de ella, y estuve a punto de ponérmelo en el pecho, pero, después de pensarlo un momento, lo arrojé a un cajón. Koloberdiáiev roncaba un poco; su cabeza se había deslizado sobre el cojín de cuero. Recuerdo que pasé un buen rato contemplando su rostro desgreñado, atrevido, bondadoso y despreocupado. A las diez mi criado me anunció la llegada de Bizmiónkov. ¡El príncipe lo había elegido como padrino!

Entre los dos despertamos al capitán, que dormía como un tronco. Se incorporó un poco, nos dirigió una mirada desconcertada, nos pidió vodka con voz ronca, acabó de despabilarse, saludó a Bizmiónkov y se retiró con él a la habitación contigua para conferenciar. Las deliberaciones de los señores padrinos no se prolongaron mucho. Al cabo de un cuarto de hora se reunieron conmigo en el dormitorio. Koloberdiáiev me anunció que nos batiríamos a pistola ese mismo día, a las tres. Incliné la cabeza en silencio en señal de asentimiento. Bizmiónkov se despidió en el acto y se marchó. Estaba algo pálido e interiormente inquieto, pues no tenía costumbre de ocuparse de esa clase de cosas, pero en cualquier caso se mostró muy cortés y comedido. En su presencia me sentía algo avergonzado y no me atrevía a mirarlo a los ojos. Koloberdiáiev se puso a hablar de nuevo de su caballo. Esa conversación me venía de perlas. Me daba miedo que pronunciara el nombre de Liza. Pero mi bondadoso capitán no era aficionado a la maledicencia; además, despreciaba a todas las mujeres, a las que calificaba, Dios sabrá por qué, de ensaladas. A las dos tomamos un tentempié y a las tres nos encontrábamos ya en el lugar señalado, ese mismo bosque de abedules por el que unos días antes había paseado con Liza, a pocos pasos del barranco.

Fuimos los primeros en llegar, pero el príncipe y Bizmiónkov no se hicieron esperar mucho. No exagero cuando digo que el príncipe estaba fresco como una rosa: sus ojos castaños brillaban alegres por debajo de la visera de su gorra. Fumaba un cigarrillo de color pajizo. Cuando advirtió la presencia de Koloberdiáiev, le apretó cordialmente la mano. Hasta a mí me dirigió una amable inclinación de cabeza. Yo, en cambio, estaba pálido, y mis manos temblaban ligeramente, para gran despecho mío. Tenía la garganta seca. Nunca hasta entonces me había batido en duelo. «¡Ah, Dios mío –pensaba–, espero que este señor de espíritu tan burlón no tome mi agitación por cobardía!» Interiormente mandaba mis nervios a todos los diablos. Pero, después de haber mirado al príncipe directamente a la cara y haber sorprendido en sus labios una sonrisa casi imperceptible, volví a enrabietarme y al punto me calmé. Entre tanto, nuestros padrinos establecían las barreras, contaban los pasos y cargaban las pistolas. Koloberdiáiev era el más activo; Bizmiónkov le dejaba hacer. El día era tan espléndido como el del inolvidable paseo. El profundo azul del cielo se transparentaba como entonces entre las hojas de un verde dorado, cuyo murmullo sonaba en mis oídos como una suerte de burla. El príncipe seguía fumando su cigarro, el hombro apoyado contra el tronco de un joven tilo...

–Tengan la bondad de colocarse en sus lugares, señores. Todo está listo –dijo por fin Koloberdiáiev, tendiéndonos las pistolas.

El príncipe se alejó unos pasos, se detuvo, volvió la cabeza y me preguntó por encima del hombro:

–¿Sigue usted empeñado en no retirar sus palabras?

Iba a responderle, pero me falló la voz, y tuve que contentarme con hacer un gesto despectivo con la mano. El príncipe volvió a sonreír y se situó en su puesto. Empezamos a avanzar el uno hacia el otro. Levanté la pistola y apunté al pecho de mi enemigo –en ese momento era realmente mi enemigo–, pero de pronto levanté el cañón, como si alguien me hubiera dado un empujón en el codo, y disparé. El príncipe se tambaleó y se llevó una mano a la sien izquierda: en su mejilla, por debajo de su guante blanco de gamuza, apareció un reguero de sangre. Bizmiónkov se precipitó hacia él.

–No es nada –dijo el príncipe, quitándose la gorra, traspasada por la bala–. Aunque me ha alcanzado en la cabeza, sigo en pie, así que no puede ser más que un rasguño.

Con toda tranquilidad sacó del bolsillo un pañuelo de batista y se lo llevó a los rizos manchados de sangre. Yo lo miraba como petrificado, sin moverme de mi sitio.

–Tenga la bondad de volver al punto de partida –me dijo con severidad Koloberdiáiev.

Obedecí.

–¿Va a continuar el duelo? –prosiguió, dirigiéndose a Bizmiónkov.

Éste no le respondió; pero el príncipe, sin apartar el pañuelo de la herida y sin concederse siquiera el placer de atormentarme un poco en la barrera, exclamó con una sonrisa:

–El duelo ha terminado.

Y a continuación disparó al aire.

Estuve a punto de llorar de despecho y de rabia. Ese hombre, con su generosidad, me había hundido definitivamente en el barro, me había aniquilado. Quise oponerme, exigir que disparara sobre mí; pero él se acercó y me tendió la mano.

–Todo está olvidado entre nosotros, ¿no es verdad? –me dijo con voz acariciadora.

Miré su rostro pálido, el pañuelo empapado en sangre y, completamente hundido, humillado y derrotado, le estreché la mano...

–¡Señores! –añadió, dirigiéndose a los padrinos–. Espero que guarden ustedes el secreto.

–¡Desde luego! –exclamó Koloberdiáiev–, pero permítame, príncipe...

Y le vendó la cabeza.

Antes de retirarse, el príncipe volvió a saludarme. Bizmiónkov, en cambio, ni siquiera me miró.

Al volver a casa en compañía de Koloberdiáiev, me sentía muerto, moralmente muerto.

–¿Qué es lo que le pasa? –me preguntó el capitán–. Tranquilícese. La herida no es peligrosa. Mañana mismo, si le apetece, estará en condiciones de bailar. ¿O lo que lamenta es no haberlo matado? En ese caso, se equivoca usted. Es un muchacho encantador.

–¿Por qué me perdonó? –farfullé por fin.

–¡Hay que ver cómo es usted! –respondió tranquilamente el capitán–. ¡Ah, no hay quien entienda a estos escritores!

No sé por qué se le ocurriría concederme ese título.

Renuncio definitivamente a describir los tormentos que tuve que soportar en el transcurso de la tarde que siguió a ese malhadado duelo. Mi amor propio sufría lo indecible. No, la conciencia no me remordía; lo que me aniquilaba era la evidencia de mi estupidez. «¡Yo mismo me he dado el último golpe, el golpe de gracia! –repetía, recorriendo a grandes pasos la habitación–. El príncipe, herido por mí, me perdona. Sí, Liza es ahora suya. Ahora ya nada puede salvarla, apartarla del borde del abismo.» Sabía muy bien que nuestro duelo no quedaría en secreto, a pesar de las palabras del príncipe; en cualquier caso, no lo sería para Liza. «El príncipe no es tan tonto para no sacar provecho», murmuraba con rabia. No obstante, me equivocaba: naturalmente, al día siguiente toda la ciudad estaba al tanto del duelo y de su verdadera causa; pero no fue el príncipe quien se fue de la lengua; al contrario, cuando apareció delante de Liza con la cabeza vendada y una justificación preparada de antemano, ella ya estaba al corriente de todo. No podría decir si fue Bizmiónkov quien me traicionó o si la noticia le llegó por otro conducto. Por lo demás, ¿es posible guardar un secreto en una ciudad pequeña? ¡Pueden imaginarse cómo recibieron la noticia Liza y toda la familia Ozhoguin! En cuanto a mí, me convertí de la noche a la mañana en el objeto de la indignación y el rechazo generales; era un monstruo, un celoso estrafalario, un ogro. Mis pocos conocidos se apartaron de mí

como si fuera un apestado. Las autoridades municipales se dirigieron inmediatamente al príncipe y le propusieron castigarme con una severidad ejemplar. Sólo los ruegos insistentes y apremiantes de éste consiguieron conjurar el peligro que se cernía ya sobre mi cabeza. Estaba escrito que ese hombre me aniquilara de todas las formas posibles. Su generosidad caía sobre mí como la tapa de un ataúd. Ni que decir tiene que las puertas de la casa de los Ozhoguin se cerraron inmediatamente para mí. Kirill Matveich me devolvió incluso un miserable lápiz que había olvidado allí. En realidad, no tenía motivos para enfadarse conmigo. Mis celos «estrafalarios», como los definía la gente, habían aclarado y precisado las relaciones del príncipe con Liza. Tanto los Ozhoguin como los demás habitantes de la ciudad empezaron a verlo casi como un novio. Lo cierto es que esa situación no debía de resultarle muy agradable; pero Liza le gustaba mucho; además, aún no había alcanzado su propósito. Se adaptó a la nueva situación con toda la habilidad de un hombre inteligente y mundano, y, como suele decirse, no tardó en meterse en la piel de su nuevo papel...

¡Pero yo!... No me quedaba otro remedio que renunciar a cualquier esperanza que pudiera hacerme sobre mi futuro. Cuando el sufrimiento llega a un punto en que nuestras entrañas empiezan a crujir y gemir como un carruaje demasiado cargado, debería dejar de parecer ridículo... ¡Pero no! La risa no sólo acompaña las lágrimas hasta el final, hasta que se agotan, hasta que se vuelve imposible derramar una más, sino que resuena y tintinea incluso cuando la lengua enmudece y la misma queja se extingue. Por eso, en primer lugar porque no quiero parecer ridículo ni siquiera ante mis propios ojos, y en segundo, porque estoy terriblemente cansado, voy a dejar la continuación y, si Dios quiere, la conclusión de mi relato para el día siguiente...

29 de marzo. Hiela un poco. Ayer proseguía el deshielo

Ayer no tenía fuerzas para continuar mi diario. Como Poprischin*, pasé la mayor parte del tiempo en la cama, conversando con Teréntevna. ¡Qué mujer! Hace sesenta años su primer prometido murió de peste; ha sobrevivido a todos sus hijos; su vejez resulta ya imperdonable. Bebe té hasta hartarse, come con insaciable apetito, se pone ropa de abrigo. ¿Y de qué pensáis que me estuvo hablando todo el día? Regalé a otra anciana sumida en la mayor indigencia el cuello de una vieja librea medio apolillada para que se hiciera un chaleco (lleva pecheras parecidas a chalecos)... ¿Por qué no se lo había dado a ella? «Me parece que soy vuestra criada. Ah, ah, señorito, debería darle vergüenza. ¡Con lo que me desvivo por atenderle!», etcétera. Esa vieja implacable me ha dejado completamente extenuado con sus quejas... Pero volvamos a nuestro relato.

Así pues, sufría como un perro al que una rueda le ha aplastado los cuartos traseros. Sólo entonces, después de que me expulsaran de casa de los Ozhoguin, fui plenamente consciente del placer que puede depararle a un ser humano la contemplación de su propia desgracia. ¡Ah, hombres! ¡Ah, raza realmente digna de lástima!... Pero será mejor que dejemos a un lado las consideraciones filosóficas... Pasaba mis días en completa soledad y me veía obligado a recurrir a medios bastante tortuosos e incluso infames para enterarme de lo que sucedía en el seno de la familia Ozhoguin y de lo que hacía el príncipe: mi criado había conocido a una tía segunda de la mujer de su cochero. Esa relación me procuró cierto consuelo, pues mi criado adivinó en seguida, por mis alusiones y mis regalos, de qué debía hablar con su señor cuando le quitaba las botas por la tarde. Alguna vez me encontraba en plena calle con algún miembro de la familia Ozhoguin, con Bizmiónkov y con el príncipe... Saludaba al príncipe y a Bizmiónkov, pero nunca entablaba conversación. Vi a Liza tres veces en total: la primera con su madre en una tienda de modas; la segunda en un carruaje abierto, en compañía de su padre, de su madre y del príncipe; y la tercera en la iglesia. Ni que decir tiene que no me atreví a acercarme y que me contenté con contemplarla de lejos. En la tienda se había mostrado muy preocupada, pero también alegre. Encargaba una prenda y revolvía las cintas con aire atareado.

Su madre la miraba, los brazos cruzados sobre el vientre, la nariz levantada y esa sonrisa estúpida y devota que sólo pueden permitirse las madres amorosas. En la calesa, acompañada del príncipe, Liza parecía... ¡Jamás olvidaré ese encuentro! Los señores Ozhoguin se habían acomodado en el asiento trasero, y el príncipe y Liza en el delantero. Ella estaba más pálida que de costumbre; en sus mejillas apenas se apreciaban dos manchas rosadas. Vuelta a medias hacia el príncipe, el mentón apoyado en la mano derecha extendida (con la izquierda sostenía la sombrilla) y la cabeza inclinada con languidez, le miraba directamente a la cara con sus ojos expresivos. En ese momento se entregaba a él por entero, se abandonaba de una manera irrevocable. No tuve tiempo de observar en detalle la cara del príncipe –la calesa pasó demasiado deprisa–, pero me pareció que también él estaba profundamente emocionado.

La tercera vez coincidí con ella en la iglesia. Apenas habían pasado diez días desde que la viera en la calesa, en compañía del príncipe, y tres semanas desde el día de mi duelo. El asunto que había llevado al príncipe a la ciudad de O. se había resuelto, pero él seguía aplazando la partida. Había enviado una nota a San Petersburgo en la que se declaraba enfermo. En la ciudad todo el mundo esperaba que un día u otro hiciera una propuesta formal a Kirill Matveich. Yo no aguardaba más que ese último golpe para alejarme de una vez para siempre. La ciudad de O. se me había vuelto odiosa. No podía quedarme en casa y vagaba por los alrededores de la mañana a la noche. Un día gris y desapacible, al regresar de mi paseo, interrumpido por la lluvia, se me ocurrió entrar en una iglesia. El oficio vespertino acababa de empezar, había muy poca gente; miré a mi alrededor y de pronto, al pie de una ventana, vi un perfil que me resultaba familiar. En un primer momento no lo reconocí: ese rostro pálido, esa mirada apagada, esas mejillas hundidas... ¿Era la misma Liza que había visto dos semanas antes? Envuelta en una capa, sin sombrero, iluminada de costado por un frío rayo que caía del ancho ventanal blanco, miraba fijamente el iconostasio y, según me pareció, se esforzaba por rezar, por desembarazarse de una especie de penoso embotamiento. Un cosaco* pequeño y gordo, de mejillas sonrosadas, con el pecho atravesado por una ristra de cartuchos amarillos, estaba detrás de ella, las manos cruzadas a la espalda, y miraba a su ama con adormilado asombro. Me estremecí de pies a cabeza y di un paso hacia ella, pero al punto me detuve. Un terrible presentimiento me oprimió el corazón. Liza no se movió hasta que se acabaron las vísperas. Todos los fieles habían salido ya y el sacristán había empezado a barrer el templo, pero ella seguía en su sitio. El cosaco se acercó, le dijo unas palabras, rozó su vestido; ella se volvió, se pasó la mano por la cara y salió. La seguí de lejos hasta su casa y volví a la mía.

–¡Está perdida! –exclamé al entrar en mi habitación.

Juro por mi honor que todavía hoy soy incapaz de decir cuáles eran mis sensaciones de entonces. Recuerdo que me crucé de brazos, me desplomé en el sofá y me quedé mirando el suelo; pero creo que, en medio de mi dolor, experimentaba también cierta satisfacción... Por nada del mundo lo reconocería, pero escribo este diario para mí mismo... Cierto que me atormentaban dolorosos y terribles presentimientos... y, quién sabe, puede que me hubiera sorprendido si no se hubieran realizado. «¡Así es el corazón humano!», exclamaría en este punto, con voz elocuente, cualquier maestro de escuela ruso de mediana edad, levantando su grasiento dedo índice, adornado de un anillo de coralina. Pero ¿qué me importa a mí un maestro de escuela ruso de voz elocuente y con una sortija de coralina?

Fuera como fuese, mis presentimientos se revelaron certeros. De pronto se difundió por la ciudad la noticia de que el príncipe había abandonado la ciudad, después de recibir órdenes al respecto de San Petersburgo. También se decía que no había hecho ninguna proposición ni a Kirill Matveich ni a su mujer, y que a Liza no le quedaba otra salida que pasarse el resto de sus días llorando su perfidia. La partida del príncipe había sido completamente inesperada porque, según palabras de mi criado, todavía la víspera su cochero no tenía la menor sospecha de las intenciones de su amo. Esa noticia me sumió en un estado de fiebre. Me vestí a toda prisa con intención de dirigirme a la residencia de los Ozhoguin, pero, después de pensarlo mejor, juzgué que sería más conveniente esperar hasta el día siguiente. Por lo demás, no perdí nada quedándome en casa. Esa misma tarde me visitó un tal

Pandopipópulo, un griego que había pasado un día por la ciudad de O. y al que la casualidad le había llevado a establecerse allí. Era un chismoso de la peor especie y había sido uno de los que más se habían indignado conmigo cuando me batí en duelo con el príncipe. Sin dar tiempo siquiera a que mi criado lo anunciara, irrumpió en mi habitación, me estrechó con fuerza la mano, me expresó mil veces sus disculpas, me dio el título de modelo de generosidad y valentía, describió al príncipe en los tonos más sombríos y se refirió en términos poco ceremoniosos a los Ozhoguin, a quienes, según su opinión, el destino había castigado con justicia; también atacó a Liza de pasada. Luego se marchó a la carrera, no sin antes besarme en el hombro. Entre otras cosas me informó de que, la víspera de su partida, el príncipe, *en vrai grand seigneur*, había respondido con frialdad a una delicada alusión de Kirill Matveich, afirmando que no quería engañar a nadie y que no tenía la menor intención de casarse; a continuación, se había levantado, había saludado y se había marchado.

Al día siguiente me dirigí a casa de los Ozhoguin. Al verme, el lacayo cegato se levantó del banco a la velocidad de un rayo. Le dije que me anunciara. El lacayo salió a toda prisa y volvió al cabo de un instante.

–Haga usted el favor de pasar –me dijo.

Entré en el despacho de Kirill Matveich... Hasta mañana.

30 de marzo. Helada

Así pues, entré en el despacho de Kirill Matveich. Gratificaría con creces a quien pudiera mostrarme ahora la cara que tenía en el momento en que ese digno funcionario, cerrándose con premura los faldones de su bata de Bujará, se me acercó con los brazos tendidos. Es probable que toda mi persona irradiara una suerte de triunfo modesto, una compasión condescendiente, una generosidad ilimitada... Me sentía como Escipión el Africano. Era evidente que Ozhoguin estaba turbado y apenado, evitaba mi mirada y no paraba de mover los pies. También noté que me hablaba en voz más alta de lo que era habitual en él y que, en general, se expresaba de forma bastante imprecisa; en términos vagos, pero calurosos, me pidió perdón y aludió al huésped que había partido, añadiendo algunas observaciones generales y confusas sobre el carácter engañoso y pasajero de los bienes terrenales; después, dándose cuenta de que a sus ojos había asomado una lágrima, se apresuró a aspirar un poco de rapé, probablemente con la intención de que no adivinara la verdadera causa de esas lágrimas. Empleaba tabaco ruso verde que, como se sabe, es capaz de hacer llorar hasta a los viejos y da por unos instantes al ojo humano una expresión estúpida y embotada. Naturalmente, me mostré muy prudente con el anciano, le pregunté por la salud de su esposa y de su hija y poco a poco, con gran habilidad, fui orientando la conversación hacia la interesante cuestión de la rotación de los cultivos. Iba vestido de diario, pero los sentimientos de dulce delicadeza e indulgente condescendencia que me embargaban me proporcionaban una sensación festiva y fresca, como si llevara chaleco y corbata blancos. Sólo una cosa me preocupaba: la idea de encontrarme con Liza. Por último, Ozhoguin me propuso que nos reuniéramos con su mujer. Al verme, esa criatura estúpida y bondadosa primero se sintió terriblemente confusa, pero su cerebro no era capaz de conservar por mucho tiempo una misma impresión, así que al poco rato se tranquilizó. Por fin vi a Liza. De pronto entró en la habitación.

Había esperado encontrarme con una pecadora avergonzada y arrepentida, y me había aprestado a adoptar la expresión más afectuosa y alentadora... ¿Por qué mentir? La quería de veras y aspiraba a la felicidad de perdonarla y tenderle la mano. Cuál no sería mi sorpresa cuando, a mi elocuente saludo, respondió con una risa fría y el siguiente comentario, que dejó caer con la mayor indolencia: «¡Ah, es usted!». A continuación se apartó de mí. Cierto que su risa se me antojó forzada; en cualquier caso, no armonizaba nada bien con su rostro demacrado. Pero de todos modos no había esperado semejante recibimiento. La miraba estupefacto... ¡Cuánto había cambiado! Entre la niña que había conocido y esa mujer apenas había puntos de encuentro. Podría decirse que había crecido, que había dado un

estirón. Todos los rasgos de su cara, sobre todo sus labios, habían adquirido contornos más definidos. Su mirada se había vuelto más profunda, firme y sombría. Me quedé en casa de los Ozhoguin hasta la hora del almuerzo. Ella se levantaba, salía de la habitación, volvía, respondía tranquilamente a mis preguntas y hacía todo lo posible por no prestarme atención. Me daba cuenta de que quería darme a entender que no era digno ni siquiera de su cólera, aunque hubiera estado a punto de matar a su amante. Al final perdí la paciencia y una alusión envenenada se escapó de mis labios... Ella se estremeció, me dirigió una mirada fugaz, se levantó, se acercó a la ventana y pronunció con una voz algo temblorosa: «Puede usted decir lo que se le antoje, pero sepa que amo a ese hombre, que lo amaré siempre y que no considero que sea culpable de nada ante mí; al contrario»... Su voz vibró; de pronto se calló y, a pesar de su deseo de dominarse, no lo consiguió, y salió de la habitación deshecha en lágrimas. Los Ozhoguin se turbaron. Yo les estreché la mano a ambos, lancé un suspiro, levanté los ojos al cielo y me marché.

Me encuentro muy débil, dispongo de muy poco tiempo y no estoy en condiciones de describir con tantos detalles como antes la nueva serie de consideraciones tortuosas, firmes propósitos y otras resoluciones de la lucha interior, como suele llamarse, a que me vi sometido desde el momento en que reanudé mi trato con los Ozhoguin. Sabía que Liza aún amaba al príncipe y que seguiría amándolo por mucho tiempo... pero, como hombre al que tanto las circunstancias externas como su propia idiosincrasia han abocado a la resignación, no soñaba siquiera con su amor. Sólo deseaba su amistad, ganarme esa confianza, esa estima que las personas con experiencia suelen considerar la más firme garantía de la felicidad conyugal. Por desgracia, había perdido de vista un detalle bastante importante; a saber, Liza me odiaba desde el día del duelo. Me di cuenta demasiado tarde. Había vuelto a frecuentar la casa de los Ozhoguin como en el pasado. Kirill Matveich se mostraba más afectuoso y amable que nunca. Hasta tengo razones para pensar que en esa época me habría entregado a su hija de buena gana, aunque no fuese un partido nada envidiable: la opinión pública se ensañaba con él, y también con Liza, y a mí en cambio me ponía por las nubes. La actitud de Liza conmigo no cambiaba: la mayor parte del tiempo guardaba silencio, obedecía cuando le decían que comiera y no dejaba transparentar ningún indicio de dolor, pero era evidente que se fundía como la cera de una vela. Para hacer justicia a Kirill Matveich, debo decir que la trataba con la mayor consideración; su madre, por su parte, en cuanto miraba a su pobre hijita torcía la cara de pena. La única persona a la que Liza no rehuía, aunque tampoco con él hablaba demasiado, era Bizmiónkov. Los padres lo recibían con mucha sequedad, incluso con dureza: no podían perdonarle que hubiera actuado de padrino; pero él seguía apareciendo por su casa, como si no reparara en su rechazo. Conmigo se mostraba muy frío y, cosa extraña, era como si yo le tuviera miedo. Esa situación se prolongó cerca de dos semanas. Por fin, después de una noche de insomnio, decidí tener una explicación con Liza, abrirle mi corazón, decirle que, a pesar del pasado, a pesar de todas las murmuraciones y rumores, me consideraría muy dichoso si me concediera su mano y me otorgara su confianza. La verdad es que estaba plenamente convencido de que mi actitud, por decirlo como se estila en las antologías literarias, constituía un ejemplo inaudito de grandeza de espíritu, y pensaba que la sorpresa bastaría para obtener su consentimiento. En cualquier caso, quería tener una explicación con ella y acabar de una vez por todas con la incertidumbre.

Detrás de la casa de los Ozhoguin había un jardín bastante grande, que terminaba en un bosquecillo de tilos, abandonado y cubierto de maleza. En medio de ese bosque se alzaba un viejo templete de estilo chino; una cerca de troncos separaba el jardín de un callejón sin salida. A veces Liza se paseaba por ese jardín durante horas enteras. Kirill Matveich lo sabía y había prohibido que la molestaran o la siguieran: que acabara de expulsar toda la pena que llevaba dentro. Si no se la encontraba en casa, bastaba con tocar la campanilla de la escalinata a la hora de la comida para que apareciera al momento, con ese obstinado silencio en los labios y en los ojos, y una hoja estrujada entre los dedos. Un día, dándome cuenta de que no estaba en casa, hice como si me dispusiera a marcharme, me despedí de Kirill Matveich, me puse el sombrero en el recibidor, salí al patio y después a la calle, pero una vez allí, con una rapidez desacostumbrada, volví sobre mis pasos y,

dejando a un lado la cocina, me deslicé al jardín. Por fortuna, nadie me vio. Sin pensármelo dos veces, me introduje en el bosquecillo con paso decidido. Ante mí, en medio del sendero, descubrí la figura de Liza. Mi corazón empezó a latir con fuerza. Me detuve, emití un profundo suspiro, y ya me disponía a acercarme cuando de pronto vi que levantaba la mano sin volverse y aguzaba el oído. Detrás de los árboles, en la dirección del callejón, se oyó por dos veces un ruido, como si alguien hubiera golpeado la cerca. Liza dio una palmada, la cancela emitió un sordo chirrido, y en medio de la espesura apreció Bizmiónkov. Me oculté a toda prisa detrás de un árbol. Liza se dirigió hacia él en silencio. Él la cogió del brazo sin decir palabra, y ambos se alejaron con pasos lentos por el sendero. Yo los seguía con la vista, estupefacto. Se detuvieron, miraron a su alrededor, desaparecieron detrás de un arbusto, surgieron de nuevo al cabo de un instante y acabaron entrando en el templete, un minúsculo edificio redondo con una puerta y una pequeña ventana; en el centro se alzaba una vieja mesa de un solo pie, cubierta de fino musgo; dos pequeños sofás descoloridos, con armazón de tablas, se disponían a ambos lados, a cierta distancia de las paredes húmedas y sombrías. Antiguamente, los días excepcionalmente calurosos, acaso nada más que una vez al año, se tomaba allí el té. La puerta no cerraba del todo, el marco de la ventana se había desprendido hacía mucho tiempo y colgaba tristemente de un solo gozne, como el ala rota de un ave. Me acerqué a hurtadillas al templete y miré con precaución por el hueco de la ventana. Liza estaba sentada en uno de los sofás, la cabeza inclinada, la mano derecha sobre las rodillas y la izquierda entre los dedos de Bizmiónkov, que la miraba con afecto.

–¿Qué tal se encuentra hoy? –le preguntó él a media voz.

–Como siempre –replicó ella–, ni mejor ni peor. ¡Siento un vacío, un vacío terrible! –añadió, alzando tristemente los ojos.

Bizmiónkov no le respondió.

–¿Cree usted que volverá a escribirme? –prosiguió Liza.

–¡No lo creo, Yelizaveta Kiríllovna!

Ella guardó silencio.

–En realidad, ¿qué me iba a escribir? Ya me lo dijo todo en la primera carta. No podía ser su esposa; pero he sido feliz... poco tiempo... pero he sido feliz.

Bizmiónkov agachó la cabeza.

–Ah –prosiguió ella con viveza–, si supiera cuánto me repugna ese Chulkaturin. En las manos de ese hombre siempre me parece estar viendo... su sangre –me encorvé en mi escondite–. Por lo demás –añadió con aire pensativo–, quién sabe, puede que sin ese duelo... Ah, cuando le vi herido, comprendí en seguida que le pertenecía por entero.

–Chulkaturin está enamorado de usted –observó Bizmiónkov.

–¿Y qué puede importarme a mí eso? ¿Acaso necesito yo el amor de nadie?... –se detuvo y agregó lentamente–: Excepto el suyo. Sí, amigo mío, su amor me resulta indispensable: sin usted estaría perdida. Me ha ayudado a superar estos atroces momentos...

Se calló. Bizmiónkov le acarició la mano con una ternura paternal.

–¡Qué le vamos a hacer, qué le vamos a hacer, Yelizaveta Kiríllovna! –repitió varias veces seguidas.

–También ahora –dijo ella en voz baja– tengo la impresión de que sin usted estaría muerta. Es usted mi único apoyo; además, me lo recuerda usted... Pues usted lo sabía todo. ¿Se acuerda de lo hermoso que estaba ese día? Pero perdóneme, esos recuerdos deben de resultarle penosos.

–¡Hable, hable! ¡No diga eso! ¡Siga usted, por el amor de Dios! –la interrumpió Bizmiónkov.

Ella le estrechó la mano.

–Es usted muy bueno, Bizmiónkov –prosiguió ella–, bueno como un ángel. ¡Qué puedo hacer! Siento que le amaré hasta la tumba. Le he perdonado y le estoy agradecida. ¡Que Dios le conceda felicidad y una mujer que satisfaga a su corazón! –y sus ojos se llenaron de lágrimas–. Con tal de que no me olvide de todo, con tal de que se acuerde de vez en cuando de su Liza... Salgamos –añadió después de una breve pausa.

Bizmiónkov llevó a sus labios la mano de Liza.

–Sé –continuó ella con calor– que ahora todo el mundo me acusa y me arroja piedras. ¡Que hagan lo que quieran! Pero no cambiaría mi desdicha por su felicidad. ¡No! ¡No!... No me amó mucho tiempo, pero me amó. Y no me engañó nunca: jamás me dijo que sería su mujer. Ni yo misma pensé en esa posibilidad. Sólo mi pobre padre albergaba esperanzas. E incluso ahora no soy del todo desdichada: me queda el recuerdo, y por terribles que sean las consecuencias... Me ahogo aquí... En este lugar nos encontramos por última vez... Salgamos al aire libre.

Se levantaron. Apenas tuve tiempo de echarme a un lado y ocultarme detrás de un grueso tilo. Salieron del templete y, a juzgar por el rumor de sus pasos, se internaron en el bosquecillo. No sé cuánto tiempo pasé allí sin moverme, sumido en una especie de desconcierto nebuloso; de pronto se oyeron de nuevo sus pisadas. Me estremecí y los observé con precaución desde mi escondrijo. Bizmiónkov y Liza volvían por el mismo sendero. Ambos estaban muy agitados, sobre todo Bizmiónkov. Se diría que había llorado. Liza se detuvo, le miró y pronunció con toda claridad las siguientes palabras:

–Acepto, Bizmiónkov. No lo habría hecho si simplemente hubiera querido salvarme, sacarme de una situación espantosa; pero usted me ama, lo sabe todo y me ama. Nunca encontraré un amigo más seguro y más fiel. Seré su esposa.

Bizmiónkov le besó la mano; ella le dedicó una triste sonrisa y regresó a la casa. Bizmiónkov desapareció en la espesura y yo me volví a mi habitación. Dado que Bizmiónkov le había dicho seguramente a Liza las mismas palabras que yo tenía intención de decirle, y ella le había respondido las mismas palabras que yo habría querido escuchar de sus labios, ya no tenía nada de lo que preocuparme. Al cabo de dos semanas se casaron. Los Ozhoguin se alegraron de encontrar un pretendiente.

Y bien, decidme ahora, ¿no soy de verdad un hombre superfluo? ¿No desempeñé en toda esa historia el papel de un hombre superfluo? El papel del príncipe... pero en ese caso sobran los comentarios; el de Bizmiónkov también resulta comprensible... Pero ¿yo? ¿En qué consistió mi intervención?... ¡Ah, estúpida quinta rueda de carreta!... ¡Qué destino tan amargo!... Pero como dicen los sirgadores: «Un empujón, un empujoncito más»... Un día más y luego otro, y ya no sentiré ninguna amargura ni ningún dulzor.

31 de marzo

Me encuentro mal. Escribo estas líneas en la cama. Ayer el tiempo cambió de pronto. Hoy hace calor; parece un día de verano. El hielo se funde, el agua fluye y corre. El aire huele a tierra removida: un olor intenso, poderoso, sofocante. Por todas partes se alzan nubes de vapor. El sol pica, cae a plomo. Me encuentro mal. Siento que me descompongo.

Quería escribir un diario y en lugar de eso ¿qué es lo que he hecho? He contado un solo episodio de mi vida. Se me ha ido la mano, los recuerdos se han despertado y se han apoderado de mí. He escrito sin prisas, de manera detallada, como si tuviera años por delante; y ahora ya no tengo tiempo para continuar. La muerte, viene la muerte. Puedo oír su amenazante *crescendo*... Ya es hora. ¡Ya es hora!

¡Por lo demás, poco importa! ¿Qué importancia tiene lo que pueda contar? Ante la perspectiva de la muerte, las últimas vanidades terrenas desaparecen. Siento que mi ánimo se va aquietando; todo mi ser se vuelve más simple, más claro. ¡Cuánto tiempo me ha costado entrar en razón! ¡Qué extraño! Me voy apaciguando, es cierto, pero al mismo tiempo... qué miedo tengo. Sí, tengo miedo. Inclinado a medias sobre el abismo profundo y silencioso, me estremezco, me doy la vuelta y observo con ávida atención cuanto me rodea. Cualquier objeto me resulta doblemente querido. ¡No me canso de mirar mi pobre y desangelada habitación, de despedirme de cada mancha de las paredes! ¡Saciaos por

última vez, ojos míos! La vida se escapa, huye de mí con pasos medidos y quedos, como se aleja la orilla de la mirada del marinero. El arrugado y amarillento rostro de la criada, envuelto en un pañuelo oscuro, el silbido del samovar sobre la mesa, el tiesto de geranios delante de la ventana, tú, mi pobre perro Tresor, la pluma con la que escribo estos renglones, mi propia mano... Todo lo veo en estos momentos... Estáis ahí... ¿Es posible... que hoy mismo... deje de veros? ¡Qué duro es para un ser vivo abandonar la vida! ¿Por qué te pegas a mí, pobre perro? ¿Por qué apoyas el pecho contra mi cama, agitas con frenesí la cola y no apartas de mí tus ojos bondadosos y tristes? ¿Te da pena de mí? ¿O acaso presientes que tu amo no va a durar mucho? ¡Ah, si pudiera recorrer con el pensamiento todos mis recuerdos, como recorro con la vista todos los objetos de mi habitación! Sé que esos recuerdos son tristes e insignificantes, pero no tengo otros. Un vacío, un vacío terrible, como decía Liza.

¡Ah, Dios mío, Dios mío! Me estoy muriendo... Ese corazón capaz de amar, dispuesto a amar, pronto dejará de latir... ¿Es posible que se apague para siempre sin haber conocido una sola vez la felicidad, sin haberse dilatado una sola vez bajo el dulce fardo de la alegría? ¡Ay! Es imposible, imposible, bien lo sé. Si al menos ahora, antes de morir –pues en cualquier caso la muerte es algo sagrado que eleva a cualquier criatura–, si al menos una voz querida, melancólica, afectuosa, entonara sobre mi lecho de muerte un canto de despedida, un canto sobre mi propia pena, tal vez me reconciliaría con ella. Pero morir de forma tan estúpida y solitaria...

Parece que empiezo a delirar.

¡Adiós, vida! ¡Adiós, jardín mío! ¡Adiós, tilos! Cuando llegue el verano, no olvidéis de cubriros de flores de arriba abajo. ¡Con qué gusto se tumbará la gente sobre la hierba fresca, a la sombra de vuestra perfumada copa, mecida por el murmullo de vuestras hojas levemente agitadas por el viento! ¡Adiós! ¡Adiós a todo! ¡Adiós para siempre!

¡Adiós, Liza! Nada más escribir esas dos palabras, he estado a punto de echarme a reír. Esa exclamación me parece libresca. Es como si estuviera componiendo un relato sentimental o la conclusión de una carta desesperada...

Mañana es primero de abril. ¿Será posible que muera mañana? En cierto modo, hasta sería inconveniente. Pero después de todo, me vendría bien...

¡Lo que me habrá importunado hoy el médico con su charla!...

1 de abril

Se acabó... Mi vida ha terminado. No cabe duda de que moriré hoy. Fuera hace calor... el ambiente es casi sofocante... ¿O es que mis pulmones ya no pueden respirar? He representado hasta el final mi pequeña comedia. Que caiga el telón.

Al volver a la nada, dejo de ser superfluo.

¡Ah, cómo brilla el sol! Sus poderosos rayos respiran eternidad...

¡Adiós, Teréntevna! Hoy por la mañana, sentada al pie de la ventana, ha llorado un poco... Tal vez por mí... o acaso porque presiente próximo su propio final. Le he hecho prometer que no «sacrificará» a Tresor.

Me cuesta mucho escribir... Dejo la pluma... ¡Ha llegado la hora! La muerte ya no se acerca con ese rumor creciente del trueno, como un carruaje que pasa de noche por el empedrado: está aquí, revolotea a mi alrededor, igual que ese soplo ligero que antaño levantaba los cabellos del profeta...

Me muero... ¡Vosotros que estáis vivos, vivid!

Al pie de mi tumba
jugará la joven vida

y la naturaleza impasible
resplandecerá con su eterna belleza.*

NOTA DEL EDITOR: Bajo esa última línea aparece el perfil de una cabeza con un gran tupé, bigote, ojos *en face* y pestañas como rayos; debajo de esa cabeza alguien ha escrito las siguientes palabras:

Este manuscrito ha sido leído
por Piotr Zudoteshin,
que no ha aprobado su contenido
MMMMM
Excelentísimo señor
Piotr Zudoteshin.
Excelentísimo señor.

Pero, como la escritura de esas líneas no se parece en nada a la del resto del cuaderno, el editor se considera autorizado a concluir que las susodichas líneas fueron añadidas más tarde por una mano ajena, tanto más cuanto que ha llegado a su conocimiento que el señor Chulkaturin murió realmente la noche del 1 al 2 de abril de 18..., en su hacienda familiar de Ovéchaia Vodá.

El hombre de las lentes grises

Recuerdos del año 1848

Pasé en París todo el invierno de 1847-1848. Mi apartamento estaba situado no lejos del Palais-Royal, por lo que casi todos los días iba allí a tomar café y a leer los periódicos. En aquella época, el Palais-Royal todavía no era ese lugar casi abandonado en que se ha convertido ahora, aunque sus días de gloria ya estaban lejanos, esa gloria clamorosa y especial que hacía que nuestros veteranos de 1814 y 1815, cada vez que se encontraban con un viajero que regresaba de París, formularan invariablemente esta pregunta:

–¿Y cómo le va a nuestro querido Palais-Royal?

Un día –el hecho sucedió a principios del mes de febrero de 1848- estaba sentado a una mesa bajo el toldo del café de la Rotonde. Un hombre de elevada estatura, fibroso y enjuto, con cabellos oscuros en los que despuntaban ya las canas y unas gafas de hierro oxidado con lentes ahumadas sobre la nariz aquilina, salió del café, echó una mirada y, una vez convencido de que todas las mesas que se encontraban bajo el toldo estaban ocupadas, se acercó a mí y me pidió permiso para sentarse a mi mesa. Naturalmente, se lo concedí. El hombre de las lentes grises no se sentó, sino que se dejó caer en la silla, echó hacia atrás su viejo sombrero de copa, cruzó sus huesudas manos sobre un bastón nudoso y pidió una taza de café. Cuando le ofrecieron un periódico se negó a aceptarlo, encogiéndose de hombros con aire desdeñoso. Intercambiamos algunas frases intrascendentes; recuerdo que en un par de ocasiones exclamó para sí: «¡Qué época más execrable... una época execrable!». Bebió con prisa su taza de café y se marchó en seguida; no obstante, la impresión que me causó tardó en desaparecer. No había duda de que era originario del sur de Francia –de Provenza o Gascuña–; su rostro atezado y arrugado, las mejillas hundidas, la boca desdentada, la voz sorda, similar a un grazuna vida agitada y errabunda. «Parece un hombre con muchas experiencias, quebrado y roto –pensé–. No es la primera vez que se encuentra en dificultades; probablemente ha pasado toda la vida metido en apuros, sometido a alguien; ¿de dónde habrá sacado ese sentimiento de superioridad, involuntario o consciente, que se advierte en la expresión de su rostro, en cada uno de sus movimientos, incluso en sus andares premiosos y descuidados? Ni los mendigos ni las criaturas humildes caminan así.» Sus ojos, de color marrón oscuro, con el blanco amarillento, me causaron una honda impresión: o bien los abría en toda su amplitud y contemplaba lo que tenía delante con una mirada inmóvil e inexpresiva, o bien los entrecerraba de forma extraña, levantando las cejas erizadas y mirando de soslayo con el rabillo del ojo... Una expresión burlona y perversa se encendía entonces en cada uno de los rasgos de su cara. No obstante, no pensé mucho en él ese día; la expectación causada por los inminentes banquetes en beneficio de las reformas ocupaban entonces a todo París, por lo que me puse a leer los periódicos.

Al día siguiente volví a dirigirme al Palais-Royal para tomar mi café y allí volví a encontrarme con el hombre de la víspera. Fue el primero en saludar, inclinándose ante mí como si fuera un viejo conocido. Esbozó una ligera sonrisa y ya sin pedir permiso, como si pensara que una entrevista con él tenía que resultarme agradable, se sentó a mi mesa, aunque ninguna otra estaba ocupada, e inició en seguida una conversación, sin andarse con ceremonias ni mostrar embarazo alguno.

Pasaron algunos instantes...

–¿Es usted extranjero, no es cierto? ¿Ruso? –me preguntó de repente, removiendo lentamente la cucharilla en la taza de café.

–Que soy extranjero lo ha podido adivinar por mi acento, pero ¿cómo ha sabido que soy ruso?

–¿Cómo? Acaba de decir usted «perdón» alargando la «e»: pe-erdón. Sólo los rusos alargan así las palabras. No obstante, aun sin eso sabía que es usted ruso.

Estaba a punto de pedirle que se explicara... cuando volvió a hablar:

–Ha hecho muy bien en venir aquí precisamente ahora. Es una época muy interesante para un turista. Va usted a ver... grandes cosas *(des grandes choses)*.

–¿Qué es lo que voy a ver?

–Pues mire. Estamos a comienzos de febrero... y antes de que pase un mes Francia será una república.

–¿Una república?

–Sí. Pero no se alegre demasiado... si es que eso le alegra. A finales de año los bonapartistas dominarán –él empleó una expresión mucho más fuerte– esa misma Francia.

Cuando habló de la proximidad de una república, no creí ni una sola de sus palabras y me limité a pensar: «Este hombre quiere impresionarme: a sus ojos debo de ser un escita inexperto»... Pero ¡los bonapartistas! ¿De qué bonapartistas estaba hablando? En aquella época reinaba Luis Felipe y nadie pensaba en los bonapartistas; al menos, nadie hablaba de ellos. ¿Acaso me había topado con un embaucador? ¿O con uno de esos granujas que deambulan por los cafés y los hoteles, olfateando extranjeros, a los que generalmente terminan por pedirles dinero prestado? Pero no: no tenía ese aspecto... Además, esa desenvoltura poco ceremoniosa, ese tono indiferente con el que pronunciaba sus paradojas...

–Entonces, ¿cree usted que el rey no va a condescender con ninguna reforma? –le pregunté después de un breve silencio–. Parece que las exigencias de la oposición no son muy grandes...

–¡Claro, claro! *(Connu, connu...)* –exclamó con indiferencia–. Ampliación de los derechos electorales, igualdad de oportunidades, etcétera. Palabras, palabras, palabras. Ni habrá banquetes, ni el rey hará concesiones, ni Guizot* estará de acuerdo con nada. Sin embargo –se interrumpió, dándose cuenta, probablemente, de la desagradable impresión que me estaba causando–, ¡al diablo con la política! Es divertido ocuparse de ella, pero contemplar cómo otros lo hacen es estúpido. Los perros pequeños se comportan así, mientras los grandes... disfrutan de la vida. A los pequeños sólo les queda una cosa: ladrar o aullar. Hablemos de otra cosa.

No recuerdo el tema sobre el que giró nuestra conversación...

–¿Va usted al teatro? –volvió a preguntarme con esa misma improvisación que ya había advertido y que me hizo pensar que no prestaba atención a cuanto le decían–. Todos los rusos son grandes aficionados.

–Sí, voy al teatro.

–Y probablemente admira usted a nuestros actores.

–Sí, a algunos... Especialmente a los del Théâtre Français...

–A todos nuestros actores –me interrumpió– les pierde el buen gusto. Son esas costumbres, esas escuelas, ¡una pena! Parece como si hubieran sido destripados o estuvieran entumecidos. Me recuerdan a los pescados que se encuentran en los mercados rusos en invierno. Ninguno de nuestros actores dirá en el escenario: «Te quiero», sin abrir las piernas como un compás y poner los ojos en blanco. ¡Y todo en aras del buen gusto! Sólo en Italia se encuentran actores de verdad. Cuando vivía en Italia... A propósito, ¿qué me dice usted de la constitución que el rey Bomba ha concedido a sus fieles súbditos? No les perdonará ese favor en mucho tiempo, ¡en mucho tiempo! Bueno... como le iba diciendo, cuando vivía en Nápoles, había unos actores extraordinarios en el teatro popular de la localidad, ¡una maravilla! En realidad, todo italiano es un actor. Es su naturaleza, y sólo estamos hablando de naturalidad. Ningún actor de Francia, ni siquiera los del Palais-Royal, puede competir con cualquier predicador ambulante... *Per le santissime anime del Purgatorio*! –exclamó de repente, con una cantarina voz nasal y, en lo que yo puedo juzgar, con un puro acento italiano, casi como un nativo.

Me eché a reír; él también se rió, en silencio, abriendo mucho la boca y mirándome con el rabillo del ojo.

–No obstante... Rachel –empecé yo...

–Rachel –repitió él–. Sí: tiene fuerza. La fuerza y el color de la raza judía, que se ha adueñado de los bolsillos del mundo entero y pronto se adueñará de todo lo demás. Quien tiene el bolsillo, tiene a la mujer; y quien tiene a la mujer tiene al hombre *(Qui a la poche, a la femme; et qui a la femme, a l'homme)*. Sí... ¡Rachel! También está ese Meyerbeer que sigue amenazándonos e irritándonos con su *Profeta*. Le daré... No, no le daré... Es un hombre ingenioso: un judío, en una palabra... un maestro, aunque no en un sentido musical. No obstante, en los últimos tiempos incluso Rachel se ha echado a perder... y ustedes, los extranjeros, son los culpables. En Italia hay una actriz... se llama Ristori. Dicen que se ha casado con un marqués y ha abandonado el escenario. Es excelente, aunque un tanto afectada.

–¿Ha vivido mucho tiempo en Italia? –le pregunté.

–Sí, bastante. Pero ¡en qué lugar no he vivido!

–¿Ha estado usted en Rusia?

–¿Le gusta también la música? –exclamó, sin contestar a mi pregunta–. ¿Va usted a la ópera?

–Me gusta la música.

–¿Le gusta? ¡Hum! ¿Le gusta? Resulta comprensible. Es usted eslavo y todos los eslavos son unos melómanos. Es la peor de las artes. Cuando no actúa sobre el individuo es aburrida; y, cuando lo hace, es perjudicial.

–¿Perjudicial? ¿Por qué perjudicial?

–Es perjudicial, como los baños demasiado calientes. Pregunte a los médicos.

–¡Vaya! Bueno, ¿y qué opina de las otras artes?

–El único arte que existe es la escultura. Es fría, desapasionada, grandiosa, y despierta en el individuo el sentimiento (o la ilusión, como prefiera) de la inmortalidad y la eternidad.

–¿Y la pintura?

–¿La pintura? Demasiada sangre, demasiados cuerpos, demasiado color... mucho pecado. ¡Se pintan mujeres desnudas! Una estatua nunca está desnuda. ¿Por qué excitar al hombre? Todos los hombres son pecadores, criminales; todos están penetrados hasta los huesos por el pecado.

–¿Todos sin excepción? ¿Y todos hasta los huesos?

–¡Todos! Usted, yo, incluso ese solterón gordo con cara bondadosa que está comprando una muñeca a un niño ajeno o tal vez propio: todos somos criminales. Todo el mundo ha cometido algún delito en su vida y nadie tiene derecho a decir que no hay sitio para él en el vil banquillo de los acusados.

–Debe saberlo usted mejor que nadie –no pude dejar de exclamar.

–Así es: lo sé mejor que nadie. *Experto credi* (en lugar de *crede*) *Roberto*.*

–Bueno ¿y la literatura? ¿Cuál es su opinión sobre la literatura? –proseguí con mi examen. «Ya que estás tratando de engañarme –pensé–, ¿por qué no voy a burlarme un poco de ti? Eres tú el que se ha equivocado en una cita en latín que nadie te había pedido.»

El desconocido sonrió con indiferencia, como si hubiera comprendido mi pensamiento.

–La literatura no es un arte –exclamó con despreocupada voz–. La literatura, ante todo, debe entretener. Y la única literatura que entretiene es la biográfica.

–¿Tan aficionado es usted a las biografías?

–No me ha comprendido usted bien. Me refiero a esas obras en las que el autor le habla al lector de sí mismo (se exhibe a sí mismo) para causar la risa. En realidad, la gente no puede comprender otra cosa... ¡Así es! Por eso el escritor más grande es Montaigne. No hay otro como él.

–Tiene fama de ser un gran egoísta –observé.

–Sí, y en eso reside su fuerza. Es el único que ha tenido el valor de ser un egoísta y un mamarracho hasta el final. Por eso me divierte. Leo una página, otra... me río de él, de mí mismo... y eso es todo.

–Bueno ¿y los poetas?

–Los poetas se ocupan de la música de las palabras, de la música verbal. Y ya conoce usted mi opinión sobre la música.

–Entonces ¿qué se debe leer? ¿Qué debe leer, por ejemplo, la gente corriente? ¿U opina usted que la gente corriente no debe leer?

(Advertí en uno de los dedos del desconocido un anillo con un blasón; a pesar de su aspecto miserable y harapiento, me pareció que debía de tener opiniones aristocráticas; de hecho, tal vez perteneciera por nacimiento a la aristocracia.)

–Al contrario –me respondió–. La gente corriente debe leer; pero es completamente irrelevante lo que lea. Se dice que sus mujiks no leen más que un libro –*Franzil el veneciano*, me pasó por la cabeza–. Si terminan de leer un libro, compran otro semejante. Y hacen bien. Eso les da importancia a sus propios ojos y les impide pensar. En cuanto a los que van a la iglesia, esos no necesitan leer nada en absoluto.

–¿Tal significado concede usted a la religión?

El desconocido me miró de reojo por encima del borde de las lentes.

–No creo mucho en Dios, señor; pero la religión es algo muy importante. No hay nada mejor que servirla... no hay mejor vocación que ser sacerdote. Los sacerdotes son seres extraordinarios; sólo ellos han comprendido el verdadero significado del poder: ordenar con humildad y obedecer con orgullo; en eso consiste el secreto. El poder... el poder... Detentar el poder: ¡no hay otra felicidad en la tierra!

Había empezado a acostumbrarme a los giros inesperados de nuestra conversación y sólo trataba de no quedarme rezagado respecto a mi extraño interlocutor. Él, por contra, hablaba como si todos esos axiomas que pronunciaba con tanto convencimiento fluyeran uno tras otro, de manera consecuente y lógica, aunque al mismo tiempo sentía que le daba absolutamente igual si estaba o no de acuerdo con él.

–Si tiene tanta sed de poder –empecé yo– y tan alta opinión le merece el clero, ¿por qué no ha seguido ese camino? ¿Por qué no se ha hecho sacerdote?

–Su observación es acertada, señor; pero apuntaba más alto. Quería fundar mi propia religión.. Y lo intenté... durante mi estancia en América. Sin embargo, no era el único que tenía esa intención. Allí casi todo el mundo se ocupa de eso.

–¿También ha estado usted en América?

–He vivido allí dos años. Quizá haya advertido usted que masco tabaco: pues esa mala costumbre la adquirí allí. No fumo ni tomo rapé, sólo masco. ¡Perdóneme! –Escupió hacia un lado–. Pues de eso se trata: quería fundar una religión; incluso había inventado ya una leyenda que no estaba nada mal. Para que fuera aceptada, tenía que ser un mártir, verter mi propia sangre... Sin ese cemento no se pueden sentar los cimientos. No ocurre como en la guerra, donde es mucho más útil verter la sangre ajena. ¡Y yo no quería verter la mía! ¡Eso sí que no!

Guardó silencio durante un minuto.

–Acaba usted de decirme que tengo sed de poder –volvió a exclamar–. En eso tiene usted razón. Por ejemplo, estoy convencido de que un día seré rey.

–¿Rey?

–Sí, rey... En alguna isla desierta.

–¿Rey... sin súbditos?

–Siempre es posible encontrar súbditos. Ustedes en Rusia tienen un proverbio: «Si tuviera una artesa y algo dentro de la artesa, encontraría también un cerdo». La obediencia está en la naturaleza de los hombres. Surcarán los mares en busca de mi isla con el único propósito de someterse a un amo. Esté usted seguro.

«¡Estás loco!», pensé.

–¿Por eso supone usted –exclamé en voz alta– que los franceses se someterán a los bonapartistas?

–Por eso mismo, señor mío.

–Pero, permítame –exclamé–, ¿acaso no tienen los franceses ahora un rey, un amo? Es probable que esa necesidad humana a la que acaba usted de referirse, la necesidad de someterse, esté ya satisfecha.

Mi interlocutor sacudió la cabeza.

–Pero fíjese usted en que nuestro rey actual, Luis Felipe, ya no se siente ni rey ni amo. No obstante, habíamos quedado en no hablar de política.

–¿Prefiere usted la filosofía? –exclamé.

Escupió a una gran distancia, a la manera americana, el tabaco que había estado masticando.

–¡Ajá! ¿Así que le gusta hablar de manera irónica? Bueno, no tengo nada en contra de la filosofía, sobre todo porque mi filosofía es muy sencilla y en nada se parece, por ejemplo, a la filosofía alemana, que desconozco por completo, pero que odio, como a todos los alemanes –los ojos del desconocido brillaron de repente–. Los odio porque soy un patriota. Usted, que es ruso, debe de odiarlos también.

–Bueno... yo...

–Si no es así, peor para usted. Espere un poco y le mostrarán de lo que son capaces. Los odio y los temo –añadió, bajando la voz–, y uno de mis mejores recuerdos consiste en que en una ocasión tuve la fortuna de disparar contra ellos, ¡contra esos alemanes!

–¿De veras? ¿Y dónde fue eso?

–Una vez más en Italia. Tomé parte... Pero espere. Estábamos hablando, me parece, de filosofía. Me complazco en informarle de que toda mi filosofía se resume en lo siguiente: en la vida humana hay dos desgracias: el nacimiento y la muerte. Esa segunda desgracia es menos importante... y puede ser voluntaria.

–¿Y la propia vida?

–¡Hum! No se la puede definir así de golpe. Pero advierta que en la vida sólo hay dos cosas buenas: precisamente cuando el hombre contribuye al nacimiento... o a la muerte, es decir, a una de esas dos desgracias a las que acabo de referirme. *Guerra, caza y amores*, como dicen los españoles.

Casualmente, conocía ese proverbio.

–Olvida usted el segundo verso –señalé yo–: *Por un placer mil dolores*.

–¡Excelente! Ahí tiene usted la prueba de la verdad de mi filosofía. Sin embargo –añadió, levantándose rápidamente de la silla–, ya hemos hablado bastante. ¡Adiós!

–¡Espere, espere! –exclamé–. Hemos estado hablando durante casi una hora y todavía no sé con quién he tenido el honor...

–¿Quiere saber mi nombre? ¿Para qué? Yo no le he preguntado a usted el suyo. Tampoco le he preguntado dónde vive, y no considero necesario decirle dónde vivo yo, en qué tugurio habito. Nos hemos encontrado aquí y eso es todo. ¿Es que le gusta conversar conmigo? –entornó los ojos con aire burlón–. ¿Acaso le gusto?

Me sentí un poco disgustado. Ese hombre era muy desconsiderado.

–Me interesa usted, señor –respondí, con deliberada parsimonia–, pero no me gusta.

–Y usted no me interesa a mí, pero me gusta. Creo que eso es suficiente en una relación como la nuestra. Si quiere llámeme... bueno, *monsieur* François. Y yo, si le parece bien, le llamaré a usted *monsieur* Iván... Casi todos los rusos se llaman así. Llegué a esta conclusión cuando tuve la desgracia de trabajar como instructor en casa de un general ruso, en una de sus provincias ¡El general era completamente tonto y la provincia completamente pobre! ¡Y ahora, adiós, *monsieur* Iván!

Se dio la vuelta y se fue.

–Adiós, *monsieur* François –le grité mientras se alejaba.

«¿Qué clase de hombre es? –me preguntaba mientras volvía a casa–. ¡Qué criatura más extraña! ¿Se está burlando de mí, se está inventando toda clase de historias o realmente está convencido de lo que dice? ¿Qué hace? ¿De qué se ocupa? ¿Cuál es su pasado? ¿Quién es? ¿Un escritor fracasado, un periodista, un profesor de escuela, un hombre de negocios arruinado, un noble empobrecido, un actor

retirado? ¿Y qué es lo que está tratando de conseguir ahora? ¿Y por qué me ha elegido precisamente a mí como confidente?»

Todas esas preguntas me formulé... pero, como resulta evidente, no pude hallar respuesta para ninguna de ellas. No obstante, ese hombre había despertado mi curiosidad, por lo que al día siguiente experimenté cierta agitación cuando me dirigí al Palais-Royal. Ese día esperé en vano al excéntrico desconocido, pero un día más tarde apareció de nuevo bajo el toldo del café.

–¡Ah, *monsieur* Iván! –exclamó en cuanto me vio–. Buenos días. El destino parece habernos reunido de nuevo. ¿Cómo está usted?

–Muy bien, gracias. ¿Y a usted cómo le va, *monsieur* François?

–Yo también estoy bien *(Ça boulotte.)* No obstante, ayer estuve a punto de morirme... Un ataque al corazón... Pude oler la muerte... ¡Un olor detestable! Pero eso no tiene importancia. Vamos a sentarnos en el jardín; hoy hay mucha gente aquí. No puedo soportar que me mire la gente que está sentada a mi lado o detrás, a mi espalda. Además, hace un tiempo excelente.

Nos dirigimos al jardín y allí nos sentamos. Recuerdo que cuando tuvo que pagar dos *sous* por su silla, sacó de su bolsillo un monedero pequeño, viejo y plano, y pasó un buen rato rebuscando en su interior, pues apenas había en él algo más que esas dos monedas. Yo esperaba que tomara el hilo de sus paradojas... pero todo sucedió de otro modo. Empezó a preguntarme por varios significativos personajes rusos. Le conté lo que sabía, pero él quería más detalles, más datos biográficos. Resultó que sabía muchas cosas que yo ni siquiera sospechaba. Ese hombre tenía un enorme caudal de información.

Poco a poco, nuestra conversación fue derivando hacia temas políticos. En realidad, resultaba difícil escapar de la política, dado el estado de agitación de la opinión pública en aquella época. El señor François mencionó de pasada y como a disgusto a Guizot y a Thiers;* sobre el primero comentó que Francia era una nación desdichada: sólo tenía un hombre con una voluntad de hierro y había aparecido en un momento inoportuno; sobre el segundo se limitó a expresar su lástima, diciendo que su papel había terminado hacía mucho tiempo.

–Pero ¡si acaba de comenzar! –exclamé yo–. ¡Menudos discursos está pronunciando en la Cámara de Diputados!

–Pronto vendrán otros hombres –murmuró–, y todos esos discursos sólo son ruido, nada más. Ese hombre está navegando en una barca y le habla a la cascada que está a punto de engullirle a él mismo y a su barca. Sin embargo, veo que no me cree usted.

–Bueno –proseguí–, supone usted que Odilon Barrot...** –en ese momento el señor François me miró fijamente y, tras echar hacia atrás la cabeza, se rió a carcajadas.

–Bum, bum, bum –dijo, imitando al camarero que distribuía los cafés por la rotonda–, eso es Odilon Barrot para usted... ¡Bum, bum!

–Sí –dije yo, no sin enfado–. Según usted, estamos a las puertas de la república. Y los socialistas son esos hombres nuevos de los que habla usted, ¿no es así?

El señor François adoptó una postura algo solemne.

–El socialismo ha nacido en Francia, señor, y morirá en Francia, si es que no ha muerto ya. O lo matarán. Lo matarán de dos maneras: o con burlas (pues el señor Considérant* no puede afirmar impunemente que a la gente le crecerá un rabo con un ojo en la punta...) o así –y al pronunciar esas palabras hizo un gesto con ambas manos, como si estuviera apuntando con un fusil–. Voltaire decía que los franceses no tienen cabezas épicas; y yo me atrevo a afirmar que no tenemos cabezas socialistas.

–En el extranjero no se tiene esa opinión de ustedes.

–En ese caso, todos ustedes, señores extranjeros, están demostrando por centésima vez que no nos comprenden. En la actualidad, el socialismo requiere una fuerza creadora. La buscará entre los italianos, entre los alemanes... entre ustedes quizá. Ahora bien, el francés es un inventor (ha inventado casi todo)... pero no un creador. El francés es agudo y estrecho como una espada: es así

como puede penetrar en la esencia de las cosas, inventar, encontrar... Pero para crear hay que ser ancho y redondo.

–Como los ingleses o sus estimados alemanes –observé yo, no sin ironía.

Pero el señor François no prestó atención a mi pulla.

–¡El socialismo! ¡El socialismo! –prosiguió–. No es un principio francés. Nuestros principios son completamente distintos. Tenemos especialmente dos; dos piedras angulares: revolución y rutina. Robespierre y el señor Proudhon[**]: ésos son nuestros héroes nacionales.

–¿De veras? ¿Y el elemento militar dónde lo sitúa usted?

–En absoluto somos un pueblo militar. ¿Le sorprenden mis palabras? Somos un pueblo valiente, muy valiente; belicoso, pero no militar... Gracias a Dios, valemos más que todo eso. –Movió los labios–. Sí, así es. Y si no existiéramos nosotros, los franceses, no existiría Europa.

–Pero existiría América.

–No. Pues América es lo mismo que Europa, sólo que al revés. Los americanos no tienen ninguna de las bases en las que se asienta el edificio del Estado europeo... y sin embargo, los resultados parecen ser los mismos. Todo lo humano es lo mismo. Recuerde usted la instrucción del sargento a los reclutas: «Giro a la derecha es lo mismo que giro a la izquierda, sólo que a la inversa». Pues eso es lo que pasa con América: es lo mismo que Europa, sólo que a la izquierda.

»Si Francia fuera Roma –continuó el señor François después de un breve silencio–, sería un buen momento para que apareciese Catilina. Ahora, cuando pronto, muy pronto (ya lo verá usted, señor) las piedras –aquí elevó la voz–, las piedras de nuestras calles (aquí, muy cerca, en algún lugar próximo al que nos encontramos ahora), volverán a probar la sangre. Pero no aparecerá ningún Catilina, así como tampoco ningún César; sólo aparecerán el mismo Proudhon y el mismo Robespierre. A próposito, ¿no está usted de acuerdo conmigo en que es una pena que Shakespeare no escribiera sobre Catilina?

–¿Así que tiene usted una elevada opinión de Shakespeare, a pesar de que es poeta?

–Sí. Era un hombre que nació con buena estrella, un hombre de talento. Sabía ver al mismo tiempo lo blanco y lo negro, lo que es muy raro; y no se decantó ni por lo blanco ni por lo negro, lo que es más raro aún. Escribió una obra extraordinaria, *Coriolano*, la mejor de todas sus creaciones.

De pronto me vinieron a la cabeza mis suposiciones sobre el aristocratismo de *monsieur* François.

–Tal vez *Coriolano* le gusta tanto porque en esa tragedia Shakespeare se refiere al pueblo, a la multitud, en términos muy irrespetuosos, casi despectivos.

–No –objetó *monsieur* François–. Yo no desprecio a la multitud; en general, no desprecio al pueblo. Antes que despreciar a los otros, habría que empezar por uno mismo... lo que en mi caso sólo sucede muy rara vez... cuando no tengo nada que comer –añadió bajando la voz y frunciendo el ceño con aire sombrío–. ¿Despreciar al pueblo? ¿Por qué razón? El pueblo es como la tierra. Si quiero, la labro... y me da de comer; y, si no quiero, la dejo en barbecho. Ella me lleva y yo la pisoteo. Es verdad que a veces se sacude de repente como un caniche mojado y derriba todo lo que hemos construido sobre ella: todos nuestros castillos de naipes. Pero, en realidad, esos terremotos se producen muy rara vez. Por otro lado, sé perfectamente que al final acabará engulléndome... Y el pueblo también me engullirá. No se puede evitar. Pero ¿despreciar al pueblo? Sólo puede despreciarse aquello que, en otras circunstancias, habría que respetar. Y, en este caso, ni uno ni otro sentimiento son apropiados. Aquí lo importante es saber sacar provecho de las circunstancias. Eso es lo importante: saber sacar provecho.

–Y permita que le pregunte: ¿ha sabido usted sacar provecho de las circunstancias?

Monsieur François suspiró.

–No, no he sabido.

–¿Es posible?

–Le digo que no he sabido. Usted me mira y probablemente piensa: «Estás profetizando que en Francia pronto estallará la revolución... y ése será el momento en que puedas pescar en aguas revueltas». Pero un lucio nunca pesca en aguas revueltas. ¡Y yo ni siquiera soy un lucio! –Se volvió

bruscamente en la silla y golpeó el respaldo con el puño–. ¡No! ¡Yo no he sacado provecho de las circunstancias! ¡De haberlo hecho, no me presentaría ante usted con este aspecto! –y señaló sus ropas con un rápido ademán–. En ese caso, no creo que le hubiera conocido... Lo que lamentaría mucho –añadió con una sonrisa forzada–. Y no viviría en ese desván en el que vivo ni tendría la posibilidad, cuando me levanto por la mañana y contemplo el mar de tejados y chimeneas de París, de repetir las palabras de Yugurta: *Urbs venalis*. Hum, sí. Yo mismo habría sido como esta ciudad; no me habría encontrado en la situación actual; no habría padecido esta necesidad y esta pobreza...

«Ahora es cuando me va a pedir dinero», pensé. Pero guardó silencio, dejó caer la cabeza sobre el pecho y empezó a remover la arena con la contera del bastón. Luego volvió a suspirar profundamente, se quitó las gafas, sacó un viejo pañuelo a cuadros del bolsillo trasero, hizo un ovillo con él y se lo pasó dos veces por la frente, levantando mucho el codo.

–Sí –exclamó finalmente, con voz apenas audible–. La vida es un asunto bien triste; un asunto bien triste es la vida, mi querido buen señor. Lo único que me consuela es que moriré pronto y seguramente de muerte violenta. –«¿Y no ibas a ser rey?», por poco se me escapa de los labios; pero me contuve–. Sí, de muerte violenta. Mire usted esto –y acercó hacia mí su mano izquierda, con la que sostenía las gafas; con la palma hacia arriba, y sin soltar el pañuelo, puso en ella el dedo índice de la mano derecha... las dos estaban bastante sucias–. ¿Ve usted ese trazo que atraviesa la línea de la vida?

–¿Es usted quiromante? –le pregunté.

–¿Ve usted ese trazo? –insistió–. Así pues, tengo razón. Y quiero que sepa de antemano, señor, que, si alguna vez se encuentra en algún sitio donde lo último que se le ocurriría es acordarse de mí, y de todos modos se acuerda, eso significará que ya no estoy vivo.

Volvió a bajar la cabeza y dejó caer la mano con el pañuelo sobre la rodilla; la otra, en la que tenía las gafas, colgaba como una fusta. Aprovechando que *monsieur* François miraba al suelo –por lo que sus ojos no me importunaban–, le contemplé con mayor atención. De pronto me pareció un viejo: tal era el cansancio que se advertía en la inclinación de su espalda y de sus hombros, en la misma postura de sus grandes pies planos, embutidos en botas remendadas; con tanta amargura apretaba los labios; tan profundamente se hundían sus mejillas sin afeitar; con tanta endeblez se combaba su delgado cuello; con tanta amargura caía un mechón de sus canosos cabellos sobre su frente surcada de arrugas... «Eres un hombre desdichado y digno de lástima –me dije en ese momento–. Desdichado en todas tus empresas e iniciativas, en tus asuntos familiares y de toda índole. Si has estado casado, tu mujer te ha engañado y te ha abandonado; y si tienes hijos, ni los ves ni sabes nada de ellos...»

Una fuerte exclamación en ruso interrumpió mis pensamientos: alguien me llamaba. Me volví y vi a dos pasos de mí a Aleksandr Herzen, que por aquel entonces vivía en París. Me levanté y me acerqué a él.

–¿Con quién estás sentado? –empezó, sin moderar lo más mínimo su sonora voz–. ¡Vaya pinta tiene!

–¿Qué le pasa?

–Pero, por favor, si es un espía. Seguro que es un espía.

–¿Acaso lo conoces?

–No lo he visto en mi vida; pero basta con mirarle. Un espía en toda regla. ¿Por qué tratas con él? ¡Será mejor que tengas cuidado!

No respondí nada a las palabras de Aleksandr Herzen. Pero, como sabía que, a pesar de su brillante y penetrante inteligencia, su habilidad para comprender a las personas, especialmente en los primeros encuentros, era bastante débil, y como recordaba perfectamente que a su hospitalaria y acogedora mesa concurrían a veces personajes de lo más desagradable, personajes que despertaban su confiada simpatía a causa de algunas palabras y que posteriormente resultaban verdaderos... agentes, como él mismo ha contado después en sus memorias, no concedí especial importancia a sus advertencias, y tras agradecerle su amistosa preocupación, regresé junto a *monsieur* François, que seguía sentado como antes, inmóvil y abatido.

–Lo que quería decirle –exclamó en cuanto me senté a su lado– es que ustedes los rusos tienen una costumbre muy fea. En la calle, entre extraños, entre franceses, se ponen a hablar en voz alta en ruso, como si estuvieran convencidos de que nadie los entiende. Y es una actitud muy imprudente. Por ejemplo, yo he comprendido todo lo que le ha dicho su amigo.

Enrojecí.

–Por favor, no vaya a pensar... –empecé–. Por supuesto... mi amigo...

–Le conozco –me interrumpió *monsieur* François–; es un hombre muy gracioso... Pero *errare humanum est* –parecía evidente que a *monsieur* François le gustaba jactarse de su conocimiento del latín–. A juzgar por mi aspecto, uno puede imaginar cualquier cosa de mí. Pero haga el favor de reparar en lo siguiente: en caso de que fuera lo que su amigo me ha llamado, ¿qué beneficio obtendría espiándole a *usted*?

–Claro... claro... tiene usted razón –exclamé.

Monsieur François me miraba con aire triste.

–¿Aprendió usted ruso cuando trabajaba como instructor en casa del general? –le pregunté; la cuestión era bastante inoportuna, pero estaba ansioso por sacudirme cuanto antes la desagradable impresión que el juicio algo apresurado de Herzen me había causado.

El rostro de *monsieur* François se reanimó; incluso sonrió y me dio una palmada en la rodilla, como queriendo comunicarme que comprendía y apreciaba mi intención; se puso las gafas y volvió a coger el bastón, que había dejado caer.

–No –exclamó–. Lo aprendí antes. Aprendí su lengua en Siberia, adonde me dirigí desde América, desde Texas, atravesando California... ¡Así que he estado en su Siberia! ¡Y qué cosas extraordinarias me sucedieron allí!

–¿Por ejemplo?

–No voy a hablar de Siberia... por muchas razones. Temo entristecerle u ofenderle. Mejor que no digamos nada –añadió en un ruso imperfecto–. Je, je. Pero escuche lo que me sucedió una vez en Texas.

Y *monsieur* François empezó a contarme con toda suerte de detalles, algo que no era habitual en él, que en una ocasión, viajando por Texas durante el invierno, llegó a última hora de la tarde a la cabaña de un colono mexicano; al despertarse por la noche, vio que su anfitrión estaba sentado en su cama con un cuchillo en la mano: *con una navaja*; ese hombre, de una estatura enorme, fuerte como un buey y borracho, le explicó a François que iba a matarle porque su rostro le recordaba al de su peor enemigo. «Demuéstrame –le dijo el mexicano– que no tengo derecho a divertirme vertiendo toda tu sangre como si fueras un verraco, pues puedo hacerlo todo con la mayor impunidad, sin que nadie en el mundo se entere de lo que ha pasado contigo; y en caso de que alguien llegara a saberlo, nadie me pediría cuentas, ya que a nadie en el mundo le importa lo que a ti te pase. Bueno, trata de demostrarlo. Gracias a Dios, tenemos mucho tiempo.»

–Así que tuve que pasarme toda la noche –continuó *monsieur* François–, con un cuchillo en mi garganta, tratando de demostrarle a esa fiera borracha, bien citando textos de las Sagradas Escrituras (lo que podía influir sobre él, ya que era católico), bien recurriendo a argumentos de índole general, que el placer que le procuraría mi muerte no era tan grande como para justificar que se manchara las manos... «Tendrás que enterrar mi cadáver, aunque sólo sea para que todo quede limpio; y eso supone mucho trabajo...» Incluso me vi obligado a contarle cuentos y a cantar canciones. «¡Canta conmigo! ¡La muchachaa-a!...», bramó. Yo le acompañaba... y el filo del cuchillo, *de cette diablesse de navaja*, pendía a unos centímetros de mi garganta. Todo terminó con que el mexicano cayó dormido a mi lado, apoyando su desgreñada y repugnante cabeza en mi pecho.

Monsieur François me contó esa historia en voz baja, sin apresurarse, como si se estuviera quedando dormido. De pronto abrió mucho los ojos y guardó silencio.

–Bueno, ¿y qué hizo usted con él? –le pregunté–. ¿Con ese mexicano?

–Bueno, yo... le privé de la posibilidad de volver a gastar bromas tan estúpidas.

–¿Qué quiere decir?

–Tomé el cuchillo de su mano... y, tras terminar con ese asunto, seguí mi camino. Me sucedieron otras aventuras... La mayoría de ellas a causa de esas canallas –añadió, señalando con el dedo a una mujer de mediana edad que pasaba por allí, modestamente vestida.

–¿A causa de quién?

–De esas... faldas –aclaró su pensamiento–. ¡Ah, mujeres! ¡Mujeres! Son ellas las que le cortan a uno las alas, las que le envenenan la sangre. Pero será mejor que me vaya. Probablemente le estoy aburriendo, y no quiero aburrir a nadie. Especialmente a un hombre que no tiene necesidad de ello.

Se enderezó con orgullo, se levantó y se alejó, dirigiéndome apenas una inclinación de cabeza y agitando con soltura el bastón.

Debo reconocer que no me creí una sola palabra de esa historia mexicana. Incluso hizo que la opinión que tenía de *monsieur* François empeorara. De nuevo me vino a la cabeza la idea de que me estaba tomando el pelo. Pero ¿con qué fin? «¡Lunático! ¡Lunático!», me repetí. En cualquier caso, y a pesar de la opinión de Herzen, no podía tomarlo por un espía. No obstante, me sorprendía que ninguna de las numerosas personas que pasaban por el Palais-Royal le dirigiera la palabra ni le reconociera. En verdad, a algunas de ellas les guiñaba el ojo... ¿O sólo se trataba de una suposición mía?

He olvidado decir que *monsieur* François nunca olía a vino. Ello se debía, quizá, a que no tenía dinero para procurárselo. Pero no: daba la impresión de ser un hombre sobrio.

Ni al día siguiente ni en los inmediatamente posteriores apareció por el café, por lo que poco a poco fui olvidándome de *monsieur* François.

Poco antes del 24 de febrero hice un viaje a Bélgica, por lo que las primeras noticias sobre la revolución en Francia me llegaron cuando me encontraba en Bruselas. Recuerdo que durante todo un día nadie recibió cartas ni periódicos de París; los habitantes de la ciudad se agolpaban en las calles y en las plazas; todo parecía suspendido en una ansiosa espera. El 26 de febrero, a las seis de la mañana –estaba todavía en la cama, aunque no dormía–, la puerta de mi habitación de hotel se abrió de par en par y alguien gritó con voz estentórea: «¡Francia se ha convertido en una república!». Sin dar crédito a mis propios oídos, salté de la cama y salí corriendo de la habitación. Uno de los camareros del hotel recorría el pasillo y, abriendo tanto las puertas de la derecha como las de la izquierda, voceaba en todas las habitaciones su sorprendente noticia. Media hora más tarde ya me había vestido y había hecho el equipaje; ese mismo día me dirigí por tren a París. En la frontera habían retirado los raíles; mis compañeros de viaje y yo, con grandes dificultades, conseguimos alcanzar Doué en un coche alquilado y por la tarde llegamos a Pontoise... Los raíles también habían sido retirados en los alrededores de París. No es éste el lugar para consignar todo lo que experimenté, vi y oí durante ese viaje. Recuerdo que en una estación pasó como un relámpago junto a nosotros, con gran ruido y estrépito, una locomotora con un vagón de primera clase: en ese tren especial viajaba el «comisario especial» de la república, Antoine Touré; las personas que iban con él agitaban banderas tricolores y gritaban; el personal de la estación contemplaba con mudo asombro la enorme figura del comisario, con la mitad del cuerpo fuera de la ventana y una mano en alto... Automáticamente, me vinieron a la memoria los años 1793 y 1794. Recuerdo que antes de llegar a Pontoise nuestro tren colisionó con otro que venía en dirección contraria... Hubo heridos, pero nadie pareció prestar atención a ese hecho. Todos los pasajeros parecían ocupados en un único pensamiento: ¿sería posible continuar? Y en cuanto nuestro tren se puso de nuevo en movimiento, todos empezaron a hablar con la misma excitación de antes, todos a excepción de un viejo canoso, que desde que dejamos Doué se había acurrucado en un rincón del vagón y no dejaba de repetir en un susurro: «¡Todo está perdido! ¡Todo está perdido!». También recuerdo que la famosa señora Gordon (amiga y emisaria de Luis Napoleón) viajaba en el mismo compartimiento que yo; de pronto se puso a hablar de la necesidad de recurrir al «príncipe», de que sólo el «príncipe» podía salvarlo todo... Al principio nadie comprendía de lo que estaba hablando, pero, cuando pronunció el nombre de Luis Napoleón, todos le dieron la espalda

como si estuviera loca. No obstante, las palabras de *monsieur* François sobre los bonapartistas me vinieron de pronto a la cabeza... su primera profecía se había cumplido.

Tampoco quiero extenderme sobre las impresiones recibidas cuando llegué a París y vi por todas partes abigarradas escarapelas tricolores, trabajadores armados retirando las piedras de las barricadas, etc. Durante el primer día de mi estancia en París estuve como aturdido. Al día siguiente, como de costumbre, me dirigí al Palais-Royal, le pedí al «ciudadano» camarero una taza de café y, aunque no coincidí allí con *monsieur* François, pude convencerme de que su premonición sobre la sangre que debía manchar las piedras de las calles que rodean al PalaisRoyal había resultado cierta: como se sabe, la única batalla de los días de febrero tuvo lugar en la plaza que separa ese edificio del Louvre.

En los días siguientes tampoco me encontré con *monsieur* François. Volví a verle el 17 de marzo, el mismo día en que una enorme multitud de obreros se dirigió al Ayuntamiento para protestar ante el Gobierno provisional contra la famosa manifestación de los llamados «gorros de oso» (los granaderos y *voltigeurs* de la Guardia Nacional licenciados). Iba en medio de la multitud, agitando las manos y avanzando a grandes pasos, y tan pronto cantaba como gritaba; llevaba una bufanda roja a guisa de cinturón y un estandarte rojo prendido en el sombrero. Nuestros ojos se encontraron, pero él hizo como si no me reconociera, aunque se volvió hacia mí deliberadamente: «¡Mira; sí; soy yo!», y se puso a gritar con mayor fuerza que antes, abriendo con desmesura su oscura boca. Volví a verle en el teatro. Rachel cantaba *La marsellesa* con su voz sepulcral; estaba sentado en la platea, en el lugar que suelen ocupar los alabarderos. En el teatro no gritaba ni aplaudía; con las manos cruzadas sobre el pecho, miró con sombría atención a la cantante cuando ésta, arropada en los pliegues que una bandera que había cogido, conminó a los ciudadanos a «tomar las armas» y a «derramar sangre impura». No estoy seguro de haberle visto el 15 de mayo entre la muchedumbre que pasó junto a la iglesia de la Madeleine antes de asaltar la Cámara de Diputados; pero me pareció ver una figura similar en las primeras filas y acaso era su voz –su voz tan peculiar, sorda y resonante– la que dijo en medio de los gritos: «¡Viva Polonia!».

En cualquier caso, a principios de junio, precisamente el día 4, *monsieur* François apareció de pronto en el mismo café del Palais-Royal. Se inclinó ante mí e incluso estrechó mi mano (algo que no había hecho antes), pero no se sentó a mi mesa, como si se avergonzara de sus ropas completamente raídas y de su deshilachado sombrero; además, le devoraba –o al menos así me lo pareció a mí– una impaciencia inquieta, nerviosa. Su rostro parecía aún más enjuto; sus labios y sus mejillas brincaban arriba y abajo; sus ojos inflamados apenas se veían bajo las gafas, que ajustaba continuamente a la nariz con sus cinco dedos. En esa ocasión me convencí de lo que ya antes había sospechado: los cristales de sus gafas eran cristales corrientes; en realidad no tenía ninguna necesidad de ellos; por eso miraba con tanta frecuencia por encima de sus bordes. Las gafas eran para él una especie de máscara. En toda su figura se dibujaba la ansiedad, esa ansiedad peculiar del vagabundo hambriento y sin hogar. El aspecto casi miserable de ese hombre enigmático me dejó perplejo. Si en realidad era un agente, ¿por qué era tan pobre? Y, si no era un agente, entonces ¿qué era? ¿Cómo explicar su comportamiento?

Empecé a hablar con él de sus profecías...

–Sí... sí... –murmuró con prisa febril–. Pero eso ya es agua pasada, *de la histoire ancienne*. ¿Acaso no piensa usted regresar a Rusia? ¿Se queda aquí?

–¿Y por qué no iba a quedarme?

–Hum. Eso es asunto suyo. Pero pronto vamos a entrar en guerra con ustedes.

–¿Con nosotros?

–Sí, con ustedes, con los rusos. ¡Pronto tendremos necesidad de gloria, de gloria! ¡La guerra con Rusia es inevitable!

–¿Con Rusia? ¿Y por qué no con Alemania?

–Primero con Rusia. No obstante, todo eso sucederá en el futuro. Usted es joven... y vivirá para verlo. En cuanto a la república... –aquí hizo un ademán– ha terminado. *C'est fichu*! ¡Los talleres nacionales! ¡Los talleres nacionales! –exclamó con repentina animación–. ¿Estuvo usted allí? ¿Los

vio usted? ¿Vio cómo llevaban la tierra en carretillas de un lugar a otro? Allí empezará todo. ¡Va a haber mucha sangre, mucha sangre! ¡Un mar de sangre! ¡Qué situación! ¡Preverlo todo y no poder hacer nada! ¡No ser nadie! ¡Nadie! ¡Abarcarlo todo –extendió los brazos con sus mangas colgantes y raídas... el anillo del dedo índice seguía en su sitio...– y no poder coger nada! –Apretó los puños–. ¡Ni siquiera un pedazo de pan! Las elecciones de mañana son también bastante importantes –continuó con premura, como si no se permitiera detenerse en los sentimientos que acababa de expresar. *Monsieur* François me dio los nombres de los diputados que, en su opinión, iban a ser elegidos por los parisinos; me dijo el número de votos, en números redondos, que iba a obtener cada uno de ellos. Entre los nombres pronunciados por *monsieur* François se encontraba el de Cossidière, al que concedió el primer lugar.

–¿A pesar del 15 de mayo? –pregunté.

–¿Acaso supone usted que le digo esto porque fue prefecto de policía? –replicó *monsieur* François con una amarga sonrisa; pero en seguida cambió de tema y pasó a ocuparse de nuevo de las elecciones. Luis Napoleón también estaba en la lista de diputados–. Será de los últimos, estará en la cola *(à la queue)* –señaló *monsieur* François–, pero con eso basta. Cuando uno quiere subir por una escalera, hay que ascender los peldaños más bajos antes de llegar a los más altos.

Esa misma tarde transmití todos esos nombres y cifras a Aleksandr Herzen; recuerdo perfectamente su sorpresa cuando al día siguiente se cumplieron, de principio a fin, todas las predicciones de *monsieur* François.

–¿Cómo sabías todo eso? –no dejaba de preguntarme Aleksandr Herzen.

Le dije cuál era mi fuente de información.

–¡Ah! ¡Ese bastardo! –exclamó Herzen.

Pero volvamos a nuestra conversación en el café. Por aquella época, uno de los nombres que se mencionaban con mayor insistencia entre los posibles diputados era el de Proudhon. Se lo mencioné. Según *monsieur* François también se encontraba en la lista de los elegidos, aunque en último lugar, lo que también resultó cierto. Pero parecía que *monsieur* François no le concedía mayor importancia, lo mismo que a Lamartine[*] y a Ledru-Rollin[**]. De todos esos personajes hablaba con menosprecio: con un matiz de lástima en el caso de Lamartine y de maldad en el caso de Proudhon, ese «sofista con chanclos» *(ce sophiste en sabots)*. A Ledru-Rollin le llamó sin ambages: *Ce gros bête de Ledru*; después volvió a referirse a los talleres nacionales. No obstante, nuestra conversación no se prolongó mucho, no más de un cuarto de hora. *Monsieur* François seguía sin sentarse y no dejaba de mirar a su alrededor, como si esperara a alguien. Recordé su estandarte rojo y le dije:

–Así que, después de todo, parece que es usted republicano...

–¡Sí, menudo republicano! –me interrumpió–. ¿De dónde ha sacado usted eso? Eso está bien para los tenderos *(pour les épiciers)*. Todavía creen en los principios del año 89[*], en la fraternidad universal, en el progreso, mientras que yo...

En ese momento *monsieur* François se quedó repentinamente callado y miró a un lado y a otro. Yo hice lo mismo. Un viejo vestido con una blusa y una larga barba blanca le hizo una señal con una mano. Él le respondió de la misma manera y, sin añadir palabra, se acercó a él. Ambos desaparecieron.

Después de nuestro encuentro en el café, volví a ver a *monsieur* François en tres ocasiones más. Una vez de lejos, en los jardines de Luxemburgo. Estaba junto a una joven pobremente vestida, que, con lágrimas en los ojos, le imploraba alguna cosa, al tiempo que le apretaba una mano y se la llevaba a los labios... Pero él, con aire sombrío, se negaba y pataleaba en el suelo con impaciencia; de pronto, apartándola con el codo, se caló el sombrero sobre la frente y se alejó. Ella se marchó corriendo en dirección contraria, completamente aturdida. Nuestro segundo encuentro fue mucho más significativo; tuvo lugar el 13 de junio, el mismo día en que apareció por vez primera en la plaza de la Concordia una muchedumbre de bonapartistas, a la que Lamartine señaló desde la tribuna de la Cámara de Diputados y que pronto fue dispersada por los militares. En una de las esquinas formada por la pared del jardín de las Tullerías, vi a un hombre vestido con el abigarrado traje de un charlatán

que, subido sobre una carretilla de dos ruedas, estaba distribuyendo folletos. Tomé uno de ellos: contenía una biografía extremadamente laudatoria de Luis Napoleón. Había visto con anterioridad en bulevares y plazas suburbanas a ese hombre, un bretón con una abundantísima cabellera peinada hacia arriba; vendía un elixir dental, un ungüento contra el reumatismo y toda suerte de remedios curativos. Mientras hojeaba el folleto que había cogido, alguien me tocó ligeramente el hombro. ¡Era *monsieur* François! Se reía abriendo su desdentada boca y me miraba por encima de sus gafas.

–¡Está empezando! ¡Ahora es cuando va a empezar! –dijo, apoyándose de manera extraña primero en un pie, luego en el otro, y frotándose las manos–. ¡Ahora! ¡Ése es el apóstol, el anunciador! ¿Le gusta?

–¿Ese charlatán peludo? –exclamé yo–. ¿Ese bufón? ¡Se está burlando usted de mí!

–¡Sí, sí, un charlatán! –replicó *monsieur* François–. Así es como debe ser. Un pelo extraordinario, pulseras en los brazos y leotardos con lentejuelas doradas... ¡Hay que cautivar la imaginación! ¡Una leyenda, señor! ¡Lo que se necesita es una leyenda! ¡Lo que se necesita es un milagro! ¡Un anuncio! ¡Una representación escénica! ¡Primero el hombre se sorprende... y después respeta! Pero ¿por qué digo respeta? ¡El hombre cree... cree! Tenga la amabilidad de recordar que el asunto acaba de empezar... Y cuando se haya cruzado el mar Rojo *(la Mer Rouge)*...

Pero en ese momento una multitud procedente de la plaza de la Concordia, que huía desordenadamente de las bayonetas de los soldados, nos separó.

La última vez que vi a *monsieur* François –también de lejos– fue durante los terribles días de junio. Iba vestido con un uniforme de guardia nacional de provincias y llevaba el fusil terciado; no soy capaz de describir con palabras la expresión de fría crueldad que se dibujaba en su rostro.

No volví a ver a *monsieur* Fançois. A principios de 1850, con ocasión de la boda de un amigo, tuve que acudir a una iglesia rusa; de pronto, Dios sabrá por qué, empecé a pensar en *monsieur* François: era como si algo me empujara a ello. Me pareció que también en este caso se revelaría como un profeta, ya que sus restantes predicciones se habían cumplido; eso significaba que probablemente no se encontraba ya entre los vivos. En cualquier caso, unos años más tarde pude convencerme de la autenticidad de su muerte. Sucedió de la siguiente manera: detrás del mostrador de una tienda vi a una mujer en la que, tras unos momentos de vacilación, reconocí a la muchacha que lloraba con tanta amargura ante *monsieur* François en los jardines de Luxemburgo. Me decidí a recordarle esa escena. Al principio parecía perpleja, pero en cuanto comprendió de lo que se trataba, cayó presa de una terrible agitación, palideció, enrojeció y me pidió que no le formulara más preguntas.

–Al menos dígame si ha muerto o no.

La mujer se me quedó mirando fijamente.

–Tuvo la muerte que merecía... Era un hombre malvado. No obstante –añadió– también era muy... muy infeliz.

No pude obtener de ella más información, por lo que la identidad real de *monsieur* François sigue siendo un enigma para mí.

Existen unas aves marinas que sólo aparecen durante la tormenta. Los ingleses las llaman *stormy petrels*. Vuelan bajo en el aire oscuro, sobre las crestas mismas de las enfurecidas olas y desaparecen en cuanto el tiempo se serena.

Fiódor M. Dostoievski

Fiódor Mijáilovich Dostoievski nació en Moscú en 1821, hijo de un médico militar. Estudió en un colegio privado de su ciudad natal y en la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo. En 1845, su primera novela, *Pobre gente* (ALBA CLÁSICA núm. CIX), fue saludada con entusiasmo por el influyente crítico Bielinski, aunque no así sus siguientes narraciones. En 1849, su participación en un acto literario prohibido le valió una condena de ocho años de trabajos forzados en Siberia, la mitad de los cuales los cumplió sirviendo en el ejército en Semipalatinsk. De regreso a San Petersburgo en 1859, publicó la novela *La aldea de Stepanichkovo y sus habitantes*. Sus recuerdos de presidio, *Memorias de la casa muerta* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. X), vieron la luz en forma de libro en 1862, un año después que su primera novela larga, *Humillados y ofendidos* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. LI). Fundó con su hermano Mijaíl la revista *Tiempo* y, posteriormente, *Época*, cuyo fracaso le supuso grandes deudas. La muerte de su hermano y de su esposa el mismo año de 1864, la relación «infernal» con su amante, Apolinaria Suslova, la pasión por el juego, un nuevo matrimonio y la pérdida de una hija le llevaron a una vida nómada y trágica, perseguido por acreedores y sujeto a contratos editoriales desesperados. Sin embargo, desde la publicación en 1866 de *Crimen y castigo*, su prestigio y su influencia fueron centrales en la literatura rusa, y sus novelas posteriores no hicieron sino incrementarlos: *El jugador* (1867), *El idiota* (1868), *El eterno marido* (1870), *Los endemoniados* (1872), *El adolescente* (1875) y, especialmente, *Los hermanos Karamázov* (1879-1880). Sus artículos periodísticos se hallan recogidos en su monumental *Diario de un escritor* (18731881; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXXVII). Dostoievski murió en San Petersburgo en 1881.

«El marido de Akulka» es un capítulo de *Memorias de la casa muerta* (1862). «Bobok» y «El sueño de un hombre ridículo» fueron publicados en *Diario de un escritor* en 1873 y 1877 respectivamente.

El marido de Akulka

Relato

La noche ya estaba avanzada, pasaban de las once. Me había dormido, pero de repente me desperté. La débil lucecilla de la lámpara apartada apenas iluminaba la sala... Casi todos dormían. Hasta Ustiántsev dormía, y podía oírse en la oscuridad su respiración dificultosa y el carraspeo constante de los esputos en la garganta. A lo lejos, en el vestíbulo, resonaron de pronto los pasos lentos de la guardia que se aproximaba para efectuar el relevo. La culata de un fusil golpeó el suelo con estrépito. Se abrió la sala; el cabo, avanzando con cautela, hizo el recuento de los enfermos. Un minuto más tarde cerraron la sala, colocaron un nuevo centinela, se alejó la guardia y se hizo nuevamente el silencio. Entonces, sólo yo me di cuenta de que a escasa distancia, a mi izquierda, había dos enfermos en vela que parecían cuchichear entre sí. Cosas así sucedían en las salas: a veces, dos vecinos de cama se pasaban días y meses tumbados el uno al lado del otro sin decirse ni una sola palabra, y un buen día, de pronto, entablan conversación animados por la hora nocturna y uno empieza a contarle al otro todo su pasado.

Al parecer, llevaban un buen rato hablando. Se me había escapado el comienzo, y tampoco en ese momento podía captar todo lo que decían; pero poco a poco me fui habituando, hasta que empecé a entenderlo todo. No podía dormir; ¿qué hacer, pues, sino escuchar?... Uno de ellos contaba su historia con pasión, tumbado a medias en la cama, con la cabeza levantada y el cuello vuelto hacia su compañero. Se le notaba enardecido, excitado, con ganas de contar su historia. El que escuchaba, con aire taciturno y totalmente impasible, estaba sentado en la cama con las piernas estiradas, y muy de vez en cuando emitía una especie de mugido como respuesta o como señal de interés por el narrador, aunque se diría que lo hacía más bien por cortesía, sin autenticidad, y a cada paso se atiborraba la nariz de rapé que iba sacando de su cuernecillo. Éste era el soldado disciplinario Cherevin, de unos cincuenta años, pedante sombrío, frío razonador y necio henchido de amor propio. El narrador, Shishkov, un tipo aún joven que no llegaba a la treintena, era un preso civil que trabajaba en el taller de costura. Hasta entonces yo apenas le había prestado atención; y tampoco después, durante el resto de mi estancia en el presidio, me vi empujado a ocuparme de él. Era una persona vacía y extravagante. A veces permanecía en silencio, apartado de todos, se mostraba displicente y se pasaba semanas enteras sin decir nada. Otras veces, en cambio, se entrometía en todo tipo de asuntos, empezaba a andarse con chismes, se acaloraba por naderías, iba de barracón en barracón llevando noticias, calumniaba, perdía los estribos. Le pegaban, y volvía a recluirse en su silencio; era un tipo cobarde e insustancial. Todos le trataban con cierto desprecio. Era bajo de estatura, delgado, con ojos que parecían inquietos y, a veces, vagamente pensativos. Si tenía que contar alguna cosa, empezaba con vehemencia, con pasión, agitando las manos incluso, pero de pronto se interrumpía bruscamente o saltaba a otro asunto, se dejaba llevar por nuevos detalles y se olvidaba del tema inicial. Se enzarzaba en frecuentes peleas, y nunca dejaba de echarle algo en cara a su rival, acusándole de alguna falta cometida contra él, y le hablaba con sentimiento, al borde del llanto... No tocaba nada mal la balalaika, y le gustaba hacerlo; y en las fiestas, si le obligaban, llegaba a bailar, e incluso bailaba con gracia... No era difícil obligarle a hacer cualquier cosa... No tanto porque fuera especialmente sumiso, sino porque le gustaba, por camaradería, participar en todo y complacer a los demás.

Tardé bastante en penetrar en el sentido de la narración. Además, al principio me pareció que Shishkov se apartaba constantemente del tema y se entretenía en detalles secundarios. Quizá se diera

cuenta de que a Cherevin prácticamente le traía sin cuidado su relato, pero se diría que trataba de convencerse de que su oyente era todo oídos, y tal vez le habría resultado muy doloroso convencerse de lo contrario.

–... Cuando iba al mercado, todo el mundo se inclinaba a su paso, le rendían honores; en una palabra, era un ricachón.

–¿Dices que tenía un comercio?

–Sí, un comercio. Pero fíjate que en nuestra tierra, entre los propios comerciantes, hay mucha pobreza. Pobreza de verdad. Las mujeres son las que llevan el agua, desde el mismísimo río, a lo alto del barranco, allá arriba nada menos, para regar los huertos; venga a trabajar, dale que te pego, y al llegar el otoño la cosecha no da ni para un triste *schi*–[*]. Una ruina. Pero él tenía muchas tierras, braceros que le labraban sus campos, tres braceros tenía, además de su propio colmenar; comerciaba con miel, y también con ganado, y en nuestra tierra, vaya, se le tenía un gran respeto. Era ya muy viejo, a sus setenta años no podía con sus huesos, tenía los cabellos blancos y era bastante grande. Cuando aparecía en el mercado con su abrigo de zorro, todos le festejaban. Y con sinceridad. «Buenos días, Ankudim Trofímich, *bátiushka*—[**].» «Que tengas buenos días», contestaba. De manera que no despreciaba a nadie. «¡Larga vida, Ankudim Trofímich!» «¿Cómo van tus asuntos?», preguntaba. «Pues nuestros asuntos, blancos como el carbón. ¿Y usted cómo está, *bátiushka*?» «Seguimos vivos y, pecadores que somos, también holgazaneamos», decía. «¡Larga vida, Ankudim Trofímich!» Así que nunca despreciaba a nadie, y al hablar cada una de sus palabras era tan valiosa como un rublo. Era muy leído, un erudito, siempre estaba leyendo libros sagrados. Sentaba a su vieja mujer enfrente de él: «Escucha, mujer, intenta comprender». Y empezaba con sus explicaciones. La vieja mujer no es que fuera muy vieja; se había casado con ella en segundas nupcias, para tener hijos, pues con la primera no había tenido ninguno. Bueno, con esta segunda, o sea, con María Stepánovna, tenía dos, todavía menores de edad: al pequeño, Vasia, lo tuvo a los sesenta años, mientras que Akulka—[***], la hija mayor, tenía dieciocho años.

–¿Ésa era tu mujer?

–Espera un poco; primero tenemos a Filka Morózov sacando pecho con sus andanzas. «Tú reparte –le dice Filka a Ankudim–. Dame los cuatrocientos rublos, ¿acaso soy uno de tus obreros? No quiero negocios contigo, ni llevarme a tu Akulka. Yo ahora no quiero ataduras. Mis padres han muerto, así que me beberé el dinero y después me ganaré la vida; me alistaré como soldado y dentro de diez años volveré a veros convertido en mariscal de campo.» De modo que Ankudim le dio el dinero; ajustaron las cuentas, porque el padre de Filka y el viejo habían sido socios en los negocios.

»–Eres un perdido –le dijo. Y el otro respondió:

»–Bueno, perdido o no, ya se verá, pero contigo, barba blanca, se aprende a beber la leche gota a gota. Tú pretendes ahorrar de dos céntimos, y recoges toda clase de inmundicias, no vayan a servir para el puchero. Yo escupiría en todo eso. Ya puedes ahorrar, que se lo llevará el diablo. Yo soy un hombre de carácter, así que a tu Akulka no la aceptaré en ningún caso. De todos modos, ya he dormido con ella...

»–¿Cómo te atreves a ofender a un padre honrado y a una hija honrada? –dijo Ankudim–. ¿Cuándo has dormido con ella, grasa de serpiente, sangre de lucio? –y temblaba de pies a cabeza. El propio Filka lo contaba.

»–Pues no sólo no se casará conmigo –dijo–, sino que me las arreglaré para que tu Akulka ya no se case con nadie; nadie la tomará por esposa, ni siquiera Mikita Grigórich la tomará, pues ahora está deshonrada. Desde el otoño habíamos unido nuestras vidas. Pero yo ahora no llegaría a un acuerdo ni por cien *cangrejos*.–[*] Prueba a darme ahora esos cien *cangrejos*, y no los aceptaré...

»¡Y vaya si se lo pasó en grande, el mozo! Hasta el punto de que la tierra temblaba, y su fama resonaba por toda la ciudad. Reclutó un grupo de camaradas y, como tenía un montón de dinero, estuvo tres meses de parranda, hasta gastarlo todo. “Yo –solía decir–, cuando se me acabe el dinero, venderé la casa, liquidaré todo, y después me alistaré o, si no, me iré por ahí de vagabundo.” Estaba

borracho de la mañana a la noche, iba en un coche de dos caballos con cascabeles. Y las chicas estaban locas por él. Tocaba muy bien la *tiorba*[**].

–Así que con Akulka ya antes había tenido un asunto.

–Espera un poco. Yo por entonces había enterrado a mi padre, y mi madre se dedicaba a hacer rosquillas; trabajábamos para Ankudim, y de eso vivíamos. No nos iba nada bien. Bueno, también teníamos una alquería, pasado el bosque, donde se sembraba trigo, pero más tarde, faltando ya mi padre, lo vendimos todo, porque yo también me di a la buena vida, amigo. A mi madre le sacaba el dinero a base de palizas...

–Palizas, eso no está nada bien. Es un pecado tremendo.

–Estaba siempre borracho, amigo mío, día y noche. Nuestra casa aún se mantenía mal que bien; aunque podrida, seguía siendo nuestra. Pero lo que es dentro de la isba, como no cazaras una liebre... Pasábamos tanta hambre que a veces masticábamos un trapo viejo durante semanas. Mi madre venga a regañarme, pero yo ¡como si nada!... Yo, amigo, no me apartaba por entonces de Filka Morózov. Día y noche con él. Me decía: «Toca para mí la guitarra, y baila, que yo estaré tumbado, tirándote dinero, porque no hay persona más rica que yo». ¡Qué no haría aquel hombre! Aunque no aceptaba nada robado: «Yo no soy un ladrón –decía–, sino un hombre honrado». «Vamos a casa de Akulka –dijo una vez–, a embadurnar su puerta de alquitrán; porque no quiero que Akulka se case con Mikita Grigórich. Ahora mismo, con tal de evitarlo, renunciaría a la cosa más exquisita.» Porque el viejo, con quien quería casar a su hija, ya desde antes, era con Mikita Grigórich. Mikita era también un viejo; era viudo, con gafas, se dedicaba al comercio. En cuanto oyó que circulaban rumores sobre Akulka, se echó para atrás: «Para mí, Ankudim Trofímich, sería una gran deshonra, y tampoco deseo casarme, ya tengo muchos años». El caso es que le embadurnamos la puerta a Akulka. ¡Menudas palizas le dieron en casa por este motivo, menudas palizas! María Stepánovna gritaba: «¡Yo te mato!». Y el viejo: «En tiempos pasados, cuando vivían los venerables patriarcas, la habría cortado en rodajas sobre una hoguera, pero ahora en este mundo no hay sino tinieblas y corrupción». A veces los vecinos, de un extremo al otro de la calle, podían oír los alaridos de Akulka: la azotaban desde la mañana hasta la noche. Mientras, Filka iba proclamando por el mercado: «¡Admirable muchacha es esa Akulka, compañera de jaranas! ¿Dónde vas tan aseada, tan compuesta y arreglada? ¿A quién quieres tú? Yo a ellos ya se lo he pasado por las narices; se acordarán de mí». En esta época, yo también me encontré una vez a Akulka, que pasaba con unos cubos, y le grité: «Buenos días, Akulina Kudímovna. Salud a su merced; ¿dónde vas tan aseada? Dime una cosita: ¿con quién vives que tanto recibes?». Eso es todo lo que le dije. Y cómo me miraba: con unos ojos enormes, aunque ella estaba flaca como un palillo. Cuando su madre la vio mirándome, se creyó que estaba bromeando conmigo, así que le gritó desde su portón: «¿Qué haces ahí chismorreando, desvergonzada?». De modo que ese día venga otra vez a sacudirla. A veces se pasaba una hora entera golpeándola. «La mato a palos, que ésta ya no es mi hija.»

–De modo que era una descarriada.

–Tú sigue escuchando, amigo mío. Yo entonces no paraba de emborracharme con Filka. Una vez se me acerca mi madre, estando yo en la cama: «¿Qué haces ahí en la cama, sinvergüenza? No eres más que un bandido». Me puso de vuelta y media. «Lo que tienes que hacer es casarte; mira, cásate con Akulka. Ahora estarían encantados de dártela; sólo en dinero, te darán trescientos rublos.» Le contesté: «Pero ahora todo el mundo la tiene por deshonrada». «Pareces tonto –me dijo–, el matrimonio todo lo tapa; eso que ganas si ella se siente culpable ante ti de por vida. Y con su dinero nosotros podremos arreglárnoslas. Ya he hablado con María Stepánovna. Me ha escuchado con mucho interés.» Respondí: «Venga el dinero: veinte rublos encima de la mesa y entonces me casaré». Así que, aunque no te lo creas, me emborraché de un tirón hasta el mismo día de la boda. Pero todavía me amenazó Filka Morózov: «Te voy a romper todas las costillas, marido de Akulka, y, si me apetece, me voy a acostar con tu mujer cada noche». Le dije: «¡Mientes, carne de perro!». Bueno, entonces me cubrió de vergüenza delante de toda la calle. Me fui corriendo a casa: «No me quiero casar, a menos que me den ahora mismo otros cincuenta rublos».

–Pero ¿te la daban a ti como esposa?

–¿A mí? ¿Y por qué no? No éramos precisamente gente sin honra. Mi padre tan sólo al final de su vida, por culpa de un incendio, se había arruinado; si no, aún seríamos más ricos que ellos. Ankudim me dijo: «Vosotros no tenéis donde caeros muertos». Le respondí: «Y vuestra puerta, según dicen, está bien embadurnada de alquitrán». Y él: «¡Así que te pones gallito con nosotros! Demuestra entonces que ella ha perdido su honra; aunque las bocas chismosas no hay quien las tape. Ya sabes dónde está la puerta, no te cases. Pero eso sí: el dinero que te han dado, devuélvelo». Entonces decidí hacer lo siguiente con Filka: por medio de Mitri Bykov mandé decirle que iba a avergonzarle delante de todo el mundo, y hasta el día de la boda, amigo mío, estuve borracho todo el tiempo. No volví a estar sobrio hasta que llegó el momento de la ceremonia. Cuando nos trajeron de la iglesia, nos sentamos y el tío Mitrofán Stepánich va y dice: «Aunque no haya sido muy honroso, es igual de válido, y lo hecho hecho está». Y el viejo, Ankudim, también estaba bebido, y se puso a llorar; estaba sentado y las lágrimas le corrían por la barba. En cuanto a mí, amigo, mira lo que hice: llevaba un látigo encima, en un bolsillo; me lo había guardado antes de la boda con la intención de recrearme con Akulka, para que supiera qué es eso de casarse sin honra, y también para que la gente viera que yo no estaba haciendo el bobo al casarme.

–¡Bien hecho! Así se daría cuenta de que en adelante...

–No, amigo mío. Calla un poco. En nuestra tierra, nada más volver de la iglesia, llevan a los novios a la despensa*–, mientras los demás se quedan bebiendo. Así que a Akulka y a mí nos dejaron en la despensa. Ella estaba pálida, sin una gota de sangre en el rostro. O sea, que tenía miedo. Los cabellos los tenía también claros como el lino. Los ojos muy grandes. Y no decía nada, ni se la oía, como si hubiera una muda en la casa. Daba una impresión muy extraña. Y te querrás creer, amigo, que yo había dejado el látigo preparado, colocado al lado mismo de la cama, pero ella, mi querido amigo, resultó que era completamente inocente.

–¡Qué me dices!

–Completamente inocente; tanto como la más honrada de la casa más honrada. ¿Y por qué había tenido que soportar semejante tormento? ¿Por qué la había cubierto de oprobio Filka Morózov delante de todo el mundo?

–Pues sí...

–Entonces salté de la cama y me puse de rodillas delante de ella, juntando las manos: «Mi buena Akulina Kudímovna, perdona a este imbécil por haber creído que eras una de ésas; ¡perdóname, soy un canalla!». Y ella, sentada en la cama delante de mí, me miraba y, con las manos colocadas sobre mis hombros, se reía, y al mismo tiempo le corrían las lágrimas; se reía y lloraba... Entonces salí al encuentro de los demás y dije: «Ahora, como me encuentre a Filka Morózov, puede dar su vida por terminada». Los viejos no sabían a qué santo rezar para darle las gracias. La madre quería echarse a los pies de su hija y daba alaridos. Y el padre dijo: «Si lo hubiéramos sabido, hija querida, te habríamos buscado otro marido distinto de éste». Y cómo fuimos los dos a la iglesia el domingo siguiente: yo llevaba un gorro de astracán, un caftán de fino paño y unos bombachos de terciopelo; ella llevaba un abrigo nuevo de piel de conejo y un pañuelo de seda. Así que, si yo era digno de ella, ella era digna de mí. ¡Así es como íbamos! La gente se quedaba admirada al vernos: yo me defiendo muy bien solo, y, aunque no esté bien ensalzar ante los demás a mi Akulínushka, tampoco hay por qué denigrarla, de modo que no desmerecería entre las mejores...

–Así que todo iba bien.

–Sí, pero atiende. El día siguiente a la boda, aunque estaba beodo, me alejé en cuanto pude de los invitados; me escapé como si tal cosa y salí corriendo. Iba diciendo: «¡Traedme aquí a ese holgazán de Filka Morózov, traedme a ese miserable!». Lo fui gritando por todo el mercado. Estaba borracho como una cuba; de manera que cerca de la casa de los Vlásov me tuvieron que agarrar entre tres individuos y llevarme a casa a la fuerza. Mientras tanto, en la ciudad ya circulaban los rumores. Las muchachas comentaban en el mercado: «¡Eh chicas, vosotras que sois tan listas, ¿sabéis una cosa? Resulta que Akulka era inocente». A los pocos días, va Filka y me dice en público: «Véndeme a tu

mujer, y tendrás todo el dinero que quieras para beber. Uno de aquí, el soldado Yashka, se casó justamente por eso: no dormía con su mujer, pero se tiró tres años borracho». Le dije: «¡Eres un canalla!». «Y tú un idiota. Porque a ti te casaron estando beodo. Después de eso, ¿cómo podías darte tú cuenta de nada?» Al llegar a casa grité: «¡Me casasteis borracho!». Mi madre no consiguió sujetarme; le dije: «Te han tapado los oídos con oro, madre. ¡Tráeme a Akulka!». Y empecé a sacudirla. Venga y venga a sacudirla, durante dos horas la sacudí, hasta que ya no pude más de cansancio; ella se pasó tres semanas en la cama sin levantarse.

–Claro, claro –observó Cherevin en un tono flemático–, si no se les pega, ya se sabe... Pero ¿tú la habías sorprendido con un amante?

–No, no, lo que es sorprenderla, no la sorprendí –comentó Shishkov tras una pausa y haciendo cierto esfuerzo–. Pero me resultaba muy humillante, me fastidiaban los comentarios de la gente, y el que estaba detrás de todo era siempre Filka. Decía: «Tu mujer es como un modelo, sirve para que la gente la mire». Un día nos reunió a un grupo de invitados y se destapa con lo siguiente: «Su mujer es un alma caritativa, noble, atenta, tratable, buena con todo el mundo; ¡así es ahora su mujer! Pero este joven se ha olvidado de que fue él precisamente quien le embadurnó la puerta de alquitrán». Yo estaba borracho, y él me agarró del pelo en ese momento, y me obligó a bajar la cabeza: «Baila –me dijo–, marido de Akulka, yo te voy a tener así sujeto del pelo y tú baila para divertirme». «¡Eres un canalla!», grité. Y él: «Iré acompañado a verte, y a tu mujer Akulka la pienso azotar en tu presencia, todo el tiempo que me apetezca». Así que yo, después de aquello, aunque te parezca mentira, no me atreví a salir de casa en un mes; «Como venga, me cubrirá de infamia», pensaba yo. Y por ese mismo motivo empecé a pegarle...

–A pegarle, ¿para qué? Es más fácil atar las manos que la lengua. Tampoco conviene pegar en exceso. Hay que corregir, enseñar, pero sin olvidar las caricias. Para eso están hechas las mujeres.

Shishkov guardó silencio durante un rato.

–Era humillante –reanudó el relato–, volví a coger esa costumbre, y hubo días en que le estuve pegando de la mañana a la noche: se levantaba mal y seguía peor. Si no le pegaba, me aburría. Ella se sentaba a mirar por la ventana, en silencio, llorando... No paraba de llorar, y la verdad es que a mí me daba pena, pero le pegaba. Por su culpa, la madre me reñía una y otra vez: «¡Miserable, eres carne de presidio!». Yo le gritaba: «La mataré; y que nadie se atreva a decirme nada, porque me casasteis con engaños». Al principio, el viejo Ankudim también intervenía, él mismo venía a mí: «Atiende, Dios sabrá qué artículo habrá que aplicarte, pero ten la seguridad de que encontraré el medio de que la justicia caiga sobre ti». Pero más tarde desistió. En cuanto a María Stepánovna, se sometió por completo. Una vez vino y me rogó entre lágrimas: «Vengo a ti con una petición enojosa, Iván Semiónich; se trata de un asunto pequeño, pero mi ruego es muy grande. Permítenos ver la luz, *bátiushka* –y hacía reverencias–, cálmate, ¡perdónala! Las malas personas calumniaron a nuestra hija: como tú muy bien sabes, era aún inocente cuando la tomaste»... Se echó a mis pies llorando. Pero yo le respondí envalentonado: «¡No estoy dispuesto a seguir escuchando! Haré con vosotros lo que se me antoje, porque yo ya no respondo de mis actos; y en cuanto a Filka Morózov, es mi compañero y mi mejor amigo»...

–¿Así que otra vez andabais de juerga juntos?

–¡Qué va! No había forma de acercarse a él. Se había dado en cuerpo y alma a la bebida. Había liquidado todos sus bienes y había cerrado un trato con un rico burgués: iría a filas en lugar del hijo mayor de éste. Y es que en nuestra tierra, cuando se hace ese trato, hasta el mismísimo día en que te llaman a filas, todo lo de la casa está a tu disposición, y te conviertes en el amo absoluto. El dinero del contrato lo recibes íntegramente en el momento de la partida, pero hasta entonces vives en la casa del señor, a veces hasta seis meses. ¡Y hay que ver las que arman algunos a costa de los señores! ¡Más vale sacar a los santos de la casa, para que no se avergüencen con lo que allí ocurre! Piensa el que se marcha: «Yo me voy de soldado en lugar de tu hijo, o sea, que soy vuestro benefactor y me tenéis que respetar, y, si no, me echo atrás». De ese modo, Filka lo puso todo patas arriba en casa de aquel burgués: dormía con la hija, le tiraba de las barbas al padre cada día después de comer, hacía

todo lo que le venía en gana. Que si su baño diario, que si echaran vodka para producir el vapor, que si las mujeres le tenían que llevar en volandas al baño... Una vez vuelve a casa de correrse una juerga, y se queda parado en mitad de la calle: «¡No quiero entrar por la puerta! ¡Derribad la cerca!», de modo que tienen que derribar una parte de la cerca, en un sitio distinto al de la puerta, para que él entre. Por fin terminó el plazo, lo llamaron a filas y hubo que bajarle la borrachera. Gente y más gente le seguía en tropel, le siguieron por toda la calle: «¡A Filka Morózov se lo llevan a servir!». Él hacía reverencias a diestro y siniestro. Y en ese preciso momento volvía del huerto Akulka; en cuanto la vio, justo delante de nuestra puerta, Filka gritó: «¡Alto!». Saltó de la carreta, e hizo ante ella una profunda reverencia. Le dijo: «Alma mía, florecilla silvestre, te he querido estos dos años, y ahora entre músicas me llevan de soldado. Perdóname, hija honrada de un padre honrado, porque he sido un canalla contigo; toda la culpa ha sido mía». Y repitió la reverencia. Akulka al principio se quedó paralizada, como con miedo, pero después le hizo una reverencia hasta la cintura, y dijo: «Perdóname también tú a mí, buen mozo, yo a ti no te guardo ningún rencor». Yo entré en la isba detrás de ella: «¿Qué le has dicho, perra?». Y ella, aunque no te lo creas, me miró y dijo: «Ahora le quiero a él más que a nada en el mundo».

–¡Hay que ver!

–En todo ese día no volví a dirigirle la palabra... Tan sólo al atardecer le dije: «Akulka, te voy a matar». No pude dormir en toda la noche, salí al zaguán a beber un poco de *kvas*, y ya empezaba a despuntar la aurora. Entré en la isba: «Akulka, prepárate que vamos a la alquería». Yo ya tenía pensado ir, y mi madre sabía que iríamos. «Bien pensado –dijo ella–. Es época de faenas, y el bracero que hay allí lleva al parecer casi tres días malo de la tripa.» Enganché la carreta en silencio. Según se sale de nuestra ciudad, hay que atravesar unas quince verstas de bosque, y allí, detrás del bosque, está nuestra alquería. Nos habíamos adentrado unas tres verstas en el bosque, cuando detuve el caballo: «Baja, Akulina, ha llegado tu hora». Ella me miró, muerta de miedo, y se quedó parada delante de mí, sin decir nada. Dije: «Estoy harto de ti. ¡Rézale a Dios!». En ese momento la agarré del pelo; tenía unas trenzas muy gruesas y largas, me las enrollé en una mano, y le sujeté el cuerpo por detrás, apretándola por ambos lados con mis rodillas; saqué el cuchillo, le eché la cabeza hacia atrás y le clavé el cuchillo en el cuello... Ella se puso a chillar, la sangre brotó con fuerza, yo tiré el cuchillo, la rodeé por delante con mis brazos, me tendí, la abracé y me puse a gritar encima de ella, dando alaridos como un loco; ella gritaba, y yo también gritaba; todo su cuerpo temblaba, quería escapar de mis brazos, pero su sangre caía sobre mí, y caía con fuerza azotando mi cara, y caía con fuerza en mis manos, y seguía cayendo con fuerza su sangre. La solté, el miedo se apoderó de mí, dejé allí el caballo, y eché a correr, a correr sin parar, hasta que llegué a casa y entré por la parte de atrás, y me metí en el baño: nuestro baño era ya muy viejo, un lugar inservible. Me metí detrás del banco y allí estuve acurrucado hasta la noche.

–¿Y qué fue de Akulka?

–Pues ella, por lo visto, se levantó después de irme yo y también echó a andar hacia casa. La encontraron más tarde a unos cien pasos de aquel lugar.

–O sea, que no llegaste a degollarla.

–No... –Shishkov se paró unos instantes.

–Hay una vena, por lo visto –comentó Cherevin–, que, si no se corta a la primera, el hombre sigue debatiéndose y, por mucha sangre que derrame, no se muere.

–Pero ella sí que murió. La encontraron muerta al anochecer. Se difundió la noticia, empezaron a buscarme y me encontraron ya de noche, en el baño... Ya va para cuatro años, si echas la cuenta, viviendo aquí –añadió, después de una pausa.

–Ejem... Claro, si no se les pega, no se puede esperar nada bueno –observó Cherevin en un tono desapasionado y metódico, sacando otra vez el rapé. Empezó a aspirarlo largamente, haciendo una pausa de vez en cuando–. Pero entonces, amiguito –continuó–, tú también quedas como un botarate. Una vez yo sorprendí a mi mujer con un amante. Así que la llamé al cobertizo y doblé unas riendas. Le dije: «¿A quién le hiciste tu juramento? ¿A quién?». Y ya estaba dándole con las riendas; estuve

sacudiéndola bien sacudida durante hora y media. Y ella entonces gritaba: «Te lavaré los pies y luego me beberé el agua». Avdotia se llamaba.

Bobok

En esta ocasión ofrezco al lector las «Notas de cierta persona». Esa persona no soy yo, sino alguien completamente distinto. Creo que no son necesarias más aclaraciones previas.

NOTAS DE CIERTA PERSONA

Hace tres días Semión Ardalónovich me dijo de pronto:

–Haz el favor de decirme, Iván Ivánich, ¿vas a sentar la cabeza alguna vez?

Extraña exigencia. No obstante, no me di por ofendido; soy un hombre tímido; pero lo mismo da, me tienen por loco. Un pintor me hizo una vez un retrato:

–Después de todo –me dijo–, eres un hombre de letras.

Dejé que hiciera su tarea y él expuso la obra. ¿Y qué es lo que leo ahora?: «Id a ver ese rostro enfermo, a un paso de la locura».

Acaso sea verdad, pero ¿cómo pueden escribir de esa manera en los periódicos? En la prensa sólo deben aparecer cosas nobles; necesitamos ideales, pero eso…

Al menos que lo digan de un modo indirecto. Para eso está el estilo. Pero no, no quieren decirlo de un modo indirecto. En nuestros días el humor y el estilo elevado están desapareciendo y las injurias se aceptan como rasgos de ingenio. Pero yo no me ofendo: no soy sabe Dios qué literato para perder la cabeza por una cosa como ésa. He escrito un relato, pero no me lo han publicado. He escrito un folletón, pero me lo han rechazado. He llevado un montón de folletones a diversas redacciones, pero en todas partes me los han rechazado:

–No pone usted sal en sus escritos –me dicen.

–¿Qué clase de sal quieres que ponga? –pregunto yo irónicamente–. ¿Acaso ática?

Pero no me comprenden. Me ocupo, sobre todo, de hacer traducciones del francés para diversos editores. También redacto anuncios para comerciantes: «¡Una rareza! ¡Té rojo de nuestras propias plantaciones!». Gané un montón de dinero escribiendo el panegírico de su excelencia, el difunto Piotr Matvéievich. Compuse, por encargo de un editor, *El arte de agradar a las damas*. A lo largo de mi vida he publicado unos seis libros de esa clase. Pretendo reunir una colección de *bon mots* de Voltaire, pero temo que a mis compatriotas les parezca insípida. ¿A quién le importa Voltaire en nuestros días? ¡Estamos en la época de la porra, no de Voltaire! ¡Tenemos que rompernos hasta los últimos dientes! En fin, a eso se reduce toda mi actividad literaria. De vez en cuando envío cartas con mi firma a diversas redacciones, pero no me pagan por ellas. Estoy siempre repartiendo consejos y admoniciones, criticando y señalando el buen camino. La semana pasada envié mi cuadragésima carta en dos años a una redacción; he gastado cuatro rublos sólo en sellos de correos. Tengo un carácter detestable, eso es todo.

No creo que el pintor hiciera mi retrato por mi condición de literato, sino por dos verrugas simétricas que tengo en la frente: un fenómeno, según dicen. Como carecen de ideas, la emprenden con los fenómenos. ¡Y qué bien le han quedado las verrugas en el retrato! ¡Parecen vivas! A eso lo llaman realismo.

En cuanto a la locura, el año pasado muchas personas fueron tildadas de dementes entre nosotros. Y con qué estilo: «Con un talento tan original… y al final ha resultado… hay que decir que se venía venir desde hace mucho tiempo»... Y el comentario no está nada mal: en realidad, desde el punto de vista del arte puro podría uno incluso elogiarlo. Además, esos locos se vuelven de pronto aún más

inteligentes. Pero lo que pasa en nuestro país es lo siguiente: podemos volver loca a la gente, pero jamás hemos hecho a nadie más inteligente.

En mi opinión, no hay nadie más inteligente que quien se llama imbécil al menos una vez al mes, actitud inaudita en nuestros días. Antaño, un imbécil comprendía al menos una vez al año que era un imbécil. Ahora, nada de nada. Hasta tal punto lo han embrollado todo que no hay modo de distinguir a los imbéciles de los inteligentes. Lo han hecho a propósito.

Me acuerdo de un epigrama español, de la época en que los franceses, hace dos siglos y medio, construyeron su primer manicomio: «Han encerrado a todos sus idiotas en una casa especial para poder afirmar que están cuerdos». Pero con eso no se demuestra nada: quien encierra a otro en un manicomio, no da muestras de inteligencia. «K. se ha vuelto loco, luego nosotros somos inteligentes.» No, no se puede sacar esa conclusión.

Pero, al diablo con eso… ¿por qué le doy tantas vueltas a mi inteligencia? No hago más que refunfuñar. Hasta he aburrido a mi criada. Ayer vino a verme un amigo.

–Tu estilo ha cambiado –me dijo–. Parece como desmenuzado. No haces más que cortar y cortar: un inciso, luego otro inciso al inciso, luego otra cosa más añadida entre paréntesis, y luego te pones de nuevo a cortar…

Mi amigo tiene razón. Algo extraño me está pasando. Me ha cambiado el carácter, me duele la cabeza. He empezado a ver y oír cosas raras. No se trata precisamente de voces; es más bien como si alguien estuviera a mi lado y me susurrara: *«¡Bobok, bobok, bobok!»*.

¿Qué es eso de *bobok*? Tengo que distraerme con algo.

Buscando algún tipo de distracción, acabé asistiendo a un entierro. Se trataba de un pariente lejano. Asesor colegiado, nada menos. Dejaba viuda y cinco hijas, todas solteras. ¡Imaginad qué gastos, sólo en zapatos! El difunto ganaba un buen sueldo, pero ahora no hay más que una magra pensión. Tendrán que apretarse el cinturón. Siempre me recibían con frialdad. Y no habría acudido ahora, de no haberse tratado de una ocasión tan especial. Seguí el cortejo fúnebre hasta el cementerio; quienes me rodeaban se apartaban de mí, me miraban con aire de importancia. Es verdad que mi uniforme está en las últimas. Hacía unos veinticinco años, creo, que no visitaba un cementerio. ¡Vaya un lugarcito!

En primer lugar, el olor. Habían llegado unos quince cadáveres. Vi ataúdes de diversos precios, hasta dos catafalcos: uno para un general y otro para cierta señora. Muchos rostros compungidos, mucho dolor fingido y mucha alegría manifiesta. El clero no puede quejarse: para ellos supone un ingreso. Pero ¡ese olor, ese olor! No me gustaría ser clérigo en un lugar como éste.

Miré con prevención las caras de los difuntos, no muy seguro de mi impresionabilidad. Algunos tenían una expresión dulce, otros desagradable. En general, las sonrisas son feas, en algunos casos muy feas. No me gustan; luego sueña uno con ellas.

Durante el oficio salí de la iglesia a tomar un poco el aire. El cielo estaba nublado, pero el tiempo era seco. Y también frío; después de todo, estamos ya en octubre. Paseé entre las tumbas, que son de distintas categorías. Las de tercera cuestan treinta rublos: no están mal y salen bien de precio. Las de primera y segunda se encuentran en el interior de la iglesia y en el atrio, pero cuestan un dineral. Los seis entierros de ese día, entre ellos el del general y el de la señora, eran todos de tercera categoría.

Eché un vistazo a las sepulturas. Un horror. Agua, ¡y qué agua! Completamente verde y… en fin, mejor dejarlo. El sepulturero no dejaba de achicar con una pala. Mientras se celebraba el servicio, salí del recinto para dar una vuelta. Había allí mismo un asilo y un poco más lejos un restaurante. Y nada malo, por cierto: puede uno tomar entremeses y todo lo que se le antoje. Había bastante gente, incluso varios participantes en los cortejos fúnebres. Constaté que reinaba una gran alegría y una animación sincera. Tomé un bocado y bebí un trago.

Luego ayudé a transportar el féretro de la capilla a la sepultura. ¿Por qué los cadáveres se vuelven tan pesados cuando están en el ataúd? Dicen que es un efecto de no sé qué inercia, que el cuerpo ya no es capaz de sostenerse solo… o alguna otra estupidez del mismo jaez. Va contra el sentido común

y las leyes de la mecánica. No me gusta que personas que sólo tienen una instrucción general se metan a resolver problemas de especialistas; pero en nuestro país es el pan nuestro de cada día. A los civiles les encanta ponderar cuestiones militares –incluso aquellas de las que deben decidir mariscales de campo–, mientras personas con formación de ingenieros muestran preferencias por la filosofía y la economía política.

No asistí a la ceremonia de familia. Soy orgulloso y, si no me reciben más que en caso de extrema necesidad, ¿por qué iba a asistir a sus convites, aunque sean de carácter fúnebre? Lo único que no entiendo es por qué me quedé en el cementerio; me senté en una lápida y me hundí en reflexiones acordes con el lugar.

Empecé pensando en la Exposición de Moscú y acabé meditando en el tema del asombro, considerado en general. Éstas fueron mis conclusiones sobre el «asombro»:

«Naturalmente, es estúpido asombrarse de todo, mientras no asombrarse de nada es mucho más elegante y, por alguna razón, se considera de buen tono. En mi opinión, no asombrarse de nada es bastante más estúpido que asombrarse de todo. Cabe añadir, además, que no asombrarse de nada es casi lo mismo que no respetar nada. Un hombre estúpido es incapaz de respetar».

–Yo, ante todo, quiero sentir respeto. *Ansío* sentir respeto –me dijo un conocido el otro día.

¡Ansía sentir respeto! Dios mío, pensé yo, ¿qué sería de ti si te atrevieras a imprimir eso!

En ese punto me perdí en diversas ensoñaciones. No me gusta leer las inscripciones fúnebres. Todas dicen lo mismo. Junto a mí, en la lápida, había un emparedado mordisqueado. Qué cosa más estúpida e inapropiada. Lo tiré al suelo, pues no se trataba de pan, sino de un emparedado. En cualquier caso, no creo que sea pecado arrojar pan desmigado al suelo; sólo es pecado cuando se tira en el piso*. Puede comprobarse en el *Almanaque* de Suvorin.

Imagino que estuve sentado mucho tiempo, incluso demasiado; quiero decir que incluso me extendí sobre una larga piedra en forma de sarcófago de mármol. ¿Y cómo es posible que de pronto empezara a oír diversas voces? Al principio no les presté atención y traté de ignorarlas. Sin embargo, la conversación continuaba. Podía oír unos sonidos sordos, como pronunciados por bocas tapadas por almohadas; pero de todos modos eran audibles y parecían muy cercanos. Me sacudí la modorra, me incorporé y me puse a escuchar atentamente.

–Así no puede ser, Excelencia. Anuncia usted corazones, yo hago mi jugada y ahora me sale usted con el siete de diamantes. Debería haber avisado antes que tenía diamantes.

–¿Es que quiere usted que juguemos de memoria? ¿Qué encanto hay en eso?

–Es imposible, Excelencia, sin garantías es de todo punto imposible. Necesitamos un muerto y hacer un descarte.

–Aquí no hay ningún muerto.

¡Qué palabras tan presuntuosas! Y tan extrañas como inesperadas. Una de las voces era firme y autoritaria, la otra como meliflua y empalagosa. Jamás lo habría creído si no lo hubiera escuchado con mis propios oídos. No me encontraba, creo, en el convite fúnebre. Entonces, ¿cómo era posible que estuvieran jugando al *préférence* aquí? ¿Y quién era ese general? Era indudable que las voces salían de las sepulturas. Me incliné y leí la inscripción de la lápida:

«Aquí yace el general-mayor Pervoiédov… caballero de tal y tal orden». Hum. «Fallecido en agosto del año tal… a los cincuenta y siete años de edad… Descanse en paz hasta la radiante mañana.»

¡Hum, diablos, se trata verdaderamente de un general! En la otra sepultura, aquella de la que salía la voz lisonjera, todavía no había lápida, sólo una losa de piedra; probablemente era un recién llegado. Un consejero áulico, a juzgar por la voz.

–¡Oj-jo-jo-jo! –dijo una voz nueva, a unos diez metros de la tumba del general, debajo de una sepultura fresca; era una voz masculina y tosca, pero suavizada por un tono humilde y reverencial–. ¡Oj-jo-jo-jo!

–¡Ah, ya vuelve a tener hipo! –exclamó de pronto la voz melindrosa y altanera de una dama irritada, por lo visto de la alta sociedad–. ¡Qué castigo yacer al lado de este tendero!

–No he hipado, ni siquiera he tomado ningún alimento. Simplemente se trata de mi naturaleza. Es usted, señora, la que, con tanto capricho, no consigue hallar la calma en este lugar.

–¿Y por qué se ha metido ahí?

–Eso no es cosa mía, fueron mi mujer y mis hijos quienes tomaron la decisión de enterrarme aquí, no yo. ¡El misterio de la muerte! En lo que a mí respecta, no me habría puesto a su lado ni por todo el oro del mundo. Esto es lo que mis medios permitían; cuestión de precios, señora. Pues siempre estamos en disposición de pagar una sepultura de tercera.

–Ha debido hacer usted un capitalito sisando a la gente.

–¿Cómo iba a sisarle a usted, si desde el mes de enero dejó de pagar? Hay una cuentecita en la tienda a su nombre.

–¡Qué ridiculez! ¡Me parece que es de lo más ridículo reclamar deudas en un lugar como éste! Vaya usted allá arriba y pídale el dinero a mi sobrina, que es quien ha heredado todo.

–No sé cómo voy a preguntarle a nadie ni ir a ningún lado. Ambos hemos llegado al final de nuestros días y comparecemos, iguales en pecados, ante el juicio del Señor.

–¡Iguales en pecados! –lo remedó con desprecio la difunta–. ¡No se atreva a dirigirme de nuevo la palabra!

–¡Oj-jo-jo-jo!

–Con todo, el tendero obedece a la señora, Excelencia.

–¿Y por qué no la iba a obedecer?

–Como usted bien sabe, Excelencia, aquí reina un orden nuevo.

–¿A qué orden nuevo se refiere?

–Pues a que estamos muertos, Excelencia, como suele decirse.

–¡Ah, sí! Pero de todos modos, el orden…

Bueno, me hicieron un favor; ¡la verdad es que me sentí reconfortado! Si las cosas han llegado a esos extremos allá abajo, ¿qué podemos esperar aquí arriba? En cualquier caso, ¡vaya unas conversaciones! Seguí escuchando, sin embargo, pero con una indignación inmensa. –¡La verdad es que me habría gustado vivir un poco más! Sí… sabe usted… me habría gustado vivir un poco más –dijo de pronto una voz nueva, procedente de algún lugar entre el general y la señora irritada.

–Escuche, Excelencia, nuestro vecino ya está otra vez con su cantinela. Se pasa tres días sin pronunciar palabra y de pronto: «¡Me habría gustado vivir un poco más, sí, me habría gustado vivir un poco más!». Y con qué apetito lo dice, ji, ji.

–¡Y con qué falta de sentido común!

–No puede evitarlo, Excelencia; se queda dormido, se queda completamente dormido, pues lleva ya aquí desde abril, y de pronto: «¡Me habría gustado vivir un poco más!».

–De todos modos, es aburrido –apuntó su excelencia.

–Sin duda, Excelencia. ¿Quiere que hagamos rabiar otra vez a Avdotia Ignátevna? Ji, ji.

–No, hágame el favor. No puedo soportar a esa chillona impertinente.

–¡Soy yo quien no puede soportar a ninguno de ustedes dos! –exclamó la chillona con disgusto–. Son ustedes las personas más aburridas que he conocido en mi vida y no saben hablar de temas elevados. En cuanto a usted, Excelencia, le ruego que no se dé tanto pisto: conozco una historieta sobre un criado que, una mañana, le sacó a usted a escobazos de debajo del lecho de una mujer casada.

–¡Maldita mujer! –farfulló entre dientes el general.

–Madrecita, Avdotia Ignátevna –murmuró de pronto el tendero–, dígame, querida señora, y no me guarde rencor, ¿forma esto parte de mis tormentos o se trata de otra cosa…?

–¡Ay, ya vuelve con lo mismo! Me lo veía venir porque puedo oler la peste que exhala. ¡Ya está remoloneando por ahí!

–No estoy remoloneando, madrecita, y de mí no se desprende ningún olor especial, porque mi cuerpo aún se conserva intacto; en cambio el suyo, señora, está empezando a corromperse, porque

despide un olor realmente insoportable, incluso para un lugar como éste. Sólo por cortesía no lo he mencionado antes.

–¡Ah, es usted un hombre repugnante e insolente! Es él quien apesta y me echa la culpa a mí.

–¡Oj-jo-jo-jo! Ojalá cumpliera pronto los cuarenta días. Entonces oiría allí arriba las voces desconsoladas, los lamentos de mi esposa y el llanto silencioso de mis hijos…

–Miren por lo que suspira: se atiborrarán a *kutiá*[*]– y se marcharán. ¡Ah, si al menos alguien se despertara!

–Avdotia Ignátevna –exclamó el funcionario de la voz zalamera–, espere un poco y los recién llegados empezarán a hablar.

–¿Hay jóvenes entre ellos?

–Sí, Avdotia Ignátevna. Algunos casi adolescentes.

–¡Ah, justo lo que necesitamos!

–Entonces, ¿todavía no han empezado? –inquirió su excelencia.

–Ni siquiera los de anteayer han vuelto en sí, Excelencia. Como bien sabe usted, a veces tardan una semana en hablar. Por suerte anteayer, ayer y hoy han traído muchos de una vez. De otro modo, en unos veinte metros a la redonda no tendríamos más que muertos del año anterior.

–Sí, es interesante.

–Hoy mismo, Excelencia, han enterrado al actual consejero privado Tarasévich. Reconocí las voces. Conozco a su sobrino, que hace un momento ha ayudado a bajar el ataúd.

–Hum, ¿y dónde está?

–A unos cinco pasos de usted, Excelencia, a la izquierda. Casi a sus mismos pies… Si quiere usted, Excelencia, puedo presentárselo.

–Hum, no… No me corresponde a mí dar el primer paso.

–Pero es él quien lo dará, Excelencia. Hasta se sentirá halagado. Déjelo usted en mis manos, Excelencia, y…

–Ah, ah… ah, ¿qué es lo que me pasa? –gimió de pronto la vocecilla asustada de un recién llegado.

–Un recién llegado, Excelencia, un recién llegado. Gracias a Dios. ¡Y qué pronto ha despertado! A veces se están callados toda una semana.

–¡Ah, parece un joven! –chilló Avdotia Ignátevna.

–Yo… yo… sufrí una recaída y de repente… –volvió a balbucir el joven–. Schultz me dijo la víspera: «Ha sufrido usted una recaída». Y de pronto, por la mañana, muerto. ¡Ah, ah!

–Bueno, joven, no se puede hacer nada –observó el general con benevolencia; se veía que la presencia de una cara nueva le agradaba–. ¡De nada vale seguir lamentándose! Sea bienvenido a nuestro valle de Josafat, si se puede decir así. Somos buena gente. En cuanto nos conozca un poco, nos apreciará. General-mayor Vasili Vasílevich Pervoiédov, a su servicio.

–¡Ah, no! ¡No, no, de ninguna manera! Schultz empezó a tratarme; sufrí una recaída, sabe usted; al principio tenía dolores en el pecho y tosía; luego me resfrié: el pecho cogido y la gripe… Y de pronto, de forma completamente inesperada… Eso es lo más importante, que no se lo esperaba nadie.

–Dice usted que al principio sólo era el pecho –intervino con voz dulce el funcionario, como tratando de reconfortar al recién llegado.

–Sí, el pecho y los esputos; luego, de repente, cesaron los esputos, pero seguía doliéndome el pecho. No podía respirar… y entonces…

–Ya sé, ya sé. Pero si lo que le dolía era el pecho, debería haber consultado a Eck, no a Schultz.

–Yo tenía intención de dirigirme a Botkin, sabe usted… pero de pronto…

–Botkin te abre en canal –observó el general.

–Ah, no, nada de eso; he oído que pone mucho cuidado y que lo pronostica todo.

–Su Excelencia se refería al precio –precisó el funcionario.

–Pero si no son más que tres rublos; además, te hace un reconocimiento completo y te da la receta… Yo quería verlo sin falta porque me habían dicho… Entonces, señores, ¿a quién creen que

debería ir a ver? ¿A Eck o a Botkin?

–¿Qué? ¿Adónde quiere ir usted? –dijo el general con una alegre carcajada que estremeció su cadáver. El funcionario le secundó en falsete.

–¡Mi querido muchacho! ¡Mi querido y simpático muchacho, cuánto te quiero! –chilló entusiasmada Avdotia Ignátevna–. ¡Ojalá hubieran puesto a alguien así a mi lado!

¡No, esto ya es inadmisible! ¡Así son los muertos en los tiempos que corren! Pero mejor escuchar un poco más y no sacar conclusiones apresuradas. Ese mocoso recién llegado… Recuerdo haberlo visto en su ataúd hace un momento, con su aspecto de pollo asustado, el más repugnante que pueda imaginarse. Pero sigamos escuchando.

No obstante, a continuación se armó tal algarabía que no pude retener todas las palabras en mi memoria, ya que muchos se despertaron a la vez. Entre otros, un funcionario, un consejero de Estado, que sin preámbulo alguno se puso a hablar con el general de un proyecto de nueva subcomisión en no sé qué ministerio y de los probables cambios de personal que entrañaría la tal subcomisión. El general se mostraba cada vez más interesado. Reconozco que yo también me enteré de muchas novedades y me quedé maravillado de los cauces por los que a veces nos enteramos de las novedades administrativas en nuestra capital. Luego se despertó a medias un ingeniero, pero se pasó un buen rato farfullando cosas sin pies ni cabeza, de suerte que nuestros amigos no le prestaron la menor atención y le dieron tiempo para que se espabilara. Por último la importante dama que había sido enterrada por la mañana bajo el catafalco empezó a dar señales de reanimación póstuma. Lebeziátnikov (así resultó llamarse el obsequioso consejero áulico que me inspiraba tanta antipatía y que estaba enterrado junto al general Pervoiédov) parecía muy impresionado y sorprendido de que aquella vez todos se despertaran tan deprisa. He de confesar que yo también estaba sorprendido; no obstante, algunos de ellos habían sido enterrados anteayer; tal era el caso, por ejemplo, de una muchachita muy joven, de unos dieciséis años, que no dejaba de reírse… con una risa abyecta y lasciva.

–¡Excelencia, el consejero privado Tarasévich se está despertando! –anunció de pronto Lebeziátnikov con inusitada premura.

–¿Eh? ¿Qué? –masculló el consejero, que acababa de despertarse, con voz despectiva y ceceante, en la que se traslucía un tono autoritario y caprichoso.

Agucé el oído, picado por la curiosidad, pues en los últimos días había oído ciertos rumores escandalosos e inquietantes a más no poder sobre ese Tarasévich.

–Soy yo, Excelencia; por ahora, sólo soy yo.

–¿Qué quiere? ¿En qué puedo servirle?

–Únicamente quiero informarme de la salud de Su Excelencia. En un primer momento, debido a la falta de costumbre, uno puede sentir ciertas apreturas en este lugar… El general Pervoiédov tendría un gran honor en saludar a Su Excelencia y espera…

–Nunca he oído hablar de él.

–Permítame, Excelencia: el general Pervoiédov, Vasili Vasílevich…

–¿Es usted el general Pervoiédov?

–No, Excelencia, yo sólo soy el consejero áulico Lebeziátnikov, para servirle; pero el general Pervoiédov…

–¡Qué absurdo! Haga el favor de dejarme en paz.

–Déjelo –dijo el general Pervoiédov con dignidad, acabando de una vez con la innoble solicitud de su subalterno de ultratumba.

–Todavía no se ha despertado del todo, Excelencia; hay que tenerlo en cuenta. No está acostumbrado a esto. Cuando se despierte del todo, adoptará otra actitud…

–Déjelo –repitió el general.

–¡Vasili Vasílevich! ¡Eh, Excelencia! –gritó de pronto con fuerza y apasionamiento una voz completamente nueva, muy cerca de Avdotia Ignátevna; una voz aristocrática y provocativa, con una pronunciación lánguida muy de moda y una entonación insolente–. Llevo ya dos horas observándoles a todos. Es el tercer día que paso en este lugar. ¿No se acuerda usted de mí, Vasili Vasílevich? Me llamo Klinévich. Nos conocimos en casa de los Volokonski, donde, por razones que se me escapan, le recibían también a usted.

–¿Cómo? ¿El conde Piotr Petróvich…? ¿Es posible que usted… con lo joven que era…? ¡Cuánto lo lamento!

–También lo lamento yo, aunque, pensándolo bien, me da lo mismo; lo único que quiero es sacar todo lo que pueda de este lugar. Y no soy conde, sino barón, sólo barón. Somos una pequeña familia de barones roñosos, salida de una estirpe de lacayos; cómo alcanzamos la baronía no lo sé ni me importa. Sólo soy un canalla de la pseudoalta sociedad y me considero un «granuja encantador». Mi padre era un general de poca monta; mi madre antaño era recibida *en haut lieu*. El año pasado el judío Sieffel y yo falsificamos billetes por valor de cincuenta mil rublos; después le denuncié, pero todo el dinero se lo llevó a Burdeos Yulia Charpentier de Lusignan. Figúrese, yo estaba ya prometido con Schevalévskaia, a quien le faltan tres meses para cumplir dieciséis años y va todavía a la escuela. La dote era de noventa mil rublos. ¿Recuerda usted, Avdotia Ignátevna, cómo me sedujo usted, hace quince años, cuando sólo tenía catorce y aún pertenecía al cuerpo de pajes?

–Ah, eres tú, caradura… Menos mal que Dios te ha enviado aquí, porque si no…

–Se equivoca usted al suponer que su vecino el negociante huele mal… Cuando se lo oía decir, yo callaba y me reía para mis adentros. El olor viene de mí; han tenido que enterrarme en un ataúd sellado.

–¡Ah, qué abominable es usted! Pero de todos modos estoy contenta. No puede usted imaginarse, Klinévich, qué falta de vida y de ingenio reina en este lugar.

–Ya veo, ya. Y yo tengo intención de introducir algunas ideas originales… No me refiero a usted, Pervoiédov, sino a su otra excelencia, el señor Tarasévich, el consejero privado. ¡Responda! Soy Klinévich, el que le llevó a usted la pasada cuaresma a casa de *mademoiselle* Furie. ¿Me oye usted?

–Le oigo, Klinévich, y me alegro mucho; créame que…

–No le creo a usted una palabra y no me importa nada lo que diga. Simplemente me gustaría darle un beso, mi querido viejo, pero gracias a Dios no puedo. ¿No saben ustedes, señores, la que ha organizado este *grand-père*? Murió hace tres o cuatro días e, imagínense, ha dejado un déficit de cuatrocientos mil rublos en los fondos estatales. Unos fondos destinados a viudas y huérfanos; por razones que desconozco era el único administrador, de suerte que las cuentas han estado unos ocho años sin revisarse. Me figuro las caras largas que tendrán todos allá arriba y cómo lo bendecirán. ¿No es verdad que es un pensamiento delicioso? Durante el último año no he hecho más que preguntarme cómo ese ancianito septuagenario, gotoso y reumático, había conservado las fuerzas necesarias para llevar una vida tan disipada. ¡Y ya tengo la clave del enigma! Esas viudas y esos huérfanos. ¡Sólo de pensar en ellos tenía que hervirle la sangre! Estaba al corriente de todo desde hace tiempo; sólo yo lo sabía porque Charpentier me lo dijo. Cuando me enteré, fui a ver a ese santo varón y le intimidé amistosamente: «O me das veinticinco mil o mañana tienes aquí una inspección». Y figúrense, no pudo reunir más de trece mil, así que tengo la impresión de que la muerte le ha llegado en buen momento. *Grand-père*, *grand-père*, ¿me oye usted?

–*Cher* Klinévich, estoy completamente de acuerdo con usted, así que no merecía la pena… entrar en tales detalles. En la vida hay tantos sufrimientos, tantas contrariedades y tan pocas recompensas… Deseaba encontrar al fin un poco de reposo, y, en principio, tenía esperanzas de sacar algún beneficio también de este lugar…

–¡Apuesto a que ya le ha echado el ojo a Katish Bérestova!

–¿A quién? ¿A qué Katish? –dijo el anciano con voz temblorosa de lujuria.

–Ah, ¿no sabe de qué Katish hablo? Pues de la que está aquí a la izquierda, a cinco pasos de mí y a diez de usted. Lleva aquí ya cinco días y si supiera usted, *grand-père*, qué sinvergüencilla es… De

buena familia, bien educada y un monstruo, ¡un monstruo de los pies a la cabeza! Allí arriba no se la enseñé a nadie, era el único que la conocía… ¡Katish, di algo!

–¡Ji, ji, ji! –respondió una voz cascada de muchacha, en la que se percibía algo como el pinchazo de una aguja–. ¡Ji, ji, ji!

–¿Es ru-bi-ta? –balbució con voz entrecortada el *grand-père*.

–¡Ji, ji, ji!

–Hace ya… hace ya tiempo –farfulló jadeante el anciano– que acariciaba el sueño de una rubita… de unos quince años… y precisamente en estas circunstancias…

–¡Ah, qué monstruo! –gritó Avdotia Ignátevna.

–¡Basta! –intervino Klinévich–. Ya veo que el material es excelente. En poco tiempo arreglaremos las cosas del mejor modo posible. Lo más importante es pasar de una manera alegre el tiempo que nos quede. Pero ¿de cuánto disponemos? Eh, usted, funcionario de no sé qué departamento… Lebeziátnikov, ¿no se llama usted así?

–Semión Yevséich Lebeziátnikov, consejero áulico. Encantado de servirle.

–Me importa un bledo que esté usted encantado, pero parece que lo sabe usted todo en este lugar. En primer lugar, dígame (es algo que me asombra desde ayer), ¿cómo es que podemos hablar? El caso es que estamos muertos y, sin embargo, seguimos hablando. Parece que somos capaces de movernos, y no deberíamos hablar ni movernos. ¿Qué clase de truco es éste?

–Si lo desea usted, barón, Platón Nikoláievich puede explicárselo mejor que yo.

–¿Quién es ese Platón Nikoláievich? Déjese de historias y vaya al grano.

–Platón Nikoláievich es nuestro filósofo local, nuestro naturalista y nuestro pozo de sabiduría. Ha publicado varios opúsculos de filosofía, pero se ha pasado los tres últimos meses durmiendo de lo lindo, de suerte que ahora no hay modo de despertarlo. Una vez por semana farfulla unas palabras que no vienen a cuento.

–¡Al grano, al grano!

–Él explica todo esto de la forma más sencilla; a saber, que allá arriba, cuando todavía estamos vivos, nos equivocamos al pensar que la muerte es esta muerte. Aquí el cuerpo recobra cierta vida; los restos de la vida se concentran, no sólo en la conciencia. Se trata (no sé cómo expresarlo) de una prolongación de la vida como por inercia. Según su opinión, todo se concentra en algún punto de la conciencia y se prolonga dos o tres meses… a veces incluso medio año… Hay un tipo, por ejemplo, que está casi completamente descompuesto, pero cada seis semanas más o menos balbuce de pronto una palabra, naturalmente sin sentido, algo así como *bobok: «Bobok, bobok»*. Eso quiere decir que todavía titila en él una chispa imperceptible de vida…

–Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Y cómo explica usted que, aun sin tener olfato, perciba ese hedor?

–Eso… je, je… Bueno, en ese punto nuestro filósofo se ha perdido en razonamientos brumosos. En cuanto al olor, advirtió que lo que percibimos es, por decirlo así, un hedor moral… ¡Je, je! Es un hedor que procede del alma, que en dos o tres meses debe alcanzar una nueva condición… Se trata, de alguna manera, de un último acto de misericordia… Pero en mi opinión, barón, todo eso no es más que un delirio místico, muy excusable dada su situación…

–Basta. Estoy seguro de que todo lo demás es una insensatez. Lo importante es que aún nos quedan dos o tres meses de vida y al final: *bobok*. Propongo a todos pasar esos dos meses del modo más agradable posible; y para lograrlo, es preciso que nos ciñamos a otros principios. ¡Señores! ¡Propongo que no nos avergoncemos de nada!

–¡Ah, sí, sí, nada de sentir vergüenza! –Se oyeron varias voces, algunas de ellas, cosa extraña, completamente nuevas, es decir, de personas que entre tanto se habían despertado. La profunda voz de bajo del ingeniero, que se había despertado ya del todo, expresó su asentimiento con especial entusiasmo. La muchachita llamada Katish estalló en una risita alegre.

–¡Ah, qué ganas tengo de no avergonzarme de nada! –exclamó con arrobo Avdotia Ignátevna.

–¿Han oído eso? Si hasta Avdotia Ignátevna tiene ganas de no avergonzarse de nada…

–Sí, sí, sí, Klinévich. Yo solía avergonzarme allí arriba; estaba siempre avergonzada. ¡Y aquí tengo unas ganas terribles de no avergonzarme de nada!

–Si lo entiendo bien, Klinévich –dijo con su voz de bajo el ingeniero–, propone usted organizar esta vida de aquí, si es que la podemos llamar así, sobre principios nuevos y razonables.

–¡A mí eso me importa un bledo! Sobre esa cuestión, es mejor que esperemos a oír el parecer de Kudeiárov, al que trajeron ayer. Cuando se despierte, se lo explicará a usted con pelos y señales. ¡Es todo un personaje, una especie de gigante! Por lo visto, mañana traerán también a un naturalista, probablemente también a un oficial y, si no me engaño, dentro de tres o cuatro días, a un articulista y acaso también a un editor. Por lo demás, ¡que se vayan al diablo! Pero el caso es que va a formarse una pequeña sociedad y que las cosas se arreglarán por sí mismas. Entre tanto, no quiero ninguna mentira. Es lo único que pido, porque es lo más importante. No se puede vivir en la tierra sin mentir, porque vida y mentira son sinónimos; pero aquí, aunque sólo sea para divertirnos, renunciemos a mentir. Después de todo, la tumba significa algo, ¡qué diablos! Cada uno de nosotros contará su historia en voz alta, sin avergonzarse ya de nada. Empezaré yo. Debéis saber que soy, ante todo, un libidinoso. Allí arriba todas esas cosas estaban unidas por cuerdas podridas. ¡Acabemos con esas cuerdas y vivamos estos dos o tres meses en la más desvergonzada verdad! Descubrámonos y desnudémonos.

–¡Desnudémonos, desnudémonos! –gritaron todas las voces.

–¡Tengo unas ganas locas, locas, de desnudarme! –chilló Avdotia Ignátevna.

–Ah… ah… ah, veo que nos lo vamos a pasar bien aquí. ¡Ya no quiero ir a ver a Eck!

–¡Sí, me gustaría vivir un poco más! ¿Entienden? ¡Me gustaría vivir un poco más!

–¡Ji, ji, ji! –rió Katish.

–Lo más importante es que nadie puede prohibirnos nada. Veo que Pervoiédov está enfadado, pero en cualquier caso su brazo no es lo bastante largo para alcanzarme. ¿Está usted de acuerdo, *grand-père*?

–Totalmente, totalmente de acuerdo, y con el mayor placer, pero a condición de que Katish sea la primera en contar su bi-o-grafía.

–¡Protesto! ¡Protesto con todas mis fuerzas! –exclamó con firmeza el general Pervoiédov.

–¡Excelencia! –balbució el innoble Lebeziátnikov en voz baja y persuasiva, sin contener su excitación–. Excelencia, nos irá mucho mejor si nos ponemos de acuerdo. Ahí está esa muchacha, ya sabe… y, en fin, esas historias de todo tipo…

–Lo de la muchacha pase, pero…

–¡Nos irá mejor, Excelencia, se lo digo yo! Hagamos una prueba, a ver qué pasa…

–¡Ni siquiera en la tumba le dejan a uno en paz!

–En primer lugar, general, en la tumba juega usted al *préférence*, y en segundo, nos im-por-ta us-ted un ble-do –dijo Klinévich, escandiendo las palabras.

–Mi querido señor, le pido que no se propase usted.

–¿Qué? Estoy fuera de su alcance y desde aquí puedo incordiarle como hacía con el perro de Yulia. Además, señores, ¿qué es aquí un general? ¡Habrá sido general allá arriba, pero aquí es un cero a la izquierda!

–Nada de cero a la izquierda… incluso aquí…

–Aquí está usted pudriéndose en el ataúd. Lo único que quedará de usted son seis botones de cobre.

–¡Bravo, Klinévich, bravo! ¡Ja, ja, ja!

–He servido a mi soberano… Tengo un sable…

–Pues póngase a cazar ratones con él; además, no lo ha sacado nunca de la vaina.

–No importa; yo formaba parte de un todo.

–¡Como si hubiera pocas partes de ese todo!

–¡Bravo, Klinévich, bravo! ¡Ja, ja, ja!

–No entiendo qué quiere decir con eso del sable –proclamó el ingeniero.

–¡Correremos como ratones delante de los prusianos, que nos harán morder el polvo! –exclamó una voz lejana y desconocida, que se atragantaba literalmente de entusiasmo.

–¡El sable, señor, es el honor! –trató de gritar el general, pero sólo yo le oí. Se armó un prolongado y furioso barullo, una suerte de bullicioso tumulto en el que sólo se percibían los impacientes e histéricos chillidos de Avdotia Ignátevna.

–¡Rápido, rápido! ¡Ah, cuándo empezaremos a no avergonzarnos de nada!

–¡Oj-jo-jo! ¡En verdad, mi alma está padeciendo no pocos tormentos! –se oyó la voz del comerciante y…

Y en ese momento estornudé. Fue algo momentáneo e inesperado, pero produjo un efecto sorprendente: todo quedó en silencio como en un cementerio y se desvaneció como un sueño. Cayó un silencio verdaderamente sepulcral. No creo que se avergonzaran de mí, porque acababan de decidir no avergonzarse de nada. Esperé unos cinco minutos, pero no oí ni una palabra, ni un sonido. Tampoco cabe suponer que tuvieran miedo de que los denunciara a la policía, porque ¿qué iba a hacer la policía? He llegado a la conclusión de que deben guardar algún secreto, desconocido a los mortales, que ocultan celosamente a todos los vivos.

«Bueno, queridos amigos –me dije–, ya vendré a haceros una visita.»

Y con esas palabras abandoné el cementerio.

No, no puedo admitirlo. ¡En verdad que no! Esa historia de *bobok* no me preocupa (¡mira lo que ha acabado siendo eso de *bobok!)*.

Desenfreno en un lugar como ése, desenfreno de las esperanzas supremas, desenfreno entre cadáveres en plena ruina y descomposición, desenfreno que no respeta siquiera los últimos instantes de la conciencia. Esos instantes que les han sido concedidos como un don y… Y lo más importante, lo más importante, ¡en semejante lugar! No, no puedo admitirlo…

Visitaré tumbas de otras categorías, escucharé por todas partes. Eso es lo que hay que hacer –escuchar en todas partes, no en un solo rincón del cementerio– si quiere uno formarse una idea. Acaso acabe encontrando algún consuelo.

Pero debo volver a escuchar a ésos. Han prometido contar sus biografías y diversas anécdotas. ¡Uf! Iré, iré sin falta; ¡es un caso de conciencia!

Voy a llevar esto a *El Ciudadano*. Allí también se ha exhibido el retrato de uno de los editores. Quizá se decida a imprimir mi historia.

El sueño de un hombre ridículo

Relato fantástico

I

Soy un hombre ridículo. Ahora me tildan de loco, lo que representaría un ascenso en el escalafón, si no siguiera siendo a sus ojos tan ridículo como antes. Pero yo no se lo tengo en cuenta y quiero a todo el mundo, aunque se rían de mí… incluso en ese caso hay algo que me los hace especialmente queridos. De buena gana me reiría con ellos, no de mí mismo, sino del afecto que me inspiran, si no me diese tanta pena verlos. Pena porque, a diferencia de mí, no conocen la verdad. ¡Ah, qué duro es ser el único que conoce la verdad! Pero nunca lo comprenderán. No, no lo comprenderán.

Antaño la idea de parecer ridículo me hacía sufrir mucho. Y no es que lo pareciera, es que lo era. Siempre he sido un hombre ridículo y probablemente lo he sabido desde el día de mi nacimiento. Probablemente lo he sabido desde la edad de siete años. Luego fui al colegio y más tarde a la universidad… ¿y qué quieren que les diga? Cuanto más estudiaba, más cuenta me daba de que era ridículo. De suerte que, en mi caso, cuanto más profundizaba en mis estudios universitarios más evidente me parecía que la única razón de esos conocimientos era demostrarme, revelarme, que era un hombre ridículo. Y en la vida me ha sucedido lo mismo que en los estudios. De año en año ha crecido y se ha reforzado en mí la conciencia de ser un hombre ridículo en todos los sentidos. Todo el mundo se ha reído siempre de mí. Pero ninguno sabía ni sospechaba que si había en este mundo un hombre que supiera mejor que nadie lo ridículo que era, ese hombre era yo; y eso era lo que más me afligía, que no lo supieran, aunque la culpa la tenía yo: siempre he sido tan orgulloso que nunca y en ninguna circunstancia he querido confesárselo a nadie. Ese orgullo ha ido creciendo en mí con el paso de los años, de manera que, si en algún momento hubiera llegado a reconocer ante otra persona que era un hombre ridículo, creo que esa misma tarde, sin perder un segundo, me habría saltado la tapa de los sesos. ¡Ah, cuánto me hacía sufrir, en mi adolescencia, el temor de no saber contenerme y de confesárselo todo de golpe a mis compañeros! Pero a medida que fui madurando, sin saber por qué, me fui tranquilizando, aunque de año en año me iba haciendo más y más consciente de mi terrible peculiaridad. Y digo bien «sin saber por qué», pues aún sigo buscando la razón exacta. Quizá porque en mi alma fue acrecentándose un sufrimiento terrible, motivado por una circunstancia que estaba infinitamente por encima de mí; a saber, la convicción, que acabó dominándome, de que en este mundo, estemos donde estemos, *todo da lo mismo*. Hacía mucho tiempo que lo sospechaba, pero el convencimiento pleno sólo surgió el último año, y como por arte de magia. De pronto sentí que me *daba lo mismo* que el mundo existiera o que no hubiera nada en ninguna parte. Empecé a sentir y percibir con todo mi ser que *a mi alrededor no había nada*. Al principio seguía pareciéndome que antaño había habido muchas cosas, pero luego llegué a la conclusión de que tampoco antes había habido nada, de que no había sido más que una figuración mía. Poco a poco me convencí de que tampoco en el futuro habría nunca nada. Entonces, de buenas a primeras, dejé de enfadarme con los hombres y hasta dejé casi de prestarles atención. En verdad, todo eso se manifestaba incluso en las cosas más insignificantes: por ejemplo, cuando iba por las calles, tropezaba con la gente. Y no porque estuviera sumido en mis pensamientos: no tenía nada en lo que pensar, había dejado de pensar definitivamente: me daba todo lo mismo. Si al menos hubiera encontrado soluciones a las cuestiones que me acuciaban; pero no resolví ni una sola, y eso que las había a cientos. Pero, como *nada me importaba*, todas las cuestiones se desvanecían.

Y así, al poco tiempo, descubrí la verdad. La descubrí el pasado mes de noviembre, el 3 de noviembre, para ser más exactos; a partir de esa fecha puedo recordar cada instante de mi existencia. Era una noche sombría, la más sombría que pueda imaginarse. Me dirigía a casa, pasadas ya las diez, y recuerdo que iba pensando en que no era posible concebir ambiente más sombrío que aquél. Ni siquiera en sentido físico. Había estado lloviendo todo el día, una lluvia fría y lóbrega a más no poder, una lluvia incluso amenazante, me acuerdo muy bien, con una manifiesta hostilidad por los hombres; luego, de pronto, a eso de las once, cesó, y empezó a percibirse una terrible humedad, más húmeda y fría que la misma lluvia; y, si uno clavaba la mirada en la lejanía, creía percibir una especie de vapor levantándose de todo, de cada piedra del pavimento, de cada callejón. De pronto me dije que, si se apagaran todas las luces de gas, se sentiría uno mejor, pues esas luces, al iluminar todo eso, llenaban de tristeza el corazón. Ese día casi no había probado bocado; desde primeras horas de la tarde había estado en casa de un ingeniero, al que acompañaban dos amigos. Apenas había abierto la boca, así que es de suponer que mi presencia les aburriese. Estaban hablando de no sé qué asunto controvertido y de pronto se acaloraron. Pero yo me daba cuenta de que todo aquello les daba lo mismo y de que sólo se acaloraban para guardar las formas. De pronto les dije lo siguiente: «Pero, señores, todo eso les da lo mismo». Ellos no se ofendieron, pero se rieron de mí. Sólo porque no les había dicho aquello en son de reproche, sino simplemente porque me daba igual. Se dieron cuenta de que todo me daba igual, y eso les hizo gracia.

Cuando se me ocurrió pensar en las luces de gas, mientras andaba por la calle, alcé los ojos al cielo. Estaba terriblemente oscuro, pero podían distinguirse con claridad las nubes deshilachadas, y entre ellas insondables manchas negras. De pronto reparé en una estrellita que destacaba en una de esas manchas y me puse a mirarla fijamente. Lo hice así porque esa estrellita me sugirió una idea: decidí que esa noche acabaría con mi vida. Había tomado esa firme decisión dos meses antes, y, a pesar de mi pobreza, había comprado un magnífico revólver que había cargado ese mismo día. Pero habían pasado ya dos meses y seguía guardado en un cajón; me importaba tan poco todo que quería aprovechar un momento en que no me resultase todo tan indiferente, aunque no sabría decir por qué razón. Así pues, desde hacía dos meses, cada noche, al regresar a casa, pensaba que me iba a pegar un tiro. Seguía aguardando el momento oportuno. Y de pronto esa estrellita me había sugerido la idea, así que decidí que sería *sin falta* esa noche. Lo que no sé es por qué la estrellita me sugirió esa idea.

Y en el momento en que estaba mirando el cielo, esa niña me cogió del codo. La calle estaba ya desierta, no había apenas un alma. A lo lejos un cochero dormitaba en su tílburi. La niña tendría unos ocho años, llevaba un pañuelo y un vestidito raído; estaba toda mojada, pero lo que más me llamó la atención fueron sus zapatos empapados y agujereados, que aún me parece estar viendo. Atrajeron mi mirada de manera especial. De pronto se puso a tirarme del codo y a llamarme. No lloraba, pero gritaba con voz entrecortada unas palabras que no podía articular bien, pues todo su cuerpo se estremecía de frío. Algo la aterrorizaba y chillaba con desesperación: «¡Mamá! ¡Mamá!». Estuve a punto de volverme hacia ella, pero al final no dije una palabra y seguí mi camino; no obstante, ella corría detrás de mí y me cogía de la manga; en su voz se percibía esa nota que en los niños muertos de miedo denota desesperación. Conozco esa nota. Aunque no llegó a acabar sus frases, comprendí que su madre agonizaba en alguna parte, o que le había sucedido algo, y que ella había salido corriendo para llamar a alguien, para encontrar a alguien que socorriera a su madre. Pero yo no la seguí; al contrario, de pronto se me ocurrió la idea de apartarla de mi lado. En primer lugar le dije que fuera a buscar a un guardia. Pero ella juntó las manos y, sollozando y jadeando, siguió corriendo a un lado, sin apartarse de mí. En ese momento di una patada en el suelo y le grité. Ella, entonces, se limitó a exclamar: «¡Señor, señor!...», pero de pronto se alejó y cruzó la calle a todo correr: había descubierto a otro transeúnte y se aprestaba a abordarlo.

Subí a mi quinto piso. Vivo de alquiler en una pensión. Mi habitación es mísera y pequeña, con una claraboya semicircular. Mi mobiliario se compone de un sofá de hule, una mesa en la que se apilan varios libros, un par de sillas y un cómodo sillón, muy viejo, pero de estilo Voltaire. Me senté,

encendí una vela y me quedé pensativo. En la habitación contigua, detrás del tabique, seguía aquel barullo, que duraba ya tres días. Vivía allí un capitán retirado, que tenía diversos invitados, unos seis o siete gandules, que bebían vodka y jugaban a los naipes con una baraja vieja. La noche anterior había estallado una trifulca, y sabía que dos de ellos se habían tirado de los pelos durante un buen rato. La patrona quería quejarse, pero le tiene mucho miedo al capitán. Además de ese inquilino, vive en nuestra pensión una señora delgada y baja de estatura, viuda de un oficial, con tres hijos de corta edad que habían caído enfermos en ese alojamiento. Tanto a ella como a los niños les da pavor el capitán y se pasan la noche temblando y santiguándose; el más pequeño ha llegado a tener convulsiones de puro miedo. Ese capitán, lo sé de buena fuente, a veces detiene a los transeúntes en la Avenida Nevski y les pide limosna. Nadie se decide a contratarlo, pero lo extraño (y es por eso por lo que me ocupo aquí de la cuestión) es que, durante el mes que lleva viviendo entre nosotros, el capitán no me ha causado la menor molestia. Naturalmente, he evitado su compañía desde el principio, y él mismo me ha encontrado aburrido desde nuestro primer encuentro; pero, por mucho que griten al otro lado del tabique y por muchas personas que se reúnan en su habitación, a mí me da lo mismo. Me paso toda la noche sentado y la verdad es que no les oigo: hasta tal punto me desentiendo de ellos. No consigo pegar ojo hasta el amanecer; y así llevo ya un año. Me siento en mi sillón, junto a la mesa, y allí me quedo toda la noche, sin hacer nada. Sólo leo libros de día. Ni siquiera pienso; tan sólo algunas confusas ideas rondan mi cabeza, y yo las dejo vagar a sus anchas. Durante la noche se consume una vela entera.

Me senté en silencio junto a la mesa, saqué el revólver y lo puse delante de mí. En ese momento, lo recuerdo muy bien, me pregunté: «Entonces, ¿estás decidido?». Y me respondí con pleno convencimiento: «Sí». Es decir, que me iba a pegar un tiro. Sabía que esa noche, sin falta, me levantaría la tapa de los sesos, pero ignoraba cuánto tiempo pasaría aún allí sentado. Y no cabe duda de que me habría pegado un tiro, de no haber sido por esa niña.

II

Para que vean: aunque me daba todo igual, podía sentir, por ejemplo, el dolor. Si alguien me hubiera golpeado, me habría hecho daño. Y lo mismo sucedía en el ámbito moral: si se producía un acontecimiento muy triste, sentía pena, igual que antes, cuando no me daba todo igual en la vida. Y en esa ocasión también sentí pena: a una niña estaba obligado a prestarle ayuda. Entonces, ¿por qué no había socorrido a aquélla? Por una idea que se me ocurrió entonces: mientras me tiraba de la manga y me llamaba, se me había planteado de pronto un dilema, y no había sabido resolverlo. Era un dilema ocioso, pero me había irritado. Me había irritado porque, si había tomado la decisión de acabar con mi vida esa misma noche, todo lo que pudiera suceder en el mundo debería resultarme más indiferente que nunca. Entonces, ¿por qué sentía de pronto que no me daba todo igual y que me compadecía de la niña? Recuerdo que sentí una pena enorme, que acabó transformándose en un dolor extraño e incluso totalmente inverosímil, dada mi situación. En verdad, no encuentro mejor manera de definir esa sensación fugaz que experimenté en ese momento, sensación que no me abandonó ni siquiera en casa, cuando ya me había sentado junto a la mesa; estaba muy irritado, como hacía tiempo que no lo estaba. Las consideraciones se sucedían una tras otra. Me parecía evidente que, si era un hombre y no una nulidad –puesto que todavía no me había transformado en una nulidad–, estaba vivo, y en consecuencia podía sufrir, enfadarme y avergonzarme de mis actos. De acuerdo. Pero, si iba a matarme al cabo de dos horas, pongamos, ¿qué se me daba a mí esa niña y qué podía importarme la vergüenza y cualquier otra cosa en el mundo? Estaba a punto de transformarme en un cero, en un cero absoluto. ¿Era posible que la conciencia de que en un momento iba a dejar *totalmente* de existir y, de que, en consecuencia, todo lo demás dejaría también de existir, no hubiera ejercido la menor influencia ni en mi sentimiento de lástima por la niña ni en mi sentimiento de

vergüenza después de la villanía que había cometido? La razón de que diera una patada en el suelo y gritara con voz salvaje a la pobre niña era que me decía: «Bueno, no sólo no siento ninguna compasión, sino que puedo comportarme de la manera más inhumana, porque dentro de dos horas todo habrá desaparecido». ¿Creerán ustedes que ése fue el motivo por el que grité? Ahora mismo estoy casi convencido. Me parecía evidente que a partir de ese momento era como si la vida y el mundo dependieran de mí. Puedo decir incluso que en ese momento el mundo me parecía creado exclusivamente para mí: en cuanto me pegara un tiro, el mundo dejaría de existir, al menos para mí. Dejando a un lado la cuestión de que, quizá, después de mí no habría nada para nadie, y de que el mundo entero, en cuanto se apagara mi conciencia, se desvanecería inmediatamente como una fantasmagoría, como un simple atributo de mi conciencia, que se anularía, pues quizá todo ese mundo y todas esas personas sólo existían en mí. Recuerdo que no paraba de darle vueltas a esas nuevas cuestiones que se amontonaban en mi cabeza, hasta que llegué a considerarlas desde un punto de vista muy distinto y a imaginar algo completamente nuevo. Por ejemplo, de pronto se me ocurrió esta extraña idea: si hubiera vivido antes en la Luna o en Marte y hubiera cometido el acto más vergonzoso e innoble que pueda imaginarse, y fuese vejado y deshonrado de un modo como, a lo sumo, puede concebirse y representarse en algún sueño o pesadilla, y si más tarde me hubiese encontrado en la Tierra, conservando la conciencia de lo que había hecho en otro planeta y sabiendo, además, que nunca y en ningún caso regresaría, al contemplar la Luna desde la Tierra, ¿me daría *todo igual* o no? ¿Me sentiría avergonzado de mi acto o no? Cuestiones vanas y superfluas, pues el revólver estaba ya delante de mí, y yo sabía con todo mi ser que *eso* seguramente iba a suceder; pero esas cuestiones me soliviantaban y me sacaban de mis casillas. Era como si no pudiera morir sin haber resuelto antes cierto asunto. En suma, esa niña me salvó porque, al pasar de una cuestión a otra, iba demorando el momento del disparo. Entre tanto, en la habitación del capitán se había restablecido el silencio: habían dejado de jugar a los naipes y se habían echado a dormir, sin dejar de rezongar y de lanzarse desganados insultos. De repente me quedé dormido en mi sillón, delante de la mesa, algo que no me había sucedido nunca. Me quedé completamente dormido, sin darme cuenta siquiera. Como es bien sabido, los sueños son una cosa de lo más extraña: unos se perciben con una claridad pavorosa y sus detalles son tan precisos que parecen cincelados por un orfebre; en otros, en cambio, ni siquiera se da uno cuenta de los saltos que da en el tiempo y en el espacio. Creo que los sueños no los gobierna la razón, sino el deseo, no la cabeza, sino el corazón, y no obstante, ¡qué tretas tan astutas ejecutaba a veces la razón en mis sueños! Por lo demás, la razón adopta a veces en los sueños una actitud totalmente incomprensible. Por ejemplo, mi hermano ha muerto hace cinco años. En ocasiones sueño con él: toma parte en mis asuntos, nos interesamos mucho el uno por el otro, y sin embargo, a lo largo de todo el sueño, no olvido ni pierdo de vista en ningún instante que está muerto y enterrado. ¿Cómo no me sorprende que, a pesar de estar muerto, se encuentre a mi lado y comparta mis preocupaciones? ¿Por qué mi razón acepta todo eso sin rechistar? Pero basta. Paso a ocuparme de mi sueño. ¡Sí, fue entonces, el 3 de noviembre, cuando tuve ese sueño! Ahora se burlan de mí diciéndome que, después de todo, no fue más que un sueño. Pero ¿acaso no da lo mismo que fuera un sueño o no lo fuera, desde el momento en que ese sueño me reveló la Verdad? Pues, una vez que se ha visto y conocido la verdad, se sabe que es la verdad, que no hay ni puede haber otra, ya esté uno dormido o despierto. Bueno, aceptemos que fuera un sueño, pero el caso es que yo iba a poner fin a esa vida que ustedes estiman tanto; en cambio, mi sueño… ¡ah, mi sueño me reveló una vida nueva, grande, renovada, poderosa!

Escuchen.

III

He dicho que me quedé dormido sin darme cuenta; hasta tenía la impresión de que seguía razonando sobre los mismos dilemas. De pronto soñé que cogía el revólver y, sin levantarme del sillón, lo dirigía directamente contra el corazón, contra el corazón, no contra la cabeza; con anterioridad había decidido que me dispararía sin falta en la cabeza, en la sien derecha, para ser más precisos. Después de apuntarme al pecho, aguardé uno o dos segundos, y de pronto la vela, la mesa y la pared que había delante de mí empezaron a moverse y a oscilar. Sin perder más tiempo, apreté el gatillo.

En los sueños a veces caéis desde las alturas o recibís una puñalada o una paliza, pero nunca sentís dolor, a menos que os golpeéis de verdad con el cabecero de la cama; entonces sentís dolor y casi siempre os despertáis. Así sucedió también en mi sueño: no sentí dolor, pero después del disparo me pareció que todo se desbarataba en mi interior y a continuación se apagaba, al tiempo que a mi alrededor se hacía la noche. Era como si me hubiera quedado sordo y mudo; estaba tendido de espaldas, cuan largo era, sobre algo duro; no veía nada ni podía hacer el menor movimiento. En torno a mí se oían pasos y gritos; reconocí la voz de bajo del capitán y los chillidos de la patrona; de repente se produjo otro intervalo, y a continuación me vi transportado en un ataúd cerrado. Sentía que el ataúd se balanceaba y pensaba en esa cuestión; en ese instante, por primera vez, comprendí que estaba muerto, completamente muerto; lo sabía, no tenía la menor duda; no veía nada ni podía moverme y, sin embargo, sentía y razonaba. Pero no tardé en congraciarme con esa idea y, como suele suceder en los sueños, acepté los hechos sin poner objeciones.

Y he aquí que me enterraban. Todos se marchaban y yo me quedaba solo, completamente solo. No me movía. Antaño, cuando estando despierto me imaginaba que me iban a enterrar, la única idea relacionada con la tumba era una sensación de humedad y frío. Lo mismo sentí ahora: un frío tremendo, sobre todo en las puntas de los dedos de los pies; eso era lo único que sentía.

Estaba allí tumbado y, por extraño que parezca, no esperaba nada, aceptando sin más que un muerto nada debe esperar. Pero el ambiente era húmedo. No sé cuánto tiempo pasó: una hora, varios días, muchos días. Pero de pronto sobre mi ojo izquierdo cerrado cayó una gota de agua que se había filtrado a través de la tapa del ataúd, al cabo de un minuto una segunda, un minuto más tarde una tercera, y así sucesivamente, siempre a intervalos de un minuto. Una profunda indignación inflamó mi pecho y al momento sentí un dolor físico en el corazón. «Es la herida abierta por el disparo –pensé–; tengo allí alojada una bala.» La gota seguía cayendo a cada minuto, justamente sobre mi ojo cerrado. De pronto invoqué, no con la voz, pues no podía moverme, sino con todo mi ser, a Quien había dispuesto todo lo que me estaba sucediendo:

–Quienquiera que seas, si es que existes y si hay algo más racional que lo que está ocurriendo en este momento, haz que ese orden se cumpla también aquí. Y, si pretendes vengarte de mi insensato suicidio mediante el horror y el absurdo de una nueva existencia, has de saber que ningún suplicio que puedas infligirme podrá equipararse jamás con el desprecio que iré acumulando en silencio, ¡aunque me esperen millones de años de martirio…!

Después de esta invocación, callé. Durante casi un minuto entero reinó un hondo silencio, luego volvió a caer otra gota, pero yo sabía –lo sabía y lo creía con una fe inquebrantable e ilimitada– que todo iba a cambiar sin falta. Y he aquí que de pronto se abrió mi tumba. La verdad es que no sé si retiraron la tierra y apartaron la tapa, pero el caso es que un ser oscuro y desconocido se apoderó de mí, y ambos nos encontramos en el espacio. En ese momento recobré la vista: era una noche profunda; ¡jamás había visto una tiniebla semejante! Ambos flotábamos en el espacio, muy lejos ya de la Tierra. No le formulé ninguna pregunta a mi guía; me limité a aguardar, lleno de orgullo. Me decía que no tenía miedo y casi desfallecía de placer al pensar que no lo tenía. No recuerdo cuánto duró nuestro vuelo ni tampoco soy capaz de imaginármelo: todo sucedió como siempre en los sueños, en que uno salta a través del tiempo y del espacio, quebranta las leyes de la razón y la existencia, y sólo se detiene en aquellos lugares que anhela nuestro corazón. Recuerdo que vi de pronto en la oscuridad una estrellita.

–¿Es Sirio? –no pude dejar de inquirir, a pesar de mi resolución de no hacer preguntas.

–No, es la misma estrella que viste entre las nubes, cuando regresabas a casa –me respondió la criatura que me llevaba, de la que sólo sabía que su rostro tenía cierta apariencia humana.

Pero, cosa extraña, esa criatura no me gustaba, hasta me inspiraba una profunda aversión. Había esperado una nada completa, y con esa expectativa me había pegado un tiro en el corazón. Y ahora estaba en manos de esa criatura que sin duda no era humana, pero que *era*, existía. «¡Así que hay vida después de la muerte! –pensé con esa extraña frivolidad de los sueños, pero la esencia de mi corazón seguía siendo la misma–. Incluso si hay que volver a *ser* –me dije–, si hay que volver a vivir porque una voluntad ajena e ineluctable así lo ordena, no quiero que nadie me venza ni me humille.»

–Sabes que no te temo y por eso me desprecias –le dije de repente a mi acompañante, incapaz de guardarme esa humillante pregunta, que llevaba implícita una confesión, y sintiendo que todo ese bochorno se me clavaba en el corazón como una aguja.

La criatura no respondió a mi pregunta, pero yo sentí de pronto que no me despreciaba ni se burlaba de mí, que ni siquiera me compadecía, y que nuestro viaje tenía una meta desconocida y misteriosa que no me concernía a mí solo. El miedo iba aumentando en mi corazón. Sin palabras, mi silencioso compañero me estaba comunicando algo que me causaba un profundo dolor y me traspasaba de parte a parte. Atravesamos espacios oscuros e ignotos. Hacía ya tiempo que había dejado de ver las constelaciones conocidas. Sabía que hay estrellas en la vastedad del firmamento cuyos rayos tardan miles y millones de años en llegar a la Tierra. Quizá habíamos llegado ya a esas regiones. Esperaba algo con una angustia terrible que me desgarraba el corazón. Y de pronto un sentimiento desconocido y preñado de nostalgia me conmovió: ¡había visto de golpe nuestro Sol! Sabía que no podía ser *nuestro* Sol, padre de *nuestra* Tierra, que nos encontrábamos a una distancia infinita de nuestro Sol, pero de algún modo reconocí con todo mi ser que era un sol exactamente como el nuestro, su réplica y su doble. Un sentimiento dulce y entrañable llenó de éxtasis mi alma: la fuerza nutricia de la luz, la misma que me había engendrado, repercutía en mi corazón y lo resucitaba, y yo sentía de nuevo la vida, la vida de antes, por primera vez desde mi entierro.

–Pero si es el Sol, si es exactamente el mismo Sol que el nuestro –exclamé–, ¿dónde está la Tierra?

Y mi acompañante me señaló una estrellita que centelleaba en la oscuridad con un resplandor esmeralda. Nos dirigíamos directamente hacia allí.

–¿Es posible que haya tales repeticiones en el universo, que tal sea la ley de la naturaleza?... Y si eso de allí es la Tierra, ¿será una Tierra como la nuestra…, igual que la nuestra, desdichada, miserable, pero querida y eternamente amada, que despierte en sus hijos, incluso en los más ingratos, el mismo doloroso amor que la nuestra…? –grité, estremeciéndome de un amor arrebatador y apasionado por esa vieja Tierra nativa que había abandonado. La imagen de la pobre niña a la que había ofendido pasó como un relámpago por mi recuerdo.

–Lo verás todo –me respondió mi acompañante, y en sus palabras vibraba cierta tristeza.

Nos acercábamos rápidamente al planeta, que iba creciendo a mis ojos; ya podía distinguir el océano, los contornos de Europa; de pronto brotó en mi corazón un sentimiento extraño, una especie de celos desmesurados y sagrados: «¿Cómo es posible que exista semejante réplica y por qué? Amo y sólo puedo amar esa Tierra que acabo de abandonar, a la que regué con mi sangre, cuando, ingrato de mí, me quité la vida de un disparo en el corazón. Nunca, nunca dejé de amar esa Tierra; incluso la noche que la abandoné la amé, acaso de forma más dolorosa que nunca. ¿Existe el sufrimiento en esta nueva Tierra? ¡En nuestra Tierra sólo podemos amar de verdad mediante el sufrimiento, a través del sufrimiento! No sabemos amar de otra manera, no conocemos otra clase de amor. Quiero sufrir para poder amar. ¡Ansío, anhelo, en este mismo instante, besar e inundar con mis lágrimas esa Tierra única que he dejado y no quiero, no acepto vivir en ninguna otra…!».

Pero mi acompañante ya me había dejado. De pronto me encontré, sin saber muy bien cómo, en esa otra Tierra, un día luminoso, soleado y magnífico, digno de un paraíso. Creo que me hallaba en una de esas islas que en nuestra Tierra constituyen el archipiélago griego, o acaso en el continente, en algún lugar del litoral próximo a ese archipiélago. ¡Ah, todo era exactamente igual que en nuestro

planeta, pero todo parecía envuelto en un resplandor festivo, como si al fin se hubiera alcanzado un triunfo glorioso y sagrado! Un acariciante mar de color esmeralda rompía suavemente contra la orilla, besándola con un amor visible, evidente, casi consciente. Unos árboles altos y magníficos se alzaban en todo su esplendor, y sus innumerables hojillas, estoy convencido, me daban la bienvenida con su delicado y deleitoso murmullo, y parecían susurrar palabras de amor. La hierba centelleaba de flores coruscantes y aromáticas. Las aves surcaban los cielos en bandadas y se posaban en mis hombros y en mis manos sin temor y me golpeaban alegremente con sus gentiles y trémulas alas. Y finalmente veía y conocía a los hombres de esa Tierra dichosa. Unos se acercaban a mí por su propio pie, me rodeaban y me besaban. Hijos del Sol, de su propio sol. ¡Ah, y qué hermosos eran! Jamás había visto en nuestra Tierra una belleza humana como aquélla. Tal vez sólo en nuestros niños, en su más tierna infancia, podría encontrarse un lejano y pálido reflejo de esa belleza. Los ojos de esos hombres venturosos centelleaban con un brillo claro. Sus rostros irradiaban sabiduría y una suerte de conocimiento revestido de serenidad, pero eran rostros alegres: en las palabras y voces de esos hombres vibraba una alegría infantil. ¡Ah, me bastó una sola mirada a esos rostros para comprenderlo todo, todo! Era una Tierra no mancillada por el pecado original, en la que habitaban hombres que no habían pecado y que vivían en un paraíso como aquel del que habían gozado nuestros ancestros antes de la caída, según las tradiciones de toda la humanidad, con la única diferencia de que esa Tierra era en todas partes un mismo paraíso. Esos hombres, que se apretaban a mi alrededor y me acariciaban entre risas alegres, acabaron conduciéndome a sus moradas; no había uno solo que no se desviviera por tranquilizarme. ¡Ah, no me hicieron ninguna pregunta, pero era como si lo supieran todo de mí –o ésa era la impresión que yo tenía– y quisieran borrar de mi rostro cuanto antes cualquier vestigio de sufrimiento!

IV

Y vuelvo a repetirlo una vez más: ¡poco importa que no fuera más que un sueño! El recuerdo del amor de esos hombres inocentes y hermosos no se borrará nunca de mi corazón, y siento que incluso ahora su amor se derrama sobre mí. Los vi con mis propios ojos, llegué a conocerlos y a convencerme de su existencia, los amé y más tarde sufrí por ellos. ¡Ah, ya entonces comprendí en seguida que en muchos aspectos no podría entenderlos! Como progresista ruso moderno y vil petersburgués que soy, me parecía incomprensible, por ejemplo, que, sabiendo tantísimas cosas, no poseyeran nuestra ciencia. Pero pronto comprendí que su conocimiento se completaba y se alimentaba con descubrimientos diferentes de los de la Tierra y que sus aspiraciones también eran distintas. No deseaban nada y estaban tranquilos; no aspiraban al conocimiento de la vida tanto como nosotros, porque su vida era plena. Pero su saber era más profundo y elevado que nuestra ciencia, pues nuestra ciencia trata de explicar en qué consiste la vida, aspira a conocerla para enseñar a otros a vivir; ellos no tenían necesidad de ciencia para saber cómo tenían que vivir, como no tardé en darme cuenta, aunque no fui capaz de entender su conocimiento. Me mostraban sus árboles, y no conseguía comprender por qué les testimoniaban tanto afecto: era como si hablaran con sus semejantes. ¡Y saben ustedes, es posible que no me equivoque cuando digo que hablaban con ellos! Sí, habían descubierto su lengua, y estoy convencido de que se entendían. De la misma manera contemplaban toda la naturaleza: los animales vivían con ellos en paz, no les atacaban y les profesaban afecto, subyugados por su amor. Me enseñaban las estrellas y me decían cosas sobre ellas que escapaban a mi comprensión, pero estoy convencido de que tenían algún tipo de contacto con esos cuerpos celestes, no sólo por medio del pensamiento, sino a través de algún canal más inmediato. Ah, esos hombres no se esforzaban para que les comprendiera, me amaban sin necesidad de eso, pero yo sabía que jamás me entenderían, por eso casi nunca les hablaba de nuestra Tierra. Me contentaba con besar en su presencia la Tierra que les albergaba y con adorarlos sin pronunciar palabra; ellos lo veían y se

dejaban adorar sin avergonzarse, porque estaban llenos de amor. No sufrían por mí cuando a veces, bañado en lágrimas, les besaba los pies, pues en sus alegres corazones eran conscientes del inmenso amor con que me lo pagarían. En ocasiones me preguntaba con asombro cómo era posible que, en todo ese tiempo, no me hubieran ofendido ni una sola vez, ni hubieran exacerbado nunca mis celos y mi envidia. En algún momento me pregunté cómo un hombre como yo, jactancioso y embustero, se había abstenido de hablarles de sus conocimientos, de los que, desde luego, no tenían la menor idea, ni había albergado el menor deseo de sorprenderlos con las cosas que sabía, aunque sólo fuera por el amor que les profesaba. Estaban tan llenos de vida y eran tan alegres como los niños. Vagaban por sus magníficos bosques y arboledas, cantaban sus hermosas canciones, comían alimentos ligeros, frutos de sus árboles, miel de sus bosques y leche de sus apreciados animales. Dedicaban poco tiempo y cuidado a procurarse alimentos y vestido. Se amaban y engendraban hijos, pero jamás observé entre ellos esos arrebatos de *cruel* lascivia que afectan a casi todo el mundo en nuestra Tierra –a todos y cada uno– y que constituyen la única fuente de casi todos los pecados de la humanidad. Se alegraban de los recién nacidos, a los que acogían como nuevos participantes en su felicidad. No había disputas ni celos entre ellos; ni siquiera sabían lo que significaban esos conceptos. Sus hijos eran hijos de todos, porque todos constituían una sola familia. Apenas conocían las enfermedades, pero no escapaban a la muerte; en cualquier caso, sus ancianos se apagaban con total serenidad, como si se quedaran dormidos, rodeados de personas que los despedían, los bendecían y les sonreían, de suerte que partían entre semblantes alegres. En tales ocasiones no contemplé escenas de duelo ni lágrimas, sólo un amor que parecía multiplicarse hasta alcanzar el éxtasis, pero se trataba de un éxtasis sereno, pleno, contemplativo. Hubiera podido pensarse que se mantenían en contacto con sus difuntos incluso después de la muerte, que la unión de su vida terrenal no se veía interrumpida por aquélla. Apenas me comprendían cuando les preguntaba por la vida eterna; por lo visto, estaban tan firmemente persuadidos de su existencia que no albergaban la menor duda al respecto. No disponían de templos, pero tenían una suerte de unión esencial, viva e ininterrumpida con la Totalidad del universo; no profesaban ninguna religión, pero albergaban la firme certeza de que, cuando su felicidad terrenal alcanzara los límites de la naturaleza terrestre, todos gozarían, tanto los vivos como los muertos, de un contacto aún mayor con la Totalidad del universo. Aguardaban ese momento con alegría, pero sin ansia, sin que la espera les hiciera sufrir, como si en sus corazones se insinuara ya un presentimiento de ese instante que se comunicaban unos a otros. Por las noches, antes de entregarse al sueño, gustaban de constituir coros armoniosos y ordenados. En esas canciones transmitían todos los sentimientos que habían experimentado durante el día, del que se despedían entre alabanzas. Ensalzaban la naturaleza, la tierra, el mar, los bosques. Les encantaba componer una canción tras otra y se elogiaban como niños; esas canciones eran muy sencillas, pero ponían todo su corazón en ellas y traspasaban el alma. Se diría que no sólo sus cantos, sino su vida entera, tenían como objetivo el deleite mutuo. Era una suerte de devoción recíproca, completa y total. Algunas de sus canciones, solemnes y triunfales, me resultaban casi incomprensibles. Entendía las palabras, pero nunca podía penetrar plenamente su significado, que parecía inaccesible a mi entendimiento, aunque mi corazón, instintivamente, lo desentrañaba cada vez más. A menudo les decía que había presentido todo eso desde hacía mucho tiempo, que había vislumbrado toda esa alegría y esa gloria ya en nuestra Tierra, cuando me vencía una nostalgia que a veces se transformaba en una tristeza insoportable; que había intuido su existencia y su gloria en los sueños de mi corazón y en las fantasías de mi imaginación; que a menudo, en nuestra Tierra, me había sentido incapaz de contemplar la puesta de sol sin llorar… Que mi inquina por los hombres de nuestra Tierra siempre había estado entreverada de tristeza: ¿por qué no podía odiarlos, puesto que no los amaba? ¿Por qué no podía dejar de perdonarlos? ¿Por qué mi amor por ellos estaba impregnado de tristeza? ¿Por qué no podía amarlos sin odiarlos? Ellos me escuchaban y yo veía que no podían concebir lo que les decía, pero no lamentaba haberles hablado de esa cuestión: sabía que entendían toda la fuerza de mi pena por aquellos a quienes había abandonado. Sí, cuando me contemplaban con su mirada dulce y transida de amor, cuando sentía que en su presencia mi corazón se volvía tan inocente y sincero como el suyo, no lamentaba no poder

entenderlos. La sensación de la plenitud de la vida me dejaba sin aliento y no podía hacer otra cosa que adorarlos en silencio.

Ah, todo el mundo se ríe ahora en mi cara y afirma que es imposible ver en sueños detalles como los que estoy describiendo, que en mi sueño sólo vi o percibí una mera sensación que mi propio corazón engendró en un momento de delirio, y que todos esos pormenores los elaboré al despertar. Y cuando reconocí que tal vez tuvieran razón… Señor, cómo se rieron en mis barbas y qué diversión les procuré. Ah, sí, naturalmente sólo estaba dominado por la sensación que me dejó ese sueño, y sólo él perduraba en mi corazón herido y sangrante; pero las imágenes y formas reales de mi sueño, es decir, las que en realidad vi en el momento en que soñaba, guardaban tal armonía, eran tan hermosas y seductoras y encerraban tanta verdad que, al despertarme, no fui capaz de recrearlas con nuestro pobre lenguaje, de suerte que tuvieron que borrarse de mi memoria; en suma, es probable que, inconscientemente, me viera obligado a recomponer después algunos detalles, sin duda distorsionándolos, llevado sobre todo del deseo apasionado de expresarlos lo antes posible de un modo u otro. Pero ¿cómo no iba a creer que todo eso sucedió de veras? ¿Que mi experiencia acaso resultara mil veces mejor, más luminosa y alegre de lo que he relatado? Aun suponiendo que fuera un sueño, todo eso no ha podido dejar de ser. Miren ustedes, voy a confiarles un secreto: ¡es posible que todo eso no haya sido un sueño en absoluto! Pues lo que sucedió fue algo de tal naturaleza, algo tan terriblemente verdadero, que no puede achacarse a un sueño. Supongamos que ese sueño lo engendrara mi corazón, pero ¿acaso el corazón por sí solo habría sido capaz de alumbrar esa terrible verdad que más tarde se me reveló? ¿Cómo habría podido inventármelo solo? ¿Cómo iba a ser una fantasía de mi corazón? ¿Acaso mi pobre corazón y mi caprichosa e insignificante inteligencia podrían elevarse hasta semejante revelación de la verdad? Ah, juzguen ustedes mismos: hasta aquí lo he ocultado, pero ahora voy a revelar toda la verdad. El caso es que yo… ¡los corrompí a todos!

V

¡Sí, sí, acabé corrompiéndolos a todos! No sé cómo pudo suceder, no lo recuerdo con claridad. El sueño se prolongó miles de años y sólo me dejó una impresión de conjunto. Lo único que sé es que la causa de su caída en el pecado fui yo. Como una abominable triquina, como un germen pestífero que infecta países enteros, así contagié yo toda esa Tierra feliz, que hasta mi llegada desconocía lo que era el pecado. Aprendieron a mentir, se aficionaron a los embustes y conocieron su hermosura. ¡Ah, es posible que todo comenzara de manera *inocente*, como una broma, por mera coquetería o juego amoroso! Puede que no fuera más que un germen, pero ese germen de mentira penetró en sus corazones y les agradó. No tardó en aparecer la voluptuosidad, que a su vez engendró los celos, que dieron paso a la crueldad… Ah, no sé cómo sucedió, no lo recuerdo ya, pero pronto, muy pronto, se vertió la primera gota de sangre. Se sorprendieron y se horrorizaron, y empezaron a separarse, a desunirse. Se formaron alianzas, pero ahora de unos contra otros. Surgieron las recriminaciones, los reproches. Conocieron la vergüenza y la erigieron en virtud. Apareció el concepto del honor, y cada bandería blandía su enseña. Empezaron a maltratar a los animales, que se apartaron de ellos, se ocultaron en el bosque y se convirtieron en sus enemigos. Se inició una batalla por la separación, por la particularización, por la individualidad, por lo «mío» y lo «tuyo». Empezaron a hablar distintas lenguas. Conocieron la tristeza y se aficionaron a ella; tenían sed de sufrimientos y decían que sólo era posible alcanzar la Verdad a través del sufrimiento. Fue entonces cuando hizo su aparición la ciencia. Cuando se malearon, empezaron a hablar de la fraternidad y de la humanidad, y comprendieron esas ideas. Cuando se volvieron criminales, inventaron la justicia y redactaron códigos enteros para salvaguardarla, y para asegurarse del respeto a esos códigos levantaron la guillotina. Apenas se acordaban de lo que habían perdido; ni siquiera querían creer que antaño habían sido inocentes y felices. Hasta se reían de la posibilidad de esa dicha pasada y la consideraban un

sueño. Ni siquiera podían imaginársela mediante formas e imágenes, pero lo más extraño y prodigioso era que, una vez perdido cualquier rastro de fe en su felicidad anterior, que calificaban de cuento de hadas, sentían tal deseo de volver a ser inocentes y felices que se prosternaban como niños ante los deseos de sus corazones, deificaban esos deseos, levantaban templos y se ponían a adorar su propia idea, sus propios «deseos», aunque estaban plenamente convencidos de que no podían cumplirse ni realizarse, a pesar de lo cual seguían adorándolos con lágrimas y genuflexiones. Sin embargo, si hubiesen podido volver al estado de inocencia y felicidad que habían perdido, si alguien les hubiera mostrado su situación anterior y les hubiera ofrecido la posibilidad de recobrarla, seguramente la habrían rechazado. A mí me decían: «Bueno, seremos mentirosos, malvados e injustos; lo *sabemos*, lo lamentamos, nos atormentamos y nos castigamos quizá con mayor severidad de la que emplearía ese Juez misericordioso que nos juzgará y cuyo nombre desconocemos. No obstante, hemos descubierto la ciencia y gracias a ella encontraremos de nuevo la verdad, que ahora aceptaremos de manera consciente. El conocimiento es superior al sentimiento; la conciencia de la vida, superior a la vida. La ciencia nos proporcionará la verdadera sabiduría, ésta a su vez nos revelará las leyes, y el conocimiento de las leyes de la felicidad es superior a la felicidad». Eso es lo que decían, y después de pronunciar tales palabras cada uno se amaba más a sí mismo que a los demás; y, en realidad, no podían actuar de otra manera. Cada uno empezó a mostrarse tan celoso de su individualidad que procuraba por todos los medios empequeñecer y rebajar la de los demás, convirtiendo esa tarea en el objeto de su vida. Apareció la esclavitud, incluso la esclavitud voluntaria: los débiles se sometían de buen grado a los más fuertes, simplemente para que éstos les ayudaran a subyugar a quienes todavía eran más débiles que ellos. Surgieron hombres justos que se acercaban a esos hombres con lágrimas en los ojos y les hablaban de su orgullo, de su falta de mesura y armonía, de la pérdida de cualquier sentimiento de vergüenza. Pero los fuertes se burlaban de ellos o los lapidaban. Sangre sagrada corrió por el pórtico de los templos. Más tarde hicieron su aparición algunos hombres que trataron de encontrar algún medio de volver a unir a todos, pero de tal modo que cada uno, sin dejar de amarse a sí mismo más que a los demás, no se convirtiera en una molestia para nadie, de suerte que todos convivieran en una especie de sociedad basada en la concordia. Esa idea dio origen a grandes guerras. Al mismo tiempo todas las partes enfrentadas estaban firmemente convencidas de que la ciencia, la verdadera sabiduría y el instinto de conservación acabarían uniendo a los hombres en una sociedad armoniosa y racional; y entre tanto, para acelerar las cosas, los «sabios» se apresuraban a exterminar a los «no sabios» y a quienes no comprendían su idea, a fin de que no fuesen un obstáculo para su triunfo. Pero el instinto de conservación no tardó en debilitarse, y surgieron hombres orgullosos y voluptuosos que demandaban abiertamente «todo o nada». Para conseguirlo todo recurrían al crimen y, si no tenían éxito en su empresa, al suicidio. Aparecieron religiones consagradas al culto del no ser y de la autodestrucción en aras del eterno reposo en la nada. Finalmente esos hombres se cansaron de sus absurdos esfuerzos y en sus rostros se reflejó el dolor; entonces empezaron a proclamar que en el sufrimiento había belleza, pues sólo él encerraba algún tipo de pensamiento. En sus cantos ensalzaron el sufrimiento. Yo iba entre ellos, estrujándome las manos y doliéndome de su suerte, aunque es posible que los quisiera más que antes, cuando el sufrimiento aún no había marcado sus rostros y eran inocentes y tan bellos. Sentía más cariño por su tierra mancillada que cuando era un paraíso, por la única razón de que en ella había hecho su aparición el dolor. Ay, siempre he amado el dolor y la pena, pero sólo para mí, para mí solo; en cambio, al pensar en su suerte, me compadecía y lloraba. Les tendía las manos y, lleno de desesperación, me acusaba, me maldecía y me despreciaba. Les decía que todo era culpa mía, sólo mía; que yo les había llevado la corrupción, la peste y la mentira. Les suplicaba que me crucificaran y les enseñaba a levantar una cruz. No podía darme muerte, me faltaban las fuerzas, pero quería sufrir el suplicio de sus manos, ansiaba el suplicio, ardía en deseos de verter hasta la última gota de mi sangre en esos tormentos. Pero ellos se limitaban a reírse de mí y acabaron considerándome un alienado. Hasta me defendían diciendo que sólo habían tomado lo que habían querido y que todo lo que ahora estaba sucediendo no podría haberse desarrollado de otra manera. Por último, declararon

que me había convertido en un peligro para ellos y que, si no me callaba, me recluirían en un manicomio. En ese momento el dolor traspasó mi alma con tanta fuerza que se me encogió el corazón y sentí que me moría; entonces… entonces me desperté.

Era ya de mañana, aunque no había amanecido; serían más o menos las seis. Desperté en el mismo sillón; la vela se había consumido del todo; en la habitación del capitán todos dormían; a mi alrededor reinaba un silencio inhabitual en nuestra casa. Lo primero que hice fue levantarme de un salto, lleno de sorpresa: nunca me había sucedido nada parecido, y eso era válido hasta para los detalles más anodinos e insignificantes; por ejemplo, nunca me había quedado dormido en mi sillón. De pronto, mientras estaba acabando de espabilarme, mis ojos fueron a dar con el revólver, listo, cargado, pero ¡en un instante lo aparté de mí! ¡Ah, ahora quería vivir, vivir! Levanté las manos e invoqué la eterna Verdad; más que invocar, lloré; un entusiasmo, un entusiasmo inconmensurable henchía todo mi ser. ¡Sí, quería vivir y predicar! ¡Ah, en ese mismo instante decidí dedicar a la predicación mi vida entera! Iré a predicar, quiero predicar, pero ¿qué? La verdad, puesto que la he visto, la he visto con mis propios ojos, ¡la he visto en toda su gloria!

¡Desde entonces no he dejado de predicar! Y debo añadir que amo a todos los que ríen de mí, los amo más que a nadie. Desconozco la razón y no sabría explicarlo, pero así es. Dicen que me equivoco y que, si ya ahora me equivoco, ¿qué no sucederá en el futuro? Y tienen toda la razón: me equivoco, y es posible que la cosa vaya a peor. No cabe duda de que me equivocaré muchas veces antes de encontrar el modo apropiado de predicar, es decir, las palabras y los actos adecuados, pues es una tarea muy complicada. Incluso ahora lo veo con toda claridad, pero díganme: ¿quién no se equivoca? Y, sin embargo, todos persiguen un mismo objetivo, al menos todos aspiran a un mismo objetivo, desde el sabio hasta el último bandido, pero lo buscan por caminos diferentes. Es una verdad antigua, pero también hay algo nuevo: a saber, que no puedo equivocarme tanto. Porque he visto la verdad, la he visto, y sé que los hombres pueden ser felices y dichosos sin perder la capacidad de vivir en la Tierra. No puedo ni quiero creer que el mal sea el estado normal de los hombres. Y es precisamente esa fe lo que les lleva a burlarse de mí. Pero cómo voy a creer otra cosa: he visto la verdad; no es que la haya descubierto mediante una operación de mi inteligencia, sino que la he visto, la he visto, y su *imagen viva* ha llenado mi alma para siempre. La vi en una plenitud tan completa que no puedo creer que no exista entre los hombres. Así pues, ¿cómo iba a estar equivocado? Me extraviaré, sin duda, más de una vez, y hasta es posible que pronuncie palabras ajenas, aunque no por mucho tiempo: la imagen viva de lo que he visto me acompañará siempre y siempre me corregirá y me guiará. Ah, reboso salud y vigor, y no dejaré de caminar, aunque ese viaje me lleve mil años. Les confesaré algo: al principio quería ocultar el hecho de que había corrompido a todos, pero se trataba de un error. ¡Ése fue mi primer error! No obstante, la Verdad me susurró que estaba *mintiendo*, me salvó y me puso en el camino correcto. No sé cómo construir el paraíso, pues no consigo expresarlo con palabras. Después de mi sueño perdí las palabras. Al menos, las palabras esenciales, las más necesarias. Pero no importa: vagaré por el mundo y hablaré sin descanso, pues, al fin y al cabo, lo he visto con mis propios ojos, aunque no soy capaz de transmitirlo con palabras. Pero eso es precisamente lo que los bromistas no entienden: «Lo que ha visto es un sueño –dicen–, un delirio, una alucinación». ¡Ah! ¿Acaso es eso inteligente? ¡Y se sienten tan orgullosos de sí mismos! ¿Un sueño? ¿Y qué es un sueño? ¿Acaso nuestra vida no es un sueño? Y diré más: supongamos que esa aspiración no se cumpla nunca, que el paraíso nunca llegue a ser una realidad (¡entiendo muy bien que eso pueda suceder!); aun en ese caso, seguiría predicando. Y sin embargo, sería tan sencillo: ¡en un solo día, *en una sola hora*, todo podría arreglarse sin más! Lo esencial es amar a los semejantes como a uno mismo, eso es lo esencial; y en eso consiste todo, casi no se necesita nada más: en seguida encontraréis el modo de organizar todo lo demás. Y no obstante, no es más que una verdad antigua, que se ha repetido y leído millones de veces, pero que aún no ha conseguido arraigar. «La conciencia de la vida es superior a la vida; el conocimiento de las leyes de la felicidad, superior a

la felicidad.» ¡Eso es contra lo que hay que luchar! Y yo lo haré. Bastaría con que todos quisieran y todo se arreglaría en un momento.

En cuanto a la niña pequeña, la he encontrado… ¡Y seguiré mi camino! ¡Sí, seguiré mi camino!

Lev N. Tolstói

Lev Nikoláievich Tolstói nació en 1828, en Yásnaia Poliana, en la región de Tula, de una familia aristócrata. En 1844 empezó Derecho y Lenguas Orientales en la universidad de Kazán, pero dejó los estudios y llevó una vida algo disipada en Moscú y San Petersburgo. En 1851 se enroló con su hermano mayor en un regimiento de artillería en el Cáucaso. En 1852 publicó *Infancia*, el primero de los textos autobiográficos que, seguido de *Adolescencia* (1854) y *Juventud* (1857), le hicieron famoso, así como sus recuerdos de la guerra de Crimea, de corte realista y antibelicista, *Relatos de Sebastopol* (1855-1856). La fama, sin embargo, le disgustó y, después de un viaje por Europa en 1857, decidió instalarse en Yásnaia Poliana, donde fundó una escuela para hijos de campesinos. El éxito de su monumental novela *Guerra y paz* (1865-1869) y de *Anna Karénina* (1873-1878; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XLVII), dos hitos de la literatura universal, no alivió una profunda crisis espiritual, de la que dio cuenta en *Mi confesión* (1878-1882), donde prácticamente abjuró del arte literario y propugnó un modo de vida basado en el Evangelio, la castidad, el trabajo manual y la renuncia a la violencia. A partir de entonces el grueso de su obra lo compondrían fábulas y cuentos de orientación popular, tratados morales y ensayos como *Qué es el arte* (1898) y algunas obras de teatro como *El poder de las tinieblas* (1886) y *El cadáver viviente* (1900); su única novela de esa época fue *Resurrección* (1899), escrita para recaudar fondos para la secta pacifista de los dujobori (guerreros del alma). Una extensa colección de sus *Relatos* ha sido publicada en esta misma colección (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXXIII). En 1901 fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa. Murió en 1910, rumbo a un monasterio, en la estación de tren de Astápovo.

«Tres muertes» se publicó en *Biblioteca de Lectura* en 1859. «Dios ve la verdad pero tarda en decirla» pertenece a *Tercer libro ruso de lectura* (1874-1875), y «El prisionero del Cáucaso» a *Cuarto libro ruso de lectura* (1874-1875). «Después del baile», escrito en 1903, se publicó póstumamente en 1911. «El lobo» apareció en la revista *El Faro* en 1909.

Tres muertes

Relato

I

Era otoño. Por el camino real dos carruajes avanzaban al trote. En el primero iban dos mujeres: una señora delgada y pálida y una doncella llenita, tersa y rubicunda. Por debajo del sombrero descolorido asomaban algunos cabellos secos y cortos, que ella trataba de acomodar impetuosamente con una mano colorada, envuelta en un guante agujereado. El alto pecho, cubierto con un pañuelo cuyo dibujo imitaba el de una alfombra, irradiaba salud; los inquietos ojos negros tan pronto seguían los campos que pasaban por la ventanilla como contemplaban tímidamente a la señora o exploraban intranquilos los rincones del coche. Delante de la nariz de la doncella oscilaba el sombrero de la señora, que colgaba de la redecilla del coche; en las rodillas llevaba un cachorro; apoyaba los pies en las cajas amontonadas en el suelo, que tamborileaban de modo apenas perceptible, acompañando el chirrido de los muelles y el tintineo de los cristales.

Con las manos unidas sobre las rodillas y los ojos cerrados, la señora se removía apenas sobre los cojines que le habían colocado en la espalda y, frunciendo ligeramente el ceño, tosía con la boca cerrada. Llevaba en la cabeza una cofia de noche blanca y un chal azul envolvía su cuello pálido y delicado. Una raya recta, que desaparecía debajo de la cofia, dividía los cabellos rubios, muy lisos y untados de pomada; en la blancura de la piel que la raya dejaba al descubierto había algo enfermizo y mortecino. La piel de la cara, flácida, algo amarillenta, no se ajustaba perfectamente a los finos y bellos rasgos y adquiría un matiz más encarnado en las mejillas y los pómulos. Los labios eran secos e inquietos, las cejas ralas no se curvaban y la bata de viaje, de paño, caía recta sobre su pecho hundido. A pesar de que los ojos estaban cerrados, el rostro de la señora expresaba cansancio, irritación y el hábito del sufrimiento.

Un criado dormitaba en el pescante, con los codos apoyados en su asiento; el postillón, con estridentes gritos, aguijoneaba a los cuatro caballos, fuertes y cubiertos de sudor, girándose de vez en cuando para mirar al otro postillón, que gritaba en el segundo coche. Las huellas anchas y paralelas de las ruedas se perfilaban uniformes y profundas en el barro viscoso del camino. El cielo era gris y frío; sobre los campos y el camino flotaba una húmeda neblina. En el carruaje el ambiente era sofocante; olía a agua de colonia y a polvo. La enferma reclinó la cabeza y abrió lentamente los ojos, grandes, brillantes, de un bellísimo color oscuro.

–Otra vez –dijo, apartando nerviosamente con su mano enjuta y hermosa un extremo de la capa de la doncella, que le había rozado levemente una pierna, y su boca se torció en una mueca de dolor.

Matriosha recogió la capa con ambas manos, se incorporó sobre sus fuertes piernas y se sentó algo más lejos. Su rostro fresco se cubrió de un vivo arrebol. Los bellos ojos oscuros de la enferma seguían con impaciencia los movimientos de la doncella. Se apoyó con ambas manos en el asiento con intención de incorporarse también ella, pero le fallaron las fuerzas. Su boca se contrajo y en su rostro afloró una expresión de ironía impotente y maligna.

–¡Si al menos me ayudaras...! ¡Ah, no hace falta! ¡Ya me las arreglo sola! ¡Lo único que te pido es que hagas el favor de no poner tus sacos detrás de mí...! ¡Es mejor que no me toques, ya que no sabes hacerlo!

La señora cerró los ojos, pero volvió a abrirlos al momento y se quedó observando a la doncella. Matriosha la contemplaba, mordiéndose el rojo labio inferior. Del pecho de la enferma se escapó un

hondo suspiro que al final se transformó en un acceso de tos. Se volvió, frunció el ceño y se sujetó el pecho con ambas manos. Una vez sofocada la tos, volvió a cerrar los ojos y se quedó inmóvil. El coche y la carretela entraron en una aldea. Matriosha sacó su mano gordezuela del pañuelo y se santiguó.

–¿Qué es eso? –preguntó la enferma.

–La estación de postas, señora.

–Lo que te pregunto es por qué te has persignado.

–Hay una iglesia, señora.

La enferma se volvió hacia la ventanilla y empezó a santiguarse lentamente, mirando con los ojos muy abiertos la gran iglesia de la aldea, junto a la que pasaban.

El coche y la carretela se detuvieron delante de la estación. De la carretela se apearon el marido de la enferma y el médico y se acercaron al coche.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó el médico, tomándole el pulso.

–¿Cómo estás, querida? ¿Te has fatigado? –preguntó el marido en francés–. ¿Te apetece bajar?

Matriosha, tras recoger los bultos, se había quedado en un rincón para no entorpecer la conversación.

–Sigo igual –respondió la enferma–. No quiero bajar.

El marido, al cabo de un rato, entró en la estación. Matriosha saltó del coche y, corriendo de puntillas por el barro, se acercó a la cancela.

–Que yo me encuentre mal no es razón para que no almuerce –dijo la enferma con una leve sonrisa, dirigiéndose al doctor, que no se había apartado de la ventanilla.

«A nadie le importo –se dijo, en cuanto el médico se alejó con pasos silenciosos y subió con premura los peldaños de la escalerilla–. Ellos están bien y lo demás les da lo mismo. ¡Ah, Dios mío!»

–Bueno, Eduard Ivánovich –dijo el marido, recibiendo al médico y secándose las manos con alegre sonrisa–, he ordenado que nos traigan la cantina. ¿Qué le parece?

–Estupendo –respondió el médico.

–¿Cómo se encuentra? –preguntó el marido con un suspiro, bajando la voz y enarcando las cejas.

–Como ya le he dicho, es imposible que llegue a Italia; quiera Dios que lleguemos a Moscú. Sobre todo con un camino como éste.

–¿Qué hacer, entonces? ¡Ah, Dios mío, Dios mío! –el marido se cubrió los ojos con la mano–. Déjalo ahí –añadió, dirigiéndose al criado que traía la cantina.

–Debería haberse quedado en casa –repuso el médico, encogiéndose de hombros.

–Pero, dígame, ¿qué podía hacer yo? –objetó el marido–. Hice todo lo posible por retenerla; le hablé de nuestros recursos, de los niños, a los que tendríamos que dejar solos; de mis asuntos; pero ella no me escucha. Hace proyectos de vida en el extranjero como si estuviese sana. Y hablarle de su situación sería matarla.

–Pero ya está muerta; debería usted saberlo, Vasili Dmítrich. Una persona no puede vivir sin pulmones, y los pulmones no pueden volver a crecer. Es duro, es triste, pero ¿qué puede hacerse? La tarea de usted y la mía consiste únicamente en intentar que su fin sea lo más tranquilo posible. Lo que se requiere es un sacerdote.

–¡Ah, Dios mío! Pero comprenda mi situación. ¿Cómo voy a hablarle de sus últimas voluntades? Que pase lo que tenga que pasar, pero no le diré nada de eso. Ya sabe usted lo buena que es...

–Al menos trate de convencerla para que se quede hasta que pueda viajarse en trineo –dijo el médico, sacudiendo la cabeza con gesto significativo–. De otro modo, puede suceder una desgracia por el camino.

–¡Aksiusha! ¡Eh, Aksiusha! –gritó la hija del maestro de postas, metiéndose la chaqueta por la cabeza y avanzando por el sucio patio trasero–. Vamos a ver a la señora de Shírkino; dicen que la llevan al extranjero para tratarla de una enfermedad del pecho. Nunca he visto a un tísico.

Aksiusha salió de un salto al umbral; y las dos niñas, cogidas de la mano, fueron corriendo a la cancela. Al llegar junto al coche, aminoraron el paso y echaron un vistazo por la ventanilla cerrada.

La enferma volvió la cabeza y, cuando reparó en su curiosidad, frunció el ceño y se giró.

–¡Madre mía! –dijo la hija del maestro de postas, apartando rápidamente la mirada–. ¡Con lo hermosa y fascinante que era y en lo que se ha convertido! Hasta da miedo. ¿La has visto, Aksiusha?

–¡Sí, qué delgada está! –asintió Aksiusha–. Hagamos como si fuéramos al pozo y echemos otra ojeada. Se ha girado, pero he tenido tiempo de verla. Qué pena, Masha.

–¡Cuánto barro! –dijo Masha, y ambas volvieron corriendo a la cancela.

«No cabe duda de que tengo un aspecto horrible –pensó la enferma–. Pero iremos cuanto antes al extranjero y una vez allí me repondré en seguida.»

–¿Cómo estás, querida? –dijo el marido, acercándose al coche sin dejar de masticar.

«Siempre la misma pregunta –pensó la enferma–. Pero ¡él no para de comer!»

–Bien –dijo entre dientes.

–Temo, querida, que con este tiempo el camino empeore y el viaje se te haga más penoso. Eduard Ivánovich dice lo mismo. ¿No sería mejor que regresáramos? –Ella guardó silencio con aire enfadado–. Tal vez el tiempo mejore, los caminos se hagan más transitables y tú te recuperes un poco; en ese caso, podríamos ir todos juntos.

–Perdóname. Si hubiera dejado de hacerte caso hace algún tiempo, ahora estaría en Berlín, completamente restablecida.

–¿Qué podíamos hacer, ángel mío? Ya sabes que era imposible. Pero, si ahora te quedaras un mes, te repondrías del todo. Yo arreglaría mis asuntos y nos llevaríamos a los niños.

–Los niños están sanos, pero yo no.

–Pero entiende, querida, que con este tiempo, si empeoras por el camino... Al menos estaríamos en casa.

–¿Qué? ¿En casa... ? ¿Morir en casa? –repuso con irritación la enferma.

Por lo visto, la palabra «morir» la asustó y dirigió una mirada suplicante e inquisitiva a su marido. Él bajó la mirada y calló. De pronto la boca de la enferma se torció en un gesto infantil y algunas lágrimas brotaron de sus ojos. El marido se cubrió el rostro con un pañuelo y se apartó del coche en silencio.

–No, debo ir –dijo la enferma; luego alzó los ojos al cielo, cruzó las manos y murmuró palabras incoherentes–. ¡Dios mío! ¿Por qué? –decía, mientras las lágrimas se iban haciendo más copiosas. Durante un buen rato rezó con fervor, pero el pecho le dolía tanto como antes y sentía la misma opresión; el cielo, los campos y el camino seguían teniendo un aspecto gris y sombrío; flotaba la misma neblina otoñal, ni más densa ni más rala, sobre el barro del camino, los tejados, el coche y las pellizas de los postillones, que conversaban con voz recia y alegre, mientras engrasaban y enganchaban los caballos...

II

El coche ya estaba listo, pero el postillón tardaba en llegar. Había entrado en la isba de los cocheros, calurosa, sofocante, oscura, con el ambiente cargado; olía a cerrado, a pan recién cocido, a coles y a piel de cordero. Se habían reunido algunos postillones y la cocinera se afanaba junto a la estufa, en cuyo poyo yacía un enfermo, cubierto con una piel de cordero.

–¡Tío Fiódor! ¡Tío Fiódor! –dijo un joven cochero, que llevaba una pelliza y un látigo en la cintura, entrando en la habitación y dirigiéndose al enfermo.

–¿Por qué llamas a Fedka, haragán? –le preguntó uno de los cocheros–. Te están esperando en el coche.

–Quiero pedirle las botas; las mías están rotas –respondió el muchacho, echándose los cabellos hacia atrás y ajustando los guantes metidos en el cinturón–. ¿Duerme? ¡Eh, tío Fiódor! –repitió, acercándose a la estufa.

–¿Qué quieres? –dijo una voz débil, y en lo alto de la estufa apareció un hombre pelirrojo, de rostro enjuto. Una mano ancha, descarnada, pálida y velluda sostenía el abrigo sobre el hombro huesudo, envuelto en una camisa muy sucia–. Dame de beber, amigo. ¿Qué quieres?

El muchacho le alargó un cazo de agua.

–Oye, Fedia –dijo con voz vacilante–, ya no necesitas unas botas nuevas; dámelas, pues no creo que andes mucho.

El enfermo dejó caer la cansada cabeza sobre el reluciente cazo y, mojando su ralo y lacio bigote en el agua oscura, bebió con avidez y un gesto de debilidad. Su barba enmarañada estaba sucia; los ojos hundidos y opacos se alzaron con esfuerzo hasta el rostro del muchacho. Se apartó del agua y quiso levantar una mano para secarse los labios mojados, pero no pudo y se limpió con la manga del abrigo. En silencio, respirando trabajosamente por la nariz, miró al muchacho a los ojos, mientras hacía acopio de todas sus fuerzas.

–Tal vez se las hayas prometido ya a alguien –dijo el muchacho–. Si es así, no importa. Como fuera el suelo está mojado y yo tengo que ir a trabajar; pensé: iré a ver a Fedka y le pediré las botas, ya que él no las necesita. Pero si te hacen falta, dímelo...

Algo pareció removerse y borbotear en el pecho del enfermo, que se retorció, sacudido por un acceso de tos gutural que no acababa nunca.

–Ya ves la falta que le hacen –soltó de pronto la cocinera con enfado, llenando con su voz toda la isba–. Lleva más de un mes sin bajarse de la estufa. Mira cómo se desgañita; con solo oírlo te duelen las entrañas. ¿Para qué quiere las botas? No van a enterrarlo con unas botas nuevas. Ya va siendo hora de que lo hagan, que Dios me perdone. Mira cómo se desgañita. ¡Habría que llevarlo a otra isba, a algún otro lugar! Dicen que en la ciudad hay hospitales. No sé qué vamos a hacer, ha ocupado todo el rincón. Una no tiene sitio para nada. Y luego vienen pidiendo limpieza.

–¡Eh, Serioga! Sal ya, que los señores están esperando –gritó desde la puerta el maestro de postas.

Serioga se disponía a marcharse sin esperar la respuesta, pero el enfermo, mientras tosía, le dio a entender con los ojos que quería contestarle.

–Coge las botas, Serioga –dijo, una vez que dejó de toser y recobró el resuello–. Pero escucha: cuando muera, cómprame una lápida –añadió, entre estertores.

–Gracias, tío Fiódor. Me las llevaré; y en cuanto a la lápida, te juro que te la compraré.

–Ya lo habéis oído, muchachos –tuvo tiempo de añadir el enfermo y, retorciéndose de nuevo, empezó a toser.

–Sí, lo hemos oído –dijo un postillón–. Vete, Serioga, o el maestro de postas vendrá de nuevo a llamarte. La señora de Shírkino está enferma.

Serioga se quitó a toda prisa sus botas rotas y demasiado grandes y las arrojó debajo del banco. Las botas nuevas del tío Fiódor le quedaban de maravilla; mientras se dirigía al coche, no dejaba de contemplarlas.

–¡Unas botas estupendas! Trae que te las engrase –dijo el otro cochero, con la grasa en la mano, mientras Serioga subía al pescante y cogía las riendas–. ¿Te las ha dado sin más?

–¿No tendrás envidia? –replicó Serioga, incorporándose para envolverse las piernas con los faldones del abrigo–. ¡Vámonos! ¡Adelante, bonitos! –gritó a los caballos, al tiempo que blandía el látigo.

El coche y la carretela, con sus pasajeros, maletas y equipajes, se alejaron velozmente por la carretera mojada, desapareciendo en la gris neblina otoñal.

El cochero enfermo se quedó tumbado sobre la estufa, en aquella isba sofocante; como no conseguía calmar la tos, se volvió del otro lado, a costa de un gran esfuerzo, y finalmente se tranquilizó.

Hasta el atardecer no dejaron de entrar, salir y comer en la isba; al enfermo no se le oía. Antes de que cayera la noche la cocinera subió al poyo y, a horcajadas sobre sus piernas, cogió una pelliza.

–No te enfades conmigo, Nastasia –exclamó el enfermo–. Dentro de poco dejaré libre tu rincón.

–Bueno, bueno, no importa, no te preocupes –farfulló Nastasia–. ¿Qué es lo que te duele, tío Fiódor? Cuéntamelo.

–Tengo todo el cuerpo destrozado por dentro. Dios sabrá lo que es.

–¿Te duele también la garganta cuando toses?

–Me duele todo. Ha llegado mi hora, de eso se trata. ¡Ay, ay, ay! –gimió el enfermo.

–Cúbrete los pies así –dijo Nastasia y, antes de bajar, le tapó con el abrigo.

Por la noche una lamparilla alumbraba tenuemente la isba. Nastasia y unos diez cocheros dormían en el suelo y en los bancos, entre estridentes ronquidos. Sólo el enfermo carraspeaba débilmente, tosía y se revolvía en el poyo de la estufa. Hacia la madrugada se calmó del todo.

–Acabo de tener un sueño extrañísimo –dijo la cocinera a la mañana siguiente, estirándose en la penumbra–. He soñado que el tío Fiódor bajaba de la estufa y se iba a cortar leña. Me decía: «Venga, Nastia, te voy a echar una mano». Yo le contestaba: «Cómo vas a ir a cortar leña». Pero él cogía el hacha y la movía con tanta rapidez que llovían astillas por todas partes. «¿Qué haces? –le decía yo–. Si estás enfermo.» «No –me respondía–. Estoy bien.» Y a continuación la blandió de tal modo que me entró miedo. Entonces me puse a gritar y me desperté. ¿No se habrá muerto? ¡Tío Fiódor! ¡Tío!

Fiódor no respondía.

–Puede que esté muerto. Vamos a ver –dijo uno de los cocheros, que se había despertado.

La delgada mano cubierta de pelo rojizo que colgaba de la estufa estaba fría y pálida.

–Hay que ir a ver al maestro de postas y decirle que ha muerto –dijo el cochero.

Fiódor no tenía familiares. Venía de una región lejana. Al día siguiente lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosquecillo; y durante varios días Nastasia estuvo contando a todo el mundo el sueño que había tenido, añadiendo que había sido la primera en enterarse de la muerte del tío Fiódor.

III

Llegó la primavera. Por las calles mojadas, entre los bloques de hielo, gorgoteaban arroyuelos impetuosos; en el aire destacaban con nitidez los colores de la ropa y resonaban con fuerza las voces de la gente que pasaba por la calle. En los jardincillos, detrás de las cercas, las yemas de los árboles se hinchaban y las ramas se balanceaban al empuje del viento fresco con un rumor apenas perceptible. Por todas partes caían y chorreaban gotas transparentes... Los gorriones gorjeaban y sacudían torpemente sus pequeñas alas. En la parte soleada, junto a las cercas, las casas y los árboles, todo se movía y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre reinaba un sentimiento de alegría y juventud.

En una de las calles principales, delante de una gran casa señorial, había esparcida paja fresca; en el interior yacía la misma enferma moribunda que tanta prisa tenía por marcharse al extranjero.

El marido de la enferma se hallaba junto a la puerta cerrada de la habitación, en compañía de una mujer madura. En el sofá estaba sentado un sacerdote, con los ojos bajos y un objeto envuelto en la estola. En un rincón, echada en un sillón Voltaire, lloraba amargamente una viejecita, la madre de la enferma. A su lado una doncella sostenía en la mano un pañuelo limpio y esperaba a que la viejecita lo solicitase; otra le frotaba las sienes, soplándole en la canosa cabeza, por debajo de la cofia.

–¡Que Cristo la ayude, amiga mía! –dijo el marido a la mujer madura que estaba a su lado junto a la puerta–. Tiene mucha confianza en usted; y hay que ver qué bien sabe usted hablarle; trate de convencerla, querida; vaya.

Se disponía a abrir la puerta, pero la prima lo detuvo; se llevó varias veces el pañuelo a los ojos y sacudió la cabeza.

–Creo que ahora no se nota que he llorado –dijo y, abriendo ella misma la puerta, entró.

El marido era presa de una gran agitación y parecía totalmente desorientado. Hizo intención de acercarse a la viejecita, pero, apenas avanzó unos pasos, se dio la vuelta, atravesó la habitación y se aproximó al sacerdote, que, nada más verlo, levantó los ojos al cielo y suspiró. La barba espesa y entrecana acompañó ese movimiento ascendente y descendente.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –dijo el marido.

–¿Qué le vamos a hacer? –dijo el sacerdote suspirando, y los ojos y la barba volvieron a bajar y subir.

–¡Y la madre está allí! –exclamó el marido casi con desesperación–. No lo soportará. La quiere tanto, tantísimo, que... no sé. Si tratara usted de tranquilizarla y la convenciera para que se fuera, padre...

El sacerdote se puso en pie y se acercó a la viejecita.

–Nadie sabe lo que vale el corazón de una madre –dijo–. Sin embargo, Dios es misericordioso –de pronto el rostro de la viejecita se contrajo y todo su cuerpo se vio sacudido por un hipo histérico–. Dios es misericordioso –prosiguió el sacerdote, cuando la mujer se tranquilizó un poco–. Le contaré una cosa: en mi parroquia había un enfermo que estaba mucho peor que María Dmítrievna; pues bien, un simple tendero lo curó en poco tiempo con ayuda de unas hierbas. Y ese mismo tendero se encuentra ahora en Moscú. Ya le he dicho a Vasili Dmítrievich que se podía hacer una prueba. Al menos, sería un consuelo para la enferma. Para Dios todo es posible.

–No, ya no puede vivir –replicó la anciana–. En lugar de llevarme a mí, Dios se la lleva a ella –y el hipo histérico se hizo tan fuerte que perdió el sentido.

El marido de la enferma se cubrió el rostro con las manos y salió de la habitación.

La primera persona con la que se encontró en el pasillo fue con su hijo de seis años, que estaba persiguiendo a toda velocidad a su hermana menor.

–¿Quiere que lleve a los niños al lado de su madre? –preguntó la niñera.

–No, no quiere verlos. Le parte el corazón.

El niño se detuvo un instante y se quedó mirando fu amente el rostro de su padre; de pronto, soltó una coz y siguió corriendo con un alegre grito.

–¡Ella es el caballo negro, papá! –gritó, señalando a la hermana.

Entre tanto, en la otra habitación, la prima, sentada junto a la enferma, trataba de prepararla para la idea de la muerte, llevando con habilidad la conversación. Cerca de la otra ventana el médico mezclaba varios ingredientes en una copa.

La enferma, con una bata blanca, toda rodeada de almohadones, estaba sentada en la cama y miraba en silencio a su prima.

–¡Ah, amiga mía! –dijo, interrumpiéndola de golpe–. No me prepares. No me trates como a una niña. Soy cristiana. Lo sé todo. Sé que no me queda mucho tiempo de vida; sé que, si mi marido me hubiese hecho caso antes, ahora me encontraría en Italia y tal vez –es casi seguro– me habría restablecido. Todos se lo decían. Pero ¿qué hacer? Por lo visto, tal es la voluntad de Dios. Todos cometemos muchos pecados, lo sé; pero confío en que Dios, en su misericordia, me perdone, como probablemente perdona a todos. Trato de comprenderme. También yo he cometido muchos pecados, amiga mía. Pero cuánto he padecido a cambio. He intentado sobrellevar mis sufrimientos con resignación...

–Entonces, ¿quieres que llame al sacerdote, querida mía? Te sentirás aún mejor cuando hayas comulgado –dijo la prima.

La enferma agachó la cabeza en señal de asentimiento.

–¡Dios, perdona a esta pecadora! –susurró.

La prima salió e hizo una indicación al sacerdote.

–¡Es un ángel! –le dijo al marido con lágrimas en los ojos.

El marido se echó a llorar; el sacerdote atravesó el umbral; la viejecita seguía sin conocimiento; en la primera habitación reinaba un silencio de muerte. Al cabo de cinco minutos el sacerdote salió por la puerta y, después de quitarse la estola, se arregló los cabellos.

–Gracias a Dios ahora está más tranquila –dijo–. Quiere verlos a ustedes.

La prima y el marido entraron. La enferma lloraba quedamente, mientras miraba los iconos.

–Te felicito, querida mía –dijo el marido.

–¡Gracias! Qué bien me encuentro ahora. ¡Qué indescriptible sensación de placer me embarga! –dijo la enferma, y una leve sonrisa afloró en sus delgados labios–. ¡Qué misericordioso es Dios! ¿No es cierto? Es misericordioso y omnipotente –y de nuevo miró el icono, rezando fervorosamente con los ojos llenos de lágrimas.

Luego pareció acordarse de algo e hizo un gesto a su marido para que se aproximase.

–Nunca quieres hacer lo que te pido –dijo con voz débil y descontenta.

El marido estiró el cuello y la escuchó sumiso.

–¿Qué pasa, querida?

–¿Cuántas veces te he dicho que esos médicos no saben nada y que hay simples curanderos capaces de sanar a la gente...? El sacerdote acaba de decirme... que hay un tendero... Vete.

–¿A buscarlo, querida?

–¡Dios mío! ¡No quieres entender nada...! –añadió frunciendo el ceño y cerrando los ojos.

El médico se acercó a ella y le cogió la mano. Era evidente que el pulso se hacía cada vez más débil. Le hizo una señal al marido. La enferma se dio cuenta y miró a su alrededor con espanto. La prima se dio la vuelta y se echó a llorar.

–No llores, no te atormentes ni me atormentes a mí –dijo la enferma–. Eso me privaría de mis últimos momentos de tranquilidad.

–¡Eres un ángel! –exclamó la prima, besándole la mano.

–No, bésame aquí; sólo a los muertos se les besa la mano. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Esa misma tarde la enferma ya no era más que un cadáver, al que metieron en un ataúd y colocaron en el salón de la espaciosa casa. En la enorme habitación, cuyas puertas estaban cerradas, un sacristán leía con voz nasal y uniforme los salmos de David. La intensa luz de los cirios, dispuestos en altos candelabros de plata, caía sobre la pálida frente de la difunta, sobre las manos pesadas y céreas y sobre los petrificados pliegues del sudario, que se levantaba pavorosamente en las rodillas y en los dedos de los pies. El sacristán seguía leyendo con voz monótona, sin entender lo que decía; en la serena habitación sus palabras sonaban de un modo extraño y después se extinguían. De vez en cuando llegaban desde una estancia lejana las voces y las carreras de los niños.

«Como tu rostro ocultes, se conturban –decía el salmo–. Si el soplo les retiras, pues fenecen y a su polvo retornan. Si tu espíritu envías, son creados, y la faz de la tierra renuevas. La gloria de Yahveh sea por siempre.»*

El rostro de la difunta tenía una expresión severa, tranquila y majestuosa. Nada se movía, ni en la frente fría e impoluta ni en los labios apretados. Era toda atención. Pero ¿comprendería al menos ahora esas profundas palabras?

IV

Al cabo de un mes sobre la tumba de la difunta se alzaba una capilla de piedra. En la del cochero no había ninguna lápida; sólo la hierba, de un verde claro, despuntaba sobre el túmulo, única señal de la pasada existencia de aquel hombre.

–¡Cometerás un pecado, Serioga, si no compras una lápida para Fiódor! –comentó un día la cocinera en la estación de postas–. Dijiste que lo harías en invierno. Ya ha llegado el invierno. ¿Por qué no cumples tu promesa? Yo estaba presente cuando pronunciaste esas palabras. Ya ha venido una vez a suplicarte; si no se la compras, volverá y te ahogará.

–¿Acaso me he negado? –replicó Serioga–. Compraré la lápida, como dije; me gastaré un rublo y medio de plata. No lo he olvidado, pero hay que traerla. En cuanto tenga ocasión de ir a la ciudad, se la compraré.

–Al menos podías ponerle una cruz –intervino un viejo cochero–. Tu comportamiento es indigno. Las botas bien que las llevas.

–¿Y de dónde saco yo una cruz? No voy a hacerla de un leño.

–¿Qué quieres decir? ¿No puedes hacerla de un leño? Pues coge un hacha y vete al bosque a primera hora. Tala un fresno, por ejemplo, y ya tienes con qué hacer la cruz. Tendrás que invitar a vodka al guardabosques; no puede uno dejar de invitarlo por cualquier fruslería. Hace unos días rompí una vara del coche y me he tallado una estupenda sin que nadie me diga nada.

Por la mañana temprano, en cuanto amaneció, Serioga cogió el hacha y se fue al bosquecillo.

Todo estaba cubierto de una capa fría y opaca de rocío, que aún seguía cayendo y que el sol no iluminaba todavía. A oriente clareaba una luz débil, imperceptible, que se reflejaba en la bóveda celeste, cubierta de sutiles nubes. No se movía ni una brizna de hierba ni una sola hoja de las ramas superiores de los árboles. Sólo un rumor de alas en la espesura o algún crujido en el suelo rompían de vez en cuando el silencio. De pronto un ruido extraño y ajeno a la naturaleza resonó y se extinguió en el lindero del bosque. Al cabo de un momento se oyó de nuevo y empezó a repetirse regularmente al pie del tronco de uno de los inmóviles árboles. Una de las copas se estremeció de un modo insólito; las jugosas hojas emitieron un susurro y el petirrojo que estaba posado en una de las rama dio dos saltitos, silbó y, agitando la cola, pasó a otro árbol.

Abajo el rumor del hacha se hacía cada vez más sordo; las blancas y jugosas astillas volaban sobre la hierba cubierta de rocío; a cada nuevo golpe se oía un ligero crujido. El árbol se estremeció de arriba abajo, se inclinó y en seguida volvió a enderezarse, balanceándose atemorizado sobre las raíces. Por un instante todo calló; luego el árbol volvió a inclinarse, se oyó otro crujido en el tronco, y la copa, rompiendo ramitas y doblando ramas, se desplomó sobre la tierra húmeda. El rumor del hacha y de los pasos cesaron. El petirrojo silbó y voló más alto. La rama que rozó con sus alas se balanceó un momento y luego se quedó quieta, con todas sus hojas, como las otras. Los árboles descollaban con sus ramas inmóviles, en ese nuevo espacio abierto, aún más alegres que antes.

Los primeros rayos del sol, filtrándose a través de una nube transparente, brillaron en el cielo y recorrieron la tierra y el aire. La neblina empezó a difundirse en oleadas sobre los valles; el rocío resplandecía y destellaba sobre el follaje; las nubes transparentes y blanquecinas se dispersaban presurosas por la bóveda celeste. Las aves revoloteaban en la espesura y gorjeaban alegres, con cierta perplejidad; las jugosas hojas susurraban gozosas y serenas en las copas, y las ramas de los árboles vivos empezaron a agitarse lenta y majestuosamente sobre el ejemplar muerto y caído.

Dios ve la verdad pero tarda en decirla

Hecho real

En la ciudad de Vladímir vivía el joven mercader Aksiónov. Tenía dos tiendas y una casa.

Aksiónov tenía cabellos rizados y castaños, era apuesto, de ánimo alegre y gran conocedor de canciones. Desde joven bebía mucho y, cuando se emborrachaba, solía alborotar; pero desde que se casó había dejado casi de beber, y era muy raro verlo achispado.

Un día de verano Aksiónov se disponía a ir a la feria de Nizhni. Cuando se despedía de la familia, su mujer le dijo:

–Iván Dmítrievich, no te vayas hoy; he tenido un sueño en el que te pasaba algo malo.

Aksiónov se echó a reír y dijo:

–¿Sigues teniendo miedo de que me corra una juerga en la feria?

La mujer respondió:

–Ni yo misma sé de qué tengo miedo, pero he tenido un sueño horrible. Soñé que, al volver de la ciudad, te quitabas la gorra y yo veía que tenías el pelo blanco.

Aksiónov se rió.

–Es un buen augurio. En cuanto concluya mis negocios, volveré con valiosos regalos.

Y a continuación se despidió de su familia y se marchó.

A mitad de camino se unió a un comerciante conocido y se detuvo con él a pasar la noche. Bebieron té y se alojaron en dos habitaciones contiguas. A Aksiónov no le gustaba dormir mucho; se despertó en plena noche y, pensando que era mejor viajar con la fresca, despertó al cochero y le ordenó que enganchara los caballos. Luego arregló las cuentas con el posadero y partió.

Una vez cubiertas cuarenta verstas, se detuvo de nuevo para dar de comer a los caballos, descansó un rato en el zaguán de la estación de postas y, a la hora de comer, salió al porche y ordenó que le preparasen el samovar; luego sacó la guitarra y se puso a tocar; de pronto entró en el patio una troika con campanillas, de la que se apearon un funcionario y dos soldados; el funcionario se acercó a Aksiónov y le preguntó quién era y de dónde venía. Aksiónov dio cuenta de todo y luego le preguntó si no le apetecía tomar una taza de té. Pero el funcionario insistió en sus preguntas: ¿dónde había pasado la noche? ¿Se había hospedado solo o con un comerciante? ¿Había visto a ese comerciante por la mañana? ¿Por qué se había marchado tan temprano? Aksiónov se sorprendió de que le hicieran tantas preguntas; contó todo lo que había hecho y a continuación dijo:

–Pero ¿por qué me hace todas esas preguntas? No soy un ladrón ni un bandido. Voy en viaje de negocios y no entiendo por qué me interroga de ese modo.

El funcionario llamó a un soldado y a continuación exclamó:

–Soy el comisario de policía y te interrogo porque el mercader con quien pasaste la noche ha sido degollado. Quiero ver tus cosas. Vosotros, registradlo –añadió, dirigiéndose a los soldados.

Entraron en la isba, cogieron la maleta y el saco, los abrieron y empezaron a rebuscar. De pronto el comisario extrajo un cuchillo del saco y exclamó:

–¿De quién es este cuchillo?

Aksiónov vio que habían encontrado un cuchillo ensangrentado en su saco y se quedó horrorizado.

–¿Y por qué está manchado de sangre?

Aksiónov quiso responder, pero sólo logró balbucir:

–Yo... no sé... el cuchillo... yo... no es mío.

Entonces el comisario dijo:

–Esta mañana han encontrado al comerciante degollado en su cama. Sólo tú has podido hacerlo. La isba estaba cerrada por dentro y en el interior no había nadie más, y ahora encontramos en tu saco este cuchillo ensangrentado; además, no hay más que verte la cara. Dinos cómo lo has matado y cuánto dinero le has quitado.

Aksiónov juraba que no había sido él, que no había vuelto a ver al mercader desde que tomaron té juntos, que los ocho mil rublos que llevaba eran de su propiedad y que el cuchillo no le pertenecía. Pero su voz se quebraba, tenía el rostro pálido y temblaba de pies a cabeza, como si fuese culpable.

El comisario llamó a un soldado, le ordenó que atara a Aksiónov y lo llevara al carro. Cuando lo arrojaron en el carro con los pies atados, Aksiónov se santiguó y se echó a llorar. Le confiscaron el equipaje y el dinero, lo llevaron a la ciudad más cercana y lo metieron en la cárcel. Luego mandaron a alguien a Vladímir para que se enterara de qué clase de hombre era Aksiónov y todos los mercaderes y habitantes de Vladímir aseguraron que desde joven Aksiónov bebía y se iba de juerga, pero que era un buen hombre. Poco después se inició el proceso, en el que se le acusó de haber dado muerte a un comerciante de Riazán y de haberle robado veinte mil rublos.

La mujer no hacía más que darle vueltas al asunto y no sabía qué pensar. Todos sus hijos eran de corta edad, el menor aún tomaba el pecho. Cogió todo lo que tenía y partió para la ciudad en la que estaba encarcelado el marido. Al principio no le dejaron entrar, pero, después de muchas súplicas a los encargados de la prisión, la condujeron ante su marido. Cuando lo vio vestido de presidiario, encadenado y rodeado de bandidos, cayó al suelo y tardó mucho en recobrar el sentido. Luego, puso a los niños a su alrededor, se sentó junto a él, empezó a hablarle de los asuntos de casa y le pidió que le contara lo que le había sucedido. Él se lo relató todo. Ella entonces preguntó:

–¿Y qué vamos a hacer ahora?

Él dijo:

–Hay que pedir clemencia al zar. ¡No pueden arruinar a un hombre inocente!

La mujer dijo que ya había mandado una súplica, pero que no había llegado a manos del zar. Aksiónov se limitó a bajar la cabeza, sin pronunciar palabra. Entonces la mujer dijo:

–Por algo soñé que el pelo se te volvía blanco, ¿te acuerdas? El dolor ha hecho que te llenes de canas. No debiste hacer ese viaje –pasó la mano por los cabellos de su malido y añadió–: Vania, bien mío, dile la verdad a tu mujer. ¿Realmente no has sido tú?

–¡Cómo puedes pensar eso de mí! –exclamó Aksiónov y, cubriéndose el rostro con las manos, se echó a llorar.

Luego vino un soldado y les dijo a la mujer y a los hijos que tenían que irse. Fue la última vez que Aksiónov vio a su familia.

Cuando la mujer se fue, Aksiónov se puso a pensar en la conversación que habían tenido. Cuando recordó que también su mujer había dudado de él y le había preguntado si había matado al mercader, se dijo para sí: «Por lo visto nadie excepto Dios puede conocer la verdad. Sólo a Él hay que rogar y sólo de Él se debe esperar misericordia». Desde entonces Aksiónov dejó de enviar súplicas y de concebir esperanzas; no hacía más que rezar a Dios.

Lo condenaron a una pena de azotes y a trabajos forzados, que no tardaron en ejecutar.

Lo azotaron y, cuando cicatrizaron las heridas, le enviaron con otros presidiarios a Siberia, donde pasó veintiséis años en un penal. Sus cabellos se volvieron como la nieve y le creció una barba larga, estrecha y canosa. De la alegría de antaño no quedaba ni rastro. Se había encorvado, andaba con pasos lentos, hablaba poco, nunca se reía y pasaba mucho tiempo rezando.

En el penal Aksiónov había aprendido a coser botas y con el dinero ganado se había comprado las *Vidas de los santos*, que leía cuando en la prisión había un poco de luz. Los días de fiesta iba a la iglesia de la prisión, leía el libro de los Apóstoles y cantaba en el coro: su voz seguía siendo muy hermosa. Al comandante de la cárcel le gustaba Aksiónov, porque era un hombre pacífico; también sus compañeros de infortunio le respetaban y le llamaban «abuelo» y «hombre de Dios». Cuando

había que presentar alguna petición, los compañeros siempre lo enviaban a él; y, si estallaba alguna disputa entre los presos, siempre solicitaban su parecer.

De casa no le escribía nadie, de modo que Aksiónov no sabía si su mujer y sus hijos seguían con vida.

Un día llevaron al penal un nuevo contingente de forzados. Por la tarde todos se reunieron alrededor de ellos y les preguntaron de qué ciudad o aldea venían y cuál era el motivo de su condena. También Aksiónov se sentó en una tarima, junto a los nuevos, y, con la cabeza gacha, escuchó lo que contaban. Uno de los nuevos forzados era un viejo alto y bien plantado, de unos sesenta años, con barba corta y entrecana. Estaba contando por qué lo habían condenado.

–Así es, amigos –decía–, estoy aquí sin haber cometido delito alguno. Un día desenganché el caballo de un trineo. Me cogieron y dijeron que lo había robado. Yo repliqué que lo había cogido para llegar más deprisa a un sitio y que pensaba devolverlo. Además, el cochero era amigo mío. Pensaba que todo estaba aclarado. Pero ellos seguían diciendo que había robado. No obstante, no podían decir qué había robado y dónde. Hay un asunto por el debería haber acabado aquí hace mucho tiempo, pero en aquella ocasión no encontraron pruebas y ahora me han traído aquí sin ninguna razón... Pero tampoco esto es verdad: ya he estado en Siberia antes, aunque no me quedé mucho tiempo...

–¿De dónde eres? –preguntó uno de los forzados.

–De la ciudad de Vladímir, donde me dedicaba al comercio. Mi nombre es Makar Semiónov.

Aksiónov levantó la cabeza y preguntó:

–Dime, Semiónov, ¿no has oído hablar en la ciudad de Vladímir de los mercaderes Aksiónov? ¿Aún viven?

–¡Claro que he oído hablar de ellos! Son mercaderes ricos, aunque su padre está en Siberia. Por lo visto, es un pecador como nosotros. Y tú, abuelo, ¿por qué estás aquí?

Aksiónov, a quien no le gustaba hablar de su desgracia, suspiró y dijo:

–Llevo ya veintiséis años en la cárcel por culpa de mis pecados.

Makar Semiónov pregunto:

–¿Qué pecado has cometido?

–Si estoy aquí, será porque me lo merezco –dijo Aksiónov, queriendo poner fin a la conversación, pero los otros forzados le contaron al nuevo cómo había acabado Aksiónov en Siberia. Le dijeron que alguien había matado a un comerciante que iba de viaje, que habían encontrado el cuchillo entre las cosas de Aksiónov y que lo habían condenado injustamente.

Cuando Makar Semiónov escuchó esa historia, se quedó mirando a Aksiónov, se dio una palmada en la rodilla y exclamó:

–¡Qué extraño! Pero ¡qué extraño! ¡Cuánto has envejecido, abuelo!

Empezaron a preguntarle qué le sorprendía tanto y dónde había visto a Aksiónov, pero Makar Semiónov se limitó a comentar:

–¡Es un milagro, muchachos, que nos hayamos encontrado aquí!

Al oír estas palabras, a Aksiónov se le ocurrió que tal vez ese hombre sabía quién había matado al comerciante.

–¿Ya habías oído hablar de ese asunto, Semiónov, o acaso me has visto antes? –preguntó.

–¡Cómo no iba a oír hablar! El mundo está lleno de rumores. Pero sucedió hace mucho tiempo y he olvidado lo que oí –dijo Makar Semiónov.

–Tal vez oíste el nombre de la persona que mató al comerciante –exclamó Aksiónov.

Makar Semiónov se echó a reír y dijo:

–Es evidente que lo mató aquel en cuyo saco encontraron el cuchillo. Incluso si alguien lo puso allí, como no lo cogieron, no se le considera culpable. ¿Y cómo iba a meter el cuchillo en tu saco, si lo tenías debajo de la cabeza? Te habrías dado cuenta.

En cuanto Aksiónov oyó esas palabras, supo que aquél era el hombre que había matado al mercader. Se levantó y se alejó. Durante toda la noche no pudo pegar ojo. Presa de la desesperación,

se representó a su mujer tal como era cuando se había despedido de ella antes de partir para la feria. Era como si la tuviese delante; veía su rostro y sus ojos, oía sus palabras y su risa. Luego se representó a los hijos tal como eran entonces, pequeños, uno con una pelliza y el otro junto al pecho de su madre. También recordó los tiempos en que era joven y alegre; volvió a verse en el porche de la estación de postas donde poco después le arrestarían, tocando la guitarra, con el alma llena de contento. Recordó el patíbulo en el que le habían azotado, el verdugo, la gente que le rodeaba, las cadenas, los presos, aquellos veintiséis años de vida carcelaria y su propia vejez. Y era tal su desesperación que estuvo a punto de poner fin a su vida.

«Y todo por ese canalla», pensó Aksiónov.

Y sintió una ira tan brutal contra Makar Semiónov que, aun a riesgo de perderse, le entraron ganas de vengarse. Pasó toda la noche rezando, pero no logró calmarse. Al día siguiente no se acercó a Makar Semiónov, ni siquiera lo miró.

Así pasaron dos semanas. De noche Aksiónov no podía dormir y era tan grande su desesperación que no sabía qué hacer.

Una noche estaba caminando por el penal cuando vio que alguien sacaba tierra de debajo de una tarima. Se detuvo y se quedó mirando. De pronto Makar Semiónov salió del agujero y miró a Aksiónov con expresión temerosa. Aksiónov quiso seguir su camino para no verlo, pero Makar lo cogió por el brazo y le contó que estaba excavando un paso por debajo del muro y que sacaba la tierra cada día, metida en las botas, que luego vaciaba en la calle, cuando lo llevaban a trabajar.

–Si cierras la boca, viejo, te llevaré conmigo –dijo–. Si hablas, a mí me azotarán; pero tampoco tú saldrás bien parado: te mataré.

Al ver ante sí a ese canalla, un estremecimiento de ira recorrió todo su cuerpo; se soltó de un tirón y dijo:

–No tengo ninguna razón para escapar y me da igual que me mates: ya me has matado hace muchos años. Que te denuncie o no dependerá de lo que Dios me sugiera.

Al día siguiente, cuando llevaron a los forzados al trabajo, los soldados se dieron cuenta de que alguno de los prisioneros se había sacado tierra de las botas y se pusieron a inspeccionar el penal hasta que encontraron el agujero. Llegó el comandante y empezó a interrogar a todos: ¿quién había excavado el agujero? Todos se negaron a hablar. Los que estaban al tanto no traicionaron a Makar Semiónov porque eran conscientes de que por una cosa así lo azotarían casi hasta morir. Entonces el comandante se dirigió a Aksiónov, en cuya probidad confiaba, y le dijo:

–Viejo, tú dices la verdad; respóndeme, como si estuvieras delante de Dios, ¿quién ha hecho esto?

Makar Semiónov miraba al comandante como si aquello no le concerniese; ni siquiera se volvió hacia Aksiónov que, con manos y labios temblorosos, no acertaba a pronunciar palabra. «Protegerlo es como perdonarlo. ¿Por qué hacerlo, cuando ha sido la causa de mi perdición? Que pague por todos los sufrimientos que me ha causado. Pero, si hablo, no cabe duda de que lo azotarán. ¿Y si no ha sido él? Además, ¿acaso aliviará eso mi situación?», pensó.

El comandante volvió a preguntar:

–Vamos, viejo, dime la verdad: ¿quién ha hecho ese agujero?

Aksiónov miró a Makar Semiónov y dijo:

–No he visto nada y no sé nada.

Así pues, no pudieron descubrir al culpable.

Por la noche, cuando Aksiónov se había tumbado en su tarima y estaba a punto de quedarse dormido, oyó que alguien se acercaba y se sentaba a sus pies. Miró en la oscuridad y reconoció a Makar.

Aksiónov dijo:

–¿Qué más quieres de mí? ¿Qué haces aquí?

Makar Semiónov callaba. Aksiónov se incorporó y dijo:

–¿Qué quieres? ¡Vete! Si no, llamaré al soldado.

Makar Semiónov se acercó a Aksiónov, se inclinó sobre él y le dijo en un susurro:

–¡Iván Dmítrievich, perdóname!

Aksiónov dijo:

–¿Qué tengo que perdonarte?

–Yo maté al mercader y puse el cuchillo entre tus cosas. Iba a matarte también a ti, pero oí ruidos en el patio: entonces oculté el cuchillo en tu saco y salí por la ventana –Aksiónov callaba, sin saber qué decir. Makar Semiónov bajó de la tarima, se inclinó hasta el suelo y añadió–: Iván Dmítrievich, perdóname; perdóname, por el amor de Dios. Confesaré que yo maté al mercader y te indultarán. Regresarás a casa.

Aksiónov dijo:

–¡Qué fácil es decirlo! ¡Lo que he tenido que soportar! ¿Y adónde quieres que vaya...? Mi mujer ha muerto; mis hijos me han olvidado; no tengo ningún lugar al que ir.

Makar Semiónov no se levantaba; daba cabezazos en el suelo y decía:

–¡Iván Dmítrevich, perdóname! Cuando me azotaban sufría menos que ahora cuando te miro... Y, encima, has tenido compasión de mí y no me has delatado. ¡Perdóname, por el amor de Cristo! ¡Perdona a este canalla miserable! –y estalló en sollozos.

Cuando Aksiónov oyó el llanto de Makar Semiónov, él mismo se echó a llorar y dijo:

–Dios te perdonará; ¡tal vez yo sea cien veces peor que tú!

Y de pronto una sensación de alivio embargó su alma. Dejó de añorar su casa. Ya no tenía ganas de salir del penal; sólo pensaba en su última hora.

Makar Semiónov no obedeció a Aksiónov y confesó su crimen. Cuando llegó la orden de libertad, Aksiónov ya había muerto.

El prisionero del Cáucaso

Hecho real

I

Un oficial llamado Zhilin prestaba servicio en el Cáucaso.

Un día llegó una carta de su casa. Su anciana madre le escribía: «Me he vuelto vieja y antes de morir me gustaría ver a mi querido hijo. Ven a despedirte de mí y a enterrarme y luego, si Dios quiere, retoma tus obligaciones militares. No obstante, debes saber que te he buscado una novia: es buena, inteligente y tiene tierras. Si te gusta, tal vez podrías casarte y quedarte aquí para siempre».

Zhilin se quedó pensativo: «Es cierto que está muy mal; acaso no tenga ocasión de volver a verla. Debo ir; y si la novia es bella, puedo casarme».

Fue a ver al coronel y, una vez obtenida la licencia, se despidió de sus compañeros, ofreció a sus soldados cuatro cubos de vodka y se dispuso a partir.

En aquel tiempo había guerra en el Cáucaso. No se podía ir por los caminos ni de día ni de noche. En cuanto un ruso, a pie o a caballo, se alejaba de la fortaleza, los tártaros lo mataban o se lo llevaban a las montañas. Por eso se había establecido la costumbre de que dos veces por semana una escolta de soldados acompañara a la gente que tenía que ir de una fortaleza a otra. Los soldados iban delante y detrás, y en medio los civiles.

Era verano. Al amanecer se reunieron algunos carros fuera de la fortaleza; luego salieron los soldados de la escolta y el grupo se puso en camino. Zhilin iba a caballo y el carro que transportaba sus cosas formaba parte del convoy.

Tenían que cubrir veinticinco verstas. El convoy avanzaba despacio; unas veces porque los soldados se detenían y otras porque uno de los carros perdía una rueda o un caballo se paraba; y todos tenían que esperar.

El sol ya había pasado el mediodía, pero el convoy sólo había recorrido la mitad del camino. Se alzaban nubes de polvo, hacía un calor sofocante, el sol abrasaba, y no había lugar alguno donde resguardarse. A ambos lados del camino se extendía la estepa desnuda, sin un árbol ni un arbusto.

Zhilin, que se había adelantado, se detuvo a esperar el convoy. Oyó que detrás tocaban la corneta, lo que significaba una nueva parada. Entonces pensó: «¿Por qué no continúo solo, sin los soldados? Mi caballo es bueno; si los tártaros me atacan, huiré al galope. ¿O mejor espero?».

Mientras reflexionaba de ese modo, se le acercó a caballo otro oficial llamado Kostilin, con un fusil en bandolera.

–Sigamos solos, Zhilin –dijo–. Ya no aguanto más. Tengo hambre y hace un calor sofocante. Mi camisa está empapada.

Kostilin era un hombre corpulento, gordo, de rostro colorado, y el sudor le caía a chorros. Zhilin lo pensó un poco y dijo:

–¿Está cargado el fusil?

–Sí.

–Entonces, vamos. Pero con la única condición de no separarnos.

Y siguieron cabalgando. Mientras atravesaban la estepa, charlaban y miraban a uno y otro lado. El campo de visión era muy amplio.

Pero al final de la estepa, el camino se internaba en un desfiladero. Zhilin dijo:

–Hay que subir a un promontorio y echar un vistazo; de lo contrario, pueden salir de detrás de una roca sin que nos demos cuenta.

Pero Kostilin replicó:

–¿Para qué? Sigamos.

Zhilin no le hizo caso.

–No –dijo–; espérame aquí; voy a echar un vistazo.

Y Zhilin, espoleando a su caballo, se dirigió a la izquierda e inició la ascensión. El caballo de Zhilin era un pura sangre (lo había comprado por cien rublos en una caballada, cuando aún era un potro, y lo había domado él mismo) y lo llevó en volandas hasta la cumbre. Una vez allí, a una distancia de una *desiatina*[*], divisó a unos treinta tártaros a caballo. Nada más verlos, volvió grupas; los tártaros también lo vieron y se lanzaron en su persecución, al tiempo que extraían los fusiles de las fundas. Zhilin bajó por la pendiente a galope tendido y gritó a Kostilin:

–Coge el fusil –mientras se decía, dirigiéndose mentalmente a su caballo: «Vamos, viejo amigo, sácame de este apuro; trata de no tropezar; pues, como te caigas, estoy perdido. Si consigo llegar hasta el fusil, no me rendiré».

Pero Kostilin, en lugar de esperarlo, partió a toda velocidad en dirección a la fortaleza en cuanto vio a los tártaros. Con el látigo fustigaba a su montura ya en un flanco ya en otro. En medio del polvo sólo se veía cómo el caballo agitaba la cola.

Zhilin comprendió que el asunto se ponía feo. Se había quedado sin fusil y no podía defenderse sólo con el sable. Lanzó su caballo hacia los soldados con intención de escapar, pero vio que seis tártaros trataban de cortarle el paso. Su caballo era bueno, pero los suyos eran aún mejores y corrían para cerrarle el camino. Trató de frenar y volver grupas, pero el caballo ya iba al galope y no podía aminorar la marcha: volaba derecho hacia los tártaros. Vio que un tártaro de barba roja, montado en un caballo gris, se estaba acercando a él, lanzando gritos, rechinando los dientes, preparando el fusil para disparar.

«Os conozco, diablos –pensó Zhilin–. Si me cogéis vivo, me arrojaréis en un agujero y me arrancaréis la piel a latigazos. No me atraparéis vivo.»

Aunque era bajo de estatura, Zhilin tenía valor. Desenvainó el sable y espoleó a su caballo en dirección al tártaro de la barba roja, al tiempo que se decía: «Lo aplastaré con el caballo o lo atravesaré con el sable».

Pero no logró llegar hasta el tártaro, pues le dispararon por detrás y alcanzaron al caballo, que cayó al suelo con todo el impulso de la carrera, aprisionando una de las piernas del jinete.

Zhilin quiso incorporarse, pero dos tártaros malolientes se abalanzaron sobre él y le doblaron los brazos a la espalda. Zhilin se revolvió y se quitó de encima a los dos tártaros, pero los otros tres saltaron de sus caballos y empezaron a golpearlo en la cabeza con la culata de sus fusiles. La vista se le nubló y empezó a tambalearse. Los tártaros le cogieron, quitaron de las sillas las cinchas de repuesto, le ataron con ellas las manos a la espalda, haciendo un nudo a la tártara, y lo arrastraron hasta un caballo. Le arrancaron el gorro, le quitaron las botas, le registraron de arriba abajo, le arrebataron el dinero y el reloj y le rasgaron toda la ropa. Zhilin se volvió hacia su caballo. El pobre seguía tendido sobre un flanco, tal como había caído, y se limitaba a agitar las patas, pero no lograba tocar el suelo con los cascos; tenía un agujero en la cabeza del que manaba una sangre negra que había formado un charco de un *arshín*.

Uno de los tártaros se acercó al caballo y empezó a desatar la silla. Como el animal seguía debatiéndose, sacó el puñal y lo degolló. El caballo emitió un silbido gutural, tuvo un último estremecimiento y expiró.

Los tártaros quitaron la silla y los arreos. El tártaro de la barba roja subió a su caballo, mientras los demás colocaban a Zhilin en la grupa de su caballo; para que no se cayera, lo ataron con una correa al cinturón del tártaro y cabalgaron hacia las montañas.

Zhilin iba sentado detrás del tártaro, balanceándose, y su cara se golpeaba con la espalda maloliente del tártaro. No veía otra cosa que su espalda vigorosa, su cuello surcado de venas y la

nuca afeitada, que bajo la gorra adquiría tonalidades azuladas. Zhilin tenía una herida en la cabeza, la sangre se le había coagulado sobre los ojos. No podía ni acomodarse bien en el caballo ni limpiarse la sangre. Los brazos estaban atados con tanta fuerza que hasta las clavículas le dolían.

Cabalgaron largo rato, pasaron de una montaña a otra, vadearon un río, salieron a un camino y se internaron en una cañada.

A Zhilin le habría gustado ver qué camino estaban siguiendo, pero tenía los ojos embadurnados de sangre y no podía girarse.

Empezaba a oscurecer. Atravesaron otro riachuelo e iniciaron la subida a una montaña pedregosa; olía a humo y se oía el ladrido de unos perros.

Poco después llegaron a un *aúl*[*]. Los tártaros se apearon; llegaron algunos niños, rodearon a Zhilin y, entre alegres gritos, empezaron a lanzarle piedras.

Un tártaro apartó a los niños, bajó a Zhilin del caballo y llamó a un sirviente suyo, un *nogái*[**] de pómulos prominentes, con una camisa desgarrada que dejaba todo el pecho al descubierto. El tártaro le ordenó algo en su lengua. El sirviente trajo las cadenas para el prisionero: dos cepos de roble fijados a anillas de hierro, una de ellas con un agujero y un candado.

Después de desatar los brazos al prisionero, le pusieron las cadenas y lo condujeron a un cobertizo, lo arrojaron dentro y cerraron la puerta. Zhilin cayó sobre un montón de estiércol. Estuvo un rato sin moverse; luego, tanteando en la oscuridad, buscó un lugar más blando y se tumbó.

II

Zhilin apenas durmió en toda la noche. En aquella época del año las noches eran cortas. Cuando, a través de una ranura, vio que empezaba a clarear, se levantó, hizo un poco más grande la ranura y se quedó mirando.

A través de ese agujero vio un camino que bajaba por la montaña; a la derecha había una cabaña tártara, con dos árboles al lado. Un perro negro estaba tendido en el umbral; una cabra y sus cabritillas deambulaban por el lugar, agitando la cola. Zhilin vio que, al pie de la montaña, una joven tártara, con una blusa de colores vivos, pantalones sin cinturón y botas, llevaba sobre la cabeza, cubierta con un caftán, un gran cántaro de hojalata lleno de agua. Al caminar su espalda oscilaba y se estremecía; llevaba de la mano a un niño de cabeza rapada, con una camisa como único vestido. La muchacha entró en la cabaña con el cántaro y al poco rato salió el tártaro de barba roja de la víspera, con una túnica de seda, un puñal en la cintura y unas babuchas en los pies desnudos. Llevaba en la cabeza un gorro alto, de piel de cordero, negro, echado hacia atrás. Se estiró y se acarició la barba. Al cabo de un rato, dio una orden a su sirviente y se marchó a algún sitio.

Luego pasaron dos muchachos montados a caballo, que se dirigían al abrevadero. Los caballos tenían los ollares mojados. Otros niños de cabeza rapada, vestidos sólo con camisa, sin calzones, se acercaron al cobertizo, cogieron una ramita y la metieron por la rendija. Zhilin lanzó un grito; los niños, chillando, se alejaron a todo correr, con las rodillas desnudas brillando al sol.

A Zhilin le atormentaba la sed, tenía la garganta completamente seca. Pensó que al menos alguien iría a echar un vistazo. Al cabo de un rato oyó que estaban abriendo la puerta. Era el tártaro de la barba roja, acompañado de otro más bajo, moreno, de ojos negros y luminosos, rubicundo, con una barba corta; tenía un aire alegre y no hacía más que reír. Iba aún mejor vestido que el otro: túnica de seda azul, bordada con un galón; un gran puñal de plata colgado al cinto; babuchas rojas de cordobán, también recamadas de plata. Sobre esas babuchas ligeras llevaba otras más gruesas. Cubría la cabeza con un gorro alto, de piel blanca de cordero.

El tártaro de la barba roja entró, farfulló algo que parecía una especie de imprecación y se detuvo; se apoyó en la jamba de la puerta y se puso a juguetear con el puñal, mientras miraba a Zhilin de

soslayo, como un lobo. El moreno, en cambio, que era ágil y vivaz, y parecía andar sobre resortes, fue directo hacia Zhilin, se puso en cuclillas, enseñó los dientes, le dio una palmada en el hombro y dijo unas palabras apresuradas en su propia lengua; luego guiñó el ojo, chasqueó la lengua y repitió:

–Ruso bueno, ruso bueno.

Zhilin, que no había comprendido nada, dijo:

–Tengo sed. Dadme agua.

El moreno se río.

–Ruso bueno –seguía barboteando.

Zhilin hizo señas con los labios y las manos para que le dieran de beber.

El moreno comprendió, se echó a reír y, asomándose a la puerta, llamó:

–¡Dina!

Una muchacha menuda, delgada, de unos trece años, parecida de cara al hombre moreno, entró corriendo. No cabía duda de que era su hija. También ella tenía los ojos negros y luminosos, y era guapa de cara. Llevaba una blusa azul, larga, suelta, con anchas mangas, ribeteada de rojo en los faldones, el pecho y las mangas; pantalones y dos pares de babuchas, uno de tacón alto; lucía al cuello un collar de monedas rusas de medio rublo. En la cabeza sin cubrir destacaba una trenza negra con una cinta de plaquitas de metal y un rublo de plata.

Su padre le dio una orden. La muchacha salió corriendo y regresó al poco rato con una jarra de hojalata. Se la entregó al prisionero y se puso en cuclillas, doblándose tanto que los hombros estaban más bajos que las rodillas. Miraba a Zhilin como si fuera una fiera, abriendo mucho los ojos, mientras éste bebía.

Zhilin le devolvió la jarra. Ella dio un salto hacia atrás, como una cabra montés. Hasta su padre rompió a reír. Luego la envió a otro sitio. La muchacha cogió la jarra, salió corriendo y regresó al poco rato con un pan ácimo sobre una tabla redonda; de nuevo volvió a sentarse, se encorvó y se quedó mirando a Zhilin, sin apartar los ojos.

Al cabo de un rato los tártaros salieron y cerraron la puerta.

Poco después llegó el nogái y le dijo a Zhilin:

–*¡Aida*, señor, *aida*!

Tampoco él sabía ruso. Zhilin sólo comprendió que le ordenaba ir a algún sitio.

Zhilin lo siguió, pero cojeando, pues los cepos le impedían alargar las piernas, y tenía que torcer los pies hacia fuera. Al salir vio una aldea tártara de unas diez casas y una mezquita con una pequeña torre. Junto a una casa había tres caballos ensillados. Unos muchachos sostenían las riendas. El tártaro moreno salió de esa casa e hizo señas con la mano para que introdujeran a Zhilin. Sin dejar de reír, dijo unas palabras en su propia lengua y regresó al interior. Metieron a Zhilin en la casa. Era una habitación agradable, con paredes lisas de arcilla. Junto al muro del fondo había unos cojines de colores diversos; en las paredes de los lados colgaban valiosas alfombras, sobre las que destacaban fusiles, pistolas y sables, todos con incrustaciones de plata. Junto a una pared había una pequeña estufa, al nivel del suelo, que era de tierra, muy limpio, como una era, con todo el rincón delantero recubierto de piezas de fieltro, sobre las que había alfombras con cojines de plumas. Allí, sobre las alfombras, con babuchas en los pies, estaban sentados varios tártaros: el moreno, el de la barba roja y tres invitados. Todos se habían colocado a la espalda cojines de plumas y delante de ellos, sobre una tabla redonda, había tortitas de mijo, una taza con mantequilla derretida y una jarra de cerveza tártara, llamada *buza*. Comían con las manos, todas embadurnadas de mantequilla.

El moreno se puso en pie de un salto, ordenó que sentaran a Zhilin a cierta distancia, no sobre una alfombra, sino sobre el suelo desnudo, volvió a ocupar su puesto y siguió agasajando a sus invitados con tortitas y *buza*. El siervo hizo sentar a Zhilin en el sitio indicado, se quitó uno de los dos pares de babuchas, que dejó junto a la puerta, donde había más, y se acomodó sobre el fieltro, cerca de sus amos; al verlos comer, se le caía la baba.

Cuando los tártaros se comieron las tortitas, entró una tártara con una blusa igual que la de muchacha, pantalones y un pañuelo en la cabeza. Se llevó la mantequilla y las tortitas y trajo una

hermosa cubeta y una jarra de pico estrecho. Los tártaros se lavaron las manos, luego se cruzaron de brazos, se pusieron de rodillas, soplaron en todas las direcciones y recitaron sus oraciones. Después hablaron en su lengua. A continuación uno de los invitados se volvió hacia Zhilin y se puso a hablar en ruso:

–Kazi-Muhamed te ha capturado –dijo, señalando al tártaro de la barba roja– y te ha entregado a Abdul-Murat –añadió, indicando al moreno–. Ahora Abdul-Murat es tu amo.

Zhilin guardó silencio.

Abdul-Murat tomó la palabra y, sin dejar de señalar a Zhilin, repitió varias veces, entre continuas risas:

–Soldado ruso, buen ruso.

El intérprete exclamó:

–Te ordena que escribas una carta a tu casa para que manden el dinero del rescate. En cuanto llegue, te liberará.

Al cabo de unos instantes de reflexión Zhilin dijo:

–¿Cuánto dinero quiere?

Los tártaros parlamentaron y al cabo el intérprete dijo:

–Tres mil monedas.

–No –dijo Zhilin–. No puedo pagar esa suma.

Abdul se levantó de un salto, se puso a gesticular con las manos y dijo algo a Zhilin, figurándose que le entendía. El intérprete tradujo:

–¿Cuánto estarías dispuesto a dar?

Zhilin lo pensó un poco y dijo:

–Quinientos rublos.

En ese punto los tártaros empezaron a hablar muy deprisa, todos a la vez. Abdul se puso a gritar con tanto ímpetu al de la barba roja que lanzaba espumarajos de saliva por la boca. El del pelo rojo se limitó a fruncir el ceño y a chasquear la lengua.

Después de una pausa el intérprete dijo:

–Al amo le parecen poco quinientos rublos de rescate. Ha pagado por ti doscientos. Kazi-Muhamed tenía una deuda con él que ha saldado con tu entrega. No te soltará por menos de tres mil rublos. Si no escribes la carta, te meterán en una fosa y te castigaran con el látigo.

«Cuanto más se amedrenta uno con éstos, peor le va», pensó Zhilin y, poniéndose en pie de un salto, exclamó:

–Dile a ese perro que si pretende asustarme no le daré ni un kópek ni escribiré a mi casa. ¡Nunca os he tenido miedo, perros, y no os lo voy a tener ahora!

Cuando el intérprete trasladó esas palabras, los tártaros se pusieron de nuevo a hablar todos a la vez.

Después de una larga discusión, el moreno se levantó y se acercó a Zhilin.

–Ruso *dzhiguit* –dijo–. ¡*Dzhiguit* ruso!

En su lengua *dzhiguit* significa «valiente». El tártaro moreno se echó a reír y a continuación dijo unas palabras al intérprete, que éste tradujo:

–Se contentaría con mil rublos.

Zhilin siguió en sus trece:

–No pienso daros más de quinientos, y, si me matáis, no obtendréis nada.

Los tártaros hablaron entre ellos, mandaron al sirviente a alguna parte y, mientras esperaban, dirigían miradas tan pronto a Zhilin como a la puerta. El sirviente regresó, seguido de un hombre gordo, descalzo y harapiento, también con cepos en los pies.

Zhilin lanzó un grito de sorpresa, pues había reconocido a Kostilin. También a él lo habían capturado. Colocaron a los dos prisioneros juntos y ellos se pusieron a hablar, mientras los tártaros los miraban en silencio. Zhilin contó lo que le había sucedido y Kostilin refirió que su caballo se

había detenido, que se le había encasquillado el fusil y que ese mismo Abdul lo había alcanzado y lo había capturado.

Abdul se levantó, señaló a Kostilin y pronunció unas palabras.

El intérprete explicó que ambos pertenecían ahora al mismo amo y que, quien pagara antes el rescate, sería el primero en ser liberado.

–Fíjate –dijo, dirigiéndose a Zhilin–. Tú estás siempre irritado; en cambio tu compañero es pacífico; ya ha escrito a su casa para pedir que le envíen cinco mil monedas. Por tanto le darán bien de comer y no le harán daño.

Zhilin dijo:

–Mi compañero puede hacer lo que le plazca; tal vez sea rico, pero yo no. Ya os he dicho lo que haré –añadió–. Si me matáis, no obtendréis nada. Pero no pediré más de quinientos rublos.

Se produjo un silencio. De pronto Abdul se levantó, cogió un cofrecito, sacó una pluma, un pedazo de papel y tinta, se los entregó a Zhilin, le dio una palmada en el hombro y le hizo señas para que escribiera. Aceptaba la suma de quinientos mblos.

–Espera un momento –dijo Zhilin al intérprete–. Dile que nos den bien de comer, que nos vistan y nos calcen en condiciones, que nos pongan juntos, pues así estaremos más alegres, y que nos quiten los cepos.

A continuación se quedó mirando al amo y se echó a reír. El amo también se rió, escuchó al intérprete y dijo:

–Os daré la mejor ropa que tengo, una chaqueta circasiana y botas, como si fuerais a casaros. Os alimentaré como a príncipes. Y, si lo preferís, os pondré juntos en el cobertizo. Pero los cepos no os los puedo quitar porque os escaparíais. Sólo os los quitaré por la noche –volvió a levantarse y, acercándose a Zhilin, le dio una palmada en el hombro–: ¡Tú bueno, yo bueno!

Zhilin escribió la carta, pero de tal manera que no pudiera llegar a su destino. Entre tanto pensaba: «Me escaparé».

Condujeron a Zhilin y a Kostilin al cobertizo, les trajeron hojas secas de maíz, una jarra de agua, pan, dos viejas chaquetas circasianas y dos pares de botas gastadas de soldado. Probablemente se las habían quitado a algunos soldados muertos. Por la noche les retiraron los cepos y cerraron la puerta con llave.

III

Así vivieron Zhilin y su compañero durante un mes. El amo no hacía más que reírse.

–Tú, Iván, bueno. Yo, Abdul, bueno.

La comida era mala; sólo les daba pan ácimo de harina de mijo, cocido en forma de tortas, y a veces pedazos de masa sin cocer.

Kostilin había escrito otra vez a su casa y esperaba con impaciencia que le enviasen el dinero. Estaba muy abatido. Pasaba días enteros tumbado en el cobertizo, contando los días que faltaban para que llegara la carta o durmiendo. Zhilin, en cambio, sabía que su carta no llegaría y no había escrito más.

«¿De dónde iba a sacar mi madre todo ese dinero para pagar mi rescate? –pensaba–. Vivía principalmente del dinero que yo le enviaba. Para reunir quinientos rublos tendría que arruinarse por completo. Me las arreglaré solo, si Dios quiere.»

Y entre tanto no dejaba un momento de mirar a su alrededor y de buscar el mejor modo de escapar. Se paseaba por el aúl, silbando; o se sentaba en cualquier lugar y se ocupaba de alguna labor manual, como modelar muñecas de arcilla o trenzar cestos de mimbre. En esas artes Zhilin era todo un maestro.

Una vez hizo una muñeca con nariz, pies y manos, le puso una blusa tártara y la colocó sobre el tejado.

Las muchachas tártaras que iban a por agua pasaban por allí. Cuando Dina, la hija del amo, la vio, llamó a sus compañeras. Dejaron las jarras en el suelo, se quedaron mirando y se echaron a reír. Zhilin quitó la muñeca del tejado y se la ofreció. Pero ellas seguían riendo y no se atrevían a cogerla. Entonces Zhilin la dejó en el suelo y se metió en el cobertizo, preguntándose qué pasaría.

Dina se acercó corriendo, miró a su alrededor, cogió la muñeca y se alejó a toda prisa.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, Dina salió al umbral de su casa con la muñeca en brazos. La había adornado con cintas de color rojo y la acunaba como si fuera un bebé, al tiempo que le cantaba una nana en su propia lengua. Al poco rato salió una vieja, se puso a reñirla, le quitó la muñeca, la rompió y envió a Dina a trabajar a algún sitio.

Zhilin hizo otra muñeca, aún más bella que la anterior, y se la dio a Dina. Un día la muchacha vino a traerle la jarra, la dejó en el suelo, se sentó y se quedó mirando a Zhilin, riendo y señalando la jarra.

«¿Por qué estará tan contenta?», pensaba Zhilin. Cogió la jarra y se puso a beber. Creía que estaba llena de agua, pero había leche. Zhilin se la bebió y dijo:

–Muy buena.

¡Cuánto se alegró Dina!

–¡Bueno, Iván, bueno! –exclamó; se puso en pie de un salto, batió palmas, cogió la jarra y se marchó corriendo.

Desde entonces todos los días le llevaba un poco de leche a escondidas. Y cuando los tártaros preparaban quesos de leche de cabra, que ponían a secar en los tejados, le llevaba alguno en secreto. Una vez el amo sacrificó un carnero y Dina le llevó una tajada oculta en la manga. Se la arrojó y salió corriendo.

Un día estalló una fuerte tormenta y llovió a cántaros una hora entera. Todos los riachuelos se enturbiaron; en el vado el agua subió tres *arshines* y arrastraba grandes piedras. Por todas partes corrían arroyuelos y entre las montañas resonaba el incesante estampido del trueno. Cuando pasó la tormenta, por todos los rincones de la aldea seguían fluyendo arroyos. Zhilin le pidió al amo un cuchillo, talló un pequeño cilindro y unas tablillas e hizo una rueda a la que fijó dos muñecos, uno a cada lado.

Las muchachas le procuraron unos trozos de tela con los que Zhilin vistió a los muñecos: a uno de hombre y a otro de mujer. Los afianzó en su lugar y puso la rueda en un arroyo. La rueda giraba y los muñecos saltaban.

Al lugar acudió toda la aldea: niños, niñas, mujeres; también vinieron algunos hombres, que chasqueaban la lengua y decían:

–¡Ah, ruso! ¡Ah, Iván!

Abdul tenía un reloj ruso que no funcionaba. Llamó a Zhilin y se lo enseñó, chasqueando la lengua. Zhilin dijo:

–Dámelo y te lo repararé.

Lo cogió, lo desmontó con el cuchillo y removió algunas piezas; luego volvió a montarlo y se lo devolvió al tártaro. Ahora funcionaba.

El amo se alegró y le regaló una vieja casaca, hecha jirones. No podía decir que no, así que la cogió; tal vez le vendría bien para cubrirse por la noche.

A partir de entonces Zhilin adquirió fama de maestro artesano. Empezaron a venir a verlo de aldeas lejanas; uno le traía un fusil para que lo reparara, otro una pistola o un reloj. El amo le había procurado las herramientas necesarias: tenazas, barrenas y una lima.

Un día un tártaro cayó enfermo y fueron a buscar a Zhilin para que lo curara. Zhilin no sabía nada de medicina. Pero visitó al enfermo, lo examinó y se dijo: «Tal vez se cure solo». Entonces se encaminó al cobertizo, cogió agua y arena y las mezcló. Luego, en presencia de los tártaros, pronunció unas palabras sobre el agua y se la dio a beber. Por suerte, el tártaro se restableció. Zhilin

había empezado a entender un poco su lengua. Algunos tártaros se habían acostumbrado a él y, cuando lo necesitaban para algún menester, gritaban: «Iván, Iván!»; otros, en cambio, seguían mirándolo de reojo como si fuera una fiera.

Al tártaro de la barba roja no le gustaba Zhilin. Cuando lo veía, fruncía el ceño, se volvía del otro lado o lo insultaba. Había un viejo que vivía al pie de la montaña y que iba al aúl alguna vez. Zhilin sólo lo veía cuando venía a rezar a la mezquita. Era bajo de estatura y llevaba una toalla blanca alrededor del gorro; tenía el bigote y la barba cortos y blancos como una pluma; el rostro, en cambio, era rojo como un ladrillo y estaba cubierto de arrugas. Tenía la nariz ganchuda, como un azor, y ojos grises, de mirada cruel; había perdido todos los dientes, a excepción de dos colmillos. Solía pasar con el turbante en la cabeza, apoyándose en un cayado y mirando a su alrededor como un lobo. En cuanto veía a Zhilin, se ponía a gruñir y volvía la cabeza.

Una vez Zhilin bajó al pie de la montaña para ver dónde vivía el viejo. Descendió por el sendero hasta que vio un huertecillo y una cerca de piedra, más allá de la cual crecían cerezos y albaricoqueros y despuntaba una casucha de tejado plano. Se acercó un poco más y vio colmenas de paja entrelazada entre las que revoloteaban y zumbaban enjambres de abejas. El viejo estaba de rodillas, haciendo algo junto a una colmena. Zhilin subió a un punto más elevado para ver mejor, pero hizo ruido con los cepos. El viejo se volvió y se puso a dar gritos; cogió una pistola que llevaba en el cinto y disparó a Zhilin, que apenas tuvo tiempo de guarecerse detrás de una piedra.

El viejo fue a quejarse al amo, que llamó a Zhilin y le preguntó entre risas:

–¿Por qué has ido a casa del viejo?

–No le he hecho nada malo –repuso Zhilin–. Sólo quería ver cómo vivía.

El amo tradujo esas palabras. Pero el viejo seguía enfadado, refunfuñaba, mascullaba algo, mostraba los colmillos y gesticulaba.

Zhilin no comprendió todo lo que decía, pero dedujo que el viejo estaba ordenando al amo que matara a los rusos, en lugar de tenerlos en el aúl. Cuando el viejo se marchó, Zhilin preguntó al amo quién era. El amo respondió:

–¡Es un gran hombre! Era el primer *dzhiguit*; ha matado a muchos rusos; era rico. Tenía tres esposas y ocho hijos varones. Todos vivían en la misma aldea. Un día llegaron los rusos, destruyeron la aldea y mataron a siete de sus hijos. El único que le quedó se pasó a los rusos; el viejo hizo lo mismo. Vivió con ellos tres meses, encontró allí a su hijo, lo mató con sus propias manos y huyó. Desde entonces dejó de combatir y fue a La Meca a rezar a Dios. Por eso lleva turbante. Quien ha estado en La Meca toma el nombre de *jadzhi* y lleva turbante. No le gustan los rusos. Me ordena que te mate; pero yo no puedo hacerlo: he pagado dinero por ti; además, me caes bien, Iván. No sólo no voy a matarte, sino que, de no haber dado mi palabra, no te dejaría marchar –se echó a reír y añadió en ruso–: tú, Iván, bueno. Yo, Abdul, también bueno.

IV

Así vivió Zhilin otro mes. Durante el día se paseaba por el aúl o se ocupaba de algún trabajo manual, y cuando caía la noche y en la aldea se hacía el silencio, se ponía a excavar un agujero en el cobertizo. No era una labor fácil, pues había muchas piedras que él iba desgastando con la lima; al final consiguió hacer un agujero debajo del muro lo suficientemente grande para pasar por él. «Ya sólo me queda examinar bien el lugar para saber qué camino debo tomar –pensaba–. Porque ninguno de los tártaros me lo dirá.»

Eligió para ese fin un día en que el amo se encontraba fuera; después de la comida subió a la montaña que había detrás del aúl para contemplar desde allí los alrededores. No obstante, antes de partir, el amo había ordenado a uno de sus hijos que siguiera a Zhilin y no le quitara el ojo de encima. Y el muchacho se puso a correr detrás de Zhilin, al tiempo que gritaba:

–¡Detente! Mi padre me ha dicho que no puedes salir de aquí. ¡Si no te das la vuelta, llamaré a la gente!

Zhilin trató de convencerlo.

–No voy a ir muy lejos –dijo–; sólo quiero subir a esa montaña para buscar una hierba que necesito para curar a tu gente. Ven conmigo; con los cepos no puedo escapar. Mañana te haré un arco y unas flechas.

El muchacho aceptó y ambos se fueron. A simple vista, parecía que la montaña no quedaba lejos, pero con los cepos era difícil avanzar; después de mucho caminar y de grandes esfuerzos llegó a la cumbre. Se sentó y se puso a examinar el lugar. A mediodía, más allá de una montaña, se veía una cañada en la que pastaba una manada de caballos, y algo más abajo otro aúl, detrás del cual se alzaba otra montaña aún más escarpada y a continuación otra. Entre medias crecían bosques azules y más allá se divisaban montañas cada vez más altas, cubiertas de nieve blanca como el azúcar. Una de ellas se erguía solitaria, con la cumbre nevada, más alta que las demás. A levante y a poniente se alzaban montañas idénticas; aquí y allá, en los desfiladeros, se divisaba el humo de algún aúl. «Éste debe de ser su territorio», pensó Zhilin, y se puso a mirar hacia la parte rusa; a sus pies vio un arroyuelo y el aúl en el que vivía, rodeado de huertos. En las orillas unas mujeres, que parecían tan pequeñas como muñecas, lavaban ropa. Detrás del aúl, un poco más abajo, había una montaña y más allá otras dos, cubiertas de bosque; entre esas dos montañas se entreveía una llanura azulada por encima de la cual, en lontananza, se vislumbraba una especie de columna de humo. Zhilin trató de recordar por qué parte salía y se ponía el sol cuando vivía en la fortaleza. Y determinó que la fortaleza debía de encontrarse en ese valle. Por tanto había que huir en esa dirección, entre esas dos montañas.

El sol empezaba a ponerse. Las blancas cumbres nevadas se tiñeron de púrpura y las oscuras montañas se entenebrecieron; de la cañada ascendía la bruma y el valle donde supuestamente estaba la fortaleza parecía envuelto en llamas por la luz del atardecer. Zhilin aguzó la vista: en el fondo del valle se perfilaba algo así como el humo de una chimenea. Y Zhilin se convenció de que aquello no podía ser otra cosa que la fortaleza rusa.

Se había hecho tarde. Se oía el grito del mulá. Los tártaros llevaban el ganado a las cuadras entre los mugidos de las vacas; el muchacho no paraba de decir: «Vamos», pero Zhilin no tenía ganas de moverse.

Por fin regresaron a casa. «Ahora que conozco los alrededores –pensó Zhilin–, ha llegado el momento de escapar.» Quería huir esa misma noche. Las noches eran oscuras, con una luna en cuarto menguante. Por desgracia, hacia el anochecer regresaron los tártaros. Por lo común volvían alegres, azuzando el ganado que habían robado. Pero esta vez no habían cogido nada y traían en la silla el cuerpo de un tártaro muerto, hermano del de la barba roja. Venían enfadados y se reunieron todos para darle sepultura. También Zhilin salió a echar un vistazo. Envolvieron el cadáver en una tela, sin caja, lo llevaron fuera de la aldea y lo depositaron en la hierba, al pie de unos plátanos. Llegó el mulá, se reunieron los ancianos, que se enrollaron una toalla alrededor del gorro. Se descalzaron y se sentaron en cuclillas ante el muerto.

Delante de todos estaba el mulá; detrás de él había tres ancianos con turbante, uno al lado del otro, y a continuación otros tártaros. Estuvieron allí sentados un buen rato, con la cabeza gacha, en completo silencio. Luego el mulá levantó la cabeza y dijo:

–¡Alá! (que quiere decir Dios).

Tras pronunciar esa palabra, todos volvieron a bajar la cabeza e, inmóviles, se sumieron en un prolongado silencio. De nuevo el mulá levantó la cabeza y dijo:

–¡Alá!

Todos repitieron: «¡Alá!», y otra vez callaron. Tal era su quietud que parecían no menos muertos que el cadáver que yacía sobre la hierba. Ni uno se movía. Sólo se oía el rumor de las hojas de los plátanos, agitadas por la brisa. Luego el mulá recitó una oración, todos se pusieron de pie, cogieron el cadáver en brazos y lo llevaron hasta la fosa, que no era un simple agujero, sino que estaba excavada

en la tierra como un subterráneo. Cogieron el cadáver por debajo de las axilas y por los tobillos, lo doblaron, lo bajaron lentamente, lo colocaron sentado y le cruzaron las manos sobre el vientre.

El nogái había traído juncos verdes, con los que recubrieron la fosa; luego la llenaron apresuradamente de tierra, la nivelaron y en la cabecera de la tumba colocaron una piedra erguida. Apisonaron la tierra con los pies, volvieron a sentarse delante de la tumba y guardaron silencio largo rato.

–¡Alá! ¡Alá! ¡Alá! –exclamaron, exhalaron un suspiro y se levantaron.

El tártaro de la barba roja repartió dinero entre los ancianos, luego se puso en pie, cogió un látigo, se dio tres latigazos en la frente y se marchó a su casa.

A la mañana siguiente Zhilin vio que el tártaro de la barba roja salía de la aldea con una yegua y que lo acompañaban tres tártaros. Una vez fuera del aúl, el tártaro de la barba roja se quitó la casaca, se remangó (tenía brazos robustos), sacó un puñal y se puso a afilarlo con una piedra de amolar. Los otros tártaros levantaron la cabeza de la yegua, el de la barba roja se acercó, la degolló, la arrojó sobre el suelo y procedió a desollarla, arrancando la piel con sus grandes manos. Llegaron mujeres y muchachas y se pusieron a lavar los intestinos y las vísceras. Luego descuartizaron el animal y llevaron los pedazos a la isba del tártaro rojo, donde se reunió toda la aldea para celebrar una comida en honor del difunto.

Durante tres días seguidos comieron la carne de la yegua, bebieron *buza* y recordaron al difunto. En ese tiempo ningún tártaro salió de la aldea. Al cuarto día, a la hora de la comida, Zhilin vio que se preparaban para partir. Unos diez hombres, entre ellos el de la barba roja, sacaron sus caballos, dispusieron todo lo necesario y se marcharon. Sólo Abdul se quedó en casa. Acababa de salir la luna nueva y las noches aún eran oscuras.

«Bueno –pensó Zhilin–, ha llegado el momento de escapar», y habló con Kostilin, pero éste se asustó.

–¿Cómo vamos a huir? Ni siquiera conocemos el camino.

–Yo lo conozco.

–Pero no conseguiremos recorrerlo en una sola noche.

–Entonces nos ocultaremos en el bosque. He hecho acopio de algunos quesos. ¿Por qué quieres quedarte aquí? Todo irá bien si llega el rescate, pero tal vez no logren reunir una suma tan elevada, y ahora los tártaros están furiosos porque los rusos han matado a uno de los suyos. Se están poniendo de acuerdo para matarnos.

Tras mucho pensar, Kostilin dijo:

–De acuerdo, vamos.

V

Zhilin se metió en el agujero y lo ensanchó para que pudiera pasar también Kostilin; luego se sentaron a esperar que la aldea quedara en silencio.

En cuanto los habitantes del aúl se recogieron, Zhilin se arrastró por debajo del muro y salió al exterior; desde allí susurró a Kostilin: «Vamos». Kostilin se metió en el subterráneo, pero tropezó con una piedra e hizo ruido. El amo tenía un perro guardián, moteado y ferocísimo, llamado Uliashin. Zhilin había tenido la previsión de darle algún bocado con antelación. Uliashin oyó el rumor y acudió ladrando, seguido de otros perros. Zhilin emitió un leve silbido y le arrojó un pedazo de queso; Uliashin le reconoció, movió el rabo y dejó de ladrar.

No obstante, el amo lo había oído y le gritó desde la choza:

–¡Basta, Uliashin! ¡Basta!

Entre tanto Zhilin le rascó detrás de las orejas. El perro se calló, se restregó contra las piernas de Zhilin y movió el rabo.

Los dos prisioneros se habían escondido en un rincón. En la aldea se restableció el silencio; sólo se oía el balido de alguna oveja en el redil y, más abajo, el borboteo del agua entre los guijarros. Reinaba la oscuridad; las estrellas lucían altas en el cielo; por encima de las montañas la luna nueva estaba teñida de rojo y se ponía con los cuernos hacia arriba. Cubría los valles una niebla tan blanca como la leche.

Zhilin se puso en pie y le dijo a su compañero:

–Bueno, amigo, vamos.

Se pusieron en marcha, pero apenas habían dado unos pasos cuando oyeron la llamada del mulá desde el alminar: «¡Alá! ¡Besmillah! ¡Irachman!», con la que convocaba a los fieles a la mezquita.

Volvieron a sentarse, ocultándose al pie de un muro, y esperaron a que la gente dejara de pasar. De nuevo se hizo el silencio.

–¡Bueno, que Dios nos ayude! –exclamó Zhilin. Se persignaron y partieron. Atravesaron un patio, luego bajaron por la pendiente hasta el riachuelo, lo cruzaron y llegaron al valle. La niebla era espesa y baja. pero por encima de sus cabezas brillaban las estrellas. Gracias a ellas Zhilin pudo determinar qué camino debían seguir. En medio de la niebla el aire era fresco y se podía caminar sin dificultad; el único inconveniente eran las botas, incómodas y desgastadas. Zhilin se las quitó, las arrojó y siguió descalzo. Iba saltando de piedra en piedra, al tiempo que miraba las estrellas. Kostilin empezaba a rezagarse.

–Vete más despacio –dijo–. Estas malditas botas me han despellejado los pies.

–Quítatelas; irás mejor.

Kostilin trató de caminar descalzo, pero fue aún peor: se hirió los pies con las piedras y siguió rezagándose. Zhilin le dijo:

–Si te lastimas los pies, se te curarán; pero, como nos cojan los tártaros, nos matarán. Y entonces será peor.

Kostilin no dijo nada y siguió adelante, gimoteando. Avanzaron por el valle durante un buen rato. Luego oyeron a la derecha el ladrido de unos perros. Zhilin se detuvo, miró a su alrededor y se subió a una escarpadura, tanteando con las manos.

–Ah, nos hemos equivocado –dijo–. Hemos ido demasiado a la derecha. Aquí hay otro aúl; lo vi desde la montaña. Hay que retroceder y seguir por la izquierda. Allí debe de haber un bosque.

Pero Kostilin dijo:

–Espera un poco; deja que recupere el aliento. Tengo los pies ensangrentados.

–Ah, amigo, ya se te curarán. Trata de saltar con más ligereza. Mírame a mí.

Zhilin, corriendo, volvió sobre sus pasos y tomó a la izquierda, por la montaña, en dirección al bosque. Kostilin seguía quedándose rezagado y quejándose. Zhilin le pedía que se callara y seguía su camino.

Cuando llegaron a la cumbre de la montaña, vieron que efectivamente había un bosque. Se internaron en él y la maleza les desgarró toda la ropa. Por fin encontraron un sendero y lo siguieron.

–¡Alto! –dijo Zhilin.

Había oído un rumor de cascos. Se detuvieron y aguzaron el oído. El ruido cesó. Retomaron la marcha y volvieron a oírlo. Se detuvieron y el ruido desapareció. Zhilin se acercó y distinguió una silueta en un punto del camino donde la claridad era algo mayor. Tenía algo de caballo, pero no era un caballo, y por encima había algo extraño, que no se parecía a un hombre. Oyó que resoplaba. «¡Qué extraño!» Zhilin emitió un débil silbido y la criatura salió del sendero y se internó en la espesura; un crujido recorrió el bosque, como si una tormenta lo estuviese sacudiendo, rompiendo las ramas.

Kostilin se desplomó aterrorizado. Pero Zhilin se echó a reír y dijo:

–Es un ciervo. ¿No oyes cómo rompe las ramas con los cuernos? Nos hemos asustado de él y él de nosotros.

Siguieron adelante. Empezaba a clarear; pronto amanecería. Y todavía no sabían si la dirección que habían tomado era correcta. Zhilin tenía la impresión de que los tártaros le habían llevado por ese

mismo camino y calculaba que para llegar a la fortaleza quedarían unas diez verstas; pero no había ningún indicio seguro que lo confirmase y además de noche no era posible orientarse. Salieron a un claro. Kostilin se sentó y dijo:

–Haz lo que quieras, pero yo no puedo más. Mis pies se niegan a seguir.

Zhilin trató de convencerlo.

–No –dijo el otro–. No llegaría; estoy agotado.

Zhilin se enfadó, escupió y lo insultó.

–Entonces seguiré solo. ¡Adiós!

Kostilin se levantó de un salto y se puso en marcha. Recorrieron unas cuatro verstas. La niebla en el bosque se había hecho aún más espesa; no se veía nada y las estrellas apenas se distinguían.

De pronto oyeron el rumor de un caballo que venía hacia ellos. Se oía el ruido de las herraduras al golpear las piedras. Zhilin se tendió boca abajo y pegó la oreja al suelo.

–Sí. Un jinete viene hacia aquí.

Salieron corriendo del camino, se ocultaron entre los arbustos y se quedaron esperando. Al poco rato Zhilin se arrastró hasta el camino y vio a un tártaro a caballo que llevaba una vaca y farfullaba algo entre dientes. Una vez que pasó, Zhilin se reunió con Kostilin.

–Bueno, gracias a Dios se ha ido. Levántate y sigamos.

Kostilin trató de incorporarse, pero cayó al suelo.

–No puedo. Te juro por Dios que no puedo. No tengo fuerzas.

Ese hombre corpulento y rollizo estaba cubierto de sudor. Aterido por la niebla y con los pies llagados, estaba completamente extenuado.

Zhilin intentó levantarlo, pero Kostilin lanzó un grito:

–¡Ah, cómo me duele!

A Zhilin le dio un vuelco el corazón.

–¡No grites! El tártaro está cerca y puede oírte –y entre tanto pensaba: «La verdad es que está agotado. ¿Qué voy a hacer con él? No puedo abandonar a un compañero»–. Bueno –dijo–. Levántate y súbete a mi

Cargó a Kostilin a hombros, lo sujetó por los muslos y, tambaleándose, salió al camino.

–¡No me aprietes el cuello con los brazos, por el amor de Cristo! –dijo–. Apóyate en los hombros.

Era una carga muy pesada para Zhilin; también él tenía los pies ensangrentados y estaba al límite de sus fuerzas. De vez en cuando se inclinaba hacia delante, se enderezaba, trataba de que Kostilin se subiera más sobre su espalda y luego seguía adelante.

Por lo visto, el tártaro había oído el gemido de Kostilin. Zhilin se dio cuenta de que alguien venía a caballo detrás de ellos, gritando en tártaro. Zhilin se ocultó entre los arbustos. El tártaro empuñó el fusil y disparó, pero no les alcanzó; luego lanzó un alarido a su manera y se alejó al galope por el camino.

–¡Estamos perdidos, amigo! –exclamó Zhilin–. Ahora ese perro reunirá a los suyos y saldrá en nuestra persecución. Si no conseguimos recorrer otras tres verstas, estamos perdidos –y al tiempo que pronunciaba esas palabras, pensaba: «¿Qué diablos me habrá empujado a cargar con este tarugo? Si hubiera huido solo, ya estaría a salvo».

Kostilin dijo:

–Vete solo. No es justo que te cojan por mi culpa.

–No, no me iré sin ti; no puedo abandonar a un compañero.

Volvió a cargarlo a hombros y retomó la marcha. Así recorrió una versta. Alrededor no había más que bosques y no se veía el final. La niebla había empezado a disiparse, pero unas nubecillas habían cubierto el cielo, por lo que ya no se veían las estrellas. Zhilin estaba extenuado.

Al cabo de un rato, a un lado del camino, divisó una fuente rodeada de piedras. Se detuvo y dejó a Kostilin en el suelo.

–Necesito descansar y beber un poco de agua –dijo–. También comeremos un pedazo de queso. Ya debemos de estar cerca.

Pero apenas se había inclinado para beber cuando oyó a sus espaldas el rumor de unos cascos. De nuevo corrieron hacia los arbustos, a la derecha, donde había una escarpadura, y se tumbaron boca abajo.

Oyeron las voces de los tártaros, que se habían detenido en el mismo punto en que ellos habían abandonado el camino. Después de hablar un rato, azuzaron a los perros. Se oyó un crujido entre los arbustos y vieron que un perro desconocido se dirigía directamente hacia ellos. Al llegar a su altura se detuvo y se puso a ladrar.

Acudieron también los tártaros, entre ellos algunos desconocidos; los cogieron, los ataron, los cargaron sobre sus caballos y partieron.

Después de recorrer unas tres verstas, vieron venir a su encuentro a Abdul, su amo, acompañado de otros dos tártaros. Abdul intercambió algunas palabras con los captores, puso en sus caballos a los prisioneros y se dirigió de vuelta al aúl.

Ya no se reía y no les dijo ni una sola palabra.

Al amanecer llegaron a la aldea y dejaron a los prisioneros en la calle. Acudieron algunos muchachos, que les golpearon con piedras y látigos, en medio de grandes gritos.

Los tártaros se reunieron y formaron un círculo; entre ellos estaba el anciano que vivía al pie de la montaña. Empezaron a deliberar. Zhilin comprendió que estaban decidiendo qué hacer con ellos. Unos decían que había que llevarlos más lejos, al corazón de la montaña; el anciano exclamó:

–Hay que matarlos.

Pero Abdul se opuso, diciendo:

–He pagado dinero por ellos y he de cobrar el rescate.

El viejo replicó:

–No te darán nada y sólo te traerán desgracias. Es pecado dar de comer a los rusos. Hay que matarlos, eso es todo.

Cuando se separaron, el amo se acercó a Zhilin y le dijo:

–Si no recibo el dinero del rescate dentro de dos semanas, os arrancaré la piel a latigazos. Y, si intentas escapar otra vez, te mataré como a un perro. ¡Escribid una carta, y escribidla bien!

Les trajeron papel y los prisioneros escribieron las cartas. Volvieron a ponerles los cepos, los llevaron detrás de la mezquita y los metieron en un hoyo de cinco *arshines* de profundidad que allí había.

VI

A partir de ese día la vida de los dos prisioneros se hizo muy dura. Ya no les quitaban nunca los cepos y no les dejaban salir del agujero. Les arrojaban dentro pedazos de masa cruda, como a los perros, y les bajaban el agua en una jarra. En el interior de la fosa el ambiente era pestilente, húmedo, sofocante. Kostilin había enfermado de veras; se había hinchado y tenía dolores en todo el cuerpo; no hacía más que gemir o dormir. Zhilin se había desanimado, pues veía que todo había tomado un mal cariz. Y no encontraba ninguna salida.

Había empezado a excavar un subterráneo, pero no había ningún lugar donde arrojar la tierra; el amo se dio cuenta y amenazó con matarlo.

Un día estaba sentado en cuclillas, pensando en la vida libre, y se sentía embargado por la melancolía. De pronto cayó una torta de queso justo sobre sus rodillas, luego una segunda y a continuación un montón de cerezas. Levantó la vista y vio a Dina. Ella lo miró, se echó a reír y se marchó corriendo. Zhilin pensó que acaso Dina le ayudaría.

Limpió un pequeño espacio de terreno, arrancó un poco de arcilla y se puso a modelar distintas figuras. Hizo hombres, caballos y perros. «Cuando venga Dina, se los arrojaré», pensó.

Pero al día siguiente Dina no apareció. Zhilin oyó un rumor de caballos y el paso de algunos jinetes; los tártaros se reunieron junto a la mezquita, discutieron, gritaron y mencionaron a los rusos. De repente oyó la voz del viejo. No distinguió todas las palabras, pero adivinó que los rusos estaban bastante cerca y los tártaros temían una incursión en el aúl y no sabían qué hacer con los prisioneros.

Estuvieron hablando un rato y se marcharon. Al poco tiempo Zhilin oyó un susurro al pie del hoyo. Alzó los ojos y vio a Dina sentada en cuclillas, con las rodillas más altas que la cabeza, inclinada sobre el vacío; sus collares tintineaban y se balanceaban por encima del agujero. Sus ojillos brillaban como pequeñas estrellas; sacó de la manga dos tortas de queso y se las arrojó. Zhilin las cogió y dijo:

–¿Cómo es que no has venido en todo este tiempo? Te he hecho unos juguetes. ¡Toma! –y empezó a lanzárselos uno a uno. Pero ella sacudió la cabeza y ni siquiera le miró.

–No puedo –estuvo un rato sentada en silencio y a continuación dijo–: ¡Iván! Quieren matarte –y señaló el cuello con la mano.

–¿Quién quiere matarme?

–Mi padre. Los viejos se lo han ordenado. Me da pena de ti.

Zhilin dijo:

–Si te da pena de mí, tráeme un palo muy largo.

Ella negó con la cabeza. Zhilin juntó las manos y le rogó:

–¡Dina, por favor! ¡Tráemelo, Dinushka!

–No puedo. Me verían; todos están en casa –dijo y se marchó.

Esa misma tarde Zhilin pensaba: «¿Qué sucederá ahora?». Y no paraba de mirar hacia arriba. Se veían las estrellas, pero aún no había salido la luna. Se oyó la voz del mulá y luego todo quedó en silencio. Zhilin, ya medio dormido, se dijo: «Le habrá dado miedo venir».

De pronto sintió caer sobre su cabeza trocitos de arcilla; miró hacia arriba y vio una larga pértiga en el borde mismo del agujero. Primero apareció la punta, luego empezó a deslizarse por la pared hasta llegar al suelo. Lleno de alegría, Zhilin la cogió y tiró de ella: era una pértiga robusta. La había visto antes, en el tejado de la casa del amo.

Alzó la vista: las estrellas brillaban altas en el cielo; y sobre la misma fosa los ojos de Dina relucían en la oscuridad como los de un gato. Inclinada sobre el borde del agujero, susurró: «¡Iván, Iván!», y, acercando las manos al rostro le indicó que hablara bajo.

–¿Qué pasa? –preguntó Zhilin.

–Se han ido todos; sólo quedan dos hombres en la aldea.

Al oír esas palabras, Zhilin dijo:

–Vamos, Kostilin; intentémoslo por última vez. Te llevaré a hombros.

Pero Kostilin no quiso ni oír hablar del asunto.

–No –dijo–; por lo visto, está escrito que no he de salir de aquí. Además, ¿adónde quieres que vaya cuando ni siquiera tengo fuerzas para volverme del otro lado?

–Entonces, adiós. No me guardes rencor. –Y los dos prisioneros se besaron.

Zhilin cogió la pértiga, pidió a Dina que la sujetara bien y trepó.

Cayó dos veces, pues los cepos le estorbaban. Pero luego Kostilin le sostuvo y mal que bien consiguió salir del agujero. Dina le agarró de la camisa con sus pequeñas manos y tiró de él con todas sus fuerzas, al tiempo que se reía.

Zhilin cogió la pértiga y dijo:

–Déjala donde estaba, Dina; de otro modo se enterarán de todo y te pegarán.

La muchacha se llevó la pértiga y Zhilin se encaminó al fondo del valle. Bajó por la pendiente, cogió una piedra afilada y trató de abrir el candado de los cepos, pero era muy resistente y no había modo de romperlo; además, no podía moverse con soltura. De pronto oyó que alguien bajaba corriendo por la ladera, dando ligeros saltos. «Seguramente es otra vez Dina», pensó. Cuando llegó, Dina cogió la piedra y dijo:

–Deja que lo haga yo.

Se puso de rodillas y empezó a golpear el candado. Pero sus brazos eran delgados como ramitas y no tenía fuerzas. Arrojó la piedra y se echó a llorar. Entonces Zhilin lo intentó de nuevo, mientras Dina se sentaba en cuclillas a su lado y le sostenía por un hombro. Zhilin volvió la cabeza y vio que, a la izquierda, detrás de la montaña, había un resplandor rojo: la luna empezaba a despuntar. «Tengo que atravesar el valle y llegar al bosque antes de que salga la luna.» Se incorporó y tiró la piedra. Con cepos o sin ellos, debía emprender la marcha.

–Adiós, mi pequeña Dina –dijo–. Nunca te olvidaré.

Dina se agarró a él y buscó con las manos un lugar donde meterle unas tortas de queso. Él las cogió.

–Gracias, pequeña niña –dijo–. ¿Quién te va a hacer muñecos cuando yo me vaya? –y le acarició la cabeza.

Dina se echó a llorar, se cubrió el rostro con las manos y subió corriendo por la pendiente, saltando como una cabra. En la oscuridad de la noche sólo se oía el tintineo de las monedas de su trenza, que chocaban contra la espalda.

Zhilin se santiguó, sujetó con una mano la cadena de los cepos, para que no resonase, y se puso en marcha, arrastrando los pies y sin dejar de mirar el resplandor del cielo, en el lugar en que estaba saliendo la luna. Conocía el camino. Tenía que seguir recto unas ocho verstas. Lo importante era llegar al bosque antes de que la luna se hubiese alzado del todo. Atravesó el riachuelo: al otro lado de la montaña empezaba a clarear. Alcanzó el fondo del valle y siguió caminando, mientras miraba el cielo: aún no había surgido la luna, pero el resplandor se había vuelto más luminoso y un extremo del valle se hacía cada vez más visible. Las sombras se iban retirando hacia el pie de la montaña, acercándose cada vez más a él.

Zhilin avanzaba, sin salir nunca de la sombra. Apretó el paso, pero la luna se movía más deprisa; las cimas de la derecha ya estaban iluminadas. Se hallaba ya cerca del bosque cuando la luna apareció detrás de las montañas, inundándolo todo de una luz blanca, como si estuviesen en pleno día. Podían distinguirse perfectamente las hojas de los árboles. Sobre los montes reinaba el silencio y brillaba la luz; parecía como si todo estuviese muerto. Sólo se oía abajo el murmullo del arroyo.

Llegó al bosque sin haberse topado con nadie. Una vez allí, eligió un lugar algo más oscuro y se sentó a descansar.

Cuando recobró el aliento, comió una torta de queso. Luego encontró una piedra y de nuevo trató de abrir el candado. Se rasguñó las manos, pero no consiguió romperlo. Entonces se incorporó y reemprendió la marcha. Después de recorrer una versta, se sintió extenuado: le dolían las piernas. Cada diez pasos tenía que detenerse. «No hay nada que hacer –se dijo–. Seguiré mientras me queden fuerzas. Si me siento, seré incapaz de volver a levantarme. No llegaré a la fortaleza esta noche; de modo que, cuando amanezca, me ocultaré en el bosque, pasaré allí el día y reemprenderé la marcha cuando anochezca.»

Caminó durante toda la noche. Sólo se encontró con dos tártaros a caballo, pero Zhilin los había sentido ya de lejos y se había ocultado detrás de un árbol.

La luna empezaba ya a palidecer y caía el rocío; faltaba poco para que amaneciese, pero Zhilin no había llegado a la linde del bosque. «Daré otros treinta pasos, me internaré en el bosque y me quedaré allí», pensó. Pero, cuando recorrió esos treinta pasos, vio que el bosque había terminado. Salió a campo abierto; se había hecho ya de día y delante de él, como sobre la palma de la mano, se extendía la estepa con la fortaleza; a la izquierda, muy cerca del pie de la montaña, había algunas hogueras que empezaban a apagarse, columnas de humo y algunos hombres.

Aguzó la vista y distinguió el brillo de los fusiles: eran cosacos, soldados.

Lleno de alegría, Zhilin hizo acopio de sus últimas fuerzas y descendió por la pendiente, al tiempo que pensaba: «No quiera Dios que algún tártaro a caballo me vea ahora que he salido a campo abierto; aunque estoy cerca, no podría escapar».

En ese mismo instante vio que a la izquierda, sobre un promontorio, a unas dos *desiatinas* de distancia, había tres tártaros. Cuando lo divisaron, salieron en su persecución. A Zhilin le dio un

vuelco el corazón. Se puso a agitar los brazos y a gritar a voz en cuello:

–¡Hermanos! ¡Socorro! ¡Hermanos!

Algunos cosacos lo oyeron, saltaron sobre sus caballos y se lanzaron al galope, para cortar el camino a los tártaros.

Los cosacos estaban lejos y los tártaros cerca. Zhilin hizo un último esfuerzo, cogió los cepos con la mano y corrió en dirección a los cosacos, santiguándose y gritando fuera de sí:

–¡Hermanos! ¡Hermanos! ¡Hermanos!

Había unos quince cosacos.

Los tártaros se asustaron y se detuvieron antes de alcanzarle. Y Zhilin se reunió con los cosacos, que le rodearon y le preguntaron quién era y de dónde venía. Pero Zhilin, fuera de sí, lloraba y no dejaba de repetir:

–¡Hermanos, hermanos!

Acudieron varios soldados, que se agolparon en torno a él; uno le traía un pedazo de pan; otro, un plato de gachas; un tercero, un sorbo de vodka; le pusieron un capote sobre los hombros y le quitaron los cepos.

Los oficiales lo reconocieron y lo condujeron a la fortaleza. Los soldados se alegraron mucho de verle y sus compañeros se reunieron en torno a él.

Zhilin contó lo que le había sucedido y dijo:

–¡Así es como volví a casa para casarme! No, se ve que tal no es mi destino.

Y se quedó sirviendo en el Cáucaso. A Kostilin lo liberaron sólo al cabo de un mes, después de pagar cinco mil rublos de rescate. Cuando lo trajeron, estaba medio muerto.

Después del baile

–Dicen ustedes que el hombre es incapaz de comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, que es el ambiente lo que determina y da forma a sus ideas. Yo, en cambio, creo que todo depende de la casualidad. Les contaré un caso que me concierne...

Así habló Iván Vasílievich, hombre respetado por todos, después de una conversación en la que habíamos defendido que para el perfeccionamiento individual es indispensable ante todo cambiar las condiciones de vida de la gente. En realidad, nadie había afirmado que el hombre no pueda comprender por sí mismo lo que está bien y lo que está mal, pero Iván Vasílievich acostumbraba responder a los pensamientos que le iban surgiendo en el curso de una conversación, y eso le servía de disculpa para narrar episodios de su propia vida. A menudo se entusiasmaba tanto que llegaba a olvidar la razón por la que había iniciado el relato, tanto más cuanto que era un narrador de una franqueza y sinceridad extraordinarias.

Así sucedió también esta vez.

–Les contaré un caso que me concierne. Si mi vida ha seguido un curso determinado y no otro, no se debe al ambiente, sino a una razón bien distinta.

–¿A cuál? –le preguntamos.

–Es una historia muy larga. Para comprenderla, hay que contar muchas cosas.

–Pues adelante.

Iván Vasílievich se quedó pensativo unos instantes y sacudió la cabeza.

–Sí –dijo–. Toda mi vida cambió por una sola noche o, mejor, por una sola mañana.

–¿Qué sucedió?

–En esa época estaba profundamente enamorado. Me había enamorado muchas veces, pero nunca con tanta intensidad. Todo eso pasó hace mucho tiempo; ella tiene ya hijas casadas. Era B., sí, Várenka B. –Iván Vasílievich nos dijo su apellido–. Incluso a los cincuenta años sigue siendo una mujer de gran belleza. Pero de joven, a los dieciocho, era fascinante: alta, esbelta, deslumbrante, majestuosa; sí, verdaderamente majestuosa. Iba siempre muy erguida, como si fuera incapaz de doblarse, con la cabeza algo echada hacia atrás; esa postura, unida a su belleza y a su estatura, le confería, a pesar de su delgadez excesiva, un aire regio que habría intimidado de no haber sido por la sonrisa acariciadora y siempre alegre de sus labios, por sus ojos fascinantes y resplandecientes y por todo el encanto de su juventud.

–Qué bien describe Iván Vasílievich.

–No hay descripción que pueda darles una idea cabal de lo hermosa que era. Pero no se trata de eso. Lo que quiero contarles sucedió en los años cuarenta. En esa época yo estudiaba en una ciudad de provincias. No sé si era algo bueno o malo, pero por aquel entonces en nuestra universidad no había círculos ni teorías políticas de ninguna clase; simplemente éramos jóvenes y vivíamos como suele hacerlo la juventud, estudiando y divirtiéndonos. Yo era un muchacho muy alegre y vivaz, y por añadidura rico. Tenía un fogoso caballo amblador; me lanzaba en trineo por las pendientes en compañía de señoritas (aún no estaba de moda patinar), me iba de juerga con mis compañeros (en aquella época no se bebía más que champán; si no teníamos dinero, no bebíamos; no como ahora, que se bebe vodka). Mi diversión favorita eran las veladas y los bailes. Bailaba bien y no tenía mala figura.

–No se haga el modesto –lo interrumpió una dama que tomaba parte en la conversación–. Todos conocemos su retrato en daguerrotipo. No sólo no tenía mala figura, sino que era bastante apuesto.

–Tal vez, pero eso no viene al caso. Lo que importa es que en la época en que mi amor estaba en su máximo apogeo, asistí, el último día de Carnaval, a un baile en la residencia del mariscal de la nobleza de la provincia, un anciano bondadoso, adinerado y hospitalario, chambelán de la corte. Recibía a los invitados su mujer, no menos acogedora, con una diadema de brillantes en la cabeza y un vestido de terciopelo de color castaño, que dejaba al descubierto su pecho y sus arrugados, gruesos y blancos hombros, como en los retratos de Isabel Petrovna*–. El baile era espléndido: una sala maravillosa, con coro y una célebre orquesta compuesta por los siervos de un propietario aficionado a la música, un buffet magnífico y mares de champán. Aunque me gustaba mucho el champán, no bebía, porque aun sin vino estaba ebrio de amor; pero en cambio bailé hasta la extenuación: cuadrillas, valses, polcas; y, como es natural, siempre que era posible, con Várenka. Llevaba un vestido blanco con cinturón rosa, guantes blancos de cabritilla que le llegaban casi hasta los codos delgados y agudos, y zapatos blancos de raso. La mazurca me la birló un ingeniero de lo más antipático llamado Anísimov (todavía no he podido perdonárselo), que la invitó en cuanto entró, aprovechándose de que yo me había entretenido en la peluquería, comprando unos guantes, y había llegado tarde. De modo que la mazurca no la bailé con ella, sino con una muchacha alemana a la que había cortejado un poco con anterioridad. Pero me temo que esa noche fui muy descortés con ella, pues no le dirigí la palabra ni la miré: sólo tenía ojos para esa figura alta y esbelta, con su vestido blanco y su cinturón rosa; para ese rostro resplandeciente y arrebolado con hoyuelos en las mejillas, y para esos ojos acariciadores y afectuosos. Y no era el único; todos la contemplaban y la admiraban, no sólo los hombres, sino también las mujeres, a pesar de que las eclipsaba a todas. No se podía por menos de admirarla.

»En virtud de la ley de la precedencia, si se puede decir así, no bailé la mazurca con ella, pero en realidad bailamos juntos casi todo el tiempo. Con la mayor desenvoltura atravesaba la sala y venía directamente hacia mí; yo me levantaba de un salto sin esperar a que me invitara y ella agradecía mi perspicacia con una sonrisa. Cuando nos adelantábamos para que eligiera una pareja y ella, que no había adivinado mi lema*–, le daba la mano a otro, encogía sus delgados hombros y me sonreía para demostrarme su compasión y darme ánimos. Durante las figuras valsadas de la mazurca bailé mucho rato con ella, que me decía con una sonrisa y la respiración acelerada: *«Encore»*.

»Y yo seguía dando vueltas, sin sentir mi propio cuerpo.

–¿Cómo no lo iba a sentir? Estoy seguro de que lo sentía muy bien cuando estrechaba el talle de Várenka; y no sólo su propio cuerpo, sino también el de ella –dijo uno de los invitados.

Iván Vasílievich enrojeció y replicó con irritación, casi gritando:

–Así son los jóvenes de hoy día. No ven nada más que el cuerpo. En nuestros tiempos no era así. Cuanto más enamorado estaba, más incorpórea era Várenka para mí. Ustedes sólo ven los pies, los tobillos y más cosas; ustedes desvisten a las mujeres de las que están enamorados; en cambio, para mí, como decía Alphonse Karr –que era un gran escritor–, el objeto de mi amor llevaba siempre ropajes de bronce. Nosotros no sólo no las desvestíamos, sino que tratábamos más bien de cubrir su desnudez, como el buen hijo de Noé. Pero ustedes no pueden comprenderlo...

–No le haga caso. ¿Qué sucedió después? –dijo uno de nosotros.

–Bailé con ella sin parar, sin darme cuenta de cómo pasaba el tiempo. Los músicos estaban extenuados, como suele suceder al final de un baile, y repetían una y otra vez el mismo motivo de una mazurca; en los salones las mamás y los papás se habían levantado ya de las mesas de juego, en espera de que se sirviera la cena; los lacayos pasaban cada vez más a menudo, llevando fuentes. Eran más de las dos de la madrugada. Había que aprovechar los últimos instantes. Volví a pedir a Várenka que bailara conmigo y, por centésima vez, nos deslizamos juntos por toda la sala.

»–Entonces, ¿bailará conmigo la cuadrilla después de la cena? –le pregunté, mientras la acompañaba a su sitio.

»–Por supuesto, siempre que mis padres no me lleven antes a casa –respondió ella con una sonrisa.

»–No lo permitiré –dije yo.

»–Devuélvame el abanico --exclamó ella.

»–Me da pena dárselo –dije yo, tendiéndole su abanico, blanco y de escaso valor.

»–Tenga, para que no esté triste –dijo, arrancando una pluma del abanico y entregándomela.

»La cogí, y sólo pude expresarle con la mirada mi entusiasmo y mi agradecimiento. No sólo estaba contento y satisfecho, sino que me sentía feliz, dichoso, lleno de amor por mis semejantes; ya no era yo, sino una criatura ultraterrena que no conocía el mal y sólo era capaz de hacer el bien. Guardé la pluma en el guante y me quedé a su lado, sin fuerzas para alejarme.

»–Mire, quieren que baile papá –me dijo, señalándome la figura alta e imponente de su padre, un coronel con charreteras de plata, que estaba junto a la puerta en compañía de la dueña de la casa y otras señoras.

»–Várenka, venga aquí –oímos la fuerte voz de la anfitriona, con su diadema de brillantes y el escote estilo Isabel.

»Várenka se acercó a la puerta y yo la seguí.

»–*Ma chère*, convenza a su padre para que baile con usted. Por favor, Piotr Vladislávich –dijo la dueña de la casa, dirigiéndose al coronel.

»El padre de Várenka era un anciano muy apuesto, de buena presencia, alto y bien conservado, de rostro sonrosado, bigote canoso rizado *à la Nicolas I*, patillas blancas que se unían con el bigote, cabello peinado hacia delante en las sienes y la misma sonrisa acariciadora y alegre de la hija en los ojos brillantes y en los labios. Tenía una complexión perfecta; el pecho ancho y erguido en actitud marcial, adornado de unas cuantas condecoraciones: fuertes hombros y piernas largas y bien torneadas. Era un comandante militar a la antigua usanza, con el porte típico de la época de Nicolás I.

»Cuando nos acercamos a la puerta, el coronel se negaba, alegando que había olvidado por completo el arte de bailar; sin embargo, se llevó la mano al costado izquierdo con una sonrisa, desenvainó la espada, se la entregó a un joven servicial y, poniéndose el guante en la diestra –“hay que hacer todo como mandan los cánones”, dijo sonriendo–, cogió la mano de su hija y se volvió de tres cuartos, en espera de que sonara el compás.

»Cuando empezó el motivo de la mazurca, dio un enérgico golpe con el pie, avanzó el otro y su alta y corpulenta figura giró alrededor de la sala, ya con mesura y delicadeza, ya con ímpetu y fragor. La esbelta figura de Várenka flotaba a su lado, imperceptible, tan pronto acortando como alargando los pasos de sus minúsculos pies, calzados con blancos zapatos de raso. Toda la sala seguía cada movimiento de la pareja. En cuanto a mí, los contemplaba no sólo con admiración, sino con una especie de entusiástica ternura. Me conmovían sobre todo las botas del coronel, apretadas con correas, buenas botas de piel de becerro, pero no puntiagudas, como exigía la moda, sino a la manera antigua, con punta cuadrada y sin tacón. Era evidente que se las había cosido el zapatero del regimiento. “Para que su adorada hija pueda ir vestida como es debido y acuda a las recepciones, renuncia a comprarse botas a la moda y lleva un par de fabricación casera”, pensaba yo, sintiendo una especial ternura por las puntas cuadradas de esas botas. No cabía duda de que en sus tiempos había bailado bien, pero ahora era corpulento y sus piernas ya no tenían la agilidad suficiente para trazar esos pasos garbosos y fulgurantes que se esforzaba en ejecutar. En cualquier caso, consiguió dar dos vueltas al salón con cierta soltura. Y cuando, separando velozmente las piernas y volviéndolas luego a juntar, clavó una rodilla en tierra, no sin esfuerzo, mientras ella, sonriendo y arreglándose la falda, que el padre había pillado, giraba con ligereza a su alrededor, todos los presentes estallaron en estrepitosos aplausos. El coronel se levantó con dificultad y, cogiendo con delicadeza y ternura a su hija de las orejas, la besó en la frente; luego la condujo hasta mí, pensando que iba a bailar con ella. Le dije que no era su pareja.

»–Da lo mismo, baile un poco con ella –dijo con una afectuosa sonrisa, mientras introducía la espada en la vaina.

»Igual que el contenido de una botella sale a borbotones después de haber caído la primera gota, mi amor por Várenka liberó toda la capacidad de amar encerrada en mi alma. En ese momento mi amor abarcaba el mundo entero. Sentía afecto por la dueña de la casa, con su diadema y su busto al

estilo de la emperatriz Isabel; por su marido, por los invitados, por los lacayos e incluso por el ingeniero Anísimov, que se había enfadado conmigo. En cuanto al padre de Várenka, con sus botas de fabricación casera y su acariciadora sonrisa, semejante a la de ella, sentía por él una mezcla de entusiasmo y ternura.

»Cuando terminó la mazurca, los anfitriones pidieron a los invitados que pasaran a cenar, pero el coronel B. declinó el ofrecimiento, alegando que tenía que levantarse temprano, y se despidió de ellos. Me asusté, pensando que se llevaría a Várenka, pero ésta se quedó con su madre.

»Después de la cena bailé con ella la cuadrilla prometida y, a pesar de que era infinitamente feliz, o así me lo parecía, mi felicidad no dejaba de crecer. No hablamos de amor. No le pregunté a Várenka si me amaba; ni siquiera me lo pregunté a mí mismo. Me bastaba con amarla a ella. Lo único que temía era que algo empañara mi felicidad.

»Cuando llegué a casa, me quité el abrigo y pensé en acostarme; pero me di cuenta de que no podría conciliar el sueño. Tenía en la mano la pluma de su abanico y uno de sus guantes, que me había dado en el momento de partir, mientras se acomodaba en el coche al que había ayudado a subir primero a su madre y después a ella. Miraba esos objetos y, sin cerrar los ojos, la veía tal como era cuando, en el momento de elegir entre dos caballeros, adivinaba mi lema y me decía con su encantadora voz: «¿Orgullo? ¿No es cierto?», al tiempo que me tendía alegremente la mano; o bien, durante la cena, cuando se llevaba la copa de champán a los labios y me miraba de soslayo con sus ojos acariciadores. Pero sobre todo la veía bailando con su padre, cuando giraba delicadamente a su alrededor y contemplaba a los admirados espectadores, llena de gozo y de orgullo por su padre y por sí misma. E involuntariamente los unía en un mismo sentimiento de ternura y cariño.

»En aquella época vivía solo con mi difunto hermano. A mi hermano no le gustaba la vida de sociedad y no asistía a los bailes; además, en aquella época se estaba preparando para su examen de licenciatura y llevaba un régimen de vida muy metódico. Estaba durmiendo. Contemplé su cabeza, hundida en la almohada y tapada hasta la mitad por una manta de franela, y me embargó un sentimiento de afectuosa compasión: compasión porque no conocía ni compartía esa felicidad que yo experimentaba. Nuestro criado Petrusha, un siervo, entró con una vela y quiso ayudarme a desvestirme, pero lo despedí. La visión de su rostro adormilado y sus cabellos revueltos se me antojó profundamente conmovedora. Tratando de no hacer ruido, me dirigí de puntillas a mi habitación y me senté en la cama. Pero era demasiado feliz para poder dormir. Además, hacía demasiado calor en esa habitación bien caldeada; sin quitarme el uniforme, fui con sumo cuidado hasta el vestíbulo, me puse el capote, abrí la puerta y salí a la calle.

»Me había marchado del baile pasadas ya las cuatro; desde entonces debían de haber transcurrido unas dos horas, de manera que cuando salí ya era de día. Hacía un tiempo típico de Carnaval; flotaban jirones de niebla, la nieve húmeda se derretía en las calles y todos los tejados goteaban. En esa época los B. vivían en un extremo de la ciudad, junto a un gran descampado en uno de cuyos extremos había un paseo y en el otro un instituto femenino. Atravesé nuestro callejón desierto y desemboqué en una gran calle, donde ya se veían algunos transeúntes y carreteros con trineos cargados de leña, cuyos patines se hundían hasta el empedrado. Tanto los caballos, que movían rítmicamente la cabeza mojada bajo la *duga*[*] brillante, como los cocheros cubiertos con una estera, que chapoteaban con sus enormes botas junto a sus vehículos, y los edificios de la calle, que en medio de la niebla daban la impresión de ser muy altos: todo me parecía maravilloso y lleno de significado.

»Cuando llegué al descampado donde se alzaba la casa de los B., vi en el otro extremo, junto al paseo, una mancha negra, de gran tamaño, y me llegaron los sones de una flauta y de un tambor. Mi alma seguía llena de reminiscencias del baile y de vez en cuando oía los compases de la mazurca. Pero esa música era muy distinta: áspera y desagradable.

»“¿Qué es eso?”, pensé, mientras atravesaba el descampado por el camino resbaladizo y me dirigía al lugar del que provenían los sonidos. Cuando hube recorrido unos cien pasos, empecé a distinguir a través de la niebla a muchas personas vestidas de negro. Sin duda eran soldados.

“Probablemente están haciendo la instrucción”, me dije y seguí caminando, precedido de un herrero con una pelliza y un delantal mugrientos y que llevaba algo en la mano. Los soldados, inmóviles y con uniformes negros, se disponían en dos filas, una enfrente de la otra, con los fusiles en posición de descanso. Detrás de ellos el tambor y la flauta repetían una y otra vez la misma melodía, desagradable y estridente.

»–¿Qué están haciendo? –pregunté al herrero, que se había detenido a mi lado.

»–Están castigando a un tártaro que ha intentado desertar –respondió éste con enfado, mientras fijaba la vista en el otro extremo de las filas.

»También yo miré en esa dirección y vi que algo espantoso se acercaba entre las dos filas de soldados. Era un hombre desnudo de cintura para arriba, atado a los fusiles de dos soldados, que le conducían. Junto a ellos caminaba un militar alto, con capote y gorra, cuya fisonomía me resultaba familiar. Contoneándose con todo el cuerpo, chapoteando con los pies en la nieve derretida, la víctima avanzaba hacia mí bajo una lluvia de golpes que le caían por ambos lados, tan pronto echándose hacia atrás –y entonces los suboficiales que llevaban los fusiles a los que estaba atado lo empujaban– como inclinándose hacia delante –y entonces los suboficiales tiraban de él para que no se cayera–. A su lado caminaba el oficial alto y rígido, con paso algo tembloroso. Era el padre de Várenka, con su rostro rubicundo y su bigote y sus patillas blancas.

»A cada nuevo golpe, el tártaro, con una especie de estupor, volvía el rostro desfigurado por el dolor hacia el lado de donde provenía y, enseñando sus blancos dientes, repetía siempre las mismas palabras. Cuando estuvo más cerca, pude distinguirlas. Más que palabras eran sollozos: “¡Hermanos, tened compasión! ¡Hermanos, tened compasión!”. Pero sus hermanos no se apiadaban. Cuando llegaron a mi altura, el soldado que estaba enfrente de mí dio un paso con decisión, blandió su vara, que silbó, y propinó un tremendo azote en la espalda del tártaro, que se inclinó hacia delante; entonces el suboficial lo sostuvo, mientras un golpe no menos violento le caía desde el otro lado, y luego otro desde la derecha y otro desde la izquierda. El coronel seguía a su lado, mirando tan pronto el suelo como echando un vistazo a la víctima; aspiraba el aire, hinchando las mejillas, y lo expulsaba lentamente, estirando el labio. Cuando superaron el lugar en el que me encontraba, vislumbré la espalda del tártaro entre las dos filas de soldados. Era una masa tan informe, húmeda, rojiza y espantosa que me pareció imposible que pudiera pertenecer a un ser humano.

»–¡Oh, Señor! –murmuró el herrero.

»La procesión se estaba alejando. Los azotes seguían cayendo por ambos lados sobre aquel hombre que se tambaleaba y se retorcía; seguía oyéndose el redoble del tambor y el sonido de la flauta; y la alta e imponente figura del oficial seguía avanzando con paso firme junto a la víctima. De pronto el coronel se detuvo y se acercó veloz a uno de los soldados.

»–Te voy a enseñar cómo se pega –se oyó su voz iracunda–. ¿Vas a pegarle como es debido?

»Y vi que con su fuerte mano, calzada en un guante de gamuza, golpeaba el rostro de un soldado asustado, bajo de estatura y de constitución frágil, porque no había descargado con suficiente fuerza su vara sobre la espalda sanguinolenta del tártaro.

»–¡Que traigan varas nuevas! –gritó y, al mirar a su alrededor, me vio. Fingió no conocerme, frunció el ceño con aire amenazante y colérico y se volvió apresuradamente.

»Me sentía tan avergonzado que no sabía adónde dirigir la mirada; era como si me hubieran sorprendido cometiendo un acto reprensible. Bajé la vista y regresé a casa lo más deprisa que pude. Durante todo el camino no dejaron de resonar en mis oídos el redoble del tambor, el silbido de la flauta, las palabras del tártaro: “¡Hermanos, tened compasión!”, y la voz imperiosa e indignada del coronel, que gritaba: “¿Vas a golpearle como es debido?”. Entre tanto sentía en el corazón una angustia casi física, próxima a la náusea, que me obligó a detenerme más de una vez. Me parecía que de un momento a otro iba a vomitar todo el horror que me había causado ese espectáculo. No recuerdo cómo llegué a casa y me tumbé en la cama. Pero, en cuanto empecé a quedarme dormido, volví a ver y a oír todo aquello y tuve que levantarme.

»“Es evidente que el coronel sabe algo que yo no sé –pensaba–. Si supiera lo que él sabe, podría comprender lo que he visto y no me atormentaría de este modo.”

»Pero, por más que reflexionaba, no conseguía comprender qué era lo que sabía el coronel. No fui capaz de conciliar el sueño hasta la tarde, y sólo después de haber ido a casa de un amigo, donde bebí hasta emborracharme.

»¿Creen ustedes que en aquel momento llegué a la conclusión de que había contemplado un acto reprensible? Nada de eso. “Si estas cosas se hacen con semejante determinación y todos las consideran indispensables, es probable que sepan algo que yo ignore”, pensaba, procurando averiguar lo que era. Sin embargo, por más que lo intenté, no lo conseguí. Esa incomprensión me impidió ingresar en el ejército, como había sido mi deseo, y no sólo no he hecho carrera como militar, sino que, como ven, no he desempeñado ningún cargo público ni he valido para nada.

–Sí, ya sabemos a lo que llama usted no valer para nada –dijo uno de nosotros–. Diga mejor que, de no haber sido por usted, mucha gente no habría valido para nada.

–¡Déjese de tonterías! –replicó Iván Vasílievich con sincera irritación.

–¿Y qué pasó con su amor? –preguntamos.

–¿Mi amor? Desde aquel día empezó a declinar. Cuando ella se quedaba meditabunda, con una sonrisa en los labios, como hacía a menudo, me venía inmediatamente a la memoria la imagen del coronel en la plaza y me sentía incómodo y violento. Mis visitas perdieron la asiduidad de antaño y mi afecto fue palideciendo poco a poco, hasta que al final dejé de quererla. Ya ven qué cosas suceden y qué circunstancias bastan para cambiar y orientar toda la vida de un hombre. Y decían ustedes... –concluyó.

Yásnaia Poliana, 20 de agosto de 1903

El lobo

Había una vez un niño. Le gustaba mucho comer pollo y tenía mucho miedo de los lobos.

Un día ese niño se fue a la cama y se quedó dormido. Soñó que caminaba solo por el bosque, adonde había ido a recoger setas; de pronto un lobo salió de unos arbustos y se abalanzó sobre él. El niño se asustó y gritó:

–¡Ay, ay! ¡Me quiere comer!

El lobo dijo:

–Espera, no quiero comerte, sólo decirte unas palabras –y el lobo se puso a hablar con voz humana–. Te da miedo que te coma. Pero ¿no haces tú lo mismo? ¿No es cierto que te gustan los pollos?

–Sí.

–¿Y por qué te los comes? Los pollos son seres vivos como tú. Vete a ver cómo los cogen cada mañana, cómo el cocinero los lleva a la cocina, cómo les cortan el cuello, cómo la madre cacarea porque le arrebatan a sus pequeños. ¿No lo has visto? –preguntó el lobo.

–No –respondió el niño.

–Si no lo has visto, vete a verlo. Y ahora te comeré. Tú también eres un polluelo, así que voy a comerte.

Y el lobo se abalanzó sobre el niño, que se asustó y se puso a gritar:

–¡Ay, ay, ay!

Entonces se despertó.

Desde ese día el niño dejó de comer carne: no volvió a probar la carne de vaca, ni de ternera, ni de cordero ni de pollo.

Nikolái S. Leskov

Nikolái Semiónovich Leskov nació en 1831 en la aldea de Gorojovo (Rusia central), hijo de un funcionario judicial y de una aristócrata sin fortuna. Obligado a ganarse la vida ya en la adolescencia, a la temprana muerte de su padre, trabajó primero como éste de escribiente en el juzgado penal de su ciudad y después como agente comercial en Kiev, a las órdenes de un tío político. Este empleo le obligó a viajar por toda Rusia, lo que le permitió conocer a fondo un sinfín de leyendas y costumbres populares. En 1861 se trasladó a San Petersburgo y empezó a colaborar en medios periodísticos. En 1862 apareció su primer relato de ficción, *El bandido*, y en 1864 su primera novela extensa, *Sin salida*, que por su carácter «antinihilista» le ganó la enemistad de los círculos progresistas, reforzada años después con la aparición de otra novela del mismo signo, *Enemigos mortales* (1870-1871). En contrapartida, en 1874 obtuvo un puesto en el Ministerio de Instrucción Pública y poco después otro en el de Hacienda; sin embargo, la publicación en 1878 de *Pequeños detalles de la vida episcopal*, de corte satírico y anticlerical, le hizo perder sus cargos oficiales. La novela *El peregrino encantado* (1873; ALBA CLÁSICA núm. CV) y narraciones como las reunidas en *Lady Macbeth de Mtsensk y otros relatos* (ALBA CLÁSICA núm. LXIII) condensan lo mejor de su estilo, tan admirado por Maksim Gorki, Walter Benjamin o Thomas Mann. En la década de 1880 se identificó con la espiritualidad tolstoiana y reelaboró historias y leyendas de los primeros siglos del cristianismo. Murió en San Petersburgo en 1895.

«El artista del tupé» se publicó en la *Revista Artística* de San Petersburgo en 1883. «A propósito de la *Sonata a Kreutzer*», escrito probablemente en 1890, no se publicaría hasta después de la muerte del autor, en 1899, en la revista *Nina*.

El artista del tupé

Relato sobre una tumba

A la sagrada memoria del bendito día
19 de febrero de 1861.*

Sus almas habitarán entre los justos.
Canción fúnebre

I

En este país son muchos los que piensan que los únicos «artistas» son los pintores, los escultores y, en general, todos aquellos que han sido acreditados como tales por una academia, mientras que a los demás les niegan ese reconocimiento. Sazikov y Ovchinnikov** no pasan de ser, para mucha gente, unos simples plateros. No todo el mundo piensa así: Heine menciona a un sastre que «era un artista» y «tenía ideas propias», y los vestidos femeninos creados por Worth*** son considerados actualmente «obras de arte». Sobre uno de ellos se ha escrito no hace mucho que parece «concentrar todo un mundo de fantasía en el corpiño».

En América, el campo artístico se concibe con mayor amplitud aún: el notable escritor americano Bret Harte**** cuenta que allí gozaba de una gran fama un «artista» que «trabajaba con los muertos». Imprimía en los rostros de los difuntos diversas «expresiones de consuelo», testimonio del estado más o menos intenso de felicidad de sus almas, una vez libres del cuerpo.

En su arte se distinguían varios grados; recuerdo tres de ellos: 1) serenidad, 2) contemplación elevada y 3) beatitud por la comunicación directa con Dios. La fama del artista obedecía a la gran perfección de su trabajo, y era enorme; pero, por desgracia, murió a manos de la grosera multitud, que no respeta la libertad de creación artística. Fue lapidado por haber plasmado «la expresión de beatitud por la comunicación directa con Dios» en el rostro muerto de un falso banquero que había desvalijado a toda la ciudad. Los afortunados herederos de aquel pillo pretendían mostrar con ese encargo su reconocimiento al difunto pariente, pero eso le costó la vida al artista que lo llevó a cabo.

También en Rusia tuvimos un maestro en una de esas disciplinas artísticas poco comunes.

II

Mi hermano menor tuvo como niñera a una viejecilla alta y delgada, pero con una figura estupenda, llamada Liubov Onisimovna. Había sido anteriormente actriz en el teatro que el conde Kámenski tuvo en Oriol, y todo lo que me dispongo a contar ocurrió asimismo en Oriol, en los días de mi niñez.

Mi hermano era siete años menor que yo; por tanto, cuando él tenía dos y estaba siempre en brazos de Liubov Onisimovna, yo ya había cumplido nueve y podía entender sin dificultades las historias que me contaban.

Por aquel entonces, Liubov Onisimovna no era una mujer muy mayor aún, pero tenía el pelo blanco como la nieve; los rasgos de su rostro eran finos y dulces, y su alto talle se mantenía asombrosamente erguido y firme, como el de una jovencita.

Mi madre y mi tía, cuando la miraban, solían decir que debía de haber sido, con toda seguridad, una belleza en sus tiempos.

Era honrada a más no poder, dulce y sentimental; era aficionada a todo lo trágico en la vida y... de vez en cuando bebía.

Nos llevaba a pasear al cementerio de la iglesia de la Trinidad, donde siempre se sentaba junto a una tumba sencilla con una vieja cruz, y a veces me contaba alguna historia.

Allí fue donde escuché de sus labios la historia del «artista del tupé».

III

Fue un compañero teatral de nuestra niñera; la diferencia estaba en que, mientras ella «salía a escena y bailaba», él era un «artista del tupé», es decir, era el peluquero y maquillador que «pintaba y peinaba» a todas las actrices siervas del conde. Pero no se trataba de un peluquero normal y corriente, con su peine detrás de la oreja y su bote de colorete untado en grasa, sino que era un individuo *con ideas*: en una palabra, era *un artista*.

Nadie mejor que él era capaz, según Liubov Onisimovna, de «transmitir fantasía a un rostro».

No sabría precisar con cuál de los condes Kámenski florecieron ambos temperamentos artísticos. Hubo tres condes Kámenski conocidos: para los naturales de Oriol, los tres fueron unos «tiranos inauditos». Al mariscal de campo Mijaíl Fedótovich lo mataron sus propios siervos en 1809, hartos de su crueldad. Tenía dos hijos: Nikolái, muerto en 1811, y Serguéi, que murió en 1835.*

Todavía recuerdo, de cuando yo era un niño allá por los años cuarenta, un enorme edificio gris de madera con falsas ventanas, pintadas de cualquier manera con hollín y ocre, y rodeado de una altísima valla medio derruida. Aquélla era la odiada hacienda del conde Kámenski; precisamente allí estuvo el teatro. Dada su situación, se veía muy bien desde el cementerio de la Trinidad; por eso, cada vez que Liubov Onisimovna se proponía contar algo, casi siempre empezaba con estas palabras:

–Mira allí, tesoro... ¿Ves qué cosa más horrible?

–Sí, tata, es horrible.

–Bueno, pues lo que te voy a contar ahora es aún peor.

Lo que sigue es una de sus historias, la que trata del peluquero Arkadi, un joven sensible y valiente a quien ella llevaba muy dentro de su corazón.

IV

Arkadi únicamente «pintaba y peinaba» a las actrices. Había otro peluquero para los actores, y si Arkadi entraba alguna vez en la «zona masculina», era sólo cuando el propio conde ordenaba «maquillar a alguien dándole un marcado aspecto de noble». El rasgo principal de este artista a la hora de ejecutar los maquillajes era su inventiva, que le permitía aportar toda clase de matices a la expresión de los rostros.

–Solían llamarle –contaba Liubov Onisimovna– y le decían: «En ese rostro tiene que aparecer esta expresión, o esta otra». Arkadi se retiraba, mandaba al actor o a la actriz que se colocara de pie, o bien sentado, enfrente de él, y se quedaba pensativo, con los brazos cruzados. Y en aquella época no había nadie que le superara en belleza, porque, sin ser alto, tenía un tipo magnífico, fuera de lo común; su nariz era fina y orgullosa; tenía unos ojos angelicales, llenos de bondad, y le quedaba muy bien el frondoso tupé caído hacia delante, de tal manera que parecía mirar entre brumas.

En una palabra, el artista del tupé era muy buen mozo, de los que «gustan *a todas*». El propio conde también le apreciaba y «le distinguía de todos los demás, proporcionándole unas ropas maravillosas, pero le sometía a un control severísimo». Por nada del mundo habría querido que Arkadi cortase el pelo, afeitase o peinase a nadie más que a él, y por ese motivo *siempre* le retenía en su tocador, y no le permitía salir a ninguna parte, si no era para ir al teatro.

Ni siquiera le dejaban ir a la iglesia, a confesarse o a comulgar, porque el propio conde no creía en Dios y no podía soportar a los curas, y una vez, por Pascua, sus galgos despedazaron a unos sacerdotes de la iglesia de Borís y Gleb que portaban la cruz.*

Y es que el conde, según contaba Liubov Onisimovna, tenía un aspecto tan espantosamente repulsivo, en consonancia con su sempiterna perversión, que a primera vista parecía una fiera. Pero hasta la apariencia de aquel rostro bestial era Arkadi capaz de transformarla, aunque sólo fuera por un rato, de modo que el conde pareciera, sentado en su palco por la tarde, alguien de lo más digno.

Sin embargo, para desgracia del conde, lo que más se echaba en falta en su naturaleza era, precisamente, la dignidad, así como el «porte militar».

El caso es que, para que nadie más pudiera disfrutar de los servicios de Arkadi, artista inimitable, debía éste pasarse «toda la vida sin salir, y sin ver jamás una moneda». Había cumplido ya veinticinco años, y Liubov Onisimovna tenía diecinueve. Ellos, claro está, se conocían y les había ocurrido lo que suele ocurrir a esa edad: se habían enamorado. Pero sólo tenían una forma de declararse su amor: mediante alusiones distantes, delante de todo el mundo, durante las sesiones de maquillaje.

Los encuentros cara a cara eran totalmente imposibles, impensables incluso...

–A las actrices –decía Liubov Onisimovna– nos vigilaban como a las nodrizas en las casas nobles: encomendaban nuestra custodia a señoras con hijos y, como a alguna de nosotras le llegase a pasar algo, los hijos de su vigilante se verían sometidos a terribles castigos.

El precepto de castidad sólo podía quebrantarlo una persona: la misma que lo había impuesto.

V

En aquel tiempo, Liubov Onisimovna no sólo se hallaba en la flor de su belleza y de su juventud, sino también en la fase más interesante del desarrollo de su talento polifacético: «hacía coros en los popurrís» y bailaba «los primeros pasos en *La hortelana china*»,* y además, dada su debilidad por lo trágico, «se había aprendido todos los papeles *a base de verlos representados*».

Desconozco en qué año preciso ocurrió, pero lo cierto es que una vez pasó por Oriol el soberano (no sabría decir si fue Aleksandr Pávlovich o Nikolái Pávlovich) e hizo noche en esta ciudad, así que se esperaba su asistencia a la velada teatral en casa del conde Kámenski.

En aquella ocasión, el conde invitó a todos los nobles a su teatro (no se vendían entradas para las representaciones) y mandó poner en escena el mejor espectáculo. Liubov Onisimovna iba a cantar en un popurrí y a bailar en *La hortelana china*, pero de pronto, durante el último ensayo, se cayó un bastidor, y le lastimó un pie a la actriz que debía interpretar en la obra el papel de «duquesa de Bourblians».

Nunca, en ninguna parte, he encontrado un personaje con ese título, pero exactamente así fue como lo pronunció Liubov Onisimovna.

A los carpinteros a los que se les había caído el bastidor los mandaron a las cuadras para castigarlos, y a la actriz lesionada se la llevaron a su cuarto, pero ahora no había quien interpretara el papel de la duquesa de Bourblians.

–Entonces –contaba Liubov Onisimovna– yo me ofrecí a interpretarlo, porque me gustaba mucho la escena en que la duquesa de Bourblians pide perdón postrada a los pies de su padre y, con todo el pelo suelto, agoniza. Y yo tenía una melena espléndida, de largos cabellos castaños, y era una maravilla cómo me la peinaba Arkadi.

El conde se puso muy contento con la inesperada propuesta de la muchacha de hacer el personaje y, cuando el director le aseguró que «Liuba no echaría a perder el papel», le contestó:

–Si lo echa a perder, tu espalda responderá por ello; en cuanto a ella, llévale de mi parte los pendientes de aguamarina.

Y es que los «pendientes de aguamarina» eran allí un regalo tan lisonjero como repugnante. Constituían la señal anunciadora de un especial honor: el de ser entronizada por breve tiempo como la odalisca del señor. Poco después de esto, si no de forma inmediata, Arkadi recibía la orden de tener arreglada, para después de la función teatral, a la joven condenada, «con el aspecto inocente de una santa Cecilia», y así, toda de blanco, con una corona y portando un lirio en la mano, conducían a aquella simbólica Inocencia a los aposentos del conde.

–Eso es algo –decía la niñera– que tú, a tu edad, no puedes comprender, pero no había nada más horrible, sobre todo para mí, que soñaba con Arkadi. Me eché a llorar. Arrojé los pendientes sobre la mesa; no paraba de llorar, y ya no era capaz de pensar siquiera en la representación de aquella tarde.

VI

Mientras tanto, en aquellas horas fatídicas, Arkadi tuvo que afrontar otra prueba, no menos crucial, que se le presentó de forma inesperada.

Procedente de la aldea había llegado, para presentarse ante el soberano, el hermano del conde, cuyo aspecto era aún más desagradable que el de éste; vivía hacía tiempo en la aldea, no vestía uniforme y no se afeitaba, ya que «tenía el rostro cubierto de granos». A toda prisa, y en aquellas circunstancias tan especiales, debía proveerse de uniforme, adecentarse y adoptar el «porte militar» exigido en tales casos.

Y se trataba de exigencias muy rigurosas.

–Hoy en día ya nadie entiende cómo podían ser tan estrictos en aquellos tiempos –comentaba la niñera–. Entonces, la uniformidad se observaba en todos sus extremos y los grandes señores debían atenerse a ciertas normas concernientes tanto al aspecto del rostro como al peinado; pero había algunos a quienes tales normas no les favorecían en absoluto, de modo que, si se peinaban según lo prescrito, con alto copete y con mechones en las sienes, su cara parecía enteramente una rústica balalaika sin cuerdas. A los señores más engreídos esto les daba mucho miedo. Era muy importante, en este sentido, la destreza a la hora de rasurar y peinar: cualquier diferencia, por pequeña que fuese, en la forma de trazar la fina línea entre el bigote y las patillas, de colocar los rizos, de peinar el cabello, se traducía en una expresión del rostro totalmente diferente. Los caballeros que iban de paisano tenían –seguía diciendo la niñera– menos problemas, pues no eran objeto de tanta atención: de ellos tan sólo se exigía que presentaran un aspecto respetable; con los militares, en cambio, las exigencias eran mayores: debían ofrecer una imagen de sumisión de cara a los superiores, al tiempo que ostentaban, hacia el resto, una osadía y un descaro absolutos.

»Todo esto era lo que Arkadi, con su asombrosa habilidad, conseguía transmitir al rostro del conde, tan poco agraciado como anodino.

VII

»Así pues, el hermano aldeano no sólo era aún más feo que el de la ciudad, sino que, además, en la aldea se había “asilvestrado” por completo y había descuidado su cara hasta tal extremo que él mismo se daba cuenta de su zafiedad. Nadie se ocupaba de cuidar su aspecto, pues era muy avaro para todo y había dejado marchar a Moscú a su peluquero a cambio de que éste le pagase una renta; para colmo, el rostro del hermano menor del conde estaba infestado de enormes granos, de manera que no había forma de afeitarle sin hacerle abundantes cortes.

»Al llegar a Oriol mandó llamar a los barberos de la ciudad y les dijo:

»–Si alguno de vosotros es capaz de dejarme más o menos como a mi hermano, el conde Kámenski, recibirá de mí dos rublos de oro; pero, para el que me haga un tajo, ahí encima de la mesa he puesto mis dos pistolas. ¿Que uno hace bien su trabajo? Coge las monedas y se marcha; ahora, como alguien me corte un solo grano o como me deje torcido un pelo de una patilla, a ése lo mato al instante.

»Tan sólo trataba de asustarlos, porque en las pistolas había cartuchos de fogueo.

»En aquella época había pocos barberos artesanos en Oriol, y la mayor parte de ellos se limitaban a ir por los baños públicos con sus bacías, dedicados a hacer sangrías y poner sanguijuelas, y no tenían el menor gusto ni imaginación. Ellos mismos eran conscientes de esto, y ninguno se avino a “transformar” a Kámenski. “Que Dios te guarde –pensaron–, a ti y tu oro.”

»–Nosotros no podemos satisfacer sus deseos, Excelencia –le dijeron–; no somos dignos de rozar siquiera a una persona de su categoría, y además carecemos de los instrumentos adecuados: sólo tenemos navajas corrientes, rusas, y para un rostro como el de Su Excelencia harían falta navajas inglesas. El único que puede hacerlo es Arkadi, el siervo del conde.

»El hermano del conde ordenó que echaran a la calle a los barberos de Oriol (y ellos bien que se alegraron de quedar libres), y él se dirigió a casa de su hermano mayor y le dijo:

»–El caso, hermano, es que vengo a pedirte un inmenso favor: pon a mi disposición, antes de esta noche, a tu Arkashka, para que se ocupe de mí como es debido y me arregle lo mejor que pueda. Hace tiempo que no me afeito, y los barberos de esta ciudad no saben hacerlo bien.

»El conde respondió a su hermano:

»–Los barberos de esta ciudad son infames, desde luego. Yo ni sabía que había aquí barberos, porque hasta a mis perros los trasquilan en casa. Y por lo que respecta a tu ruego, me pides algo imposible, porque he jurado que Arkashka, mientras yo viva, no se va a ocupar de nadie más que de mí. ¿De verdad crees que puedo alterar mi propia promesa delante de mis siervos?

»El otro le dijo:

»–¿Y por qué no? Tú hiciste la promesa, y tú la puedes anular.

»El señor de la casa le contestó que aquella opinión le chocaba bastante.

»–Si yo empezara a actuar de ese modo –dijo–, ¿qué podría exigirles después a mis servidores? Arkashka sabe que lo he dispuesto así, y todos los demás también lo saben; gracias a ello disfruta él de mejores condiciones de vida que el resto, pero, como se atreva alguna vez a hacer uso de su arte con otro, le mataré de una paliza y luego le enviaré a servir como soldado.

»Le dijo su hermano:

»–Una de dos: o le matas de una paliza o le envías como soldado, pero las dos cosas juntas no las puedes hacer.

»–Muy bien –dijo el conde–, será como tú dices: no le dejaré muerto con la paliza, sino medio muerto, y luego le enviaré como soldado.

»–Así que ésta es tu última palabra, hermano.

»–La última, sí.

»–¿Y no hay nada más que hablar?

»–No, nada más.

»–Bueno, en tal caso no insisto, aunque yo creía que se lo pondrías más fácil a tu propio hermano que a uno de tus siervos. De todos modos, aun sin faltar a tu promesa, mándame a Arkashka para que le corte el pelo *a mi perrito de lanas*. Lo que él haga después será ya asunto mío.

»No estuvo el conde despierto para negarse a esta petición.

»–De acuerdo –dijo–; si es para cortarle el pelo a tu perrito, te lo mandaré.

»–Muy bien, no necesito nada más.

»Le estrechó la mano al conde y se marchó.

VIII

»Faltaba ya poco para que anocheciera; era la hora del crepúsculo invernal, cuando se empiezan a encender las luces.

»El conde llamó a Arkadi y le dijo:

»–Ve a casa de mi hermano a cortarle el pelo a su perrito de lanas.

»Arkadi le preguntó:

»–¿No ordena nada más?

»–Eso es todo –dijo el conde–, pero regresa cuanto antes para arreglar a la actriz. Hoy, Liuba debe aparecer con tres trajes distintos, y después del teatro tienes que traérmela vestida de santa Cecilia.

»Arkadi Ilich se tambaleó.

»Dijo el conde:

»–¿Qué te ocurre?

»Respondió Arkadi:

»–Disculpe, he tropezado con la alfombra.

»El conde le hizo una insinuación:

»–Ten cuidado, no vaya a ser una mala señal.

»Pero Arkadi se hallaba en un estado de ánimo tal que no le importaba si la señal era mala o era buena.

»En cuanto oyó que a la que habían ordenado vestirse de santa Cecilia era a mí, cogió el estuche de piel donde guardaba su instrumental y se marchó. Iba como si ya no viera ni escuchara nada.

IX

»Se presentó en casa del hermano del conde. Junto al espejo de éste estaban ya encendidas las velas, y había vuelto a dejar a su lado las dos pistolas; había, además, no ya dos, sino diez rublos de oro, y las pistolas no estaban cargadas esta vez con cartuchos de fogueo, sino con balas circasianas.

»Dijo el hermano del conde:

»–No tengo ningún perrito de lanas; esto es lo que quiero: ocúpate de mi atavío, y procura que mi porte sea de lo más arrogante; si es así, recibirás diez rublos de oro, pero como me cortes te mato.

»Arkadi le miró y le remiró, y de pronto (Dios sabrá por qué) empezó a cortar el pelo y rasurar las barbas al hermano del conde. En un santiamén hizo su trabajo como mejor sabía, se embolsó las monedas de oro y dijo:

»–Con su permiso, me voy.

»El otro le respondió:

»–Puedes irte, pero hay una cosa que me gustaría saber: ¿a qué se debe que estés tan desesperado como para haberte decidido a hacerlo?

»Pero Arkadi le dijo:

»–¿Por qué me he decidido? Eso sólo lo saben mi pecho y mi camisa.

»–¿No será que algún conjuro te ampara de las balas, y por eso no tienes miedo de las pistolas?

»–Las pistolas no tienen ninguna importancia –contestó Arkadi–; no había pensado en ellas siquiera.

»–¿Cómo es posible? Espero que no se te hubiera ocurrido pensar que la palabra de tu conde es más firme que la mía, y que yo no iba a dispararte si me hacías un corte. Si no estabas protegido por ningún conjuro, tu vida habría llegado a su fin.

»A Arkadi, en cuanto le mentaron al conde, le dio un nuevo vuelco el corazón y, hablando como entre sueños, proclamó:

»–No me protege ningún conjuro, pero Dios sí que me ha dado cordura: en cuanto hubiera empezado a levantar la mano con la pistola, con ánimo de dispararme, yo me habría adelantado, degollándole con la navaja.

»Dicho esto se alejó a toda prisa y regresó al teatro justo a tiempo; se puso a arreglarme, pero no paraba de temblar. Y en cierto momento, mientras me estaba haciendo un rizo, al inclinarse hacia mí para apartarlo de un leve soplido me susurró una sola cosa:

»–No tengas miedo, te sacaré de aquí.

X

»El espectáculo salió bien, porque, habituados como estábamos al terror y al sufrimiento, nunca nos inmutábamos: con independencia de lo que cada cual pudiera estar sintiendo, no se advirtió nada especial en nuestras interpretaciones.

»Desde el escenario veíamos al conde y a su hermano: se parecían mucho el uno al otro. Incluso cuando estuvieron entre bastidores se nos hacía difícil distinguirlos. Sólo que al nuestro se le veía sumamente sosegado, como si se hubiera ablandado. Era algo habitual en él cada vez que se disponía a cometer una de sus atrocidades.

»Nosotros no sabíamos cómo reaccionar y no parábamos de persignarnos:

»–¡Señor! Apiádate de nosotros y sálvanos. ¿Cuál será la próxima víctima de su crueldad?

»Todavía no sabíamos nada de la absurda temeridad cometida por Arkadi, pero éste era consciente, como es lógico, de que con él no habría ninguna clase de miramientos. Por eso palideció cuando el hermano del conde, fijándose en él, farfulló unas palabras al oído de nuestro amo. Yo estaba muy pendiente y pude captar lo que dijo:

»–Te lo aconsejo como hermano: ten mucho cuidado con él cuando te afeite a navaja.

»Nuestro conde se limitó a sonreír en silencio.

»Por lo visto, el propio Arkashka debió de oírlo, porque, cuando me estaba arreglando para salir vestida de duquesa en el último acto, se excedió al empolvarme la cara (algo que nunca le ocurría) y el francés que estaba a cargo del vestuario tuvo que cepillarme mientras me decía:

»–*Trop beaucoup, trop beaucoup*!

XI

»Nada más concluir la representación me quitaron el vestido de duquesa de Bourblians y me pusieron el de santa Cecilia: consistía únicamente en una sencilla pieza blanca, sin mangas, sujeta tan sólo mediante unos nudos en los hombros; era un conjunto que ninguna podía soportar. Luego llegó

Arkadi, quien tenía que peinarme, dándome un aire inocente, el mismo que tiene santa Cecilia en los cuadros, y colocarme una delgada corona, fijándola con un aro. Arkadi vio entonces que junto a la puerta de mi habitación estaban apostados seis individuos.

»Eso significaba que, una vez que terminara de peinarme y franqueara aquella puerta, le atraparían de inmediato y se lo llevarían a cualquier sitio para torturarle. Y las torturas eran allí tan horribles que resultaba cien veces preferible la muerte. Recurrían al potro y a las sogas, pasaban unas cuerdas alrededor de la cabeza y las iban retorciendo: todo eso se empleaba allí. Las penas legales, al lado de esto, no eran nada. En el subsuelo de todos los edificios habían construido mazmorras secretas, donde enterraban en vida a las personas, encadenadas como fieras. Si alguien pasaba cerca, podía oír a veces el ruido de las cadenas y los lamentos de los prisioneros cargados de grillos. Pretendían, sin duda, que se supiera de ellos, que su queja llegara a oídos de las autoridades, pero las autoridades no se atrevían ni a pensar siquiera en interceder por ellos. Así que aquellas personas eran sometidas a largos padecimientos, en algunos casos durante toda su vida. Uno que estuvo encerrado tiempo y tiempo compuso unos versos:

> Se arrastrarán hasta ti las serpientes y te sorberán los ojos,
> y los escorpiones te cubrirán con su veneno el rostro.

»Muchas veces nos recitábamos mentalmente estos versos, y temblábamos de miedo.

»A alguno incluso lo encerraron en compañía de un oso, encadenados los dos de tal manera que a la fiera sólo le faltaba medio *vershok*[*] para poder alcanzar con su zarpa al prisionero.

»Pero con Arkadi Ilich no ocurrió nada de esto, porque, en cuanto irrumpió en mi cuartito, lo primero que hizo, sin perder un instante, fue agarrar la mesa y destrozar con ella la ventana, y después ya no recuerdo nada más...

»Empecé a recobrar el sentido a causa del intenso frío que notaba en los pies. Los encogí de golpe y advertí que estaba envuelta en una piel de lobo o de oso; alrededor, la oscuridad no era completa, y los fogosos caballos de la troika corrían a todo galope, en una dirección desconocida para mí. A mi lado, montados en un ancho trineo, había dos hombres: uno de ellos me sostenía, era Arkadi Ilich; el otro espoleaba a los animales con todas sus fuerzas... La nieve saltaba bajo los cascos de los caballos, y el trineo se inclinaba a cada instante hacia uno u otro lado. De no haber ido bien instalados en el centro mismo del trineo y firmemente sujetos, ninguno habría salido ileso.

»Sentí cómo hablaban de manera agitada, ansiosos y expectantes; tan sólo pude entender: “¡Se nos echan encima; deprisa, más deprisa!”, eso fue todo.

»En cuanto se dio cuenta de que había recobrado el sentido, Arkadi Ilich se inclinó hacia mí y me dijo:

»–¡Mi adorada Liúbushka! Nos vienen persiguiendo... ¿Estás dispuesta a morir si no conseguimos escapar?

»Le respondí que estaba dispuesta, y hasta alegre.

»Él tenía la esperanza de alcanzar la ciudad turca de Jrushtuk, adonde se dirigían por entonces muchos de los fugitivos de Kámenski.

»De repente, al atravesar en nuestra carrera un riachuelo helado, surgió confusamente delante de nosotros algo que parecía un lugar habitado, y unos perros empezaron a ladrar; pero el cochero siguió fustigando a la troika, con lo que el trineo se inclinó bruscamente hacia un costado, y tanto se ladeó que Arkadi y yo salimos despedidos, cayendo sobre la nieve. Mientras, el propio cochero y el trineo y los caballos se perdieron totalmente de vista.

»Dijo Arkadi:

»–No tengas ningún miedo; más vale así, porque ni yo conocía al cochero que nos ha traído hasta aquí ni él sabe quiénes somos nosotros. Además, se había alquilado por tres rublos de oro para llevarte, y procurará salvarse. Ahora estamos en manos de Dios: esta aldea es Sujaia Orlitsa, aquí vive un valiente sacerdote que une en matrimonio a los desesperados y ha ayudado a escapar a

muchos de los nuestros. Le haremos un regalo, nos tendrá ocultos hasta el anochecer y nos casará; para entonces volverá a pasar por aquí cerca algún coche y nosotros podremos escabullirnos.

XII

»Llamamos a la casa y entramos en el zaguán. El propio sacerdote vino a abrirnos: era un anciano regordete, sin un solo diente de los de delante; su mujer era una viejecilla que estaba atizando el fuego. Nos echamos los dos a sus pies.

»–Necesitamos su ayuda; permitan que entremos en calor y que nos ocultemos hasta el anochecer.

»Preguntó el padre:

»–¿Qué os ocurre, hijos míos? ¿Lleváis algo robado o sois, sencillamente, unos fugitivos?

»Dijo Arkadi:

»–No le hemos robado nada a nadie, sino que venimos huyendo de la crueldad del conde Kámenski y pretendemos llegar a Jrushtuk, en Turquía, donde ya están viviendo bastantes de los nuestros. No podrán encontrarnos; traemos nuestro propio dinero y le daremos una moneda de oro si nos deja pasar aquí la noche, y tres más si nos casa. Eso, siempre que pueda usted casarnos; si no, ya celebraremos la boda allí en Jrushtuk.

»Dijo el sacerdote:

»–¿Por qué no iba yo a poder casaros? Claro que puedo. No hace falta que esperéis hasta llegar a Jrushtuk. Dadme en total cinco monedas de oro y os casaré aquí mismo.

»Arkadi le entregó las cinco monedas, y yo me quité de las orejas los pendientes de aguamarina y se los di a la mujer.

»El sacerdote los cogió y dijo:

»–Ay, hijos míos, todo esto no tendría mayor importancia... Ya he casado antes a otros, pero no era igual, porque lo malo en vuestro caso es que pertenecéis al conde. Y a mí, aunque sea pope, su crueldad me aterra. Bueno, que sea lo que Dios quiera... Añadid otra monedilla de oro, o una parte si no, y pasad a esconderos.

»Arkadi le entregó la sexta moneda de oro, entera, y entonces él le dijo a su mujer:

»–¿Qué haces ahí parada, vieja? Dale a la fugitiva aunque sea unas faldas tuyas o una chaquetilla, porque da vergüenza mirarla: va medio desnuda.

»Quería después llevarnos a la iglesia, para escondernos en un arcón donde guardaba las casullas. Pero apenas había empezado la mujer del pope a ponerme la ropa detrás de un tabique cuando de pronto oímos que alguien tocaba la aldaba de la puerta.

XIII

»A los dos se nos heló el corazón. Y el padre le susurró a Arkadi:

»–Bueno, hijo, está claro que ya no os vais a poder ocultar en el arcón de las casullas, así que métete rápido debajo de ese colchón.

»Y a mí me dijo:

»–Tú, hija, ven aquí.

»Cogió y me metió en la caja del reloj, la cerró, guardándose la llave en un bolsillo, y fue a abrir la puerta a los recién llegados. Se notaba, por el ruido, que era un grupo numeroso; algunos se quedaron fuera, y dos hombres estaban ya escudriñando desde el exterior a través de las ventanas.

»Entraron siete de nuestros perseguidores, todos ellos cazadores al servicio del conde, provistos de mazas y látigos, con manojos de cuerdas al cinto; junto a ellos venía el octavo, el mayordomo del conde, que llevaba un abrigo largo de piel de lobo y una gran visera.

»La caja donde me había escondido tenía la parte frontal serrada, formando un enrejado, y estaba recubierta por una fina tela de muselina, ya vieja, de modo que se me podía ver a través de ella.

»El anciano sacerdote se acobardó, temiendo que la cosa fuera a acabar mal; se echó a temblar en presencia del mayordomo y, al tiempo que se santiguaba, se apresuró a gritar:

»–¡Ay, hijos míos, ay! ¡Benditos hijos míos! ¡Ya sé, ya sé lo que estáis buscando! Pero que conste que yo, ante el ilustrísimo señor conde, no soy culpable de nada, os doy mi palabra. ¡Yo no soy culpable, a fe mía que no!

»Y al acabar de persignarse, apuntó con un dedo, por encima de su hombro izquierdo, hacia la caja del reloj donde yo estaba encerrada.

»Al ver aquel extraño gesto pensé: “Estoy perdida”.

»El mayordomo también se dio cuenta y dijo:

»–Lo sabemos todo. Dame la llave del reloj aquel.

»Y el pope volvió a sacudir su mano y dijo:

»–¡Oh, hijos míos! ¡Nobles e ilustres señores! Perdonadme, tened paciencia: he olvidado dónde he puesto la llave, os doy mi palabra, lo he olvidado, debéis creerme.

»Pero, entre tanto, no paraba de tocarse el bolsillo con la otra mano.

»El mayordomo se percató nuevamente de sus extraños gestos; le cogió la llave de su bolsillo y me sacó del reloj.

»–Sal de ahí, palomita –me dijo–, que tu palomo no tardará en aparecer.

»Pero Arkashka ya había aparecido: se había quitado de encima el colchón del pope y estaba allí parado.

»–En vista de que no hay nada que hacer –dijo–, me doy por vencido. Conducidme al martirio, pero ella no tiene ninguna culpa: yo me la llevé por la fuerza.

»Y se volvió hacia el pope y le hizo ver que le escupía a la cara.

»–Hijos míos –dijo el pope–, ¿habéis visto esta nueva afrenta, dirigida a mí personalmente y a mi lealtad? Informad de esto al ilustrísimo señor conde.

»El mayordomo le respondió:

»–No pasa nada, no te preocupes; tendrá que rendir cuentas por todo esto.

»Y mandó que nos sacaran a los dos de allí.

»Nos repartimos todos en tres trineos; en el de delante colocaron a Arkadi, atado y vigilado por unos cazadores; a mí me pusieron en el de atrás, bajo idéntica custodia, y en el trineo de en medio viajaban los restantes.

»Cuando nos cruzábamos con gente, todo el mundo se hacía a un lado; tal vez pensaban que íbamos de boda.

XIV

»Llegamos rápidamente a nuestro destino y, cuando nos adentramos en los dominios del conde, yo ni siquiera podía ver ya el trineo donde habían traído a Arkashka. A mí me llevaron a donde siempre, y no paraban de interrogarme: deseaban saber cuánto tiempo había estado a solas con Arkadi.

»A todos les decía:

»–¡Ay, nada de nada!

»Seguramente, mi destino estaba señalado, y no precisamente para bien, y no podía eludirlo; así, cuando llegué a mi cuartito, en cuanto hundí la cabeza en la almohada para llorar mi desgracia oí de pronto unos lamentos aterradores que venían del piso de abajo.

»Resulta que, en el edificio de madera donde habitábamos, las muchachas teníamos asignado el segundo piso y justo debajo había una gran estancia donde nos daban lecciones de canto y de danza, y desde nuestras habitaciones se podía oír todo lo que allí ocurría. Y Satanás, el Príncipe de las Tinieblas, inspiró a aquellos seres crueles la idea de torturar a Arkashka debajo de mi cuartito...

»En cuanto me di cuenta de que le estaban torturando... me lancé corriendo a la puerta, dispuesta a correr en su busca... pero la puerta estaba cerrada... Ni yo misma sabía lo que quería hacer... Me desplomé, pero desde el suelo se oía más claramente aún... Y no tenía ni un cuchillo, ni un clavo... nada con lo que poner fin a mi vida, del modo que fuese... Entonces agarré mi propia trenza para ahogarme con ella... Me anudé la garganta con ella, y me puse a retorcerla, cada vez con más fuerza, hasta que noté un zumbido en los oídos, y vi unos círculos, y todo cesó... Cuando empecé a volver en mí, estaba en un sitio desconocido, en un cobertizo grande y luminoso... Había allí terneros... bastantes ternerillos, más de diez; eran tan simpáticos: alguno se me acercó y me lamió la mano con sus fríos labios; debió de creer que estaba mamando de su madre... Fue precisamente aquel cosquilleo lo que me despertó... Miré a mi alrededor y pensé: “¿Dónde estaré?”. Vi entrar a una mujer ya mayor, alta, que vestía un tosco sayal azul y llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo igualmente basto, aunque limpio; tenía un rostro muy agradable.

»La mujer se dio cuenta de que yo había recobrado el sentido, y me colmó de atenciones; me contó que me encontraba aún en las dependencias del conde, en el establo de los terneros...

»–Mira, allí es donde estaba yo –me aclaró Liubov Onisimovna, señalando con la mano el rincón más alejado de la valla gris, ya medio derruida.

XV

La habían trasladado al establo porque sospechaban que se había vuelto medio loca. A los locos, como si fueran ganado, los llevaban al establo, donde eran sometidos a observación, pues los vaqueros eran personas ya mayores y sensatas, y se consideraba que podían «vigilar» los casos de psicosis.

La viejecilla del sayal que había puesto a Liubov Onisimovna al corriente de su situación era una mujer muy bondadosa; se llamaba Drosida.

–Al atardecer, cuando estaba recogiéndolo todo –prosiguió la niñera–, hizo para mí una camita con paja fresca de avena. La dejó tan mullida como un colchón de plumas. Me dijo entonces:

»–Te voy a contar un secreto, muchacha. No importa lo que pueda pasar si me delatas, pero mi caso es como el tuyo: no siempre he llevado este sayal, también yo he conocido una vida diferente. Pero no permita Dios que me ponga ahora a recordar aquello; lo que quiero decirte es lo siguiente: no te aflijas por haber venido a parar aquí, apartada de todo el mundo; se está mejor así. Ahora, con lo que sí debes tener cuidado es con este frasco terrible...

»Se sacó del pañuelo que llevaba al cuello una botellita blanca de cristal y me la mostró.

»–¿Qué es eso? –le pregunté.

»–Es un frasco terrible: lo que contiene es el veneno del olvido –me respondió.

»–Dame de ese veneno del olvido: quiero olvidarlo todo –dije yo.

»–No bebas; esto es vodka –dijo–. Una vez, yo no supe controlarme y bebí... Unas buenas personas me lo dieron... Y ahora no soy capaz... Lo necesito, pero tú, mientras puedas evitarlo, no bebas; y a mí no me juzgues si echo unos cuantos tragos: lo paso muy mal. Tú, en cambio, todavía tienes en el mundo un consuelo: *a él*, el Señor ya le ha librado de la tiranía...

»No pude reprimir un grito: “¡Ha muerto!”, y me tiré de los pelos; entonces vi que aquél no era mi pelo: era blanco... ¿Qué había pasado?

»–No te asustes –me dijo–, no te asustes, tu cabeza ya había encanecido cuando te soltaron la trenza; él vive y está a salvo de cualquier opresión: el conde se ha mostrado compasivo con él, como

nunca antes con ningún otro... Ya te lo contaré todo por la noche, ahora quiero beber un poquito más... Hay que beber a fondo... calienta el corazón.

»Y siguió bebiendo y bebiendo, hasta que se quedó dormida.

»De noche, cuando todos dormían, la tía Drosida se levantó en silencio, se acercó a oscuras a un ventanuco y vi cómo le daba algunas chupadas al frasquito, que luego volvió a esconder. Entonces me preguntó en voz baja:

»–¿Duermen o no duermen esas penas?

»–Mis penas no consiguen dormir –respondí.

»Vino hasta mi cama y me contó que el conde, después del castigo, había ordenado que le trajeran a Arkadi y le había dicho: “Deberías pasar por todo lo que yo había dispuesto para ti, pero, ya que has sido mi favorito, voy a ser ahora compasivo contigo. Desde mañana mismo irás a servir como soldado; ahora bien, en vista de que no tuviste miedo de las pistolas de mi hermano, todo un conde, te ofrezco una salida honorable: no quiero que seas tú menos que otros que han logrado prosperar gracias a la nobleza de su espíritu. Voy a enviar una carta solicitando que vayas de inmediato destinado al frente. Además, no has de servir como un simple soldado, sino en calidad de sargento, y podrás dar muestras de tu valentía. Así que en adelante no estarás en mis manos, sino en las del zar”.

»–Ahora –dijo la anciana del sayal– todo será más fácil para él y ya no tendrá nada que temer. Sólo estará sometido a un poder: el de la muerte en combate, pero no el de la crueldad de su señor.

»Eso mismo creía yo, y durante tres años, noche tras noche, tuve siempre el mismo sueño, en el que veía a Arkadi batiéndose en combate.

»Así transcurrieron tres años, y en ese tiempo Dios fue bondadoso conmigo y no me llevaron de nuevo al teatro, sino que me quedé a vivir en aquel establo, con los terneros, ayudando a la tía Drosida. Yo allí estaba muy bien, porque apreciaba mucho a aquella mujer, y las noches en que no bebía de más me encantaba escucharla. Todavía se acordaba de cómo habían matado al viejo conde sus propios siervos, empezando por su ayuda de cámara, porque ya no había forma de soportar su crueldad diabólica. Yo aún no bebía nada y hacía muchas cosas por la tía Drosida, y además las hacía con sumo placer: los animales de allí eran como mis propios hijos. Te acostumbrabas a los terneros hasta tal punto que, cuando alguno ya estaba criado y se lo llevaban para sacrificarlo, lo bendecías al despedirlo y tres días más tarde todavía lo estabas llorando. Para el teatro yo ya no servía, porque las piernas me empezaban a fallar y renqueaba un poco. Antes caminaba con total ligereza, pero desde aquella vez que Arkadi Ilich me llevó desmayada en el trineo, con tanto frío, creo que se me helaron los pies y ya no me quedó fortaleza en los dedos para poder bailar. Me estaba convirtiendo en una mujer tan tosca como la propia Drosida, y sólo Dios sabe cuánto tiempo habría llegado a vivir en aquel estado de abatimiento; pero un buen día, poco antes del anochecer, con el sol ya en el ocaso, estaba yo en el cobertizo desenredando una madeja junto a la ventana cuando de pronto me cayó desde fuera una piedra no muy grande que venía envuelta en un papel.

XVI

»Miré por todas partes y me asomé a la ventana: no había nadie.

»Pensé: “Seguramente, esto es que alguien de fuera la ha tirado por encima de la valla, pero no ha llegado a su objetivo, sino que ha caído aquí”. Y me preguntaba si debía desenvolver aquel papel o no. Me parecía que era mejor hacerlo, porque sin duda allí había algo escrito. Tal vez fuera una cosa importante para alguien y yo podría adivinar de quién se trataba; en ese caso, el secreto no saldría de mí, y, en cambio, yo volvería a tirar del mismo modo la piedra con la nota, y la haría llegar a la persona adecuada.

»Desenvolví el papel y empecé a leer, y no daba crédito a mis ojos...

XVII

»Estaba escrito: “¡Mi fiel Liuba! He combatido al servicio de nuestro soberano, derramando mi sangre en más de una ocasión, y gracias a ello he alcanzado el grado de oficial y la condición de noble. Disfruto ahora de un permiso para recuperarme de mis heridas, y he llegado a la villa de Pushkar, donde me hospedo en una posada. Mañana me pondré sobre el pecho la orden y la cruz y me presentaré ante el conde con todo mi dinero, quinientos rublos que me han concedido para mi curación: voy a pedirle que me permita comprar tu libertad, con la esperanza de que podamos unirnos en matrimonio ante el altar del Supremo Hacedor”.

»Más adelante –prosiguió Liubov Onisimovna, intentando siempre ocultar sus sentimientos– escribía que “en vista de todas las desgracias que sobre ti han recaído y que has tenido que sufrir, como compensación por tus padecimientos, no con ánimo de pecar ni como señal de flaqueza, traigo mi propuesta y se la ofrezco a Dios, sin otro sentimiento por ti que el de mi más profundo respeto”. Y firmaba: Arkadi Ilich.

Liubov Onisimovna quemó al instante la carta en la estufa y no le mencionó a nadie su existencia, ni siquiera a la viejecilla del sayal; pero se pasó toda la noche rogándole por él a Dios, sin pronunciar una sola palabra acerca de sí misma, «pues –según decía ella– aunque él me había escrito que ya era un oficial, con su cruz además y con sus heridas, yo no era en absoluto capaz de imaginar que el conde fuera a actuar con él de forma distinta a como lo había hecho en el pasado».

Sencillamente, ella tenía miedo de que le mataran.

XVIII

A la mañana siguiente, muy temprano, Liubov Onisimovna, tras sacar los terneros al sol, les empezó a poner leche en unas vasijas para que bebieran de ellas; de pronto, llegó hasta ella un ruido procedente «del exterior», del otro lado de la valla: unas personas, que iban con premura hacia alguna parte, pasaron corriendo y hablando muy deprisa entre sí.

–No fui capaz de distinguir –contaba ella– ni una sola palabra de lo que decían, pero aquellas palabras me atravesaron el corazón igual que un cuchillo. Y como en aquel preciso instante entraba por el portón Filipp, el que se encargaba del estiércol, le pregunté:

»–¡Filiushka, *bátiushka*! ¿No habrás oído adónde se dirigían aquellas personas y de qué hablaban con tanto interés?

»Y él me respondió:

»–Pues iban a ver lo que ha ocurrido en la villa de Pushkar: esta noche ha matado el posadero a un oficial mientras éste dormía. Le ha rebanado el pescuezo y le ha quitado los quinientos rublos que tenía. Dicen que le han cogido; estaba cubierto de sangre y llevaba el dinero encima.

»Al oír todo aquello, las piernas no me sostuvieron y me derrumbé...

»Así acabó todo: aquel posadero mató a Arkadi Ilich... y le enterraron justo aquí, en esta misma tumba donde estamos sentados... Sí, aquí es donde yace él ahora, debajo de nosotros, en este pedazo de tierra... Seguro que te preguntabas por qué os traigo siempre aquí de paseo... No vengo para mirar hacia allí –señaló las sombrías y grises ruinas–, sino para pasar aquí un rato sentada a su lado y... y para honrar su memoria con unas gotitas...

XIX

En ese momento, Liubov Onisimovna se calló y, dando por concluido su relato, se sacó del bolsillo una botellita y «honró su memoria», o sea, dio unos cuantos tragos. Pero yo le pregunté:

–¿Y quiénes vinieron al entierro del célebre artista del tupé?

–El gobernador, cielo, el gobernador en persona vino al entierro. ¡Por supuesto! Él era un oficial y, en el funeral, el sacerdote y el diácono le dieron a Arkadi el tratamiento de «boyardo», y, al bajar el féretro a la tumba, los soldados dispararon con sus fusiles unas salvas a lo alto. Más adelante, al cabo de un año, el posadero sufrió en la plaza de Ilinko el castigo del látigo a manos del verdugo. Cuarenta y tres latigazos le dieron por Arkadi Ilich, pero él aguantó: siguió viviendo y marchó como presidiario, condenado a trabajos forzados. De nuestros hombres, los que pudieron fueron corriendo a verlo, y los más ancianos, que recordaban cómo había sido el castigo por la muerte del despiadado conde, dijeron que los cuarenta y tres latigazos habían sido pocos, por ser Arkashka de origen humilde, mientras que por la muerte del conde habían sido ciento uno los latigazos. Y es que, de acuerdo con la ley, el número de latigazos no podía ser par, había que propinar siempre un número impar. Según cuentan, aquella otra vez habían hecho venir, intencionadamente, a un verdugo de Tula y antes de actuar le dieron tres vasos de ron. Luego ejecutó el castigo de tal modo que con los cien primeros latigazos se limitó a martirizar al condenado, que siguió vivo todo ese tiempo, pero luego, cuando hizo restallar el centésimo primero, le quebró el espinazo. Intentaron alzarlo del entarimado, pero ya estaba en las últimas... Lo cubrieron con una esterilla y se lo llevaron a la prisión; murió por el camino. Y dicen que el de Tula todavía gritaba: «¡Venga, traedme a otro... acabaré con todos los de Oriol!».

–Ya, pero usted –le dije– ¿estuvo en el entierro o no?

–Sí que estuve. Fuimos todos juntos: el conde ordenó que nos llevaran a todos los del teatro, para que viéramos cómo uno de los nuestros había sido capaz de triunfar.

–¿Y se despidió de él?

–¡Claro que sí! Todos fueron aproximándose, le dieron su adiós, y yo... Había cambiado mucho, tanto que no le habría reconocido. Estaba flaco, y muy pálido... decían que se había desangrado completamente, porque le habían matado justo a media noche... Cuánta sangre había derramado...

Se calló y se quedó pensativa.

–Pero después usted... –dije– ¿cómo lo ha podido soportar?

Ella pareció volver en sí y se pasó la mano por la frente.

–Al principio –dijo– no recuerdo cómo volví a casa... Íbamos todos juntos, así que seguramente alguien me llevó... Y aquella noche Drosina Petrovna me dijo:

»–Mira, así no puedes seguir: no duermes, pero estás ahí tumbada, como si fueras de piedra. Eso no es bueno, tienes que llorar para desahogar tu corazón.

»–No puedo, tía –dije yo–, el corazón me quema como un carbón, y no hay desahogo posible.

»–Bueno –dijo ella–, ahora sí que vamos a tener que recurrir al frasco.

»Me sirvió de su botellita y dijo:

»–Yo antes no te permitía que tomaras de esto, y te lo he venido desaconsejando, pero ya no hay nada que hacer: tienes que sofocar ese carbón; bebe un poco.

»–No tengo ganas –dije yo.

»–No seas tonta –dijo–, ¿quién va a tener ganas al principio? Ya que la pena es amarga, como este desdichado veneno es más amargo todavía, si sofocas el carbón con él, en un instante dejará de quemarte. ¡Venga, chupa, date prisa!

»Me bebí de un trago el frasco entero. Era muy desagradable, pero sin él no era capaz de dormir, y lo mismo ocurrió la noche siguiente... también bebí... y ahora sin esto no consigo conciliar el sueño. Yo también me he hecho con un frasco y compro aguardiente... Y tú, sé un niño bueno y nunca le hables de esto a tu mamá, no vayas con este secreto a las personas inocentes, porque a esas personas hay que cuidarlas, siempre están sufriendo. Ahora, mira, de camino a casa, pienso acercarme, como siempre, a la taberna de la esquina, y llamar al ventanuco... No hace falta que entremos, basta con que les dé mi frasquito vacío, que ellos ya me sacan uno nuevo.

Yo estaba conmovido, y prometí que nunca, bajo ningún concepto, diría nada de su «frasquito».

–Gracias, tesoro; no hables de esto; para mí, eso es algo fundamental.

Me parece estar viéndola y oyéndola en este mismo instante: de noche, cuando todos en casa están dormidos, se incorpora en la cama con mucho cuidado, procurando que no se le oiga ni el crujido de los huesos; escucha atentamente, se levanta y se desliza hasta un ventanuco, dando largas zancadas con sus piernas heladas... Se queda un momentito quieta, mira a su alrededor y escucha, no vaya a ser que salga mamá de su alcoba; después, muy despacito, se lleva el cuello del «frasquito» hasta los labios, se pone cómoda y «da unas chupaditas»... Un trago, dos, tres... Por fin ha logrado sofocar el carbón y ha honrado la memoria de Arkashka, y ya puede volver a la cama; se zambulle bajo la manta y en un instante apenas se la oye resoplar: zzzz... ¡Ya se ha dormido!

Nunca en la vida he asistido a unas exequias más terribles, más desgarradoras que aquéllas.

A propósito de la *Sonata a Kreutzer*

> Cualquier muchacha está por encima del hombre en el orden moral, pues es incomparablemente más pura. La muchacha, después de casarse, sigue estando por encima de su marido. En nuestra sociedad, está por encima de él cuando es muchacha, y también lo está al hacerse mujer.
>
> L. TOLSTÓI[*]

I

Enterraban a Fiódor Mijáilovich Dostoievski.[**] Hacía un tiempo desapacible y estaba nublado. Aquel día yo no me encontraba bien, y tuve que hacer un gran esfuerzo para acompañar el féretro hasta las puertas del monasterio Aleksandr Nevski. La gente se agolpaba a la entrada. Entre el gentío surgían voces y lamentos. El dramaturgo Avérkiev[***] se dirigió a gritos a la multitud desde un lugar elevado. Su voz era poderosa, pero resultaba imposible entender una sola palabra. Algunos decían que estaba intentando poner orden, y le alabaron por ello, mientras que otros se enfadaron con él. Yo fui uno de los que no consiguieron acceder al recinto y, viendo que no tenía ningún sentido quedarse allí más tiempo, regresé a casa, me tomé un té tibio y me dormí. Entre el frío y las distintas impresiones recibidas, estaba agotado, así que dormí profundamente, y durante tanto tiempo que se me pasó la hora de comer sin haberme levantado. Lo cierto es que aquel día no tuve ocasión de comer, porque a la suma de impresiones diversas se vino a añadir de forma inesperada una más, la cual me causó una honda conmoción.

En pleno crepúsculo me despertó mi criada, diciéndome que había venido a verme una señora desconocida, y que ésta no estaba dispuesta a marcharse, sino que insistía en que la recibiera. Las visitas femeninas a la casa de este escritor ya entrado en años son relativamente frecuentes. No son pocas las señoras y señoritas que acuden a mí solicitando consejo en sus tentativas literarias o buscando que las ayude de algún modo a colocar sus obras en redacciones desconocidas. Por ese motivo, la llegada de aquella dama, e incluso su insistencia, no me sorprendieron lo más mínimo. Cuando la desgracia es grande, cuando la necesidad es apremiante, nada tiene de raro que nos mostremos insistentes.

Le dije a la muchacha que hiciera pasar a la señora a mi despacho, y yo me levanté y me arreglé. Cuando entré en el despacho, sobre la mesa grande lucía ya mi lámpara de trabajo. La mesa estaba intensamente iluminada, mientras la habitación seguía en penumbra. La dama desconocida que me visitaba en aquella ocasión no iba a dejar de ser desconocida para mí.

Cuando la busqué con la mirada para rogarle que se sentara en el sillón, me dio la impresión de que evitaba las zonas iluminadas de la estancia y se esforzaba por permanecer en la oscuridad. Eso me sorprendió. Hay personas inexpertas que, sin ser tímidas, a veces se andan con excesivos cumplidos y se muestran cohibidas, como hacía ella, pero en aquella ocasión lo que me pareció más sorprendente fue el estado de agitación de la dama, agitación que, en cierto modo, yo también sentí y compartí. La mujer iba magníficamente vestida, aunque con discreción; todo lo que llevaba era caro y elegante: un excelente abrigo de felpa, del cual no se había despojado en el recibidor y que no se quitó en todo el tiempo que estuvo hablando conmigo; un elegante sombrero negro, que sin duda era

un modelo parisino, no una prenda rusa, y un velo negro, doblado y anudado por detrás, de modo que sólo podía verle la blanca y redonda barbilla y, a veces, el brillo de los ojos a través de la doble red del velo. En lugar de darse a conocer y declarar el objeto de su visita empezó diciéndome:

–¿Puedo dar por sentado que con usted mi buen nombre no corre ningún peligro?

Le respondí que podía estar totalmente tranquila. Entonces me pidió que me sentara en el sillón situado frente a la lámpara, y se tomó la libertad de mover el disco de tafetán verde que hay en la pantalla de la lámpara, haciendo que toda la luz se proyectara sobre mí, mientras su rostro quedaba a oscuras. Se sentó al otro lado de la mesa y me hizo una nueva pregunta:

–¿Es usted soltero?

Le contesté que no se equivocaba: soy soltero.

–¿Puedo hablarle con toda franqueza?

Le contesté que, si tenía confianza en mí, yo no veía ningún impedimento para que ella me hablara como estimara conveniente.

–¿Estamos solos?

–Completamente solos.

La mujer se levantó y dio dos pasos en dirección a la habitación contigua, donde se encontraba mi biblioteca y, tras ella, mi dormitorio. En la biblioteca brillaba en aquel momento un farol mate, cuya luz permitía ver toda la habitación. Yo no me moví del sitio, pero dije, para tranquilizar a la señora, que, como podía ver, no había nadie en casa, a excepción de una sirvienta y de una huérfana de corta edad, que no podía ser tomada en consideración. Entonces, ella se volvió a sentar donde estaba antes, volvió a ajustar la posición del disco verde y dijo:

–Discúlpeme, me encuentro muy agitada... y mi comportamiento puede parecer extraño, pero ¡tiene usted que compadecerme!

La mano que había extendido hacia el disco de tafetán de la lámpara, y que llevaba enfundada en un guante negro de cabritilla, temblaba violentamente. Por toda respuesta, le ofrecí un poco de agua. Ella me detuvo y dijo:

–No hace falta, no estoy nerviosa; he venido a verle porque, con este entierro... esas cadenas... ese hombre que me causaba una impresión tan demoledora, tan extraordinaria, tan poderosa; ese rostro, y el recuerdo de todo lo que me vi obligada a contar en dos ocasiones; con todo eso, estoy muy confusa. No debe usted extrañarse de mi visita. Ahora le contaré a qué se debe; da lo mismo que no nos conozcamos personalmente: yo he leído muchas cosas de usted, y muchas de ellas me han resultado muy simpáticas, muy cercanas, tanto que ahora no puedo resistirme a la necesidad de hablar con usted. Probablemente, todo lo que se me ha ocurrido no sea más que una enorme estupidez. Antes de nada, quiero preguntarle una cosa, y usted debe responderme con sinceridad. Lo que usted me aconseje, eso es lo que yo voy a hacer.

Su voz de contralto vacilaba, y sus manos, que no sabía dónde poner, temblaban.

II

Esta clase de visitas, y esta clase de preámbulos, sin llegar a ser frecuentes, se habían dado antes en el curso de mi vida literaria.

Eran propias, sobre todo, de personas con inclinaciones políticas, a las que no es nada fácil tranquilizar y a quienes resulta doblemente arriesgado e ingrato prestar ayuda, teniendo en cuenta, además, que en esos casos apenas puede uno saber con quién está tratando. En aquella ocasión, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que también aquella dama estaba dominada por la pasión política, que venía con alguna clase de proyecto que, por desgracia, se le había ocurrido confiarme; los preliminares de su exposición recordaban mucho a todo aquello, y por ese motivo le dije sin ningún entusiasmo:

–No sé de qué me va a hablar usted. No puedo prometerle nada, pero, en cualquier caso, si sus sentimientos personales la han impulsado a venir hasta mí por la confianza que le inspiran mi vida y mi reputación, yo no he de violar el secreto de aquello que usted, según parece, pretende transmitirme.

–Sí –dijo–, se trata de un secreto, un secreto absoluto, y estoy convencida de que usted lo guardará. No hace falta que le repita por qué es necesario guardar el secreto; yo sé que usted lo comprende, es imposible que me equivoque: su rostro lo expresa mejor que cualquier palabra; pero es que además yo no tengo elección. Se lo repito: estoy decidida a llevar a cabo una acción que tan pronto me parece honesta como la considero brutal; la decisión debe ser tomada ahora mismo, en este preciso momento, y es algo que depende de usted.

No había ninguna duda: a esto le seguiría una revelación de índole política, y dije sin entusiasmo:

–La escucho.

A pesar del velo doble, sentí clavada en mí la penetrante mirada de mi invitada, quien exclamó con rotundidad:

–¡Soy una mujer infiel! Engaño a mi marido.

Debo confesar con vergüenza que aquella declaración me quitó un gran peso de encima: aquello, evidentemente, no tenía ninguna relación con la política.

–Engaño –seguía diciendo– a un excelente marido, a un hombre bueno; y esto dura ya seis... ¡Más!... debo decir la verdad; de otro modo, no vale la pena hablar: dura ya ocho años... y todavía sigue... Para ser más exactos, la cosa empezó a los tres meses de casarme. ¡No hay nada más vergonzoso en el mundo! No es que yo sea mayor, pero tengo hijos, ¿comprende?

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

–Usted ya se hace cargo de lo que eso significa. En dos ocasiones fui a ver, igual que he venido hoy aquí, a ese hombre que... que hemos enterrado y cuya muerte me ha conmovido tanto, y le confesé mis sentimientos; una vez, estuvo grosero conmigo; la otra, se mostró cariñoso, como un amigo. Ahora... mi situación es tan distinta a como era cuando fui a verle a él; en fin, lo que quiero es que usted me dé el consejo que necesito. Lo peor en la vida es el engaño, eso es lo que yo siento; prefiero confesar mi vileza, sufrir el castigo y ser humillada, repudiada, arrojada a la calle... No sé qué va a ser de mí... Tengo una necesidad irresistible de ir a contárselo todo a mi marido; tengo esa necesidad desde hace seis años. Habían transcurrido dos años desde que le engañé por primera vez, y en ese tiempo no había vuelto a ver a... a ése; pero después aquello empezó de nuevo y continúa como al principio... Durante seis años he estado decidida a hablar y no he hablado, pero hace un rato, mientras acompañaba el féretro de Dostoievski, he sentido el deseo de acabar con todo esto, de acabar hoy mismo, de la forma que usted me aconseje.

Yo permanecía callado, pues no entendía nada de aquella historia, y estaba claro que no podía dar ninguna clase de consejos; ella lo leyó en mi rostro.

–Evidentemente, usted debe conocer más detalles; no he venido aquí para jugar a las adivinanzas, sino para contarlo todo. Lo que ocurre, no obstante, es que mentiría descaradamente si tratara de justificarme. Yo jamás he sabido lo que es pasar estrecheces: nací en la abundancia y vivo en la abundancia. La naturaleza no me ha privado de raciocinio, me dieron una buena educación, fui libre a la hora de hacer mi elección matrimonial; en consecuencia, no hay nada que objetar al respecto; me casé con un hombre que, hasta el momento presente, jamás ha manchado su reputación, al contrario... Mi posición era inmejorable cuando ese hombre... Lo que quiero decir es que mi marido me había pedido la mano. Yo creía que él me gustaba; pensé que podría amarle y, en cualquier caso, no se me pasó por la cabeza que pudiera engañarle, y mucho menos engañarle del modo más infame, más abyecto, y disfrutar de una reputación de mujer decente y de buena madre, cuando yo no soy decente y tengo que ser, muy probablemente, una mala madre; pero la infidelidad mía fue inspirada por el mismísimo diablo: por si quiere saberlo, yo creo en el diablo... En la vida, muchas cosas dependen de las circunstancias; dicen que las ciudades son inmundas, y que en las aldeas hay más inocencia, pero aquello ocurrió precisamente en una aldea, porque yo me quedé a solas con ese hombre, con ese

hombre maldito que mi propio marido había traído para que cuidara de mí. Yo debería estar arrepentida, de no ser por la inutilidad del arrepentimiento, debería estar eternamente arrepentida de aquella acción, que tengo que agradecer a mi marido, pero resulta que no recuerdo aquel momento, tan sólo recuerdo la tormenta, una tormenta terrible, de las que me aterran desde niña. Yo entonces no le amaba, simplemente estaba muerta de miedo, y cuando un relámpago iluminó la enorme sala donde nos encontrábamos, yo me asusté y le cogí de la mano... y no recuerdo nada más; después aquello se prolongó... Más tarde, él se embarcó y recorrió el mundo; regresó, y lo nuestro volvió a empezar. Ahora tengo el propósito de que todo termine, y de que esta vez sea para siempre. No es la primera vez que he tenido este propósito, pero nunca he tenido suficiente fuerza de voluntad para soportarlo. En cuanto él aparecía, en una hora ya se había volatilizado mi resolución, pero lo peor de todo (no quiero ocultar nada) es que él no era el culpable de que las cosas fueran así, sino yo, ¿lo entiende? Era yo la que tomaba la iniciativa, y la que se empeñaba en conseguirlo, y la que se enojaba cuando no alcanzaba fácilmente lo que me proponía... Y, si esta situación se prolonga por más tiempo, si sigo con este engaño, mi humillación no tendrá fin...

–¿Qué se propone usted? –pregunté.

–Quiero confesárselo todo a mi marido, y quiero hacerlo hoy sin falta, en cuanto me marche de aquí y llegue a mi casa...

Le pregunté qué clase de hombre era su marido, qué carácter tenía.

–Mi marido –respondió la señora– goza de una excelente reputación, tiene un buen empleo y recursos suficientes; todo el mundo le considera una persona noble y honrada.

–¿Comparte usted esa opinión? –pregunté.

–No del todo: le atribuyen demasiadas virtudes; es una persona con bastantes dotes y cualidades, y además tiene eso que se ha dado en llamar «corazón», aunque sea una forma estúpida de llamarlo (algo parecido a lo que ocurre con la llamada «alma de la música»), pero no sé darle otro nombre; los movimientos de su corazón son siempre justos, precisos, exactos y poco variados.

–Y el otro, al que usted ama...

–¿Qué quiere saber de él?

–¿Le inspira a usted respeto?

–¡Oh! –exclamó la dama, haciendo un gesto con la mano.

–No estoy muy seguro de cómo debo interpretar ese gesto.

–Lo que debe usted interpretar es que se trata de un egoísta integral, de un hombre desalmado que no inspira a nadie el menor respeto y que ni siquiera se preocupa por inspirarlo.

–¿Usted le ama?

Se encogió de hombros y dijo:

–Sí, le amo. Lo cierto es que se trata de una palabra extraña: está en boca de todo el mundo, pero son muy pocos los que la comprenden. Amar es algo así como estar predestinado a la poesía o a la justicia. Es un sentimiento para el que muy pocos están capacitados. Nuestras campesinas, en lugar del verbo «amar», emplean el verbo «desear». No dicen: «Él me ama», sino «Él me desea». En mi opinión, eso es mucho mejor, y no se trata aquí de una simple cuestión de denominación. Y es que la palabra «amar» normalmente significa «desear»: amar en su sentido más prosaico. O sea, «desear». Eso es lo que ellas dicen: «Mi deseado, mi querido, mi deseado»... ¿entiende?, desear...

Se interrumpió; respiraba con dificultad. Le di un vaso de agua, que en esta ocasión sí tomó de mis manos, sin retirarse, y creo que me agradeció mucho que no me fijara detenidamente en ella.

Ambos nos callamos; yo no sabía qué decir, y en ella se había agotado aquel torrente de sinceridad. Estaba claro que ya había manifestado todo lo esencial, y más allá de eso sólo quedaban detalles menores. Como si me estuviera leyendo el pensamiento, dijo en voz baja:

–El caso es que, si usted me dice que debo contárselo a mi marido, lo haré; pero también puede ser, no sé, que usted me diga algo distinto. Aparte de la simpatía y la confianza que me inspira, tiene usted sentido práctico; yo soy una atenta lectora suya: nosotras, las mujeres, percibimos cosas que no

perciben los críticos profesionales. Si usted quiere, puede decirme sinceramente lo que piensa: si debo o no debo ir a mi marido a confesarle mi pecado, tan largo y tan vergonzoso.

III

A pesar de que la historia era interesante, yo sentía que mi situación era complicada. Aunque resultaba bastante más sencillo dar una respuesta como la solicitada por mi huésped que tranquilizar a un activista político o prestarle los servicios requeridos, mi conciencia, en cualquier caso, se veía involucrada en un asunto muy serio. Había vivido bastante, y había visto a bastantes mujeres disimular hábilmente esa clase de pecados, o bien no disimularlos, pero no reconocerlos tampoco. También había conocido a dos o tres mujeres que solían hablar con franqueza, y recordaba que, más que sinceras, siempre me habían parecido crueles y afectadas. Siempre había creído que las mujeres son capaces de refrenar toda esa franqueza y pensarse mejor las cosas, antes que dar a conocer sus faltas a una persona a la que van a hacer sufrir intensamente con su confesión. Nunca me ha interesado la cuestión de la relación entre la sociedad y la vida interior de un individuo cualquiera. No es la sociedad, sino la persona concreta, lo que valoro, y, si es posible no causar un sufrimiento, no veo por qué hay que causarlo. Si la mujer es una persona igual que el hombre, si es un miembro de la sociedad con idénticos derechos, si posee los mismos sentimientos, la misma sensibilidad que el varón, tal y como da a entender Jesucristo, tal y como han dicho los mejores hombres de nuestro tiempo, tal y como dice actualmente Lev Tolstói –cosa que considero una verdad irrefutable–, ¿por qué, entonces, si el hombre que quebranta el precepto de fidelidad a la mujer guarda después silencio y, siendo consciente de su falta, tiene a veces la oportunidad de reparar los efectos indignos de sus pasiones, no va a poder hacer lo mismo la mujer? Estoy convencido de que ella también tiene derecho a hacerlo. No cabe ninguna duda de que el número de hombres que engañan a las mujeres supera al de mujeres que engañan a los hombres, y las mujeres lo saben; ninguna mujer sensata –o casi ninguna–, tras una separación más o menos larga del marido, confiaría en la fidelidad de éste durante todo ese tiempo. Sin embargo, tras su vuelta, ella le perdona de todo corazón, y su perdón la lleva a no querer saber nada al respecto; si él le hablara con franqueza, no le haría ningún favor, sino que le causaría un pesar. De proceder así, le revelaría algo que ella no quiere saber. En la ignorancia encuentra ella la fuerza para prolongar sus relaciones, como si éstas se hubieran visto interrumpidas de manera fortuita. Reconozco que en mis reflexiones tiene un mayor peso el pragmatismo que la filosofía abstracta o la moral elevada, pero, en cualquier caso, me inclino a pensar de este modo.

Continué en esta dirección el coloquio con mi invitada, y le pregunté:

–Los rasgos negativos del hombre que usted ama ¿hacen que inspire cierto desprecio?

–Un desprecio profundo y constante.

–Pero usted intentará justificarle en ocasiones.

–Por desgracia, eso es algo imposible: no hay forma de justificarle.

–En ese caso, me permito hacerle la siguiente pregunta: la indignación que usted experimenta ante él ¿es siempre igual o, por el contrario, unas veces se debilita y otras veces crece?

–Crece sin parar.

–Ahora quiero que me diga una cosa, si usted me lo permite.

–Se lo ruego.

–En este preciso momento, mientras usted está aquí sentada, ¿dónde está su marido?

–En casa.

–¿Qué está haciendo?

–Está en su despacho, durmiendo.

–Y después, ¿a qué hora se levanta?

–Se levanta a las ocho.

–¿Qué hace entonces?

Mi invitada sonrió y dijo:

–Se lava, se pone la chaqueta, se pasa a ver a los niños y juega al *bix*[*] media hora; después traen el samovar y yo le sirvo una taza de té.

–Ya lo ve –dije–: la taza de té, el samovar, la lámpara doméstica; son objetos hermosos, en torno a los cuales solemos reunirnos.

–Hermosas palabras.

–¿Y todo esto transcurre de un modo más o menos agradable?

–Para él, sí; eso creo.

–Discúlpeme, pero es que, en este asunto que usted ha tenido a bien revelarme, en quien hay que pensar es en él: él es el único que tiene ese derecho; no los niños, que no pueden, que no deben, llegar a saberlo nunca; ni tampoco usted, claro está, porque usted le ha causado el sufrimiento, mientras que él es el sujeto paciente. Por eso es por lo que hay que pensar en él, para evitar que sufra; así que intente imaginarse que él, en lugar de beberse el té y, a lo mejor, besarle a usted respetuosamente la mano...

–¿Y bien?

–O más tarde, cuando se pone a trabajar... o luego, cuando cena y le da a usted tranquilamente las buenas noches... Imagínese que, en lugar de todo eso, escucha su confesión, y descubre que toda su vida, desde el primer mes o incluso desde el primer día de matrimonio, ha transcurrido en un marco desprovisto de todo sentido. Dígame: ¿le va a beneficiar así o le va a perjudicar?

–No lo sé; si yo lo supiera, si fuera capaz de tomar esa decisión, no estaría aquí hablando de esto. Le estoy pidiendo un consejo: ¿qué cree que debo hacer?

–Yo no puedo aconsejarla; lo que sí puedo hacer es exponerle la opinión que está madurando en mi interior. Sin embargo, para que adquiera una forma clara y definida, me permito plantearle una pregunta más... Los sentimientos de una persona nunca son inalterables... ¿Su animadversión a aquel hombre se va debilitando?

–¡No, se está agudizando!

La mujer exclamó esto con dolor de corazón, dio incluso la impresión de estar dispuesta a levantarse, como si quisiera apartarse de algo que yo había visto en mi imaginación. A pesar de que no podía ver su rostro, sentí que estaba sufriendo terriblemente y que su sufrimiento había alcanzado tal grado que estaba a punto de estallar.

–Por consiguiente –dije–, usted le condena cada vez con más decisión...

–Sí, cada vez más a menudo...

–Muy bien –dije–, ahora me permito decirle que lo sensato, en mi opinión, sería que usted, al volver a casa, se sentara a tomar el té, tal y como ha venido haciendo hasta ahora.

Me escuchó en silencio; tenía los ojos fijos en mí, y pude verlos brillar a través del velo; escuché el latido, fuerte y acelerado, de su corazón.

–¿Me aconseja usted que siga con el secreto?

–No le aconsejo nada, sino que pienso que eso sería lo mejor para usted, para él y para sus hijos, que, pase lo que pase, son sus hijos.

–¿Y por qué es mejor así? O sea, que ha de durar eternamente.

–Es mejor así, porque, si usted confesara, todo iría peor; y esa eternidad de la que usted habla resultaría aún más triste de lo que imagina.

–Mi alma se purificaría con el sufrimiento.

Me pareció ver su alma: era una alma viva, impetuosa, pero no era una de esas almas que purifica el sufrimiento. Por eso no respondí nada acerca de su alma, y volví a mencionar a los hijos.

Ella se retorció ambas manos, sus dedos crujieron y agachó la cabeza en silencio.

–¿Y cómo va a terminar mi epopeya?

–Bien.

–¿En qué confía usted?

–Confío en que el hombre a quien ama, o a quien no ama, según ha dicho, sino que se ha habituado a él... se le haga cada día más odioso.

–¡Ay! ¡Me resulta ya tan odioso!

–Le resultará aún más, y entonces...

–Le entiendo.

–Me alegro mucho.

–¿Usted quiere que le deje y que no diga nada?

–Creo que ésa sería la solución más feliz para su desgracia.

–Sí, y después...

–Y después usted... devolverá...

–No es posible devolver lo que no se tiene...

–Disculpe; lo que quería decir es que usted redoblará sus atenciones con su marido y su familia; eso le dará la fuerza para no olvidar, para preservar el recuerdo del pasado y encontrar motivos suficientes para vivir entregada a los demás.

Entonces, se levantó; se puso en pie de forma inesperada, se bajó un poco más el velo, me tendió la mano y dijo:

–Le estoy agradecida; me alegro de haber obedecido el impulso interior que me dijo que viniera a verle, tras la conmoción recibida por la tremenda impresión del entierro; al marcharme de allí era como si hubiera enloquecido, y afortunadamente no he hecho todo lo que me proponía hacer. ¡Adiós!

Me volvió a tender la mano y estrechó la mía con fuerza, haciéndome ver que no hacía falta que me moviera de mi sitio. Después hizo una inclinación y salió.

IV

Insisto en que no llegué a verle el rostro a aquella mujer; resultaba difícil juzgarlo sólo por su barbilla y por lo que se intuía tras el velo, como bajo una máscara, pero sí pude hacerme una idea de la gracia de su tipo, a pesar del abrigo de felpa y del sombrero. Tenía, como digo, un tipo elegante, grácil y de una viveza excepcional, que ha quedado grabado en mi memoria con una fuerza insólita.

Nunca hasta entonces me había encontrado en ninguna parte con aquella dama, y creo, basándome en su voz, que no era conocida mía. Hablaba en un tono sincero, con una voz suave y profunda de contralto que resultaba muy agradable; sus modales eran refinados, y podía tomarse por una mujer de mundo o, más exactamente, perteneciente al círculo de altos cargos: podía ser la mujer de un director o un vicedirector de departamento o algo por el estilo; en resumidas cuentas, era una señora desconocida para mí, y siguió siendo desconocida.

Habían transcurrido tres años desde el entierro de Dostoievski y los acontecimientos que he relatado. Durante el invierno había caído enfermo, y en primavera me dirigí al extranjero a tomar las aguas; fui hasta la estación de ferrocarril en compañía de un amigo y de una mujer de mi familia; íbamos en un coche; llevábamos con nosotros mi equipaje. Cuando recorríamos una de las calles que desembocan en la Avenida Nevski, en una curva, junto a la entrada de un gran edificio oficial, me fijé en una señora; inmediatamente, y pese a mi miopía, la identifiqué con mi desconocida. No estaba en absoluto preparado para eso, no había vuelto a pensar en ella, y por eso el asombroso parecido me dejó atónito; por un momento, tuve la estúpida idea de bajarme, acercarme a ella, abordarla y preguntarle cualquier cosa, pero, como iba en compañía de otras personas, afortunadamente no hice nada de esto, y exclamé:

–¡Dios mío, es ella! –Cosa que arrancó una sonrisa de mis acompañantes.

Efectivamente, era ella. He aquí cómo lo descubrí.

Como suelen hacer todos los rusos, o la mayoría de ellos, di algunos rodeos en mi viaje. En primera instancia pasé por París, y en julio estuve tomando las aguas; tan sólo en agosto me presenté en el lugar donde se suponía que estaría ya en junio. Pronto entré en contacto con la mayoría de los rusos que estaban tratándose allí; como conocía a casi todo el mundo, la presencia de un nuevo rostro no me pasaba desapercibida.

Un buen día, mientras estaba sentado en un banco en el parque situado junto al camino de la estación, vi pasar un coche en el que iban un hombre con un abrigo claro y sombrero y una señora con velo, y enfrente de ellos un niño de unos nueve años.

Y otra vez me volvió a ocurrir lo mismo que me ocurrió al marcharme de San Petersburgo:

–¡Dios mío, es ella!

En efecto, era ella.

Al día siguiente, en el restaurante del parque, distinguí en una mesita al marido, de aspecto agradable, aunque excesivamente delgado, y al hijo, de una belleza extraordinaria. El niño tenía cierto aire agitanado: de piel morena, con el pelo negro y rizado y unos grandes ojos profundamente azules.

Me permití una pequeña vileza: soborné a un camarero para que me preparase una mesa cercana a la de la señora; quería verle bien la cara.

Era una mujer guapa, con una expresión agradable y dulce, aunque algo anodina. Ella me reconoció, sin duda alguna, pues en dos o tres ocasiones se esforzó por girarse en su silla para dificultarme la observación; pero después se levantó, se dirigió a una señora conocida mía, habló un momento con ella, se apartó y volvió con el marido.

Aquella tarde, después del café, en uno de los conciertos en que solíamos reunirnos, la conocida mía a la que se había dirigido la nueva huéspeda me dijo que quería presentarme a la señora N., que pasaba por allí cerca en aquel preciso instante. Inmediatamente, nos presentó. Yo le dije alguna frase trivial, y ella me respondió con palabras igualmente triviales; pero en aquellas palabras, en aquella voz, en aquellos modales, yo la reconocí. Era ella, no había ninguna duda, y era lo bastante lista para darse cuenta de que la había reconocido, y decidió no intentar evitarme, sino frecuentarme. Podía contar con mi honradez con relación a lo que en aquella ocasión me había dicho...

Desde aquel momento empezamos a vernos, e incluso hicimos varias excursiones en compañía de otras damas conocidas y sus hijos. A su marido no parecían gustarle mucho tales excursiones: le dolía una rodilla y cojeaba levemente; aparte de eso, no acabo de entender lo que le ocurría: no sé si estaba cansado de su mujer, o si deseaba ser libre y cortejaba a alguna, o incluso a más de una, de las damas de dudosa reputación que allí se habían congregado. En todos nuestros encuentros y conversaciones, ella nunca manifestó ni dio a entender que hubiera estado en mi casa o que nos hubiéramos visto con anterioridad; pero yo sentía claramente que ambos dábamos por descontado que nos entendíamos. Y de pronto, estando así las cosas, se produjo un acontecimiento totalmente imprevisible.

Una deliciosa mañana, ella no apareció acompañando al marido en el paseo hasta el manantial: él se presentó solo a tomar el café y dijo que su Anatoli se encontraba mal y que la madre estaba fuera de sí a causa del pesar.

Aquella tarde, a las ocho, mi portero me informó de que en cierto hotel había muerto un niño de difteria; se trataba, evidentemente, del hijo de mi desconocida.

Yo no me incluyo entre las personas demasiado prudentes y por eso cogí sin demora mi sombrero y me dirigí a ese hotel. Por alguna razón creía que el marido iba a reaccionar con cierta apatía en aquella situación; si la víctima de la difteria era efectivamente su hijo, tal vez mi ayuda o colaboración podrían ser convenientes.

Nunca olvidaré lo que vi al entrar en el apartamento que ocupaban en el hotel. Constaba únicamente de dos cuartos: en el primero, un recibidor con muebles tapizados en terciopelo rojo, se hallaba mi desconocida, con el cabello alborotado y la mirada perdida; tenía los dedos de ambas manos extendidos, en actitud de proteger un diván donde yacía un bulto cubierto por una sábana; por

debajo de la sábana asomaba una pierna pequeña y azulada: era él, el difunto Anatoli. Al lado de la puerta estaban dos hombres, a los que yo no conocía, con abrigos grises, y a sus pies había un cajón: no un féretro, sino un cajón, algo así como un arcón para guardar velas, de unos dos *arshines* de profundidad, y lleno hasta media altura de una sustancia blanca, que al principio me pareció leche o almidón. Delante de ellos estaban el comisario de policía y un civil con un distintivo. Hablaban a gritos. Ausente el marido, la mujer estaba allí sola, sin parar de discutir, tratando de defenderse; al verme, exclamó:

–¡Dios mío! ¡Ayúdeme, protéjame! Quieren llevarse a mi hijo, no nos permiten enterrarlo; acaba de morir.

Quise intervenir, pero habría sido completamente inútil, aun en el supuesto de que hubiésemos tenido fuerza suficiente para doblegar a los cuatro hombres. Éstos, sin ninguna consideración y con bastante rudeza, metieron a la mujer en el otro cuarto y cerraron la puerta, y ella empezó a dar golpes con el puño, acompañados de lamentos estremecedores, todo ello sin ningún resultado. Entre tanto, cogieron al niño, muerto en la flor de la vida, lo introdujeron en la solución de cal, agarraron rápidamente el cajón y se alejaron a toda prisa.

V

En las pequeñas ciudades con establecimientos de baños y en los balnearios, los fallecimientos ocasionan un enorme malestar. Los propietarios de hoteles y apartamentos evitan por todos los medios a los huéspedes cuyo estado de salud hace temer una muerte repentina.

En ninguna de estas localidades se autorizan los cortejos fúnebres y, si se produce una defunción, la ocultan al resto de la gente y, sin vacilar, trasladan al finado en ferrocarril, sin ritos ni ceremonias.

Las enfermedades contagiosas con desenlace mortal son muy poco frecuentes: en la localidad donde murió el hijo de aquella dama se trataba del primer caso, y la noticia se extendió entre el público con una celeridad increíble, originando un miedo terrible, sobre todo en las mujeres. Los médicos locales, que en tales lugares constituyen la clase dirigente, se afanaron por aplacar los espíritus excitados y, rivalizando en celo unos con otros, se enemistaron y se dividieron en dos bandos. Unos, entre los que figuraban los dos médicos que habían tratado al niño, no negaban que la causa de la muerte de la criatura hubiera sido una auténtica difteria, aunque aseguraban que se habían adoptado todas las medidas para prevenir el contagio: en sus visitas al paciente habían llevado un traje especial y, al salir, se habían desinfectado escrupulosamente; estos dos médicos se habían afeitado incluso, para demostrar que se tomaban la cosa muy en serio. Los otros, muchísimo más numerosos, decían que el caso era muy dudoso y presentaba numerosos datos contradictorios, y acusaban a sus colegas de exagerar imprudentemente la enfermedad del niño, despertando con ello una gran alarma que sólo había servido para acabar con la tranquilidad de los enfermos y, sobre todo, para amenazar los intereses económicos locales. Esta segunda fracción de los médicos desaprobaba la actuación de los representantes del poder local, quienes se habían comportado de forma especialmente brutal y descortés con la señora N., arrebatándole al hijo con una violencia propia de bandoleros poco menos que en el momento mismo de su muerte, y sumergiéndolo en cal tal vez antes incluso de que los últimos rescoldos de vida se hubieran apagado en él. Denunciando esa brutalidad, los médicos pretendían apartar de sí la atención del público, desviándola hacia otras personas, cuya conducta, ciertamente, había constituido una grave descortesía; pero no lo consiguieron. Cuando llega la hora de ponerse a salvo, el egoísmo humano se vuelve especialmente execrable, y entre el público no había nadie dispuesto a prestar la suficiente atención al estado de la desdichada madre. Al contrario, si se trataba de difteria, no había que andarse con miramientos, y cuanto mayores fueran la resolución y firmeza de las autoridades, tanto mejor. No se podía, en efecto, exponer a otras personas a ese peligro. Lo único que les interesaba saber era adónde habían enviado el cajón con el peligroso

cadáver. Y las noticias que recibieron a este respecto eran bastante tranquilizadoras. El cajón lo habían transportado hasta un negro cenagal, del que antes extraían lodo medicinal para los baños. Habían hundido el cajón en ese cenagal, sumergiéndolo en una de las profundas hoyas que allí había, cargado con piedras y tras haberlo cubierto una vez más con cal viva. No parecía posible ocuparse del cadáver infectado con mayor decisión y rigor. Tras esto, empezaron las dificultades para el hotel, del que habían huido casi todos sus ocupantes; sólo se quedaron los más modestos, que no podían permitirse el lujo de dejar una habitación que tenían pagada con un mes de antelación. Era preciso desinfectar todo el hotel o, al menos, las habitaciones que había ocupado la familia N., así como las estancias contiguas; también era preciso desinfectar el pasillo, por el que había correteado el niño, y el rincón del comedor en el que comía junta la familia N. Todo ello representaba una suma muy estimable de dinero, más de trescientos florines, si no me equivoco, pues se consideraba imprescindible reducir a cenizas todo el mobiliario ligero de tres apartamentos y sustituir las cortinas, alfombras y guardapuertas de los demás aposentos por unas nuevas. Por ese motivo, el dueño del hotel le planteó al señor N. sus exigencias económicas, y los representantes municipales apoyaron el derecho del dueño, quien, incluso contando con la indemnización exigida, sufriría de todos modos pérdidas por lo ocurrido, pues la mayor parte de sus habitaciones se quedarían vacías durante toda la temporada, y en el futuro se arriesgaba a perder la clientela, dado el gran número de visitantes a quienes había llegado la noticia del caso de difteria.

Esa clase de reclamaciones eran algo nuevo para los visitantes, y todos tenían interés en saber cómo acabaría aquello. Algunos encontraban mezquinas tales demandas, mientras que a otros les parecían legítimas, aunque excesivas. En todas partes se hablaba de esto, y el señor N. se convirtió en un personaje interesante. Sorprendentemente, a nadie le inquietaba su compañía. No temían acercarse a él, porque sabían que, por ser un hombre enfermo, había abandonado su habitación nada más manifestarse la enfermedad de su hijo y no había regresado hasta después de su muerte. No le preguntaban por su mujer, a la que nadie había visto en los últimos días. Pensaban que se habría marchado a otro lugar, o que ella también estaría enferma. El señor N. se bastaba por sí solo para satisfacer la curiosidad de quienes estaban interesados en los asuntos de los forasteros. Cada día, el señor N. les comentaba las exigencias que le formulaban, y cómo respondía a ellas. Reconocía que el dueño del hotel había sufrido pérdidas y que sin duda la muerte de su hijo había sido la causa de tales pérdidas, pero negaba que tuvieran derecho a imponerle arbitrariamente aquel pago, y no quería pagar nada sin un juicio.

–Supongamos –decía– que yo tengo la obligación de pagar; pero eso no me lo puede exigir un comisario cualquiera acompañado por tres burgueses, sino que es algo que tiene que ser estipulado a través de un juicio formal, al que yo me pueda someter. Pero, además, eso conlleva una sentencia: la de pagar. De acuerdo, siempre que yo tenga con qué hacerlo. Que se queden con mi maleta, y asunto concluido. Si estuviera en mi lugar un pobre infeliz, estoy seguro de que ni siquiera se habría planteado la discusión.

Todos estaban entretenidos colocando las piezas de este mosaico, de manera que siempre había gente alrededor del señor N., discutiendo de sus derechos y de las contrariedades que le sobrevenían. Pronto, sin embargo, el caso se fue resolviendo de forma pacífica: el municipio no quería llevar la cuestión a los tribunales, ya que entonces el debate sobre el caso de difteria habría tenido mayor repercusión, y decidieron zanjar el asunto con un acuerdo amistoso, según el cual el señor N. pagaría la factura que le presentasen los encargados de la desinfección.

Así podría haber acabado todo, pero de pronto se produjo un nuevo suceso: la señora N., que llevaba ocho días en la habitación grande del hotel, se acercaba a diario al cenagal donde habían arrojado el cajón con el cadáver de su niño, pero al noveno día no regresó de ese desplazamiento. La buscaron en vano: nadie la había visto ni en el bosque ni en el parque, no había visitado a ninguno de sus conocidos, no había estado tomando el té en ningún restaurante; sencillamente, había desaparecido, y con ella habían desaparecido unas pesas de hierro con las que su marido hacía gimnasia en la habitación. La buscaron infructuosamente tres o cuatro días, y luego empezó a

extenderse la sospecha de que, muy probablemente, se había ahogado en aquel mismo cenagal. Aquella sospecha, según dicen, se vio confirmada más adelante, aunque su cuerpo, después de ascender hasta la superficie, se lo tragó nuevamente el cenagal. El caso es que había muerto.

Fueron unos acontecimientos notables por su carácter trágico y por el silencio que los rodeó: la desaparecida señora N. no dejó una nota ni ninguna otra señal de su decisión de acabar con su vida. El señor N. despertó la compasión de mucha gente; él, por su parte, se mostró muy discreto y guardó un silencio frío y distante; decía: «Lo mejor que puedo hacer es marcharme de aquí», pero no se marchaba, porque su propia salud estaba muy debilitada y necesitaba completar el período de tratamiento en aquellas aguas.

Mi relación con él no era nada cordial: estaba claro que éramos dos personas con un carácter muy diferente. A pesar de que yo conocía un secreto de familia que debería haberme hecho sentir compasión por ese hombre, me resultaba mucho más antipático que su mujer, que era la que había traído la deshonra al matrimonio. Yo no tenía ningún motivo para desear intimar con él, pero, por alguna razón que se me escapa, de pronto empezó a juzgarme digno de su atención y, en las conversaciones que teníamos, solía evocar, con mucha frecuencia y de muy buena gana, el recuerdo de su difunta esposa.

Antón P. Chéjov

Antón Pávlovich Chéjov nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia, en 1860. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú. Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó su novela corta *La estepa* (ALBA CLÁSICA núm. LIII, junto con *En el barranco)*, escribió su primera obra teatral, *Ivanov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título de *La isla de Sajalín* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXVI). En 1896 estrenó *La gaviota* y en 1899 *Tío Vania* (1899), a las que seguirían *Tres hermanas* (1901) y *El huerto de los cerezos* (1904), todas ellas publicadas en la colección ARTES ESCÉNICAS/OBRAS. Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que aún hoy sigue vigente. Alba Editorial ha publicado una extensa antología de sus *Cuentos* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXI) y un volumen con *Cinco novelas cortas* (ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XLI), así como dos selecciones de textos teóricos a cargo de Piero Brunello, *Sin trama y sin final: 99 consejos para escritores* (ALBA CLÁSICA núm. LXXVI) y *Unos buenos zapatos y un cuaderno de apuntes: Cómo hacer un reportaje* (ALBA CLÁSICA núm. LXXVII). Chéjov murió en Badenweiller en 1904.

«Agafia» se publicó en la revista *Tiempo Nuevo* en marzo de 1886. «Tristeza», en *La Gaceta de San Petersburgo*, en enero de 1886. «Enemigos», en *Tiempo Nuevo* en enero de 1887. «La apuesta», en *Tiempo Nuevo* en enero de 1889. «Gúsiev», en *Tiempo Nuevo*, en diciembre de 1890. «Campesinas», en *Tiempo Nuevo*, en julio de 1891. «La nueva dacha», en *Noticias Rusas*, en enero de 1899. «La dama del perrito», en *Pensamiento Ruso*, en diciembre de 1899.

Agafia

Durante mi estancia en el distrito de S. tuve ocasión de visitar a menudo los huertos de Dubovo y a su cuidador, Savva Stukach, o simplemente Savka. Esos huertos eran mi lugar preferido para la llamada pesca «general», en la que se parte de casa sin saber el día ni la hora en que se regresará, equipado de toda clase de aparejos y pertrechado de provisiones. A decir verdad, lo que me interesaba, más que la pesca, era ese sosegado deambular, las comidas a cualquier hora, las conversaciones con Savka y la larga contemplación de las serenas noches estivales. Savka era un muchacho de unos veinticinco años, alto, atractivo, lleno de salud, duro como el pedernal. Pasaba por hombre juicioso y sensato, sabía leer y escribir, rara vez bebía vodka, pero como trabajador ese hombre joven y fuerte no valía un céntimo. Sus músculos resistentes como cables estaban llenos de energía y a la vez de una pereza abrumadora, invencible. Vivía en la aldea, como todos, en una isba de su propiedad, disponía de una parcela de tierra, pero no la araba ni la sembraba ni se ocupaba de ninguna actividad. Su anciana madre mendigaba bajo las ventanas; en cuanto a él, vivía como un ave del cielo: por la mañana no sabía lo que comería a mediodía. No es que careciera de voluntad, de energía o de compasión por su madre, sino simplemente que no tenía inclinación por el trabajo ni era consciente de su utilidad… Toda su figura desprendía un aura de placidez y revelaba el gusto innato, casi la vocación artística por una vida regalada, sin ninguna clase de esfuerzo. Cuando su cuerpo joven y lleno de salud sentía la necesidad fisiológica de ocuparse de algún trabajo muscular, el muchacho se entregaba durante algún tiempo a alguna profesión liberal pero fútil, como el aguzamiento de jalones de los que nadie tenía necesidad, o entablaba una carrera de velocidad con las mujeres. Su estado favorito era la inmovilidad concentrada. Era capaz de pasar horas enteras en un mismo sitio, sin cambiar de postura, con la mirada fija en un punto. Se revolvía al compás de su inspiración y sólo cuando se presentaba la ocasión de hacer un movimiento rápido y brusco: coger por la cola a un perro que corría, arrancarle el pañuelo a una mujer, salvar un ancho hoyo. Ni que decir tiene que, siendo tan parco en movimientos, Savka era más pobre que una rata y vivía peor que un pordiosero. Con el paso del tiempo fueron acumulándose los atrasos en el pago de sus impuestos y, a pesar de su juventud y de su salud, la asamblea acabó confiándole una ocupación reservada a los viejos: guardián y espantapájaros de los huertos comunales. Por mucho que los vecinos se reían de su vejez anticipada, él ni se inmutaba. Esa ocupación tranquila, propicia para una contemplación inmóvil, estaba en perfecta consonancia con su naturaleza.

Una hermosa tarde de mayo me encontraba en compañía de ese Savka. Recuerdo que estaba tumbado sobre una manta de viaje desgarrada y ajada, casi en la entrada de su cabaña, de la que salía un olor intenso y sofocante a hierba seca. Con las manos en la nuca, miraba el panorama que se abría ante mis ojos. Junto a mis pies había unas horcas de madera. Detrás se destacaba, como una mancha negra, el perro de Savka, Kutka, y a dos *sazhens*[*] de éste, como mucho, se recortaba la escarpada orilla. Al estar tumbado, no alcanzaba a ver el río. Sólo vislumbraba las cimas de las mimbreras que se apretujaban en esta ribera y el borde sinuoso y como roído de la otra. En la lejanía, sobre una sombría colina, se acurrucaban unas contra otras, como jóvenes perdices asustadas, las casas de la aldea en que vivía Savka. Más allá de la colina se apagaba el crepúsculo. Sólo quedaba un rayo de un púrpura pálido y aun éste estaba cubierto de menudas nubes, como brasas de ceniza.

A la derecha de los huertos la masa oscura de una aliseda susurraba dulcemente y a veces se estremecía por alguna súbita ráfaga de viento; a la izquierda se extendían los campos ilimitados. Allí donde las tinieblas no permitían ya al ojo distinguir el cielo de la tierra, centelleaba con fuerza una lucecilla. Savka estaba sentado a poca distancia de mí. Con las piernas dobladas a la turca y la cabeza

gacha, contemplaba a Kutka con aire meditabundo. Nuestros anzuelos, provistos de cebo vivo, llevaban ya un buen rato bajo el agua, de modo que no teníamos otra cosa que hacer que entregarnos a ese reposo tan apreciado por Savka, que no se fatigaba nunca y siempre estaba fresco. Los últimos rayos del sol poniente aún no se habían apagado del todo, pero la noche estival envolvía ya la naturaleza con su caricia deleitosa, que incita al descanso.

Todo se sumergía en la profundidad del primer sueño, sólo un ave nocturna desconocida para mí lanzaba en el bosque un largo gorjeo articulado, prolongado y perezoso, semejante a las palabras: «¿Has visto a Nikita?», y al punto se respondía a sí misma: «¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto!».

–¿Por qué no cantan los ruiseñores? –pregunté a Savka.

Éste se volvió lentamente hacia mí. Tenía unos rasgos pronunciados y nítidos, pero a la vez expresivos y suaves como los de una mujer. Luego contempló con sus ojos dulces y soñadores el bosque y las mimbreras, sacó del bolsillo con parsimonia un caramillo, se lo llevó a los labios y se puso a imitar el canto de un ruiseñor hembra. Al punto, como en respuesta a su llamada, en la orilla opuesta se oyó el graznido de un rascón.

–Ahí tiene a su ruiseñor… –dijo Savka con una sonrisa–. ¡Derg-derg! ¡Derg-derg! Chirría como una cerradura vieja y seguro que se imagina que canta.

–Me gusta esa ave… –dije yo–. ¿Sabes? Durante la migración el rascón no vuela, sino que corre por el suelo. Sólo vuela para atravesar los ríos y los mares, lo demás lo hace a pie.

–Vaya… –farfulló Savka, mirando con respeto el lugar en el que había graznado el rascón.

Sabiendo lo aficionado que era Savka a escuchar, le conté todo lo que había leído del rascón en los libros de caza. De ese tema pasé sin darme cuenta a las migraciones. Savka me escuchaba con atención, sin pestañear, en todo momento con una sonrisa de satisfacción.

–¿Y cuál es la patria de las aves? –preguntó–. ¿Estas tierras o aquéllas?

–Éstas, sin duda. Aquí es donde nacen y donde crían, de modo que ésta es su patria; sólo vuelan a otras regiones para no morir de frío.

–¡Curioso! –exclamó Savka, estirándose–. Cualquier tema del que se hable está lleno de sorpresas. Ya se trate de las aves, de los hombres… o de esta piedra, todo tiene su sentido. ¡Ah, señor, de haber sabido que venía usted, no le habría dicho a esa mujer que se reuniera aquí conmigo…! Hay una que me ha pedido venir hoy…

–¡Ah, por favor, no quiero molestar! –dije yo–. Puedo tumbarme en el bosque…

–¡Nada de eso! No se va a morir por venir mañana… Si se quedara sentada, escuchando la conversación… pero no parará de hablar. Estando ella presente, no será posible tener una conversación sensata.

–¿Es a Daria a quien esperas? –le pregunté después de una pausa.

–No… Hoy va a venir una nueva… Agafia, la del guardagujas.

Savka pronunció esas palabras con su voz habitual, desganada, un poco sorda, como si estuviera hablando de tabaco o de unas gachas, pero yo me quedé sorprendido. Conocía a Agafia, la del guardagujas… Era una mujer muy joven, de unos diecinueve o veinte años, que se había casado hacía unos diez o doce meses con un muchacho joven y bravo, guardagujas del ferrocarril. Vivía en la aldea y su marido venía a pasar casi todas las noches con ella.

–¡Tus aventuras con las mujeres acabarán mal, amigo! –dije con un suspiro.

–Me da igual… –y, al cabo de una pausa, añadió–: Se lo he dicho a ellas, pero no me escuchan… A las muy tontas les entra por un oído y les sale por el otro.

Se produjo un silencio… Las tinieblas, entre tanto, se espesaban cada vez más y los objetos perdían sus contornos. El rayo que centelleaba más allá de la colina se había apagado del todo, las estrellas refulgían y resplandecían con fuerza creciente, cada vez más brillantes y luminosas… El chirrido monocorde y melancólico de los grillos, el graznido del rascón y el chillido de la codorniz, lejos de quebrar el silencio de la noche, reforzaban su inmensa monotonía. Parecía como si esa suave

melodía que encantaba los oídos no emanara de las aves ni de los insectos, sino de las estrellas que nos contemplaban desde el firmamento…

El primero en romper el silencio fue Savka. Apartando lentamente los ojos del negro lomo de Kutka y fijándolos en mí, dijo:

–Veo que se aburre usted, señor. ¿Qué tal si cenamos?

Y, sin aguardar mi consentimiento, se deslizó boca abajo hasta la cabaña y se puso a buscar algo, haciendo que toda la cabaña se estremeciera como una hoja; luego salió, también arrastrándose, y puso delante de mí una botella de vodka y una escudilla de barro con huevos duros, tortas de centeno untadas en manteca, unas rebanadas de pan negro y alguna otra cosa… Bebimos el vodka en un vaso torcido, que no era posible mantener derecho, y atacamos los alimentos… Sal gruesa de color gris, tortas sucias y grasientas, huevos elásticos como el caucho… pero ¡qué suculento me pareció todo!

–Vives como un pordiosero, pero tienes buenos productos –dije, señalando la escudilla–. ¿De dónde los sacas?

–Me los traen las mujeres… –masculló Savka.

–¿Por qué razón?

–Pues… por piedad…

No sólo el menú, sino también la ropa de Savka portaba la marca de la «piedad» femenina. Así, esa velada advertí que llevaba un cinturón nuevo de gruesa lana y en el sucio cuello una cinta de un rojo vivo de la que pendía una cruz de cobre. Conocía la debilidad del bello sexo por Savka, como también su renuencia a hablar de ella, de modo que interrumpí mi interrogatorio. Además, no era momento para comentarios… Kutka, que daba vueltas a nuestro alrededor, esperando pacientemente un pedazo de comida, aguzó de pronto las orejas y empezó a gruñir. Se oyó un chapoteo lejano, intermitente.

–Alguien atraviesa el vado… –dijo Savka.

Al cabo de unos tres minutos Kutka volvió a gruñir y emitió un sonido semejante a una tos.

–¡Cállate! –le gritó su amo.

Unos pasos tímidos resonaron en la penumbra con ruido sordo y una silueta de mujer surgió del bosque. La reconocí, a pesar de la oscuridad que nos rodeaba: era Agafia, la del guardagujas. Se acercó a nosotros con temor y se detuvo, respirando con dificultad. Probablemente estaba menos sofocada por la caminata que por el temor y el sentimiento desagradable que se experimenta siempre que se atraviesa un vado de noche. Al darse cuenta de que junto a la cabaña había dos hombres en lugar de uno, lanzó un débil grito y retrocedió un paso.

–¡Ah… eres tú! –exclamó Savka, metiéndose una torta en la boca.

–Sí… soy yo –balbució ella, dejando en el suelo un paquete y mirándome de reojo–. Yákov le manda saludos y me ha pedido que le traiga… esto…

–¿Por qué mentir? ¡Yákov! –dijo Savka con una sonrisa–. ¡No es necesario mentir, el señor sabe a lo que has venido! Siéntate, te invitamos.

Agafia volvió a mirarme de soslayo y se sentó con indecisión.

–Pensaba que ya no vendrías hoy… –dijo Savka, después de un largo silencio–. ¿A qué estás esperando? ¡Come! ¿O es que quieres vodka?

–¡Menuda idea! –comentó Agafia–. No estás tratando con una borracha…

–Bebe… Te pondrá a tono… ¡Vamos!

Savka le entregó el vaso torcido a Agafia, que lo vació poco a poco, pero no comió nada, contentándose con soplar ruidosamente.

–Me has traído algo… –continuó Savka, deshaciendo el paquete y adoptando un tono de condescendencia–. Las mujeres siempre tienen que traer alguna cosa. Vaya, una empanada y patatas… ¡Éstas sí que saben vivir! –dijo con un suspiro, volviéndose hacia mí–. ¡En toda la aldea sólo ellas tienen patatas después del invierno!

No veía el rostro de Agafia en la oscuridad, pero, a juzgar por el movimiento de sus hombros y de su cabeza, tenía la impresión de que no apartaba los ojos de Savka. No queriendo chafarles la

entrevista, me puse en pie y me dispuse a dar un paseo. Pero en ese momento, en el bosque, un ruiseñor emitió dos notas de contralto. Al cabo de medio minuto lanzó un trino agudo y ligero y, después de probar así su voz, empezó a cantar. Savka se incorporó de un salto y prestó oídos.

–¡Es el mismo de ayer! –dijo–. ¡Espere un poco…!

Y, con la rapidez de una flecha, se internó en el bosque sin hacer ruido.

–¿Qué vas a hacer? –le grité mientras se alejaba–. ¡Déjalo!

Savka hizo un gesto con la mano para indicarme que no gritara y desapareció en la oscuridad. Cuando quería, Savka era un pescador y un cazador extraordinario, pero en ese momento gastaba en balde tanto sus dotes como sus fuerzas. Por lo común era perezoso y empleaba toda su pasión de cazador en empresas vanas. Así, atrapaba ruiseñores con las manos, disparaba a los lucios con perdigones y pasaba horas enteras a la orilla del río, empeñado en cobrar peces pequeños con un anzuelo grande.

Al quedarse a solas conmigo, Agafia tosió y se pasó la mano por la frente varias veces… El vodka empezaba a surtir efecto.

–¿Cómo te va, Agafia? –le pregunté al cabo de una prolongada pausa, cuando el silencio se hizo embarazoso.

–Bien, gracias a Dios… No se lo cuente a nadie, señor… –añadió de pronto en un susurro.

–No te preocupes –la tranquilicé–. En cualquier caso, eres muy temeraria, Agafia… ¿Y si Yákov se entera?

–No se enterará…

–Nunca se sabe.

–No… Llegaré a casa antes que él. Está en la línea férrea y vendrá en el tren correo; desde aquí se le oye acercarse…

Agafia volvió a pasarse la mano por la frente y miró hacia el lugar por el que había desaparecido Savka. El ruiseñor cantó. Un ave pasó volando a ras de suelo y, al vernos, se estremeció, sacudió las alas y ganó la otra orilla del río.

El ruiseñor no tardó en callarse, pero Savka seguía sin regresar. Agafia se puso en pie, dio algunos pasos con aire preocupado y volvió a sentarse.

–¿Qué está haciendo? –no pudo dejar de preguntar–. ¡El tren no va a esperar a mañana! ¡Tengo que marcharme en seguida!

–¡Savka! –grité yo–. ¡Savka!

Ni siquiera el eco me contestó. Agafia se removió inquieta y volvió a levantarse.

–¡Debo irme! –exclamó con inquietud–. ¡El tren está al llegar! ¡Sé cuando pasan!

La pobre muchacha no se había equivocado. No había transcurrido un cuarto de hora cuando se oyó un ruido lejano.

Agafia se quedó mirando largo rato el bosque, agitando febrilmente los brazos.

–Pero ¿dónde está? –dijo con una risa nerviosa–. ¿Dónde diablos se ha metido? ¡Me marcho! ¡Palabra, señor, me marcho!

Entre tanto el ruido se hacía cada vez más nítido. Ya se distinguía el golpeteo de las ruedas de la trabajosa respiración de la locomotora. El tren silbó, atravesó el puente con sordo tamborileo… Al cabo de un instante todo quedó en silencio…

–Esperaré un minuto más… –dijo Agafia con un suspiro, sentándose con determinación–. ¡Así es, esperaré!

Por fin Savka apareció en medio de la oscuridad. Avanzaba en silencio, con los pies desnudos, por la mullida tierra del huerto, y murmuraba algo en voz baja.

–¡Menuda suerte tengo! –exclamó, con una alegre risa–. Acababa de acercarme al arbusto y preparaba ya la mano para atraparlo cuando se calló. ¡Ah, perro calvo! Estuve esperando un buen rato a que volviera a cantar y luego me di por vencido…

Savka se tumbó torpemente junto a Agafia y, para guardar el equilibrio, le cogió el talle con ambas manos.

–Y tú ¿por qué pones esa cara de niña sin madre? –preguntó.

A pesar de su bondad y sencillez Savka menospreciaba a las mujeres. Las trataba con desdén y altanería, y llegaba hasta el extremo de reírse con desconsideración de la debilidad que sentían por él. Quién sabe, tal vez esa actitud despreocupada y desdeñosa era una de las razones de la seducción poderosa e irresistible que ejercía sobre las dulcineas de la aldea. Era atractivo, de formas armoniosas, en sus ojos brillaba siempre, incluso cuando miraba a las despreciadas mujeres, una dulzura serena, pero los atributos externos no bastaban para explicar ese encanto. Además de su afortunado físico y de la peculiaridad de sus modales, hay que pensar que parte de su fascinación se debía a su conmovedor papel de fracasado reconocido, de desdichado expulsado de su isba natal y relegado a los huertos.

–¡Cuéntale al señor a qué has venido! –continuó Savka, sin soltar el talle de Agafia–. ¡Vamos, díselo, mujer casada! Jo, jo… ¿Y si le damos un poco más de vodka a nuestra amiga Agafia?

Me levanté y me puse a caminar por el huerto, entre los bancales, que en la oscuridad parecían grandes tumbas aplastadas. Del lugar se alzaba un olor a tierra removida y a la suave humedad de las plantas, que empezaban a cubrirse de rocío… A la izquierda seguía brillando la lucecilla roja. Parpadeaba con aire afable y parecía sonreír.

Escuché una risa alegre. Era Agafia.

«¿Y el tren? –pensé–. Hace tiempo que ha llegado.»

Al cabo de un rato, volví a la cabaña. Savka, inmóvil, sentado a la turca, tatareaba en voz baja, apenas audible, una canción compuesta exclusivamente de monosílabos, algo así como: «Ah, tú; eh, tú… yo y tú». Agafia, embriagada por el vodka, las despectivas caricias de Savka y el bochorno de la noche, estaba tendida a su lado, apretando convulsivamente el rostro contra sus rodillas. Se había entregado de tal modo a su pasión que ni siquiera advirtió mi llegada.

–¡Agafia, el tren ha pasado hace tiempo! –exclamé yo.

–Es hora de que te vayas –dijo Savka, apoyando mis palabras y sacudiendo la cabeza–. ¿Qué haces ahí tumbada? ¡Desvergonzada!

Agafia se estremeció, apartó la cabeza de las rodillas de Savka, me miró y volvió a apretarse contra él.

–¡Deberías haberte ido hace tiempo! –dije yo.

Agafia se agitó, apoyó una rodilla en el suelo… Sufría… Al cabo de medio minuto toda su figura, en lo que pude distinguir a través de la penumbra, adoptó una expresión de lucha y de vacilación. Hubo un momento en que pareció volver en sí y estiró el tronco para ponerse de pie, pero una fuerza invencible e inexorable se apoderó de ella, lanzándola de nuevo contra Savka.

–¡Que se vaya al diablo! –dijo con una sonrisa salvaje y gutural, en la que se entreveraban la determinación irracional, la impotencia y el dolor.

Gané el bosque sin hacer ruido y desde allí descendí hasta el río, donde estaban nuestros aparejos de pesca. Las aguas dormían. Una flor grande y suave, de alto tallo, me acarició con delicadeza la mejilla, como un niño que quiere comunicar que no duerme. Como no tenía nada que hacer, busqué a tientas una de las cañas y tiré de ella. Se estiró apenas y quedó colgando: no habíamos cogido nada… No se veían ni la otra ribera ni la aldea. En una isba centelleó una luz, pero se extinguió en seguida. Busqué en la orilla un hoyo que había descubierto mientras aún había luz y me instalé en él como si fuera un sillón. Pasé allí un buen rato… Vi cómo las estrellas se cubrían de niebla y perdían su brillo, y cómo una ráfaga fresca, semejante a un leve suspiro, recorría la superficie de la tierra y agitaba las hojas de los sauces, apenas despiertos…

–¡A-ga-fia…! –gritó alguien con voz sorda desde la aldea–. ¡A-gafia!

El marido había regresado y, lleno de inquietud, buscaba a su mujer entre las isbas. En ese momento se oyó en el huerto una risa irresistible: su mujer se había desmandado, embriagado, y trataba de compensar con unas horas de felicidad el martirio que le esperaba al día siguiente.

Me quedé dormido.

Cuando me desperté, Savka, sentado junto a mí, me sacudía ligeramente el hombro. Todo estaba inundado de la viva claridad de la mañana: el río, el bosque, las dos orillas, los árboles y los campos, verdes y lavados. El sol acababa de salir y entre los delgados troncos de los árboles se filtraban algunos rayos que incidían sobre mi espalda.

–¿Es así como pesca? –dijo Savka con una sonrisa–. ¡Vamos, levántese!

Me puse en pie, me desperecé con placer y, mientras acababa de despertarme, aspiré con avidez el aire húmedo y perfumado.

–¿Se ha ido Agafia? –pregunté.

–Ahí va –respondió, señalando con la mano el lugar donde se encontraba el vado.

Miré hacia allí y vi a Agafia. Con la falda remangada, los cabellos en desorden y el pañuelo caído sobre la nuca atravesaba el río. Las piernas apenas la sostenían…

–¡La gata que roba sabe lo que la espera! –balbució Savka, mirándola con ojos entornados–. Va con el rabo entre las piernas… Estas mujeres son traviesas como gatas y cobardes como liebres… ¡No se fue ayer, la muy tonta, cuando se lo dijimos! Ahora le va a caer una buena, y a mí también… De nuevo van a azotarme por una mujer…

Agafia alcanzó la otra orilla y a través del campo se dirigió a la aldea. En un principio caminaba con bastante firmeza, pero pronto la preocupación y el pavor se apoderaron de ella: se volvió con temor y se detuvo para tomar aire.

–¡Tiene miedo! –dijo Savka con una triste sonrisa, mirando la estela de color verde vivo que Agafia iba dejando en la hierba empapada de rocío–. ¡No quiere ir! Hace ya una hora que el marido está esperándola… ¿Lo ha visto?

Savka pronunció las últimas palabras con una sonrisa en los labios, pero a mí se me encogió el corazón. En la aldea, junto a la última isba, en medio del camino, estaba Yákov, mirando fijamente a su mujer, que avanzaba hacia él. No movía un pelo, tieso como un poste. ¿En qué pensaba mientras la miraba? ¿Qué palabras preparaba para recibirla? Agafia se detuvo un instante, se volvió una vez más, como si esperara ayuda de nosotros, y siguió adelante. Nunca había visto tal forma de caminar, ni en un hombre borracho ni en uno sobrio. Era como si se retorciera bajo la mirada del marido. Ora zigzagueaba, ora se quedaba parada, doblando las rodillas y separando los brazos, ora retrocedía. Al cabo de unos cien pasos, se dio la vuelta otra vez y se sentó.

–Sería mejor que te escondieras detrás de un arbusto… –le dije a Savka–. El marido puede verte…

–No necesita verme para saber de dónde viene Agafia… Cuando las mujeres van al huerto por la noche, no es para coger coles: todo el mundo lo sabe.

Miré el rostro de Savka. Estaba pálido, crispado por esa mezcla de piedad y repugnancia que sienten ciertas personas cuando ven sufrir a los animales.

–Cuando el gato se divierte, el ratón llora… –dijo con un suspiro.

Agafia se levantó bruscamente, sacudió la cabeza y se dirigió hacia su marido con paso firme. Por lo visto, había hecho acopio de todas sus fuerzas y se había decidido.

Tristeza

¿A quién confiar mi pena?

Crepúsculo vespertino. Gruesos y húmedos copos giran perezosos alrededor de los faroles recién encendidos, cubriendo de una delgada y blanda capa los tejados, los lomos de los caballos, los hombros y las gorras. El cochero Iona Potápov, tan blanco como un fantasma, encorvado hasta donde puede hacerlo un ser humano, está sentado inmóvil en el pescante. Se diría que, aunque le cayera encima una montonera de nieve, no le parecería necesario sacudirse… Su caballejo también está parado y cubierto de nieve. Su inmovilidad, sus formas angulosas y sus patas rígidas como bastones lo hacen semejante, incluso de cerca, a uno de esos caballitos de bizcocho que cuestan un kópek. Es muy posible que esté sumido en sus propios pensamientos. ¿Cómo no va a meditar quien ha sido arrancado del arado, de los paisajes grises y familiares, y arrojado en medio de ese remolino lleno de luces monstruosas, ruidos incesantes y gentes apresuradas…?

Hace ya tiempo que Iona y su caballejo no se mueven de su sitio. Salieron antes de la comida, pero aún no se han estrenado. Sobre la ciudad cae ya la penumbra de la noche. La palidez de los faroles cede su lugar a un color más vivo y el ajetreo de la calle se hace más intenso.

–¡Cochero, a Viborg! –oye Iona–. ¡Cochero!

Iona se estremece y, a través de sus pestañas sepultadas por la nieve, ve a un militar con capote y capucha.

–¡A Viborg! –repite el militar–. ¿Duermes o qué? ¡A Viborg!

En señal de asentimiento Iona sacude las riendas, y ese movimiento hace caer del lomo del caballo y de sus propios hombros una capa de nieve… El militar se sienta en el trineo. El cochero chasquea los labios, extiende el cuello a la manera de un cisne, se incorpora y, más por costumbre que por necesidad, blande el látigo. El caballejo también extiende el cuello, tuerce sus patas rígidas como bastones e inicia la marcha con paso vacilante…

–¿Adónde vas, mastuerzo? –gritan al punto algunas voces en la oscura masa que se mueve a un lado y a otro–. ¿Dónde te metes? ¡Conserva la derecha!

–¡No sabes conducir! ¡Conserva la derecha! –se enfada el militar.

Un cochero le insulta desde lo alto de su berlina; un peatón, cuyo hombro tropieza con el hocico del caballejo al atravesar la calle, le dedica una mirada furibunda y se sacude la nieve de la manga. Iona se agita en el pescante como si estuviera sentado sobre alfileres, mueve los codos y dirige a un lado y a otro los ojos aturdidos, como si no comprendiera dónde está y qué hace allí.

–¡Qué canallas! –ironiza el militar–. Se han puesto de acuerdo para tropezar contigo y meterse debajo de las patas del caballo. Se han confabulado.

Iona se vuelve hacia su cliente y mueve los labios… Parece que quiere decir algo, pero de su garganta sólo sale un ronco murmullo.

–¿Qué? –pregunta el militar.

Iona esboza una torpe sonrisa, carraspea y comenta con voz gutural:

–Verá, señor… he perdido a mi hijo esta semana…

–¡Hum…! ¿Y de qué murió?

Iona vuelve todo el cuerpo y responde:

–¡Y quién lo sabe! Probablemente de fiebres… Pasó tres días en el hospital y murió… Es la voluntad de Dios.

–¡Échate a un lado, demonio! –grita alguien en medio de la oscuridad–. ¿Es que no tienes ojos en la cara, perro viejo? ¡Mira lo que haces!

–Vamos, vamos… –dice el pasajero–. A este paso no llegaremos hasta mañana. ¡Más deprisa!

El cochero vuelve a estirar el cuello, se endereza y blande el látigo con torpe ademán. Luego se vuelve varias veces hacia su cliente, pero éste ha cerrado los ojos y no muestra el menor interés en escucharlo. Tras dejarlo en Viborg, se detiene junto a una taberna, se encorva en el pescante y de nuevo se queda inmóvil… La húmeda nieve lo pinta otra vez de blanco, y también a su matalón. Pasa una hora, luego otra…

Por la acera, haciendo ruido con los chanclos y discutiendo, pasan tres jóvenes, dos de ellos altos y delgados, el tercero pequeño y jorobado.

–¡Cochero, al puente de la Policía! –grita con voz trémula el jorobado–. ¡Veinte kópeks… por los tres!

Iona tira de las riendas y chasquea los labios. Veinte kópeks es una cantidad irrisoria, pero poco le importa el precio… Le da lo mismo un rublo que cinco kópeks, con tal de que haya clientes… Los jóvenes se acercan al trineo y trepan al unísono al asiento, empujándose y lanzando improperios. A continuación se ocupan de resolver esta cuestión: ¿quiénes ocuparan los dos asientos y quién ira de pie? Después de largas disputas, caprichos y recriminaciones, deciden que el jorobado, por ser más pequeño, irá de pie.

–¡Bueno, arranca! –dice con voz temblorosa el jorobado, instalándose detrás y respirando en la nuca de Iona–. ¡Dale al látigo! ¡Vaya gorra que tienes, amigo! No la encontrarías peor en todo San Petersburgo…

–Ji, ji… ji, ji… –se ríe Iona–. Es la que tengo…

–¡Bueno, «es la que tengo», más deprisa! ¿Vas a ir así todo el camino? ¿Sí? ¿Quieres que te dé un golpe en el cogote…?

–Me duele la cabeza… –dice uno de los altos–. Ayer, en casa de los Dukmasov, Vaska y yo nos bebimos cuatro botellas de coñac.

–¡No sé por qué mientes tanto! –se enfada el otro largirucho–. Mientes como un animal.

–Que Dios me castigue si no es verdad…

–¡Tan verdad como que un piojo tose!

–Ji, ji –se ríe Iona–. ¡Qué señores tan alegres!

–¡Por Dios bendito…! –se indigna el jorobado–. ¿Vas a ir más deprisa o no, viejo del demonio? ¿Es que se puede llevar este paso? ¡Dale con el látigo! ¡Dale, por todos los diablos! ¡Golpéale fuerte!

Iona siente cómo el cuerpo del jorobado se agita a su espalda y percibe el temblor de su voz. Oye los improperios que le dirigen, mira a los pasajeros y la sensación de soledad poco a poco deja de oprimirle el pecho. El jorobado no para de injuriarle hasta que se atraganta con un insulto interminable, que acaba causándole un acceso de tos. Los altos empiezan a hablar de una tal Nadezhda Petrovna. Iona se vuelve hacia ellos. Aprovechándose de un breve momento de silencio, se gira de nuevo y balbucea:

–Esta semana… he perdido a mi hijo.

–Todos tenemos que morir… –suspira el jorobado, secándose los labios después del ataque de tos–. ¡Bueno, más deprisa, vamos! ¡Señores, decididamente no puedo seguir a este paso! ¿Cuándo llegaremos?

–¡Dale un golpe en el cogote a ver si se anima!

–¿Lo has oído, viejo del demonio? ¡Te voy a dar un pescozón…! ¡Como gastáramos ceremonias con vosotros, tendríamos que ir a pie! ¿Me oyes, maldito dragón? ¿O te da igual lo que te dicen?

Iona más bien oye que siente los sopapos que le caen en la nuca.

–Ji, ji… –se ríe–. Qué señores tan alegres… ¡Que Dios les dé salud!

–Cochero, ¿estás casado? –pregunta uno de los altos.

–¿Yo? Ji, ji… ¡Qué señores tan alegres! Ahora mi única mujer es la húmeda tierra… Ji, jo, jo… ¡Es decir, la tumba…! Mi hijo ha muerto y yo sigo vivo… Qué extraño, la muerte se equivocó de

puerta… En lugar de visitarme a mí, se llevó a mi hijo…

E Iona se vuelve para relatar cómo murió su hijo, pero en ese momento el jorobado deja escapar un leve suspiro y anuncia que, gracias a Dios, por fin han llegado. Tras recibir los veinte kópeks, Iona se queda mirando largo rato a los juerguistas, que desaparecen en un portal oscuro. De nuevo se queda solo, rodeado por el silencio… Su tristeza, apaciguada por un instante, se desata de nuevo, oprimiendo su pecho con mayor vehemencia. Sus ojos inquietos y doloridos recorren la multitud que discurre a un lado y otro de la calle: ¿no habrá entre esos miles de personas una sola que quiera escucharlo? Pero el gentío avanza, sin reparar en él ni en su pena… Una pena inmensa, ilimitada. Si su pecho estallara y su tristeza se derramara, acaso inundaría el mundo entero, y, sin embargo, es invisible. Ha sabido alojarse en un cascarón tan insignificante que ni siquiera en pleno día y con un farol podría verse…

Iona ve a un portero con un paquete y decide entablar conversación con él.

–¿Qué hora será, amigo? –pegunta.

–Las nueve pasadas… ¿Por qué te has parado aquí? ¡Circula!

Iona se aleja unos pasos, se encorva y se entrega a su pena… Considera ya inútil dirigirse a la gente. Pero no han pasado ni cinco minutos cuando vuelve a enderezarse, sacude la cabeza como si sintiera un agudo dolor y tira de las riendas… No puede más.

«A la cochera –piensa–. ¡A la cochera!»

Y el matalón, como si hubiera entendido su pensamiento, emprende un ligero trotecillo. Al cabo de hora y media, Iona ya está sentado junto a una estufa grande y sucia. En el poyo, en el suelo y en los bancos roncan varios hombres. Hace un calor sofocante… Iona mira a los durmientes, se rasca y lamenta haber regresado tan temprano…

«Ni siquiera he sacado para la avena –piensa–. A eso se debe mi tristeza. Un hombre que conoce su oficio… que tiene el estómago lleno y ha dado de comer a su caballo, siempre está tranquilo…»

En un rincón se levanta un joven cochero, carraspea y se arrastra con aire soñoliento hasta el cubo del agua.

–¿Tienes sed? –le pregunta Iona.

–¡Ya lo creo!

–Bueno… A tu salud… He perdido a mi hijo, amigo. ¿No te has enterado? Murió esta semana en el hospital… ¡Menuda historia!

Iona trata de observar el efecto producido por sus palabras, pero no ve nada. El joven se ha tapado la cabeza con la manta y se ha quedado dormido. El viejo suspira y se rasca… Tiene tanta necesidad de hablar como el joven de beber. Pronto hará una semana que murió su hijo y aún no ha hablado con nadie como Dios manda… Y esas cosas hay que contarlas con calma, tomándose su tiempo… Es preciso relatar cómo enfermó el hijo, cuánto sufrió, lo que dijo antes de expirar, cómo murió… Hay que describir el entierro y el viaje al hospital para recoger la ropa del difunto. En la aldea ha quedado su hija Anisia… También habría que hablar de ella… Temas de conversación no le faltan. Además, el oyente debe suspirar, gemir, lamentarse… Lo mejor sería hablar con mujeres. Son tontas, pero bastan dos palabras para que lloren a lágrima viva.

«Iré a ver al caballo –piensa Iona–. Para dormir siempre hay tiempo… Ya dormirás, descuida…»

Se viste y se dirige al establo donde está su caballo. Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo… Cuando está solo, no puede pensar en su hijo… Puede hablar de él con los demás, pero a solas le resulta absolutamente insoportable pensar en él y evocar su imagen…

–¿Rumias? –pregunta Iona a su caballo, mirando sus ojos brillantes–. Bueno, rumia si quieres… No hemos ganado para avena, así que tendremos que comer heno… Sí… Soy demasiado viejo para hacer de cochero… Es mi hijo quien debiera ocuparse de este oficio, no yo… Él sí que era un cochero de verdad… Sólo le bastaba haber vivido…

Iona guarda silencio durante un rato y prosigue:

–Así es, mi buen rocín… Kuzmá Iónich ya no está entre nosotros… Nos ha dejado… Se murió de repente, así como así… Supongamos que tuvieras un potrillo, que fueras la madre de ese potrillo… Si

de pronto, digamos, ese potrillo pasara a mejor vida… ¿No te daría pena?

El matalón rumia, escucha y resopla en las manos de su amo…

Iona no puede contenerse y se lo cuenta todo…

Enemigos

Poco después de las nueve de la noche, una oscura jornada de septiembre, moría de difteria el pequeño Andréi, hijo único del médico rural Kirílov. La madre acababa de arrodillarse ante el lecho del niño muerto, presa de un primer acceso de desesperación, cuando en el recibidor se oyó un fuerte timbrazo.

Por miedo al contagio todos los criados habían abandonado la casa desde la mañana. Kirílov, tal como estaba, sin chaqueta, con el chaleco desabotonado, el rostro cubierto de sudor y las manos quemadas por el ácido fénico, fue a abrir la puerta. El recibidor estaba a oscuras, de modo que del recién llegado sólo se distinguían su talla mediana, su bufanda blanca y su rostro grande y sumamente pálido, hasta el punto de que su aparición pareció aclarar el recibidor…

–¿Está el doctor en casa? –se apresuró a decir.

–Soy yo –respondió Kirílov–. ¿Qué se le ofrece?

–¿Es usted? ¡Me alegro mucho! –dijo el hombre, todo contento, y empezó a buscar en la penumbra la mano del médico; la cogió y la apretó con fuerza entre las suyas–. ¡Me alegro mucho, mucho! Nos conocemos. Soy Aboguin… Tuve el gusto de coincidir con usted el verano pasado en casa de Gnúchev. Me alegro mucho de encontrarlo en casa… Por el amor de Dios, no se niegue a venir conmigo ahora mismo… Mi mujer está gravemente enferma… Tengo el coche a la puerta…

Su voz y sus movimientos dejaban traslucir una gran agitación. Lo mismo que un hombre asustado por un incendio o un perro rabioso, apenas podía contener la respiración acelerada y hablaba muy deprisa, con voz temblorosa; en sus palabras se percibía un matiz de genuina sinceridad, de temor infantil. Como todas las personas asustadas y aturdidas, se expresaba mediante frases breves y entrecortadas y pronunciaba muchos vocablos innecesarios, que no guardaban relación con el asunto.

–Tenía miedo de no encontrarlo –continuó–. Mientras venía hacia aquí, he pasado un auténtico suplicio…. Vístase y partamos, por el amor de Dios… Todo ha sucedido de la siguiente manera. Aleksandr Semiónovich Papchinski, al que conoce usted, vino a verme… Charlamos un rato… Luego tomamos el té; de pronto mi mujer lanzó un grito, se llevó la mano al corazón y se desplomó sobre el respaldo de la silla. La llevé a la cama… le froté las sienes con amoniaco, le rocié la cara con agua… estaba como muerta… Temo que se trate de un aneurisma… Vamos… Su padre murió de un aneurisma…

Kirílov escuchaba en silencio, como si no comprendiera el idioma en el que hablaba aquel hombre.

Cuando Aboguin volvió a mencionar a Papchinski, al padre de su mujer y se puso a buscar de nuevo en las tinieblas la mano del médico, éste sacudió la cabeza y dijo, arrastrando con apatía cada palabra:

–Perdone, pero no puedo ir… Hace unos cinco minutos que… se ha muerto mi hijo…

–¿Es posible? –murmuró Aboguin, retrocediendo un paso–. ¡Dios mío, en qué momento más inoportuno he llegado! ¡Qué día tan desdichado…! ¡Qué día! ¡Vaya coincidencia! ¡Parece hecho a propósito!

Aboguin cogió el picaporte de la puerta y agachó la cabeza con aire meditabundo. Era evidente que vacilaba y no sabía qué hacer, si marcharse o seguir insistiendo.

–Escuche –dijo con determinación, cogiendo a Kirílov por la manga–. ¡Entiendo perfectamente su situación! Dios sabe la vergüenza que me da tratar de ganarme su atención en un momento semejante, pero ¿qué puedo hacer? Juzgue usted mismo, ¿a quién puedo recurrir? Es usted el único

médico del lugar. ¡Venga conmigo, por el amor de Dios! No se lo pido por mí… ¡No soy yo quien está enfermo!

Se produjo un silencio. Kirílov dio la espalda a Aboguin, esperó un instante y luego, con pasos lentos, se dirigió a la sala. A juzgar por sus andares inciertos y maquinales y por la atención con que arregló la pantalla de terciopelo de una lámpara apagada y echó una ojeada a un grueso libro que había sobre la mesa, en aquellos momentos no tenía intenciones ni deseos, no pensaba en nada; probablemente, ni siquiera se acordaba de que había un extraño en el vestíbulo. Por lo visto, las tinieblas y el silencio de la sala aumentaban su estupor. Al pasar de esa pieza a su despacho, levantó más de lo necesario el pie derecho y buscó con las manos la jamba de la puerta; en ese momento en toda su figura se percibió una suerte de incertidumbre, como si hubiera ido a parar a una casa ajena o se hubiera emborrachado por primera vez en su vida y la estupefacción de esa nueva sensación le dominara. En una pared del despacho, iluminando una estantería repleta de libros, se extendía una ancha franja de luz; llegaba desde la puerta entreabierta del dormitorio, junto con el olor intenso y penetrante del ácido fénico y el éter… El médico se desplomó en un sillón, delante de la mesa; durante un minuto dirigió una mirada soñolienta a los libros bañados por aquella luz, luego se levantó y pasó al dormitorio.

Allí reinaba una calma de muerte. Todo, hasta el menor detalle, hablaba con elocuencia de la tormenta reciente y del agotamiento de los moradores, pero ahora la pieza parecía sumida en el reposo. Una vela sobre un taburete, en medio de una plétora de frascos, cajas y tarros, y una lámpara de gran tamaño sobre la cómoda derramaban una intensa luz. En la cama, junto a la ventana, yacía un niño con los ojos abiertos y una expresión de sorpresa en el rostro. No se movía, pero sus ojos abiertos parecían adquirir a cada momento un matiz más sombrío y hundirse más en el interior de las órbitas. La madre, de rodillas ante la cama, con las manos sobre el cadáver y el rostro oculto entre los pliegues de las sábanas, estaba tan inmóvil como el niño, pero ¡cuánta vida se advertía en la curva de su espalda y en sus manos! Se había desplomado junto al lecho y perseveraba con vehemencia, ansia y convicción en esa postura serena y cómoda que por fin había encontrado para su cuerpo extenuado, como si temiera perderla. La manta, los trapos, las palanganas, los charcos en el suelo, los pinceles y las cucharas esparcidas por todas partes, la botella blanca de agua de cal y el mismo aire, cargado y sofocante: todo parecía detenido y sumido en el reposo.

El médico se detuvo junto a su mujer, metió las manos en los bolsillos del pantalón, ladeó la cabeza y fijó la vista en el hijo. Su rostro expresaba indiferencia; sólo las gotas que brillaban en su barba testimoniaban su reciente llanto.

No se percibían ese espanto y esa repugnancia que suelen rodear la idea de la muerte. En el estupor general, en la postura de la madre y en la indiferencia del rostro del médico había algo conmovedor, que llegaba al alma: la belleza sutil, apenas perceptible, del dolor humano, que aún tardará tiempo en comprenderse y describirse y que sólo la música parece capaz de transmitir. Esa belleza se percibía incluso en el siniestro silencio; Kirílov y su mujer callaban, no lloraban, como si fueran conscientes no sólo de la terrible pérdida, sino también de todo el lirismo de su situación: del mismo modo que antaño, en su momento, había pasado su juventud, ahora, con ese niño, desaparecía para siempre su derecho a tener hijos. El médico tenía cuarenta y cuatro años, peinaba canas y parecía un anciano; su esposa, marchita y enferma, contaba treinta y cinco. Andréi no sólo era su único hijo, sino también el último.

A diferencia de su mujer, el médico pertenecía a esa categoría de personas que, en los momentos de dolor moral, sienten la necesidad de moverse. Tras quedarse unos cinco minutos junto a su esposa, se dirigió, levantando mucho el pie derecho, a una habitación pequeña, ocupada en su mitad por un enorme y amplio sofá; de allí pasó a la cocina. Después de deambular un rato junto a la estufa y la cama de la cocinera, agachó la cabeza para atravesar la pequeña puerta que conducía al recibidor.

Allí volvió a ver la bufanda blanca y el rostro pálido.

–¡Por fin! –dijo Aboguin con un suspiro, poniendo la mano en el picaporte de la puerta–. ¡Vamos, por favor!

El médico se estremeció, le miró y se acordó…

–¡Escuche, ya le he dicho que no puedo ir! –exclamó, reanimándose–. ¡Menuda ocurrencia!

–Doctor, no soy de piedra, comprendo perfectamente su situación… ¡Le compadezco! –dijo Aboguin con voz suplicante, llevándose la mano a la bufanda–. Pero no se lo pido por mí… ¡Mi mujer se está muriendo! ¡Si hubiera oído su grito y visto su rostro, entendería mi insistencia! ¡Dios mío, pensaba que había ido usted a vestirse! ¡Doctor, cada minuto es precioso! ¡Partamos, por favor!

–¡No puedo ir! –dijo Kirílov, separando mucho las palabras, y pasó a la sala.

Aboguin lo siguió y le cogió por la manga.

–Entiendo su dolor, pero no he venido a buscarle para curar un mal de muelas o establecer un diagnóstico, sino para salvar la vida de una persona –continuó, suplicando como un mendigo–. ¡Esa vida está por encima de cualquier dolor personal! ¡Le estoy pidiendo un acto de valor, de heroísmo! ¡En nombre de la humanidad!

–¡La humanidad es un arma de doble filo! –dijo Kirílov con enfado–. En nombre de esa misma humanidad le pido que no me obligue a ir. ¡Menuda ocurrencia, por el amor de Dios! Apenas me tengo en pie y me viene usted con lo del humanitarismo. En este momento no puedo serle de ninguna utilidad… No iría por nada del mundo, ¿con quién iba a dejar a mi mujer? No, no… –Kirílov agitó las manos y retrocedió–. ¡Y… no me lo pida! –añadió con aire asustado–. Perdóneme… Según el tomo XIII de la legislación estoy obligado a ir y tiene usted derecho a llevarme por el cuello… Arrástreme, si quiere, pero… no le seré de ninguna utilidad… Ni siquiera estoy en condiciones de hablar… Discúlpeme…

–¡No tiene sentido que me hable en ese tono, doctor! –dijo Aboguin, cogiendo de nuevo al médico por la manga–. ¡Al diablo con el tomo XIII! No tengo ningún derecho a forzar su voluntad. Acompáñeme si quiere y, si no quiere, quédese con Dios. Pero no estoy apelando a su voluntad, sino a sus sentimientos. ¡Una mujer joven se está muriendo! Dice usted que su hijo acaba de morir. ¿Quién, sino usted, puede comprender mi espanto?

Su voz temblaba de emoción; ese temblor y ese tono eran mucho más persuasivos que sus palabras. Aboguin era sincero, pero, cosa extraña, todas las frases que pronunciaba sonaban ampulosas, insensibles, floridas, intempestivas, y hasta parecían ofender el ambiente del apartamento y a esa mujer que penaba en alguna parte. Él mismo lo percibía; por eso, temiendo no ser comprendido, ponía todo su empeño en imprimir a su voz un matiz suave y acariciador, con el fin de alcanzar su objetivo, si no con las palabras, al menos con la sinceridad del tono. Por lo demás, una frase, por muy hermosa y profunda que sea, sólo surte efecto en personas indiferentes, pero no siempre puede satisfacer al hombre feliz o desdichado; por esa razón, la mayoría de las veces la expresión más sublime de felicidad o desdicha consiste en el silencio; los enamorados se comprenden mejor cuando callan y un discurso arrebatado y apasionado, pronunciado al pie de una tumba, sólo conmueve a los extraños, mientras a la viuda y a los hijos del difunto se les antoja frío e intrascendente.

Kirílov seguía inmóvil y mudo. Cuando Aboguin añadió algunas frases más sobre la alta misión del médico, el autosacrificio, etc., el médico preguntó con aire sombrío:

–¿Queda lejos?

–A unas trece o catorce verstas. ¡Tengo unos caballos excelentes, doctor! Le doy mi palabra de honor de que estará usted de vuelta en una hora. ¡Sólo una hora!

Estas últimas palabras causaron más efecto que los llamamientos a la humanidad o a la misión del médico. Después de pensarlo durante un momento, dijo con un suspiro:

–¡Está bien, vamos!

Se dirigió a su despacho con resolución y premura, y regresó al cabo de unos instantes, vestido con una larga levita. Aboguin, ya más animado, le seguía a pequeños pasos, arrastrando los pies; le ayudó a ponerse el abrigo y salió con él.

Fuera reinaba la oscuridad, pero había algo más de luz que en el recibidor. En medio de la penumbra se recortaba con nitidez la encorvada silueta del médico, con su barba larga y fina y su

nariz buida. En cuanto a Aboguin, además del pálido rostro, se distinguía ahora su gran cabeza y su gorro de estudiante, que apenas alcanzaba cubrir su cráneo. La blanca bufanda sólo se veía por delante, pues por detrás desaparecía entre los largos cabellos.

–No le quepa duda de que sé apreciar su grandeza de alma –balbució Aboguin, al tiempo que ayudaba al médico a acomodarse en la calesa–. Llegaremos en seguida. ¡Y tú, Luka, amigo, ve lo más deprisa que puedas! ¡Por favor!

El cochero se puso en marcha sin pérdida de tiempo. Al principio pasaron junto a una hilera de feas construcciones que se sucedían a lo largo del patio del hospital; todo estaba oscuro, salvo el fondo del patio, donde, a través de la valla, se filtraba la intensa luz de un ventanal; también en las tres ventanas de la planta superior del edificio principal se percibía una mayor claridad que el ambiente circundante. Luego la calesa se hundió en una espesa penumbra, donde se respiraba el húmedo olor de las setas y se oía el susurro de las frondas; los cuervos, despertados por el rumor de las ruedas, se agitaron en el follaje y lanzaron graznidos inquietos y lastimeros, como si supieran que el doctor había perdido a su hijo y que la mujer de Aboguin estaba enferma. Más tarde surgieron unos árboles aislados y unos arbustos; un estanque, en cuya superficie dormitaban grandes sombras negras, despidió un sombrío destello y a continuación la calesa se internó en una lisa llanura. El graznido de los cuervos llegaba ya amortiguado y lejano y poco después se apagó del todo.

Kirílov y Aboguin guardaron silencio durante casi todo el camino. Sólo una vez el segundo exhaló un profundo suspiro y masculló:

–¡Qué situación más espantosa! Nunca se siente tanto cariño por las personas que queremos como cuando hay riesgo de perderlas.

Cuando la calesa atravesaba el río a paso lento, Kirílov se estremeció de pronto, como si le hubiera asustado el chapoteo de las aguas, y se removió en el asiento.

–Escuche, deje que vuelva –dijo con pesar–. Iré más tarde a su casa. Sólo quiero llamar a un enfermero para que vaya a ver a mi mujer. ¡Está sola!

Aboguin callaba. La calesa, balanceándose y aplastando los guijarros, atravesó la arenosa orilla y siguió adelante. Kirílov, anegado de dolor, se agitaba y miraba a su alrededor. Detrás, a la pálida luz de las estrellas, se veía el camino, mientras los sauces de la ribera desaparecían en las tinieblas. A la derecha se extendía la llanura, tan lisa e ilimitada como el cielo; en la lejanía, aquí y allá, probablemente en alguna turbera, titilaban tenues lucecitas. A la izquierda, en paralelo al camino, se alzaba una colina, erizada de menudos matorrales, sobre la que pendía inmóvil una enorme media luna roja, apenas velada por la bruma y circundada por unas delicadas nubecillas que parecían espiarla por todas partes y vigilar para que no se marchara.

En el paisaje se percibía un matiz desesperado y enfermizo; la tierra, como una mujer caída que, sola en una habitación oscura, se esfuerza en no pensar en el pasado, evocaba con nostalgia la primavera y el verano, y esperaba con apatía el inevitable invierno. A cualquier lugar al que se dirigiera la vista, la naturaleza parecía una sima oscura, helada, de una profundidad infinita, de la que no podían evadirse ni Kirílov, ni Aboguin, ni la media luna roja…

Cuanto más se acercaba la calesa a su destino, más impaciente se mostraba Aboguin. Se agitaba, se incorporaba de un salto, miraba hacia delante por encima del hombro del cochero. Cuando finalmente el carruaje se detuvo ante el porche, rematado por un bello toldo de lienzo a rayas, y Aboguin contempló las ventanas iluminadas de la primera planta, su respiración temblaba.

–Si ha sucedido algo… no lo soportaré –dijo, entrando con el médico en el recibidor y frotándose las manos con inquietud–. No parece que haya ningún alboroto, lo que significa que todo va bien por el momento –añadió, prestando oídos al silencio.

En el recibidor no se oían voces ni pasos y toda la casa parecía dormir, a pesar de la viva iluminación. En ese momento, el médico y Aboguin, que hasta entonces habían estado envueltos en la oscuridad, pudieron examinarse. El médico era alto, algo giboso, vestía con desaliño y era feo de cara. En sus gruesos labios de negro, su nariz aguileña y su mirada vaga e indiferente se percibía un desagradable matiz de rudeza, esquivez y severidad. Sus alborotados cabellos, sus sienes hundidas,

las prematuras canas en su barba larga y estrecha, que dejaba adivinar el mentón, la tonalidad gris pálido de su piel y sus maneras desmañadas y bruscas; en fin, toda esa dureza evocaba las privaciones sufridas, la mala fortuna, el cansancio de la vida y de los hombres. Al ver su seca figura costaba creer que tuviera mujer y pudiera llorar a un hijo. Aboguin presentaba un aspecto muy diferente. Era rubio, corpulento y robusto, con una gran cabeza y rasgos faciales muy marcados, aunque delicados, y vestía con elegancia, a la última moda. En su porte, su levita abotonada hasta el cuello, su cabellera y su rostro se percibía algo noble y leonino; caminaba con la cabeza muy erguida y el pecho abombado, hablaba con agradable voz de barítono; su modo de quitarse la bufanda o arreglarse los cabellos denotaba una elegancia refinada, casi femenina. Ni la palidez ni el temor infantil con que miraba la parte superior de la escalera, mientras se quitaba el abrigo, menoscababan su prestancia ni disminuían la impresión de prosperidad, salud y seguridad que se desprendía de toda su figura.

–No hay nadie ni se oye nada –dijo, subiendo por la escalera–. Ningún alboroto. Dios quiera que no…

Condujo al doctor a través del recibidor a un espacioso salón, donde destacaba un negro piano de cola y colgaba una araña envuelta en una funda blanca; de allí pasaron a una pequeña sala, muy bonita y acogedora, bañada por una agradable semipenumbra rosada.

–Siéntese aquí, doctor –dijo Aboguin–. Yo… vuelvo en seguida. Voy a ver lo que ocurre y a anunciar su llegada.

Kirílov se quedó solo. El lujo de la sala, la grata semipenumbra y su misma presencia en esa casa extraña y desconocida, que tenía cierto aire de aventura, no parecían afectarle. Siguió sentado en su sillón, examinándose las manos quemadas por el ácido fénico. Sólo dirigió una mirada de soslayo a una pantalla de un rojo brillante y a la funda de un violonchelo, y al volver la vista hacia el lugar donde resonaba el tic-tac de un reloj distinguió un lobo disecado tan robusto y satisfecho como el propio Aboguin.

Reinaba el silencio… En algún lugar lejano, en una pieza vecina, se oyó una sonora exclamación; luego tintineó una puerta de cristal, probablemente de un armario, y de nuevo todo se aquietó. Al cabo de cinco minutos de espera, Kirílov dejó de examinarse las manos y levantó los ojos hasta la puerta por la que había desaparecido el dueño de la casa.

En el umbral estaba Aboguin, pero no parecía el mismo hombre. Su aire de prosperidad y su refinada elegancia habían desaparecido; su rostro, sus manos y su porte se veían alterados por una horrible expresión que podía denotar tanto miedo como un horrible sufrimiento físico. La nariz, los labios, el bigote y todas sus facciones se agitaban, como si quisieran separarse de la cara, mientras sus ojos parecían reír de dolor…

Aboguin avanzó con grandes y dificultosos pasos hasta situarse en el centro de la pieza, se inclinó, exhaló un gemido y sacudió los puños.

–¡Me ha engañado! –gritó, recalcando con fuerza la sílaba *ña*–. ¡Me ha engañado! ¡Se ha ido! ¡Se puso enferma y me envió a por un médico sólo para escaparse con ese bufón de Papchinski! ¡Dios mío!

Como si le costara trabajo andar, Aboguin se acercó con dificultad al médico, extendió hacia él los blancos y delicados puños y, al tiempo que los sacudía, siguió vociferando:

–¡Se ha marchado! ¡Me ha engañado! Ah, ¿por qué esta mentira? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿A qué viene esta estratagema vil y miserable, este juego diabólico y rastrero? ¿Qué le he hecho yo? ¡Se ha marchado!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Giró sobre los talones y se puso a dar vueltas por la habitación. En ese momento, con su levita corta y sus pantalones ajustados a la última moda, que hacían que las piernas parecieran demasiado delgadas con respecto al resto del cuerpo, con su gruesa cabeza y su melena, guardaba una enorme semejanza con un león. En el rostro indiferente del médico centelleó una expresión de curiosidad. Se puso en pie y se quedó mirando a Aboguin.

–Permítame, ¿dónde está la enferma? –preguntó.

–¡La enferma! ¡La enferma! –gritó Aboguin, riendo y llorando, mientras sacudía los puños–. ¡No es una enferma, sino una miserable! ¡Qué bajeza! ¡Una canallada así no la habría ideado ni el mismo Satanás! ¡Me envió a buscarle para fugarse con ese bufón, con ese estúpido payaso, con ese rufián! ¡Ah, Dios mío, más habría valido que hubiese muerto! ¡No podré soportarlo! ¡No podré!

El médico se irguió. Sus ojos parpadearon y se anegaron de lágrimas, su fina barba empezó a moverse a derecha e izquierda, al ritmo del mentón.

–Perdone, ¿qué significa esto? –preguntó, mirándole con curiosidad–. Mi hijo ha muerto; mi mujer, transida de dolor, está sola en casa… yo apenas me tengo en pie, llevo tres noches sin dormir… ¿qué es esto? ¡Me obliga usted a participar en una comedia trivial, interpretando un papel de comparsa! ¡No… no lo comprendo!

Aboguin abrió uno de los puños, arrojó al suelo un trozo de papel arrugado y lo pisoteó como si fuera un insecto que quisiera aplastar.

–¡Y yo sin darme cuenta… sin enterarme! –decía, con los dientes apretados, agitando el puño a la altura del rostro, con la expresión de alguien a quien acaban de pisar un callo–. ¡No advertí que venía todos lo días, no reparé en que hoy había venido en coche! ¿Para qué lo quería? ¡Y yo sin darme cuenta! ¡Seré pazguato!

–¡No… no lo comprendo! –balbució el médico–. ¿Qué es todo esto? ¡Se está burlando del prójimo, mofándose del dolor humano! ¡Apenas puedo creerlo…! ¡Jamás en mi vida había visto algo semejante!

Con la expresión de embotado asombro de quien acaba de comprender que le han infligido una grave ofensa, el médico se encogió de hombros, abrió los brazos y, sin saber qué decir ni qué hacer, se desplomó exhausto en un sillón.

–Bueno, había dejado de quererme, se había enamorado de otro, de acuerdo, pero ¿por qué este engaño, esta estratagema cobarde y pérfida? –decía Aboguin con voz llorosa–. ¿Por qué? Y ¿para qué? ¿Qué le he hecho? Escuche, doctor –dijo con vehemencia, acercándose a Kirílov–. Ha sido usted testigo involuntario de mi desgracia y no voy a ocultarle la verdad. Le juro que amaba a esa mujer, la adoraba como un esclavo. Por ella lo he sacrificado todo: he discutido con mi familia, he abandonado mi empleo y la música, le he perdonado lo que no le hubiera perdonado a una madre o a una hermana… Ni una sola vez la he mirado con mala cara… ¡No le he dado ningún pretexto! ¿A qué viene esta mentira? No le exijo que me ame, pero ¿por qué este engaño abominable? Si no me amabas, habérmelo dicho a la cara, honradamente, sobre todo cuando conocías mi punto de vista al respecto…

Con lágrimas en los ojos y temblando de pies a cabeza, Aboguin se sinceró con el médico. Hablaba con vehemencia, llevándose ambas manos al corazón, desvelando sin la menor vacilación sus intimidades familiares, como si se alegrara de arrancarse por fin esos secretos del pecho. Si hubiera estado hablando así una hora o dos, habría aligerado su alma y, sin duda, se habría sentido aliviado. Quién sabe, si el médico le hubiera escuchado y le hubiera compadecido como un amigo, quizá, como suele suceder en tales casos, se habría resignado a su desgracia sin protestar, sin hacer tonterías innecesarias… Pero no fue eso lo que pasó. Mientras Aboguin hablaba, el ofendido médico cambiaba a ojos vistas. La indiferencia y la sorpresa dieron paso poco a poco a una expresión de amarga ofensa, de indignación y de rabia. Los rasgos de su cara se volvieron más ásperos, duros y desagradables. Cuando Aboguin le acercó a los ojos un retrato de su joven esposa, que mostraba a una muchacha de rostro bello, pero seco e inexpresivo como el de una monja, y le preguntó si una mujer con tal semblante le parecía capaz de mentir, el médico se levantó de un salto, con los ojos llameantes, y le dijo, recalcando con rudeza cada palabra:

–¿Por qué me cuenta todo esto? ¡No tengo ninguna gana de escucharle! ¡Ninguna gana! –gritó, dando un puñetazo en la mesa–. No me importan para nada sus triviales secretos, ¡que se vayan el diablo! ¡Cómo se atreve a soltarme estas vulgaridades! ¿O es que piensa usted que aún no me ha ofendido bastante? ¿Cree que soy un lacayo al que puede agraviar cuanto le plazca? ¿Eh? –Aboguin se apartó de Kirílov y le miró sorprendido–. ¿Por qué me ha traído aquí? –continuó el médico,

moviendo la barba al hablar–. Si se casa usted por capricho, se enfurece porque se aburre y monta un melodrama, ¿qué me importa a mí todo eso? ¿Qué tengo yo que ver con sus novelas? ¡Déjeme en paz! ¡Dedíquese a sus nobles negocios, presuma de ideas humanitarias, toque el contrabajo y el trombón –el médico dirigió una mirada de soslayo a la funda del violonchelo–, engorde como un capón, pero no se atreva a burlarse de sus semejantes! ¡Si no sabe respetar a la gente, al menos ahórrele su atención!

–Perdone, ¿qué me está diciendo? –preguntó Aboguin, enrojeciendo.

–¡Le estoy diciendo que es una ruindad y una bajeza jugar así con la gente! Soy médico y usted considera lacayos y personas de mal tono a los médicos y, en general, a los trabajadores que no huelen a perfume ni a prostitución; haga lo que le parezca, pero ¡nada le da derecho a convertir a un hombre que sufre en un comparsa de su melodrama!

–¿Cómo se atreve a hablarme así? –preguntó en voz queda Aboguin y su rostro volvió a temblar, esta vez sin duda de ira.

–No, ¿cómo se ha atrevido usted, conociendo mi aflicción, a traerme aquí para escuchar sus vulgaridades? –gritó el médico, dando un nuevo puñetazo en la mesa–. ¿Quién le da derecho a burlarse del dolor ajeno?

–¡Ha perdido usted el juicio! –vociferó Aboguin–. ¡Qué falta de humanidad! Yo también soy profundamente desdichado y… y…

–Desdichado… –dijo el médico con una sonrisa llena de desprecio–. No utilice usted esa palabra, no le concierne. Los bribones que no encuentran el dinero necesario para satisfacer una letra también se consideran desdichados. El capón al que ahoga el exceso de grasa también se juzga desdichado. ¡Qué nulidades!

–¡Señor mío, se está propasando usted! –chilló Aboguin–. ¡Esas palabras pueden valerle una bofetada! ¿Lo entiende? –Aboguin se metió precipitadamente la mano en el bolsillo, sacó la cartera y, tomando dos billetes, los arrojó sobre la mesa–. ¡Tenga, por la visita! –dijo y las ventanas de la nariz le temblaron–. ¡Ya está usted pagado!

–¡No se atreva a ofrecerme dinero! –gritó el médico, lanzando de un manotazo los billetes al suelo–. ¡Los insultos no se borran con dinero!

Aboguin y el médico estaban frente a frente y, llenos de cólera, seguían dirigiéndose ofensas inmerecidas. Probablemente nunca en su vida, ni siquiera en momentos de delirio, habían dicho tantas palabras injustas, crueles y absurdas. En ambos se manifestaba con acritud el egoísmo de los desdichados; suelen ser éstos egoístas, malvados, injustos, crueles y menos capaces que los imbéciles de comprenderse mutuamente. La desdicha, lejos de unir a los hombres, los separa; incluso en aquellos casos en que las personas debieran sentirse vinculadas por la similitud de su dolor, se cometen muchas más injusticias y crueldades que en ambientes relativamente felices.

–¡Haga el favor de llevarme a casa! –gritó el médico, jadeante.

Aboguin llamó con gesto brusco. Al no aparecer nadie, volvió a llamar y, ebrio de ira, arrojó la campana al suelo, que cayó con ruido sordo sobre la alfombra y emitió un gemido lastimero, semejante al de un moribundo. Apareció un criado.

–¿Dónde os habías metido, malditos? –dijo el amo, abalanzándose sobre él y apretando los puños–. ¿Dónde estabas ahora? Ve a decir que traigan la calesa para este señor y ordena que preparen la berlina para mí. ¡Espera! –gritó, cuando el criado se dio la vuelta para irse–. ¡Que mañana no quede ni un traidor en mi casa! ¡Os echo a todos! ¡Contrataré criados nuevos! ¡Canallas!

Aboguin y el médico aguardaron en silencio a que prepararan los coches. El primero había recobrado ya ese aire de prosperidad y de refinada elegancia. Caminaba por el salón, sacudiendo la cabeza con gesto distinguido y parecía meditar en alguna cuestión. Su ira no se había calmado, pero trataba de aparentar que no reparaba en su enemigo… El médico estaba de pie, con una mano apoyada en el borde de la mesa, y miraba a Aboguin con ese desprecio profundo, desdeñoso y algo cínico con que miran las personas atribuladas y desdichadas cuando tienen delante a un hombre próspero y elegante.

Al cabo de un rato, cuando el médico tomó asiento en la calesa y partió, sus ojos seguían conservando esa mirada de desdén. Todo estaba oscuro, mucho más que una hora antes. La media luna roja había desaparecido ya detrás de la colina y las nubes que la vigilaban flotaban junto a las estrellas como manchas negras. Una berlina con faroles rojos pasó con estrépito por el camino y adelantó al médico. Era Aboguin que se dirigía a algún sitio para quejarse y cometer alguna tontería…

Durante todo el trayecto el médico no pensó en su mujer, ni en Andréi, sino en Aboguin y en la gente que habitaba en la casa que acababa de abandonar. Condenaba a Aboguin, a su mujer, a Papchinski y a todos los que vivían en esa semipenumbra rosada y olían a perfume; a lo largo del camino su odio y su desprecio alcanzaron tal extremo que hasta llegó a dolerle el corazón. Y su entendimiento se creó un juicio inconmovible de esas personas.

Pasará el tiempo, pasará también el dolor de Kirílov, pero ese convencimiento injusto, indigno de un corazón humano, no desaparecerá y perdurará en el alma del médico hasta el momento de su muerte.

La apuesta

I

Una noche sombría de otoño. El viejo banquero recorría su despacho de un extremo al otro, recordando una velada que había dado quince años antes, también en otoño. Habían acudido a ella muchos hombres inteligentes y se habían entablado interesantes conversaciones. Entre otras cosas se habló de la pena de muerte. La mayoría de los invitados, entre los que se contaban no pocos sabios y periodistas, se manifestó en contra. La consideraban una forma de castigo anticuada, inmoral e impropia de un Estado cristiano. En opinión de algunos de los presentes, debería sustituirse en todas partes por la cadena perpetua.

–No estoy de acuerdo con ustedes –dijo el anfitrión–. No he probado la pena de muerte ni la cadena perpetua, pero, si se puede juzgar *a priori*, la pena de muerte me parece más moral y más humana que el confinamiento. La ejecución mata de golpe, mientras la reclusión perpetua lo hace poco a poco. ¿Qué verdugo es más humano, el que acaba con vosotros en unos minutos o el que os va arrancando la vida en el transcurso de varios años?

–Uno y otro supuesto son igualmente inmorales –apuntó uno de los invitados–, puesto que persiguen un único y mismo fin: privar de la vida. El Estado no es Dios. No tiene derecho a quitar lo que, en caso de quererlo, no podría restituir.

Entre los presentes se encontraba un joven de unos veinticinco años, abogado. Cuando le requirieron su opinión, dijo:

–Tan inmoral es la pena de muerte como la cadena perpetua, pero si me dieran a elegir entre una y otra, me decantaría, sin duda, por la segunda. Cualquier forma de vida es mejor que la muerte.

Se produjo una animada discusión. El banquero, que entonces era más joven e impulsivo, perdió de pronto la compostura, dio un puñetazo en la mesa y gritó, dirigiéndose al joven abogado:

–¡Mentira! Me apuesto dos millones a que no sería usted capaz de pasar cinco años recluido.

–Si habla usted en serio –respondió el abogado–, apuesto a que aguantaría no sólo cinco, sino quince.

–¿Quince? ¡Está bien! –gritó el banquero–. ¡Señores, pongo dos millones!

–¡De acuerdo! ¡Usted pone dos millones y yo mi libertad! –dijo el abogado.

¡Y esa brutal e insensata apuesta quedó sellada! El banquero, hombre mimado por el destino y de espíritu ligero, que en aquella época no habría podido contar todos sus millones, estaba encantado con la apuesta. Durante la cena bromeó con el abogado y dijo:

–Reflexione, joven, antes de que sea demasiado tarde. Para mí dos millones no son nada, mientras usted se arriesga a perder tres o cuatro de los mejores años de su vida. Digo tres o cuatro porque no aguantará usted más. No olvide tampoco, desdichado, que la reclusión voluntaria es mucho más penosa que la forzosa. La idea de que en todo momento tiene usted derecho a recobrar la libertad le envenenará la vida en su celda. ¡Me da usted lástima!

Ahora el banquero, mientras recorría la habitación de un extremo al otro, recordaba esos acontecimientos y se preguntaba: «¿Qué sentido tiene esa apuesta? ¿Qué utilidad puede derivarse del hecho de que el abogado pierda quince años de vida y yo derroche dos millones? ¿Va a demostrarle eso a la gente que la pena de muerte es peor o mejor que la cadena perpetua? No y no. Es una tontería y un sinsentido. Por mi parte sólo fue un capricho de hombre acaudalado y por la suya simple ansia de dinero».

Luego rememoró lo que había sucedido después de aquella velada. Se decidió que el abogado cumpliera su plazo de reclusión bajo la más estricta vigilancia en uno de los pabellones construidos en el jardín del banquero. Se estipuló que durante quince años no tendría derecho a atravesar el umbral, ni a ver a nadie, ni a escuchar voces humanas, ni a recibir cartas y periódicos. Se le permitía tener un instrumento musical, leer libros, escribir cartas, beber vino y fumar. Según las condiciones del acuerdo, sólo podía relacionarse con el mundo exterior en silencio, a través de un ventanuco practicado ex profeso para cumplir ese cometido. Cualquier cosa que necesitara, libros, partituras, vino y demás, le sería procurada mediante petición escrita, en las cantidades que solicitara, pero sólo a través del ventanuco. El pacto preveía todos los detalles y minucias que aseguraban el rigor de la reclusión y establecía que el abogado debía permanecer encerrado *exactamente* quince años, desde las doce del 14 de noviembre de 1870 hasta las doce del 14 de noviembre de 1885. La menor tentativa de adelantar ese plazo, aunque sólo fuera un par de minutos, liberaba al banquero de la obligación de pagarle los dos millones.

Durante el primer año, el abogado, por lo que sus breves notas dejaban traslucir, había sufrido los fuertes embates de la soledad y el tedio. A todas horas, tanto de día como de noche, salían del pabellón acordes de piano. Rechazaba el vino y el tabaco. El vino, escribía, despierta los deseos, y los deseos son los principales enemigos del preso; además, no hay nada más aburrido que beber un buen vino en soledad. En cuanto al tabaco, enrarecería el aire de la habitación. Durante el primer año requirió ante todo libros de carácter ligero: novelas con complicadas intrigas amorosas, relatos policíacos y fantásticos, comedias, etc.

Durante el segundo año la música enmudeció en el pabellón y el abogado sólo pedía en sus billetes obras de autores clásicos. En el quinto volvieron a oírse acordes musicales y el preso solicitó vino. Los que lo observaban a través del ventanuco dijeron que se había pasado todo el año tumbado en la cama, comiendo, bebiendo, bostezando y conversando consigo mismo con aire irritado. Ya no leía libros. A veces, por la noche, cogía la pluma y pasaba largo rato escribiendo, pero por la mañana lo rompía todo en pedazos. Más de una vez se le oyó llorar.

En la segunda mitad del sexto año el prisionero empezó a ocuparse con asiduidad del estudio de idiomas, de la filosofía y de la historia. Se consagró con tanto afán a esas disciplinas que el banquero apenas tenía tiempo de encargarle los libros. En el transcurso de cuatro años se solicitaron, por petición suya, cerca de seiscientos volúmenes. En ese período de entusiasmo el banquero recibió de su prisionero, entre otras cosas, la siguiente carta: «¡Mi querido carcelero! Le escribo estas líneas en seis idiomas. Enséñeselas a personas entendidas. Que las lean. Si no encuentran ni un solo error, le ruego que haga disparar una escopeta en el jardín. Ese disparo me dirá que mis esfuerzos no han sido infructuosos. Los genios de todos los siglos y países hablan en distintas lenguas, pero en todos ellos arde la misma llama. ¡Ah, si supiera usted la celestial felicidad que embarga ahora mi alma al poder comprenderlos!». El deseo del prisionero fue satisfecho. El banquero ordenó efectuar dos disparos de fusil en el jardín.

Luego, después del décimo año, el abogado se sentaba inmóvil ante el escritorio y sólo leía los Evangelios. Al banquero le pareció extraño que un hombre que había devorado en cuatro años seiscientos sesudos ejemplares empleara cerca de un año en la lectura de un libro no muy grueso y de fácil comprensión. A los Evangelios los sustituyeron la historia de las religiones y la teología.

En los dos últimos años de confinamiento el prisionero leyó una enorme cantidad de libros, sin discriminación alguna. Tan pronto se ocupaba de las ciencias naturales, como pedía obras de Byron o Shakespeare. A veces enviaba notas en las que solicitaba que le proporcionaran al mismo tiempo manuales de química y de medicina, una novela y algún tratado filosófico o teológico. Sus lecturas evocaban la imagen de un náufrago que nadara entre distintos pecios y, deseando salvar la vida, se agarrara con avidez tan pronto a uno como a otro.

II

El viejo banquero, al evocar esos recuerdos, pensaba: «Mañana a las doce recobrará la libertad. Según el acuerdo, tendré que pagarle dos millones. Si lo hago, todo estará perdido: me quedaré completamente arruinado»…

Quince años antes no llevaba la cuenta de sus millones; ahora no se atrevía a preguntarse en qué era más pródigo, si en dinero o en deudas. Frenéticas inversiones en bolsa, especulaciones arriesgadas y una impetuosidad de la que no había podido desembarazarse ni siquiera en la vejez fueron llevando poco a poco la ruina a sus negocios, y el ricachón impávido, seguro de sí mismo y orgulloso acabó convirtiéndose en un banquero de segunda fila, que temblaba ante cada alza o baja de los valores.

–¡Maldita apuesta! –farfulló el anciano, llevándose las manos a la cabeza con desesperación–. ¿Por qué no ha muerto ese hombre? Sólo tiene cuarenta años. Va a llevarse mis últimos ahorros, se casará, disfrutará de la vida, invertirá en bolsa, mientras yo, como un pordiosero, lo contemplaré con envidia cada día y escucharé de sus labios la misma frase: «Le debo la felicidad de mi vida, déjeme que le ayude». ¡No, es demasiado! ¡Lo único que puede salvarme de la bancarrota y la deshonra es la muerte de ese hombre!

Dieron las tres. El banquero aguzó el oído: en la casa todos dormían y sólo se oía el rumor de los ateridos árboles más allá de las ventanas. Tratando de no hacer ruido, sacó de la caja fuerte la llave de la puerta que había estado cerrada quince años, se puso el abrigo y salió de la casa.

En el jardín reinaban el frío y la oscuridad. Llovía. Un viento destemplado y húmedo aullaba por todo el jardín y no daba tregua a las ramas. Por mucho que forzó la vista, el banquero no veía el suelo, ni las blancas estatuas, ni el pabellón, ni los árboles. Al aproximarse al lugar donde se levantaba el pabellón, llamó dos veces al vigilante. No obtuvo respuesta. Era evidente que se había resguardado del mal tiempo y que en esos momentos dormía en algún rincón de la cocina o del invernadero.

«Si tengo ánimo suficiente para llevar a cabo mi plan –pensaba el anciano–, las sospechas recaerán ante todo en el guardián.»

En medio de la oscuridad, buscó a tientas los peldaños y la puerta, entró en el vestíbulo del pabellón; luego, también a tientas, ganó un pequeño pasillo y encendió una cerilla. En el lugar no había ni un alma. Vio un lecho sin sábanas y la sombra negra de una estufa de hierro fundido en un rincón. Los sellos en la puerta que conducía a la habitación del prisionero estaban intactos.

Cuando la cerilla se apagó, el anciano, temblando de emoción, miró por el ventanuco.

Una vela derramaba una luz incierta en la habitación del prisionero, que estaba sentado ante la mesa. Sólo se veían su espalda, sus cabellos y sus brazos. La mesa, los dos sillones y la alfombra que había junto a la mesa estaban cubiertos de libros abiertos.

Pasaron cinco minutos sin que el prisionero cambiara de postura. Quince años de reclusión le habían enseñado a mantenerse inmóvil. El banquero golpeó con un dedo en el ventanuco, pero el prisionero no respondió con ningún gesto. Entonces el banquero retiró con cuidado los sellos e introdujo la llave en la herrumbrosa cerradura, que emitió un gemido; luego la puerta rechinó. El banquero creía que no tardaría en oír un grito de asombro y un rumor de pasos, pero pasaron dos o tres minutos sin que el silencio de la pieza sufriera la menor alteración. El anciano decidió entrar.

Ante la mesa estaba sentado un hombre que guardaba pocas semejanzas con las personas normales. Era un esqueleto recubierto de pellejo, con largos rizos femeninos y una barba desgreñada. Tenía la tez amarillenta, con un matiz terroso, mejillas hundidas, una espalda larga y estrecha, y la mano que sostenía la hirsuta cabeza era tan fina y delgada que hasta daba miedo mirarla. En sus cabellos plateaban ya las canas; al ver su rostro avejentado y demacrado, nadie habría creído que sólo tenía cuarenta años. Dormía… Sobre la mesa, ante la cabeza inclinada, había una hoja de papel cubierta de una letra menuda.

«¡Pobre hombre! –pensó el banquero–. ¡Duerme y probablemente sueña con los millones! Si cojo a este semicadáver, lo arrojo sobre el lecho y le aprieto un poco la boca con la almohada, ni siquiera el peritaje más concienzudo encontrará señal alguna de muerte violenta. Pero veamos primero lo que ha escrito.»

El banquero cogió la hoja de la mesa y leyó lo siguiente:

> Mañana a las doce recobraré la libertad y el derecho a relacionarme con los hombres. Pero, antes de abandonar esta habitación y volver a contemplar la luz de sol, considero indispensable decirle algunas palabras. Con la conciencia tranquila y ante Dios, que me está viendo, declaro que desprecio la libertad, la vida, la salud y todo lo que en vuestros libros se denomina «bienes de este mundo».
>
> Durante quince años he estudiado con atención la vida terrenal. Es verdad que no he visto el mundo ni a los hombres, pero en vuestros libros bebía vinos aromáticos, entonaba canciones, vagaba por los bosques en pos de ciervos y jabalíes, amaba a las mujeres… Beldades etéreas como nubes, creadas por la magia de vuestros más geniales poetas, me visitaban por la noche y me susurraban cuentos maravillosos que me embriagaban. En vuestros libros escalaba las cimas del Elbruz y del Mont Blanc, y desde ellas veía cómo salía el sol por la mañana y por la tarde inundaba de purpúreo oro el cielo, el océano y las cumbres de las montañas; desde esas alturas veía cómo brillaba el relámpago sobre mi cabeza, desgarrando las nubes; veía verdes bosques, campos, ríos, lagos, ciudades; escuchaba el canto de las sirenas, el tañido del caramillo de los pastores, palpaba las alas de hermosos demonios que volaban hacia mí para hablarme de Dios… En vuestros libros me arrojaba a precipicios insondables, hacía milagros, mataba, incendiaba ciudades, predicaba religiones nuevas, conquistaba reinos enteros…
>
> Vuestros libros me concedieron la sabiduría. Todo lo que el infatigable genio humano ha creado en el transcurso de los siglos se halla comprimido dentro de mi cerebro como una pequeña bola. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.
>
> Y desprecio vuestros libros, desprecio todos los bienes del mundo y la sabiduría. Todo es insignificante, perecedero, ilusorio y engañoso como un espejismo. Por muy orgullosos, sabios y apuestos que seáis, la muerte os borrará de la faz de la tierra como si fuerais topos y vuestra descendencia, vuestra historia y la inmortalidad de vuestros genios se congelarán o se carbonizarán con el globo terrestre.
>
> Habéis perdido la razón y no seguís el buen camino. Tomáis la mentira por verdad y la fealdad por belleza. Cómo os sorprenderíais si, por un concurso de circunstancias, los manzanos y los naranjos, en lugar de rendir sus frutos, produjeran de pronto ranas y lagartos, o las rosas olieran a sudor de caballo; del mismo modo me sorprendo yo de que hayáis trocado el cielo por la tierra. No quiero comprenderos.
>
> Para demostraros con un hecho el desprecio que siento por vuestra vida, renuncio a los dos millones, con los que antaño soñé como si fueran el paraíso y que ahora desdeño. Para privarme de todo derecho a ellos, saldré de aquí cinco horas antes del plazo establecido, rompiendo de ese modo nuestro convenio…

Tras leer esas líneas, el banquero dejó la hoja en la mesa, besó la cabeza de ese hombre estrafalario, se echó a llorar y salió del pabellón. Nunca en su vida, ni siquiera después de haber perdido fuertes sumas en la bolsa, había sentido tanto desprecio de sí mismo como en aquel instante. De vuelta en su habitación, se tumbó en la cama, pero durante largo rato la emoción y las lágrimas le impidieron dormir…

A la mañana siguiente los vigilantes, con rostros demudados, llegaron corriendo para informarle de que habían visto cómo el hombre del pabellón se descolgaba por la ventana al jardín, se dirigía a la cancela y desaparecía. Sin pérdida de tiempo, el banquero se encaminó al pabellón en compañía de

los criados y constató la huida del prisionero. Para no despertar rumores innecesarios, cogió la declaración de renuncia de la mesa y, al regresar a la casa, la guardó en la caja fuerte.

Gúsiev

I

Han caído ya las primeras sombras, la noche está al llegar.

Gúsiev, un soldado raso al que han enviado de vuelta a casa, se incorpora en su catre y dice con voz queda:

–¿Me oyes, Pável Ivánich? Un soldado me dijo en Suchan que en mitad de la travesía su barco chocó con un enorme pez que les abrió la quilla.

El hombre al que Gúsiev se dirige, de condición indefinida y al que en la enfermería del barco todos llaman Pável Ivánich, no responde, como si estuviera sordo.

De nuevo se hace el silencio… El viento sopla entre los aparejos, la hélice zumba, las olas rugen, chirrían los catres, pero el oído ya se ha acostumbrado a esos sonidos y los hombres tienen la impresión de que a su alrededor todo duerme y calla. El tedio es indescriptible. Los tres enfermos –dos soldados y un marinero– que se han pasado el día entero jugando a las cartas, duermen y sueñan en voz alta.

Se diría que el barco comienza a cabecear. El lecho de Gúsiev sube y baja lentamente, como si suspirara, y así una, dos, tres veces… Algún objeto golpea el suelo y tintinea: probablemente ha caído una jarra.

–Se ha desencadenado el viento… –dice Gúsiev, aguzando el oído.

Esta vez Pável Ivánich tose y responde con voz irritada:

–Que si un pez ha chocado con el fondo, que si el viento se ha desencadenado… ¿Es que acaso el viento es una fiera que pueda romper sus cadenas?

–Así hablan los cristianos.

–Y los cristianos son tan ignorantes como tú… Dios sabe las cosas que dicen. Hay que tener la cabeza sobre los hombros y reflexionar. ¡Qué tipo más estúpido!

Pável Ivánich sufre de mareos. Cuando el barco se balancea, se enfada y se irrita por la menor menudencia. En opinión de Gúsiev, se enfada sin motivo. ¿Qué hay de extraño o de complicado en ese pez, por ejemplo, o en que el viento se desencadene? Supongamos que el pez sea del tamaño de una montaña y tenga el lomo duro como un esturión; supongamos también que donde termina el mundo haya unos gruesos muros de piedra y que los vientos malignos estén encadenados a ellos… Si no se han liberado de sus cadenas, ¿por qué se agitan sobre la superficie del mar como posesos y aúllan como perros? Si no están encadenados, ¿qué pasa con ellos cuando reina la calma?

Gúsiev pasa largo rato pensando en peces del tamaño de una montaña y en gruesas cadenas herrumbrosas; luego se siente dominado por el aburrimiento y empieza a evocar su aldea natal, a la que regresa después de quince años de servicio en el Extremo Oriente. Ante sus ojos se perfila un enorme estanque cubierto de nieve… A un lado se alza una fábrica de porcelana de color ladrillo, con una alta chimenea y nubes de humo negro; al otro, la aldea… Del patio de la quinta isba, contando desde el fondo, sale el trineo de su hermano Alekséi; detrás va sentado su hijo Vanka, con grandes botas de fieltro, y su hija Akulka, con idéntico calzado. Alekséi está achispado y Vanka se ríe; Akulka lleva el rostro embozado, de modo que no puede verlo.

«Esperemos que los niños no se hielen… –piensa Gúsiev–. Señor –susurra–, concédeles sentido común y buen juicio para que respeten a sus padres y no sean más listos que ellos…»

–Se necesitan suelas nuevas –delira el marinero enfermo con voz de bajo–. ¡Sí, sí!

Los pensamientos de Gúsiev se interrumpen y, en lugar de un estanque, ve de pronto, sin venir a cuento, una gran cabeza de buey sin ojos; el caballo y el trineo ya no avanzan, sino que giran en medio de un humo negro. En cualquier caso, se alegra de haber visto a su familia. La felicidad le corta la respiración, siente un hormigueo en todo el cuerpo, le tiemblan los dedos.

–¡Quiera Dios que podamos volver a vernos! –delira; en ese momento abre los ojos y busca en la penumbra un vaso de agua.

Bebe, se acuesta y de nuevo desfilan por su cabeza el trineo, la cabeza de buey sin ojos, el humo, las nubes… Y así hasta el amanecer.

II

Al principio se perfila en las tinieblas un círculo azul: es el ventanuco redondo; luego, poco a poco, Gúsiev empieza a distinguir a su vecino Pável Ivánich, quien duerme sentado, porque tumbado se ahoga. Tiene un rostro grisáceo, nariz larga, aguileña, ojos a los que su terrible delgadez hace parecer enormes, sienes hundidas, barba rala, cabellos largos… Por su rostro resulta imposible determinar su condición social: ¿es un noble, un comerciante o un campesino? A juzgar por su expresión y sus cabellos largos, se le podría tomar por un anacoreta o un novicio, pero basta oírle hablar para darse cuenta de que no tiene nada de monje. La tos, el ambiente sofocante y su propia enfermedad lo han agotado; respira con dificultad y sus labios secos se mueven. Cuando advierte que Gúsiev le está mirando, se vuelve hacia él y dice:

–Empiezo a adivinar… Sí… Ahora lo entiendo todo perfectamente.

–¿Qué es lo que entiende, Pável Ivánich?

–Pues verás… Me parecía muy raro que personas gravemente enfermas como vosotros, en lugar de guardar reposo, os encontrarais en un vapor sofocante y abrasador, que no para de balancearse; en una palabra, en un lugar donde la amenaza de muerte es constante; pero ahora lo veo todo claro… Sí… Vuestros médicos os han puesto en este barco para desembarazarse de vosotros. Estaban hartos de ocuparse de animales de vuestra especie… No les pagáis, les causáis molestias y echáis a perder sus informes con vuestras muertes. ¡En definitiva, sois ganado! Pero librarse de vosotros no es difícil… Basta, en primer lugar, con no tener conciencia ni humanidad y, en segundo, con engañar a las autoridades del barco. No es necesario tener en cuenta la primera condición, pues en ese sentido somos unos verdaderos artistas; en lo que respecta a la segunda, es suficiente con tener un poco de experiencia. En una muchedumbre de cuatrocientos soldados y marineros sanos, cinco enfermos pasan desapercibidos; en definitiva, os traen al barco y os mezclan con hombres sanos; luego se hace el recuento a toda prisa y, en el barullo general, nadie advierte ninguna anormalidad; ahora bien, una vez que el vapor ha levado anclas, los oficiales descubren que en cubierta yacen varios paralíticos y tuberculosos en fase terminal…

Gúsiev no comprende a Pável Ivánich; pensando que le está amonestando, dice a modo de justificación:

–Me tumbé en cubierta porque no tenía fuerzas; cuando hicimos el trasbordo de la barcaza al vapor, sentí un frío tremendo.

–¡Es indignante! –continúa Pável Ivánich–. ¡Saben perfectamente que no soportaréis esta larga travesía y de todos modos os meten aquí! Supongamos que llegáis al océano Índico, ¿y después? Sólo de pensarlo da miedo… ¡Ése es el pago por vuestros años de leal e irreprochable servicio! –Pável Ivánich adopta una expresión maligna, tuerce la boca en una mueca de disgusto y añade, respirando con dificultad–: ¡A esa gente habría que crucificarla en los periódicos, hacerla picadillo!

Los dos soldados enfermos y el marinero se despiertan y se ponen a jugar a las cartas. El marinero está reclinado en el catre, mientras los soldados se han sentado en el suelo, a su lado, en posturas muy incómodas. Uno de ellos tiene el brazo derecho vendado y la mano cubierta de un apósito en forma

de gorro, de manera que debe sostener las cartas en la axila derecha o en el pliegue del codo y jugar con la mano izquierda. El balanceo es muy pronunciado. Imposible levantarse, ni beber té, ni tomar los medicamentos.

–¿Eras ordenanza? –le pregunta Pável Ivánich a Gúsiev.

–En efecto.

–¡Dios mío, Dios mío! –dice Pável Ivánich, sacudiendo la cabeza con aire pesaroso–. Arrancar a un hombre de su nido familiar, llevarlo a quince mil verstas de distancia, obligarle a contraer la tuberculosis; y todo eso ¿para qué?, permitidme que os lo pregunte. ¡Para convertirlo en ordenanza de algún capitán Kopeikin o de algún alférez Dirka*–! ¡Menuda lógica!

–Las tareas no son difíciles, Pável Ivánich. Te levantas por la mañana, limpias las botas, preparas el samovar, arreglas la habitación y ya no tienes que ocuparte de nada. El teniente se pasa todo el santo día dibujando planos, de modo que puedes hacer lo que te plazca: rezar a Dios, leer un libro, dar un paseo. Que Dios conceda a todo el mundo una vida semejante.

–¡Sí, está muy bien! El teniente dibuja planos y tú te pasas todo el día en la cocina, pensando en tu país… Planos… ¡No se trata de planos, sino de la vida de los hombres! No se vive dos veces, hay que aprovechar cada momento.

–Así es, Pável Ivánich, pero a los malvados no se les tolera en ninguna parte, ni en casa, ni en el trabajo; en cambio, si te comportas como es debido y obedeces, nadie te ofenderá. Los señores son instruidos, comprensivos… En cinco años no he pasado un solo día en el calabozo y, si la memoria no me falla, sólo me han pegado una vez…

–¿Por qué?

–Por una pelea. Tengo el genio muy vivo, Pável Ivánich. Cuatro chinos entraron en nuestro patio; creo que llevaban leña, pero no me acuerdo bien. Estaba aburrido, así que les molí las costillas; uno de esos malditos empezó a sangrar por la nariz… El teniente lo vio por el ventanuco, se enfadó y me dio una bofetada.

–Eres un estúpido, me das lástima… –murmura Pável Ivánich–. No entiendes nada.

Totalmente agotado por el balanceo, cierra los ojos; tan pronto echa la cabeza hacia atrás, como la reposa sobre el pecho. Varias veces trata de tumbarse, pero no lo consigue: el asma se lo impide.

–¿Y por qué la emprendiste con esos cuatro chinos? –pregunta al cabo de un rato.

–Porque sí. Entraron en el patio y les golpeé.

Se produce un silencio… Los jugadores continúan la frenética partida durante unas dos horas, entre reniegos constantes. Gúsiev vuelve a ver el estanque, la fábrica, la aldea… Vislumbra de nuevo el trineo, Vanka ríe otra vez, mientras la tonta de Akulka abre la pelliza y saca las piernas: miradme, buenas gentes, parece decir, mis botas son nuevas, no como las de Vanka.

–¡Va a cumplir seis años y sigue sin entrar en razón! –delira Gúsiev–. En lugar de enseñar las piernas, ven a darle de beber a tu tío, el soldado. Te haré un regalo.

De pronto aparece Andréi con un fusil de chispa al hombro y una liebre muerta, seguido del viejo judío Isáichik, que le propone cambiarle la pieza por un trozo de jabón; luego ve una ternera negra en el umbral, más tarde a Domna zurciendo una camisa y llorando, y por último otra vez la cabeza de buey sin ojos, el humo negro…

Alguien lanza un estridente grito arriba, unos marineros pasan corriendo; parece como si arrastraran un objeto enorme por cubierta o una madera hubiera crujido. Vuelven a pasar hombres corriendo… ¿No habrá sucedido alguna desgracia? Gúsiev levanta la cabeza, aguza el oído y abre los ojos: los dos soldados y el marinero han retomado el juego de cartas; Pável Ivánich está sentado y mueve los labios. El ambiente es sofocante, las fuerzas apenas alcanzan para respirar, la sed acucia, pero el agua está caliente y tiene un sabor nauseabundo… El balanceo no cesa.

De pronto a uno de los soldados que juegan a las cartas le sucede algo extraño… Llama corazones a los diamantes, se equivoca en las cuentas y se le caen las cartas; luego, asustado, sonríe con aire estúpido y pasea la mirada por todos los presentes.

–Ahora vuelvo, muchachos… –dice, tumbándose en el suelo.

Sus compañeros se quedan perplejos. Lo llaman, pero no responde.

–Stepán, ¿no estarás enfermo? –le pregunta el soldado del brazo vendado–. Tal vez haya que llamar al pope.

–Stepán, bebe agua… –dice el marinero–. Vamos, amigo, bebe.

–¿Por qué le pones la jarra entre los dientes? –se enfada Gúsiev–. ¿Es que estás ciego, cabeza de chorlito?

–¿Qué pasa?

–¿Qué pasa? –le remeda Gúsiev–. ¡No respira, está muerto! ¡Eso es lo que pasa! Que gente más tonta, Dios mío.

III

El barco ya no cabecea y Pável Ivánich ha recuperado su alegría. Ya no está enfadado. Luce una expresión jactanciosa, provocativa y socarrona, como si quisiera decir: «Sí, os voy a contar una broma que os vais a partir de risa». El ventanuco redondo está abierto y una brisa ligera acaricia su cara. Se oyen algunas voces y un chapoteo de remos en el agua… Al lado mismo del ventanuco alguien berrea con voz aguda y desagradable: probablemente un chino está cantando.

–Sí, hemos llegado a puerto –dice Pável Ivánich, con una sonrisa burlona–. Un mes más y estaremos en Rusia. Sí, ilustrísimos señores soldadotes. Llegaré a Odessa y de allí me dirigiré directamente a Járkov, donde tengo un amigo escritor. Iré a verle y le diré: bueno, muchacho, deja por un tiempo tus repugnantes argumentos de amoríos femeninos y las bellezas de la naturaleza y ocúpate de desenmascarar a los granujas de dos patas… ¿Quieres temas? Pues aquí los tienes... –se quedó pensativo un minuto y añadió–: Gúsiev, ¿sabes cómo los he engañado?

–¿A quiénes, Pável Ivánich?

–A esos… Figúrate, en este barco sólo hay camarotes de primera clase y de tercera, y a los de tercera mandan únicamente a los campesinos, es decir, a los patanes. Si llevas levita y te pareces, aunque sea de lejos, a un señor o a un burgués, te piden que viajes en primera clase. Revienta si quieres, pero suelta quinientos rublos. «¿Por qué, permítame que le pregunte, han establecido ustedes un reglamento semejante? ¿No será que quieren realzar el prestigio de los intelectuales rusos?» «En absoluto. Tan sólo se trata de que un hombre como Dios manda no puede viajar en tercera: es demasiado sucio y desagradable.» «¿Sí? Gracias por sus atenciones por los hombres como Dios manda. Pero, en cualquier caso, ya sea desagradable o no, no dispongo de quinientos rublos. No me he quedado con dinero público, no he explotado a los extranjeros, no me he ocupado del contrabando, no he matado a nadie a latigazos, de modo que juzgue usted: ¿tengo derecho a ocupar una plaza en primera clase y, en consecuencia, a contarme entre los miembros de la intelectualidad rusa?» Pero la lógica no les impresiona…. Así que tuve que recurrir a la astucia. Me vestí con un caftán y unas botas altas de mujik, puse cara de granuja borracho y le dije al agente: «Deme un billete de tercera, excelencia…».

–Y ¿a qué estamento pertenece usted? –le pregunta el marinero.

–Al clero. Mi padre era un honrado pope. Siempre decía la verdad a la cara a los grandes de este mundo, lo que le costó no pocos sinsabores –Pável Ivánich está fatigado de hablar y se sofoca, pero de todos modos continúa–: Sí, yo siempre digo la verdad a la cara… No temo a nada ni a nadie. En ese sentido, entre vosotros y yo hay una diferencia enorme. Vosotros sois unos seres oscuros, ciegos, embrutecidos, no veis nada y lo que veis no lo comprendéis… Os dicen que el viento rompe sus cadenas, que sois ganado, pechenegos, y vosotros os lo creéis; os dan una tunda y vosotros besáis la mano que os ha golpeado; un animal con pelliza de castor os despoja y a continuación os arroja una moneda de quince kópeks de propina y vosotros decís: «Deje que bese su mano, señor». Sois parias, dais pena… Mi caso es muy distinto. Vivo de manera consciente, lo veo todo, como el águila o el

gavilán que planean sobre la tierra, y lo comprendo todo. Soy la encarnación de la protesta. Si veo un acto de arbitrariedad, protesto; si veo a un hipócrita o a un farsante, protesto; si veo a un cerdo triunfante, protesto. Y soy indomable, ninguna inquisición española me obligará a callar. Así es… Si me arrancan la lengua, protestaré con gestos; si me encierran en un sótano, pegaré tales gritos que me oirán en una versta a la redonda o me dejaré morir de hambre para que tengan un peso más sobre su sucia conciencia; si me matan, mi sombra reaparecerá. Todos mis conocidos me dicen: «¡Es usted totalmente insoportable, Pável Ivánich!». Estoy orgulloso de esa reputación. He cumplido tres años de servicio en el Extremo Oriente y he dejado tras de mí un recuerdo que perdurará cien años: me he enfadado con todo el mundo. Mis amigos me escriben desde Rusia pidiéndome que no vaya, pero yo, sólo por hacerles rabiar, he emprendido el regreso… Sí… Eso es vivir, darse cuenta de las cosas. A eso se le puede llamar vida.

Gúsiev no le escucha y mira por el ventanuco. En las aguas transparentes y turquesas, en las que cabrillea la cegadora y ardiente luz del sol, cabecea una barca en cuyo interior unos chinos desnudos tienden hacia lo alto unas jaulas con canarios y gritan:

–¡Canta! ¡Canta!

Una segunda barca choca con la primera; un cúter pasa a toda máquina. De pronto aparece otra barca, en la que va sentado un chino obeso comiendo arroz con unos palillos. Sobre las lánguidas olas revolotean, también lánguidas, las blancas gaviotas.

«Habría que darle una buena paliza a ese gordo…», piensa Gúsiev, contemplando al chino grueso, y bosteza.

Luego se queda adormilado y se figura que la naturaleza entera se hunde en la somnolencia. El tiempo transcurre deprisa. El día pasa inadvertido y la noche llega de la misma manera… El vapor ha salido del puerto y prosigue su ruta.

IV

Pasan dos días. Pável Ivánich ya no está sentado, sino tumbado; tiene los ojos cerrados y la nariz parece haberse vuelto más afilada.

–¡Pável Ivánich! –le llama Gúsiev–. ¡Eh, Pável Ivánich!

Pável Ivánich abre los ojos y mueve los labios.

–¿Se encuentra usted mal?

–No es nada… –responde Pável Ivánich, jadeando–. No es nada, al contrario, hasta me siento mejor… Mire, ya puedo tumbarme… Las molestias han remitido…

–Dios sea loado, Pável Ivánich.

–Cuando me comparo con vosotros, me dais pena… sois unos desgraciados. Mis pulmones están sanos, esta tos viene del estómago… Soy capaz de soportar el infierno, no digamos el mar Rojo. Además, puedo mostrar una actitud crítica con mi propia enfermedad y los medicamentos. Mientras que para vosotros… pobres ignorantes… la situación es difícil, ¡muy difícil!

El barco no cabecea, la mar está en calma y hace tanto calor como en una sauna; cuesta trabajo no sólo hablar, sino también escuchar. Gúsiev rodea las rodillas con los brazos, apoya en ellas la cabeza y recuerda su aldea natal. ¡Dios mío, en medio de ese bochorno, qué placer da pensar en la nieve y en el frío! Vas en trineo; de pronto los caballos se asustan y se embalan… Sin distinguir los caminos, ni las zanjas ni los barrancos, recorren al galope, como enrabietados, toda la aldea, atravesando el estanque, pasando junto a la fábrica, internándose en el campo… «¡Detente! –gritan a pleno pulmón los obreros y los transeúntes–. ¡Detente!» Pero ¿por qué hacerlo? Que el viento helado y penetrante azote el rostro y muerda las manos, que los torbellinos de nieve, levantados por los cascos, aneguen el gorro, se deslicen por el cuello y por el pecho, que los patines del trineo chirríen, que el tiro y el balancín se rompan, ¡al diablo con ellos! ¡Y qué placer cuando el trineo vuelca y te caes sobre un

montón de nieve, hundiendo la cara en los copos; luego te levantas todo blanco, con escarcha en el bigote, sin gorro, sin manoplas, con el cinturón desabrochado…! La gente se ríe a carcajadas, los perros ladran…

Pável Ivánich entreabre un solo ojo, mira a Gúsiev y le pregunta en voz baja:

–Gúsiev, ¿tu comandante robaba?

–¡Y quién lo sabe, Pável Ivánich! Nosotros no sabemos nada; no nos enteramos de esas cosas.

Se produce un largo silencio. Gúsiev piensa, delira y no para de beber agua; le cuesta trabajo hablar y escuchar, y teme que le dirijan la palabra. Pasa una hora, luego otra y otra más; llega la tarde, cae la noche, pero él no se da cuenta; sigue sentado, evocando el frío.

Por el ruido, se diría que alguien ha entrado en la enfermería; se oyen voces, pero al cabo de unos cinco minutos todo queda en silencio.

–Que el Señor le conceda el Reino de los Cielos y el reposo eterno –dice el soldado del brazo vendado–. ¡Qué hombre tan inquieto!

–¿Qué? –pregunta Gúsiev–. ¿Quién?

–Ha muerto. Acaban de llevarlo a cubierta.

–Bueno –balbucea Gúsiev, bostezando–, que el Señor le conceda el reino de los Cielos.

–¿Y a ti qué te parece, Gúsiev? –le pregunta después de una pausa el soldado del brazo vendado–. ¿Irá al cielo o no?

–¿De quién hablas?

–De Pável Ivánich.

–Irá… Ha sufrido mucho… Además, pertenece al clero y los popes tienen mucha familia. Rezarán por él.

El soldado del brazo vendado se sienta en el catre junto a Gúsiev y dice en voz baja:

–Tú tampoco durarás mucho en este mundo, Gúsiev. No llegarás a Rusia.

–¿Lo ha dicho algún médico o enfermero? –le pregunta Gúsiev.

–No lo ha dicho nadie, pero se ve… Cuando un hombre va a morir, se ve en seguida. No comes, no bebes, has adelgazado tanto que da miedo mirarte. En una palabra, tienes tuberculosis. No lo digo para inquietarte, sino para que comulgues y recibas la extremaunción, si lo deseas. Y, en caso de que tengas dinero, deberías dárselo al comandante.

–No he escrito a casa… –suspira Gúsiev–. Me moriré y no sabrán nada.

–Lo sabrán –dice el marinero enfermo con voz de bajo–. Cuando mueras, anotarán tu fallecimiento en el diario de a bordo y, una vez en Odessa, entregarán una nota al gobernador militar, quien la remitirá al distrito o donde haga falta…

Esta conversación llena de angustia a Gúsiev, a quien comienza a acuciar un deseo indefinible. Bebe, pero no es eso; se arrastra hasta el ventanuco redondo y aspira el aire cálido y húmedo, pero no es eso; trata de pensar en su aldea natal, en el frío, pero no es eso… Por último, le asalta el convencimiento de que, si se queda un solo minuto más en la enfermería, se ahogará irremisiblemente.

–Me encuentro mal, muchachos… –dice–. Me voy arriba. ¡Llevadme arriba, por el amor de Dios!

–De acuerdo –conviene el soldado del brazo vendado–. No llegarás, pero te llevaré. Cógete de mi cuello.

Gúsiev se abraza al soldado, que lo sostiene con el brazo sano y lo lleva arriba. En cubierta duermen amontonados varios soldados y marineros que vuelven a sus hogares; hay tantos que apenas se puede pasar.

–Pon los pies en el suelo –dice suavemente el soldado del brazo vendado–. Sígueme con cuidado, agárrate a mi camisa…

Reina la oscuridad. Ni en cubierta ni en los mástiles ni en el mar brilla luz alguna. En la proa se alza inmóvil, como una estatua, el centinela, pero se diría que también él duerme. Parece como si el vapor siguiera su propio rumbo y navegara a su antojo.

–Acaban de arrojar al mar a Pável Ivánich… –dice el soldado del brazo vendado–. Lo metieron en un saco y lo echaron al agua.

–Sí. Así son las reglas.

–Es mejor reposar en casa, bajo tierra. Al menos tu madre irá a llorar a la tumba.

–Seguro.

Huele a estiércol y a heno. Junto a la borda hay algunos toros con la cabeza gacha. Uno, dos, tres… ocho en total. También hay un pequeño caballo. Gúsiev alarga el brazo para acariciarlo, pero el caballo sacude la testa, enseña los dientes y trata de morderle la manga.

–Maldito… –dice Gúsiev enfadado.

El soldado y él avanzan sin ruido en dirección a la proa, se detienen junto a la borda y, sin despegar los labios, miran ya hacia arriba ya hacia abajo. Arriba se extiende el cielo profundo, sereno, silencioso, las brillantes estrellas, igual que en la casa de la aldea; abajo reinan la oscuridad y el desorden. No se sabe para qué rugen las altas olas. Da lo mismo sobre cuál se pose la vista, todas tratan de sobrepasar a las demás, aplastándolas y rechazándolas; cada una de ellas, reluciente con su blanca cresta, se precipita sobre la anterior con estruendo, furiosa y horrible.

El mar no tiene conciencia ni piedad. Si el vapor fuera demasiado pequeño y no estuviera construido con gruesas planchas de hierro, las olas lo destrozarían sin compasión y se tragarían a todos los pasajeros, sin distinguir a los santos de los pecadores. El vapor también tiene una expresión indiferente y cruel. Ese monstruo narigudo avanza y corta a su paso millones de olas; no teme a la oscuridad, ni al viento, ni a los espacios inmensos, ni a la soledad; no le importa nada, y, si el océano estuviera poblado de hombres, ese monstruo los aplastaría, sin distinguir tampoco a los santos de los pecadores.

–¿Dónde estamos ahora? –pregunta Gúsiev.

–No lo sé. Seguramente en medio del mar.

–No se ve tierra…

–¡Claro que no! Dicen que no la veremos en siete días.

Ambos guardan silencio y contemplan meditabundos la blanca espuma, irisada de resplandores fosforescentes. Gúsiev es el primero en hablar.

–No tiene nada de terrible –dice–, pero se siente angustia, como en un bosque oscuro; si echaran una chalupa al agua y un oficial diera la orden de ir a pescar a cien verstas de aquí, yo iría; o, si, pongamos por caso, un cristiano cayera al mar, yo me lanzaría tras él. A un alemán o a un chino no los salvaría, pero a un cristiano sí.

–¿No tienes miedo de morir?

–Sí. Me da pena de la casa. En la aldea ha quedado mi hermano, pero es un irresponsable; bebe, pega a su mujer sin motivo, no respeta a sus padres. Cuando yo falte, todo se echará a perder y mi padre y madre acabarán pidiendo limosna. Pero las piernas no me sostienen, amigo, y apenas puedo respirar… Vamos a acostarnos.

V

Gúsiev regresa a la enfermería y se tumba en el catre. Lo mismo que antes, se siente oprimido por un deseo indefinido, pero, por más que lo intenta, no consigue determinar qué necesita. Siente un peso en el pecho, un zumbido en la cabeza y una sequedad tal en la boca que apenas puede mover la lengua. Dormita y delira; por la mañana, atormentado por las pesadillas, la tos y el calor sofocante, se queda profundamente dormido. Sueña que en el cuartel acaban de cocer pan y que él se ha deslizado en el interior del horno, donde toma un baño de vapor y se frota con una escobilla de abedul. Duerme dos días seguidos y el tercero, a mediodía, dos marineros bajan a la enfermería para sacarlo de allí.

Lo cubren con una lona y, para que pese más, ponen a su lado dos barras de hierro. Una vez encerrado en la lona, parece una zanahoria o un rábano: ancho en la cabeza, estrecho en los pies… Antes de la puesta de sol lo llevan a cubierta y lo colocan sobre una tabla, uno de cuyos extremos se apoya en la borda y el otro en una caja situada sobre un taburete. Alrededor se agrupan los soldados licenciados y la tripulación, todos con la cabeza descubierta.

–Alabado sea el Señor –empieza el sacerdote–, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.

–¡Amén! –cantan tres marineros.

Los soldados licenciados y los miembros de la tripulación se santiguan y dirigen una mirada de soslayo a las olas. Es extraño que se encierre a un hombre en una lona y se lo arroje al mar. ¿No podría sucederle eso a cualquiera de ellos?

El sacerdote vierte un puñado de tierra sobre el cuerpo de Gúsiev y se inclina. Suenan los acordes del Réquiem.

El oficial de guardia levanta el extremo de la tabla, Gúsiev se desliza por ella, cae de cabeza, luego da una vuelta en el aire y ¡paf! La espuma lo envuelve; por un instante parece cubierto de encajes, pero al cabo de un momento el cadáver desaparece entre las olas.

Se hunde rápidamente. ¿Alcanzará el fondo? Dicen que hay una profundidad de cuatro verstas. Cuando ha recorrido ocho o diez *sazhens*, el cuerpo ralentiza su caída, se balancea rítmicamente, como si vacilara y, arrastrado por la corriente, se desplaza más deprisa de lo que se hunde.

Pero de pronto se topa en su camino con un banco de peces de los llamados pilotos. Al ver un cuerpo oscuro, los peces se detienen, como petrificados, y al punto se dan la vuelta todos a una y desaparecen. No ha pasado ni un minuto cuando, rápidos como flechas, se lanzan de nuevo sobre Gúsiev y empiezan a zigzaguear a su alrededor…

Después aparece otro cuerpo oscuro. Es un tiburón. Con aire altanero y displicente, como si no hubiera reparado en Gúsiev, pasa por debajo del cadáver, que cae sobre su lomo; luego el escualo se da la vuelta y, con la panza hacia arriba, retoza en el agua tibia y transparente, abriendo con languidez su mandíbula con dos hileras de dientes. Los pilotos están embelesados; se detienen y contemplan la escena. Tras jugar con el cadáver, el tiburón acerca con desgana las fauces, roza cuidadosamente con los dientes la parte inferior, y la lona se desgarra a lo largo de todo el cuerpo, de la cabeza a los pies; una de las barras cae, asustando a los pilotos, golpea al tiburón en un costado y se hunde rápidamente.

Durante ese tiempo, en la superficie, del lado de poniente, se amontonan las nubes; una de ellas parece un arco de triunfo, otra un león, una tercera unas tijeras… Por detrás de las nubes surge un ancho rayo verde que se extiende hasta la mitad del cielo; poco después aparece a su lado uno violeta, a continuación uno dorado, luego uno rosa… El cielo se vuelve de un lila suave. Al contemplar ese cielo espléndido y fascinante, el océano empieza a ensombrecerse, pero pronto adquiere unos colores delicados, alegres, apasionados, que apenas encuentran definición en el lenguaje de los hombres.

Campesinas

En la aldea de Ráibuzh se alza, justo enfrente de la iglesia, una casa de dos pisos, con cimientos de piedra y tejado de chapa. La planta baja la habitan el propio dueño, Filip Ivánov Kashin, apodado Diuda, y su familia; en el primer piso, muy caluroso en verano y muy frío en invierno, se alojan funcionarios, comerciantes y propietarios de paso. Diuda arrienda tierras a los campesinos, regenta una taberna junto a la carretera principal, comercia con alquitrán, miel, ganado y plumas de sombrero, y ha amasado ya unos ocho mil rublos, que tiene depositados en un banco de la ciudad.

Su hijo mayor, Fiódor, trabaja como mecánico jefe en la fábrica y, como dicen los campesinos, ha llegado tan lejos que no se le puede alcanzar con la mano; su esposa Sofía, mujer fea y enfermiza, vive en casa de su suegro, no para de llorar y todos los domingos va al hospital a recibir tratamiento. El segundo hijo de Diuda, Alioshka el jorobado, vive en casa de su padre. No hace mucho lo casaron con Varvara, procedente de una familia pobre: es una mujer joven, atractiva, llena de salud y coqueta. Los funcionarios y comerciantes que se alojan en la fonda exigen que sea ella quien les traiga el samovar y les haga la cama.

Una tarde de junio, mientras se ponía el sol y el aire se llenaba de olores a heno, estiércol caliente y leche fresca, entró en el patio de Diuda un carro sencillo en el que viajaban tres personas: un hombre de unos treinta años con un traje de lienzo, un muchacho de unos dieciocho con una larga levita negra con botones de hueso y un joven con camisa roja como las de los cocheros.

El joven desenganchó los caballos y los llevó a pasear por la calle, mientras el viajero se lavaba y decía sus oraciones vuelto hacia la iglesia; luego extendió su manta de viaje por el suelo, junto al carro, y se sentó a cenar con el muchacho; al contemplar sus gestos pausados y comedidos, Diuda, que a lo largo de su vida había visto muchos viajeros, reconoció en él a un hombre práctico, responsable y consciente de su valía.

Diuda estaba sentado en el porche sólo con el chaleco, sin gorra, esperando a que el recién llegado le dirigiera la palabra. Estaba habituado a que los viajeros, por la tarde, antes de dormirse, le contaran toda suerte de historias, que él escuchaba con gusto. Su vieja Afanásievna y su nuera Sofía ordeñaban las vacas en la cuadra; su otra nuera, Varvara, sentada junto a una ventana abierta de la primera planta, comía pipas de girasol.

–Ese muchacho es hijo tuyo, ¿verdad? –preguntó Diuda al viajero.

–No, es un pupilo, un huérfano. Lo he tomado a mi cargo para la salvación de mi alma.

Empezaron a conversar. El viajero era un hombre dicharachero y elocuente, de tal manera que en el curso de la charla Diuda se enteró de que era un burgués de la ciudad, propietario, que se llamaba Matvéi Sávvich, que iba a ver unos huertos que había arrendado a unos colonos alemanes y que el muchacho se llamaba Kuzka. La noche era calurosa y sofocante; nadie tenía ganas de dormir. Cuando cayeron las sombras y las pálidas estrellas empezaron a titilar en algunos puntos del cielo, Matvéi Sávvich se puso a contar cómo se había hecho cargo de Kuzka. Afanásievna y Sofía, que se encontraban no lejos de allí, aguzaban el oído, mientras Kuzka se acercaba a la cancela.

–Se trata de una historia de lo más enrevesada, abuelo –empezó Matvéi Sávvich–; si tuviera que contártelo todo, se nos haría de día. Hace unos diez años, en nuestra calle, justo al lado de mi casa, donde ahora se alza una fábrica de velas y una almazara, habitaba Marfa Simónovna Kaplúntseva, una vieja viuda que tenía dos hijos: uno trabajaba como mecánico en el ferrocarril; el otro, Vasia, de la misma edad que yo, vivía en casa de su madre. El difunto señor Kaplúntsev tenía caballos, unas cinco parejas, y se dedicaba al transporte en la ciudad; la viuda siguió con el negocio y manejaba a los carreteros con tanta habilidad como su difunto marido, de manera que algunos días sacaba cinco

rublos netos. Su hijo también obtenía pequeños beneficios. Criaba palomas de raza y las vendía a los aficionados; siempre estaba en el tejado, lanzando una escoba al aire y silbando; las palomas volteadoras llegaban hasta el mismo cielo, pero a él siempre le parecía poco y quería que volaran más alto. Atrapaba pardillos y estorninos, construía jaulas… Parecen ocupaciones de poca monta, pero con esas naderías se sacaba unos diez rublos al mes. En fin, con el paso del tiempo, a la anciana se le paralizaron las piernas y tuvo que guardar cama. Como consecuencia, la casa se quedó sin patrona, que es como si un hombre se quedara sin ojos. La anciana empezó a preocuparse y pensó en casar a su hijo. Sin pérdida de tiempo llamó a la casamentera; empezaron esas típicas charlas de mujeres, que si esto, que si lo otro, y al final nuestro Vasia fue a ver a las candidatas. Eligió a Máshenka, hija de la viuda Samojválov. Le dieron el sí sin pensarlo demasiado y en una semana todo quedó arreglado. Era una muchacha joven, de unos diecisiete años, menuda y rechoncha, pero blanca de tez y bonita de cara, con todas las cualidades de una señorita; y su dote no estaba nada mal: unos quinientos rublos en dinero, una vaca, ropas de cama… Tres días después de la boda, la anciana, que había tenido un presentimiento, se marchó a la Jerusalén celeste, donde se desconocen las enfermedades y los suspiros. Los recién casados encargaron una misa de difuntos e iniciaron su vida en común. Durante seis meses vivieron en la mayor armonía, pero de pronto acaeció una nueva desdicha –las desgracias nunca viene solas–: Vasia fue convocado al sorteo de los quintos. Lo enrolaron, al pobre, sin concederle la menor prórroga. Le raparon la cabeza y lo enviaron al reino de Polonia. No se puede ir contra la voluntad de Dios. Cuando se despidió de su mujer en el patio apenas se mostró conmovido, pero cuando contempló su palomar por última vez se puso a llorar a lágrima viva. Daba pena mirarlo. En un principio Máshenka, para no aburrirse, llevó a su madre a vivir con ella; la vieja se quedó hasta el momento del parto, cuando nació este Kuzka que veis aquí, y luego se fue a Oboián, a casa de su otra hija, también casada, dejando a Máshenka sola con el pequeño. Lidiar con cinco carreteros, hombres dados a la bebida e insolentes, cuidar de varios caballos y carretas, ocuparse de una tapia que se desmorona y quemar el hollín acumulado en la chimenea, no son actividades para una mujer, de modo que empezó a recurrir a mí, su vecino, para cualquier nadería. Yo llegaba, daba órdenes, aconsejaba… Como es bien sabido, no se entra en una casa sin beber té y entablar conversación. Yo era joven, ingenioso, me gustaba charlar de cualquier asunto; ella también era instruida y gentil. Llevaba ropas muy limpias y en verano se paseaba con un quitasol. A veces le hablaba de religión o de política; ella se sentía halagada y me servía té y mermelada… En una palabra, para no alargarme mucho, te diré, abuelo, que antes de que pasara un año el demonio, enemigo del género humano, me turbó el entendimiento. Empecé a darme cuenta de que, los días que no iba a verla, me sentía desanimado y me aburría. Y no paraba de buscar pretextos para ir a visitarla. «Es hora de poner las dobles ventanas para el invierno», le decía; y me pasaba el día entero remoloneando en su casa, poniendo las dobles ventanas e ingeniándomelas de tal manera que me quedaran un par de ellas para el día siguiente. «Habría que contar las palomas de Vasia, no se haya perdido alguna», y otras cosas por el estilo. Siempre que podía le hablaba por encima de la tapia y, al final, para hacer más corto el camino, abrí una puertecilla en el muro. En este mundo el sexo débil es causa de muchos males y villanías. No sólo nosotros, pecadores, sino también los santos han sido apartados del buen camino. Máshenka no me rechazaba. En lugar de conservar el recuerdo de su marido y vigilar su conducta, se enamoró de mí. Empecé a darme cuenta de que también ella se aburría y se pasaba todo el tiempo cerca de la tapia, mirando mi patio por las hendiduras. La cabeza se me llenó de fantasías. El Jueves Santo, por la mañana temprano, poco después del amanecer, pasé junto a su puerta camino del mercado, y allí estaba el demonio de guardia; eché un vistazo –su puerta tenía una rejilla en la parte superior–, y la vi ya levantada en medio del patio, dando de comer a los patos. No pude contenerme y la llamé. Ella se acercó y me miró a través de la rejilla. La tez blanca, los ojos acariciadores, soñolientos… Obnubilado, empecé a dedicarle cumplidos, como si en lugar de encontrarnos ante su puerta estuviéramos celebrando su santo; ella se ruborizó y se rió, mirándome a los ojos sin pestañear. Perdí la razón y me puse a expresarle mis sentimientos amorosos… Ella me abrió la puerta y me dejó entrar; desde esa mañana vivimos como marido y mujer.

Alioshka el jorobado entró en el patio jadeando y, sin mirar a nadie, se dirigió corriendo a la casa; al cabo de un minuto salió a toda prisa, con un acordeón al hombro, y, haciendo tintinear en el bolsillo unas monedas de cobre y comiendo pipas de girasol, desapareció más allá de la cancela.

–¿Quién es ése? –preguntó Matvéi Sávvich.

–Mi hijo Alekséi –respondió Diuda–. Se va de juerga, el muy golfo. Dios le ha cargado con una joroba, así que no le exigimos demasiado.

–Se pasa todo el día de parranda con los muchachos –dijo Afanásievna con un suspiro–. Lo casamos antes del carnaval, pensando que eso arreglaría las cosas, pero la situación no ha hecho más que empeorar.

–No ha servido de nada. Lo único que hemos conseguido es hacer feliz a una muchacha sin motivo alguno –comentó Diuda.

Más allá de la iglesia, en algún lugar, se oyó una canción de una inefable tristeza. No se distinguían las palabras, sólo se oían las voces: dos tenores y un bajo. Como todo el mundo escuchaba, en el patio se hizo un profundo silencio… Dos de las voces se interrumpieron bruscamente y estallaron en una estrepitosa carcajada, mientras la tercera, un tenor, siguió cantando y atacó una nota tan alta que todos miraron hacia arriba sin darse cuenta, como si la voz hubiera alcanzado el mismo cielo. Varvara salió de la casa y, cubriéndose los ojos con la mano, como para protegerse del sol, miró hacia la iglesia.

–Son los hijos del pope y el preceptor –dijo.

Las tres voces volvieron a cantar al unísono. Matvéi Sávvich suspiró y continuó:

–Así es, abuelo. Al cabo de un par de años recibimos de Varsovia una carta de Vasia. En ella decía que sus jefes lo enviaban a casa para que se restableciera. No se encontraba bien. En ese momento, libre ya de la locura que me había dominado, sopesaba la idea de un ventajoso matrimonio que me habían propuesto, pero no veía la manera de desembarazarme de mi amante. Cada día tenía intención de hablar con Máshenka, pero no sabía cómo encarar el asunto para no oír sus gemidos. La carta me facilitó las cosas. Cuando la leímos, se puso blanca como la nieve; yo le dije: «Gracias a Dios; eso significa que vas a volver a ser la mujer de tu marido». Y ella me replicó: «No tengo intención de vivir con él». «Pero es tu marido», apunté yo. «Poco me importa… Nunca le he querido y me casé con él contra mi voluntad. Mi madre me obligó.» «Déjate de historias, necia, y contéstame: ¿te has casado con él o no?» «Sí –dice–, pero te quiero a ti y viviré contigo hasta la muerte. Me da igual que la gente se ría… No les haré ningún caso…» «Eres piadosa –le digo–, ¿has leído lo que dicen las Escrituras?»

–Te han dado un marido y debes vivir con él –comentó Diuda.

–Marido y mujer son una misma carne. «Hemos pecado –le digo–, y es hora de que nos separemos; hay que escuchar la voz de la conciencia y temer a Dios. Confesemos nuestra culpa ante Vasia; es un hombre pacífico y tímido, no nos matará. Además, es mejor soportar los tormentos infligidos en este mundo por el marido legítimo que rechinar los dientes el día del Juicio Final.» Ella no me escuchaba, seguía en sus trece y no quería entrar en razón. «Te quiero», eso es lo único que decía. Vasia llegó el sábado anterior al Domingo de la Santísima Trinidad, por la mañana temprano. Lo contemplé todo a través de la tapia: entró corriendo en la casa y al cabo de un minuto salió con Kuzka en brazos, riendo, llorando, besando a su hijo y contemplando el henil; le daba pena dejar a Kuzka y al mismo tiempo tenía ganas de ver sus palomas. Era un hombre delicado, sensible. El día pasó de la mejor manera, en calma y sin incidentes. Llamaron al oficio de vísperas y yo pensé: mañana es el Domingo de la Santísima Trinidad, ¿por qué no han cubierto de ramos la puerta y la tapia? Las cosas no deben de ir bien. Fui a verles. Él estaba sentado en el suelo, en medio de la habitación, con la mirada perdida como un borracho; las lágrimas le rodaban por las mejillas y las manos le temblaban; sacó de un saco rosquillas, collares, bizcochos y toda clase de regalos y los desperdigó por el suelo. Kuzka –que entonces tenía tres años– gateaba a su alrededor y masticaba un bizcocho; Máshenka, de pie junto a la estufa, pálida y temblorosa, balbuceaba: «No soy tu mujer, no quiero vivir contigo», y un montón de tonterías más. Saludé a Vasia con una profunda reverencia y le

dije: «Somos culpables ante ti, Vasili Maksímich, perdónanos, por el amor de Dios». Luego me incorporé y le dirigí a Máshenka estas palabras: «Y usted, María Semiónovna, debe sentirse contenta de lavarle los pies a Vasili Maksímich. Sea una esposa sumisa y ruegue a Dios para que, en su misericordia, perdone mi pecado». Parecía como si ese discurso me lo hubiera inspirado un ángel y hablaba con tanto sentimiento que hasta se me saltaron las lágrimas. El caso es que, al cabo de un par de días, Vasia vino a verme. «Os perdono a los dos, Matvéi, que Dios sea con vosotros. Es difícil que la mujer de un soldado, sobre todo si es joven, guarde el decoro. No es la primera ni será la última. Lo único que te pido es que te comportes como si no hubiera pasado nada entre vosotros; yo, por mi parte, trataré de colmarla de atenciones para que vuelva a amarme.» Me tendió la mano, bebió una taza de té y se marchó contento. Gracias a Dios, pensé, muy satisfecho de que todo hubiera acabado tan bien. Pero, en cuanto Vasia salió del patio, llegó Máshenka. ¡Qué castigo de mujer! Se me colgó del cuello, lloró y suplicó: «En el nombre del Cielo, no me abandones, no puedo vivir sin ti».

–¡La muy pájara! –suspiró Diuda.

–Le grité, golpeé el suelo con el pie, la arrastré hasta el zaguán y puse el pestillo. «Vete con tu marido –le grité–. ¡No me avergüences delante de la gente, ten temor de Dios!» Y cada día la misma historia. Una mañana estaba en el patio, cerca de la cuadra, ocupado en arreglar una brida. De pronto veo cómo atraviesa corriendo la cancela, descalza, vestida con una saya, y viene directamente hacia mí; coge la brida con ambas manos, se embadurna de brea, se estremece, llora… «No puedo vivir con un hombre que me repugna. ¡Me faltan las fuerzas! Si no me amas, mejor es que me mates.» Me enfadé y le propiné dos golpes con la brida; en ese momento Vasia atravesó la cancela y gritó con voz desesperada: «¡No le pegues! ¡No le pegues!». Se acercó corriendo, levantó la mano y empezó a propinarle puñetazos con todas sus fuerzas, como un poseso; luego la arrojó al suelo y la cubrió de patadas; quise defenderla, pero él cogió mis riendas y le dio con ellas. Mientras la golpeaba, chillaba como un potro: «¡Hi-hi-hi!».

–Habría que haberte azotado a ti con esas riendas… –farfulló Varvara, alejándose–. Acabarán matándonos a todas estos malditos…

–¡Cállate! –le gritó Diuda–. ¡Yegua!

–¡Hi-hi-hi! –continuó Matvéi Sávvich–. De su patio llegó corriendo un cochero; yo llamé a mi obrero y entre los tres conseguimos arrancarle a Máshenka y llevarla a casa, sosteniéndola por los brazos. ¡Qué vergüenza! Esa misma tarde fui a enterarme de las novedades. Estaba tumbada en la cama, cubierta de compresas; sólo se le veían los ojos y la nariz; miraba el techo. Le dije: «¡Hola, María Semiónovna!». Ella callaba. Vasia estaba en otra habitación, cogiéndose la cabeza con las manos y llorando. «¡Soy un canalla! ¡He destrozado mi propia vida! ¡Envíame la muerte, Señor!» Pasé media hora junto a Máshenka y le eché un sermón. Le metí miedo. «Los justos –le dije– irán al paraíso en el otro mundo, mientras a ti te arrojarán al fuego del infierno con todas las pecadoras... No te opongas a tu marido, arrójate a sus pies.» Ella no pronunció palabra, ni siquiera pestañeó; era como si le estuviera hablando a un poste. Al día siguiente Vasia cayó enfermo, de cólera o algo así, y por la tarde oí que había muerto. Lo enterraron. Máshenka no fue al cementerio, no quería mostrar delante de la gente su impúdico semblante y sus moratones. Pronto los burgueses de la ciudad hicieron correr el rumor de que Vasia no había fallecido de muerte natural, sino que lo había matado ella. La especie llegó a las autoridades. Desenterraron a Vasia, le abrieron el vientre y en su interior encontraron arsénico. El asunto estaba claro como el agua; vino la policía y se llevó a Máshenka y también a Kuzka, que no tenía nada que ver. La encarcelaron. La mujer se había conducido sin cabeza y Dios la había castigado… Al cabo de unos ocho meses se celebró el juicio. Recuerdo que estaba sentada en un banco, con un pañuelo blanco y un vestido gris, delgada, pálida, con ojos penetrantes; daba pena. Detrás había un soldado con un fusil. No confesó. En el juicio unos dijeron que había envenado a su marido, otros aseguraron que él mismo, desesperado, se había envenado. Me citaron como testigo. Cuando me interrogaron, lo expliqué todo en conciencia. «Es culpa suya. No hay nada que ocultar: no amaba a su marido, tenía mucho carácter…» El juicio se inició por la mañana y por la tarde leyeron el veredicto: trece años de trabajos forzados en Siberia. Después del

juicio, pasó unos tres meses en el presidio de la ciudad. Fui a verla por humanidad, le llevé té, azúcar. Cuando me vio, empezó a temblar de pies a cabeza, agitó los brazos y balbució: «¡Vete! ¡Vete!». Apretó a Kuzka contra su seno, como si tuviera miedo de que me lo llevara. «¡Mira a dónde has llegado! –le dije–. ¡Ah, Masha, Masha, pecadora! No me escuchaste cuando te pedí que entraras en razón y ahora tienes que llorar. Tú tienes la culpa, acúsate a ti misma.» Mientras la amonestaba, ella sólo decía: «¡Vete! ¡Vete!»; se apretaba contra la pared, con Kuzka en brazos, y se estremecía. Cuando se disponían a trasladarla a la capital del distrito, fui a verla a la estación y le entregué un rublo en un paquete para la salvación de mi alma. Pero no llegó a Siberia… En la capital del distrito contrajo unas fiebres y murió en el presidio.

–Si eres un perro, muere como un perro –dijo Diuda.

–Enviaron a Kuzka de vuelta a casa… Después de pensármelo mucho, me hice cargo de él. ¿Qué podía hacer? Es hijo de una criminal, pero es un ser vivo, un cristiano… Me daba pena. Haré de él un dependiente y, si no tengo hijos, lo convertiré en comerciante. Ahora, cuando voy a alguna parte, lo llevo conmigo para que aprenda.

Durante la narración de Matvéi Sávvich, Kuzka estuvo sentado en una piedra, junto a la cancela, con la cabeza apoyada en ambas manos, contemplando el cielo; de lejos, en la oscuridad, parecía un tocón.

–¡Kuzka, vete a dormir! –le gritó Matvéi Sávvich.

–Si, ya es hora –dijo Diuda, poniéndose en pie; dejó escapar un sonoro bostezo y añadió–: Siempre quieren hacer lo que se les antoja, no hacen caso y recogen lo que siembran.

En el cielo, por encima del patio, flotaba ya la luna; se desplazaba en una dirección y las nubes, que pasaban por debajo de ella, en la contraria; las nubes se alejaban, mientras la luna se demoraba sobre el patio. Matvéi Sávvich rezó vuelto hacia la iglesia y, tras desear buenas noches a los presentes, se tumbó en el suelo, cerca del carro. Kuzka también dijo sus oraciones, se echó en el interior del carro y se cubrió con su levita; para estar más a gusto, abrió un agujero en el heno y se acurrucó de tal modo que los codos rozaran las rodillas. Desde el patio se veía cómo Diuda, en la planta baja, encendía una vela, se ponía unas gafas y se acomodaba en un rincón, con un libro en la mano. Pasó un buen rato leyendo y prosternándose.

Los viajeros se durmieron. Afanásievna y Sofía se acercaron al carro y se quedaron mirando a Kuzka.

–Duerme, el pobre huérfano –dijo la anciana–. Delgaducho, escuchimizado, con los huesos a flor de piel. No tiene madre y nadie se ocupa de que coma como Dios manda.

–Mi Grisha debe tener dos años más –comentó Sofía–. Vive en la fábrica sin su madre, como en una prisión. Puede que el patrón le pegue. Hace un rato, cuando vi a este muchachito, me acordé de mi Grisha y la sangre se me heló en las venas.

Pasaron un minuto en silencio.

–Tal vez ya no se acuerde de su madre –dijo la anciana.

–¡Cómo quieres que se acuerde!

Y gruesas lágrimas rodaron de los ojos de Sofía.

–Se ha hecho un ovillo… –dijo, sollozando y riendo, llena de conmiseración y de piedad–. ¡Pobre huerfanito!

Kuzka se estremeció y abrió los ojos. Vio ante sí un rostro feo, descompuesto, lloroso, y a su lado a una vieja desdentada, con un mentón prominente y una nariz buida; por encima de ambas mujeres se extendía un cielo insondable, por el que se desplazaban las nubes y la luna; el muchacho lanzó un grito de espanto. Sofía también gritó; el eco les respondió a ambos y una sensación de inquietud atravesó el aire sofocante; no lejos de allí, un vigilante dio un golpe en una plancha; un perro ladró. Matvéi Sávvich farfulló algunas palabras en sueños y se volvió del otro lado.

Ya avanzada la noche, cuando Diuda, la anciana y el vigilante de la vecindad dormían, Sofía atravesó la cancela y se sentó en un banco. Respiraba con dificultad y le dolía la cabeza de tanto llorar. La calle era ancha y larga, dos verstas a la derecha y otras tantas a la izquierda, y no se veía el

final. La luna había abandonado el patio y flotaba ahora sobre la iglesia. Su luz inundaba un lado de la calle; el otro estaba sumido en tinieblas; las grandes sombras de los álamos y de los nidos de estorninos atravesaban toda la calle, mientras la de la iglesia, negra y terrible, ocupaba una amplia franja de tierra y cubría la cancela de Duida y la mitad de la casa. No había nadie y no se oía un ruido. Del final de la calle llegaba de vez en cuando una música apenas audible; probablemente Alioshka tocaba el acordeón.

Unos pasos resonaron en la penumbra, cerca de la verja de la iglesia. ¿Era un hombre o una vaca? Imposible saberlo; quizá no había nadie y sólo se trataba de un ave de gran tamaño que hacía crujir las frondas. Pero de pronto una figura se destacó de la sombra, se detuvo, dijo algo –era una voz de hombre– y después desapareció en el callejón próximo a la iglesia. Algo más tarde apareció otra silueta a unos dos *sazhens* de la cancela; se dirigía directamente hacia allí pero, al ver a Sofía en el banco, se detuvo.

–Varvara, ¿eres tú? –preguntó Sofía.

–¿Y si fuera yo?

Era Varvara. Permaneció inmóvil durante un minuto, luego se acercó al banco y se sentó.

–¿Adónde has ido? –preguntó Sofía.

Varvara no respondió.

–No vayas a ganarte alguna desgracia a fuerza de tanto correr, jovencita –dijo Sofía–. ¿No has oído las patadas y los fustazos que recibió Máshenka? Ten cuidado no te pase lo mismo.

–Da igual –Varvara, tapándose la boca con el pañuelo, se echó a reír y susurró–: He estado con el hijo del pope.

–Bromeas.

–Te lo prometo.

–¡Es pecado! –murmuró Sofía.

–Da igual… ¿Por qué lamentarse? Si es pecado, que lo sea; más vale caer fulminada por un rayo que llevar esta vida. Soy joven, tengo salud y Dios me ha dado un marido jorobado, odioso, duro, peor que ese maldito Diuda. Cuando era niña, no tenía nada que comer y andaba descalza; escapé de esa miseria, me dejé tentar por la riqueza de Alioshka y caí en la jaula como un pez en la nasa; preferiría dormir con una víbora que con ese sarnoso de Alioshka. ¿Y tu vida? Ojalá no la hubieran visto mis ojos. Tu Fiódor te ha echado de la fábrica, te ha mandado a casa de su padre y ha tomado otra mujer; te han quitado a tu hijo y lo tienen encerrado. Trabajas como una mula y no oyes ni una buena palabra. Más vale quedarse soltera toda la vida, aceptar el medio rublo del hijo del pope, mendigar, arrojarse a un pozo…

–¡Es pecado! –volvió a murmurar Sofía.

–Da igual.

Detrás de la iglesia las tres mismas voces, dos tenores y un bajo, entonaron de nuevo su triste canción. Tampoco esta vez podían distinguirse las palabras.

–Pájaros de media noche… –dijo Varvara, echándose a reír.

Y se puso a hablar en susurros de sus citas nocturnas con el hijo del pope, de lo que éste le decía, de cuáles eran sus amigos y de sus escarceos con los funcionarios y comerciantes de paso. La triste canción transmitía un aire de libertad. Sofía se echó a reír, dominada al mismo tiempo por la mala conciencia y el miedo; le gustaba escuchar a Varvara, la envidiaba y lamentaba no haber pecado ella misma cuando era joven y hermosa…

En la vieja iglesia del cementerio dieron las doce.

–Es hora de dormir –dijo Sofía, poniéndose en pie–, no vaya a ser que nos sorprenda Diuda.

Ambas entraron en el patio sin hacer ruido.

–Como me marché, no oí cómo acababa la historia de Máshenka –dijo Varvara, preparándose el lecho debajo de la ventana.

–Por lo visto murió en prisión. Envenenó a su marido.

Varvara se tumbó al lado de Sofía, se quedó pensativa y dijo en voz baja:

–Yo me desembarazaría de mi Alioshka y no lo lamentaría.

–No dices más que tonterías, que Dios te proteja.

Cuando Sofía estaba a punto de dormirse, Varvara se apretó contra ella y le susurró al oído:

–¡Vamos a desembarazarnos de Duida y de Alioshka!

Sofia se estremeció y no respondió; luego abrió los ojos y estuvo largo rato mirando el cielo, sin pestañear.

–La gente lo sabrá –dijo.

–No lo sabrá. Diuda ya es viejo, es hora de que muera; en cuanto a Aliosha, dirán que las borracheras acabaron con él.

–Es terrible… Dios nos castigará…

–Da igual…

Ni una ni otra dormían; cavilaban en silencio.

–Hace frío –dijo Sofía, temblando de pies a cabeza–. Probablemente la mañana está al llegar… ¿Duermes?

–No… No me hagas caso, querida –murmuró Varvara–. Estoy enojada con esos malditos y no sé lo que digo. Duerme, está a punto de amanecer… Duerme…

Ambas guardaron silencio, se tranquilizaron y no tardaron en quedarse dormidas.

La anciana fue la primera en levantarse. Despertó a Sofía y las dos fueron a la cuadra a ordeñar las vacas. Llegó Alioshka el jorobado, completamente borracho, sin el acordeón; traía el pecho y las rodillas llenos de polvo y de paja: probablemente se había caído por el camino. Tambaleándose, entró en la cuadra, se desplomó sobre el heno, sin desvestirse, y al cabo de un instante ya estaba roncando. Cuando la ardiente llama del sol naciente resplandeció en las cruces de la iglesia y luego en las ventanas, y a través del patio, en la hierba cubierta de rocío, se extendieron las sombras de los árboles y del cigoñal del pozo, Matvéi Sávvich se levantó de un salto y empezó a trajinar.

–¡Kuzka, arriba! –gritó–. ¡Es hora de enganchar! ¡Deprisa!

Empezaba el ajetreo de la mañana. Una joven judía, ataviada con un vestido pardusco con volantes, condujo un caballo hasta el abrevadero del patio. El cigoñal gemía lastimero, el balde tintineaba… Kuzka, soñoliento, perezoso, cubierto de rocío y aterido de frío, estaba sentado en el carro, poniéndose con indolencia la chaqueta, y escuchaba cómo el agua caía del cubo al pozo.

–Tía –gritó Matvéi Sávvich a Sofía–, ve a sacudir a mi muchacho y dile que venga a enganchar.

En ese mismo momento Diuda gritaba por la ventana:

–¡Sofía, cóbrale a la judía un kópek por el agua! ¡Se han acostumbrado a no pagar, los muy sarnosos!

Un rebaño de ovejas iba de un lado a otro de la calle, balando; las campesinas gritaban al pastor, que tocaba el caramillo, hacía restallar el látigo o les contestaba con su fuerte y ronca voz de bajo. En el patio entraron tres ovejas y, al no encontrar la puerta, empezaron a darse cabezadas contra la tapia. El ruido despertó a Varvara, que cogió su ropa de cama con los dos brazos y entró en la casa.

–¡Al menos podías echar a las ovejas! –le gritó el anciano–. ¡Señoritinga!

–¡Lo que me faltaba! ¡Trabajar para vosotros, monstruos! –rezongó Varvara, entrando en la casa.

Engrasaron el carro y engancharon los caballos. Duida salió de la casa con el ábaco en la mano; se sentó en el porche y se puso a calcular lo que el viajero tenía que pagar por el albergue, la avena y el agua.

–Muy cara cobras la avena, abuelo –dijo Matvéi Sávvich.

–Si te parece cara, no la cojas. Soy comerciante, no fuerzo a nadie.

Los viajeros se acercaron al carro, dispuestos a iniciar la marcha, pero un imprevisto los retuvo durante un minuto. Kuzka había perdido la gorra.

–¿Dónde la has metido, cerdo? –gritó Matvéi Sávvich con enfado–. ¿Dónde está?

El rostro de Kuzka se crispó de terror, empezó a ajetrearse alrededor del carro y, al no encontrar la prenda, fue corriendo hasta la cancela y luego al interior de la cuadra. La anciana y Sofía le ayudaban a buscar.

–¡Te arrancaré las orejas! –gritó Matvéi Sávvich–. ¡Canalla!

La gorra apareció en el fondo del carro. Kuzka le quitó la paja con la manga, se la puso en la cabeza y trepó al carro con aire apocado y una expresión de pánico, como si temiera que fueran a golpearle por detrás. Matvéi Sávvich se santiguó, el criado tiró de las riendas y el carro se puso en marcha y salió del patio.

La nueva dacha

I

A tres verstas de la aldea de Obruchánovo se estaba construyendo un enorme puente. Desde la aldea, que se alzaba a gran altura sobre la escarpada orilla, se veía su armazón de hierro y, los días nublados y las serenas jornadas de invierno, cuando su delgada estructura y todos los andamiajes estaban cubiertos de escarcha, ofrecía un cuadro pintoresco e incluso fantástico. A veces pasaba por la aldea, montado en tílburi o en calesa, el ingeniero Kúcherov, encargado de la construcción, hombre grueso, ancho de espaldas, con barba, tocado de una gorra flexible y arrugada; en ocasiones, los días de fiesta, llegaban también algunos vagabundos que trabajaban en el puente, pedían limosna, se reían de las mujeres y, si se terciaba, robaban alguna cosa. Pero era raro; por lo común los días se sucedían tranquilos y apacibles, como si la obra no existiera; sólo por la tarde, cuando se encendían las hogueras junto al puente, el viento traía el débil eco de las canciones de los vagabundos. Algunas veces, durante el día se oía un melancólico ruido metálico: don… don… don…

Un día el ingeniero Kúcherov recibió la visita de su mujer, que quedó encantada con la orilla del río y la magnífica vista que se abría sobre el verde valle, con sus aldehuelas, sus iglesias y sus rebaños, y pidió a su marido que comprara una pequeña parcela y construyera allí una dacha. El marido cedió. Compraron veinte *desiatinas* de tierra y, en lo alto de la orilla, en un claro del bosque donde antes vagaban las vacas de Obruchánovo, construyeron una bonita casa de dos plantas con terraza, balcones, una torre y un mástil en cuyo extremo ondeaba los domingos una bandera; la construyeron en unos tres meses y luego, durante todo el invierno, plantaron grandes árboles, de modo que cuando llegó la primavera y todo reverdeció, la nueva finca disponía ya de alamedas, un jardinero y dos trabajadores con delantales blancos que trajinaban alrededor de la casa; había una fuentecilla y un globo de cristal que despedía unos rayos tan intensos que hacían daño a la vista. La propiedad ya tenía nombre: la Nueva Dacha.

Una mañana tibia y despejada de finales de mayo, llevaron dos caballos al herrero de Obruchánovo, Rodión Petrov, para que les cambiara las herraduras. Los enviaban de la Nueva Dacha. Eran unos caballos blancos como la nieve, gráciles, bien cebados y de una semejanza sorprendente.

–¡Auténticos cisnes! –exclamó Rodión, mirándolos con veneración.

Su mujer Stepanida, sus hijos y sus nietos salieron a la calle para verlos. Poco a poco se congregó una multitud. Llegaron los Lichkov, padre e hijo, ambos barbilampiños de nacimiento, con rostros abotargados y la cabeza descubierta. También apareció por allí Kózov, un anciano alto y delgado, con una barba menuda y un bastón con mango en forma de gancho; guiñaba sin parar sus astutos ojos y esbozaba una sonrisa burlona, como si supiera algo ignorado por los demás.

–Aparte de su blancura, ¿qué tienen de especial? –dijo–. Dadles avena a los míos y estarán igual de lustrosos. Habría que engancharlos al arado y hacerles probar el látigo…

El cochero se limitó a mirarlo con desprecio, sin pronunciar palabra. Luego, mientras encendían el fuego en la fragua, se puso a charlar, fumando un cigarrillo tras otro. Por su boca los campesinos se enteraron de muchos detalles: sus amos eran ricos; antes de casarse, su señora Yelena Ivánovna vivía con estrecheces en Moscú, donde trabajaba como gobernanta; era buena, compasiva y le gustaba ayudar a los necesitados. En la nueva finca, contaba, no ararían la tierra ni sembrarían; sólo irían a disfrutar del paisaje y respirar aire puro. Cuando terminó de hablar y se dispuso a regresar con los caballos, una turba de muchachos le rodeó, los perros le ladraron y Kózov, que le seguía con la vista, guiñó los ojos con aire burlón.

–¡Vaya unos señores! –comentó–. Se construyen una casa, compran caballos y a lo mejor no tienen nada que comer. ¡Vaya unos señores!

Un odio repentino por la nueva casa, los caballos blancos y ese cochero apuesto y bien alimentado se apoderó de Kózov. Era un hombre solitario, viudo; llevaba una vida tediosa (una enfermedad que tan pronto llamaba cólico como lombrices le impedía trabajar), se mantenía gracias al dinero que recibía de su hijo, empleado en una confitería de Járkov; desde primera hora de la mañana hasta la tarde deambulaba ocioso por la orilla o por la aldea y, si veía, por ejemplo, a un campesino transportando madera o pescando, decía: «Esa madera está seca, carcomida», o: «Con este tiempo no picará ni uno». Cuando había sequía, decía que no llovería antes de las heladas y cuando llovía afirmaba que todo iba a pudrirse y a echarse a perder en los campos. Y, mientras exponía esas razones, no paraba de hacer guiños con los ojos, con aires de entendido.

En la dacha encendían por la tarde bengalas o cohetes y junto a Obruchánovo pasaba un velero con faroles rojos. Una mañana la mujer del ingeniero, Yelena Ivánovna, fue a la aldea con su hija pequeña en una calesa de ruedas amarillas, tirada por una pareja de ponis bayos; ambas, madre e hija, llevaban sombreros de paja de ala ancha doblada hacia dentro.

Era justo el momento de la crecida y el herrero Rodión, anciano alto y enteco, con la cabeza y los pies desnudos, la horca al hombro, estaba junto a su telega sucia e informe y contemplaba los ponis con la boca abierta; en la expresión de su rostro se adivinaba que nunca había visto unos caballos tan pequeños.

–¡Ha venido la señora Kucherija! –se murmuraba por todas partes–. ¡Mira, ha venido la señora Kucherija!

Yelena Ivánovna examinaba las isbas, como si estuviera eligiendo una, luego detuvo los caballos delante de la más pobre, a cuyas ventanas se asomaban varias cabezas infantiles: rubias, morenas, pelirrojas. Stepanida, la mujer de Rodión, una anciana obesa, había salido corriendo de la isba y el pañuelo había resbalado por su canosa cabellera; se quedó mirando la calesa, con el sol de frente, sonriendo y haciendo muecas como si fuera ciega.

–Esto es para tus hijos –dijo Yelena Ivánovna, entregándole tres rublos.

Stepanida de pronto se echó a llorar, al tiempo que se inclinaba casi hasta el suelo; Rodión también saludó, mostrando su ancha y broncínea calva; al hacer ese movimiento, estuvo a punto de enganchar a su mujer por un costado con la horca. Yelena Ivánovna se turbó y se dio la vuelta.

II

Los Lichkov, padre e hijo, habían sorprendido en sus prados dos caballos de tiro, un poni y un toro de Algauz de gran hocico, y con la ayuda del pelirrojo Volodia, hijo del herrero Rodión, los llevaron a la aldea. Llamaron al *stárosta*, reunieron testigos y fueron a cuantificar las pérdidas.

–¡Bueno, vamos! –decía Kózov guiñando el ojo–. ¡Vamos! ¡A ver cómo se pavonean ahora los ingenieros! ¿Pensáis que no hay justicia? ¡Bueno! Hay que llamar al alguacil, levantar acta…

–¡Levantar acta! –repitió Volodia.

–¡No voy a dejar que las cosas queden así! –gritaba el hijo de Lichkov, cada vez más alto, de manera que su rostro barbilampiño se hinchaba cada vez más–. ¡Vaya costumbre han cogido! ¡Si se les deja, estropearán todos los prados! ¡No tienen ningún derecho a ofender a la gente! ¡Los tiempos de la servidumbre han acabado!

–¡Han acabado! –repitió Volodia.

–Vivíamos bien sin el puente –dijo el padre, con aire sombrío–. No hemos pedido ningún puente, ¿qué falta nos hace a nosotros? ¡No lo queremos!

–¡Hermanos ortodoxos! ¡No podemos dejar las cosas así!

–¡Bueno, vamos! –decía Kózov, guiñando los ojos–. ¡Que se pavoneen ahora! ¡Vaya propietarios!

Durante el camino de regreso Lichkov hijo no paraba de darse puñetazos en el pecho y de gritar, mientras Volodia repetía sus palabras, también a gritos. Entre tanto, en la aldea, alrededor del toro de raza y de los caballos se había reunido una verdadera multitud. El toro estaba desorientado y miraba a la gente de soslayo, pero de pronto bajó el hocico al suelo y echó a correr, lanzando coces. Kózov se asustó y lo amenazó con el bastón, y todos los circunstantes se rieron a carcajadas. Luego encerraron a los animales y se pusieron a esperar.

Por la tarde el ingeniero mandó cinco rublos por los destrozos y los dos caballos, los ponis y el toro, que no habían comido ni bebido nada, volvieron al establo con la cabeza gacha, como condenados conducidos al castigo.

Con los cinco rublos en la mano, los Lichkov, padre e hijo, el *stárosta* y Volodia atravesaron el río en una barca y se dirigieron a la taberna de la aldea de Kriákovo, donde lo celebraron largo rato. Se oían sus cánticos y también los gritos de Lichkov hijo. Las mujeres de la aldea, inquietas, no durmieron en toda la noche. Rodión tampoco pegó ojo.

–Feo asunto –decía, cambiando de postura una y otra vez y lanzando profundos suspiros–. El señor va a enfadarse, promoverá un proceso… Han ofendido al señor… Ah, lo han ofendido y eso no está bien…

Un día los campesinos, Rodión entre ellos, volvían del bosque comunal, donde se habían repartido la siega, y se encontraron con el ingeniero. Llevaba una camisa roja de algodón y botas de caña alta; le seguía un perro de caza, con la lengua fuera.

–¡Buenos días, muchachos! –dijo.

Los campesinos se detuvieron y se descubrieron.

–Hace tiempo que quería hablar con vosotros –continuó–. La cuestión es la siguiente. Todos los días, desde el comienzo de la primavera, vuestro ganado entra en mi jardín y en mi bosque. Lo pisotean todo, los cerdos han levantado el prado y estropeado el huerto, y en el bosque se han echado a perder todos los plantones. No hay manera de entenderse con vuestros pastores; se les habla con educación y responden con groserías. Todos los días sufro destrozos, pero no digo nada, no os hago pagar ninguna multa ni me quejo; en cambio vosotros expulsasteis a mis caballos y a mi toro y me cobrasteis cinco rublos. ¿Acaso está eso bien? ¿Es así como se comportan los vecinos? –continuó, con voz dulce, persuasiva, y una mirada nada severa–. ¿Acaso la gente honrada actúa de ese modo? Hace una semana uno de vosotros cortó dos pequeños robles de mi bosque. Habéis abierto una zanja en el camino de Yerésnevo y ahora tengo que dar un rodeo de tres verstas. ¿Por qué me creáis complicaciones a cada paso? ¿Qué mal os he hecho? Decídmelo, por el amor de Dios. Mi mujer y yo hacemos todo lo posible para vivir con vosotros en paz y buena armonía, ayudamos a los campesinos todo lo que podemos. Mi mujer es bondadosa y tiene un gran corazón, no rechaza ayudaros, su sueño es serviros de alguna utilidad a vosotros y a vuestros hijos. Pero vosotros le devolvéis mal por bien. Sois injustos, muchachos. Pensadlo un poco. Os pido encarecidamente que reflexionéis. Os tratamos con humanidad y queremos que nos paguéis con la misma moneda.

Se dio media vuelta y se marchó. Los campesinos esperaron un rato, se pusieron las gorras y siguieron su camino. Rodión, que siempre interpretaba a su manera lo que le decían, suspiró y comentó:

–Hay que pagar. Pagad en moneda, muchachos, eso es lo que ha dicho…

Hicieron el camino en silencio. Una vez en casa, Rodión dijo sus oraciones, se descalzó y se sentó en el banco al lado de su mujer. Cuando estaban en casa, Stepanida y él siempre se sentaban uno al lado del otro y por la calle siempre iban codo con codo; comían, bebían y dormían siempre juntos y cuanto más envejecían más amor se profesaban. Su isba era pequeña, sofocante y había niños por todas partes: en el suelo, en el poyo de las ventanas, en la estufa… Stepanida, a pesar de su avanzada edad, seguía quedándose embarazada y ahora, al ver ese montón de niños, apenas acertaba a distinguir los de Rodión de los de Volodia. La mujer de Volodia, Lukeria, una muchacha joven y fea, con ojos saltones y nariz aguileña, amasaba pan en una artesa; Volodia estaba sentado sobre la estufa, con las piernas colgando.

–Por el camino, cerca de los sembrados de alforfón de Nikítovo… apareció el ingeniero con su perro… –empezó Rodión, después de unos minutos de descanso, rascándose el costado y los codos–. Tenéis que pagar, dijo… En moneda… En moneda o no, hay que entregar veinte kópeks por casa. Hemos causado muchas ofensas al señor. Me da pena…

–Vivíamos muy bien sin puente –dijo Volodia, sin mirar a nadie– y no lo queremos.

–¿Qué tiene de malo? Es un puente del Estado.

–No lo queremos.

–No te estoy pidiendo tu opinión. ¡Lo que hay que oír!

–«No te estoy pidiendo tu opinión…» –le remedó Volodia–. Nosotros no tenemos ningún lugar al que ir, así que ¿qué falta nos hace un puente? Cuando es necesario, cogemos una barca.

Alguien llamó a la ventana con tanta fuerza que toda la isba pareció temblar.

–¿Está Volodia en casa? –se oyó la voz de Lichkov hijo–. ¡Sal, Volodia, nos vamos!

Volodia saltó de la estufa y empezó a buscar su gorra.

–No vayas, Volodia –profirió Rodión con voz vacilante–. No vayas con ellos, hijo. Eres tan tonto como un niño pequeño y ellos no te enseñarán nada bueno. ¡No vayas!

–¡No vayas, hijo! –le pidió Stepanida, parpadeando, a punto de echarse a llorar–. Seguro que quieren llevarte a la taberna.

–«A la taberna» –la remedó Volodia.

–¡Vas a volver otra vez borracho, hijo de perra! –dijo Lukeria, mirándole con ira–. ¡Vete, vete, a ver si el vodka te abrasa, diablo sin cola!

–¡Cállate! –gritó Volodia.

–Me han casado con un imbécil, han perdido a esta desdichada huérfana… borracho pelirrojo… –se lamentó Lukeria, enjugándose el rostro con la mano llena de masa–. ¡Ojalá no volviera a verte nunca!

Volodia le propinó un golpe en la oreja y se fue.

III

Yelena Ivánovna y su hija pequeña fueron a la aldea a pie. Estaban dando un paseo. A la sazón era domingo y las mujeres y muchachas habían salido a la calle con sus vestidos de colores brillantes. Rodión y Stepanida, sentados uno al lado del otro en el porche, saludaron y sonrieron a Yelena Ivánovna y a su hija como si fueran ya viejas conocidas. Desde las ventanas las contemplaban más de una decena de niños; sus rostros expresaban sorpresa y curiosidad; se les oía murmurar:

–¡Ha venido Kucherija! ¡Kucherija!

–Buenos días –dijo Yelena Ivánovna, deteniéndose; guardó silencio durante un instante y a continuación preguntó–: ¿Cómo va todo?

–Bien, gracias a Dios –respondió Rodión, hablando muy deprisa–. De momento estamos vivos.

–¿Llamas vida a esto? –preguntó Stepanida con una sonrisa–. ¡Ya ve usted, querida señora, nuestra pobreza! Somos catorce en la familia y sólo dos personas trabajan. De herreros sólo tenemos el nombre, pues cuando traen a herrar un caballo resulta que no hay carbón porque no tenemos dinero para comprarlo. Hemos sufrido mucho, señora –continuó y se echó a reír–. ¡Ah, cómo hemos sufrido!

Yelena Ivánovna se sentó en el porche y, abrazando a su hija, se quedó pensativa; también a la niña, a juzgar por su rostro, le rondaba por la cabeza alguna triste reflexión; con aspecto concentrado, jugaba con la elegante sombrilla de encaje que había tomado de manos de su madre.

–¡La pobreza! –dijo Rodión–. Tenemos muchas preocupaciones y tanto trabajo que no vemos el final. Y Dios no nos manda una gota de lluvia... Nuestra vida no es fácil, la verdad.

–Vuestra vida en la tierra es penosa –dijo Yelena Ivánovna–, pero en el otro mundo seréis felices.

Rodión no la comprendió y se limitó a toser en el puño a modo de respuesta. Pero Stepanida dijo:

–Querida señora, a los ricos tampoco les irá mal en el otro mundo. Encienden velas, encargan misas, ayudan a los pobres; en cambio, ¿qué hace el campesino? Ni siquiera tiene tiempo para santiguarse, es pobre de solemnidad, no existe salvación para él. La pobreza es madre de muchos pecados, la pena nos hace ladrar más que los perros, no decimos una sola buena palabra ¡y las cosas que tenemos que ver, querida señora! No hay felicidad para nosotros ni en este mundo ni el otro, seguro. Toda la felicidad es para los ricos.

Hablaba con voz alegre; era evidente que estaba acostumbrada a comentar su dura existencia. Rodión también sonreía; le agradaba tener una vieja tan inteligente y locuaz.

–La vida de los ricos sólo es fácil en apariencia –dijo Yelena Ivánovna–. Todo hombre tiene sus penas. Mi marido y yo, por ejemplo, vivimos sin estrecheces, tenemos medios, pero ¿somos felices? Aunque aún soy joven, tengo ya cuatro hijos, ninguno de los cuales goza de buena salud; yo también estoy enferma y paso todo el tiempo curándome.

–¿Qué enfermedad tienes? –preguntó Rodión.

–Un desarreglo propio de mujeres. No duermo, los dolores de cabeza no me dan tregua. Ahora mismo, por ejemplo, estoy aquí hablando, pero me molesta la cabeza y siento debilidad en todo el cuerpo; preferiría el trabajo más penoso que este estado. Y mi alma también está inquieta. Siento un miedo constante por mis hijos y por mi marido. Cada familia tiene sus penas y nosotros tenemos las nuestras. Yo no soy noble. Mi abuelo era un simple campesino, mi padre trabajaba como comerciante en Moscú y también era un hombre sencillo. En cambio los padres de mi marido son ricos e ilustres. No querían que su hijo se casara conmigo, pero él no les escuchó, discutió con ellos y desde entonces no nos han perdonado. Esa circunstancia perturba a mi marido, le inquieta, le tiene en un estado de preocupación constante; le tiene cariño a su madre, mucho cariño. Esa situación también es causa de zozobra para mí. Siento una inmensa pena.

Cerca de la isba de Rodión se habían reunido ya unos cuantos campesinos y mujeres, que escuchaban con atención. Kózov se acercó y se detuvo, agitando su larga y estrecha barba. También llegaron los Lichkov, padre e hijo.

–A decir verdad, no puede uno ser feliz y dichoso cuando ve que no se encuentra en su lugar –continuó Yelena Ivánovna–. Cada uno de vosotros sigue su camino, cada uno de vosotros se afana y sabe por qué se afana; mi marido construye puentes; en una palabra, cada uno tiene su lugar. ¿Y yo? Yo voy de un lado para otro. No tengo ningún camino, carezco de ocupación y me siento como una extraña. Os digo todo esto para que no juzguéis por las apariencias; que una persona lleve ricas ropas y tenga medios no quiere decir que esté satisfecha con su vida –se levantó con intención de partir y tomó a su hija de la mano–. Me gusta mucho este lugar –dijo sonriendo, y en esa sonrisa vacilante y temerosa podía advertirse que en realidad estaba enferma y que aún era joven y hermosa; tenía un rostro pálido y demacrado con cejas oscuras y cabellos claros; la niña era como su madre, delgada, rubia y endeble; las dos olían a perfume–. También me gustan el río, el bosque y la aldea… –continuó Yelena Ivánovna–. Podría pasar aquí toda la vida y tengo la impresión de que en este rincón me restablecería y encontraría mi lugar. Siento un enorme deseo de ayudaros, de seros útil, de acercarme a vosotros. Conozco vuestras necesidades y lo que escapa a mi entendimiento lo percibo y lo adivino con el corazón. Estoy enferma, débil y es probable que ya no tenga ocasión de organizar mi vida como quisiera. Pero tengo hijos, trataré de educarlos para que se acostumbren a vosotros y os quieran. No dejaré de inculcarles que su vida no les pertenece a ellos, sino a vosotros. Sólo os pido, os suplico encarecidamente que tengáis confianza en nosotros, que vivamos en armonía. Mi marido es un hombre bueno y generoso. No le soliviantéis, no le irritéis. Es sensible al menor detalle; ayer, por ejemplo, vuestro ganado entró en nuestro huerto y uno de vosotros ha roto el seto que rodea las colmenas; esa forma de tratarnos desespera a mi marido. Os lo imploro –continuó con voz suplicante, uniendo las manos a la altura del pecho–, comportaos con nosotros como buenos vecinos, vivamos en paz. Se dice que una mala paz es mejor que una buena disputa y que quien compra una hacienda no gana tierras sino vecinos. Os lo repito, mi marido es un hombre bueno y generoso; si todo va bien, os

prometo que haremos por vosotros todo lo que esté a nuestro alcance; arreglaremos los caminos, construiremos una escuela para vuestros hijos. Os lo prometo.

–Se lo agradecemos humildemente, señora –dijo Lichkov padre, con los ojos bajos–. Es usted una mujer educada y sabe todo eso mejor que nosotros. Pero en Yerésnevo, un campesino rico llamado Vóronov también prometió construir una escuela, también decía: «Haré esto, haré lo otro», pero, una vez levantado el armazón, se negó a seguir adelante, y los campesinos se vieron obligados a poner el tejado y terminar la obra; costó mil rublos. A Vóronov poco le importaba y se limitaba a mesarse la barba, pero los campesinos se sintieron ofendidos.

–Había un cuervo y ahora ha venido un grajo –dijo Kózov, haciendo guiños.

Todos se echaron a reír.

–No necesitamos ninguna escuela –dijo Volodia con tono sombrío–. Nuestros hijos van a Petrióvskoie y allí seguirán yendo. No la queremos.

Yelena Ivánovna de pronto se sintió intimidada. Palideció, sus rasgos se crisparon, se encogió sobre sí misma, como si la hubieran rozado con un objeto basto, y partió sin añadir palabra. Avanzaba cada vez más deprisa, sin mirar hacia atrás.

–¡Señora! –la llamó Rodión, lanzándose en su búsqueda–. Señora, espera, quiero decirte algo –la seguía con la cabeza descubierta y le hablaba en voz baja, como si le estuviera pidiendo limosna–: ¡Señora! Espera, tengo algo que decirte.

Cuando salieron de la aldea, Yelena Ivánovna se detuvo a la sombra de un viejo serbal, cerca de un carro.

–No te ofendas, señora –dijo Rodión–. ¡Olvídalo! Hay que ser pacientes. Vive aquí un año o dos, muéstrate comprensiva y todo se arreglará. La gente del lugar es buena y pacífica… No son malos, te lo digo como ante el mismo Dios. No hagas caso de Kózov y de los Lichkov, y tampoco de Volodia, que es un pobre imbécil: repite lo primero que oye. Los demás son personas pacíficas y reservadas… A algunos les gustaría hablar en conciencia, tomar partido, pero no pueden. Tienen alma y conciencia, pero les faltan las palabras. No te ofendas… ten paciencia… ¡Olvídalo!

Yelena Ivánovna, pensativa, contemplaba el anchuroso río, de aguas serenas, y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Rodión se turbó al verlas y estuvo a punto de echarse a llorar.

–No es nada… –balbucía–. Ten paciencia un par de años. Se puede levantar una escuela y también arreglar los caminos, pero no de golpe… Por ejemplo, si quieres sembrar trigo en este montículo, primero hay que desbrozar, retirar todas las piedras, luego arar la tierra, volver a la carga… Con la gente pasa lo mismo… Hay que volver a la carga hasta que se logra lo que se persigue.

Unas cuantas personas se apartaron de la isba de Rodión y avanzaron por la calle en dirección al serbal. Entonaron una canción, se oyeron los sones de un acordeón. Cada vez se acercaban más…

–¡Mamá, vámonos de aquí! –dijo la niña, pálida, apretándose a su madre y temblando de pies a cabeza–. ¡Vámonos, mamá!

–¿Adónde?

–A Moscú… ¡Vámonos, mamá!

La niña se echó a llorar. Rodión se turbó del todo y su rostro se cubrió de sudor. Sacó del bolsillo un pepinillo pequeño y retorcido, en forma de media luna, lleno de motas de centeno y lo puso en manos de la niña.

–Vamos, vamos –farfulló, con expresión severa–. Coge este pepinillo y cómetelo… No hay que llorar, mamá te va a pegar… se quejará a tu padre… Vamos, vamos…

Madre e hija siguieron su camino, seguidas de Rodión, que deseaba decirles alguna cosa amable y convincente. No obstante, al advertir que ambas estaban sumidas en sus propios pensamientos y en su pena y que apenas reparaban en él, se detuvo y, protegiéndose los ojos del sol, se quedó mirándolas largo rato, hasta que desaparecieron en un bosque de su propiedad.

IV

El ingeniero se había vuelto muy irritable y puntilloso, y consideraba la menor nadería un robo o un atentado. La cancela estaba cerrada incluso de día y por la noche dos vigilantes recorrían el jardín, dando golpes en una plancha; ya no se contrataban jornaleros de Obruchánovo. Además, como hecho a propósito, alguien (no se sabía si un campesino o un vagabundo) había quitado las ruedas nuevas del carro, sustituyéndolas por otras viejas; poco después se llevaron dos bridas y unas tenazas y hasta en la aldea empezaron a correr rumores. Se decía que habría que hacer un registro en casa de los Lichkov y de Volodia; entonces las tenazas y las bridas aparecieron junto a la cerca del jardín del ingeniero: alguien las había arrojado allí.

Un día, cuando los campesinos regresaban en grupo del bosque, volvieron a encontrarse con el ingeniero, quien se detuvo y, sin saludar, mirando con enfado tan pronto a uno como a otro, dijo:

–Había pedido que no cogierais setas en el parque ni cerca del patio, que las dejarais para mi mujer y los niños, pero vuestras hijas vienen al amanecer y las arrancan todas. Lo mismo da pediros una cosa que no pedírosla. Ya me doy cuenta de que con vosotros las peticiones, la amabilidad y la persuasión son inútiles –en ese momento detuvo la mirada indignada en Rodión y continuó–: Mi mujer y yo os hemos tratado como personas, como iguales, y en cambio vosotros… Pero ¡para qué hablar! Seguramente acabaremos por despreciaros. ¡No se puede hacer nada!

Y, haciendo un esfuerzo para dominar su cólera y no decir alguna palabra de más, se dio la vuelta y continuó su camino.

Al llegar a casa, Rodión dijo sus oraciones, se descalzó y se sentó en el banco al lado de su mujer.

–Sí… –empezó, tras unos momentos de reposo–. Nos hemos encontrado por el camino con el señor Kúcherov… Sí… Al amanecer vio a las muchachas… Por qué, dijo, no llevan setas… a mi mujer y a mis hijos. Luego se me quedó mirando y añadió: «Mi mujer y yo acabaremos despreciándote». Me dieron ganas de hacerle una reverencia hasta el suelo, pero no me atreví… Que Dios le dé salud… Concédele salud, Señor…

Stepanida se santiguó y suspiró.

–Son unos señores sencillos y bondadosos… –continuó Rodión–. «Acabaremos despreciándote…», prometió delante de todos. Haber llegado a la vejez y… bueno, da igual…. Rezaré eternamente por ellos… Reina de los Cielos, dales salud…

El día de la Santa Cruz, 14 de septiembre, se celebraba la fiesta parroquial. Los Lichkov, padre e hijo, partieron por la mañana desde la otra orilla del río y regresaron a la hora de la comida completamente borrachos; estuvieron largo rato dando vueltas por la aldea, tan pronto cantando como lanzándose procaces insultos, luego se pelearon y se dirigieron a la hacienda para quejarse. Primero entró en el patio Lichkov padre, con un largo bastón de álamo en la mano; se detuvo indeciso y se quitó la gorra. Justo en ese momento el ingeniero se encontraba con su familia en la terraza, tomando el té.

–¿Qué quieres? –le gritó el ingeniero.

–Excelencia, señor… –empezó Lichkov y se echó a llorar–. Sea misericordioso, defiéndame… Me hijo me hace la vida imposible… Me ha arruinado, me pega… Excelencia…

Entró Lichkov hijo, con la cabeza descubierta y asimismo con un bastón en la mano; se detuvo y clavó en la terraza su mirada vacía de borracho.

–No es asunto mío arreglar vuestras disputas –dijo el ingeniero–. Vete a ver al presidente de la asamblea rural o al comisario de policía.

–He ido a todas partes… he presentado una demanda… –comentó Lichkov padre y estalló en sollozos–. ¿Adónde voy a ir ahora? ¿Quiere decir que mi hijo puede matarme? ¿Significa que puede hacer lo que quiera? ¿A su padre? ¿A su propio padre?

Blandió el bastón y golpeó a su hijo en la cabeza; éste a su vez levantó el suyo y le arreó al viejo en plena calva con tanta fuerza que el bastón rebotó. Lichkov padre ni siquiera se tambaleó y propinó un segundo bastonazo a su hijo en la cabeza. Estuvieron dándose cada vez más golpes, de modo que

aquello más que una riña parecía un juego. Más allá de la cancela se reunieron varios campesinos y mujeres, que contemplaban en silencio, con caras serias, lo que sucedía en el patio. Habían venido para felicitar la fiesta, pero al ver a los Lichkov se avergonzaron y no se atrevieron a entrar.

A la mañana del día siguiente Yelena Ivánovna se marchó con los niños a Moscú. Y corrió el rumor de que el ingeniero vendía su hacienda…

V

Hace mucho que la gente se ha acostumbrado al puente y hasta le resulta difícil imaginarse el río sin él. La hierba ha tenido tiempo de cubrir los montones de basura y los restos de la construcción; ya nadie se acuerda de los vagabundos y en lugar de sus cánticos ahora se oye casi a cada hora el ruido de un tren que pasa.

Hace ya años que se vendió la Nueva Dacha; ahora pertenece a un funcionario que viene a pasar los días festivos con su familia, toma el té en la terraza y luego regresa a la ciudad. Tiene una escarapela en la gorra, habla y tose como un funcionario muy importante, aunque sólo tiene el rango de secretario colegiado, y cuando los campesinos le saludan no responde.

En Obruchánovo todos han envejecido. Kózov ya ha muerto, en la isba de Rodión se ha incrementado el número de niños, Volodia se ha dejado crecer una larga barba rojiza. Lo mismo que antes, viven sumidos en la pobreza.

En los primeros días de la primavera los habitantes de Obruchánovo sierran madera cerca de la estación. Después del trabajo vuelven a casa sin prisas, uno tras otro. Las anchas sierras, en las que reverbera el sol, se doblan sobre sus hombros. En los arbustos de la orilla cantan los ruiseñores, en el cielo se desgañitan las alondras. La Nueva Dacha está en calma, no hay nadie, sólo algunas palomas, doradas por la luz del sol, revolotean sobre la casa. Todos –Rodión, los dos Lichkov y Volodiarecuerdan los caballos blancos, los pequeños ponis, los fuegos de artificio, la barca con los faroles; recuerdan que la esposa del ingeniero, una mujer hermosa y elegante, venía a la aldea y les hablaba con afabilidad. Y es como si nada de eso hubiera existido. Todo parece un sueño o un cuento de hadas.

Vencidos por el cansancio, avanzan con pasos lentos y meditan…

En la aldea, piensan, la gente es buena, pacífica, juiciosa, temerosa de Dios. Yelena Ivánovna también era apacible, bondadosa, dulce, ¡y daba tanta pena verla! ¿Por qué no se entendieron y por qué se separaron como enemigos? ¿Qué bruma les había ocultado lo más importante y sólo les había dejado ver los destrozos, las bridas, las tenazas y todas esas naderías que ahora, a la luz del recuerdo, parecían tan intrascendentes? ¿Por qué con el nuevo propietario vivían en paz y con el ingeniero no se habían llevado bien?

Y todos callaban, incapaces de dar respuesta a esas cuestiones; sólo Volodia seguía farfullando.

–¿Qué te pasa? –pregunta Rodión.

–Vivíamos bien sin el puente… –dice Volodia con aire sombrío–. Vivíamos bien sin el puente y no lo pedimos… No nos hace falta.

Ninguno de sus compañeros le contesta; todos siguen caminando en silencio, con la cabeza gacha.

La dama del perrito

I

Había corrido la especie de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito. Dmitri Dmítrich Gúrov, que llevaba ya dos semanas en Yalta y había adquirido las costumbres del lugar, también había empezado a interesarse por las caras nuevas. Sentado en la terraza del Vernet, vio pasar por el malecón a una joven dama, rubia y de pequeña talla, tocada con una boina; tras ella correteaba un lulú blanco de Pomerania.

Más tarde se la encontró varias veces en los jardines de la ciudad y en la glorieta. Paseaba sola, siempre con la misma boina y su lulú blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente así: la dama del perrito.

«Si está aquí sin su marido y sin amigos –se decía Gúrov–, no estaría mal trabar conocimiento con ella.»

Aún no había cumplido los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos que iban al instituto. Se había casado joven, siendo estudiante de segundo curso, y ahora su esposa parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, con las cejas oscuras, envarada, grave, con aire de importancia y, como ella misma decía, intelectual. Leía mucho, utilizaba la nueva ortografía en su correspondencia, llamaba a su marido Dimitri, en lugar de Dmitri; en su fuero interno él la consideraba limitada, mezquina y vulgar; le tenía miedo y no le gustaba estar en casa. La engañaba desde hacía tiempo y con harta frecuencia; probablemente por eso casi siempre hablaba mal de las mujeres y, cuando en su presencia se hacia algún comentario sobre ellas, exclamaba:

–¡Esa raza inferior!

Consideraba que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas lo que se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa «raza inferior». En compañía de los hombres se aburría, se encontraba a disgusto, se mostraba taciturno y frío; pero entre mujeres se sentía libre, sabía de qué hablar con ellas y cómo comportarse; en su compañía le resultaba grato hasta guardar silencio. En su aspecto, en su carácter, en toda su persona había algo seductor e inefable que predisponía a las mujeres en su favor y las atraía; él lo sabía y a su vez se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida.

Su experiencia, copiosa y en verdad amarga, le había enseñado desde hacía tiempo que, si en un principio toda relación aporta a la vida una agradable variedad y se presenta como una aventura maravillosa y sin complicaciones, en el caso de un hombre respetable, sobre todo si se trata de un moscovita vacilante e indeciso, termina convirtiéndose siempre en un auténtico problema, sumamente complejo, que acaba desembocando en una situación desagradable. Pero, cada vez que conocía a una mujer atractiva, esa experiencia parecía borrarse de su memoria y, arrebatado por un ansia de vivir, todo se le antojaba sencillo y divertido.

Es el caso que un día estaba almorzando en el jardín a la caída de la tarde, cuando la dama de la boina se acercó con pasos lentos a la mesa contigua. Su expresión, sus andares, su vestido y su peinado le decían que pertenecía a la buena sociedad, que estaba casada, que era la primera vez que iba a Yalta, que estaba sola y que se aburría… En los rumores que corren sobre las licenciosas costumbres de Yalta hay muy poco de cierto; él los despreciaba, pues sabía que en su mayor parte eran difundidos por personas que habrían pecado de buena gana si hubieran podido; pero, cuando la dama se sentó a la mesa contigua, a tres pasos de él, le vinieron a la memoria todos esos relatos de conquistas fáciles y excursiones a las montañas, y el pensamiento tentador de una relación breve y

pasajera, de un romance con una mujer desconocida, de la que no se sabe ni el nombre ni el apellido, se apoderó de pronto de él.

Llamó al lulú con zalamerías y, cuando se le acercó, le amenazó con el dedo. El perro gruñó y Gúrov volvió a amenazarle.

La dama le miró y al punto bajó los ojos.

–No muerde –dijo, ruborizándose.

–¿Le puedo dar un hueso? –y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó con afabilidad–: ¿Lleva mucho tiempo en Yalta?

–Unos cinco días.

–Yo llegué hace dos semanas.

Durante un rato guardaron silencio.

–El tiempo pasa deprisa y, sin embargo, ¡hay que ver cómo se aburre una aquí! –dijo ella, sin mirarlo.

–La gente se ha acostumbrado a decir que se aburre aquí. Un habitante de Beliov o Zhizhdra no se aburre en su casa, pero viene aquí y dice: «¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo!». Ni que viniera de Granada.

Ella se echó a reír. Luego los dos siguieron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después del almuerzo se marcharon juntos e iniciaron una conversación chispeante y ligera, típica de personas libres y satisfechas, a las que poco importa adónde van y de qué hablan. Pasearon y comentaron la extraña luminosidad del mar; el agua tenía una tonalidad lila, delicada y cálida, y la luna dibujaba sobre ella una banda dorada. Hablaban de lo sofocante del ambiente después de una jornada tórrida. Gúrov contó que era moscovita, había seguido estudios de filología y trabajaba en un banco; en el pasado había tenido intención de convertirse en cantante de ópera de una compañía privada, pero había renunciado a ese propósito; tenía dos casas en Moscú… Por su parte se enteró de que ella se había criado en San Petersburgo, pero se había casado en S., donde llevaba viviendo dos años; que pasaría en Yalta un mes más y que su marido quizá se reuniría con ella, pues también estaba necesitado de descanso. No fue capaz de explicarle dónde trabajaba su marido, si en la administración provincial o en el consejo local del *zemstvo*, y ella misma lo encontró muy divertido. También averiguó Gúrov que se llamaba Anna Serguéievna.

De vuelta en su habitación, pensó en ella, en que al día siguiente probablemente volverían a encontrarse. No podía ser de otra manera. Al acostarse, estuvo sopesando la idea de que hasta hacía poco esa mujer estudiaba en el instituto, igual que ahora su propia hija; recordó la timidez y torpeza que transparentaban sus risas y su manera de conversar con un desconocido; probablemente era la primera vez en su vida que estaba sola y se encontraba en semejante posición, perseguida por hombres que la miraban y le hablaban con un único fin secreto que ella no podía dejar de adivinar. Recordó su cuello fino y delicado y sus hermosos ojos grises.

«En cualquier caso, hay algo en ella que inspira piedad», pensó y se quedó dormido.

II

Pasó una semana desde el día en que se conocieron. Era una jornada festiva. En las habitaciones el ambiente era sofocante y en las calles el viento levantaba remolinos de polvo y arrancaba los sombreros. La sed no les abandonaba, de modo que Gúrov entraba a menudo en el restaurante e invitaba a Anna Serguéievna a un refresco o un helado. No sabía uno dónde meterse.

Al atardecer, cuando el viento se calmó un poco, se dirigieron al muelle para contemplar la llegada del vapor. En el embarcadero había muchos transeúntes; habían ido a recibir a alguien y llevaban ramos de flores en las manos. En ese lugar saltaban a la vista dos peculiaridades de la

sociedad elegante de Yalta: las damas maduras iban vestidas como las jóvenes y había muchos generales.

Debido a la agitación del mar, el vapor llegó con retraso, cuando ya se había puesto el sol y, antes de atracar, tuvo que hacer una larga maniobra de aproximación. Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros con sus impertinentes, como si buscara a algún conocido, y cuando se volvía hacia Gúrov sus ojos estaban brillantes. Hablaba mucho y planteaba cuestiones bruscas, olvidándose al punto de lo que acababa de preguntar; luego perdió sus impertinentes entre el gentío.

La elegante multitud empezó a dispersarse; ya no se veía ninguna cara nueva, el viento se había calmado del todo, pero Gúrov y Anna Serguéievna seguían allí, como si esperaran que descendiera algún pasajero más. Anna Serguéievna ya no hablaba y aspiraba el perfume de las flores sin mirar a Gúrov.

–El tiempo ha mejorado por la tarde –dijo él–. ¿Adónde quiere que vayamos ahora? ¿Le apetece que demos una vuelta en coche?

Ella no respondió.

Entonces él la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, sintiéndose envuelto por el perfume y el frescor de las flores; luego se volvió con inquietud para cerciorarse de que no les había visto nadie.

–Vamos a su cuarto… –dijo en voz baja.

Y los dos partieron con rápidos pasos.

En la habitación el ambiente era sofocante y estaba impregnado de los perfumes que ella compraba en una tienda japonesa. Al mirarla de nuevo, Gúrov pensó: «¡Hay que ver qué encuentros nos depara la vida!». De su pasado guardaba el recuerdo de mujeres despreocupadas y bondadosas, contentas de poder amar, agradecidas por la felicidad que él les procuraba, aunque fuera pasajera; había otras –como por ejemplo su mujer– que amaban sin sinceridad, con un exceso de palabras, gestos afectados, ademanes histéricos y unos visajes que parecían dar a entender que lo suyo no era amor o pasión, sino algo más importante; había otras dos o tres, muy hermosas y frías, de cuyo rostro se adueñaba de repente una expresión rapaz, un deseo obstinado de obtener y arrebatarle a la vida más de lo que podía ofrecer; ya no estaban en la primera juventud, eran caprichosas, irreflexivas, autoritarias, poco inteligentes; cuando Gúrov dejaba de interesarse por ellas, su belleza le inspiraba aborrecimiento y los encajes de sus vestidos se le antojaban escamas.

Aquí, en cambio, se percibía esa timidez, esa torpeza, esa turbación de la juventud inexperta, así como una sensación de confusión, como si alguien hubiera llamado de pronto a la puerta. Anna Serguéievna, la «dama del perrito», reaccionaba ante lo ocurrido de un modo particular, con gran seriedad, como si se tratara de una caída; así lo parecía y era una situación extraña y fuera de lugar. Sus rasgos se alteraron, perdieron su lustre, los largos cabellos colgaban con aire triste a ambos lados de la cara; se quedó pensativa y adoptó una expresión afligida, como la pecadora de un cuadro antiguo.

–Esto no está bien –dijo–. Ahora usted será el primero en no respetarme.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una rodaja y empezó a comer sin prisas. Pasaron al menos media hora en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, desprendía esa aura de pureza de las mujeres honradas, ingenuas y poco conocedoras de la vida; una vela solitaria, que ardía sobre la mesa, iluminaba apenas su rostro, pero era evidente que sentía un peso en el corazón.

–¿Por qué iba a dejar de respetarte? –preguntó Gúrov–. No sabes lo que dices.

–¡Que Dios me perdone! –dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas–. Es terrible.

–Se diría que tratas de justificarte.

–¿Cómo voy a justificarme? Soy una mujer ruin y miserable, me desprecio y no pienso en ninguna justificación. No es a mi marido a quien he engañado, sino a mí misma. Y no sólo ahora, sino desde hace tiempo. Mi marido quizá sea un hombre honrado y bueno, pero es un lacayo. No sé lo que hace allí ni qué puesto ocupa, sólo que es un lacayo. Cuando me casé con él tenía veinte años,

me atormentaba la curiosidad, aspiraba a una vida mejor; debe haber otra vida mejor, me decía. ¡Quería vivir! Vivir, vivir… La curiosidad me devoraba… Usted no lo comprende, pero le juro por Dios que ya no podía dominarme, algo me sucedía, no podía controlarme; le dije a mi marido que estaba enferma y vine aquí… Desde mi llegada me he pasado todo el tiempo dando vueltas como si estuviera loca o borracha… Y me he convertido en una mujer vulgar y vil, a la que todo el mundo puede despreciar.

Gúrov estaba ya aburrido de escucharla; le irritaba ese tono ingenuo, esa confesión, tan inesperada como intempestiva; de no haber sido por las lágrimas, habría podido pensarse que bromeaba o interpretaba un papel.

–No lo entiendo –dijo él en voz baja–. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y se apretó contra él.

–Créame, créame, se lo ruego… –dijo ella–. Amo la honradez y la pureza y me repugna el pecado; ni yo misma sé lo que hago. La gente corriente dice: el maligno lo ha tentado. Yo también puedo emplear ahora esa expresión.

–Basta, basta… –farfulló él.

Contemplaba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con ternura y delicadeza, y ella poco a poco se fue tranquilizando y recuperando la alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en el malecón no había ni un alma; la ciudad con sus cipreses tenía un aspecto completamente muerto, pero el mar seguía rugiendo y rompiendo en la orilla; sobre las olas se balanceaba una barcaza, cuyo fanal despedía un resplandor soñoliento.

Encontraron un coche de punto y fueron a Oreanda.

–Acabo de enterarme de tu apellido. En el tablón del vestíbulo estaba escrito «von Diederitz» –dijo Gúrov–. ¿Es alemán tu marido?

–No, creo que su abuelo lo era, pero él es ortodoxo.

Cuando llegaron a Oreanda, se sentaron en un banco, no lejos de la iglesia, y se quedaron mirando el mar en silencio. Yalta apenas alcanzaba a verse a través de la bruma matinal, las cumbres de las montañas estaban cubiertas de nubes blancas e inmóviles. Las hojas estaban quietas en las ramas, se oía el chirrido de las cigarras; el ruido sordo y monótono del mar, que llegaba desde abajo, hablaba de sosiego, del sueño eterno que nos espera. Así era su rumor cuando ni Yalta ni Oreanda existían, así era ahora y así seguirá siendo, sordo y monótono, cuando nada quede de nosotros. En esa constancia, en esa total indiferencia a la vida y la muerte de cada hombre reside, quizá, la prueba de nuestra salvación eterna, del movimiento ininterrumpido de la vida sobre la tierra, de un perfeccionamiento constante. Sentado al lado de una mujer joven, que tan bella parecía a la luz del amanecer, con el ánimo sereno, anonadado por la visión de ese fastuoso panorama –el mar, las montañas, las nubes, el anchuroso cielo–, Gúrov reflexionaba que en realidad, si se para uno a pensarlo, todo es bello en este mundo, salvo lo que nosotros mismos discurrimos y hacemos cuando olvidamos los fines supremos de la existencia y nuestra dignidad humana.

Un hombre se aproximó –probablemente el vigilante–, los miró y se marchó. Y ese detalle también le pareció misterioso y hermoso. Vieron llegar el vapor de Feodosia, iluminado por la claridad del alba, ya sin luces.

–Hay rocío en la hierba –dijo Anna Serguéievna, rompiendo el silencio.

–Sí. Es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

A partir de entonces todos los días se encontraban en el malecón a eso de las doce, desayunaban y almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se quejaba de que dormía mal y tenía palpitaciones, y hacía siempre las mismas preguntas, agitada por los celos o el temor de que no la respetara lo bastante. A menudo, en la glorieta o en los jardines, cuando no había nadie cerca, él la apretaba de pronto contra sí y la besaba con pasión. La completa ociosidad, esos besos recelosos y furtivos en pleno día, dados con el temor de que alguien pudiera verlos, el calor, el olor del mar y la visión constante de personas desocupadas, elegantes y satisfechas, parecían haberle regenerado; le

decía a Anna Serguéievna lo hermosa y seductora que era, se comportaba como un amante impaciente y no se apartaba de ella ni un paso; pero la joven a menudo se quedaba pensativa y le rogaba con insistencia que reconociera que no la respetaba, que ni siquiera la quería y que sólo veía en ella a una mujer vulgar. Casi todas las tardes, a una hora bastante avanzada, iban a algún lugar de los alrededores, a Oreanda o a la cascada; y esos paseos, siempre venturosos, despertaban invariablemente en ellos impresiones delicadas y sublimes.

Esperaban la llegada del marido. Pero se recibió una carta suya en la que anunciaba que había contraído una enfermedad en los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible. Anna Serguéievna hizo los preparativos a toda prisa.

–Está bien que me vaya –le dijo a Gúrov–. Así lo quiere el destino.

Partió en coche y él la acompañó. Viajaron durante todo el día. Cuando subió al vagón del expreso y sonó el segundo aviso, ella dijo:

–Déjeme que le vea otra vez… otra vez. Así. –No lloraba, pero estaba triste y como enferma; su rostro temblaba–. Pensaré en usted… no le olvidaré –decía–. Que el Señor le proteja. Adiós. No guarde un mal recuerdo de mí. Nos despedimos para siempre, así debe ser, ya que no debíamos habernos encontrado nunca. Bueno, que Dios le guarde.

El tren se alejó deprisa, sus luces no tardaron en desaparecer y al cabo de un minuto ya no se oía nada, como si todo se hubiera puesto de acuerdo para poner término cuanto antes a ese dulce olvido, a esa locura. Solo en el andén, con los ojos fijos en la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de los grillos y el zumbido de los hilos telegráficos con una sensación extraña, como si acabara de despertar. Pensaba que un nuevo acontecimiento o aventura se había producido en su vida, que ahora había terminado y ya sólo quedaba su recuerdo… Estaba conmovido, triste, y se sentía algo arrepentido, pues esa mujer joven, a la que nunca volvería a ver, no había sido feliz a su lado; él se había mostrado gentil y cordial, pero en cualquier caso en su modo de comportarse con ella, en sus palabras y en sus caricias, se percibía la sombra de una broma ligera, la grosera presunción de un hombre satisfecho que además casi la doblaba en edad. Ella no había parado de decirle que era bueno, noble, extraordinario; no cabía duda de que no lo había visto tal como era en realidad, es decir, que involuntariamente la había engañado…

En la estación olía ya a otoño; la noche era fresca.

«Ya es hora de que yo también vuelva al norte –pensaba Gúrov mientras abandonaba el andén–. Ya es hora.»

III

En la casa de Moscú todo tenía ya un aspecto invernal; las estufas estaban encendidas y por la mañana, cuando los niños se preparaban para ir al instituto y tomaban el té, las habitaciones estaban a oscuras y la niñera encendía durante un rato la lámpara. Había empezado a helar. Cuando cae la primera nevada y hacen su aparición los trineos, es agradable contemplar la tierra y los tejados blancos; el aire tiene una calidad suave y maravillosa, y vienen a la memoria los años de la juventud. Los viejos tilos y los abedules, cubiertos de escarcha, tienen un aire bondadoso y están más próximos a nuestro corazón que los cipreses y las palmeras; en su proximidad ya no se sienten deseos de pensar en las montañas ni en el mar.

Gúrov era moscovita y regresó a su ciudad una jornada bella y fría; nada más ponerse la pelliza y los gruesos guantes, pasearse por la calle Petrovka y escuchar el sábado por la tarde el tañido de las campanas, el reciente viaje y los lugares en los que había estado perdieron todo su encanto. Poco a poco se zambulló en la vida moscovita; leía con avidez tres periódicos al día y afirmaba que por principios no leía los diarios locales. Tenía ganas de ir a los restaurantes, al casino, a las recepciones, a los banquetes y se sentía halagado de recibir en su casa a abogados y artistas célebres y de jugar a

las cartas con un catedrático en el Círculo de Médicos. Por fin podía comer una ración entera de carne a la sartén…

Tenía la impresión de que un mes bastaría para que la imagen de Anna Serguéievna se cubriera de niebla y de que sólo de vez en cuando soñaría con su conmovedora sonrisa, igual que le había sucedido antes con otras mujeres. Pero pasó más de un mes, llegó lo más crudo del invierno y en su memoria el pasado seguía tan nítido como si se hubieran separado la víspera. La intensidad de los recuerdos no paraba de crecer. Si en el silencio de la tarde llegaban hasta su despacho las voces de sus hijos, repasando la lección, u oía una romanza o un organillo en un restaurante o la nevasca ululaba en la chimenea, de pronto revivían los acontecimientos de aquellos días: la escena del muelle, el amanecer con las montañas cubiertas de niebla, el vapor de Feodosia, los besos. Paseaba de un lado a otro de la habitación, rememorando, sonriendo; luego los recuerdos se transformaban en ensoñaciones y en su imaginación el pasado se mezclaba con el porvenir. Más que soñar con ella, su imagen le acompañaba a todas partes, como una sombra, y le vigilaba. Cuando cerraba los ojos la veía como si estuviera delante de él y se le antojaba más hermosa, más joven, más delicada que entonces; él mismo se consideraba mejor de lo que había sido en Yalta. Por la tarde ella le miraba desde la estantería, desde un rincón de su habitación; oía su respiración, el delicado susurro de su vestido. En la calle seguía a las mujeres con la vista, buscando a alguna que se le pareciera…

Ardía en deseos de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa era imposible hablar de su amor y fuera de ella no podía sincerarse con nadie. Ni con los vecinos ni con los colegas del banco. ¿Qué podía decirles? ¿Había amado entonces? ¿Había habido algo bello, poético, edificante o al menos interesante en su relación con Anna Serguéievna? Y, si en alguna ocasión se refería en términos vagos al amor o a las mujeres, nadie adivinaba a qué se refería; sólo su mujer fruncía las oscuras cejas y decía:

–Dimitri, ese papel de fatuo no te va.

Una noche, al salir del Círculo de Médicos con su compañero de juego, un funcionario, no pudo contenerse y le dijo:

–¡Si supiera usted qué mujer más fascinante conocí en Yalta!

El funcionario se sentó en el trineo y se dispuso a partir, pero de pronto se volvió y gritó:

–¡Dmitri Dmítrich!

–¿Qué?

–Tenía usted razón cuando dijo hace un momento que el esturión no olía bien.

Estas palabras, tan banales, por alguna razón indignaron a Gúrov, que las encontró humillantes y sucias. ¡Qué costumbres más salvajes! ¡Qué tipos! ¡Qué noches más intrascendentes, qué días más insípidos y anodinos! Frenéticos juegos de cartas, comilonas, borracheras, conversaciones interminables sobre los mismos temas. Actividades intrascendentes y charlas ociosas se llevaban la mayor parte del tiempo, lo mejor de las fuerzas y, al final, sólo quedaba una vida angosta y limitada, carente de interés, de la que no era posible huir ni escapar; era como estar encerrado en un manicomio o en un centro penitenciario.

Presa de la indignación, Gúrov no pegó ojo en toda la noche y luego, durante el día, tuvo dolor de cabeza. Las noches siguientes durmió mal; se pasaba todo el tiempo sentado en la cama, reflexionando, o iba de un lado a otro de la habitación. Los hijos le aburrían, el banco le hastiaba, no quería ir a ninguna parte ni hablar de nada.

En diciembre, durante las fiestas, preparó el equipaje, le dijo a su mujer que se iba a San Petersburgo a hacer unas gestiones en favor de un joven conocido y partió para la ciudad de S. ¿Con qué intención? Ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. Quería ver a Anna Serguéievna, hablar con ella y, a ser posible, concertar una entrevista.

Llegó a S. por la mañana y reservó la mejor habitación del hotel, cuyo suelo estaba totalmente alfombrado con el paño gris empleado en los uniformes del ejército; sobre la mesa había un tintero lleno de polvo, adornado de un jinete sin cabeza, que blandía un sombrero con la mano extendida. El portero le proporcionó las informaciones necesarias: von Diederitz habitaba en una casa propia,

situada en la calle Staro-Gonchárnaia, no lejos del hotel; vivía bien, era rico, tenía sus propios caballos, todos lo conocían en la ciudad. El portero pronunciaba «Dridirits».

Gúrov se dirigió sin prisas a la calle Staro-Gonchárnaia y encontró la casa. Justo enfrente se extendía una valla gris, larga, erizada de clavos.

«Cuando se ve una valla como ésa, dan ganas de salir corriendo», pensaba Gúrov mirando tan pronto las ventanas como la cerca.

Consideró que, al ser día festivo, el marido probablemente estaría en casa. En cualquier caso, sería poco delicado llamar a su puerta y ponerla en una situación embarazosa. Si le enviaba una nota, podía caer en manos del marido y entonces todo se echaría a perder. Lo mejor sería aguardar una ocasión oportuna. Y se puso a pasear por la calle y junto a la valla, esperando esa oportunidad. Vio atravesar la cancela a un mendigo, sobre el que se lanzaron los perros; al cabo de una hora se oyó un piano, cuyos sones le llegaban débiles e indistintos. Probablemente era Anna Serguéievna quien tocaba. La puerta principal se abrió de pronto, dando paso a una viejecita, tras la que correteaba el lulú blanco. Gúrov quiso llamar al perro, pero de pronto el corazón empezó a latirle con fuerza y, dominado por la emoción, no pudo recordar su nombre.

Seguía yendo y viniendo, sintiendo un odio cada vez más intenso por la valla gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna le había olvidado y quizá se divirtiera ya con otro, lo que sería de lo más natural en el caso de una mujer joven obligada a contemplar desde la mañana a la noche esa maldita valla. Volvió a su habitación y pasó un buen rato sentado en el sofá, sin saber que hacer; luego almorzó y a continuación durmió una larga siesta.

«¡Qué estúpido y fastidioso es todo esto! –pensó al despertarse y mirar las ventanas oscuras; ya había oscurecido–. He dormido demasiado. ¿Qué voy a hacer ahora por la noche?»

Se sentó en la cama, cubierta con una manta barata y gris, semejante a la de los hospitales, y se increpó a sí mismo con ira: «Ahí tienes a tu dama del perrito… Ahí tienes tu aventura… Ya puedes quedarte sentado».

Esa misma mañana, en la estación, le había llamado la atención un anuncio con letras muy grandes: se estrenaba *La geisha*. Lo recordó ahora y se dirigió al teatro.

«Es muy posible que ella asista a la primera representación», pensó.

El teatro estaba lleno. Como en todos los teatros de provincias, una niebla flotaba por encima de las arañas y en el gallinero reinaba una ruidosa agitación; en la primera fila, antes del comienzo de la representación, se alzaban los petimetres locales, con las manos a la espalda; en el palco de autoridades, la hija del gobernador, con una boa alrededor del cuello, ocupaba el primer lugar, mientras su padre se ocultaba discretamente detrás de la cortina, y sólo se veían sus manos; el telón oscilaba, la orquesta llevaba ya un buen rato afinando los instrumentos. Mientras los espectadores entraban y ocupaban sus localidades, Gúrov recorría ávidamente la sala con la vista.

Anna Serguéievna llegó y se sentó en la tercera fila; cuando Gúrov reparó en ella, el corazón se le encogió y comprendió con toda claridad que no había en el mundo persona más próxima, más querida, más importante para él; perdida en esa multitud provinciana, aquella menuda mujer, que nada tenía de particular, con unos vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su tristeza, su alegría, la única felicidad que deseaba para sí; bajo los sones de la pésima orquesta y los ruines violines provincianos, pensaba en lo hermosa que era. Pensaba y soñaba.

El hombre que entró con Anna Sergueíevna y se sentó a su lado era un joven con patillas cortas, muy alto y encorvado; a cada paso que daba movía la cabeza, como si prodigara saludos a diestro y siniestro. Probablemente era su marido, a quien ella, en un arrebato de amargura, había calificado en Yalta de lacayo. En realidad, en su larga figura, sus patillas y su incipiente calvicie había cierta modestia lacayuna; tenía una sonrisa empalagosa y llevaba en el ojal una insignia académica que parecía el número de un camarero.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en la butaca. Gúrov, que también estaba sentado en la platea, se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa y una sonrisa forzada:

–Buenas noches.

Ella le miró y palideció; luego volvió a mirarlo con pavor, sin dar crédito a sus ojos, y apretó con fuerza en sus manos el abanico y los impertinentes, haciendo evidentes esfuerzos por no desmayarse. Ambos callaban. Ella estaba sentada y él de pie, asustado de su turbación, sin atreverse a sentarse a su lado. Los violinistas y el flautista empezaron a afinar sus instrumentos; de pronto ambos se sintieron aterrados, pues tenían la impresión de que desde todos los palcos les miraban; ella se puso en pie y se dirigió rápidamente a la salida; él la siguió y los dos recorrieron sin orden ni concierto los pasillos y las escaleras, ya subiendo, ya bajando, cruzándose con personas ataviadas con uniformes de magistrados, profesores y funcionarios del patrimonio imperial, todos con sus insignias; también desfilaron ante ellos damas y pellizas colgadas en perchas; soplaba una corriente de aire que traía un olor a colillas. Gúrov, a quien le latía con fuerza el corazón, pensaba: «¡Oh, Señor! ¿Qué hace aquí toda esta gente y esta orquesta?».

En ese momento se acordó de pronto de la noche en que había acompañado a Anna Serguéievna a la estación y se había dicho que todo había terminado y nunca volverían a verse. Sin embargo ¡cuán lejos estaban del final!

En una escalera estrecha y sombría, donde estaba escrito: «Entrada al anfiteatro», ella se detuvo.

–¡Cómo me ha asustado usted! –dijo, respirando con dificultad, todavía pálida y aturdida–. ¡Ah, cómo me ha asustado usted! Estoy medio muerta. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

–Pero compréndame, Anna, compréndame… –dijo él en voz baja y atropellada–. Le ruego que me comprenda…

Ella le dirigió una mirada temerosa, suplicante, llena de amor; lo contempló fijamente, para imprimir mejor sus rasgos en la memoria.

–¡Sufro tanto! –continuó, sin escucharle–. No he hecho otra cosa que pensar en usted, sólo he vivido para ese pensamiento. Quería olvidar, olvidar… Pero ¿por qué ha venido? ¿Por qué?

Algo más arriba, en el descansillo, dos estudiantes fumaban y miraban hacia abajo, pero Gúrov, sin cuidarse de nada, atrajo a Anna Serguéievna y empezó a besarle en el rostro, en las mejillas, en las manos.

–¡Qué hace usted, qué hace! –dijo ella aterrada, rechazándolo–. Los dos nos hemos vuelto locos. Váyase hoy mismo, váyase cuanto antes… Se lo ruego por lo más sagrado, se lo suplico… ¡Alguien viene! –un hombre subía por la escalera–. Debe usted marcharse… –continuó Anna Serguéievna en un susurro–. ¿Me oye, Dmitri Dmítrich? Yo iré a verle a Moscú. ¡Jamás he sido feliz, no lo soy ahora y no lo seré nunca, nunca! ¡No me haga sufrir aún más! Le juro que iré a Moscú. Pero ahora debemos separarnos. ¡Cariño mío, bien mío, amor mío, separémonos!

Le apretó la mano y bajó a toda prisa las escaleras, volviéndose a cada momento para mirarlo; en sus ojos se veía que en verdad no era feliz. Gúrov esperó unos instantes, aguzando el oído, y, cuando todo quedó en silencio, recogió su abrigo y salió del teatro.

IV

Anna Serguéievna empezó a visitarle en Moscú. Dos o tres veces al mes se marchaba de S. y le decía a su marido que iba a consultar a un especialista sobre una enfermedad propia de mujeres y el marido la creía y no la creía. Cuando llegaba a Moscú, se alojaba en el hotel Slavianski Bazar y al punto enviaba a Gúrov un propio con gorra roja. Gúrov iba a verla, sin que nadie en Moscú supiera nada.

Una mañana de invierno se dirigía a su encuentro (el emisario había ido a su casa la víspera por la tarde, pero no lo había encontrado). Con él iba su hija, a la que quería acompañar al instituto, pues quedaba de paso. Caían gruesos copos de blanda nieve.

–Estamos a tres grados sobre cero y sin embargo sigue nevando –le decía Gúrov a su hija–. Eso se debe a que sólo en la superficie de la tierra el ambiente es templado; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta.

–Papa, ¿por qué en invierno no hay truenos?

También se lo explicó. Mientras hablaba, pensaba que acudía a una cita y que ni una sola persona lo sabía ni probablemente lo sabría nunca. Tenía dos vidas: una que se desarrollaba a la luz del día, que veían y conocían aquellos a quienes les incumbía, llena de verdades y mentiras convencionales, semejante en todo a la existencia de sus conocidos y amigos; y otra que fluía en secreto. Por un extraño cúmulo de circunstancias, quizá fortuito, todo lo que era importante, interesante e indispensable para él, todo aquello en lo que se mostraba sincero y no se engañaba, aquello que constituía la esencia misma de su vida, transcurría a espaldas de los demás, mientras todo lo que era mentira, el envoltorio en que se ocultaba para disimular la verdad, como, por ejemplo, su actividad en el banco, sus discusiones en el casino, sus comentarios sobre la «raza inferior», su asistencia a los aniversarios en compañía de su mujer, todo eso estaba a la vista. Juzgando a los otros a partir de su propia experiencia, desconfiaba de lo que veía y sospechaba que todo el mundo disimulaba bajo el velo del secreto, como bajo el de la noche, su verdadera vida, aquella que tenía mayor interés. Toda existencia personal descansa en el secreto; quizá a ello se deba en parte que los hombres cultivados se preocupen tanto de que se respeten los secretos personales.

Tras dejar a su hija en el instituto, Gúrov se encaminó al Slavianski Bazar. Dejó la pelliza abajo, subió y llamó suavemente a la puerta. Anna Serguéievna, ataviada con el vestido gris que a él más le gustaba, extenuada por el viaje y la espera, le aguardaba desde la tarde del día anterior; estaba pálida, le miraba sin sonreír y, en cuanto entró, se abalanzó contra su pecho. Como si no se hubieran visto en dos años, su beso fue largo, prolongado.

–Y bien, ¿cómo va todo? –preguntó–. ¿Algo nuevo?

–Espera, en seguida te lo cuento… No puedo.

Las lágrimas le impedían hablar. Se dio la vuelta y se llevó un pañuelo a los ojos.

«Bueno, mientras llora, me sentaré un poco», pensó él, acomodándose en un sillón.

Luego llamó y pidió que le trajeran té; mientras lo tomaba, ella seguía de pie, vuelta hacia la ventana… Lloraba de emoción, sobrecogida por la amarga conciencia del triste curso que habían tomado sus vidas; sólo se veían en secreto, ocultándose de la gente como ladrones. ¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

–¡Bueno, basta! –dijo él.

Estaba seguro de que ese amor no terminaría pronto; ni siquiera sabía cuándo acabaría. Anna Serguéievna cada vez estaba más unida a él, lo adoraba: habría sido impensable decirle que todo debía terminar algún día; además, ella no lo habría creído.

Se acercó a ella y la cogió por los hombros con intención de acariciarla y animarla con una broma, y en ese momento se vio en el espejo.

En su cabeza empezaban a despuntar algunas canas. Le pareció extraño haber envejecido tanto en los últimos años y haberse vuelto tan feo. Los hombros en los que se posaban sus manos estaban tibios y se estremecían. Sintió compasión por esa vida aún cálida y bella, pero probablemente ya próxima a su decadencia y marchitamiento, como la suya propia. ¿Por qué le amaba tanto? Las mujeres siempre le habían tomado por un hombre distinto del que era; no le habían amado a él, sino a un ser creado por su imaginación, al que habían buscado con avidez a lo largo de sus vidas; luego, cuando reparaban en su error, seguían amándole. Ni una sola de ellas había sido feliz a su lado. El tiempo pasaba, trayendo encuentros, relaciones y rupturas, pero él nunca se había enamorado; podía hablarse de cualquier otra cosa, pero no de amor.

Sólo ahora, cuando empezaba a peinar canas, se había enamorado de verdad, por primera vez en la vida.

Anna Serguéievna y él se querían como personas muy próximas o deudos, como marido y mujer, como amigos íntimos; tenían la impresión de que el sino los había destinado el uno al otro y no podían comprender por qué él estaba casado con otra mujer y ella con otro hombre; parecían una pareja de aves migratorias, macho y hembra, a los que hubieran cazado y obligado a vivir en jaulas

separadas. Se habían perdonado mutuamente lo que les avergonzaba de su pasado, se lo perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había transformado a ambos.

Antes, en los momentos difíciles, él se tranquilizaba con todos los razonamientos que le venían a la cabeza; ahora no tenía ánimos para reflexionar, sentía una honda compasión, quería mostrarse sincero, comprensivo…

–Basta, querida –dijo–. Ya has llorado bastante… Vamos a hablar un poco, a ver si se nos ocurre algo.

Pasaron largo rato conversando, tratando de hallar una solución para dejar de esconderse, de mentir, de vivir en ciudades diferentes, de pasar prolongados períodos sin verse. ¿Cómo escapar de esas trabas insoportables?

–¿Cómo? ¿Cómo? –se preguntaba él, cogiéndose la cabeza con las manos–. ¿Cómo?

Le parecía que no tardaría en encontrar una respuesta y que entonces se iniciaría una vida nueva y hermosa; pero ambos sabían muy bien que ese final aún quedaba muy lejano y que lo más complicado y difícil acababa de empezar.

[*] De *El baile*, del poeta Evgueni A. Baratinski (1800-1844). *[Las notas, a menos que se indique lo contrario, son de cada uno de los traductores de los distintos cuentos.]*

** Cuento de Aleksandr Bestuzhev-Marlinski (1797-1837).

* Denis V. Davydov (1784-1839), héroe de la guerra de 1812 (inventor de la guerra de guerrillas durante la campaña contra Napoleón), conocido poeta de la vida de los húsares y amigo de Pushkin.

* Especie de alcalde elegido por la comunidad.

* Aleksandr Ypsilanti (1792-1839), general mayor del ejército ruso que encabezó la Philiké Hetaerea, movimiento revolucionario por la independencia de Grecia, en los principados de Moldavia y Valaquia. En 1821 intentó, sin éxito, una sublevación contra los turcos, que acabó en una sangrienta derrota en Skulyany.

[*] De *La cascada* de Gavrila R. Derzhavin (1743-1816).

* Personaje del cuento de Antoni Pogorelski *La vendedora de dulces de Lafertovo* (1825).

[*] Cita de un poema que aparece en el cuento de Aleksandr E. Izmailov (1799-1831) *La tonta de Pajomovna*.

** Nuestros clientes.

* Cita ligeramente modificada de la popular comedia *El fanfarrón* (1786) de Yákov B. Kniazhnin.

* Del poema *La estación* de Piotr A. Viázemski (1792-1878).

** O registrador colegiado, el grado más bajo de la jerarquía de los funcionarios rusos, consistente en 14 rangos (o clases).

* Cita sin identificar.

* Un tipo de carruaje cubierto.

* *La caricatura* de Iván I. Dmítriev (1760-1837).

[*] Referencia a la novela de Mijaíl N. Zagoskin *Róslavlev o los rusos en 1812* (1831) que, según su autor, estaba basada en un personaje real. Pushkin, al escribir *Róslavlev* en junio de 1831, comentó a un amigo que la heroína de Zagoskin le parecía insulsa y que quería mostrar cómo se creaba un personaje más rico.

* Máxima condecoración del Estado.

** Aleksandr P. Sumarókov (1717-1777), poeta y dramaturgo, muy popular en el siglo XVIII, pero considerado anticuado a principios del XIX.

*** Novela histórica de Zagoskin: *Yuri Miloslavski o los rusos en 1612* (1828).

* Mijaíl V. Lomonósov (1711-1765), notable científico y fundador de la literatura rusa moderna, muy conocido por sus odas patrióticas y por su labor de fijación de las normas del lenguaje literario y de la prosodia.

** *Historia del Estado ruso* (1815-1824), obra muy admirada por Pushkin.

* Referencia a la obligación de afeitarse la barba que impuso Pedro el Grande a los rusos.

— ** Mi querida amiga, estoy enferma. Sería muy amable por su parte que viniera a reanimarme. Trate de obtener el permiso de su señora madre y preséntele los respetos de su amiga.

[*] Calle en el centro de Moscú en que había un gran número de tiendas francesas.

** Fiódor V. Rostopchin (1763-1828), gobernador militar de Moscú; hizo colocar carteles en las calles de la ciudad en que se describía, en lenguaje popular, la resistencia rusa ante el avance del ejército francés.

*** Kuzmá Minin (murió en 1616), carnicero de Nizhni Nóvgorod, y el príncipe Dimitri M. Pozharski (1578-1642) estuvieron a la cabeza del ejército ruso que derrotó a las fuerzas del rey polaco Segismundo III y capturó Moscú en 1612.

**** Zona de Moscú, sin edificar en aquella época, que era lugar habitual de paseos.

[*] Marfa Boretskaia *(Posádnitsa* significa «alcaldesa») viuda del alcalde de la ciudad libre de Nóvgorod, dirigió a los boyardos en su lucha contra la dominación moscovita en el siglo xv.

** Ekaterina R. Dashkova (1743-1810) fue un importante personaje político durante el reinado de Catalina II.

* La felicidad sólo la dan los caminos trillados.

[1] Creo que son palabras de Chateaubriand. Nota del editor. *[Nota de Pushkin.]*

* Referencia a la estrategia rusa de retroceder lo más posible, debilitando con ello el sistema de suministros de los franceses.

* Prisma triangular con los decretos de Pedro el Grande que se exponía obligatoriamente en las oficinas públicas

* Medida de longitud que equivale a 71 centímetros.

* Bebida rusa a base de cereales.

* Corazón, mi corazón, ¿por qué estás tan triste? / ¿Qué es lo que tanto te inquieta? / Se está bien en el extranjero. / Corazón, mi corazón, ¿qué más quieres?

* En la pértiga, con los colores de los Románov, se izaba la bandera en las ocasiones solemnes. El heno del carro se utilizaba para adecentar las calles sin pavimentar cuando se presentaba algún personaje importante.

* Diminutivo de Yelizaveta.

* Poema de Aleksandr Pushkin (1821).

* En la batalla de Jena (14 de octubre de 1806), Napoleón derrotó a las tropas prusianas.

* En lugar de *jasmin* («jazmín»): el comerciante pretende escribir en francés, pero lo hace con faltas de ortografía.

* El príncipe deforma intencionadamente el apellido del protagonista. *Shtukatur* en ruso significa «estucador».

* Protagonista del relato de Nikolái Gógol *Diario de un loco*.

* El criado que desempeñaba las funciones de mandadero a menudo iba vestido de cosaco.

* Estrofa final de una poesía de Pushkin de 1829.

* François Guizot (1787-1874), historiador y político francés. Fue jefe del gobierno en 1847-1848. Su política conservadora dio pie a los sucesos revolucionarios de 1848.

* «Cree a Roberto, que tiene experiencia»: proverbio culto cuyas primeras documentaciones se remontan al Renacimiento.

* Adolphe Thiers (1797-1877), político, periodista e historiador francés. Fue jefe del Gobierno en 1836 y 1840 y presidente de la República de 1871 a 1873.

** Odilon Barrot (1791-1873), político francés. Fue jefe de la oposición reformista.

* Victor Considérant (1808-1893), político y economista francés. En 1848 fue diputado.

** Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), político socialista francés. Fue elegido diputado en la Asamblea Constituyente de 1848.

* Alphonse de Lamartine (1790-1869), escritor romántico y político. En 1848 fue ministro de Asuntos Exteriores. Es autor de los poemas *Jocelyn* y *La chute d'un ange*.

** Ledru-Rollin, llamado Alexandre Auguste Ledru (1807-1874), abogado y político francés. En 1848 fue ministro del Interior.

* Se refiere a la Revolución francesa de 1789.

* Sopa, generalmente de verduras.

** Literalmente, «padrecito». Era un término cariñoso que solía aplicarse a figuras de autoridad.

*** Forma familiar del nombre Akulina; más adelante también aparece el diminutivo Akulínushka.

* *Cangrejo* (en ruso *rak*) era una de las denominaciones populares para el billete de diez rublos, debido a su color rojo; cien *cangrejos* son, por tanto, mil rublos.

** Instrumento de cuerda, parecido al laúd.

* Los llevaban a la despensa porque, al ser una de las escasísimas dependencias separadas en la vivienda campesina rusa, se utilizaba también como dormitorio para los recién casados.

* Ésta es la explicación que da Mijaíl Bajtín a este pasaje: «Se puede tirar el pan al suelo (es siembra, fecundación), pero al piso no se permite (el piso es un seno estéril)». Mijaíl Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, Fondo de Cultura Económica, 1988 (traducción de Tatiana Bubnova).

* Plato de arroz con miel y pasas que se servía en los convites fúnebres.

* Salmo 104, traducción de José María Bover y Francisco Canterra Burgos (BAC).

* Antigua medida rusa equivalente a 1,19 hectáreas.

* Aldea tártara. *[N. del A.]*

**Individuo perteneciente a una tribu tártara.

* Se trata de la emperatriz Isabel, hija de Pedro el Grande, que reinó entre 1741 y 1762.

* Para decidir a las parejas de la mazurca, los caballeros pensaban un lema; las mujeres tenían que elegir uno de estos lemas y entonces conocían qué pareja les había correspondido.

* Arco de madera que sujeta y fija las varas al arnés de un troika. Solía estar decorado.

[*] Fecha de la abolición de la servidumbre en Rusia.

** Pável I. Sazikov (†1868) y Pável A. Ovchinnikov (1830-1888) fueron dos célebres orfebres moscovitas.

*** Charles Worth (1825-1895), famoso sastre parisino.

**** Bret Harte (1836-1902), escritor norteamericano de apreciable éxito en su época; fue uno de los iniciadores de la «novela del Oeste» como género narrativo.

* Son personajes reales: Mijaíl Fedótovich Kámenski (1738-1809) fue un destacado militar ruso, como lo fueron sus dos hijos. Uno de ellos, Serguéi Mijáilovich (1771-1835), dispuso efectivamente en Oriol de una célebre compañía teatral, cuyos integrantes eran siervos suyos, situación nada rara en la Rusia de la época.

* Este suceso fue muy conocido en Oriol. Yo se lo oí contar a mi abuela Alferieva, así como a un anciano de acreditada rectitud, el comerciante Iván I. Androsov, el cual *había visto con sus propios ojos* «cómo destrozaban los perros a los sacerdotes»; él mismo, para salvarse del conde, había tenido que «cargar con un pecado en su alma». El conde mandó llamar a Androsov y le preguntó: «¿Sientes lástima de ellos?», a lo que éste respondió: «En absoluto, Excelencia, así es como hay que actuar con esa gente para que deje de pendonear». De este modo, Kámenski le perdonó. *[Nota del autor.]*

[*] Posiblemente aluda Leskov al ballet titulado *La huérfana china*, puesto en escena en San Petersburgo en 1777 por el compositor y coreógrafo italiano Gasparo Angiolini (1731-1803).

* Antigua medida rusa de longitud, equivalente a 4,4 centímetros.

* La cita no procede de la versión definitiva de la *Sonata a Kreutzer* de Lev N. Tolstói, la cual no fue publicada hasta 1891 (el presente relato fue escrito en 1890, si bien apareció en 1899, muerto ya Leskov), sino de una redacción anterior, ampliamente difundida y debatida en los círculos intelectuales y periodísticos rusos. Concretamente, estas palabras de Pozdnyshev, protagonista de la narración de Tolstói, no figuran en la redacción final.

** Dostoievski falleció el 27 de enero de 1881, en San Petersburgo, y fue enterrado el día 31; al entierro acudieron unas treinta mil personas.

*** El escritor Dmitri Vasílievich Avérkiev (1836-1905) cultivó sobre todo el drama histórico.

[*] Especie de billar pequeño e inclinado.

* Antigua medida rusa equivalente a 2,134 metros.

* Nombres cómicos inventados por Gógol en *Almas muertas*.

Títulos originales: *Vystrel, Grobovschik, Stantsionny smotritel, Roslavlev; Povest o tom kak possorilsia Ivan Ivanovich s Ivanom Nikiforovichem;: Dnevnik lishniago cheloveka, Chelovek v seryj ochkaj; Akulkin muzh, Bobok, Smeshnogo cheloveka; Tri smerti, Bog pravdu vidit da ne skoro skazhet, Kavkazski plennik, Posle bala, Volk; Leskov: Tupeinyi judozhnik, Po povodu «Kreitserovoi sonaty»; Chéjov: Agafia, Toska, Vragi, Pari, Gusev, Babi, Novaia dacha, Damas sobachkoi*.

Edición en formato digital: noviembre de 2011

© 2011, Alba Editorial
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona
© de la traducción: Amaya Lacasa, Víctor Gallego Ballestero, Jesús García Gabaldón y Fernando Otero Macías, 2011

Diseño de la cubierta: Alba Editorial

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8428-684-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.albaeditorial.es

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario, científico y memorístico (colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello ha recibido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural.

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, s.l.u.
Baixada de Sant Miquel, 1 bajos
08002 Barcelona

T. 93 415 29 29
F. 93 415 74 93
info@albaeditorial.es